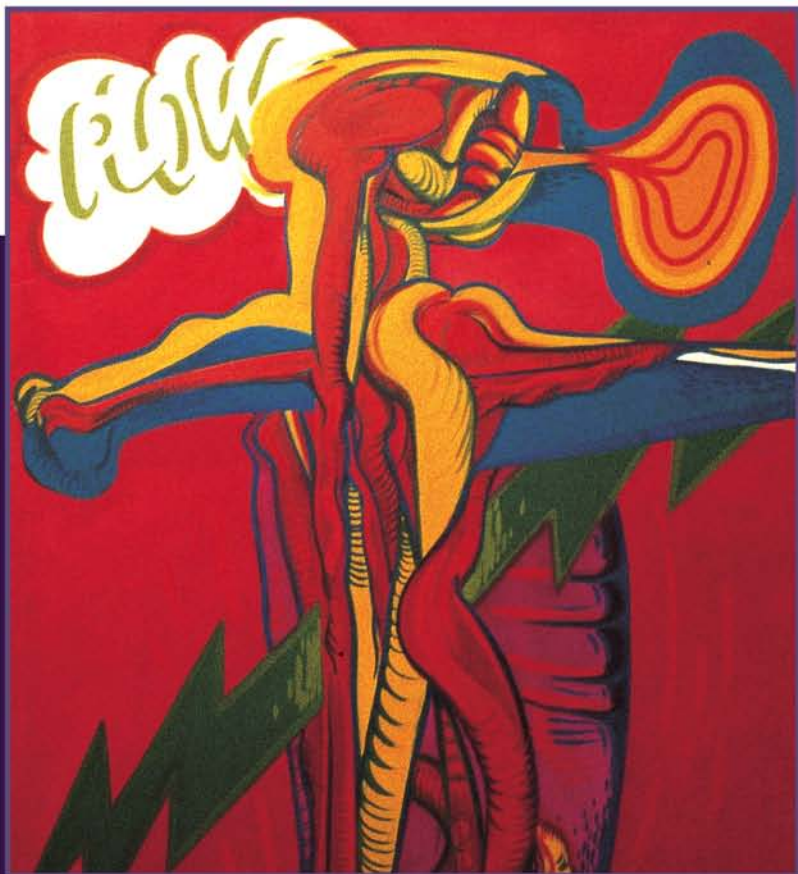


encuentro

DE LA CULTURA CUBANA



HOMENAJE A JESÚS DÍAZ

MANUEL DÍAZ MARTÍNEZ ■ GUSTAVO GUERRERO ■ JOAQUÍN
ORDOQUI GARCÍA ■ JULIO ORTEGA ■ PAULO ANTONIO PARANAGUÁ
■ CARLOS ESPINOSA ■ IVÁN DE LA NUEZ ■ AMBROSIO FORNET ■
ELIZABETH BURGOS ■ AURELIO ALONSO ■ ANDREAS SIMMEN ■
JORGE A. POMAR ■ ROLANDO DÍAZ ■ AMALIA DÍAZ ■ MIGUEL
RIVERO ■ FELIPE GONZÁLEZ ■ RAFAEL ALCIDES ■ RÉGIS DEBRAY ■
ANTONIO BENÍTEZ ROJO ■ JORGE CASTAÑEDA ■ MONS. CARLOS

verano de 2002

25

13 €

CON ESTE NÚMERO SE DISTRIBUYE
EL ÍNDICE DE LOS NÚMEROS 1 AL 24

REVISTA
encuentro
DE LA CULTURA CUBANA

DIRECTOR FUNDADOR

Jesús Díaz †

DIRECTORES

Manuel Díaz Martínez

Rafael Rojas

REDACCIÓN

Velia Cecilia Bobes

Elizabeth Burgos

Josefina de Diego

Carlos Espinosa

Antonio José Ponte

EDITA

ASOCIACIÓN ENCUENTRO

DE LA CULTURA CUBANA

c/ Infanta Mercedes 43, 1º A

28020 • Madrid

Tel.: 91 425 04 04 • Fax: 91 571 73 16

E-mail: asociacion@encuentro.net

COLABORADORES

José Antonio Aguilar • Carlos Alberto Aguilera • Eliseo Alberto •
Rafael Alcides • Ramón Alejandro • Carlos Alfonso • Rafael Almanza •
Aurelio Alonso • Eliseo Altunaga • Diana Álvarez • Lourdes Arencibia •
Alejandro Areus • Armando Añel • Uva de Aragón • Helena Araújo •
Jorge Luis Arcos • Gastón Baquero † • Carlos Barbáchano •
Jesus J. Barquet • Víctor Batista • José Bedia • Francisco Bedoya † •
Antonio Benítez Rojo • Beatriz Bernal • Marta Bizcarondo •
Juan Antonio Blanco • María Elena Blanco • Astrid Böhringer •
Atilio Caballero • Madeline Cámara • Wilfredo Cancio •
Jorge Castañeda • Miguel Ángel Centeno • Mons. Carlos Manuel
de Céspedes • Enrique Collazo • Luis Cruz Azaceta •
Régis Debray • Rafael Dezcallar • Amalia Díaz • Rolando Díaz •
Cristóbal Díaz Ayala • Pablo Díaz Espí • Eliseo Diego † •
Haroldo Dilla • Christopher Domínguez • Vicente Echerri •
Antonio Elorza • Juan Espíndola • Magaly Espinosa •
María Elena Espinosa • Norge Espinosa • Oscar Espinosa Chepe •
Abilio Estévez • Tony Évora • Miguel Fernández • Lino B. Fernández •
Ramón Fernández Larrea • Joaquín Ferrer • Jorge Ferrer •
Leopoldo Fornés • Ambrosio Fornet • Ileana Fuentes •
José Lorenzo Fuentes • Emilio García Montiel • Flavio Garcíandia •
Alberto Garrandés • Florencio Gelabert • Lourdes Gil •
Jorge Goldenberg • Felipe González • Roberto González Echevarría •
Gustavo Guerrero • José M^o Guelbenzu • Mariela A. Gutiérrez •
Pedro Juan Gutiérrez • Emilio Ichikawa • Andrés Jorge • José Kozar •
Marcin Król • Alberto Lauro • Glenda León • César López •
Gerardo Maldonado • Eduardo Manet • Elzbieta Matynia •
Adriana Méndez • Carmelo Mesa-Lago • Adam Michnik •
Julio E. Miranda † • Juan Antonio Molina • Carlos Alberto Montaner •
Gerardo Mosquera • Eusebio Mujal-León • Eduardo Muñoz Ordoqui •
Iván de la Nuez • Carlos Olivares Baró • Joaquín Ordoqui García •
Gregorio Ortega • Julio Ortega • Heberto Padilla † •
Paulo Antonio Paranguá • Enrique Patterson • Mario Parajón •
Gina Pellón • Umberto Peña • Marta María Pérez Bravo •
Manifeli Pérez-Stable • Gustavo Pérez Firmat • Enrique Pineda Barnet •
Jorge A. Pomar • Ena Lucía Portela • José Prats Sariol •
Nicolás Quintana • Tania Quintero • Sandra Ramos • Tania Rands •
Alberto Recarte • Enrique del Río • Miguel Rivero • Raúl Rivero •
Guillermo Rodríguez Rivera • Efraín Rodríguez Santana •
Martha Beatriz Roque • Christopher Sabatini • Enrique Sainz •
Baruj Salinas • Antonio Sánchez • Miguel Ángel Sánchez •
Tomás Sánchez • Enrico Mario Santi • Fidel Sendagorta •
J. Silva-Herzog Márquez • Andreas Simmen • Ignacio Sotelo •
Ilan Stavans • Jaime Suchlicki • Luis Suñén • Vladimir Tismaneanu •
Saverio Tutino • Jorge Valls • Elvira Varela • Aurelio de la Vega •
Guillermo Vidal • Carlos Victoria • Fernando Villaverde •
Alan West • Yoss (José Miguel Sánchez) • Rafael Zequeira •

INTRODUCCIÓN • 3

■ **Homenaje a Jesús Díaz** ■

JESÚS / Manuel Díaz Martínez • 7

JESÚS DÍAZ: ILUSIÓN Y DESILUSIÓN
Gustavo Guerrero • 10

JESÚS DÍAZ: LA INTENSIDAD DE LO COTIDIANO
Joaquín Ordoqui García • 19

CONCURRENCIAS DE JESÚS DÍAZ / Julio Ortega • 24

DIÁLOGO Y CONTEMPORANEIDAD EN EL CINE
DE JESÚS DÍAZ / Paulo Antonio Paranguá • 28

UN DRAMATURGO DE OBRA BREVE / Carlos Espinosa • 34

EL INTELLECTUAL, EL CORAZÓN Y LA PIEL
Iván de la Nuez • 39

JESÚS EN LA MEMORIA / Ambrosio Fornet • 42

LA CARTA QUE NUNCA TE ENVIÉ / Elizabeth Burgos • 51

PENSANDO EN JESÚS, AUSENTE YA / Aurelio Alonso • 62

TRAS LA MUERTE DE JESÚS DÍAZ / Andreas Simmen • 65

JESÚS, EL CUBANO PERFECTIBLE / Jorge A. Pomar • 69

MI HERMANO JESÚS: RÁFAGAS DE LA MEMORIA
Rolando Díaz • 75

ALGUIEN ESPECIAL / Amalia Díaz • 83

CORRESPONDENCIA PERSONAL / Miguel Rivero • 85

LO QUE RETENGO / Felipe González • 91

CARTA / Rafael Alcides • 93

FIEL A SÍ MISMO / Régis Debray • 95

JESÚS EN DOS MOMENTOS / Antonio Benítez Rojo • 96

UNA POSTURA POLÍTICAMENTE CONGRUENTE
Jorge Castañeda • 99

BREVE TESTIMONIO DE UN AGRADECIDO AMIGO DE
LA PERIFERIA / Mons. Carlos Manuel de Céspedes • 100

JESÚS DÍAZ, EL MEMORIOSO / Carlos Monsiváis • 102

LA AUTONOMÍA MORAL / Saverio Tutino • 104

UN HOMBRE CASI RENACENTISTA / Rafael Dezcallar • 105

LOS DÍAS DE JESÚS / Roberto González Echevarría • 106

CARTA / Guillermo Rodríguez Rivera • 109

EL LUGAR IMPOSIBLE / Jorge Goldenberg • III

RESPONSO Y DIATRIBA / Alberto Lauro • II3

EL AMIGO HABANERO / José María Guelbenzu • II5

CENIZAS Y CAIMANES / Raúl Rivero • II7

EL CÍRCULO CERRADO / Luis Suñén • II9

JESÚS EN CONTACTO DIRECTO / Nicolás Quintana • 121

UNA PERSPECTIVA MUY PERSONAL / Astrid Böhringer • 124

A LA MAYOR BREVEDAD POSIBLE

José Lorenzo Fuentes • 125

JESÚS DÍAZ Y LE FLORE / Eduardo Manet • 127

25
verano 2002

GLADIADOR INFATIGABLE / Aurelio de la Vega • 129

DESDE GALICIA / Elvira Varela • 131

EN LA PRENSA INTERNACIONAL • 136

■ Cuentos de Encuentro ■

LOS PERROS / Pablo Díaz Espí • 143

EL VIEJITO DEL CEMENTERIO / Josefina de Diego • 151

LA FIESTA DEL CAZADOR / Lourdes Arencibia • 152

LAS POLLUELAS / Guillermo Vidal • 154

■ En proceso ■

EPÍLOGO / Eliseo Alberto • 157

■ Poesía ■

Lourdes Gil • 173

■ Dossier ■

Europa del Este 181

■ Visión de América ■

AMÉRICA LATINA: ENTRE EL DESVARÍO Y LA RAZÓN
Antonio Sánchez • 259

■ ■ ■

PROYECTO VARELA • 275

UNA OBLIGACIÓN ÉTICA / Juan Antonio Blanco • 283

■ Textual ■

CASTRO Y LOS HUÉRFANOS DE LA REVOLUCIÓN MEXICANA
Christopher Domínguez Michael • 295

EL ZORRO Y LA TORTUGA
José Antonio Aguilar Rivera • 298

EL CASTRISMO MEXICANO
Jesús Silva-Herzog Márquez • 301

■ ■ ■

UMBERTO PEÑA: DE LA MADUREZ A LA EXCELENCIA
Carlos Espinosa • 303

LA SEGURIDAD SOCIAL / Carmelo Mesa-Lago • 313

■ Buena Letra ■

325

■ Cartas a Encuentro ■

359

■ La Isla en peso ■

369

DISEÑO GRÁFICO

Carlos Caso

MAQUETACIÓN

KSO comunicación

CORRECCIÓN DE TEXTOS

Tony Évora

IMPRESIÓN

Navagraf, S.A., Madrid

Ejemplar: 6,50 €

Ejemplar doble: 13 €

Precio de suscripción (4 núm.):

España: 26 €

Europa y África: 40 €

América, Asia y Oceanía:

\$ 55.00 / 62 €

No se aceptan
domiciliaciones bancarias.

ENCUENTRO DE LA CULTURA CUBANA ES una
publicación trimestral independiente
que no representa ni está vinculada a
ningún partido u organización política
dentro ni fuera de Cuba.

Las ideas vertidas en cada artículo son
responsabilidad de los autores.

Todos los textos son inéditos, salvo
indicación contraria.

No se devolverán los artículos que no
hayan sido solicitados.

D.L.: M-21412-1996

ISSN: 1136-6389

Portada, contraportada e interior,
Umberto Peña



Introducción

La revista *Encuentro de la cultura cubana* arriba a su número 25, llena de promisoría vitalidad, tras seis años de aprendizaje y maduración editorial. Esta vez, la experiencia y el rigor acumulados nos han asistido en una misión tan inesperada como justa: rendir homenaje a nuestro fundador y director, el novelista y cineasta Jesús Díaz, quien falleció el pasado 2 de mayo en su exilio de Madrid.

Concebir y realizar un homenaje a un intelectual tan enérgico y versátil como Jesús Díaz han sido tareas dolorosas y fascinantes. El resultado es este número de referencia, donde por primera vez se reúnen algunos de los más serios estudios sobre la literatura, el cine, el teatro, la política, los proyectos editoriales y la biografía intelectual de ese clásico contemporáneo de la cultura cubana y latinoamericana que fue Jesús Díaz. Junto con dichos estudios, publicamos una serie de evocaciones, juicios y testimonios de amigos y colaboradores, que, desde diversas ópticas, ofrecen el retrato hablado de aquella personalidad entrañable.

La presente entrega de *Encuentro* se enriquece con el arte del pintor y diseñador Umberto Peña, exiliado en Miami. Al igual que Jesús Díaz, Peña fue uno de los miembros más destacados de aquella generación intelectual que en los años 60 y 70 se atrevió a defender, contra el predominante autoritarismo, la libertad artística dentro de la revolución cubana. Con este tributo, burlamos el cerco de olvidos y descalificaciones que ha tendido la política cultural de la isla en torno a estos dos grandes creadores.

En sus últimos años, Jesús Díaz insistió en la necesidad de iluminar los «agujeros negros» de nuestra historia contemporánea. Pensaba, con razón, que ciertos sucesos del pasado reciente, como el presidio político, las guerras de África o la emigración de millones de cubanos, eran sepultados por la amnesia del poder. Fieles a la encomienda de reconstruir el archivo de nuestra memoria, publicamos en este número un interesante dossier sobre el poscomunismo en Europa del Este. Todo un *tabú*, en la isla y el exilio, que se relaciona con otro no menos importante, el pasado soviético de Cuba, al cual dedicaremos nuestra atención en el futuro.

Tal y como había previsto el propio Jesús, este número aparece acompañado del Índice de los primeros veinticuatro números de *Encuentro*, que circulará adjunto a la revista. Su lectura permite apreciar la trayectoria de nuestra publicación, su creciente pluralidad e independencia, el abanico de temas culturales que ha abordado —literatura, ecología, arte, música, sociedad, economía, historia, arquitectura, ciencia, política...— y, sobre todo, la diversidad geográfica, ideológica y estilística de su red de colaboradores.

En el recuento de estos seis años de trayectoria, es inevitable recordar cómo llegó a materializarse nuestro proyecto, de la mano de la Agencia Española de Cooperación Internacional del Ministerio de Asuntos Exteriores de España (AECI), que le brindó todo su apoyo cuando sólo era un esbozo sobre el papel de unas cuantas

ideas, aunque muy claras y definidas. Evocar la presentación en Madrid del primer número de *Encuentro*, apadrinado por la prestigiosa *Revista de Occidente*, bajo los auspicios de la Fundación Ortega y Gasset, institución que desde ese momento nos brindó su amistad, su sabiduría y sus espacios.

A lo largo del camino se fueron produciendo múltiples adhesiones de muy diverso signo: la Fundación Pablo Iglesias del PSOE (España), el Centro Internacional Olof Palme (Suecia), el National Endowment for Democracy (Estados Unidos), el Partido Socialdemócrata Sueco, la Fundación Caja Madrid (España), The Ford Foundation (Estados Unidos), la Dirección General del Libro del Ministerio de Educación y Cultura de España, la Junta de Andalucía (España), The Open Society Institute (Estados Unidos), la Fundación ICO (España) y, recientemente, la Comisión Europea; sin que cesara el respaldo continuado de la AECI.

Además de estos patrocinios, instituciones como la ya mencionada Fundación Ortega y Gasset, la Casa de América, la Universidad Complutense de Madrid, la Sociedad General de Autores de España (SGAE), y el Círculo de Bellas Artes, en Madrid; el Centro de Cultura Contemporánea, en Barcelona; el Juan Carlos Center de New York University (NYU), en Nueva York; la revista *Letras Libres* y el Palacio Nacional de Bellas Artes, en Ciudad México; el Centro Cultural Español y el Teatro Tower, en Miami; la Casa de Colón, en Las Palmas de Gran Canaria, han acogido seminarios, conferencias y presentaciones organizadas por *Encuentro*.

A todos debemos agradecer su respaldo al libre debate de ideas propuesto por nuestra revista en sus páginas y en sus foros, su confianza en nuestra voluntad de contribuir a crear un espacio plural y democrático para nuestro país.

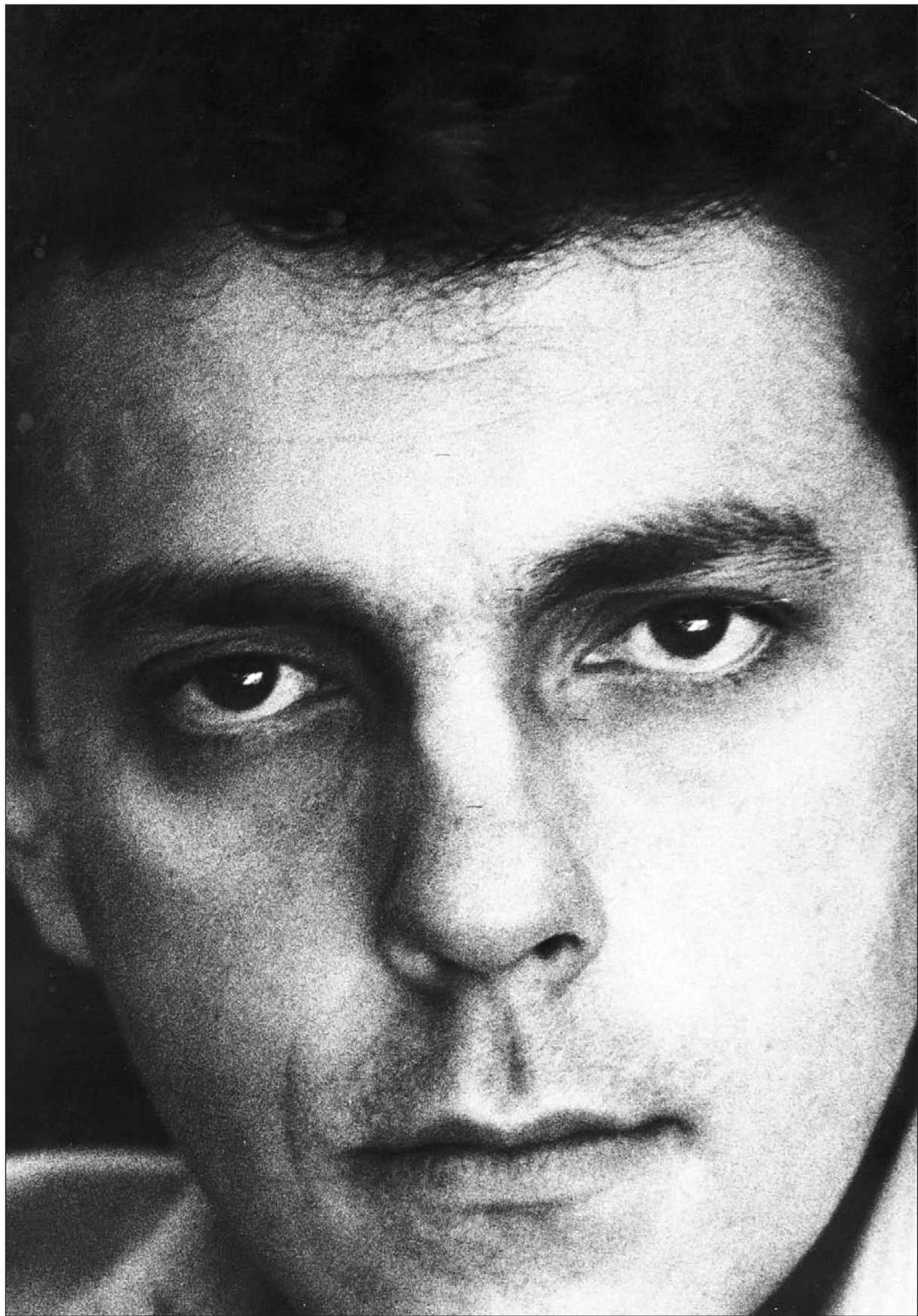
Sin duda, *Encuentro* ha logrado aglutinar entre sus colaboradores a muchas de las firmas más representativas de la comunidad cubana, dentro y fuera de la isla: plásticos, narradores, poetas, ensayistas, académicos se han dado cita en sus páginas y de ello da buena cuenta el Índice adjunto. Pero este recuento no estaría completo sin mencionar a los múltiples amigos no cubanos que nos han prestado un apoyo decisivo: Felipe González, Pierre Schöri, Jorge Castañeda, Régis Debray, Sergio Ramírez, Carlos Solchaga, Inocencio Arias, Jean François Fogel, Javier Solana, Enrique Krauze, Emilio Lamo de Espinosa, Carlos Monsiváis, Magdalena Mora, Héctor Aguilar-Camín, María Asunción Ansorena, José Juan Ruiz, Javier Pradera, Joaquín Estefanía, Jean Meyer, Fidel Sendagorta, José Luis Dicenta, Ión de la Riva, Rafael Dezcallar, Pilar Saro, Jesús Gracia, Juan Sell, Juan López Dóriga, Fernando Villalonga, Fernando Valenzuela, Belén Martínez Carbonell, José Miguel Vivanco, Trinidad Jiménez, Rafael Spottorno, Carlos Malamud, Charles Powell, Ricardo Cayuela, Ángeles Mastretta, Diego Hidalgo, Manuel Gutiérrez Aragón y muchos más que han contribuido, de una u otra manera, a fortalecer nuestro proyecto.

Esperamos que tanto ellos como los que en la nueva etapa que se inicia se sumen a nuestro empeño, nos ayuden a enriquecer los contenidos de la revista, a ampliar el espectro de sus intereses y conexiones y a consolidar la posición que *Encuentro* ha ganado en el disperso campo intelectual cubano.

Homenaje a

Jesús Díaz

Jesús Díaz



Jesús

Manuel Díaz Martínez

NOS SALUDAMOS FRÍAMENTE LAS POCAS VECES QUE NOS vimos en Cuba. No había amistad entre nosotros. Quizás lo que entonces la impidió fue el Caso Padilla, que nos puso en bandos contrapuestos. La amistad brotó una noche en Barcelona, donde coincidimos, en 1987, invitados por José Agustín Goytisolo. Aquella noche, después de pasear durante horas, arrastrados de un barrio a otro por nuestro anfitrión, nos sentamos a cenar en una cafetería de la Plaza Catalunya. De sobremesa, tarde ya —José Agustín, soñoliento, se había ido a casa—, Jesús me confesó que estaba preocupado porque se había comprometido con Francesc Arroyo, agente en Barcelona del periódico madrileño *El País*, a enviar a ese periódico, todos los meses, un artículo desde La Habana. La pregunta que Jesús se repetía, y para la que no hallaba respuesta tranquilizadora, era ¿sobre qué escribir y cómo, desde la falta de información y el cepo ideológico del castrismo, para los lectores de un periódico como *El País*? El tema destapó la caja de Pandora de nuestras experiencias personales más recientes y empezamos a contarnos episodios aciagos de nuestro paso por la revolución. Jesús se interesó en conocer mi versión del Caso Padilla y cómo este asunto me había afectado. Cuando terminé mi largo relato, que escuchó sin interrumpirme, elogió con generosidad mi manera de narrar y quiso saber por qué yo no me lanzaba a hacer una novela. Jesús, aquella noche, se convirtió en el primero que me instó a escribir mis memorias. El segundo sería, años después, Antonio Benítez Rojo.

Ambos volvimos a Cuba y en La Habana estrechamos nuestra joven amistad a medida que nos identificábamos en las críticas al régimen. En febrero de 1992, después que el gobierno me echó de todas partes, incluso de mi trabajo en la radio, por haber suscrito la Carta de los Diez y el Proyecto de Programa Socialista Democrático, pude salir de la isla e instalarme en España. Jesús había salido antes que yo y estaba de profesor en la Academia de Cine de Berlín.

Dos o tres días después de mi arribo a España, por el escritor canario Juan Cruz me enteré de que Jesús acababa de llegar a Madrid. Juan citó a Jesús para el bar Chicote, de la Gran Vía, pero no le dijo que yo estaba en Madrid. Quería darle la sorpresa. Era media noche y a lo sumo llevábamos un cuarto de hora en el bar cuando vimos a Jesús en la puerta. Nos divisó y, a medida que se acercaba a nuestra mesa y se cercioraba de que el acompañante de Juan Cruz era yo, iba abriendo los brazos y una expresión radiante, mezcla de asombro y júbilo, le iba invadiendo el rostro. Me puse en pie para recibirlo y me abrazó y, alzándose en vilo, ante las miradas atónitas y divertidas de los parroquianos me dio vueltas y vueltas por aquel salón al tiempo que exclamaba «¡Qué alegría, qué maravilla, te dejaron salir, Manuel, te dejaron salir!» A Jesús le parecía un milagro que la dictadura castrista me hubiese permitido abandonar la isla después de que *El País* publicara en España, estando yo todavía en Cuba, mi artículo «Crónica de un delito anunciado», en el que denuncié los actos de vandalismo y linchamiento cometidos por la dictadura contra sus críticos, y describí el sufrido, a fines de 1991, por la poetisa María Elena Cruz Varela, dirigente de una organización de opositores. Aquella noche Jesús me dijo que tuvo presente ese artículo cuando decidió romper con el régimen y quedarse en Alemania.

El hecho de que Jesús se mudara a Madrid benefició nuestras relaciones. Se hizo costumbre que, cada vez que yo viajara a Madrid (desde fines de 1992 resido en Las Palmas de Gran Canaria), lo cual ocurría y sigue ocurriendo dos o tres veces al año, almorzáramos o cenáramos juntos, en compañía de nuestra entrañable y eficaz amiga Annabelle Rodríguez. En uno de esos contactos, Jesús, el hombre más emprendedor y fértil en proyectos que he conocido, me reveló su propósito, compartido con Annabelle y con el poeta y editor Pío Serrano, de crear una revista de gran envergadura. Me describió el plan de *Encuentro de la cultura cubana* y al instante le di mi apoyo. A partir de la creación de *Encuentro*, de cuyo consejo de redacción formo parte desde el primer número, nuestras reuniones madrileñas se convirtieron en extensas e intensas sesiones de trabajo, a las que asistían otros redactores y también colaboradores eventuales de paso por España. Esos maratones de lecturas de originales e intercambio de criterios, a los que Jesús imprimía gran vivacidad con sus agudas preguntas y promoviendo debates, se coronaban con un menú familiar en casa de Annabelle o con una visita a un restorán del barrio.

Desde su aparición, en 1996, *Encuentro* consumió las mejores horas de trabajo de Jesús y atrajo sobre él un aluvión de ataques políticos y personales, unos procedentes de la isla y otros del exilio. Los de la isla, oficiales, no le importaban; los del exilio le dolieron. En algunas de las largas conversaciones telefónicas que sostuvimos, casi siempre al filo de la madrugada, él en Madrid y yo en Las Palmas, me habló del excesivo peso que se había echado encima con la revista y con *Encuentro en la Red*. Pero estaba seguro, a la vista de los resultados, de que merecía la pena cargarlo. Pienso que tanto peso le reventó la salud.

En abril del presente año, viajé a la isla de Tenerife para intervenir en una mesa redonda sobre Gastón Baquero. Jesús también estaba en Tenerife.

Había ido a presentar su novela *Las cuatro fugas de Manuel*, recién editada por Espasa. El domingo 21 almorzamos juntos, en compañía de su hermano Rolando, en una tasca de Santa Cruz. Yo le había organizado, para el miércoles 24, una presentación de su novela en Las Palmas, ciudad a la que Jesús llegó el lunes 22. El acto, con la participación en la mesa del joven profesor canario Francisco Quevedo García y con la presencia en el público de numerosos intelectuales de la isla, se celebró en la Casa de Colón. Después del acto, un grupo de amigos nos fuimos con Jesús y Annabelle a una taberna cercana. Nunca, como aquella vez, vi a Jesús tan feliz e ingenioso. Se pasó todo el tiempo haciendo chistes, contando anécdotas jocosas, cantando... Hasta el viernes 26 estuvo en Las Palmas, donde dio una espléndida entrevista al periódico *La Provincia*.

El domingo 1 de mayo, ETA hizo estallar un coche bomba en Madrid, muy cerca del edificio donde vivía Jesús. Lo llamé a su casa al oír la noticia en la radio, pero no estaba. Le dejé dicho en el contestador que me devolviese la llamada sin falta, y lo hizo a media noche. Iba en un taxi, me dijo, y vio estallar el coche bomba. Consternado, me comentó la muerte del pintor Francisco Bedoya, un compatriota nuestro que, días atrás, en Madrid, había caído fulminado por un infarto.

Muy temprano, en la mañana del lunes 2, Annabelle me llamó: Jesús había muerto, al parecer mientras dormía. Tenía 60 años, hizo cosas muy importantes y nos dejó en herencia otras por hacer. Con su muerte, el mundo ha perdido un ciudadano a imitar; Cuba, uno de sus escritores más vitales; y yo, un amigo que en «el duro oficio del exilio» se me convirtió en hermano.

Jesús Díaz: ilusión y desilusión

Tenía en el rostro las marcas del silencio y en la cabeza voces, gritos, preguntas a las que no sabía cómo responder.

Las palabras perdidas

EN 1996, EN UN ARTÍCULO PUBLICADO EN LA REVISTA *Letra Internacional*, Jesús Díaz describe el contexto en que se gestó su vocación, haciendo un breve recuento de las circunstancias políticas y el momento literario de los 60. Su esbozo histórico trata de ser justo y equilibrado: si, por una parte, menciona la Revolución cubana, la descolonización de África, la Guerra de Vietnam, el mayo francés y el *Black Power* norteamericano, por otra, no deja de subrayar la importancia del *boom* de la novela hispanoamericana y la publicación de dos monumentos de las letras insulares: *El siglo de las luces* y *Paradiso*. «Es difícil exagerar el sentimiento de plenitud, de exaltación que nos invadía entonces...», confiesa sin ambages¹. Sabemos que, al igual que otros escritores de su generación, Díaz vivió intensamente aquella década insólita en la que parecía que la rueda de la historia se había salido de su eje y giraba de un modo más rápido e imprevisible. Con cálida ironía, la llama el «Decenio mesiánico» en el artículo citado. Su narrativa, como él mismo explica allí, nace simultáneamente en un tiempo de euforia para nuestra literatura y bajo el signo del entusiasmo que, en plena Guerra Fría, acompañó el florecimiento de las utopías libertarias y la ilusión del inminente advenimiento de una revolución mundial. Es más, con el tiempo, como si arrastrara consigo las señas de su origen, su narrativa se hace inseparable de ese clima de audacia, ingenuidad y fervor que bien supo recrear en *Las iniciales de la tierra* (1987) y en *Las palabras*

Gustavo Guerrero

¹ «El lugar imposible», *Letra Internacional*, N° 42, Madrid, 1996, p. 33.

perdidas (1992), pero que se expresa mucho antes y de manera distinta en los cuentos de *Los años duros* (1966), el libro con el que obtiene, a los veinticuatro años, el entonces tan codiciado premio Casa de las Américas.

Aunque comparto básicamente el juicio del Díaz maduro que consideraba, a la Borges, que *Los años duros* era una obra «juvenil y prescindible», creo que una interpretación cabal de su novelística no puede dejar hoy de lado estos cuentos². Si se me permite el tecnicismo, diría incluso que son el hipotexto sobre el cual se escriben las novelas dentro de una compleja relación crítica que no sólo supone una amplificación del modelo, en el sentido retórico del término, sino también —y sobre todo— una trasgresión y una superación del mismo. En efecto, las novelas desdican a los cuentos o, mejor, ponen en tela de juicio el dispositivo textual e ideológico que Díaz crea con ellos —un singular patrón de escritura que, es de notar, desde la más temprana recepción del libro, adquiere un valor explícitamente paradigmático. Recordemos así que Emanuel Carballo, uno de los jurados del premio, no duda en destacar en la solapa de la primera edición de *Los años duros* que «la manera ejemplar como trata algunos temas de la revolución abre nuevas posibilidades a la joven narrativa cubana»³. Por su parte, Seymour Menton, en su conocido estudio, sitúa a estos relatos dentro de la corriente «más definitivamente comprometida con el proceso revolucionario» y llega incluso a afirmar que «se anticipan a la nueva postura revolucionaria hacia la literatura y las artes, sentada oficialmente en octubre de 1968»⁴. En fin, citemos también al Julio Ortega que, en *Relato de la utopía*, haciéndose eco de la opinión de Carballo, señala «la penetración con que el autor sabe mostrar situaciones conflictivas que resultan siendo ejemplares» y añade a renglón seguido que «el libro es ejemplar a varios niveles: lo es tanto en la solución formal que da a los episodios, como en la deducción que revela, no de modo expositivo sino de modo psicológico, en la conciencia en formación de sus protagonistas»⁵.

No es difícil entender hoy, con la distancia que dan los años, el cómo y el porqué de esta tan celebrada ejemplaridad que marcó la fortuna crítica de *Los años duros* y le garantizó a su autor un temprano reconocimiento. Los diez cuentos constituyen, en su conjunto, un modelo de literatura realista que no sólo es coherente, consistente y estable sino que, además, parece entonces novedoso dentro de la narrativa cubana. Muy influido por Rulfo —y, en menor grado, por Cortázar y Borges—, Díaz escribe sus relatos esencialmente en modo dramático, apoyándose en los diálogos y en el monólogo interior de sus personajes, y borrando al mismo tiempo las huellas de la enunciación del narrador, o reduciendo sus intervenciones a su más mínima expresión. No en

² Cf. «Cuba: El fin de una ilusión. La quiebra de *El caimán barbudo* y la clausura de *Pensamiento crítico*», *Claves de la razón práctica*, N° 104, Madrid, 1994, p. 65.

³ Jesús Díaz, *Los años duros*, Ediciones Huracán, La Habana, 1966, 150 pp.

⁴ *La narrativa de la revolución cubana*, Playor, Madrid, 1978, p. 190.

⁵ *Relato de utopía*, La Gaya Ciencia, Barcelona, 1973, pp. 127-128.

vano tres de los textos de *Los años duros* servirán de base a la escritura de la pieza *Unos hombres y otros* —la primera y, creo, única incursión de Díaz en el ámbito del teatro. El lenguaje que emplea contribuye asimismo al triunfo de su estrategia mimética, ya que se trata de una reproducción, a la manera rulfiana, del habla contemporánea habanera, es decir, de una representación literaria de un estilo oral familiar que funge de idiolecto cubano y reivindica un léxico, una sintaxis y una prosodia propias. Si agregamos que cada cuento recrea un horizonte histórico conocido y aun tópico dentro del discurso revolucionario —la lucha estudiantil contra Batista, la entrada de los barbudos en La Habana, la derrota de la contrarrevolución, la zafra y la instrucción de los milicianos—, el resultado final no podía ser más eficaz: el lector tiene la impresión de que, al igual que los personajes, los hechos hablan por sí solos y dicen su verdad dentro de esa transparencia que disuelve la palabra en la acción y en el mundo.

Pero, por supuesto, no es así. En el fondo, el gran logro de *Los años duros* —lo que, a mi modo de ver, lo hace tan modélico y atractivo en aquel entonces— es haber sabido preservar el espíritu didáctico de la literatura comprometida, digamos, su finalidad ideológica, desembarazándose de ese exceso de información que mina el valor estético de las ficciones del realismo socialista y cuya fuente primera es justamente la ubicua voz del narrador. Y es que, como ha mostrado Suleiman, en la novela militante el afán por regular continuamente el sentido produce una multiplicación de las intervenciones omniscientes y una proliferación de los comentarios evaluativos que desemboca en un continuo ejercicio de la redundancia, ya que redundantes son las interpretaciones que incesantemente hace el narrador de los actos, las palabras y los juicios de sus personajes⁶. Al reducir a su mínima expresión la presencia de una instancia narrativa, Díaz logra salvar este escollo y, un poco a la manera de Brecht, presenta situaciones conflictivas que deben suscitar de manera autónoma una reflexión política. Sin embargo, su dispositivo no aspira menos que el realista socialista al control de la lectura y si hoy su intención nos parece tan obvia es sobre todo porque, en el plano de la caracterización de los personajes, las amalgamas que postula nos resultan a veces inaceptables. Para decirlo con los términos Suleiman, en *Los años duros* la redundancia que quiere bloquear la pluralidad del sentido no se sitúa ya en las relaciones entre la voz narrativa y la historia sino en el nivel de la descripción de los héroes y protagonistas, pues muchos de ellos y sus acciones son redundantes en su calificación ideológica y moral. Así, los traidores, los contrarrevolucionarios y los que no logran integrarse a la construcción del nuevo orden son seres sin escrúpulos como los torturadores de «Con la punta de una piedra», o católicos como el indeciso protagonista de «Diosito», o pro-capitalistas como el Bobby de «El capitán», o incluso homosexuales como el soplón de «El cojo». De esta otra forma de redundancia, *hélas*, no logra escapar el joven Díaz.

⁶ S. Suleiman, *Le roman à thèse: l'autorité fictive*, PUF, París, 1983, p. 96 et ss.

Como los apólogos, las fábulas y las parábolas, sus cuentos son ejemplares principalmente porque persiguen un fin que está más allá de sí mismos y, para alcanzarlo, tratan de limitar las fluctuaciones semánticas del texto, encauzando la lectura a través de un sistema de valores que asegure, con mayor o menor sutileza, su univocidad o, si se quiere, su monologismo y su monosemia. «Pretendíamos vincular la literatura a una vocación liberadora universal en el terreno político», recuerda Díaz en el artículo ya mencionado⁷. *Los años duros* fue el tributo literario de su temprana adhesión a la Revolución cubana: un libro en el cual los aciertos y los desaciertos traducen por igual la fe y las ilusiones del muchacho que lo escribió.

Veinte años después, el hombre que da por fin a la imprenta *Las iniciales de la tierra* escribe desde otro horizonte y sobre bases muy distintas. Tal y como declarara en varias ocasiones, 1970 y el fiasco de la Zafra de los Diez Millones fueron el punto de partida de un proceso de autocritica que va a minar progresivamente las convicciones juveniles y a hacer urgente y necesaria una revisión de las relaciones entre militancia, vida y creación. Si el cuentista nace en un momento de intenso fervor revolucionario, el novelista es hijo de la duda y la decepción: «desde mis remotas lecturas de adolescente —afirma Díaz— me obsesionaba la idea de escribir una novela, y el primer gran fracaso de la revolución, que me obligó a hacerme tantas preguntas, se convirtió en el catalizador de aquel sueño»⁸. Así surgen, después de doce años de espera y numerosas reescrituras, *Las iniciales de la tierra*. Hay muchas maneras de describirla, pero quizá una de las descripciones más justas es aquella que nos la presenta como una obra donde la ideología revolucionaria se ve continuamente sometida a la prueba de la existencia. Ehrenburg, uno de los santos padres del realismo socialista soviético, sostenía allá por los años treinta que «los buenos comunistas no tenían biografía»⁹. La primera novela de Díaz, biografía ficticia con mucho de autobiografía real, pareciera empeñada en probar lo contrario, pues la vida y hechos del protagonista, Carlos Pérez Cifredo, se desarrollan, de comienzo a fin, como un prolongado e irresuelto conflicto entre la ortodoxia revolucionaria y la diversidad de la experiencia. Dicho de otro modo: en vez de encontrarnos con esa línea recta que lleva al héroe positivo de la ignorancia y la pasividad al conocimiento y a la acción, nos encontramos con una línea quebrada y barroca cuyo fin y sentido parecen inciertos.

Es interesante observar cómo Díaz vuelve a visitar aquí los mismos lugares o los mismos tópicos de la historia de la Revolución cubana ya tratados en los cuentos, pero enfocándolos ahora desde una perspectiva mucho más compleja que da pie a la ambigüedad. En efecto, la lucha estudiantil contra Batista, las manifestaciones de apoyo a Fidel, la derrota de la contrarrevolución, la

⁷ *Op. cit.*, p. 33.

⁸ *Ibid*, p. 34. Cf. asimismo el artículo citado de *Claves de razón práctica* sobre la influencia de la censura contra las revistas *El Caimán Barbudo* y *Pensamiento Crítico* en la génesis de la obra novelesca.

⁹ Citado por Régine Robin, *Le réalisme socialiste, une esthétique impossible*, Payot, París, 1986, p. 197.

instrucción de las milicias e incluso la zafra reaparecen en las páginas de la novela bajo una luz nueva que matiza y a menudo cuestiona el modelo realista de *Los años duros*. La diferencia entre las dos obras pasa, en primer término, por la ostensible presencia de un narrador omnisciente que, como biógrafo al fin, se convierte en una suerte de sombra del protagonista e introduce frecuentemente una distancia irónica entre lo que Carlos hace, dice o piensa y la interpretación que se puede hacer de sus actos, sus palabras y sus pensamientos. Resulta en cierto modo paradójico que la instancia narrativa que, como ya vimos, garantizaba el control de la lectura en las novelas del realismo socialista, se convierta, en *Las iniciales de la tierra*, en el foco principal de una ironía que socava la univocidad del texto. Pero hay más: el tránsito de un realismo monológico a un realismo dialógico supone también una multiplicación de los lenguajes, una apertura temática hacia las formas de la cultura popular cubana y una celebración de esas dos prácticas subversivas que son el sexo y el humor. Díaz rescata así el idioma de las tiras cómicas o, como las llaman en Cuba, los muñequitos, una lengua hecha de onomatopeyas y gruñidos que llenan los sueños infantiles del protagonista. Recordemos además que éste, ya adolescente, se comunica con sus amigos, intercambiando títulos, músicas y frases de películas en interminables galimatías y retruécanos, chispeantes justas de agudeza e ingenio. Y no habría que olvidar que, del estilo casino a la rumba, pasando por las letras de los éxitos más sonados y hasta los cantos secretos de un bembé, la cultura de la fiesta cubana atraviesa la novela de parte a parte y nos ofrece algunos momentos de franca comicidad, como el episodio de la Rumba del Armagedón o aquel Bolero de la Bomba Atómica que empieza con las palabras «Sólo cenizas hallarás...»

Existen sin lugar a duda una cierta visión carnavalesca de la historia en esta novela que, entre lo sublime y lo grotesco, crea una distancia ante los hechos y abre las puertas a una lectura irreverente y aun satírica del proceso revolucionario. Pero no hay que engañarse: incluso en el corazón del enfrentamiento entre el Carlos individuo y los patrones ideológicos del partido sigue presente el afán de preservar la fe en la Revolución y de salvaguardar el aura del proceso revolucionario. Quizá un estudio genético de los borradores y manuscritos de *Las iniciales de la tierra* podrá decirnos en un futuro cuánto hay de censura o de autocensura en esta actitud. Por de pronto, es evidente que Díaz fracasa en su intento de contradecir a Ehrenburg: no, los buenos comunistas no pueden tener una biografía y menos aún una biografía que ponga de relieve de semejante manera las mil mentiras de la tesis sobre la ausencia de conflictos en una sociedad que construye el orden nuevo. A imagen y semejanza de su creador, Carlos no logra ser el que quiere ser en ese proceso. No es improbable que su frustración refleje en buena medida la del novelista que no consigue escribir la novela que quiere escribir y debe conformarse con otra o con soñar con ese texto virtual e inalcanzable que, unos años más tarde, acabará llamándose *Las palabras perdidas*.

Primera novela publicada después de la ruptura con el castrismo que condena al autor al exilio en 1992, las aventuras y desventuras de los letrados

mosqueteros de *El Güije Ilustrado* son como una corriente de aire fresco en una obra que, tras la aparición de *Las iniciales de la tierra*, estaba amenazada de asfixia. Los tres protagonistas, El Gordo, el Rojo y el Flaco, son, en cierta manera, los descendientes directos de las figuras juveniles de *Los años duros*, como el Chino o el Rolo, o incluso los vástagos del propio Carlos Pérez Cifredo; pero, a diferencia de todos ellos, nuestro trío puede decir en voz alta algo que ningún personaje anterior de Díaz se hubiera atrevido siquiera a murmurar: a saber, «que las Utopías constituyen el fundamento filosófico de la irreprimible tendencia eurocéntrica —liberal o marxista, ya que ambas escuelas son fatalmente neoplatónicas y judeocristianas— a imaginar Paradisos en cualquier isla exótica y distante, así como el rencor atroz del que comprueba lo que debía haber sabido desde siempre: que los Paradisos no existen sobre la tierra»¹⁰. Con su tono desenvuelto y sentencioso, esta frase tiene, en mi sentir, el valor de una suerte de epifanía en la trayectoria literaria de Díaz, pues marca textualmente el momento en que el novelista da por fin con ese tema que lo andaba buscando y que es como el reflejo fiel de sus más íntimas inquietudes, el lugar donde descubre, borgianamente, su verdadero rostro. Tal vez no es otra la razón que hace de *Las palabras perdidas* una de sus mejores novelas —o acaso la mejor. Y es que la historia del Gordo, el Rojo y el Flaco y de su malograda revista tiene la belleza y la autenticidad que le transmite un hombre que ha entendido que su destino no es ensañarse tardíamente con una revolución desprestigiada y moribunda ni lanzarse a una cacería de brujas para denunciar a los culpables, sino encontrar el arte y la manera de explorar lúcidamente esas aguas revueltas que signan la travesía entre la utopía política y el desengaño, y que no sólo son propias de la experiencia cubana sino de todo un mundo que asiste a la quiebra de las filosofías de la historia. En este sentido, resulta bastante significativo que Berlín sea la primera ciudad del exilio de Díaz. Cuando la novela aparece en España a principios de 1992, ya con la banda de finalista del premio Nadal, es el contexto de una época que ha visto caer el famoso muro el que se ocupa de cumplir con creces la función irónica que antes desempeñara el narrador de *Las iniciales de la tierra*.

Ello no obsta, sin embargo, a que se afirme aquí la presencia de una instancia omnisciente y ubicua que, en adelante, será una casi constante en la novelística de Díaz y sin duda uno de los rasgos textuales que más lo alejan de su primer realismo. Alternando los planos temporales entre pasado y presente, jugando a los juegos literarios de la puesta en abismo tan comunes en los setenta —la novela sobre la creación de una revista que es materia de una novela—, es ese todopoderoso narrador el que fija la perspectiva que nos permite leer, entre risas y lágrimas, las peripecias de los tres cándidos muchachos que quieren salvar de la mediocridad y el oportunismo a una revolución que, fatalmente, los condena. Altura de una caída, su castigo tiene el trágico

¹⁰ *Las palabras perdidas*, Ediciones Destino, Barcelona, 1992, p. 154.

tamaño de su esperanza, pero Díaz no pone el acento allí sino en el entusiasmo, la osadía y el ardor con que luchan para realizar sus sueños. Hay algo así de *Las iniciales de la tierra* e incluso de *Los años duros* que sigue vivo en *Las palabras perdidas*, pero que alcanza en ellas su forma más completa: digamos, el paso de la ilusión a la desilusión con que se plasma la quijotesca épica de una causa perdida.

El Oso Fernando de *La piel y la máscara* (1996), el Stalin Martínez de *Dime algo sobre Cuba* (1998) y el Manuel Desdín de *Las Cuatro fugas de Manuel* (2002) recorren, cada uno a su manera, ese espacio que va de la certidumbre a la incertidumbre, del saber al no saber, de la convicción a la decepción, y van arrastrando sus frustraciones junto al recuerdo aún vivo de sus deseos. Todos tratan en vano de negar la evidencia para no renunciar a las creencias que dieron forma a sus vidas. El Oso Fernando piensa que un eventual triunfo de su película en algún festival internacional le protegerá del hostigamiento del régimen y lo salvará del exilio; Stalin Martínez, después de haber estado por unas horas en la Florida, regresa a Cuba, creyendo que en la isla aún puede ser feliz; Manuel Desdín imagina que, como es el estudiante más sobresaliente de su promoción, el gobierno cubano le permitirá proseguir sus investigaciones sobre la física de bajas temperaturas en Occidente, tras la desaparición de la Unión Soviética. Por supuesto, los tres se equivocan o quieren equivocarse, pues admitir su error supone perder pie en el presente, mirar el pasado como una tierra arrasada y ver el futuro como un inquietante vacío. Bien lo dice el Oso Fernando con valentía y lucidez: «Había algo más, algo peor inclusive: el miedo a reconocer abiertamente que la gran utopía laica que dio sentido a mi existencia y a la de tantos y tantos otros había fracasado»¹¹.

Aunque tengo cierta predilección por *Las cuatro fugas de Manuel*, a mi juicio, *La piel y la máscara* es, de las tres novelas, aquella donde el contraste adquiere mayor profundidad, pues Díaz sitúa a sus personajes en pleno rodaje de una película donde la irrealidad de la ficción se convierte en la metáfora o el doble perfecto de la realidad alienante en la que todos viven entre la mentira y el miedo. Seguramente a nuestro autor no le habría gustado que se calificara a esta novela de «neobarroca», pero, de hecho, lo es. Aún más, se trata de un buen ejemplo del género, ya que el juego de espejos entre los actores y los personajes, entre la ficción y la no ficción, no sólo tiene visos de gran teatro del mundo sino que hace posible la conjunción del tema barroco de la apariencia y el desengaño con las preocupaciones ideológicas y más contemporáneas de la novelística de Díaz.

Las cuatro fugas de Manuel, testimonio novelado o *non fiction novel*, no ofrece nada equivalente a este denso intercambio de planos, pero sí la vivacidad y el atrevimiento característicos de esos personajes adolescentes a los que es tan afecto nuestro autor y que le permiten situar a menudo sus narraciones en los

¹¹ *La piel y la máscara*, Anagrama, Barcelona, 1996, p. 55.

predios del *Bildungsroman*, la novela de aprendizaje o iniciación. Mi inclinación por las rocambolescas aventuras del joven científico cubano procede en buena medida de este rasgo genérico, pues creo que lo que el protagonista debe descubrir para hacerse hombre al cabo de muchas penas y trabajos viene a coronar la trayectoria de Díaz y proyecta la significación de su obra hacia un horizonte más rico y más vasto. En general, me repugnan los críticos y *scholars* que se auto-citan, más o menos como los antólogos que se incluyen en sus antologías, pero no puedo evitar repetir aquí lo que ya dije en una reseña de la novela: Manuel alcanza su estatura de adulto cuando logra al fin reconciliarse con el absurdo de la existencia y el caos de la historia, y comprende que, puesto que ambos forman parte de nuestra condición, necesitamos a diario de toda nuestra inteligencia, nuestra voluntad y nuestra valentía para darle algún sentido a la vida que nos ha tocado vivir¹². Desde este punto de vista, en la lucha de Manuel contra la adversidad, como en la del falso balseiro Stalin Martínez o incluso en la del Bárbaro de *Siberiana* (2000), está en juego algo más que un adiós a la Revolución cubana: a saber, el combate contemporáneo contra la tentación nihilista que se cierne como una constante amenaza sobre nuestro mundo post-utópico. Los tres protagonistas pasan de la ilusión a la desilusión y de la desilusión no a los laberintos del escepticismo sino a una pugna febril con lo real que denota su afán de recrear otros sueños. Claudio Magris escribió alguna vez que, en nuestro tiempo, «el desencanto es una forma irónica, melancólica y aguerrida de la esperanza»¹³. Es curioso que, como para acabar de subvertir el modelo realista de *Los años duros*, en las tres últimas novelas sean unos personajes marginales, inadaptados o de ambigua sexualidad los que hagan suya esta divisa y nos brinden un ejemplo de coraje e intrepidez.

Jesús Díaz sabía que, más allá de la desilusión, no estaba tan solo la ausencia de sentido sino también la posibilidad de reinterpretar más libremente nuestros deseos, quizá la mayor lección que nos deja con su obra narrativa. Me consta que, como al Flaco de *Las palabras perdidas*, le parecía ya muy lejano el día en que pensó que sus novelas iban a cambiar la historia de la literatura cubana o latinoamericana. Sin embargo, estaba muy consciente de que habían planteado problemas inéditos, habían incorporado nuevos lenguajes y habían sabido explorar temas que, como el de la presencia de los cubanos en la Europa del Este, podían sacar a la literatura insular del obsesivo monólogo de Cuba con Cuba. ¿Fue otra acaso la actitud que, durante su exilio madrileño, le llevó a fundar la revista *Encuentro* y a hacer posible un diálogo no sólo entre los cubanos de dentro y fuera de la isla sino entre todos ellos y nosotros, los otros? Mi pregunta es, por supuesto, retórica. Jesús Díaz pensaba que los cubanos estaban obligados a entenderse y que esa comprensión pasaba, en parte, por una apertura hacia los otros que, diversificando la discusión, contribuyera a limar las diferencias y a reducir las distancias. Creo que en esto tampoco se equivocaba.

¹² «Retrato del científico adolescente», *Letras Libres*, N° 7, Madrid, abril 2002, p. 80-81.

¹³ *Utopía y desencanto*, Anagrama, Barcelona, 2000, p. 15.

No quisiera terminar sin evocar nuestro último encuentro. Después de conversar intensamente durante toda una tarde en Madrid, en marzo pasado, Jesús, con su contagioso entusiasmo, prometió enviarme pronto el primer capítulo de su nueva novela, una singular historia de amor que transcurriría en Europa, entre Alemania, Galicia y Portugal, pero concluiría en La Habana. Yo, por mi parte, prometí hacerle llegar el ensayo que iba a escribir sobre su novelística. Sé que ya no leeré sus páginas ni él las mías, pero, como crítico, como editor y, sobre todo, como amigo, me consuela pensar que la última imagen que tuve de él fue la de un hombre reconciliado consigo mismo y dueño ya de una obra en la que había ido vertiendo esas voces, gritos y preguntas que llevaba adentro y a los alguna vez, condenado al silencio, creyó que no podría responder.

<p>cuento LOS AÑOS DUROS de JESUS DIAZ RODRIGUEZ (Cuba) Jurado: Pedro Lastra Salazar, Enmanuel Carballo, Jesús López Pacheco y Onelio Jorge Cardoso.</p>	
<p>menciones LOS DESNUDOS (novela) de DAVID BUZZI (Cuba) LA ODILEA (novela) de FRANCISCO CHOFRE CASTILLO (Cuba) REBELION EN LA OCTAVA CASA (novela) de JAIME SARUSKY (Cuba) LEJOS DE ESPAÑA (novela) de HERNAN VALDES (Chile) CANTOS (poesía) de FRANCISCO BENDEZU (Perú) EL CETRO DE LOS JOVENES (poesía) de CESAR CALVO S. (Perú) LOS PEQUEÑOS INFIERNOS (poesía) de ROQUE DALTON (El Salvador) PRIMER LIBRO DE LA CIUDAD (poesía) de CESAR LOPEZ (Cuba) SURREALIDAD (poesía) de PEDRO PEREZ SARDUY (Cuba) HABER VIVIDO (poesía) de LUIS SUARDIAZ (Cuba) SER Y MORIR EN PABLO NERUDA (ensayo) de HERNAN LOYOLA GUERRA (Chile) CUBA, NACIONALISMO Y COMUNISMO (ensayo) de MARCOS WINOCUR (Argentina) LOS QUE VIERON LA ZARZA (cuento) de LILIANA HEKER (Argentina)</p>	

Jesús Díaz: la intensidad de lo cotidiano

LA LITERATURA PUEDE SER MUCHAS COSAS, SEGÚN LAS épocas, los lugares y cómo esos agentes se relacionan con el escritor y con el lector, que es quien termina de dotar al texto de significados. Por ello, me parece necesario aclarar que las líneas que siguen intentarán describir una relación personal y, por tanto, única, entre un escritor, Jesús Díaz; un lector, quien suscribe; y una de las formas de cómo ese lector siente la obra literaria o, mejor dicho, la novela.

Una de las funciones —de las casi infinitas— que puede ejercer la novelística es acercarnos de otra forma a nuestra propia vida, permitirnos ver, sentir, palpar lo oculto de nuestra contemporaneidad, nuestro entorno subjetivo, o, para usar una palabra prohibida, nuestra realidad. Me apresuro a aclarar que esa realidad puede ser Kafka o Lampedusa, García Márquez o Vargas Llosa, Lezama o Carpentier. No se trata de un acercamiento con lo objetivo, que apenas existe, sino con el «*pathos*» de un tiempo y un espacio. Por eso toda generación de lectores disfruta con especial devoción a sus contemporáneos y a sus coteráneos: llaves que abren puertas que acaso los propios autores nunca supieron que existían. Por eso, una de las pérdidas mayores que sufren aquellos que han habitado orbes en permanente censura es la falta de un referente literario que les permita transitar con mayores certezas por su propio ser.

A diferencia de la mayoría de hispanoamericanos, siempre sentí que me era más afín «*Conversación en la Catedral*» que «*Cien años de soledad*», sin que esta preferencia tenga otro significado que el gusto. Viví muchos años en Lima y la recurrente relectura de la obra máxima de Vargas Llosa me procuraba placeres y conocimientos que no existían en otra parte y que nunca pude sentir en La Habana, pues

no había ningún escritor que hubiera tocado mi ciudad, la ciudad de mi momento, como había hecho el peruano con la que fue suya por adopción, ya que nació en Arequipa, antípoda cultural de Lima.

Tan grande era mi carencia que en ese recorrido espiritual por mi adolescencia y juventud hice mía La Habana de Cabrera Infante, la de los tristes tigres y el infante pavano, tratando de encontrar en el espacio que me tocó vivir, los retazos de aquella ciudad que fue, que nunca conoceré, pero que todavía latía a finales de los 60 y comienzo de los 70. En esa búsqueda tan particular, sólo recuerdo dos encuentros cercanos, exceptuando la obra de Jesús Díaz: *Antes que anochezca*, de Reinaldo Arenas e *Informe contra mí mismo*, de Eliseo Alberto.

Ya desde mi primer encuentro adolescente con la narrativa de Jesús había sentido esa voracidad de lo cotidiano que está presente en todo su trabajo y que tanto me ha ayudado a pensarme. Recuerdo uno de los mejores momentos literarios de *Los años duros*, aquella colección de cuentos que el autor años después consideraba —injustamente— como un libro inmaduro y lejano de su último quehacer. Un joven, perseguido por la policía de Batista, se esconde en el baño de mujeres del colegio. Su vida o su integridad física peligran, pero lo olvida y se concentra en el templo profanado: el baño de las hembras. Magaly, si la memoria no me falla, era el nombre de la chica cuya evocación se apoderó de la realidad del personaje: Magaly meando en aquel lugar: el sexo de Magaly expuesto a los sueños, como aquel poema de Paz, escrito desde la Guerra Civil española, en la que una pareja se dedicaba al amor mientras los aviones bombardeaban. Esa capacidad de interrumpir la épica y regresar a lo importante es una de las constantes que ha hecho de la obra narrativa de Jesús Díaz la más consistente que se ha escrito desde la Cuba que nos tocó vivir.

El primer descubrimiento fue *Las iniciales de la tierra*, libro escrito todavía desde la censura, pero repleto de esquinas peligrosas, de recovecos llenos de realidad que provocaron la postergación de su publicación durante más de una década. Para quienes vivimos el sistema y creímos en él, para quienes nos pasábamos la vida buscando razones para justificar, motivos para confiar, elementos en los cuales sustentar nuestro desmesurado optimismo, fue muy importante saber que nuestra búsqueda espiritual no era única, que otros locos intentaban encontrar, con la misma vehemencia, una consecuencia entre el discurso y el hecho que sólo existía en nuestra imaginación y que se prolonga en la segunda novela del autor, cuyo título, *Las palabras perdidas*, refuerza esa sensación de carencia, ese «algo nos quitaron y necesito saber qué» y que se prolonga hasta *La piel y la máscara*, última obra de lo que llamo el ciclo autobiográfico de Jesús Díaz, dedicado por completo a un tratar de entender la propia vida que a muchos nos ha permitido apropiarnos de esa función tan difícil y necesaria.

Muy pocas veces se ha dicho que lo peor de los regímenes dictatoriales es la permanente cohabitación con una irrealidad vendida como la más sólida de las verdades. Se trata de una sensación muy difícil de describir desde la

razón y que sólo la lógica literaria logra aprehender. El entorno impone un kafkianismo permanente en el que millares de agujas escriben con siniestra alegría los mayores disparates sobre la piel de aquellos que intentan escapar a la locura circundante que se resume en un nada es lo que parece y así debe ser. Algunos autores, atrapados en circunstancias similares, han optado por la exaltación del disparate, por la reducción al absurdo del paraíso propuesto. Pienso en Bulgakov y *El maestro y Margarita*; o en Abilio Estévez y *Tuyo es el reino*; o en los cuentos de Benítez Rojo. Otros, como Soljenitzin, han urdido una literatura donde la denuncia termina por destruir la novelística y se queda en alegato político. En la obra de Jesús Díaz, el exorcismo se produce por la ritualización de lo cotidiano en una búsqueda permanente de reconstrucción de la propia realidad.

Casi todas las personas que conozco coinciden en su preferencia por *Las palabras perdidas*, novela en la que Díaz logra, quizá como en ninguna otra, abordar la historia desde lo cotidiano. La ruptura estilística con *Las iniciales de la tierra* no puede ser más fuerte. Mientras que en su primera novela se siente esa búsqueda barroca a la que tan aficionados somos, en *Las palabras...* el lenguaje se simplifica al máximo, se intensifica, en una muy lograda búsqueda por decir más con menos, que recuerda, como intención, a dos autores aparentemente disímiles: Borges y el mejor Hemingway. Lo que de verdad importa es que estos logros estilísticos se subordinan siempre a la narración de la historia y no de la Historia, cuya permanencia como fondo es perenne, pero que podemos olvidarla porque los avatares de sus personajes cuentan más que el telón de fondo. Alguien podría decir que *Las palabras perdidas* es la historia de la censura en la Cuba de Castro, de cómo el régimen se relaciona con los intelectuales o de la utilización de la mentira como recurso supremo en las relaciones entre el Estado y sus súbditos. Evidentemente, todo eso está en la obra, mas lo que cuenta, lo que la convierte en una novela excepcional, es que todo ello importa menos que las aventuras del «Flaco», el «Rojo» y el «Gordo». Porque ya es hora de decir que Jesús Díaz tiene la virtud de ser un narrador de aventuras, cercano, en ese sentido, a la mejor tradición anglosajona. Esas aventuras que para nosotros, los cubanos que vivimos esa Cuba que él poetiza, no sólo eran cotidianas, sino que eran la vida misma, la única forma de vida que pudimos conocer.

Esa intensidad de lo cotidiano se repite en lo que es, a mi juicio, su más completa novela, *La piel y la máscara*, donde el escritor demostró, además, una inconformidad consigo mismo, con lo ya escrito, que mantendrá hasta su última novela, *Las cuatro fugas de Manuel*.

Como en *Sei personaggi in cerca d'autore*, de Luigi Pirandello —obra que acaso lo inspirara—, en las historias de *La piel y la máscara* se superponen y entremezclan los aconteceres de un director de cine y sus actores con los de los personajes que diseñan o encarnan, en una narración muy compleja que Jesús Díaz logra simplificar hasta convertirla en una novela divertidísima. Porque la principal ventura de este autor es su legibilidad, que se basa en su capacidad de

estar ausente, de permitir que sus personajes vivan sus vidas y se comporten como tales y no como sustentadores de lo que el escritor quiere contarnos. Otra vez, como en *Las palabras perdidas*, reviví momentos de mi propia historia, cuando el «Oso» intenta ligar a Ana, o cuando los actores tratan de ser lo que son, sin que la locura circundante los aparte de su búsqueda profesional e íntima. Ese desesperado afán de individualidad que todo parecía impedir, contra el cual todo el entorno político y social conspiraba, y que, precisamente por ello, se convertía en lo único verdaderamente importante de nuestras vidas cotidianas.

Quizá por ello, el paso de lo autobiográfico a lo ajeno le fue tan doloroso, al menos desde el punto de vista literario. Su primera novela donde la propia experiencia no aparece en primer plano es *Dime algo sobre Cuba*, obra que podemos dejar a un lado sin remordimientos y una de cuyas pocas virtudes consiste en preparar a su autor para un nuevo camino que permitirá *Siberiana* y, sobre todo, *Las cuatro fugas de Manuel*. La lectura de las tres últimas novelas publicadas de Jesús Díaz muestra de forma muy clara esa inconformidad con lo ya escrito, con los logros que ya fueron. Si en *Dime algo sobre Cuba* el escritor no logra dar vida a personajes que siempre nos hace sentir ajenos, en *Siberiana* retoma su intensidad anterior y nos convence de que lo más importante del mundo es que Bárbaro, el negro cubano que conservaba su virginidad viril, y Nadiezdha, la siberiana hermosamente enloquecida (guiño a Breton), cumplieran su trágico destino. Una vez más Jesús consigue rescatar una experiencia muy importante para muchos cubanos, que ojalá quede como uno de los valores positivos de nuestra alucinada historia reciente: ese estrecho contacto con mundos tan ajenos a nuestra cultura como los eslavos, germánicos y magyares, que hará de *Las cuatro fugas de Manuel* su tercera gran novela, junto a *Las palabras perdidas* y *La piel y la máscara*.

Hay un capítulo de *Siberiana* en el que Jesús demuestra toda su maestría: esa terrible y humorística danza que, como una música *in crescendo* o un exorcismo, comienza por arrebatar a Bárbaro en la sauna siberiana y termina por arrebatar a los lectores, contagiados por la creciente ansiedad de ese personaje que termina por integrar su realización como ser humano con la propia muerte, como tantos otros cubanos que han cumplido ciclos similares, aunque no siempre de muerte física se trate.

Como me ha ocurrido con casi todas las sus novelas, leí *Las cuatro fugas de Manuel* de un tirón, en una noche que se prolongó hasta el amanecer y en la que no faltaron las lágrimas, acaso porque, guardando las distancias de lo tremendo, mucho de esa historia me es familiar. Los cubanos de mi generación hemos sufrido esa forma de tragedia griega según la cual lo que nos ha ocurrido no está en nuestras manos, pues somos el fruto de un destino cuya única ruptura posible es el exilio, exterior o interior, como el de tantos que permanecen en la isla, pero encerrados en un limbo esquizofrénico que los obliga a ser otros, que es casi como no ser. El individuo y el destino son las claves de esta novela pero, como siempre y por suerte, lo que importa es Manuel

y esa porción de Manuel que nos acompaña: el recuerdo de la tergiversación de cada acto, la percepción de espada y pared como únicas posibilidades, pues cualquier intento de fuga conduce al filo o al muro, que se reproducen cual imágenes de espejos en pesadilla.

Quiero terminar este homenaje al amigo de tantas conversaciones inconclusas y al editor que me propició el espacio donde más cómodo me he sentido, con una simple observación acerca del autor que más he disfrutado en los últimos años: esperaba la publicación de cada nueva novela suya con verdadera ansiedad. Creo que es lo mejor que puede decirse de un escritor.



Concurrencias de Jesús Díaz

FINALMENTE ME ENCONTRÉ CON JESÚS DÍAZ EN BERLÍN, A donde él se acababa de mudar. Yo estaba de paso, con el pretexto de otro congreso académico, y con Carlos Monsiváis lo fuimos a visitar. La sensación de que su estadía era provisoria, su año en Berlín fugaz, y perentoria su búsqueda de otro lugar para su exilio de cubano sin patria suficiente, dominó la charla con la pasión urgida que él comunicaba. Nos conocíamos de hace mucho, desde 1973, en que salió en *La Gaya Ciencia* de Barcelona, la memorable editorial de Rosa Regás, mi breve tomo sobre narrativa cubana, que escribí en New Haven gracias a un puesto de visitante que Emir Rodríguez Monegal me ofreció. Todavía recuerdo la clase en que leímos los cuentos de *Los años duros* (1966) y las páginas que escribí, excedido por la lucidez de esos relatos. Jesús, en último término, tenía que explicarse lo más difícil: la racionalidad de la violencia. Lo hacía sin sentimentalismo, desde la razón empírica de una idea del bien, capaz de sobreponerse a la intimididad del mal, como si el mundo estuviese hecho, fatalmente, por uno y otro. Todavía no sé por qué pero en esos cuentos descarnados y poderosos todos percibimos la temperatura de la Revolución Cubana, y es probable, aun ahora, después de tantos años, que esos relatos ejemplares sean parte del lenguaje de esa pobre Revolución nuestra, tan venida a menos que ya nos es ajena, aunque quede todavía por definirse la parte que les toca, dentro y fuera, a quienes fueron unos a su luz y otros a su sombra.

Me costó trabajo complacer a mi amigo Jesús Díaz porque no llegué a escribir sobre mi experiencia como el único escritor latinoamericano que no visitó Cuba. Jesús quería que escribiese para *Encuentro* un ensayo sobre lo que Cuba había significado para mí. Y pensé que tendría que empezar con esta declaración, que era casi una de principios, porque desde 1961, mi primer año en la universidad, he visto ir y venir a toda clase de viajeros, al punto de que alguien tendría que escribir la historia literaria, fatalmente

Julio Ortega

política, de esos visitantes periódicos, autorizados por el peregrinaje, favorecidos muchos por la tribuna, y a poco desengaños en varios grados de intensidad. No deja de ser un fenómeno de la cultura política nuestra el hecho de que ese capital simbólico terminase en exorcismos y purgaciones de buena fe. Fui invitado varias veces, y hubiese, realmente, querido ir, pero ser jurado del premio Casa de las Américas me pareció una tarea superior a mi paciencia de lector de manuscritos. De modo que yo debo ser de los pocos intelectuales latinoamericanos que no le deben un café a la Revolución. Después de haber visto la pasión de los convencidos y, a poco, su pareja ferocidad contraria, mi ausencia se me antoja irrepachable.

Esas horas en su piso de Berlín recuperamos el tiempo interpuesto. Jesús nos puso al día sobre la situación de los intelectuales después del caso Padilla. Y tuve la impresión de que su análisis era más certero que exculpatorio. No necesitaba que las cosas fueran de mal en peor para justificar su exilio. Tenía, además, noticias lamentables sobre los colegas en la penuria política de la Isla. Recuerdo su relato de una reunión de escritores en casa de uno de ellos a donde, sorprendentemente, llega el propio Fidel Castro demostrando su favor al dueño de casa. Jesús y otros amigos eligieron una terraza marginal, disgustados por la invasión oficial de una fiesta privada. Pero un agente los conminó a sumarse fielmente al monólogo.

Me impresionó Jesús por su madurez y lucidez, que lo convertían en un personaje distinto de la saga cubana de los exilios. Yo, que había conocido toda clase de exiliados, le temía un poco a esas largas reuniones en alta voz en las que los amigos insulares resolvían la suerte de la Revolución y el futuro de la isla quitándose la palabra unos a otros con ardor sin pausa. Una noche, en New Haven, en la casa de un colega cubano donde coincidieron dos familias, el perro de una de ellas rompió a ladrar hasta que logró acallar el coloquio. Alguien había concebido el infierno como un concierto eterno de gaitas gallegas, pero bien podría ser un perpetuo debate sobre Cuba. En cambio, Jesús era de esa clase superior de individuos que no hacen virtud de sus inclinaciones personales. Llegó al exilio ya formado, casi trabajado por las ideas y las pasiones civiles, habiendo pensado los pros y los contras, y se le fue la vida imaginando un espacio mediador, donde haciendo de cóleras corazón fuese factible transitar sin perder pie. Notablemente, era más mundano y feraz que algunos compatriotas afincados en la tipicidad, que tributaban las reparaciones con apetito demandante. Jesús Díaz siempre fue él mismo y no tenía que probarlo: de estirpe martiana, era claro y acerado. Me impresionó el sentido crítico de su charla, su humor relajado, y la fuerza de sus convicciones más íntimas, que en cada novela suya han aparecido como la forma misma del relato. Esa forma es la inteligencia apremiada de su plazo en el diálogo: estaba aquí, entre nosotros, para tomar la palabra, y se consumía entre palabras justas. Todavía es un misterio su partición de las aguas entre lustrales y de tormenta, de ágape y de difuntos, entre la novela post-nacional y la crítica intranacional, sacando al país de su agonía y situando a sus héroes en las fronteras de lo cubano, en ese ardimiento de libertades ganadas a pulso. Escribía con

inmediatez, con autoridad, pero también con fe en las breves grandezas humanas, en las empresas que se cumplen más allá de las fuerzas cotidianas, a favor del individuo.

Después, creí advertir la ligera ironía de su benevolencia. En una época en que los cubanos del exilio solían saldar cuentas entre ellos, no sin encarnada aplicación, Jesús Díaz fundó *Encuentro* para dar a todos el beneficio de la palabra. Esta revista se convirtió en la esfera pública de una república cubana del exilio, allí donde asomaban unos y otros, de pronto tocados por la civilidad de los turnos. En una república de más condenados que salvados, donde cada quien ha ejercido de juez y parte de los otros, Jesús les vino a demostrar a todos que *Encuentro* era un lugar de recuperaciones; en primer lugar, de la credibilidad mutua. He aquí un exiliado reciente que viene a Madrid a acoger a los exiliados en su humanidad bien dicente. Contra la sospecha y los malos hábitos, Jesús llamó a los atrincherados a dejarse oír en un espacio convergente. Desde *Encuentro*, el exilio cubano se ha convertido en un interlocutor fundamental de la cultura actual latinoamericana.

Habiendo así concurrido a mejorar el diálogo entre los suyos, incluyéndonos a paseantes y colindantes, me doy cuenta de que Jesús Díaz había forjado otra forma cubana de presencia. Primero porque sus tareas estaban llenas de futuro, y nos concernían a todos; no porque tuviese un programa o una agenda, sino porque el presente era excedido por su capacidad de concurrencia; esto es, por la forma inclusiva de su apelación a estar presentes y dar cuenta. Y segundo, por su fe en los más jóvenes, entre quienes se contaba, concurridamente; porque sus tareas suponían a los nuevos actores del consenso, a los agentes menos encarnizados y más tolerantes, aquellos que prometían una próxima apuesta cubana por el Otro, incluso por los otros. Este escándalo de la fe era una pasión intelectual: la obra de Jesús está llena de héroes jóvenes, hechos en una integridad a la vez cándida y mundana, como si fueran los personajes de una épica de convicciones latentes. Esa nostalgia del futuro era, creo yo, la clave de su íntima vehemencia: sabía que el tiempo requiere de nuestro trabajo para apurar sus promesas. Por eso digo que sus trabajos son una presencia de hecho: un espacio de amparo en este español de la intemperie.

Las palabras perdidas (1992) es una de mis novelas favoritas de la Cuba contemporánea, y entre las de Jesús Díaz una de las más memorables. La novela narra las aventuras de un grupo de jóvenes escritores, cuyo extraordinario proyecto de entrevistar a cada uno de los grandes de las letras cubanas (Carpentier, Lezama, Piñera, Eliseo Diego) es una suerte de peregrinaje y aprendizaje, que cumplen ritualmente al planear una nueva revista cultural y literaria. El humor, el desenfado, la elocuencia, y también la incertidumbre, vivacidad y empatía que comunican esta novela construyen un retrato de grupo de La Habana de los años 80, y alrededores, cuando las aventuras de exploración artística parecen otra vez posibles. En la novela, el plan de la revista se estrella con la censura y con la delación, lo que no sólo frustra a la revista sino que revela el vacío de sentido al interior de la idea del grupo. Pero no se trata aquí de lo que ya sabíamos (en las novelas de Jesús se trata siempre de lo que

no sabíamos) sino del vacío impuesto a la vida genuina por la interferencia política y policial, que desmiente la fe común y demarca los límites del lenguaje. Ese vacío, al carecer de nombre, es una culpa mutua: el traidor y el héroe son dos caras de la misma moneda nacional. Y de ello, al final, se trata: del derroche verbal de los maestros y de la carencia de lenguaje en los discípulos. La alegoría nacional es una entrega, incumplida, del lenguaje: la puesta a prueba de su valor de cambio en una sociedad donde la palabra pierde su valor de intercambio. Si los maestros viven en la sobreabundancia de su lengua propia, en el mundo que se han construido para reemplazar a su Isla portátil, los jóvenes viven el lenguaje más desenfadadamente, en la calle, en el juego y la complicidad, con la inocencia de su libertad sin uso. Y, con todo, se trata de una libertad creativa, vivaz y sin pausa, que deambula feliz y casual, entre bromas y juegos, citas literarias y novelización sin tregua. Vemos y reconocemos a ese inolvidable personaje, el «Rojo», poeta joven iconoclasta, que lidera al grupo con ironía y sarcasmo. Me gustó saber, mucho después, que ese personaje estaba modelado en mi amigo el poeta Luis Rogelio Noguerras, a quien llamaban *Wichy*. Me lo hizo saber la narradora Mayra Montero, cubana de Haití y Puerto Rico, quien me contó que ella también aparecía en esa novela como la novia del «Rojo». Me lo dijo como un secreto a voces. Descubrí entonces que las novelas de Jesús Díaz son versiones libres de momentos extremos de brío vital, y nostalgias de libertad. Esto es, son novelas que rescriben lo real con gracia entrañable: son historias llenas de vida explícita, abierta por su creatividad latente. Por eso, la condena política no lleva el peso de la literatura política: forma parte del horizonte de lo vivido, allí donde las puertas se cierran pero donde la novela deja una entreabierta.

Ni en ésta ni en sus otras novelas de motivación política se demora Jesús en la tragedia o la protesta: con los materiales de una y las voces de la otra se hacen estos relatos para hacer otra cosa, para dar la medida de la capacidad de respuesta de unos héroes demasiado vivos para ser épicos. Hasta su paradójico balsero de *Dime algo sobre Cuba* (1998) merece, al final del libro, un capítulo en blanco: el del día de mañana, libre de su travesía clandestina. De allí a construir un teatro de la fuga en su última novela, toda una saga de la creatividad del exilio se alza al modo del nuevo lenguaje de este futuro que vivimos como presente. En mi ejemplar de *Dime algo sobre Cuba* Jesús me ha escrito unas líneas de agradecimiento porque sé, dice, «acompañar.» Así deben vernos los que saben concurrir: como interlocutores de su camino.

Acompañar a Jesús Díaz, aun si de lejos y a pocos, sigue siendo una demanda del diálogo convocado por su trayecto. Ha humanizado, se diría, la ferocidad del exilio, borrando las distancias y dándonos encuentro.

Diálogo y contemporaneidad en el cine de Jesús Díaz

A Rolando

UNA DESAPARICIÓN SENTIDA COMO PREMATURA, EN todo caso sorpresiva, redobla su impacto natural y no favorece la valoración desapasionada de una obra multiforme como la de Jesús Díaz (1941-2002). Estas líneas pretenden apenas brindar un testimonio acerca de su aporte en el campo cinematográfico y su inserción en el contexto cubano¹. Tuve la suerte de conocer a Jesús Díaz en La Habana, durante los años 80, cuando compartimos muchas dudas y algunas esperanzas. Tuve entonces la ocasión de conversar con muchos cubanos vinculados al quehacer cinematográfico, dentro y fuera del ICAIC (Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos). Aun habiendo tenido la posibilidad de revisar ciertas películas, mi percepción está seguramente muy marcada por la experiencia personal del investigador e historiador insertado en un momento de expectativas, antes del derrumbe de los 90. Quisiera aclarar de entrada que mis preferencias van hacia las novelas *Las iniciales de la tierra* (1987) y *Las palabras perdidas* (1992), y que no pretendo cuestionar para nada la vocación literaria primordial de su autor. Pero las circunstancias y la personalidad de Jesús lo llevaron a trabajar en otras expresiones y terrenos que no convendría subestimar, incluso por la existencia de vasos comunicantes entre todos ellos: *La piel y la máscara* (1996) lo comprueba.

Si bien nadie parece negar la originalidad de su aporte en la literatura, el teatro o la expresión política dentro y fuera de la isla, tampoco conviene olvidar su contribución

¹ Agradezco a Jorge Ruffinelli su colaboración durante la elaboración de este artículo.

Paulo Antonio Parangudá

novedosa en el ámbito fílmico. Por supuesto, valorarla depende de un mínimo de equilibrio y respeto por los matices. La organización no gubernamental Reporteros Sin Fronteras (con sede en París), la FNAC y las Ediciones Montparnasse, editaron en Francia un CD-ROM sobre Cuba, en una nueva colección sobre obras censuradas (2002). Gracias a ello, disponemos de copias de *P.M.* (Orlando Jiménez Leal y Sabá Cabrera Infante), el estupendo *Coffea Arabiga* (Nicolás Guillén Landrián), *Conducta impropia* (Néstor Almendros), *Te quiero y te llevo al cine* (Ricardo Vega), aunque no siempre en buenas condiciones de reproducción. El único comentario corre a cargo de Guillermo Cabrera Infante, entrevistado especialmente por Zoé Valdés y el mencionado Ricardo Vega. El autor de *Un oficio del siglo XX* declara textualmente:

«El ICAIC ha sido lo que era el Ministerio de Propaganda de Goebbels en la Alemania nazi. El ICAIC ha sido la fábrica de propaganda castrista más efectiva que ha habido en Cuba. Ni el Ministerio de Cultura ahora, ni ninguna de las publicaciones oficiales que se hacían y se hacen, ha tenido el impacto que han tenido en el mundo los filmes fabricados por el ICAIC (...). Alfredo Guevara siempre ha sido un miembro del aparato represivo del régimen ...» (Guillermo Cabrera Infante, Londres, marzo de 2002).

Independientemente del ajuste de cuentas aun pendiente cuarenta años después de *P.M.*, entre dos protagonistas de primera línea del conflicto alrededor de *Lunes de Revolución*, lo más desacertado de tales palabras es la descalificación en bloque de toda la producción fílmica revolucionaria. Aparte de sobrealorar el escaso volumen productivo del cine y su impacto social respecto a la televisión, subestima las tensiones que han caracterizado al ICAIC. Tensiones no solamente entre personalidades o tendencias distintas e incluso contradictorias, sino también tensiones frente a otros organismos o corrientes activos en el campo cultural. Las divergencias entre el ICAIC e instancias oficiales han desembocado varias veces en crisis abiertas. La historia cultural de Cuba no se ha detenido con la revolución, sino que ha adquirido mayor complejidad. Basta ver cómo el viejo binomio nacionalismo-cosmopolitismo se ha complicado con la multiplicación de la diáspora cubana. Aquí, lo que está en juego no es sólo la apreciación del pasado, sino la posibilidad de un futuro: no habrá reconciliación entre los cubanos si a la intolerancia de un lado responde la excomunión del otro.

Jesús Díaz entra al ICAIC durante el «quinquenio gris», que ha sido negro para muchos y se ha prolongado algo más (como cualquier plan quinquenal). Justamente, en esa fase, la producción del ICAIC sufre un proceso de inhibición y autocensura respecto al paradigma, hasta entonces insuperable, de *Memorias del subdesarrollo* (Tomás Gutiérrez Alea, 1968), o incluso de censura a secas (*Mi aporte*, Sara Gómez, 1969; *Un día de noviembre*, Humberto Solás, 1972). La celebración del pasado pasa a conjurar las peligrosas controversias del momento. Sin embargo, la legitimidad adquirida a lo largo de la década prodigiosa del 60 y la relativa autonomía preservada en el proceso de

institucionalización, transforman al ICAIC en un refugio contra las UMAP y otros destinos funestos. Después de la disolución del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana y de la revista *Pensamiento Crítico*, Jesús se integra al ICAIC.

Para un hombre de letras, la escritura de guiones parece el puente natural con el cine. En la medida en que la palabra escrita se transforma en el proceso de filmación, los proyectos en los que Jesús Díaz estuvo involucrado sólo se le pueden atribuir parcialmente. Sin embargo, de *Ustedes tienen la palabra* (Manuel Octavio Gómez, 1973) a *Alicia en el pueblo de Maravillas* (Daniel Díaz Torres, 1991), hay una indudable voluntad de abordar « aspectos problemáticos de la realidad cubana posterior a 1959 », o sea, « los desafíos de la contemporaneidad »². Lejos de limitarse al fértil papel de primer interlocutor de la creación colectiva, Jesús se sometió al aprendizaje del lenguaje cinematográfico a través del documental, entonces única escuela de acceso a la realización, como una manera de integrarse plenamente al ICAIC y estar en condiciones de asumir mayores responsabilidades en la gestación y concreción de proyectos. Tal adiestramiento fue exitoso, puesto que Jesús filmó uno de los mejores documentales sobre Nicaragua en los años de máxima efervescencia (*En tierra de Sandino*, 1980). Pero su mayor contribución en el campo documental muestra su permanente preocupación ciudadana en ampliar el margen de expresión consentida y transformar la percepción de los nudos problemáticos de la sociedad cubana: hablamos de *55 hermanos* (1978).

Un cuarto de siglo nos separa de *55 hermanos*, por lo que resulta fácil incurrir en el anacronismo al revisar la película. Después de todo, ahí aparecen Carlos Rafael Rodríguez con un *teque* contra el consumismo, que el « Período Especial » vuelve grotesco; Armando Hart incapaz de contestar a la pregunta de si los hijos del exilio pueden volver a la isla, y finalmente Fidel Castro y su corte. No obstante, hay que recordar el contexto en el que pretendía incidir *55 hermanos*: mientras « dialoguero » era una palabrota en Miami, en La Habana cualquier diálogo era tabú y reconciliación aún era prédica de sacristía, absolutamente minoritaria. Si antes y después del Mariel (1980), comunidad del exilio o diáspora eran términos reemplazados por insultos, su visibilidad como conjunto y sobre todo su individuación eran nulas. La apuesta de Jesús Díaz, autor del guión y director de *55 hermanos*, fue la de que podía darle caras y vivencias a esta problemática en un documental del ICAIC, cuando ello era imposible en cualquier otro foco audiovisual de la isla.

Los protagonistas de *55 hermanos* son la brigada Antonio Maceo, jóvenes de la segunda generación de cubanos-norteamericanos, atraídos por ideas de izquierda o deseosos de conocer su país de origen. El diálogo entablado no se limita a las mencionadas autoridades. Las razones del corazón priman sobre

² Jesús Díaz, « Les défis de la contemporanéité: notes sur le cinéma de fiction cubain », *Le cinéma cubain*, Paulo Antonio Paranaguá (ed.), París, Centro Georges Pompidou, 1990, pp. 115-121, traducción de François Maspero. Cito a partir del manuscrito original, escrito especialmente por el autor en 1989. Todas las demás citas entrecomilladas sin otra identificación remiten a este texto.

la sinrazón política desde la primera secuencia en una azotea habanera, enseñada después de la llegada. El desgarramiento captado por la cámara muestra una voluntad e incluso necesidad de reencuentro y reconciliación entre el pasado y el presente. La cisura generacional, la distancia creada por el tiempo, resulta comparable y tal vez superior a la distancia espacial. El intercambio más intenso ocurre con personajes anónimos, como el viejo comunista para quien las convicciones de cada uno son parte de su intimidad. Un veterano obrero de la construcción se muestra igualmente más comprensivo que el joven isleño preocupado con una eventual reinserción de sus compatriotas de Estados Unidos. *55 hermanos* replantea la cuestión de la nacionalidad en nuevos términos, desvinculándola de la geografía y todavía más de los determinismos ideológicos. Otra novedad, a la vez dramática y humana, es el enfoque de un joven totalmente descreído y desesperanzado, el hijo de un preso político: desde los primeros documentales de Sarita Gómez, no se había visto en las pantallas cubanas un personaje tan al margen de todas las convenciones vigentes, y no se lo volvería a ver hasta *El Fanguito* (Jorge Luis Sánchez, 1990).

En el escalafón burocrático del ICAIC, pasar del documental al largometraje de ficción supone una promoción. Uno estaría tentado de vincular *Polvo rojo* (1981) a los *Los años duros* (1966), si desde la publicación de los primeros cuentos no hubieran cambiado completamente el país y su autor. La dedicatoria a Ernesto Che Guevara en letras grandes antes de los créditos puede ser vista como un desafío frente a los valores predominantes en la década de la institucionalización a la soviética. También cabe verla como reivindicación o coartada. La impresión que todavía me causa *Polvo rojo* es la de querer abordar una serie de cuestiones conflictivas, como quién toma el toro por las astas. El mejor ejemplo es el del fusilamiento, justificado después de haber evitado un linchamiento, pero presentado con las reacciones naturalmente encontradas que provoca el paredón (vale la pena recordar que en Nicaragua, la revolución sandinista había recién abolido la pena de muerte, a diferencia de la castrista). *Polvo rojo* muestra «el mecanismo de violentar la realidad a cualquier costo, característico de la burocracia voluntarista cubana y responsable de muchos de los defectos de nuestra producción», operando desde los orígenes mismos del proceso revolucionario, antes de la cristalización de una burocracia propiamente dicha. Aparte de discutir las relaciones de trabajo, *Polvo rojo* evoca la primera ola de emigración y sus consiguientes desgarramientos. Como si quisiera juntar en una misma película los aspectos complejos de «un objeto de difícilísima aprehensión estética», el guionista y director ha multiplicado los personajes y situaciones, con un aliento épico que recuerda *Las iniciales de la tierra*.

En cambio, *Lejanía* (1985) se acerca a la música de cámara, con su cuarteto de protagonistas, en sucesivas combinaciones instrumentales, concentradas en una misma locación principal. *Lejanía* está evidentemente emparentada con *55 hermanos*, en su intento de restablecer el diálogo entre una madre y un hijo separados por el exilio de la primera. La secuencia de la azotea, con vista a los techos de La Habana y el Caribe por horizonte, está directamente inspirada en

la secuencia inicial del documental. Como *Fresa y chocolate* (Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, 1993), la película de Jesús Díaz propugna el diálogo en su propia construcción dramática, centrada en sucesivos diálogos entre los personajes. A pesar de la concentración en la familia dividida, *Lejanía* rehuye la simplificación e intenta preservar la densidad y complejidad de las relaciones familiares a través de una sucesión de tres diálogos estrechamente imbricados: el diálogo madre e hijo, el diálogo entre la madre y la nuera, el diálogo entre los dos primos. «Miami es nuestra Coblenza, nuestro Versalles», escribió Jesús Díaz. Por primera vez, el cine cubano abordaba esa «interrelación que constituye una de las dinámicas sociales más significativas de nuestra contemporaneidad». No obstante, el autor admitió:

«no me siento satisfecho con ella. Entre otras cosas porque considero que (...) peca de un moralismo que se manifiesta, por ejemplo, en que el personaje de la madre no sea tan complejo como debiera. Esto disminuye en el filme una ambigüedad que considero necesaria y que sólo se logra plenamente, a mi juicio, en las relaciones entre el protagonista y su prima. Pero más allá de sus defectos y posibles virtudes, *Lejanía* provocó un fuerte impacto polémico en la sociedad cubana; sin embargo, la casi totalidad de la crítica cinematográfica nacional, al no saber cómo situarse ante un tema tan álgido, guardó un silencio vergonzoso frente a ella, dando un ejemplo de como *no* asumir los desafíos que la contemporaneidad le impone.»

El *happy end* de *Lejanía* es parte de las convenciones moralizantes que el mismo Jesús lamentaba en el texto citado, así como en nuestras primeras conversaciones. El final abierto de *Ustedes tienen la palabra*, la suprema ambigüedad de *Memorias del subdesarrollo* seguirían siendo excepcionales. Aunque la severidad y la humildad de Jesús Díaz sean dignas de consideración, *Lejanía* dio carta de ciudadanía a un tratamiento adulto del tema de la nación cubana desgarrada por la diáspora. Basta recordar el monólogo de Mirta en *Papeles secundarios* (Orlando Rojas, 1989), el emotivo episodio de Ana Rodríguez en *Mujer transparente* (1990), el mencionado *Fresa y chocolate*.

En fin, hay que subrayar un hecho fundamental: Jesús Díaz y Tomás Gutiérrez Alea ejercieron un verdadero liderazgo intelectual dentro del ICAIC, al final de los años 80. La última ilusión compartida por ambos —y por muchos otros en la isla— fueron las discusiones previas al 4° Congreso del Partido Comunista Cubano, en las que tanto uno como el otro tuvieron destacadas intervenciones³. La «década gris» de los 90 se encargaría de reducir hasta la

³ Como testimonio de la ascendencia intelectual de Jesús Díaz en el medio cinematográfico, puedo remitir a mis dos largos artículos escritos en la época, desprovistos por lo tanto de cualquier sospecha de homenaje póstumo: «Nouvelles de La Havane: une restructuration du cinéma cubain», *Positif*, N° 328, París, junio de 1988, pp. 23-32 («News from Havana: a restructuration of Cuban Cinema», *Framework* N° 35, Londres, 1988, pp. 88-103); «Nuevos desafíos del cine cubano», *Encuadre* N° 31, Caracas, julio-agosto de 1991, separata, 32 p. («Le cinéma cubain au défi», *Cinémas*

mínima expresión las esperanzas de un cambio gradual. Cada uno expresaría a su manera una nueva postura frente al inmovilismo oficial.

Probablemente, uno de los últimos textos de Jesús Díaz sea «Parábola vital de Tomás Gutiérrez Alea»⁴, su participación escrita a un coloquio organizado por la Universidad de Dijon sobre *La muerte de un burócrata* (1966), película incorporada al programa del concurso de los docentes de español en Francia. Jesús partía de un ensayo publicado en el primer número de la revista *Encuentro de la cultura cubana*⁵ y concluía con la fábula yoruba de *Guantanamera* (Tomás Gutiérrez Alea y Juan Carlos Tabío, 1995), «en que nadie moría, los viejos no cedían el mando y los jóvenes vivían asfixiados», deseando que «llueva mucho, interminablemente, pacíficamente, sobre Cuba.»

d'Amérique Latine, N° 0, Toulouse, 1992, pp. 18-37; «Letter from Cuba to an Unfaithful Europe: The Political Position of Cuban Cinema», *Framework* N° 38-39, 1992, pp. 5-26; «Cuban Cinema's Political Challenges», *New Latin American Cinema*, Michael T. Martin (ed.), Detroit, Wayne State University Press, 1997, vol. 2, pp. 167-190).

⁴ Jesús Díaz, «Parábola vital de Tomás Gutiérrez Alea», *Voir et lire Tomás Gutiérrez Alea: La mort d'un bureaucrate*, Emmanuel Larraz (ed.), Dijon, Université de Bourgogne, Hispanistica xx, 2002, pp. 13-16.

⁵ Paulo Antonio Paranaguá, «Tomás Gutiérrez Alea (1928-1996), Tensión y reconciliación», *Encuentro de la cultura cubana*, N° 1, Madrid, verano de 1996, pp. 77-88.

Un dramaturgo de obra breve

EN OCTUBRE DE 1966, POCOS MESES DESPUÉS DE SU brillante ingreso en la arena literaria con *Los años duros*, el joven de veinticinco años que entonces era Jesús Díaz sorprendió a propios y extraños al estrenarse como dramaturgo con *Unos hombres y otros*. Más allá del hecho insoslayable de pertenecer al mismo autor y de haber sido creados por las mismas fechas, el libro de cuentos y la pieza teatral tienen unos estrechos vínculos sobre los cuales vale la pena que nos detengamos.

A estas alturas, es un lugar común afirmar que la publicación de *Los años duros* significó para la narrativa cubana un iluminador y saludable revulsivo. En su prólogo a la antología *La Isla contada*, Francisco López Sacha resumía esto de manera categórica, al afirmar que «después de *Los años duros*, el cuento cubano fue otro», a lo cual añadía como argumento: «Jesús Díaz logró sintetizar con el espíritu del *boom* las tradiciones de universalidad y cubanía de los grandes cuentistas anteriores. A partir de su libro, que fue revelador, y de otras colecciones de cuentos (...), los conflictos sociales y políticos, y la disyuntiva de la integración o el rechazo a la Revolución, encontraron un nuevo lenguaje»¹. Hasta entonces, la prosa de ficción escrita en la isla continuaba insistiendo en un catálogo temático que, de una u otra manera, tenía que ver con la denuncia del pasado inmediato. Eso respondía, por un lado, a que se trataba de textos que, en muchos casos, fueron creados años atrás, y por otro, a lo que José Manuel Caballero Bonald definió como «el prudente tanteo intelectual o la prudente cauta actitud frente a una sacudida aún no asimilada en toda su radical intensidad»². Los cuentos de Jesús Díaz

Carlos Espinosa

¹ Francisco López Sacha: «La casa del sol naciente», *La Isla contada. El cuento contemporáneo en Cuba*, Gakoa Liburuak, Donostia, 1996, p. 19.

² José Manuel Caballero Bonald: «Introducción», *Narrativa cubana de la revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1968, p. 13.

contribuyeron además a ganar otra batalla que se venía produciendo de modo menos abierto: la del empleo de las llamadas palabras obscenas en la literatura. Polémica escasamente difundida y, felizmente, pronto resuelta, fue recordada por José Rodríguez Feo en su prólogo a otra antología, *Aquí once cubanos cuentan*. Allí se refirió a cómo el falso moralismo de algunos funcionarios culturales, empeñados en que en Cuba sólo se escribiese una literatura edificante, los había llevado a impedir en varias ocasiones la publicación de textos que consideraban «atrevidos». Rodríguez Feo apuntaba que «cuando Jesús Díaz ganó el premio de cuento en el Concurso Casa de las Américas, la literatura cubana sintió un gran alivio. El libro está escrito en un estilo donde abundan las malas palabras y las situaciones más audaces». Y concluía calificando el de Díaz como «un caso alentador porque con su obra es posible ya enfocar con seriedad y valentía temas que hasta hace poco nuestros escritores habían rehuído por temor a ser considerados inmorales»³.

Algo similar significó para nuestro teatro *Unos hombres y otros*. Siete años después del triunfo de la Revolución, los dramaturgos cubanos continuaban con el ajuste de cuentas con el pasado aún cercano, al que en cierta medida trataban de exorcizar a través de sus obras. El presente apenas había asomado en los escenarios, y obras como *La casa vieja*, de Abelardo Estorino, y *Santa Camila de la Habana Vieja*, de José R. Brene, no pasaban de ser honrosas excepciones. Los autores se resistían además a sacar la cabeza de las cuatro paredes del ámbito hogareño, y la familia conservaba intocable su hegemonía como microcosmos a través del cual se auscultaba a la sociedad. La obra de Jesús Díaz representó un punto de giro para nuestra dramaturgia, y aunque su influencia no tuvo una respuesta tan inmediata como la que halló *Los años duros*, abrió un camino por el cual ineludiblemente el teatro cubano habría de transitar. Con su agudeza característica, Rine Leal comentó que con *Unos hombres y otros* el teatro cubano entra «de lleno en los duros años revolucionarios, y la familia deja su paso a problemas de clases sociales y enfrentamientos sangrientos. El tono de la obra es áspero, violento, pero su espacio escénico es abierto, y las relaciones entre los personajes se definen en términos de luchas colectivas, no individuales. Y curiosamente, si Estorino, Brene, Triana, Quintero y Arrufat nos ofrecen una impresionante galería de personajes femeninos, en la pieza de Díaz no aparecerá una sola mujer. El viraje es radical»⁴.

Me referí antes a los estrechos vínculos que unen a *Unos hombres y otros* y *Los años duros*. Jesús Díaz partió precisamente de tres de los cuentos de ese libro, «Los bandidos», «Erasmus» y «La negativa», para escribir su pieza. Él mismo, no obstante, reconocía que no se trataba de una simple adaptación, y prefería llamarla una recreación. De hecho, y aunque el núcleo central del texto dramático se hallaba en las narraciones, hay escenas —concretamente, pienso en el cuadro de la cárcel del segundo acto— en que sólo aparece como

³ José Rodríguez Feo: «Prólogo», *Aquí once cubanos cuentan*, Arca, Montevideo, 1967, p. 8.

⁴ Rine Leal: *Breve historia del teatro cubano*, Edit. Letras Cubanas, La Habana, 1980, pp. 149-150.

intención, como asunto no desarrollado. Una prueba de que tras *Unos hombres y otros* hay algo más que una mera traslación de personajes e historias de un lenguaje a otro, lo es que esa escena, que en los cuentos no existe como tal, constituye a juicio de Sergio Corrieri, quien dirigió la obra de Díaz cuando el Grupo de Teatro Escambray la reestrenó en 1969, como una de las mejores del teatro cubano⁵.

Unos hombres y otros es la primera pieza escrita por un autor joven que además no había tenido hasta entonces experiencia alguna en el teatro. En ese sentido, es una obra imperfecta, con cierto desbalance entre el primer acto y el segundo, con algunos personajes bien contruidos junto a otros que se quedaron en el esbozo. Esos defectos, sin embargo, tienen como contrapeso equilibrador unos diálogos breves, precisos, vigorosos (a propósito del uso de las palabras obscenas, la primera expresión que se dice en la obra es una de las muchas que se escuchan: «¡Maricón!»), una fresca elementalidad y un gran talento «para estructurar ideas, no en función de manual o de escuela, sino en función de vida, dialécticamente, en función de pelea, de espasmo y de alteración endocrina, en función psico-fisiológica, con la pasión del sujeto y sus contradicciones»⁶. Esto último está dado en el personaje de Erasmo, a través del cual el autor expone la necesidad de que, ante todo y más allá de ideologías y convicciones partidistas, el ser humano piense y actúe bajo su responsabilidad individual, en una velada crítica al mecanicismo y la obediencia irreflexible a consignas dogmáticas e inapelables. Asimismo otro de los milicianos, Carmenati, expresa sus dudas e incertidumbres sobre si debe participar o no en el pelotón que fusilará a los alzados. Y si bien al final decide hacerlo, en el espectador quedan sus inquietantes razonamientos: aunque se trate de sus enemigos de clase, no dejan de ser seres humanos que, además, están desarmados.

Todo eso, unido al estupendo montaje de Liliam Llerena y al excelente nivel logrado por el elenco de Taller Dramático, explican la muy favorable acogida que tuvo la obra cuando se estrenó. Una acogida que se repitió cuando se presentó dentro del VI Festival de Teatro Latinoamericano, organizado por la Casa de las Américas entre noviembre y diciembre de 1966. Artistas y críticos de una veintena de países coincidieron al expresar que *Unos hombres y otros* era el teatro que esperaban ver en Cuba. Esa opinión fue refrendada por el jurado del evento, que otorgó al montaje la primera mención. Taller Dramático representó después la obra en la programación cultural de las Olimpiadas de México de 1968. El texto de Jesús Díaz tuvo asimismo una segunda vida a partir de 1969, cuando el recién creado Grupo de Teatro Escambray decidió incorporarlo a su repertorio. Pasar del reducido espacio de la sala El

⁵ Carlos Espinosa Domínguez: «Conversación con unos y otros», *Conjunto*, N° 39, enero-marzo 1979, p. 46.

⁶ Alejo Beltrán (seudónimo de Leonel López Nussa): «Unos hombres y otros», *Unión*, octubre-diciembre 1966, p. 165.

Sótano a los escenarios naturales donde se desarrollaron los hechos en los que la pieza se inspira, significó una auténtica prueba de fuego que *Unos hombres y otros* consiguió pasar muy bien. Su permanencia en el repertorio del grupo hasta 1975 y un público que en total suman treinta mil espectadores, son datos más que elocuentes y que no dejaban de sorprender al propio autor, que se preguntaba al respecto: «¿por qué esa permanencia tratándose, como en este caso, de una obra escrita coyunturalmente, con limitaciones y esquematismos innegables?»⁷.

Tras aquella primera obra, Jesús Díaz no volvió a incursionar, aparentemente, en la creación dramática. La narrativa, el ensayo, la labor como profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, el trabajo como director de *El Caimán Barbudo* y como miembro del consejo de redacción de *Pensamiento Crítico* y, posteriormente, el cine, acapararon todo su tiempo y su actividad intelectual. Pero aunque es algo que muchos ignoran, de su participación como guionista en el largometraje *Ustedes tienen la palabra* (1973), que dirigió Manuel Octavio Gómez, surgió la que es su segunda pieza teatral, un texto de igual título al del filme y que no llegó a publicarse ni estrenarse. Jesús me habló sobre él en 1978, cuando preparé un largo reportaje sobre *Unos hombres y otros* que apareció en la revista *Conjunto*. Tenía entonces el proyecto de recopilar en volumen varias obras de autores cubanos y me interesó mucho conocer la suya para su posible inclusión. Jesús prometió revisarla para después dármela, pero absorbido como estaba por el cine y la literatura, supongo que no pudo acordarse más de su promesa, y tampoco yo tuve la precaución de recordárselo. No sé qué habrá sido de aquella pieza. Ojalá que en algún momento alguien nos dé la grata sorpresa de su hallazgo. En todo caso, me pareció oportuno recordar esta faceta muchas veces olvidada de un creador cuyo talento dejó su impronta en todos los géneros en los que incursionó.

⁷ Carlos Espinosa Domínguez: *op. cit.*, pp. 39-40.



El intelectual, el corazón y la piel

Iván de la Nuez

«**L**OS QUE HEMOS VIVIDO LA REVOLUCIÓN CUBANA, Lacabamos teniendo una piel muy dura.» La frase es de Antonio Benítez Rojo, y no cabe duda de que tiene razón: las revoluciones suponen un vórtice de avatares donde todo es trascendente hasta la extenuación. Dentro de ellas, cualquier individuo corriente adquiere una dimensión épica. Lo que en nuestro aburrido sistema «normal» y burgués es materia heroica —las guerras, las movilizaciones, las vidas extremas—, reservado a unos pocos elegidos, en las revoluciones alcanza una magnitud cotidiana que, ciertamente, endurece las cortezas de aquellos que viven en ellas. Si bien es verdad que fortalecen las pieles, no es muy seguro que las revoluciones endurezcan el corazón. Por el contrario, podría decirse que una revolución es sintomáticamente cardiaca, con una tensión arterial demasiado acelerada. El pasado dos de mayo, en Madrid, Jesús Díaz, que protagonizó, siempre en primera línea de fuego, los cuarenta años de la revolución cubana, desde la adhesión más furibunda hasta el desencanto más combativo, murió de un infarto mientras dormía. Así, lo que había aguantado su piel endurecida en cientos de polémicas, no fue capaz de soportarlo su corazón. Desde el centro de todas esas batallas, la labor creativa de Jesús Díaz estaba parcelada en tres espacios identificables —la literatura, el cine, el liderazgo cultural— y en dos épocas que señalan su apoyo a la revolución (1959-1991) y su oposición a la misma, en los once intensos años que vivió desde 1991 hasta el 2002.

En su era revolucionaria, Díaz alcanza una temprana notoriedad al ganar, con 25 años, el premio Casa de las Américas con un libro de cuentos, *Los años duros* (donde aborda el nacimiento revolucionario de una generación que despierta a la madurez con la llegada de Fidel Castro a La Habana), y llega a su clímax en *Las iniciales de la tierra* (una novela fundamental, donde esa misma generación, ya situada en el futuro, se ve obligada a repasar la diferencia

entre la realidad y la profecía revolucionaria). Esos *años duros* fueron especialmente ricos en su labor cinematográfica, en la que destacan el documental *55 hermanos*, a través del cual sigue el viaje a Cuba de un grupo de jóvenes crecidos en Estados Unidos pero que apoyaban desde el exilio al proyecto socialista cubano, así como su película *Lejanía*, que le dio un espaldarazo como cineasta y, asimismo, le granjeó una enemistad con parte del exilio cubano que tardó mucho tiempo en neutralizar. Su carrera cinematográfica incluye además, entre otras obras, los guiones de *Clandestinos* —una exitosa y bien construida película en la que regresó a la insurrección contra Batista— y la asesoría de *Alicia en el pueblo de Maravilla*, parábola esperpéntica del caos cubano, que se convirtió en una de las películas más polémicas de las producidas en la isla. Si su labor como escritor y cineasta fue, con los matices correspondientes, importante, no menos ejemplar fue su liderazgo cultural, con la fundación de las revistas *El Caimán Barbudo*, que dirigió, y *Pensamiento Crítico*, una revista de jóvenes filósofos, guevaristas, portadores del pensamiento de la entonces Nueva Izquierda, acaso criptotrotskistas, crecidos a la sombra del Che Guevara, el cual formó parte de su consejo editor.

Pese a su apoyo entusiasta y militante de la Revolución, a la que defendió más de una vez de forma furibunda y en ocasiones dogmática, Jesús Díaz también fue víctima de la maquinaria que, en buena medida, él había contribuido a formar. De este modo, conoció la censura como escritor —11 años aguardó en sus cajones *Las iniciales de la tierra*—; como editor —la inclusión de un artículo de Heberto Padilla en defensa de Guillermo Cabrera Infante provocó el cierre temporal de *El Caimán*, al tiempo que la muerte del Che, primero, y la posterior soviétización del país, provocaron la clausura de *Pensamiento Crítico*.

Con *Las palabras perdidas*, posiblemente su mejor novela, en la que a través de cuatro personajes consigue una metáfora de su generación y de las complejidades del huracán revolucionario, comienza un periodo de duda y desencanto que le llevan a la ruptura y el exilio: salida en 1991 a una beca en Berlín, polémica posterior con el escritor uruguayo Eduardo Galeano en Zurich, publicación de un artículo, «Los anillos de la serpiente», con el que rompe con el régimen cubano y por el que recibe una agresiva respuesta de las esferas oficiales cubanas, que no encajan su crítica y llegan a calificarlo de Judas y traidor. Esta ruptura traumática nunca fue superada por ninguna de las partes. El régimen cubano no perdonó lo que consideró alta traición en uno de los suyos. Jesús Díaz entró de lleno en una escalada de acción-reacción cuyas tensiones, quizá, no pudo soportar. Es, entonces, cuando se desplaza de Berlín a Madrid y, fiel a sí mismo, comienza a preparar su último y sin duda más ambicioso proyecto: la revista *Encuentro de la cultura cubana*, para dar cabida a intelectuales cubanos de casi todas las partes y posiciones. Durante este tiempo publicó, además, otras cuatro novelas, en la última de las cuales —*Las cuatro fugas de Manuel*—, calificada como una novela de no ficción, alcanzó los momentos de rigor y experimento literarios de sus mejores piezas.

He hecho este recorrido —seguramente conocido por muchos— para explicarme a mí mismo esta vida rica y complicada. Y porque, pienso, más de

una vez he repetido mentalmente el itinerario de esa vida para entender mis propias relaciones con Jesús Díaz; unas relaciones que él mismo calificó públicamente como «una amistad no exenta de polémica». Fue sin duda una buena definición para hablar de la amistad entre dos personas cercas que siempre tuvimos el orgullo, algo primitivo, de alardear sobre el hecho de que, entre nosotros, nunca había existido la diplomacia. A veces, Annabelle Rodríguez solía regresar después de un viaje o unas vacaciones y nos encontraba en una bronca con los teléfonos, los e-mail y todo lo que sirviera para comunicarse entre Madrid y Barcelona, ardiendo. Annabelle solía mediar y siempre repetía lo mismo: «No puedo dejarlos solos». Hoy Jesús Díaz ha muerto y la primera sensación es que ha sido él quien nos ha dejado un poco solos a nosotros. Después de nuestra última discusión, tuvo lugar el último encuentro. Ocurrió en Barcelona, pues Jesús pasó por encima de la trifulca y me pidió que presentara en esta ciudad su última novela. Allí, entre muchas otras cosas, contó que, en su vida alemana, cuando su hija Claudia decía en el colegio que su padre se llamaba Jesús, sus compañeritos se reían, pues no era normal que alguien llevara ese nombre. No he comprobado esa costumbre alemana, pero en todo caso me pareció muy extraña, dado que Jesús es el nombre del hombre y, por lo tanto, es algo que nombra, también, esa antología de defectos que somos.

Jesús Díaz prefirió siempre el vórtice de todas las tormentas, el centro de todas las guerras. No se dio un minuto de resuello ni se concedió la menor posibilidad de esperar a que amainara la tempestad. Todo lo contrario, como correspondía al intelectual comprometido que no pudo, ni quiso, dejar de ser, no dejó de construir y fustigar, de crear y criticar, de acertar y equivocarse. A cualquiera le hacen falta el doble de los años para desarrollar la creatividad que él alcanzó durante cuatro décadas. Muchos se hubieran conformado con una zona cualquiera de esa creatividad. La historia de la cultura cubana en la Revolución no puede escribirse sin el compromiso y la obra múltiple y abarcadora de Jesús Díaz. Lo curioso es que sin ella tampoco es posible escribir la historia del exilio cubano.

Jesús en la memoria

1

Estaba a punto de aparecer el primer número de esta revista cuando Jesús me preguntó si iba a colaborar en ella. El calor era insoportable aquel verano del 96. Ni una gota de brisa, ni una gota de sudor: uno se cocinaba por dentro, simplemente. Yo hacía una breve escala en Madrid, procedente de Mannheim, o de Tenerife, o de Alicante, no recuerdo. Habíamos estado conversando en un banco del Retiro y ahora subíamos por Gran Vía hacia Fuencarral, en una de cuyas sigilosas *pensiones* —que yo conocía desde mi época de estudiante— me alojaba en el viaje de regreso a La Habana. Le respondí que prefería esperar a que salieran los tres primeros números. Rechazó la evasiva con un gesto. «Yo sé que no vas a colaborar —me dijo—. Ni tú ni Retamar van a colaborar.» Siempre me he preguntado por qué nos asociaba a Roberto y a mí en aquella previsible negativa que, desde su óptica, y no sin razón, implicaba un acto de hostilidad o intransigencia. Pues bien, en homenaje a su memoria —y atendiendo la invitación de Carlos Espinosa— he decidido contrariar su pronóstico, hacer una excepción, por primera y —supongo— última vez.

2

Aquél fue sólo uno de los varios encuentros que tuvimos desde que salió definitivamente de Cuba, a principios del 91. El primero había sido en Mérida, Venezuela, en el verano del 93, durante un congreso de escritores dedicado a Mariano Picón Salas. Él venía de Madrid. Yo había llegado un día antes, procedente de Caracas, donde estuve dos semanas dirigiendo un Taller de Guiones Cinematográficos en el Centro Rómulo Gallegos, y fui a esperarlo al aeropuerto con dos amigos muy queridos por ambos, Julio Miranda y Milagros Socorro. Creo que también estaba allí Gregory Zambrano, uno de los organizadores del congreso, a quien yo acababa de conocer y que si mal no recuerdo se proponía escribir su tesis de licenciatura sobre la obra de Jesús. Fue una feliz coincidencia que al congreso asistiera Román de la Campa, uno de los integrantes de aquel

Ambrosio Forner

grupo legendario, residente en los Estados Unidos, cuyo reencuentro con la patria registró minuciosamente Jesús en un documental austero y conmovedor.

Esa noche hubo fiesta en los jardines del motel donde nos alojábamos, en las afueras de la ciudad, y en cierto momento Jesús y yo nos retiramos subrepticamente a una zona cercana a la piscina vacía, dispuestos a inventariar recuerdos y a ventilar diferencias sin más testigos que los sapos y los grillos. Por increíble que parezca, nadie tuvo la indiscreta ocurrencia de acercarse. Estuvimos conversando y tiritando de frío hasta bien entrada la madrugada.

3

Allí se hizo evidente que nuestra amistad —precisamente por tener raíces tan profundas— sólo podía mantenerse en las fronteras de la esquizofrenia. Éramos los mismos, en lo personal, pero rajados por la mitad o mejor dicho doblados en dos tiempos y dos personalidades distintas en lo político. Y como para Jesús —y para mí también, no tardé en darme cuenta— lo personal y lo político estaban íntimamente unidos, resulta que la simple relación personal tendía a hacerse conflictiva en cuanto se proyectaba al espacio público. Lo paradójico era eso. A pesar de la diferencia de edades —yo le llevaba casi diez años a Jesús—, nuestra amistad era demasiado sólida, demasiado compacta, se basaba en demasiados gustos, experiencias y aspiraciones compartidas como para admitir ese tipo de fractura, una quiebra que no amenazara con extenderse y resquebrajar el conjunto. Como extraños siameses, habíamos estado unidos desde siempre por la columna vertebral de aquel binomio ígneo —Literatura/Revolución— que iluminó como un fogonazo la atmósfera social y cultural de una época. En esa atmósfera lo conocí, cuando él era todavía un muchacho y acababa de inaugurar toda una corriente narrativa con el volumen de cuentos *Los años duros*, premio Casa de las Américas. Rezumaba talento, lucidez y energía por todos los poros: era narrador, dramaturgo, ensayista, profesor de marxismo, intérprete estusiasta de guarachas y guaguancós, polemista temible... Ya en esos años, con una arrogancia de mosquetero, la emprendió a estocadas contra supuestos esteticistas, por un lado, y convencidos populistas, por el otro, excesos que le aplaudíamos o perdonábamos por admiración o reciprocidad, porque sabíamos que su pasión era auténtica y porque él mismo tenía la suprema virtud de ser amigo de sus amigos.

Para mí —y para otros muchos como yo—, Jesús, acusado a menudo de autosuficiente y autoritario, era sin embargo, o por eso mismo, el producto *natural* de su tiempo. Encarnaba el prototipo del joven escritor que nosotros no fuimos ni podíamos haber sido por la sencilla razón de que ese espécimen no prosperaba en el árido suelo de nuestra época. Él era dueño de su mundo, un animal político en el sentido estricto de la palabra, que se proyectaba sobre la *polis* sin titubeos, consciente de hallarse en plena posesión de sus derechos de ciudadanía. Y no se trataba sólo de un estado de ánimo sino también, y sobre todo, de un estado de cosas, un despliegue de alternativas reales, situadas al alcance de la mano. Cierta día, aquel joven de familia modesta quiso enseñar y obtuvo una cátedra, quiso publicar y encontró editoriales,

quiso fundar revistas y halló los recursos necesarios, quiso viajar y recorrió medio mundo, y cuando —forzado por las circunstancias— decidió hacer cine, pudo dirigir documentales y películas, tanto dentro como fuera de Cuba.

Claro que nada de eso ocurría en condiciones de laboratorio ni sobre la alfombra de Aladino, sino en medio de un tumulto de contradicciones e intereses en pugna, donde tanto Jesús como sus compañeros actuaban unas veces como martillo y otras como yunque, enfrentando o esquivando cautelosamente los obstáculos, arañando al contrario o en retirada, lamiéndose las heridas. Esto último fue lo que sucedió en un período como el Quinquenio Gris, iniciado en 1971, durante el cual la mediocridad y el dogmatismo se alzaron con el poder cultural e intentaron construir un mundo a su torcida imagen y semejanza. Por lo pronto, pretendieron negar el arte y la literatura existentes en nombre de una cultura de maquiladora cuyas piezas, recién importadas y barnizadas de color local, debían ensamblarse a toda prisa en la oxidada planta de montaje del realismo socialista. Fue entonces cuando Jesús, refugiado en el ICAIC —territorio libre de dogmatismo— hizo sus primeros guiones, en colaboración (*¡Viva la República!*, 1972, de Pastor Vega, *Ustedes tienen la palabra*, 1973, de Manuel Octavio Gómez), dirigió sus primeros cortos (*Cambiar la vida* en 1975, *Canción de Puerto Rico* en 1976) y acabó desarrollando una intensa actividad política, como secretario general del PCC en el ICAIC, entre los años 76 y 80, período que coincide con la etapa de realización de sus dos grandes documentales (*55 hermanos*, 1978, y *En tierra de Sandino*, 1980). No sé cómo se las arreglaba para seguir escribiendo prosa narrativa, pero es también en esos años cuando termina la primera versión de *Las iniciales de la tierra*, cuya ingeniosa estructura —la del cuestionario que se sometía a los aspirantes a ingresar al PCC— la condenó al limbo de una censura tácita, que no osaba decir su nombre: aquel juego imaginario se consideró una herejía, sobre todo viniendo de un *militante* (como se denomina en Cuba a la persona que pertenece al Partido Comunista). Por cierto, se cumplía así, una vez más, el refrán según el cual no hay mal que por bien no venga, porque cuando se levantó al fin la no declarada prohibición —en 1981, si mal no recuerdo— Jesús, en lugar de correr con la novela para la editorial, como seguramente lo aconsejaba la impaciencia, tuvo la sangre fría y el valor profesional de sentarse a reescribirla de cabo a rabo, por lo que la versión que conocemos es incomparablemente superior al original. (Seguí desde tan cerca ese proceso que todavía puedo evocar la acción de *Las iniciales* capítulo por capítulo, con sus correspondientes pausas, como debió ocurrirles a los lectores de las novelas por entregas.)

4

Así que allí estábamos, en el lomo de los Andes, a quién sabe qué horas de la madrugada, junto a la piscina vacía de aquel motel de Mérida, sabiendo que ya nada iba a ser igual y que no había nada que añadir. Su decisión del año anterior nos había colocado inesperadamente en bandos ideológicos opuestos. Él la argumentaba como una toma de conciencia, no sé si gradual o súbita, sobre la situación política de Cuba. Me atrevería a resumirla con las palabras

que él mismo utilizó tiempo después, al referirse al llamado caso Padilla: en aquella época «muchos, yo entre ellos», escribió, «estábamos fascinados por la utopía cubana, ciegos a la realidad dictatorial que ya se enmascaraba tras ella...» No era la ceguera misma, sino el hecho de que le durara *veinte* años más lo que, en mi opinión, hacía insostenible su argumento. Se me dirá que uno tiene el derecho de rectificar, que cualquiera podía llegar a esa conclusión, que Jesús no era el primer intelectual cubano que decidía marcar distancia, romper abiertamente o —como dice *La Gaceta de Cuba* en el sentido obituario que acaba de dedicarle— abjurar «del proyecto cultural y político de la revolución cubana». Cualquiera podía hacerlo, es verdad, muchos lo habían hecho antes, otros más lo harán en el futuro, probablemente, pero la cosa es más simple y más complicada a la vez: Jesús no era *cualquiera*. Jesús era Jesús —una prueba palpable de la existencia de la Revolución—, y ahí estaban su trayectoria política y su obra narrativa y cinematográfica para demostrarlo. Nadie, ni uno solo de los escritores del exilio, había dicho o hecho lo que él hizo y dijo a lo largo de *treinta* años; nadie había participado en tantos combates y escaramuzas, ni fungido como ideólogo de una generación, ni escrito aquellos cuentos, artículos, testimonios y novelas, ni concebido y dirigido aquellos filmes (los ya citados documentales, a los que muy pronto se sumarían las películas *Polvo rojo*, 1981, y *Lejanía*, 1985). Jesús era Jesús y por eso —caigo ahora en la cuenta— decidí allí mismo, junto a la piscina, en medio de aquella sinfonía de grillos y sapos, asumir la esquizofrenia como base de nuestras relaciones futuras, lo que me parecía el único modo —valga la paradoja— de mantener con él una relación *sana*. No podía dejar de ser su amigo pero no podía reconocer del todo a mi amigo en aquel Jesús que ahora tenía delante. O mejor dicho, podía, sí, siempre que la conversación no derivara hacia temas escabrosos, es decir, siempre que no «cayera» en la política. Pero ese silencio autoimpuesto —que podía funcionar muy bien con las tías y los primos del exilio— no significaba nada entre nosotros, porque ninguno de los dos se abstenia de «hablar de política» en privado y en público, y yo, por mi parte, siempre me enteraba —a veces con tristeza, otras con irritación— de lo que él escribía en los periódicos o declaraba a las agencias de noticias. Para decirlo en cubano: no era fácil. Si la Revolución, ahora, resultaba ser como él decía, yo, que la apoyaba —que *todavía* la apoyaba— era un canalla. En cambio, si lo que él decía no era verdad, o era sólo una verdad a medias... No, no era fácil en absoluto. Y menos aún en la situación internacional que siguió a la desintegración del Gran Simulacro Socialista, en la que se anunciaba el Fin de la Historia y, con ello, el muy probable fin de aquel experimento utópico que alguna vez el Che había descrito como una relación entrañable y dinámica entre el hombre y el socialismo en Cuba. Caminábamos por el filo de una navaja, dependiendo de las expectativas de cada quien, todo —tanto las soluciones milagrosas como las catástrofes inminentes— parecía posible. Pero yo no creía en milagros, de manera que tenía que prepararme para lo peor. Aquí en Cuba se entendió que también Jesús se estaba preparando para afrontar ese desenlace, pero cantando victoria, con la satisfacción de haber abandonado a

tiempo un barco que se hunde. Si yo hubiera compartido ese criterio, el de considerar a Jesús un vulgar oportunista, no habría podido seguir siendo su amigo. El nivel de mis perplejidades se trasluce todavía en la carta que le escribí —y que me permitiré citar *in extenso*— al historiador y crítico de cine inglés Michael Chanan, a propósito del obituario que éste le dedicó a Jesús en *The Guardian*, de Londres. Con Chanan —a quien ambos admirábamos como persona y como autor de *The Cuban Image*, un clásico en la historiografía del cine cubano— nos unía una vieja amistad. De ahí el comienzo de mi carta: «Todavía recuerdo con nostalgia nuestros encuentros en La Habana y aquel magnífico *brunch* al aire libre que tanto tú como Pat nos ofrecieron a ambos en el Paseo de la Castellana». Eso había sido probablemente en el 97 ó 98, cuando yo regresaba vía Madrid de un trabajo en Tenerife —el guión de *Mambí*, película de Teodoro y Santiago Ríos, en el que colaboró con nosotros Rolando, el hermano de Jesús—, o tal vez de un curso de verano en la Universidad de Alicante. Al leer, conmovido, aquel obituario que Chanan acababa de enviarme, sentí la necesidad de puntuar algunas íes.

Debo hacerte algunas precisiones en relación con un aspecto clave que para nosotros sigue siendo un misterio (y que en su momento produjo un verdadero estupor aquí, entre sus amigos). Ese aspecto se resume en la pregunta: ¿Por qué se exilió Jesús? O mejor dicho, ¿por qué decidió asumir públicamente la condición de exiliado político? Desde hacía un par de años, él estaba en Berlín, con toda su familia, primero con una beca y después como profesor de la Escuela de Cine. Seguía siendo militante del PCC en el ICAIC. Seguía manteniendo con nosotros, sus amigos, una relación normal y fraternal. Las críticas que tal vez hacía allá, sobre aspectos específicos de la política o la política cultural de la Revolución, no podían ser más drásticas de las que hacía aquí, y a menudo muy semejantes a las que hacíamos nosotros. Su posición crítica —como la de Titón [Gutiérrez Alea], como la de tantos otros— formaba parte de su actividad intelectual. Puede haberle acarreado muchos enemigos, pero también muchos aliados.

Que yo sepa, nadie aquí en el ICAIC, la UNEAC o el Ministerio de Cultura objetó nunca que Jesús no regresara de inmediato a Cuba al terminar su beca. Y nadie lo objetó por dos razones: primero, porque era un compañero de absoluta confianza, del que nadie podía suponer, ni remotamente, que iba a cambiar de bando; y segundo, porque el Muro de Berlín se había desplomado y la Unión Soviética acababa de desaparecer, y en Cuba la incertidumbre sobre el futuro era grande, y la situación económica empezaba a hacerse tan difícil que no tenía sentido pedirle a Jesús que apresurara su regreso.

Para decirlo brevemente y con toda ingenuidad: yo no entendía —no entiendo, tal vez no *quiera* entender— por qué Jesús se embanderó como vocero de un exilio que no era el suyo y al que, en definitiva, llegó demasiado tarde. Sé que dondequiera que estuviera iba a desempeñar un papel protagónico —estaba genéticamente programado para ser cacique, no indio—, pero

ese protagonismo podía haber asumido fuera de Cuba un carácter diferente, similar al que de hecho, como le digo a Chanan, tuvo en Cuba: el del intelectual cuya actitud crítica está puesta en función de una causa, no contra ella. En fin, no se trata ahora de imaginar la historia que *no* ocurrió. Lo que ocurrió fue que Jesús apareció de pronto al otro lado, cuando menos lo esperábamos, y que en torno a ese insólito hecho comenzó a tejerse una red de especulaciones, tergiversaciones y leyendas. De ahí que yo, al ver que una persona tan cercana y tan enterada como Chanan repetía sin reparos algunas de ellas, me sintiera obligado a hacer las «precisiones» de rigor, desde mi muy personal punto de vista.

5

Nadie pudo haberle «advertido» a Jesús —nadie con dos dedos de frente, quiero decir— que más le convenía no volver a Cuba en 1991, después del estreno y subsiguiente prohibición del filme *Alicia en el pueblo de Maravillas* (una desenfadada sátira sobre el burocratismo). Tanto el director (Daniel Díaz Torres) como el guionista (Eduardo del Llano), ambos amigos de Jesús, aseguran que éste colaboró muy eficazmente con ellos como asesor, pero sin aportar al guión ni una sola línea de su cosecha. Ciertamente que los enemigos de Jesús (que, como buenos guardianes de la doctrina, solían serlo también de sus amigos y de todo lo que oliera a *diversionismo ideológico*), creyeron ver su pernicioso influencia en los desenfadados planteamientos de la película, pero en ninguna de las discusiones que tuvimos sobre ella, a los más altos niveles, fue inculcado de semejante herejía. «Los anillos de la serpiente» —el artículo en el que Jesús hizo pública su ruptura con la Revolución a principios de 1992— se reprodujo aquí en *La Gaceta de Cuba* y suscitó una airada reacción del entonces Ministro de Cultura, cuya condena *moral* fue convertida por Jesús —no sé si sincera o burlescamente—, en una *fatwa*, como si los metafóricos anillos de su argumentación fueran otros tantos versículos satánicos que merecieran la sentencia fatal de un ayatolá criollo. Cuando Jesús fue a Miami en plan de periodista, lo que nos escandalizó (y dolió) no fue que se reuniera con miembros de la extrema derecha cubana, sino que al volver a Madrid, después de volar con los pilotos de la organización Hermanos al Rescate, publicara «Al rescate de los Hermanos», artículo en el que, desde el título mismo, parecía sellar una amistad que a nosotros, sus verdaderos hermanos de toda la vida, nos dejaba fuera. En fin, terminaba mi amistosa controversia con Chanan subrayando lo que me parecía más importante: «Jesús hizo lo que hizo a plena conciencia, tanto antes como después de escoger el exilio, y no necesita, creo yo, que le reconstruyamos su biografía, donde por lo demás hay muchos momentos inolvidables, tanto en el plano personal como intelectual.»

6

Y allí estaba yo, petrificado, con el auricular incrustado en la oreja mientras del otro lado de la línea, en Miami, José Antonio Évora se esforzaba por parecer sereno y se veía obligado a repetirme aquella disparatada noticia, que yo

no acababa de entender. Él quería una opinión para el obituario que iba a publicar al día siguiente en *El Nuevo Herald* y yo apenas acertaba a balbucear mi estupor y reiterar mi firme convicción de que los primeros relatos y novelas de Jesús eran momentos fundacionales de la narrativa cubana contemporánea. Jesús había sincronizado uno de esos momentos con el curso de nuestra amistad al dedicarme *Las palabras perdidas*, que por cierto sigue sin ocurrir entre nosotros. Él la había terminado en 1990 y la entregó a la Editorial Letras Cubanas antes de salir para Berlín. Estaba en proceso de edición muy avanzado —yo mismo, con su autorización, revisé y aprobé el texto de contraportada— cuando todo se paralizó al aparecer «Los anillos de la serpiente». Ahora que esa deuda suya ha sido trágicamente cancelada tenemos que empezar a pensar en cancelar nosotros la nuestra.

7

Yo creí ingenuamente que con la nueva situación se cerraba un capítulo de nuestras relaciones bilaterales en el terreno de la crítica y la autocrítica, pero dos o tres años después Jesús me envió el manuscrito de *La piel y la máscara*, la primera novela que escribía en el exilio, para que le diera mi opinión. Confieso que me sentí molesto con él y, para picar su amor propio, le mandé a decir que su visión de la realidad cubana se había hecho de pronto tan fríamente crítica, tan distante, que la novela parecía escrita por un suizo (se suponía que eso fuera una ofensa, para un tipo tan criollo como Jesús). Tiempo después me envió la novela ya editada «con la ilusión —según reza en la dedicatoria manuscrita— de que no le parezca demasiado suiza, y el compromiso de seguir adelante». ¿De «seguir adelante», me preguntaba yo, en la misma dirección? A mi juicio, ese camino conducía directamente a la rutina de la llamada novela *anticastrista*, subgénero que floreció entre 1965 y 1971, y estaba conociendo en esos años un *revival* por obra y gracia de las circunstancias y de las perentorias y lucrativas exigencias del mercado. Semejante destino literario, a mi juicio, le quedaba estrecho a Jesús. Toda aquella pasión, aquel ingenio, aquel desenfado verbal, aquella búsqueda de sentido, aquel humor, aquel forcejeo imaginario con una realidad dinámica y cambiante, toda esa suma de talento y audacia que hierve en *Los años duros*, en *Las iniciales de la tierra*, en *Las palabras perdidas...* ¿iba a desembocar en novelas cuyos mayores méritos consistirían en ser políticamente (in)correctas y técnicamente impecables? ¿Todas aquellas glorias, como las del abatido Julio César de Shakespeare, se reducirían a tan pequeño espacio? Jesús siguió enviándome ejemplares de cada una de sus novelas, con dedicatorias generosamente personales o simplemente corteses, que revelaban el paso del tiempo y los correspondientes estados de ánimo («Para mi maestro... con la admiración y la nostalgia de...», en *Dime algo sobre Cuba*; «Para el maestro..., esta historia lejana y el afecto de...», en *Siberiana*; «Para mi maestro... esta *non fiction* por los duros caminos de Europa y un saludo de...», en *Las cuatro fugas de Manuel*). Yo las leía con interés —la última, sobre todo—, pero siempre con la inquietante sensación de que Jesús estaba poniendo en ellas más oficio que pasión, que

todas —demasiado bien *construidas*— quedaban por debajo de su talento, de sus propias posibilidades creadoras.

8

Y fue entonces, al colgar el teléfono, al tratar de reconstruir en detalle la conversación con Évora, cuando realmente me di cuenta de lo que había pasado. Lo que había pasado es que Jesús ya no existía. Tuve la escandalosa impresión de que el orden del universo se había alterado, que se había cometido una injusticia flagrante, que estaba ocurriendo por error algo que *todavía* no debía ocurrir, como cuando, en tiempos de guerra, todo se pone de cabeza y son los padres los que entierran a los hijos. Pero la memoria es voraz y egoísta. La mía se disparó de pronto en todas direcciones, impulsada por el horror al vacío, queriendo recuperar el tiempo compartido sin dejar el más mínimo espacio a la depresión y el desconcierto. No sé qué extraño mecanismo es ése. Tiene que ver con la nostalgia, sin duda. Lo cierto es que mordió sin previo aviso sobre una foto que aparece y desaparece en mi casa por etapas, cuando registro viejas carpetas buscando recuerdos de familia o la copia de un certificado de nacimiento. Es, hasta donde recuerdo, la única fotografía en la que Jesús y yo aparecemos juntos, en 1979, cuando por primera vez coincidimos como jurados del Premio Casa de las Américas (habría una segunda vez, diez años más tarde). Ninguno de los dos peinaba canas todavía. Pero la nostalgia, o lo que sea, siguió mordiendo alevosamente aquí y allá, sobre paisajes y momentos de los que no ha quedado constancia gráfica, como se dice en la jerga periodística. Los evoco en instantáneas caóticas, frágiles como mi propia memoria, sabiendo que no podrán desafiar por mucho tiempo el paso inexorable del tiempo. Ahí está Jesús en la sala de mi casa, mientras toda la familia duerme, fumando como un trastornado y hablando hasta por los codos de temas y personajes literarios entrañables, tanto propios como ajenos; ahí está, haciendo polémicas intervenciones en una multitudinaria asamblea de trabajadores del ICAIC celebrada en el cine Chaplin a fines del 90; ahí está en un abigarrado y ruidoso tenducho de Times Square, en Nueva York, posando divertido para un cartel que mostrará su rostro impasible sobre la ominosa advertencia: WANTED; ahí está en un seminario del Festival de Cine de La Habana presentando una ponencia sobre Carpentier; ahí está en un pequeño bar de Santa Cruz de Tenerife, no lejos del único lugar detestable de la ciudad —la Plaza Valeriano Weyler— asegurándome que, pese a lo avanzado de la hora, siempre iba a encontrar guagua para regresar a mi hotel en La Laguna; ahí está dialogando en la Universidad de La Habana con centenares de estudiantes, lectores entusiastas de *Las iniciales de la tierra*; ahí está, como cumplido anfitrión, en su flamante apartamento madrileño, ofreciéndonos un suculento almuerzo a Jorge Goldenberg y a mí, y presentando orgulloso a su hija Claudia, convertida ya en una linda adolescente. Y ahí está trayéndome libros, tratando de mantenerme más o menos «al día» en lo que a narrativa respecta. De sus viajes o sus encuentros con amigos volvía casi siempre con un trofeo que no tardaba en obsequiarme: *Respiración artificial*, de Piglia, *Hijos de*

la medianoche, de Rushdie, *Juegos de la edad tardía*, de Landero (un ejemplar, por cierto, que previamente le había regalado a él Alfredo Bryce cuando estuvo en La Habana, en el 90)... Ahora yo lo reencontraba como al azar en esos fogonazos de la memoria casi al tiempo en que descubriría, en las llamadas y los mensajes de tantos amigos comunes, lo que podría llamarse la imagen pública de nuestra amistad, una imagen que yo —sinceramente— desconocía y que me conmovió hasta los huesos. De pronto me di cuenta de que, a los ojos de los demás, yo era aquí *el* amigo de Jesús, la persona a la que en aquellas circunstancias había que darle el pésame. El mapa de ese estado de ánimo tenía su centro en La Habana pero se ramificaba por medio mundo; los mensajes llegaban de Miami, de Chicago, de Barcelona, de Londres, y se formulaban asimismo, según supe después —como tácitas condolencias, como nostalgia de los viejos tiempos— en Boston, San Juan, Nueva York, Monterrey...

Entonces era eso lo que había pasado, que Jesús ya no existía y que justamente por eso se negaba a desaparecer. No se trataba de libros o películas. Está claro que la historia de la cultura cubana posterior al 59 —en sus primeros treinta años, por lo menos— no podría escribirse prescindiendo de sus aportes como narrador y cineasta. Pero se trataba de algo un poco más complejo y sencillo a la vez, de esa unidad contradictoria y totalmente impredecible que es el ser humano, el alma humana. Lo sé, lo tengo muy presente. El problema es que no quiero establecer con mi propia memoria la relación esquizofrénica que en algún momento, por pura amistad —o por pura comodidad— establecí con Jesús. El Jesús Díaz que recuerdo y cuya imagen quiero conservar es de una sola pieza y tiene un rostro luminoso. Otros se propondrán, desde diferentes ángulos, trazar retratos y balances más o menos objetivos. Yo sólo quiero preservar la convicción de que el largo tramo que recorrimos juntos fue para ambos una aventura espléndida, que nos permitió inscribir las iniciales de la tierra en la empuñadura de una amistad que dura todavía. Y preservar también la certeza de que no podrán quitarme el dolorido sentir porque aquella aventura, aunque insólita, fue una experiencia real y terrenal, cargada de sentido, sin nada que ver con el paraíso, el infierno, las alucinaciones o las pesadillas.

La Habana, verano de 2002.

La carta que nunca te envié

A Jesús, in memoriam

Elizabeth Burgos

VARIAS DEUDAS ME HAN QUEDADO PENDIENTES CONTIGO, entre ellas la carta que me propuse escribirte tras haber leído tu introducción al número de *Encuentro* dedicado a la presencia cubana en Estados Unidos. Pese a nuestros frecuentes intercambios telefónicos entre Madrid y París, la singularidad de tu *punto de vista* exigía la gravedad de la palabra escrita, pues sentí que esta vez habías logrado clausurar definitivamente la incertidumbre y así, aligerado de ese lastre, ibas a poder continuar dando tu aporte al futuro de Cuba.

Desde la época en que nos conocimos, he seguido, paso a paso, la evolución de tus dudas, dilemas e incertidumbres, que han marcado tu acción de escritor activamente comprometido con el destino de tu país. Un lapso que cubre más de la mitad de nuestras vidas, puesto que nuestro primer encuentro data de los últimos días de 1965, cuando en La Habana se realizaban los últimos preparativos para la celebración de la Conferencia Tricontinental.

Lo nuestro fue una amistad a primera vista y quedó sellada desde nuestro primer encuentro. Se trenzó entre nosotros un grado de complicidad nada común, dado el contexto en el que los hechos transcurrían. Y si empleo el término *doloroso* para calificar tu relación con lo que entonces llamábamos revolución, es por ceñirme a la pura verdad, pues desde entonces nunca te he visto vivir sosegado y con plenitud el acontecer de tu isla. Pese a tu inclinación a compartir tus pasiones, tu actitud en aquella época dejaba entrever, muy en el fondo, que presentías la gravedad del momento. Incluso durante los años de mayor entusiasmo, tú conservabas una mirada exigente y atenta sobre los hechos.

Lo que nunca imaginé fue recordar un día en tu ausencia aquel primer encuentro nuestro en el hotel Habana Libre, recién llegada yo de Europa. Apelo al

recuerdo y aparece en mi memoria la silueta de aquel joven de mirada intensa y de andar desgarbado, como suelen andar los muchachos de barrio que no han frecuentado los colegios religiosos en donde se adquieren las «buenas maneras». Tú no eras egresado ni del colegio de Belén ni de La Salle, y menos aún habías estudiado en el extranjero, y eso tendría sus consecuencias. Muchos de los malentendidos suscitados por tu talante, se me ocurre se originaban en el hecho de no observar ciertas formalidades. Pero tú no tenías tiempo sino para lo esencial; la vida apremiaba. Poseías la desenvoltura gestual del plebeyo, aunada a una autoridad intelectual ejercida con la naturalidad de un aristócrata. En ti se conjugaban ambos, pues en verdad pertenecías a esa rara aristocracia del pensamiento que ostentabas con una naturalidad rayana en el desparpajo.

Desde aquella amistad a primera vista, se trenzó un lazo entrañable y duradero. «*Por el largo camino recorrido*» me escribiste como dedicatoria en *Las palabras perdidas*, y en *La piel y la máscara*: «*A Eli, que tanto y tanto ha significado para mí a través de los años*». Hay personas que se nos convierten en la personificación de su país: tú te convertiste en mi lazo esencial con Cuba. Por ti fui tocada por esa pasión exclusiva que te habitaba. Además, eres un raro espécimen de hombre, que logra establecer vínculos de hermandad con las mujeres.

Recuerdo las tardes en que solías llegar a la habitación del Habana Libre, a la hora en que el derroche de colores del crepúsculo habanero nos invadía como un dolor, y nos llevaba a instalarnos, con otros amigos latinoamericanos, en el balcón. Una de esas tardes, haciendo gala de esa generosidad de palabra que siempre tuviste, explicabas el proyecto de revista al cual estabas abocado, junto con otros compañeros del Departamento de Filosofía. *Pensamiento Crítico* sería el título de la revista que iba a ser el órgano de un marxismo crítico, contrapuesto al marxismo oficial. De hecho, iba a ser el órgano de expresión de la tirantez que oponía a Cuba a la URSS durante ese período. Entre una cosa y otra, nos dijiste que habías ganado el Premio Casa de las Américas por un libro de cuentos. Creí percibir como un dejo de culpa ante quienes estaban destinados a ser futuros combatientes de la revolución latinoamericana.

Desde *Los años duros*, desde el primer cuento, que lleva el título premonitorio de «El encuentro», tu participación en el quehacer político-revolucionario aparece signada por el conflicto, la ambivalencia, el dilema; muy lejos de la versión idealizada, impuesta por la versión canónica. Antes, al contrario, ese quehacer por la revolución puede terminar amputando zonas vitales, castrando. Recuerdo el impacto de tu libro, precisamente porque contrastaba con el ambiente que se vivía aquel año de exaltación del heroísmo y de lucha armada. Recuerdo también que cuando Liliam Llerena presentó con Taller Dramático el montaje de tu obra *Unos hombres y otros*, no faltaron quienes la consideraron con desdén, pues no seguía de manera simplista el sentido del consenso oficial. Los tiempos no estaban para matices ni dudas subjetivas, la guerra no soporta esas «debilidades»: era la hora de prepararse para el heroísmo. Entre bastidores se tramaba la guerra revolucionaria tricontinental. Pero en lugar de héroes, poco a poco, la isla se fue poblando de viudas y madres de mártires.

Aquellos comentarios a propósito de tu obra te contrariaban, te herían. Por eso, al volver a leerte, me vino a la memoria el recuerdo de tantos momentos compartidos, cuando intercambiábamos nuestras dudas, nuestro dilema de creer en la libertad de pensamiento, cuando nos identificábamos con un régimen cuya filosofía se oponía decididamente a ello. Pero todavía no habíamos aprendido a ver. Éramos rehenes de una creencia que, ilusos, pensábamos poder transformar desde adentro. Tú, incorporado al Partido Comunista cubano, aceptando concesiones tácticas para enderezar desde adentro el timón. Los latinoamericanos creyendo que al realizar la revolución en nuestros respectivos países, cambiaríamos el curso de la fatalidad totalitaria. Yo abandoné, tú emprendiste un camino de Damas, hasta desembocar en tu ruptura con el régimen, una ruptura que para mí ya se veía en ciernes desde que te conocí. Tu relación con la revolución siempre la sentí, por lo menos así lo expresabas ante mí, primero como una relación de interrogación, de algo que no lograbas comprender a cabalidad y, a medida que pasaban los años, esa interrogación se tornó en conflicto doloroso.

En la época en que te conocí, ya la duda te embargaba y se manifestaba como una interrogación permanente, que quedaba sin respuesta. Si se leen como deben leerse tus libros, extrayéndoles lo que ellos «significan», en los tres primeros, escritos antes de tu ruptura con el régimen, se encuentran contenidas todas las interrogantes y las dudas que te agobiaban y dejaban presagiar el conflicto y el desenlace de la ruptura. Algunos podrán reprocharte hoy errores cometidos: es el precio que se paga cuando no se es indiferente, avatar del que están eximidos aquellos que, distraídamente, dan la espalda y se alejan con disimulo, como esos ratoncitos a los que sólo les preocupa proteger su trocito de queso. Pero lo que nunca podrán reprocharte es haber obrado motivado por alcanzar privilegios.

No frecuentabas los medios de los extranjeros que solían visitar Cuba. Manifestabas un verdadero rechazo por aquel cóctel permanente que ofrecía el régimen a los turistas de la revolución. Pero sí lograste hacerte de algunos amigos que se convirtieron en tus ventanas hacia el exterior. La italiana Laura González fue una de ellas: viajaba a menudo a Cuba, primero por razones editoriales, luego por el amor inmenso que despertaste en ella. Laura te mantenía al día de la literatura crítica del marxismo oficial que se publicaba en Italia. Luego, cuando comencé a viajar entre París y La Habana, te suplía de publicaciones francesas. Para mí, enviarte la información sobre los debates teóricos que sacudían el marxismo y sobre las novedades literarias era una verdadera misión. Siempre tuve la certeza de tu talento, por lo que era necesario aportarte la información que te faltaba en Cuba, pues en esa época todavía no viajabas al exterior.

Al joven profesor de marxismo que entonces eras, poseído por una decidida vocación y ambición de escritor, se le brindaba un nuevo terreno que explorar. Tu avidez de conocimiento, tu fabulosa capacidad de trabajo, no tenían límites. La gran literatura rusa, que surgió como un presagio durante los años previos a 1917, y después fue disidente o exiliada, y la que luego

surgiría como reacción al gulag, te mostraría el terreno familiar que te haría cotejar la similitud de vivencias pues, pese a sus variantes y salvando las proporciones, el modelo de poder era el mismo y sus consecuencias generaban sufrimientos similares.

Nada como las grandes obras escritas por los narradores rusos para expresar la especificidad del totalitarismo del régimen soviético. Las claves de tu novelística son, qué duda cabe, cubanas. Recuerdo que tu mayor admiración la reservabas a Guillermo Cabrera Infante. Te referías a su obra como algo que te provocaba: cuando la mencionabas, parecía que la boca se te hacía agua. Sin embargo, para el mal que te aquejaba, el haber andado un trecho y compartido un proyecto que terminó en un régimen totalitario, fue en la cercanía de algunos escritores rusos que encontraste coincidencia en los temas y en la manera de abordarlos. Almas que como la tuya evolucionan en la desmesura, éstas con las que todo escritor busca cruzarse y compartir complicidades. Tus almas gemelas fueron rusas. Para aquilatar tu obra narrativa, en particular tus dos primeras novelas, habría que conocer tus antecesores: Víctor Sklovski, Vasili Grossman, Varlam Shalamov, Solzhenitsyn.

Pero el que te marcó definitivamente fue Víctor Sklovski, pues seguramente encontrabas en los personajes, en particular en los de *Viaje sentimental*, una identidad de sensibilidades con la tuya. Se trata del hombre que, al margen de su voluntad, de repente se ve lanzado en medio de acontecimientos, a los cuales asiste o en los que toma parte, ignorante de la versión que más tarde se dará de ellos. Todos los personajes de tus novelas están gobernados por la paradoja; son presa de esas circunstancias como el pelele de las tapicerías de Goya. *Zoo*, *Cartas que no hablan de amor* o *La tercera Heloísa*, la novela epistolar de Sklovski, significó para ti una verdadera revelación; en ella se encuentran muchas claves de *Las palabras perdidas*. Con ella recibiste la confirmación de la literatura como una entidad todopoderosa. En Sklovski encontraste el maestro y así lo expresabas con vehemencia. Compartían rasgos biográficos comunes que explican la cercanía de sensibilidades. Igual que tú, Sklovski practicó innumerables géneros: biógrafo, filólogo, incursionó también en la teoría. Seguramente, cuando en la Cuarta Carta leíste: «*Trasborda todo a escala cósmica, enjaula tu corazón, escribe un libro*», decidiste no seguir posponiendo la escritura de *Las iniciales de la tierra*. En efecto, *Las iniciales de la tierra*, archivada durante diez años, sufrió ingentes peripecias antes de ser definitivamente reescrita y publicada. Desde siempre lo supe: el libro no es sólo escritura, es un arma, es un delito en un país en donde sólo se practica el culto a las armas y al pensamiento prefabricado. Pero como el mal en literatura también puede ser el bien, durante esos diez años de paréntesis, de crisis solapada, habías aprendido a discernir mejor: reescribirla significó un esfuerzo titánico, según me constaste, pues te impusiste la tarea de deslastrar el lenguaje de los esquemas mil veces repetidos por esa pedagogía pavloviana a la que está sometido el país desde hace más de cuatro decenios.

Fue entonces cuando Gabriel García Márquez, cuya casa se había convertido en el centro del poder social, cultural y político de La Habana —que por

cierto no frecuentabas— te citó con su agente literaria Carmen Balcells para proponerte publicar la novela en España. Y rechazaste la oferta, no te convenió el montaje editorial que te ofrecían. Siempre tuviste una conciencia muy nítida de tu valía; algunos la llaman arrogancia. Nunca aceptaste la condescendencia. Un rasgo muy cubano, por cierto.

La desaparición del Departamento de Filosofía, la de *Pensamiento Crítico*, y de *El Caimán Barbudo*, generaron una dispersión de sus integrantes que fueron destinados a profesiones de lo más variopintas. Recuerdo que Aurelio Alonso fue destinado a un plan lechero. Tú, a un central azucarero, del que luego te rescató Alfredo Guevara para el ICAIC —isla dentro de la isla—, como lo hizo con muchos otros artistas, víctimas de las cacerías de brujas que se llevaban a cabo en diversos centros culturales. Entraste en una suerte de convalecencia de tu vocación esencial de escritor y te convertiste en cineasta.

Pese a mi alejamiento de Cuba y los años que pasamos sin vernos, nunca dejaron de llegarme notas que me recordaran el afecto intacto. Un día apareciste en un viaje fugaz por París. Debe haber sido en la primavera de 1987. Hoy caigo en cuenta de que, aunque tú no lo sabías, aquel viaje fue el inicio de tu establecimiento en Europa. Pero lo cierto es que todo conducía a ello. La noche resultó corta para ponernos al día de los años transcurridos. Comunicabas una suerte de resignada tristeza y una actitud de estar como a la espera. A diferencia de la rebeldía crítica que ostentabas en los años 60, de la perplejidad de los 70, en los 80 se percibía que habías sido golpeado, pues había un dejo de amargura en tus palabras. El tema recurrente de ese encuentro fue «La novela»; la novela engavetada durante diez años, reescrita para limpiarla de la retórica y del panfleto.

Tu gran amigo Aurelio Alonso desempeñaba un cargo en la Embajada de Cuba en París. Si mal no recuerdo, al término de su mandato te propusieron que ocuparas tú el cargo, pero declinaste la oferta. Entendí, tal vez me equivoque, que un cargo de esa naturaleza, si bien te procuraba algún respiro, te obligaba a ser incondicional y tal vez no estabas dispuesto a pagar ese precio. Recuerdo que Fernando Martínez, el exdirector de *Pensamiento Crítico*, caído igualmente en desgracia junto con el resto de sus integrantes, también detentó un cargo diplomático por aquella época. Tal parecía que el régimen, tras haber convertido en bueyes a esos toros bravíos del pensamiento, al cabo de los años decidió ofrecerles un resarcimiento que de paso tendrían que agradecer ejerciendo la más drástica autocensura.

En enero de 1988, sucedió algo inesperado: nos encontramos de nuevo, pero esta vez en La Habana. Hacía siete años que no pisaba tierra cubana. Lisandro Otero me invitó al congreso de la UNEAC. (Hecho singular, pues desde hacía varios años, debido a mi postura crítica, ya ni siquiera me invitaban a las recepciones en la Embajada de Cuba en París.) Lisandro, cuyo último cargo diplomático lo había ejercido en Moscú, de vuelta a La Habana me manifestó, a su paso por París, que abrigaba la esperanza de propiciar en Cuba una suerte de *perestroika* intelectual desde el seno de la UNEAC, de la cual había sido nombrado presidente interino. Para poner en marcha su proyecto,

creo recordar que comenzó con la publicación de tres artículos críticos acerca de la política editorial de Cuba en la revista *Unión*.

Recuerdo, mientras esperaba en el vestíbulo del Habana Libre el auto que debía conducirme al congreso, como tú me explicabas las razones por las cuales te habías negado a participar. Me dijiste que no abrigabas ninguna esperanza de cambio. Que el último intento lo habías hecho enviando una extensa carta al Partido en la que hacías un análisis exhaustivo de la situación y de la crisis severa que aquejaba al país y los cambios que se imponían. Como no hubo ni siquiera acuse de recibo, considerabas que institucionalmente no había nada que hacer; por consiguiente, no tenía sentido que acudieras al congreso de la UNEAC.

En lugar de Lisandro Otero, fue entronizado Abel Prieto como presidente de la UNEAC. Los discursos de clausura tuvieron una tónica inesperada para mí, que había perdido la costumbre de esas misas laicas y torpes, de advenedizos luchando con todo su entusiasmo y fervor caribe para parecerse a los *aparatchiks* soviéticos. El discurso final de Fidel Castro, quien aclaró que no tenía la intención de tomar la palabra, pero que lo hacía «obligado por la indignación», tenía por objeto denunciar a un pintor que había cometido el «crimen» de vender sus cuadros a una cadena de hoteles destinados al turismo, para decorar las habitaciones, con el claro designio de «enriquecerse.» Armando Hart, Ministro de Cultura, tuvo durísimas palabras para aquel que se había negado a acompañarlos en tan magno acontecimiento y que, por el hecho de ser miembro del Partido, su falta era aún mayor. Como ves, el anatema de Hart a raíz de *Los anillos de la serpiente* no fue el primero del que fuiste objeto. El conflicto venía de antes. Debo decir que me sorprendió la declaración de Hart pues, por supuesto, reconocí enseguida quién era la persona aludida. Sabía lo que podía presagiar una advertencia lanzada desde una tribuna en presencia de Fidel Castro. Estaba más que justificado el que te abstuvieras de participar en semejante parodia.

Un día llegaste a Sevilla, donde me había instalado por motivos de trabajo. Seguramente fue a comienzos de 1990. Te veías profundamente afectado, yo diría que como un animal acorralado. Tu paciencia estaba rebasada. La ejecución del general Arnaldo Ochoa y otros oficiales, la extraña muerte de José Abrantes, el todopoderoso Ministro del Interior. Todo se podía esperar de un poder carcomido y corrupto que había adquirido las características de una mafia, aunque siempre encubriéndose con el velo de la ideología. Un hecho acaecido en esa misma época te conmovió profundamente, tanto por su grado de ignominia, como por la parte que te tocaba directamente como escritor. Volvías una y otra vez sobre el tema de manera obsesiva. Se trataba de la paliza que le propinaron agentes de la seguridad del Estado a la poeta Carilda Oliver Labra, mientras celebraba un taller de poesía en Matanzas. Más inocente no podía ser la causa, pero en un país en donde la policía es el poder omnímodo, cualquier gesto puede ser transformado en delito. Los hechos dejaban presagiar los signos de un período de caza de brujas. Por primera vez te expresé lo que pensaba desde hacía años: ¿Por qué no abandonas

ese purgatorio? Te propuse que te quedaras en Sevilla. La casa era amplia, mi situación entonces me lo permitía. Me dijiste textualmente: «Sería un canalla si dejara allá a mi mujer y a mis hijos».

Pudiste salir con tu familia, en marzo de 1991, rumbo a Alemania. Y luego te trasladaste a Madrid, en donde de nuevo coincidimos. Allí emprendiste un nuevo capítulo, y es la historia de esta revista. Comenzaste la aventura de *Encuentro* rodeado del grupo de amigos que me eran más próximos: Annabelle Rodríguez te brindó un apoyo decisivo, gracias al cual se llevó a cabo el proyecto que, tengo la certeza, continuará. Gastón Baquero brindó su prestigio moral y su inmensa presencia de poeta, y Pío E. Serrano su experiencia profesional de editor. La revista cobró vida y evolucionó, unos se alejaron, otros se sumaron. Y lograste lo que parecía imposible: *Encuentro* corrigió la anomalía de la intolerancia, la exclusión del debate y la ausencia de confrontación de ideas y, sobre todo, estableció el diálogo entre el afuera y el adentro del sentir de los cubanos.

También fue el comienzo para ti mismo de un período de aprendizaje. Todavía te faltaba limar ángulos y descubrir la necesidad de ensayar otros *puntos de vista*, puesto que nuestra visión de los hechos la determina la perspectiva que nos brinda el *punto de vista* que adoptemos para sopesar y medirlos. En el que asumes en *Las responsabilidades de David*¹ se percibe una ruptura total con los presupuestos ideológicos que nos habían inculcado y servido de guía durante tantos años y que, pese a distanciarnos de ellos, pueden seguir latentes, carcomiéndonos desde las corrientes subterráneas de nuestro pensamiento. Sedimentos ideológicos que nos obligan a vivir en ascuas o, como los avestruces, enterrando la cabeza. Indudablemente se había operado un vuelco radical en tu modo de ver. Tu *punto de vista*, por ser precisamente liberador, llevaba implícito un proyecto de futuro para intentar ponerle término a la zozobra de Cuba. Saldar el período de la desmesura, limitar los anhelos de la megalomanía caudillesca, centrándose en lo humano posible. Resumiendo: tras haber andado por atajos sembrados de escollos y dolores, al fin te orientabas por un camino franco, libre ya del lastre de la culpa.

Lo que deseé expresarte entonces, en la carta nunca enviada, fue mi admiración por la clarividencia que habías logrado en cuanto al tema crucial para Cuba: el de la naturaleza de las relaciones con Estados Unidos. Allí percibí una madurez límpida y una inobjetable y serena racionalidad, tanto más apreciables por cuanto el costo que pagaste fue altamente elevado. Más que nadie sé que las ideas allí expresadas son el resultado del largo y penoso camino de reflexión que te impuso tu ruptura, no sólo con el régimen cubano, sino también con una forma particular, *un punto de vista*, de mirar el mundo. Pues hay que decir que venías de muy lejos. No he olvidado que entre los miembros del Departamento de Filosofía tu especialidad era, precisamente, el pensamiento de Lenin: el teórico por excelencia del imperialismo. No dudo que ese mismo

¹ *Encuentro de la cultura cubana*, N° 15, pp. 5-10.

conocimiento teórico, aquilatado en una época superada, te haya servido para revelarte lo contrario: esa visión tan diáfana, al fin alcanzada, acerca de las relaciones entre Cuba y Estados Unidos.

Que un leninista como lo fuiste en tu temprana juventud haya logrado — sin incurrir en idealizaciones ni pretender negar la voluntad intervencionista de Estados Unidos y su carácter de imperio, con lo que ello implica— ir más allá del análisis canónico y admitir que, lejos de una pasividad de víctimas, los cubanos han tenido su parte activa en la manera como se han conformado las relaciones entre ambos países, significa un verdadero *acto*, en términos filosóficos: algo que trastoca el consenso, que pone término a un conformismo cómodo del pensamiento. Sustentar un análisis desde una perspectiva tan sensata significa haber franqueado un paso de hondas consecuencias. Significa, ante todo, haber abandonado la eterna y regresiva postura de víctima que le adjudica todas las culpas de sus frustraciones como país al poderoso vecino del norte, y esto es válido para toda América Latina.

Una segunda constatación, de no menor alcance, es la de reconocer la complementariedad que anima el modo de relacionarse de ambos países. De ella se deriva la existencia de una zona de ambivalencia fundacional, difícilmente contemplada en los fríos análisis sobre el imperialismo. Esa comprensión denota que lograste el abandono de la rígida postura ideológico-política y optaste por la que siempre fue la tuya en tu obra de ficción; pues te podrán reprochar exabruptos o posiciones rígidas, pero en ninguno de tus textos de ficción aparece el menor amago de sectarismo ni de simplismo político, ni el menor indicio de postura incondicional.

Ponías así un término al *double bind* (un discurso y, al unísono, su contrario) considerado por los anti-psiquiatras como causa de psicosis precoces, presión a la cual te sometiste tú mismo, pues se trata de un mecanismo de supervivencia consecuencia del régimen: esa escisión del pensamiento que tanto te agobió y puso trabas al libre curso de tus inclinaciones. La culpabilidad te paralizaba, te sentías en deuda con un sistema que, según lo que te habían inculcado, te había brindado la posibilidad de salir de tu medio y de alzarte hasta la cúspide de la jerarquía intelectual. Versiones que, a fuerza de repetirlas, terminan por aceptarse como verdades absolutas. Esa culpabilidad te obligó a vivir escindido, cuidándote de todo acto que pudiera traicionarte.

Desde tu adolescencia te viste obligado a trabajar para subvenir a tus necesidades. Eras parco sobre tu infancia, algunas frases sueltas me dieron a comprender que no provenías del mismo medio que la generación de intelectuales entonces en boga e identificados activamente con el régimen; incluso con muchos de tus compañeros del Departamento de Filosofía existía esa diferencia. Así pude sacar la conclusión de que, mientras la futura élite intelectual del país se formaba en el exterior, tú, desde tu más temprana juventud te viste en la obligación de trabajar. Me contaste que, todavía adolescente, precisamente habías trabajado para el padre de Aurelio Alonso, el más cercano a ti de los miembros del Departamento de Filosofía. Entre los cerebros de élite allí congregados, Aurelio y tú se llevaban la palma de la brillantez.

El «Departamento», en particular la revista *Pensamiento Crítico*, era la expresión intelectual de la efervescencia que se vivía entonces. Para sus integrantes se trataba de espacios de crítica y de creación intelectual; al régimen le servía en sus planes estratégicos de carácter internacional que, al fracasar, ocasionaron la clausura de ambos proyectos. El «Departamento», como un reducto de resistencia intelectual, llegó a albergar los cerebros de élite identificados con el proceso cubano. Abiertamente opuesto al marxismo oficial soviético, blandió el arma de la revista *Pensamiento Crítico* para dar a conocer a un público más amplio la expresión de ese marxismo anticonformista. En realidad, tanto el «Departamento» como *Pensamiento Crítico* debían su existencia a un gesto monárquico, a los que es muy dado el Líder Máximo.

Cada número de *Pensamiento Crítico* constituía un acontecimiento esperado con impaciencia. En efecto, allí se tenía acceso a lo último que se producía en materia de análisis marxista en su versión crítica, tanto en Europa como en América Latina —hasta se publicaban autores trotskistas— con una salvedad: ninguna crítica a la revolución cubana. Otra salvedad: nunca se publicaron textos de procedencia soviética. Se le daba prioridad, ante todo, a textos de análisis relacionados con los movimientos revolucionarios de América Latina. Así como años después lo hice para la revista *Encuentro*, te serví de puente con colaboradores latinoamericanos para *Pensamiento Crítico*, pues si bien el director era Fernando Martínez, no cabe duda que el liderazgo lo detentabas tú.

Uno de los mayores acontecimientos, en particular a ojos de la embajada soviética, fue el número consagrado a Lenin (el número 38 de marzo de 1970), en gran parte elaborado por ti. Aparte del famoso «Diario de las secretarías de Lenin», que comprende sus últimos meses de actividad como dirigente del Estado y del Partido, los conflictos entre Stalin y Lenin y del primero con Trotski, que por primera vez se publicaba en español, aparecían una serie de textos de sus últimos años, que tenían el propósito de hacer un balance de la etapa previa a la revolución, con el objeto de corregir las desviaciones y consecuencias del comunismo de guerra. El conjunto constituía una verdadera provocación, no sólo hacia la URSS, pues más de un dirigente cubano tuvo que sentirse aludido. El texto más osado, que tiene que haber levantado más reacción en el seno de la dirigencia cubana, fue el tuyo, titulado: *El marxismo de Lenin*, que analizaba la «Nueva Política Económica» (NPE), y según anunciaba la revista, se trataba de un capítulo de un libro tuyo de pronta publicación, que por cierto, creo que nunca llegó a editarse.

Al margen de lo que se piense en la actualidad acerca de aquellas posturas filosóficas tuyas, tu ensayo es brillante. No creo que se haya hecho un intento de análisis similar acerca del pensamiento de Lenin, en el marco de un contexto muy particular como fue el del último período de su vida, dentro de las corrientes marxistas latinoamericanas. Tenías apenas veintiséis años, el ensayo está fechado en abril-noviembre de 1969. Allí aludías, —adjudicándoselo a la época de Lenin, pero sin duda estableciendo un paralelo con la situación cubana— a la necesidad de repliegue, a la crisis de la revolución en su conjunto, a las modificaciones en el orden económico para poner fin al comunismo

de guerra e inaugurar, precisamente, la instauración de la NPE pues, según Lenin, la revolución rusa era más débil que el capitalismo, tanto a escala mundial (pues no se había logrado realizar la revolución en el resto del mundo) como nacional (sic), a que la NPE constituía un retroceso necesario y que ello significaba darle concesiones al campesinado, al capital y al comercio privados, a los modelos de administración e incentivación del capitalismo, incluso para el sector estatal de la economía. Afirmabas que la opción de Lenin era la única que se imponía. Igualmente, ponías el acento en la crítica de Lenin sobre la militarización excesiva, la hipercentralización, considerada como una contradicción del comunismo de guerra.

Algo andaba endiabladamente mal debido a la falta de cultura en la capa de comunistas que dirigían la revolución, decía Lenin. ¿En quién pensabas, Jesús, cuándo citabas estas palabras de Lenin? ¿En quién pensabas cuando citabas a Preobrazhenski, que criticó la decisión que otorgaba un poder extraordinario a una sola persona? Y he aquí una opinión de lesa majestad, también de tu cosecha: «*la capacidad de análisis de Lenin y su profundo antidogmatismo, un nivel jamás alcanzado por político alguno*». Y por si fuera poco, insistías a propósito de «*la dimensión de la conciencia crítica de Lenin, que lo hace incomparable como jefe revolucionario, poseedor de las más altas calidades del hombre de acción y del hombre de pensamiento*». Aparte de sus cualidades de líder, tal vez lo que más te sedujo de él fue el hecho con el que cerrabas tu ensayo. Allí te las ingenias para convocar, en el terreno de la aridez teórica, la presencia de la literatura, otorgándole la palabra final, dejando así constancia de su prioridad.

El embajador soviético opinó que el marxismo-leninismo, como acostumbraba a decir la vulgata soviética, ya había sido analizado y no se necesitaba de los cubanos para hacerlo de nuevo. Si sumamos a ello la invasión a Checoslovaquia y el subsiguiente apoyo de Fidel Castro, esos hechos firmaron la condena de muerte tanto del Departamento de Filosofía como de *Pensamiento Crítico*, poniéndole término al frente de reflexión teórica. Igualmente sucedió con el frente literario. *El Caimán Barbudo* también fue vencido.

Volviendo al tema de las relaciones de Cuba con Estados Unidos, tu artículo «Los anillos de la serpiente», lo considero un intento de confirmar algo que en el fondo intuías: que no había posibilidad de regreso, pues en Cuba el régimen no admitiría jamás el debate de ideas (la reacción de Armando Hart lo demostró con creces), y esa era tu condición para regresar. Otro artículo, «Al rescate de los hermanos», era evidencia mayor de infracción al tabú de leso castrismo que significaba el contacto con el exilio activo de Miami. Pero «Las responsabilidades de David» es, a mi parecer, sin pretender restarle méritos a los anteriores, de los tres el de mayor significado, el de mayor alcance. No es casual que sea en él donde demuestras sentirte plenamente liberado, pues habías logrado deshacerte del lastre agobiante de la culpa. Habías descornado los velos ideológicos y afectivos que tanto han empañado y aún empañan nuestra mirada de gente «comprometida». Los dos primeros artículos tienen que ver con el conflicto entre el régimen y tú; en cambio, en el tercero tocabas el tabú de tabúes, que para los cubanos va más allá de la identificación ideológica o no, con el castrismo.

A ti, como a tantos, el trauma de la Cuba mancillada por el vecino poderoso te horadaba, al punto de constituir, como para muchos otros cubanos, el obstáculo que les impide dar libre curso a sus desavenencias de fondo con el régimen. Eso te hizo optar, durante mucho tiempo, por la postura sacrificial, ejerciendo una lealtad forzada, pues eras demasiado alerta para no percartarte de las anomalías del régimen; anomalías que luego se revelaron ser, no sólo horrores, sino sustento y estructura de un régimen monstruoso por su perversión y anacronismo. Afirmar que no albergabas ningún temor de que «Cuba caiga en las garras del imperialismo norteamericano», no porque idealices a Estados Unidos, sino, entre otras razones, porque miles de cubanos, blancos y negros, han logrado crear y fructificar en Estados Unidos desde el siglo XIX, traduce un viraje, un momento crucial de tu pensamiento, recordándonos también que Cuba no puede entrar al siglo XXI con una mentalidad del siglo XIX. La simple vecindad entre los dos países apunta al establecimiento de relaciones equilibradas: es una demostración de sentido común.

No podías completar tu análisis sin mencionar la alianza de Cuba con el «imperio euroasiático». La incongruencia de un régimen cuya legitimidad ante el mundo es precisamente su «antimperialismo» y entrega la suerte del país a otro imperio. Consideras esa alianza como «una aberración antihistórica, anticultural y anti-geográfica». Pero la más rotunda y certera de tus conclusiones en cuanto al futuro de Cuba, la que demostraría la prueba verdadera de su independencia, sería, para ti, la instauración de un régimen democrático y de derecho, sin tener en cuenta el proceder de Estados Unidos. Condicionar el establecimiento de la democracia en Cuba al levantamiento del embargo, como lo hace el castrismo, es «una prueba, no sólo de totalitarismo, sino en el fondo de espíritu anexionista». Claridad y contundencia, sin soberbia, sólo que mucha tierra había pasado bajo tus pies, y muchas zozobras te habían enseñado que los anhelos deben tener la medida de lo humano.

Has cubierto un territorio inmenso y tu singularidad radica en el sentido que le has dado a tu compromiso con la época y con la historia; haciendo tu obra indisoluble de tu vida. Pío E. Serrano sostiene que por eso eres una metáfora de Cuba. ¿Cómo sustituir a una metáfora? Es el reto que enfrenta *Enuentro*. Tal vez el mayor logro de la revolución cubana sea su exilio y, dentro de él, tú eres uno de sus mejores exponentes.

París, 12 de agosto de 2002.

Pensando en Jesús, ausente ya

TAL VEZ DE LOS MÚLTIPLES SIGNIFICADOS DE LA TRAGEDIA de morir el más dramático sea el de vernos privados inesperadamente de todo sentido de futuro. La muerte interrumpe brutalmente todos nuestros proyectos, la posibilidad de continuar o la de cambiar, de enmendar agravios o de reiterarlos, de terminar lo que habíamos comenzado y de empezar cosas nuevas, de intervenir en la realidad, en una palabra. Priva también, a quien queda con vida, de esperanzas, que devienen, con la muerte, inviables. En el fondo, nunca estamos preparados suficientemente para su aparición. O casi nunca.

Después del impacto, inevitablemente doloroso en lo más íntimo, de la noticia, muchas cosas regresaron a mi memoria. Jesús llegó al aula donde yo estudiaba, y le escuché un semestre de clases, un año antes de que estuviéramos compartiendo los dos, los veinte que fuimos, aquella aventura docente; era bastante más joven que los otros cuatro que, con él, fueron los pioneros en la enseñanza de la filosofía marxista en la Universidad de la Habana. Ninguno le aventajaba entonces ni le aventajó cuando crecimos en número y experiencia, en brillantez ni en carisma. Dotado además de una vocación y un talento literario que afloró en 1965 con *Los años duros*, su primer libro, y que desde entonces se volvió para él como un don mágico. Ese don que le abriría las puertas de la realización cinematográfica cuando se nos impuso la prohibición de filosofar, porque el estilo de Moscú estaba llamado a ser doctrina hasta en Cuba, donde la identidad no podía ni podrá desclavarse del espíritu de resistencia.

La década corta que corre de 1963, cuando nos establecimos como departamento de enseñanza adscrito al Rectorado, hasta 1971, para nosotros año de disoluciones, y para el país de un movimiento grande en la reordenación del proyecto socialista, fue el tiempo en que más cerca estuvimos. Nunca pudimos conformarnos ni sobreponernos a aquellas decisiones y a aquel final, aunque las

Aurelio Alonso

causas se nos habían revelado con rapidez. Compartimos tantos momentos, buenos y malos, que la intimidad que se armó se tradujo en una fuerza afectiva indeleble. Al menos así la juzgo. Al margen de la distancia que pudiera abrir entre nosotros, mucho después, el derrotero opuesto que tomaron nuestros pensamientos, nuestras acciones, y nuestros compromisos, cuando se desencadenó la crisis del socialismo que de tantas maneras había sido intuida.

Es evidente que Jesús no podrá ser en mi recuerdo solamente el Jesús de *Encuentro*. Cuando coincidimos en Miami en marzo del 2000, polemizamos sobre aquel pasado, del cual él se reprochaba, a sí mismo y a todos nosotros, el silencio, mientras yo retenía el mérito de la lealtad. Ahora sería una pequeñez volver a discutirle razón, fresco el dolor de su muerte también para mí, aunque sigo pensando que la lealtad, sin estar exenta de costos, ha sido en muchos sentidos, y es para Cuba, un puntal de la subsistencia. Y que el silencio, hijo entonces de la sorpresa, la incertidumbre y la insuficiente madurez (no del conformismo) tampoco impidió al cabo que en las generaciones que siguieron germinara el sentido crítico y el despojo de prejuicios doctrinales.

Otros cubanos, en los 60 y la primera mitad de los 70 —y aun después— tuvieron que afrontar injusticias discriminatorias mucho más penosas que los contratiempos que a nosotros nos tocó vivir. Pero difícilmente otros hayan experimentado mayor nivel de tensión, con efectos tan prolongados como para reproducirse un cuarto de siglo después, en términos de fricción ideológica dentro del proyecto y de la sociedad nacida de la Revolución de 1959. No de las limitaciones sufridas por pronunciarse en contra sino de las sufridas por pronunciarse a favor: o sea por pronunciarse. «Las revoluciones también generan turbulencias», se vio obligado a reconocer V. I. Lenin en algunos momentos de sus últimos tiempos, que Jesús estudió en aquellos años con tanto rigor. Seguramente siempre tendremos que aprender a combatir las desde dentro, que me imagino es lo más ingrato.

Jesús fue protagonista, entonces desde adentro, como vuelve después a ser protagonista de otro modo, ya como opositor, desde afuera. Considero que la diferencia y el paso de una posición a la otra quedan cifrados esencialmente en la propuesta, más que en el diagnóstico. Fue algo que experimentamos juntos hace muchos años, cuando leíamos a Deutscher, a Rudolph Baro o a Borkenau, por citar varias modalidades de la crítica, y nos sorprendíamos a veces de las coincidencias que compartíamos en sus diagnósticos. La historia ulterior ha probado sobradamente la razón que han tenido los críticos —hasta los más apasionadamente adversos a veces— y la fragilidad de toda apologética. También que lo verdaderamente importante al diferenciar posiciones no se encuentra en el diagnóstico, sino en la búsqueda de salidas, de solución, la orientación de las alternativas. Jesús finaliza una entrevista publicada en el N° 41 de 1991 de la revista alemana *Der Spiegel*, opinando con pesimismo que para Cuba «la alternativa y la tragedia son Castro o Washington». Pocos meses después, en *Los anillos de la serpiente*, la alternativa ya no parece presente.

Cuando nos vimos en Miami, discutimos como adversarios y también hablamos largamente en la intimidad, como los amigos que llegamos a ser —era nuestro primer encuentro en diez años. Ya la distancia era un hecho entre nosotros. No fue en rigor lo que publicamos después de nuestro encuentro, que también resultó ser el último, lo que nos distanció. Decidí no responder a su carta abierta, y esperar a que el azar nos llevara de nuevo a vernos la cara. No porque creyera en que algo iba a poderse arreglar, sino porque era como tenía que ser. Así lo creí y lo creo. Pero la muerte, inoportuna y caprichosa, se interpuso, sin dejarnos espacio para decirnos nada más. Lo siento de veras. Lo he sentido mucho.



Tras la muerte de Jesús Díaz*

UNA VEZ, EN BERLÍN, ME INVITÓ A COMER Y SALIMOS EN busca de un restaurante que recordaba. Fuimos en metro, cambiamos de línea, tuvimos que cambiar otra vez, casi habíamos atravesado ya la ciudad ¡hasta que llegamos al restaurante de una cadena de supermercados! Para él lo importante era alejarse lo más posible del lugar en que provisionalmente se sentía en casa. Cuando por fin estábamos sentados, me dijo: «Sabes, los cubanos en el exilio somos todos locos porque la nostalgia nos martiriza el alma.»

Jesús Díaz nació en 1941 en La Habana y creció en un barrio pobre y mayoritariamente negro. Allí radica su afinidad a la cultura negra cubana, expresada con intensidad en toda su obra literaria. De muy joven se une a la rebelión contra la dictadura de Batista y fue un defensor ardiente de la revolución cubana. Los años que antecedieron el triunfo de la revolución y los inmediatamente posteriores constituyen el tema de su primer libro de relatos *Los años duros*, que ganó en 1966 el premio Casa de las Américas. Con apenas treinta años fue nombrado profesor de filosofía de la Universidad de La Habana. Fueron estos los últimos años de apertura revolucionaria; Díaz fundó la revista teórica *Pensamiento Crítico*, que durante un año publicó artículos de lo más admirables sobre temas como Mayo del 1968 en París y el movimiento Black Power en los Estados Unidos. Según Díaz, el objetivo era «publicar lo más creativo y actual del pensamiento revolucionario». Pero entonces empezó —después del fracaso de la Gran Zafra— la soviétización de la revolución cubana. Empezó el Quinquenio Gris, la petrificación. Una de las primeras medidas exigidas por los soviéticos fue la clausura de *Pensamiento Crítico*.

Mucho tiempo después, Jesús Díaz escribiría al entonces ministro de cultura Armando Hart quien le reprochaba «resentimientos» y «comportamiento rencoroso» que

* Artículo publicado en el *WochenZeitung*, Suiza, el 8 de mayo 2002.

quería recordarle que *Pensamiento Crítico*, una de las más importantes revistas de reflexión en la historia cubana, fue suspendida de manera arbitraria, que el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana fue disuelto, que el edificio del instituto se derrumbó y se transformó en un campo de escombros. Esto fue lo que Jesús Díaz no pudo olvidar ni esconder. Pero tampoco le sirvió para darse por vencido.

Jesús Díaz escribe su primera novela *Las iniciales de la tierra*, una visión muy sincera, y por ese motivo crítica, de la revolución cubana. La primera versión del libro fue terminada en 1973 pero debieron pasar muchos años hasta que pudiera publicarse, cosa que, al acontecer, tuvo un efecto semejante al de una bomba. El tiempo entre la escritura y la publicación, Jesús Díaz lo dedicó al arte cinematográfico. Trabajó en el ICAIC —donde durante el Quinquenio Gris se refugiaron muchos intelectuales— y esta actividad le permitió viajar al extranjero: rodó películas documentales en la Unión Soviética, en África y en Nicaragua. También escribió guiones de ficción, por ejemplo *Alicia en el pueblo de Maravillas*, que causó un gran revuelo político.

En 1987, al publicarse finalmente *Las iniciales de la tierra*, el libro fue celebrado en la misma Cuba como hito literario de los años posrevolucionarios. Trata de las memorias de un joven en el momento en que debe rendir cuentas de sus actividades revolucionarias ante una comisión del Partido Comunista. De esta manera se presentan las diversas estaciones de la revolución: desde la batalla en la Bahía de Cochinos, los trabajos de los estudiantes en la agricultura, los debates sobre la lectura escolar adecuada para revolucionarios, hasta la Gran Zafra ideada como un eficaz avance económico, pero que condujo a la total dependencia de la URSS. La novela examina la revolución cubana hasta 1970 con todas sus deficiencias, errores, dogmatismos y decisiones arbitrarias, pero también con su vitalidad, su atmósfera de creatividad, el Todo-es-posible y su solidaridad. Por primera vez se conoce aquí el gran talento humorístico y satírico que —aunque característico del autor— en esta novela emociona más porque se siente que incluye la autocrítica de los propios extravíos dogmáticos. Parecía prometedor el hecho de que al final de los años 80 incluso la burocracia literaria oficial acogió el libro de una manera muy positiva. Unos años más tarde, cuando Díaz ya había sido anatematizado por el ministro de cultura y denunciado como traidor, a algunos «críticos» cubanos no les daba vergüenza declarar que este autor siempre había sido sobrestimado y que nada de lo que había creado era de valor duradero.

LOS ACONTECIMIENTOS DE ZURICH

Conocí a Jesús Díaz en enero de 1992, cuando Michael Stötzel y yo le hicimos una entrevista en Berlín para la *WochenZeitung* (N° 5/92). Una beca del Programa Alemán de Intercambio Académico (DAAD) le permitía trabajar allí en su nueva novela (*Las palabras perdidas*). Le habíamos invitado, por iniciativa de Erich Hackl, a inaugurar junto a Eduardo Galeano la serie de actividades «Hermoso y nuevo orden del mundo», que tuvo lugar de febrero a mayo de 1992 en La Fábrica Roja. El acto inaugural del 2 de febrero fue memorable.

Y, como Jesús mismo no se cansó de repetir, cambió su vida fundamentalmente. Nunca antes había hecho declaraciones tan críticas sobre el gobierno de Cuba como para arriesgar una ruptura. Poco tiempo antes, en una entrevista con *Der Spiegel*, había respondido de manera poco amable a preguntas que le categorizaban como disidente. El quiso romper su silencio entre sus iguales, en un contexto de izquierda.

El día del acto de la inauguración Jesús vino con una mejilla hinchada. Tuvimos que acudir a urgencias de una clínica odontológica. A mi pregunta de cómo se sentía al salir después de más de una hora de tratamiento, me respondió: «¡Buen trabajo!» Pudimos empezar. Esa noche Díaz rompió con decisión los límites de lo que se toleraba en La Habana. Habló del alejamiento del gobierno cubano de la revolución, de la vuelta hacia el caudillismo latinoamericano, de que era criminal la consigna «socialismo o muerte» decretada por Fidel Castro, y de que una izquierda que apoyaba esto era irresponsable. Criticó la política cultural por destruir la riqueza y la diversidad cultural de la isla, y lamentó el alejamiento de la realidad de la nomenclatura y sus decisiones arbitrarias. Concluyó con las palabras: «Yo amaba tanto a esta gran revolución que aceptaba su silencio como si fuese inevitablemente necesario. Creo haberme equivocado. Sin embargo la decisión siempre era trágica porque al final había la prisión o Miami. A pesar de todo he decidido hablar, lo he hecho hoy aquí y he tratado de no equivocarme. Pero al parecer me estoy equivocando de nuevo.»

Ya él sabía lo que iba a venir, porque conocía el aparato de la infamia que está a disposición en estos casos. Todo empezó unas semanas más tarde con una carta escrita a «Jesús Díaz, Europa» por el entonces ministro cubano de cultura Armando Hart, una carta que sólo circuló entre los miembros del Gobierno y del Partido en Cuba y que llegó a su destinatario muy tarde y por vías no-oficiales. El ministro lamentaba que «las leyes no establecen la pena de muerte por tu infamia; pero la moral y la ética de la cultura cubana te castigarán más duramente. Hubieras podido colocar tu nombre dentro de lo más grande y noble de la cultura del país, pero perteneces a la categoría de apóstata. Te has vendido, Jesús, por un plato de lentejas. Deberías llamarte Judas.»

Este pedazo de auténtica prosa revolucionaria tuvo como efecto, entre otras cosas, que una parte del movimiento europeo de solidaridad entendió en este entonces (¡y sólo entonces!) que Jesús Díaz pertenecía a la categoría de traidor. Para la vida del fallecido esto no fue de mayor importancia. Lo que más le dolió fue la quiebra de viejas amistades a raíz de la acusación de traidor y la perspectiva de no poder volver a Cuba durante muchísimo tiempo. Planeaba usar los acontecimientos de Zurich y sus consecuencias en una obra literaria. Hace años me pidió un mapa de la ciudad con señales en las diferentes estaciones (La Fábrica Roja, la sede del *WochenZeitung*, la clínica odontológica, la librería El Cóndor, etc.).

En 1992 se publicó la novela *Las palabras perdidas* (en alemán en 1993) que muchos consideran su mejor obra. Es la historia de un joven cuarteto de poetas que intenta con creatividad y exigencias ilimitadas agitar la revolución muy

inerte según ellos. Desde luego, fallarán. A esta novela le siguieron otras cuatro, la última traducida al alemán es *Dime algo sobre Cuba*, la historia tragicómica de un dentista que llega involuntariamente al exilio, regresa y sólo entonces se da cuenta de que en realidad quiere dejar la isla.

Hace tres meses, en Madrid, Jesús Díaz presentó su ahora última novela, *Las cuatro fugas de Manuel*. El libro cuenta la increíble odisea de un joven cubano por la Europa poscomunista. Es la historia verdadera del muchacho que, después de lograr escaparse, fue acogido por Díaz y su familia como hijo adoptivo.

ENCUENTROS

A mediados de los años 80 Jesús Díaz trasladó su domicilio provisorio a Madrid. Se había propuesto, a partir de su situación desesperada, hacer algo constructivo tanto para sí mismo como para otros. Lo consiguió en 1996 con la fundación de la revista *Encuentro de la cultura cubana*.

Con ello logró un gran impacto y no hay más que augurar que perdure después de su muerte. La revista es una plataforma de la creación cultural en la isla y en el exilio, un *forum* para el debate político sobre el futuro del país. «La revista cubana más vilipendiada —en público— y más leída —en privado— dentro de los confines de la isla», como dice Luis Manuel García, colaborador de Jesús Díaz. Además, desde diciembre de 2000 la Asociación Encuentro de la Cultura Cubana edita el periódico digital www.cubaencuentro.com.

A Jesús Díaz no le amaban ni los empedernidos anticastristas (que no se fiaban de él), ni los glorificadores de la revolución (para ellos era un traidor). Esto le confirió credibilidad entre los representantes sensatos de ambos lados de la zanja. Y él aumentó su credibilidad mostrándose siempre abierto a críticas y discusiones. Aunque es preciso admitir que muchos temían la discusión porque muy pocos se podían medir con él en un combate verbal.

Evidentemente, algunos lo vieron amargado y varios artículos suyos sobre sucesos actuales escritos en una retórica apocalíptica podrían reforzar esta impresión, así como las muchas desilusiones existenciales que tuvo que vivir. Sin embargo, sus obras literarias demuestran lo opuesto: están marcadas de humor y melancolía, jamás de amargura. ¡Sólo hay que leer una, cualquiera de ellas! Nosotros lo conocimos como persona a quien le gustaba sobre todo reír, que memorizaba montones de historias, anécdotas (chistes también) y sabía presentarlas con éxito. Y me acuerdo de sus profundas carcajadas que sin falta arrastraban hasta al último desgraciado...

Todo esto y otras cosas que se podrían contar y que ya no caben aquí quedan profundamente grabadas en la memoria. Con este Jesús se fue un enorme trozo de un mundo en el que los sin patria de todas las regiones podían sentirse un poco en casa.

Jesús, el cubano perfectible

Jorge A. Pomar

COMO POCOS INTELLECTUALES CRIOLLOS, JESÚS DÍAZ encarnaba —encarna ya para siempre— el sueño de la «Cuba posible», esa Cuba equitativa, empedernidamente realista, tolerante y democrática, pero sobre todo alegre y gozosa que prefiere definirse por sus tradiciones y su vocación hedonista, mestiza, cosmopolita, y no por los tenaces mitos y fobias patrioteras de hoy y de ayer que la han hundido en su actual marasmo. No en balde el ex ministro de cultura Armando Hart pronunció contra él su inapelable *fatwá* y más tarde, en plena campaña de reivindicación de intelectuales proscritos, la prensa oficial cubana se ensañó en él y en su revista. Haciendo suyo el lema de que la «cultura cubana es una sola», Jesús dio cabida en *Encuentro* a intelectuales de ambas orillas sin más restricción que la calidad y eso que Christa Wolf llamó «autenticidad subjetiva».

Sin duda la cólera del señor ministro fue el resultado de un atisbo genial en un funcionario casi infaliblemente errático: conociendo su calibre y versatilidad intelectual, sus dotes de organizador y capacidad de convocatoria, Hart previó que la de Jesús no sería una deserción más y que a corto plazo el castrismo iba a pagar un alto precio por la pérdida del autor de *Los años duros*. De hecho, el encontronazo en Zurich con Eduardo Galeano marcaba la ruptura con un izquierdismo empecinado en achacar los males de América Latina al factor yanqui. De ahí a desarmar el andamiaje político-ideológico del castrismo no había más que un paso. Y Jesús no sólo lo dio sino que, como todo lo que emprendía, lo hizo con prusiana sistematicidad, un rasgo de su persona que lo diferenciaba de la habitual incoherencia de nosotros los cubanos.

Mis primeros contactos en 1966 con el mundo intelectual de Jesús Díaz fueron impersonales, a través de los cuentos rulfianos de *Los años duros* y sobre todo de *Pensamiento Crítico*. Corrían los años de la crisis cubano-soviética, y la revista estaba dando a conocer un amplio espectro

del pensamiento socialista contemporáneo. Tras los usuales tumbos en el sistema de becas y el Servicio Militar Obligatorio, yo acababa de ingresar a duras penas en el Instituto Pedagógico Superior. Gracias a los ensayos de Trotski, Gramsci, Luckacs, Garaudy, Marcuse, etcétera, publicados en la revista, mis primeras vagas dudas sobre el sistema condensaron en una especie de heterodoxia cercana a la Nueva Izquierda europea, que era en realidad la línea de pensamiento de los miembros del Consejo de Redacción de *Pensamiento Crítico* y del Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, de los cuales Jesús formaba parte. Indirectamente, gracias a vasos comunicantes y empatías intergeneracionales, los estudiantes con inquietudes de la época les debemos nuestras primeras incursiones filosóficas a todos ellos y, en particular a Jesús, que ensanchó también nuestro bagaje literario con las ofertas de *El Caimán Barbudo*.

Esta meritoria labor publicística clasificaba dentro de una actitud que Jesús llamaría más tarde simple «disonancia», habida cuenta de que ni *Pensamiento Crítico* ni *El Caimán Barbudo* enfilaban sus dardos contra el sistema. Como todo desahogo crítico dentro del castrismo, aquella breve y parcial licencia filosófica y literaria de los años posteriores a la Crisis de Octubre y a la cruzada contra los viejos comunistas del PSP, debía estar exclusivamente enfilada hacia Occidente (en el fondo desde la óptica oficial formaba parte de un bien calculado chantaje a la URSS). A diferencia de otros que se refugiaron en su decorosa torre de marfil, en consonancia con un compromiso revolucionario contraído en sus años de clandestinaje estudiantil, Jesús evolucionó literariamente hacia una «disidencia leal», que ya a fines de los años 70 se manifiesta en *Las iniciales de la tierra* y, un decenio más tarde, se radicaliza en *Las palabras perdidas*. Desde *Los años duros*, pasando por las películas *Polvo rojo*, *Lejanía* y *Alicia en el pueblo de Maravillas* (guión) hasta *Las palabras perdidas* y *La piel y la máscara* hay un crescendo que va desde la crítica constructiva hasta la ruptura definitiva con el sistema.

Personalmente lo conocí en 1988 (¿o sería ya en 1989?) en un pleno de la UNEAC, donde me sacó inesperadamente las castañas del fuego. W. L., a la sazón jefe de la Sección de Poesía de la UNEAC, había presentado un informe sobre la golpiza propinada por agentes de la Seguridad del Estado a Carilda Oliver Labra y otros escritores durante una lectura de poemas en Matanzas. Uno de los poetas había recibido un golpe de karate en un ojo, que estuvo a punto de sacárselo, y la «vieja dama indigna» de la poesía erótica cubana un puntapié en el vientre que todavía la tenía defecando sangre. W. L. presentó aquella bestialidad como un «error», lamentablemente instigado (no usó esa palabra) por el presidente provincial de la UNEAC y un coronel de la Seguridad del Estado. En un arranque de indignación o de ingenuidad, o de ambas cosas, me levanté y rompí lanzas contra el funcionario matancero, pidiendo su expulsión deshonorosa de la Unión de Escritores. Tras un breve *impasse*, entre las galerías de caras de piedra y de «yo no fui» que se ven en la UNEAC cada vez que se menciona a la pavorosa policía política, un rostro enrojecido de rabia me cortó la palabra, increpó a W. L. por «chiquearle» el nombre al

funcionario matancero y exigió la apertura de una investigación de los hechos con todas sus consecuencias. Jesús Díaz había arrojado a la palestra su prestigio y su temible coherencia. Roto el hielo y definida la correlación de fuerzas a nuestro favor, se desataron otras lenguas críticas y W. L. hubo de batirse en retirada. Había que evitar a toda costa un escándalo internacional: el ministro de Cultura presionó, Carilda recibió todo tipo de atenciones y honores y, al menos de boca para fuera, los culpables recibieron castigo.

No recuerdo que hayamos hablado en aquella ocasión. Pero juntos le habíamos clavado una banderilla al minotauro del DSE (Departamento de Seguridad del Estado). Años más tarde, en 1994, nos encontramos en el exilio alemán. Yo había recibido una beca del Servicio Alemán de Intercambio Académico (DAAD) y vivía en el mismo edificio de la Schlüterstrasse que fue su primera dirección berlinesa. A pesar de ser un hombre en permanente carrera contra el reloj, Jesús pasó enseguida a recogerme. Lo primero que me llamó la atención fue la total ausencia de esas ínfulas elitistas de que, con razón o sin ella, suelen hacer gala los literatos cubanos. Me llevó enseguida a su casa, me presentó a su familia y tuvo la gentileza de sacarme una copia de *La piel y la máscara*, novela que acababa de terminar. Conversamos como si nos conociéramos desde la infancia. El rubicundo Jesús era el «clásico blanco pintado de negro», la mejor manera de decir que un blanco criollo nos parece más cubano que blanco...

Aquí en Europa —me alertó Jesús después de que diéramos una conferencia a dos manos en la Casa de las Culturas del Mundo, en Berlín— no éramos bien vistos por la izquierda ni tampoco por buena parte de la derecha, sin hablar ya de los inmigrantes latinoamericanos. Y aunque la situación estaba cambiando, lo más que se lograba era que la quinta columna castrista enmudciera temporalmente cada vez que la testarudez de los hechos les daba algún nuevo mentís. Una verdad como un templo con la que yo habría de chocar a menudo en la tierra de Goethe y Schiller.

Charlando una noche por la Kurfürstendam, le señalé un gran lumínico rojo con las siglas «PCC» en la acera de enfrente al tiempo que, de repente, justo desde ese mismo edificio cruzaba la calle una escuadra de esos fornidos mocetones de la policía antimotines con sus hinchados uniformes verde olivo y sus góticas cachiporras:

—¡Agárrate, mulato, que ya están aquí! —me dijo jocosamente Jesús, haciendo la misma funesta asociación que yo.

—¡Tamo cojío, compay! ¡No hay escape! —bromeé yo también.

—No creas —añadió tras una de esas carcajadas que le sacaban las lágrimas y le ponían la cara roja como un tomate—, aquí también tienen gente que te hará sufrir. Pero déjame decirte que siempre me ericé...

El gracioso incidente nos hizo caer en el tema de la desertión y la culpa. Ambos nos sentíamos aún de izquierda, revolucionarios y, por tanto, instintivamente desertores. Éramos víctimas de un atavismo que se remonta al tabú primitivo de la ruptura con la grey y que aún hoy está en la base de la fobia a romper con el caudillo. Mencioné a Elías Canetti (*Masa y poder*). Uno podía

darle todas las vueltas que quisiera al asunto, entenderse a sí mismo, sentirse digno, justificable, irrefutable... Pero en el fondo nunca lograba desprenderse del todo del perverso estigma. Además —más él que yo en razón de su mayor prestigio—, quienes con la vana esperanza de un cambio habíamos estado tanto tiempo comprometidos con el castrismo, ahora nos veíamos cogidos entre dos fuegos. Por un lado, habíamos quemado las naves y no teníamos vuelta al redil. Por otro, difícilmente seríamos aceptados por la *mainstream* del exilio histórico. Ciertamente, tanto él como yo habíamos sido objeto de ataques. Él, infinidad de veces. Yo, hasta donde sé, acusado al menos por un señor: «La persona que ha escalado más rápidamente en la disidencia es Jorge Pomar, tan negro como Bonne, que en mayo de 1991 era miembro del Partido Comunista y tres meses después era parte del ejecutivo de un grupo de oposición. Lástima que resultara ser un provocador de la Seguridad, aunque la culpa es, con toda seguridad, de algún blanco.» Roberto Luke Escalona, *Odios raciales*. (Reproduzco textualmente la diatriba porque de algún modo me produce un inmenso placer.) Pero ambos habíamos tenido el coraje de decir abiertamente lo que Jesús recomendaba en particular a los demócratas de izquierda: «Bien, me equivoqué, y ahora lo reconozco y denuncio que Castro es un dictador tan deleznable como lo fueron Franco o Salazar, *aunque eso me obligue a revisar críticamente parte de mi propio pasado.*»

Cierta obsesión autocrítica suya me hizo pensar entonces —no se lo pregunté— que en ello podía estar pesando el famoso comentario en *Persona non grata*. Jorge Edwards refiere en su testimonio que, tras haberse presentado en la Universidad de Chile como capitán de la Seguridad del Estado, Jesús Díaz habría respondido a una pregunta sobre las novelas de Severo Sarduy y Cabrera Infante con el siguiente desplante: «¿A qué hemos venido aquí: a hablar de literatura o de gusanos?» En el número 16/17 del 2000 de la revista *Encuentro*, Jesús negó de plano la acusación con palabras que no dejan lugar a dudas: «...jamás fui miembro de la Seguridad del Estado, ni me presenté como tal en sitio alguno [...] Jorge Edwards no estaba presente en aquella conferencia, doy por hecho que actuó sin mala fe y que fue mal informado, pero le agradecería mucho que lo aclarara.»

En verdad, ningún otro ex intelectual de la Revolución ha sido tan insistente ni ha ido tan lejos como él en la autocrítica de sus yerros de entonces. Y pocos han sido tan constantes y efectivos en su labor de aglutinación y reconciliación. No por una opción de principio o de mero gusto sino porque, en general, Jesús consideraba que las actitudes de los cubanos de dentro encajan en cinco grupos fundamentales:

- obsecuencia como estrategia de supervivencia,
- oportunismo-arribismo (inclusive el llamado «exilio rosa»),
- fanatización,
- éxodo y
- disensión abierta.

Considerando que el régimen castrista dura ya 43 años (edad que ya cumplieron o están al cumplir los nacidos en el 59) y que los tres primeros grupos

representan a la inmensa mayoría de la población, es decir, considerando la longevidad y el carácter masivo del proyecto totalitario castrista, es fácil comprender la insistencia de Jesús en el binomio tolerancia-reconciliación como única vía hacia un consenso nacional en democracia. Tampoco hay que olvidar que, gústele a quien le guste, en una república poscastrista cada uno de los nueve millones largos de integrantes de los tres primeros grupos podrá emitir libremente su voto. De ahí la trascendencia estratégica de la política de puertas abiertas de *Encuentro*.

Y es que la única manera de que algún día la «Cuba posible» añorada por Jesús se haga realidad pasa inevitablemente por la decantación a nuestro favor de los actuales obsecuentes y oportunistas-arribistas, e incluso del máximo número de fanáticos admisible. Lo contrario equivaldría al mantenimiento *ad infinitum* del *statu quo*. Desde luego, la perspectiva de tener que lidiar con tantos ex verdugos y viejos camajanes no es un aliciente para nadie. Pero hace tiempo que ya renunciamos a construir la «sociedad perfecta». ¿O no? En todo caso, a estas alturas para los que cargamos ya más de 50 almanaques la alternativa de una reconciliación nacional incruenta es por fuerza la mejor y la única variante posible. Jesús ya no verá esa «Cuba posible», esa Cuba que tanto lo obsesionó no sólo en el exilio sino desde siempre. De lo que sí debemos congratularnos los que lo conocimos personalmente y alguna vez compartimos con él es del privilegio de haber gozado de la estima y amistad de un compatriota como él: el cubano posible, que sólo puede ser eso que él supo encarnar mejor que nadie y que yo llamaría más bien el «cubano perfectible».





Mi hermano Jesús: ráfagas de la memoria

R o l a n d o D í a z

YO TENÍA ONCE AÑOS EN EL VERANO DE 1958, CUANDO atravesé el Parque de Santos Suárez en medio de una intensa lluvia. El cielo negrísimo me había sorprendido en casa de mi amigo Felo, debía llegar pronto a casa, a mi madre María, todo un carácter, no le gustaba que la lluvia me cogiera fuera, y menos soportaba verme mojado, por aquello del asma. Ante semejante disyuntiva salí corriendo del portal sin despedirme, seguro de que alcanzaría la calle Zapote y el número 19, mi casa, antes de que la primera gota se desparramara sobre el asfalto. Pero en cuanto di las zancadas iniciales, a la altura de las calles Santa Emilia y Flores, el agua dijo aquí estoy y me penetró, de golpe, hasta los huesos. No dejé de correr. Asomé al Parque girando a la derecha, para atravesarlo por la diagonal, una florida y empedrada callejuela que lo partía en dos, con bancos a cada lado. Continué mi carrera jadeando, y a lo lejos vi a un hombre sentado en uno de los bancos, envuelto en una capa de *nylon* gris, con un gorro cubriéndole la cabeza; un loco, pensé. Al pasar a su lado, la curiosidad casi me detuvo, la lluvia que mediaba entre su rostro y el mío, me impedía verlo con nitidez. Sobre los cristales de sus espejuelos corría el agua a raudales y entre el gorro y el cuello alzado de su capa, apenas quedaba espacio para verle un pedazo de piel. Me acerqué más aún. El tipo meditaba. El agua bajaba por su cara como un catarata, saltando sobre sus labios. Me miró sin hablarme, ignorándome. A duras penas lo reconocí —¡flaco! Le dije sorprendido. Su lluvia, si para él era lluvia lo que caía, no era la mía. Recobré fuerzas y desconcertado, corrí hasta la bodega de Zapote y San Indalecio. Me detuve bajo el portal. El aguacero no aflojaba y mi hermano Jesús, calado por el agua, no se movía del banco.

—¡Flaco! Le grité un par de veces intentando superar el apabullante ruido del agua —¡Rafaelito! troné nervioso. Ni giró su cabeza.

Siempre pensé que mi hermano Jesús, el Flaco (para mí) Rafaelito o Rafa (para la familia, por Jesús Rafael) era un tipo diferente al resto de la gente que conocía. Sus imitaciones de Daniel Santos, en plena guagua y a toda voz; «me gusta todo lo tuyo, todo me gusta de ti», me herían de la pena, quería bajarme de inmediato aunque estuviera a mil cuadras de mi casa... «y ya no cabe más, adoración en mí»...cada vez más gritado, desafinado, a todo pecho, a voz en cuello... «ven a mí, ven a mí, por diioooss»... la evocación religiosa era la parte más intensa de su interpretación, hasta arrancaba algunos aplausos, yo, carcomido por la sensación de ridículo, necesitaba, con todas mis fuerzas, una gran piedra de kriptonita para debilitarlo como a Supermán, pero él, indiferente a mis súplicas de silencio, continuaba arrastrando, con la voz engolada, las eses finales, hasta que la guagua se detenía a las puertas del cine Dora, casi en la esquina de Toyo.

Al cine Dora asistíamos con frecuencia a ver los episodios de Flash Gordon, me llevaban él y mi hermana Amalia, la mayor. Éramos una escalera de múltiplos de tres: Jesús tenía seis años más que yo y mi hermana nueve, por aquel entonces yo tendría seis o siete años. El Dora se me antojaba inmenso, tenía una cafetería que nos encantaba y con cinco centavos cada uno comíamos galleticas con pasta de guayaba (tres centavos) y un refresquito con un líquido rojo que llamaban de fresa (dos centavos) Antes de empezar la función, Jesús y Amalia me pedían que gritara bien alto llamando a un tal Pedro Roig. No tenía la menor idea de quién era Pedro Roig, ni siquiera ahora recuerdo las explicaciones posteriores que mis hermanos me ofrecían, sólo queda en mi memoria el rostro de Jesús, partido de la risa, insistiendo una y otra vez en que lo llamara hasta que me respondiera, yo, me desgañitaba gritando aquel nombre, mientras mi hermana se metía debajo del asiento queriendo desaparecer.

El miedo también rondó mi niñez desde temprano, los hijos de mi tía Lila andaban en problemas con la dictadura, habían sido apresados y torturados varias veces por la policía de Batista y mi madre, conmigo y alguna ayuda material a rastras, visitaba constantemente las distintas casas donde se mudaban para evitar ser localizados. Al novio de mi hermana, Severo, que era un hombre muy tranquilo, le registraban el carro con frecuencia, se respiraba una tensión muy grande en mi casa. Rafaelito, estudiante del Instituto de La Habana, participaba en las revueltas estudiantiles; «¡la cabeza de Batista!», contaba el Flaco que gritaban en las calles, y coqueteaba con organizaciones rebeldes de la ciudad. Las demoras que finalmente acompañaban las llegadas nocturnas de Jesús, generaban una preocupación constante en la familia: acostado en el sofá-cama de la sala, descorría con lentitud la sábana que tapaba mi cabeza en cuanto sentía el sonido metálico de la llave en la puerta que daba a la escalera, la casa estaba en un tercer piso. Se formaba un silencioso revuelo, mi madre asaltaba la sala cuchicheándole cosas al oído, mi hermano ripostaba susurrando, avanzaban muy juntos y se perdían por el «hall» hacia la cocina. Imitando el estilo de mi padre Rafael, me envolvía nuevamente la sábana en la cabeza y dormía entre murmullos incomprensibles.

En enero de 1959 Jesús se convirtió en un héroe familiar y se incorporó a las Milicias Nacionales Revolucionarias. Mi madre apenas le podía quitar las botas después de la caminata de los sesenta y dos kilómetros, que era la prueba de fuego que pasaban los milicianos para demostrar que estaban listos para la batalla contra el enemigo (siempre había enemigos), usaba una palanganita con agua tibia, para despegar las medias adheridas a la piel rota y llagada. Yo miraba aquello con estupefacción y pena, Jesús soportaba el dolor con estoicismo. Mi padre lo consideraba un acto de estupidez, dejó de creer en la Revolución muy pronto. Como premio, al Flaco le entregaron una boina verde olivo de fieltro que sustituía la negra de tela que llevaban los milicianos comunes. Era su estandarte.

«La Abundancia» se llamaba el lugar en que alfabetiqué en 1961, de trece para catorce años, a la familia Pagán-Bragaña. Estaba en Oriente y pertenecía al término municipal de Dos Caminos de San Luis. Hasta allí llegó Jesús a visitarme, iba de miliciano y lucía su insustituible boina verde de la marcha de los sesenta y dos kilómetros. Lo veo avanzar entre las lomas, con paso solemne, preocupado por mi pito inmenso, hinchado, picado por sabe dios que insecto en el río, mientras me bañaba encuero con Roberto y su hermano «Lechón». Herminia se lo enseñó y le comentó que estaba casi curado por el cocimiento de almácigo. El Flaco me miró el rabo serio, yo había perdido la vergüenza, media Abundancia lo miraba para dar consejos. —Te duele, me dijo. —No, le respondí. Nunca imaginé lo que pasaría por su cabeza, quizás estaba pensando en lo que sufriría nuestra madre. Me animó para que no me rajara, debía mantenerme firme, lo del pito pasaría, y me quedaría para siempre el orgullo de haber enseñado, al menos a poner su nombre, al curtido hombre de la casa, cuyo nombre, Flor, contrastaba con su enjuta figura.

Me impresionó mucho que el Flaco me visitara. Fue una visita corta, no como la de mi madre o mi padre que estuvieron más de una semana, pero que mi hermano fuera tan lejos a verme, aunque sólo por tres días, me gustó y me dio aliento para seguir soportando las precariedades de La Abundancia.

Después, en la prolongación de los años 60, mi hermano comenzó a alejarse. Quizás no es esa la palabra justa, sino que nuestros caminos se abrieron tomando distintos rumbos, la diferencia de edad y la épica revolucionaria de los primeros años, así lo demandaban. Recuerdo de aquella época un Jesús recto, entregado totalmente a un ideal; su boda vestido de miliciano con Mireya, su primera esposa, me marcó casi tanto como verlo sentado bajo el agua, en el parque de Santos Suárez. Para mí, que vivía pensando quién era el mejor flautista de las charangas populares cubanas, si el de la Aragón o el de Neno González, aquello constituía un verdadero delirio.

Mi vida era el baile popular y la sacralización de la amistad por encima de todo, casi bordeaba la marginalidad. Esa actitud del más chiquito de los Díaz, preocupaba mucho a mis viejos. Supe, por historias contadas, que en su juventud temprana Jesús también era de bailar en el Casino Deportivo de La Habana, que admiraba a Benny Moré y a Celia Cruz, pero a mí, siempre me lo

devuelve la memoria de aquellos años de euforia patriótica, con el sempiterno uniforme de miliciano, esta vez entrando junto a mi padre (que familia y amigos le llamaban Neno) en una estación de policía que estaría por la calle Egido. Allí había ido yo a parar, junto a algunos de mis cúmbilas, por haberme ido sin pagar del Cabaret Copa, que pertenecía al Hotel Habana Riviera. En realidad, no nos habíamos ido sin pagar, sino que unos tipos más jodedores que nosotros nos habían dejado con la cuenta encima de la mesa simulando que iban al baño y no teníamos cómo ni con qué pagarla. Mis socios y yo, por el aquello de no echar a nadie para adelante (era la ética del barrio) fuimos a parar a la estación. Mi viejo y Jesús, convencieron a los policías y pagando lo adeudado, nos permitieron, a todos, regresar a nuestras casas. La figura del Flaco miliciano, moviéndose por aquel desagradable y oscuro lugar donde habíamos pasado la noche en una miserable celda, junto a algún otro padre de mis cuatro amigos «prisioneros», se me hizo inmensa, llena de autoridad y quizá también, cada vez más distante.

El Servicio Militar Obligatorio, en 1965, me sacó, aunque nunca definitivamente, del barrio y me volvió a acercar a mi hermano. El Flaco humanizó su influencia, yo tenía 17 años y durante mis pases de fin de semana, cuando los había, me acercó a la literatura. Leí mucho por aquella época, siempre libros que él me prestaba; Cortázar, Onelio, Quiroga, García Márquez, Vargas Llosa, Chejov, Tolstoi... la maravillosa selección de *Cuentos Norteamericanos* editada en los 60, todavía tengo en la cabeza, resonándose, «Un suceso en el riachuelo del buho». Leí también a Chandler, a Hemingway, recuerdo especialmente cuánto me impresionó la lectura de la autobiografía de Richard Wright, *Soy negro*, que Rafa insistió especialmente en que leyera.

Hablábamos con intensidad de literatura, pero no desde el punto de vista crítico de quién era mejor escritor o dominaba más la técnica del relato, sino de las historias que contaban los libros, de los mundos que describían. Comprendí y me seguí haciendo muchas preguntas sobre los misterios del alma humana en aquellas sesiones que, como dije, siempre iban mas allá de las charlas literarias. La relación se estrechó y ensanchó al mismo tiempo. Jesús, para mí, pasó a ser algo bastante más cercano que un héroe de la patria.

Viajó a Puerto Rico en 1966 y creo que profundizó la comprensión de mi rebeldía. Yo estaba muy machacado en el Servicio Militar, mi vida era una verdadera mierda. El Flaco me trajo tres regalos que fueron primordiales en mi vida juvenil llena de limitaciones materiales; un jean (pitusa) color ladrillo, unos mocasines indios, carmelitas, sin tacón, que hicieron sensación entre mis amigos y *Help!*, en una época en que hablar de los Beatles en Cuba era mala palabra. Me sorprendió mucho que no se hubiera comprado nada para él. Aquel mismo año, el Flaco ganó el Premio Casa de las Américas con *Los años duros*, y no recuerdo haberlo visto, jamás, vestido de miliciano.

Luego de tres años y tres meses terminó mi martirio militar. Volví a Zapote, allí estábamos todos, pero Jesús ya no era el mismo. Trabajaba en el Departamento de Filosofía de la Universidad de La Habana, era profesor, e integraba el Consejo de Dirección de la revista *Pensamiento Crítico*.

El éxito de *Los años duros*, su premiado libro de cuentos, le había posibilitado dirigir antes *El Caimán Barbudo*, suplemento cultural del periódico *Juventud Rebelde*, del cual había salido por fuertes discrepancias con la dirección del diario, que en realidad, aunque aparentaba ser la dirección del periódico, no era más que la representación de las políticas intransigentes que comenzaba a poner en práctica la Unión de Jóvenes Comunistas (UJC) y el Flaco y sus amigos publicaban textos que no eran del agrado de los ideólogos de la línea dura. Aunque al inicio de *El Caimán...* dirigió el periódico un amigo de Jesús, que yo no conocí, pero que él nombraba mucho: Miguel Rodríguez. Miguel era un tipo abierto que de alguna manera permitió las veleidades del primer *Caimán...* También nombraba Jesús con frecuencia a Eduardo Castañeda, que fungía como intermediario entre la UJC y *El Caimán...* y se ponía, en las polémicas que generaba el suplemento cultural, del lado de los escritores, actitud que le traía como consecuencia estar siempre en el centro del huracán. Para Jesús era una persona legal, un amigo, aunque yo tampoco lo conocí, sí supe, de manera muy impactante, de su muerte.

Castañeda se suicidó, se pegó un tiro. Jesús se había divorciado de Mireya, el matrimonio había durado muy poco, pero el mejor cuarto de Zapote, que yo siempre había envidiado, seguía siendo suyo. Una noche el Flaco llegó atribulado, perplejo, nunca lo había visto así. Su amigo Castañeda se había suicidado, recuerdo que sólo lo comentó conmigo y me pidió que aquella noche durmiera con él. Necesitaba compañía. Su solicitud era rarísima, ni de niños habíamos dormido juntos, pero estaba descompuesto, desencajado, por primera vez débil ante mis ojos. Por supuesto que acepté. Aquella insólita compañía me hizo empezar a comprender que aquel miliciano heroico que yo siempre observé con distancia, admiración y cierta perplejidad, se iba convirtiendo cada vez más en un escritor, un pensador crítico y humanista, necesitado de dialogar con su entorno (también conmigo), de complejizar las cosas. Sufría mucho por defender sus ideales que ya no parecían tan simples como lo eran en los primeros años. Por cierto, Jesús nunca me dio a leer «La carretera de Volokolansk», aquel relato excelso del más puro y duro realismo socialista.

Me dejé el pelo largo, desafiante, se ponía viejo mi pantalón color ladrillo, andaba con las placas de los Beatles y los Rolling's, tenía veintidós años, y aunque un poco tarde, quería matricular en la Escuela de Letras. Jesús me alentaba más que nunca. En 1969 comencé a trabajar en el Instituto Cubano del Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC), en el departamento de sonido. Mis diálogos sobre cine con el Flaco eran también muy intensos. El había acumulado una cultura visual importante que venía de sus habituales visitas juveniles al cine Capri, detrás del Capitolio, donde en los años 50 se pasaban películas del neorrealismo italiano y la nueva ola francesa. La programación del ICAIC tenía, en los años 60, gran interés, lo que facilitaba el diálogo entre nosotros. Recuerdo la impresión que causó en mí el cine de los jóvenes rebeldes ingleses, y como discutí con Jesús sobre *La soledad del corredor de fondo*, que Tony Richardson había adaptado del relato de Allan Sillitoe. Por suerte, aquellos

eran también nuestros círculos de estudio y sin ninguna duda fueron el germen de mi inconformidad. La rebeldía de Smith, el protagonista de la película, su burla del poder y de lo establecido, era (de manera subliminal, porque en aquel momento lo veíamos como expresión de las injusticias del capitalismo cruel hacia los desheredados), una dura crítica a las jerarquías arbitrarias y a los caprichos del ordeno y mando.

Llegó la Zafra de los Diez Millones que Jesús, defenestrado también de la revista *Pensamiento Crítico*, asumió en terrenos orientales. La revista, acusada de revisionista y desaparecida en la era del prosovietismo de los 70, se me hacía densa y difícil, aunque en ella me apasionó descubrir a pensadores como Herbert Marcuse, que me hicieron un informado alumno de filosofía cuando por fin, en 1971, logré matricular en la Escuela de Letras de la Universidad de La Habana.

Concluida la zafra, el «revolucionario culpable» que ya era Jesús fue a parar al ICAIC. Alfredo Guevara lo recogió, como, hay que decirlo, sumó a su proyecto a otros inconformes de la época. Pero lo que nunca imaginó Alfredo fue que había sumado a una persona con criterio propio, que no soportaba obedecer a ciegas, y menos entender lo incomprensible, aunque, también hay que decirlo, Jesús seguía siendo un revolucionario (incómodo) y de alguna manera su ejemplo hizo que también yo empezara a militar en las filas de una UJC muy particular, pero UJC al fin, en el ICAIC.

El Flaco tenía lista en 1973 su primera novela; *Las iniciales de la tierra*, y hay que decir que la censura, cada vez más horrible que sufrió (el libro no se publicó en Cuba hasta 1987), sirvió esta vez para que reescribiera y perfeccionara la que paradójicamente algunos críticos bien intencionados dieron en llamar la novela de la Revolución. Otra ráfaga de memoria me asalta; Jesús ya estaba casado con Nora, su segunda esposa y en la casa del Vedado, 21 entre 4 y 6, primer piso, donde vivía agregado, retocaba incansablemente *Las iniciales...* Fueron cerca de diez años de reescritura, muchas veces interrumpí aquella labor para dialogar con el Flaco y escuchar fragmentos de aquella fascinante historia. Recuerdo a Pablo, su hijo, en la cuna, custodiado por el perro Pastor de la familia Espí, que yo respetaba muchísimo. Subía, temeroso, una escalera hasta un primer piso, saludaba a la madre de Nora, la recuerdo amable, sonriente, y volvía a torcer a la derecha subiendo una escalera más estrecha. Era un cuarto no muy pequeño, allí conversábamos sobre lo humano y lo divino, mientras Jesús tomaba café y fumaba, como siempre, incansablemente, mientras yo buscaba una ventana para escapar del humo.

Jesús estuvo casi veinte años en el ICAIC, pero su gran pasión fue la literatura, no el cine. En todo ese tiempo recapituló sobre su vida y escribió dos novelas cumbres para la literatura cubana; *Las iniciales...* y *Las palabras perdidas*. En las dos, el Flaco regresa a su juventud, en ellas están sus dudas y cuestionamientos más profundos sobre lo que había apoyado con pasión desmedida; el proceso revolucionario. Ricas no sólo en ideas, sino dueñas de una estructura formal arriesgada y novedosa, sus dos novelas maestras son muy superiores a

la labor que desarrolló como cineasta, sobre todo porque en ellas no había las respuestas que sí aparecen en su cine documental explícito y directo, ni en sus películas de ficción, que aunque intentaron abordar temas polémicos, hecho que en su momento fue muy valorado, quedaron impregnadas de una fe que en sus novelas no aparecía por ninguna parte. Aunque también hay que decir que el cine lo nutrió de vida para escribir, ya en el exilio, otras dos novelas de gran interés: *La piel y la máscara*, donde retoma, en el ambiente de un rodaje en La Habana, un tema que también lo obsesionaba, el de la separación familiar (el recuerdo de *Lejanía* es inevitable), y *Siberiana*, que se alimenta de una experiencia vivida en Siberia Oriental, que visitó en 1977 para rodar imágenes de *La sexta parte del mundo*, la película documental de Julio García Espinosa en homenaje al original que Dziga Vertov estrenó en 1926.

Los 80 fueron los peores años de mi relación con el Flaco. Ambos militábamos en el Partido, y los dos éramos directores de cine y cabezones. Jesús era dueño de un carácter fuerte, dominante y yo no estaba dispuesto a continuar mi vida bajo la sombra de un hermano mayor que pretendía irradiar luz para todos lados, lo más jodido es que la irradiaba y yo tenía que defenderme de aquel pulpo valiente y persistente, buscando a toda costa mi propio lugar bajo el sol. Lo hice. Mal que bien encontré mi camino, artístico y también político. Mis primeros documentales fueron patéticos, «patriótico-serviles» y terriblemente impersonales, hasta que encontré mis maneras usando la música de Los Van Van, la conocida orquesta popular, en un Noticiero ICAIC (reportajes semanales de diez minutos que se exhibían en los cines). Volví al barrio, a lo que yo sabía hacer. No voy a juzgar mi obra, sería el colmo, pero sí reconocer mi independencia creativa, para bien y para mal.

Le costó a Jesús comprenderme, no porque estuviera en contra ni a favor de lo que hacía, sino porque en un momento de mi vida dejé de contar con él, necesitaba dejarlo atrás, alejarme de su mundo. Estuvimos casi dos años sin hablarnos y tengo que decir que él siempre hizo más que yo porque el alejamiento no fuera nunca ruptura. Se lo agradezco.

Cuando decidió el exilio iniciando los 90, abrumado por un desencanto que se hacía cada vez más intenso, nos reconciliamos. En realidad no nos separaba ningún problema de principio. Jesús comprendió que yo haría las cosas a mi manera y cuando me percaté de que así sería, vivimos, de cincuenta años, los mejores años de nuestras vidas. No había tema que no tratáramos en nuestros *encuentros*. Yo había decidido residir en Tenerife y él lo hacía en Madrid. Las conversaciones telefónicas que sosteníamos llegaban, en ocasiones, a superar las dos horas. Me gustaba y enriquecía escucharle y verlo soñar, oportunidad que volví a tener cuando me hizo la última visita a Canarias, con todos los proyectos de futuro que tenía metidos en la cabeza. Su visión de lo que llegaría a ser la Asociación Encuentro de la Cultura Cubana, es, y seguirá siendo, realmente apasionante.

La noticia de su muerte me llegó tardía. Pablo, mi sobrino, había dejado un mensaje en el contestador que descubrimos con una nueva llamada suya

que Ileana, mi esposa, no me dejó escuchar, así de dramático sería. Ni queriendo revelarme al lugar común de «no hay palabras...» las encuentro para describir lo que sentí cuando Pablo, con la voz apagada, me dijo —Tío, el Viejo murió. Ileana, que tanto me conoce, no se acercó a compadecerme. Estaba atribulada y muy cerca, pero lejos físicamente de mí. Comprendió que no había manera de mitigar mi dolor. Murió un hombre sustancial, imprescindible para la cultura y la nación cubana, y murió también y quizá sobre todo, el Flaco.



Alguien especial

HABÍA CUMPLIDO LOS TRES AÑOS DE EDAD CUANDO, EN 1941, nació Jesús. Fue un hijo deseado intensamente, incluso con promesas al niño Jesús (de ahí su nombre) para que fuera varón, máximo anhelo de una familia cubana de las primeras décadas del siglo pasado. Yo pasé a ser la muñequita que todos debían proteger, incluido Jesús, que fue, desde sus primeros pasos, el hombre de la casa. Infancia breve, pues a los trece años Jesús comenzó a trabajar como visitador médico en un laboratorio que, entre otros productos, comercializaba un alimento para niños que se llamaba Meritene. Las muestras del producto pesaban mucho en su maletín, con el que tenía que hacer largas caminatas de clínica en clínica para ganarse treinta pesos al mes, dinero que en mi casa de Luyanó no podía faltar. Iniciaba Jesús un camino laboral que prometía, pues desde muy joven aprendía un oficio con futuro, ya que los grandes laboratorios pagaban muy bien. Era el benjamín de los visitadores, aunque nadie sospechaba que tenía sólo trece años, pues su estatura y madurez no se correspondían con la edad que tenía; a pesar de todo, era un niño. Recuerdo una anécdota familiar de entonces que me sobrecogió; en su primera visita a una consulta médica, Jesús permaneció sentado todo el tiempo entre los enfermos que esperaban su turno para ser atendidos por el médico. Después de salir el último paciente, bien tarde en la mañana, la doctora, le preguntó al joven que permanecía sentado en qué podía ayudarle. La mujer no podía creer que aquel muchacho, comido por la soledad, podía ser el visitador médico. Fue así que comenzó su labor y comenzó a forjarse un carácter recto, autoritario, de extrema entrega; en ocasiones, apabullante.

En 1959 comienza la parte más conocida y agitada de su vida, sus grandes ilusiones y sus profundos desencantos; el premio Casa, *El Caimán Barbudo* y *Pensamiento Crítico*, el Departamento de Filosofía, la censura de su novela que lo mantuvo alejado de la literatura durante diez años, sus películas, sus avatares en el ICAIC, sus hijos, sus viajes que contribuyeron a nutrir su sólida cultura.

Pero los desencantos pudieron más que las ilusiones y en 1991 decidió abandonar la isla, viajó a Alemania y años después a España, países donde pudo desarrollar todas sus potencialidades, crear una abultada obra y animar un proyecto que creció hasta ser la más importante tribuna para todos los cubanos donde quiera que estuvieran.

Durante estos once años no volvimos a vernos, pero siempre estuvimos cerca. Nunca me faltó su amor, su comprensión o su ayuda. Fue para mí alguien especial y siento que yo también lo fui para él. A pesar de su carácter vehemente y explosivo, no hubo entre nosotros grandes diferencias, tal vez porque yo acepté siempre su superioridad incuestionable en todo sentido. Lo admiraba profundamente como ser humano y lo quería entrañablemente como hermano. Abrigo la esperanza de que sus colaboradores puedan continuar su obra en el proyecto Encuentro de la Cultura Cubana. El me había anunciado su próxima novela, se llamaría *Viaje sentimental*, lo que no podíamos prever era que el título de su futura obra anunciaría un viaje hasta el final de sus días y, en gran medida, de los míos, por el inmenso dolor que me causa haberlo perdido.

Correspondencia personal

Miguel Rivero

PIENSO QUE DEBE HABER OCURRIDO A FINES DE 1992, O principios de 1993, cuando leí una breve nota de Jesús Díaz, publicada en la sección del diario *El País*, dedicada a las opiniones de los lectores.

Hacía muchos años que no tenía noticias de él. Habíamos estado juntos en el diario *Juventud Rebelde*, cuando yo era jefe de la página internacional y Jesús dirigía *El Caimán Barbudo*. Nuestros encuentros eran muy esporádicos porque estábamos en mundos diferentes, aunque en aquellos años (probablemente de 1966 hasta 1968) hubo un período de relativa libertad para la creación periodística y literaria. Creo que ambos la aprovechamos, aunque de forma diferente.

Cuando escribí al diario *El País*, ni siquiera sabía si la carta iba a llegar a manos de Jesús, o si él iba a recordar quién le escribía. Desconocía donde vivía, pero tenía la intuición de que ambos compartíamos similares inquietudes acerca del destino de Cuba.

Por esa época, yo residía en Praga y todavía estaba trabajando en la Organización Internacional de Periodistas (OIP), pero ya por cuenta propia, no como representante de la Unión de Periodistas de Cuba (UPEC). Fui testigo de la «revolución de terciopelo», en la antigua República Socialista de Checoslovaquia, del desmoronamiento del campo socialista y estaba convencido de que el rumbo de la política de Cuba era absurdo, contraproducente. Para aferrarse al poder, Fidel Castro estaba dispuesto a llevar al pueblo cubano a los máximos sacrificios, al abismo si fuese necesario.

De pronto, recibí una carta de Jesús, fechada en Berlín, el 17 de febrero de 1993:

¡Claro que me acuerdo de ti compadre! Si me parece que te estoy viendo e incluso leyéndote. Tus artículos me gustaban tanto como tu sentido del humor. Siempre te identifiqué como un par con quien me hubiera encantado emprender algún proyecto.

Tu carta me hizo mucho bien, los amigos de *El País* tuvieron la gentileza de remitírmela y desde entonces la he leído varias veces... Sí, somos muchos los que creemos en Cuba... pero estamos separados, desorganizados, sin voz ni columna vertebral...

Y ahí estamos, arando en el aire, puesto que nos robaron la tierra. De todos modos pienso que alguna vez nos reorganizaremos... Creo que incluso en Miami hay algunos que estarán de nuestra parte en esa batalla.

Hay mucho frío en Berlín, tanto como en Praga, no hablo alemán y me es difícil ganarme el pan mío y de mi familia. No quiero ir a USA. Hago periodismo en español, doy clases en inglés en la Academia de Cine e intento escribir una nueva novela, con la estúpida ilusión de que los libros sirven para algo.

La actitud de Galeano (*se refiere al escritor uruguayo Eduardo Galeano, con quien sostuvo una polémica pública*) ha sido desgraciadamente canallesca. Te envío un artículo que he mandado a *Brecha*, donde se publicó un dossier completo y honesto sobre el asunto, hecho por Ernesto González Bermejo.

Háblame más de ti, mándame información, mantengamos contacto. Ojalá algún día pueda darme un salto a Praga. O tú a Berlín».

A partir de ese momento, ya tenía su dirección y teléfono y se inició un fluido intercambio. Le mandaba toda la información que podía recopilar sobre Cuba. En esa época, aunque bajo un seudónimo, yo escribía análisis sobre la situación cubana. Ya Jesús andaba años luz al frente, combatiendo para difundir la verdad sobre Cuba, pero a pecho descubierto.

Como a muchos, a él también le habían acusado de venderse «por un plato de lentejas» (carta del ministro de cultura, Armando Hart). Al conocer de cerca la vida de Jesús y de Manuel Díaz Martínez, me he dado cuenta de lo absurdo y calumnioso de estas acusaciones. Las lentejas de Jesús no debían tener ni condimentos, ni chorizos, porque él andaba en la lucha por la vida, dando clases, escribiendo artículos... Cuando visité en Las Palmas de Gran Canaria al «connotado» agente de la CIA, Manuel Díaz Martínez, me di cuenta de que la agencia norteamericana le debía muchos salarios. Manuel vivía con su padre (un anciano de humor contagioso, ya fallecido) en un modestísimo apartamento, que además era prestado, pues él no tenía medios para pagar el alquiler.

Acerca del artículo enviado por Jesús a *Brecha*, traté de intervenir con González Bermejo, para que fuese publicado. Yo estaba colaborando con ese semanario uruguayo desde 1991 y existía entre nosotros un buen grado de amistad y de confianza, desde la época en que trabajamos juntos en Prensa Latina. Bermejo me respondió, el 6 de mayo de 1993:

Debes pensar que no tengo el derecho de detener una nota que mande Jesús Díaz, pero después le contestará Pedro de la Hoz. ¿Qué hacemos con una eventual réplica de Jesús?

Comprendí el drama en que se encontraba González Bermejo y así se lo hice saber a Jesús. Por cierto, muy poco después, un oportuno infarto sacó a

Bermejo del camino del semanario uruguayo, que volvió a su línea tradicional de defensa del régimen cubano.

Por suerte para mí, la comunicación con Jesús fue cada vez mas fluida, por carta y llamadas telefónicas. El 7 de marzo de 1993, me escribió desde Berlín:

...mi cuento se parece muchísimo al tuyo, con variaciones de siglas —donde pones UPEC yo escribo ICAIC, por ejemplo—, de fechas —para mí fue capital el descalabro del 70 y decisivo el asesinato de Ochoa—, y de avatares —en lugar de Praga me tocó Berlín, donde recibí una beca por un año, como escritor, junto a mi familia inmediata, mis dos hijos y mi mujer.

No vine decidido a quedarme. Es más, si hubiera una mínima posibilidad de debate en Cuba habría regresado. Intenté abrir ese espacio con «Los anillos de la serpiente», que conoces. Sin embargo, Galeano, Hart y en última instancia el gobierno cubano se interpusieron en mi camino. Después de la carta del Ministro quedé colgado, volver era hacerlo a la cárcel y te confieso que no tuve valor. Muchas veces me reprocho el no estar preso en Cuba y me deprimó. Por suerte o por desgracia la lucha por la vida no da tiempo para eso. Hace más de un año que terminó la beca y desde entonces vivo de mis múltiples empleos, ya que las autoridades alemanas no les dan permiso de trabajo ni a mi mujer ni a mi hijo mayor.

...en cuanto al intercambio que me propones, intuyo que seré el favorecido. Por acá consigo poco, recuerda que no soy periodista y dependo de lo que me envían los amigos...

Con respecto a tu invitación-exhortación a usar el periodismo como un arma, haré lo que pueda. Te confieso una cosa, soy muy mal periodista, otra, estoy muy solo, y una tercera, lucho tanto para ganarme el pan que termino exhausto. Me explico un poco más, escribir un artículo me cuesta mucho tiempo, como estoy tan solo (y tan confuso) temo producir efectos contrarios a los deseados...

No sé que hacer. Me dan ganas de ponerme a escribir *La piel y la máscara*, que es como se llama mi novela, y vaya el mundo al carajo. Sé, no obstante, que tienes razón e intentaré, de cuando en cuando, algún artículo...

De ahora en adelante te enviaré lo que haga, un artículo bimestral, probablemente. Tú sabrás a cuales órganos podrá interesarle, fuera de España, Alemania, Austria y Suiza no tengo compromisos. ¿Podría quizá ganarme unos centavos con eso? Perdóname la pregunta, a quienes nos criamos en la revolución cubana hablar de dinero nos produce náuseas; pero mantener a cinco personas en Berlín y a dos en La Habana, mi hermana y mi madre, es un ejercicio de brava disciplina.

...el espíritu de lucha que respira tu carta me conmovió; te confieso que soy muy escéptico con relación al futuro de nuestra isla. No obstante, estoy dispuesto a hacer algo, pero habría que definir previamente qué. Tenemos que hablar»

Ya el 16 de marzo recibí el primer artículo de Jesús, con un breve currículo. Por mi parte, lo bombardeaba con todo tipo de recortes de diarios y revistas que contenían opiniones sobre la situación en Cuba, así como también le consultaba ideas sobre mis propios artículos.

Sólo tres días después, una nueva carta desde Berlín:

Esta es básicamente para decirte que parto mañana hacia España, a dictar un curso en la Escuela de Letras durante quince días. Estaré de vuelta el 6 de abril. Por favor, sigue enviándome información, es realmente muy útil. Te agradezco mucho tus ideas para nuevos artículos, así como tu ofrecimiento de, digamos, «preelaborar» el material; sin embargo, me siento incapaz de aceptarlo. ¡Soy un neurótico del estilo! ¡Un verdadero demente! De ahí el tiempo que pierdo escribiendo. No obstante, acabo de recibir una mala noticia que quizá se convierta en buena a nuestros fines, debido a los cortes presupuestarios por acá, mi contrato en la Academia será sólo por seis meses al año, de modo que tendré más tiempo y sobre todo mucha más necesidad de ganarme la vida con la computadora.

Ya no sabría decir con exactitud si la idea de crear una publicación, o una revista, nació durante esa primavera, cuando Jesús viajó a Praga, o unos meses después, cuando yo me trasladé a Berlín, para visitarle. Pero el proyecto estaba en plena ebullición en la mente de Jesús y nuestros encuentros alimentaban aquel sueño. Desde que recibí su primera carta, el drama estaba latente: «*estamos separados, desorganizados, sin voz ni columna vertebral*». Era necesario el ENCUENTRO de esas voluntades, de que la diáspora se pudiese comunicar con los que estaban dentro. Que los de dentro tuviesen un espacio para debatir ideas, sin que la publicación estuviese vinculada a ninguna fuerza política determinada. Esa era una de las obsesiones de Jesús, mantener la independencia de criterios.

El 11 de mayo de 1993, en una breve nota desde Berlín, Jesús me decía: *La pasé cojonudamente en Praga gracias a ti y a los tuyos... decidete y date un salto por Berlín, así podremos seguir arreglando el mundo.*

¿Quién nos iba a decir, por esa fecha, que por razones diferentes después los dos estaríamos de nuevo cerca, pero esta vez en la península ibérica? Yo me trasladé en agosto de 1994 a vivir en Lisboa. Me parece que fue por ese mismo año que Jesús se instaló en Madrid. El intercambio epistolar fue menos necesario. Ya se podían intercambiar visitas, sostener encuentros personales, como es prueba una carta de Jesús, del 27 de mayo de 1995:

...no te he escrito simplemente porque vivo como mister Magoo, ¿te acuerdas?, aquel cegato de los cómics que se la pasaba siempre al borde de un precipicio y no se rompía la crisma de pura suerte. Ganarse la vida es duro, lo sabes y lo sufres. Yo también. Y en eso ando, viajando de un lado para otro por media Europa para impartir seminarios y dar conferencias a destajo...

...tengo una novia gallega, de modo que culturalmente está muy cerca de la tuya. En julio quisiera pasarme una semana en Lisboa, con Elvira...

Durante aquel encuentro del verano de 1995, en Lisboa, el proyecto de lanzar la nueva publicación, esta revista que sirve ahora de puente para unir a los cubanos, no era un simple sueño de la primavera de Praga, o de Berlín.

Con gran tenacidad, y pienso que con la ayuda incalculable de Annabelle Rodríguez, Jesús había ido uniendo voluntades, organizando recursos. Todo indicaba que aquel proyecto podría convertirse pronto en una realidad. Aquellas fueron conversaciones centradas en las secciones que podría tener la revista, el formato. Casi parecía que al terminar la cena, en Lisboa, ya estábamos hojeando el primer número de la revista.

Si algo debo reprocharme fue no haberme comprometido más con aquel proyecto. El principal factor fue que no tenía el nivel intelectual suficiente, una obra literaria reconocida, para acompañar a Jesús. Pesaron también cuestiones personales. Estaba reorganizando mi vida en una nueva ciudad, ni siquiera tenía un ingreso garantizado, un verdadero empleo, dependía de colaboraciones periodísticas y de traducciones... pero aquella fue una decisión egoísta y es una deuda que siempre tuve con Jesús.

Por fin, el primer número de la revista salió en el verano de 1996 y el 3 de septiembre Jesús me dirigió una carta:

...me encantó tu carta. Tomé nota de algunas de tus observaciones. Incluiremos la dirección en el boletín de suscripciones y publicaremos la sección «Cartas a Encuentro»...

...preparan nuevas «bombas» contra mí en La Habana. Hace un par de meses el inefable Pedro de la Hoz (mejor de la Hez) me dedicó un «elogio» a página completa: «Un copiloto inesperado», donde me acusaba de anexionista, agente de la CIA, etc... Como puedes imaginar, *Encuentro* los tiene locos...

...Como supondrás, la revista me roba un montón de tiempo y no me da un centavo; así que vivo de dar clases y escribir guiones de cine. He tenido suerte, la verdad. Ojalá que dure. Me parece fantástica la idea de coincidir los cuatro en Santiago de Compostela. Elvira siente gran cariño por Ana, (*se refiere a mi esposa, la periodista portuguesa Ana Gloria Lucas*), tiene mucha afinidad con ella. Yo voy bastante a Santiago, una vez al mes más o menos, si tengo para el avión. Se trata de que ustedes pongan la fecha. Pueden quedarse en el piso de Elvira, que tiene un cuarto libre. ¿Cuándo? A mí me gustaría que fuera cuanto antes. Pero si no tienen fecha libre con anterioridad, quizá podríamos esperar el año juntos, en Santiago. A Elvira y a mí nos encantaría. Sé que a ustedes también».

Y se cumplió aquel sueño. Creo que fue la mejor fiesta de Fin de Año que he disfrutado en estos trece años de exilio auto impuesto o forzado. El apartamento de la dulce gallega Elvira, una periodista de la televisión, era el lugar de reposo del guerrero Jesús. En Santiago de Compostela, en un pequeño café, nos deleitó contando cómo sería su próxima novela, *Dime algo sobre Cuba*.

Nos divertíamos muchísimo con las endechas que le dedicaba el escritor de turno, Pedro de la Hoz, a quien Jesús calificaba, irónicamente, de su «biógrafo oficial». Yo le comentaba que parecía que le daba pena utilizar su segundo apellido, ya que seguramente debía llamarse de la Hoz y el Martillo.

Ya danzaban en la mente inquieta de Jesús nuevos proyectos, para seguir uniendo a esta diáspora de cubanos. Jesús era incansable y sorprendente. Difícil

de imaginar cómo podía armonizar sus tareas como escritor con las de organizador de una publicación que cada vez iba ganando más en calidad, atrayendo nuevos valores, jóvenes intelectuales que sorprendían por la madurez y profundidad de sus análisis.

Ya cuando surgió el proyecto de *Encuentro en la Red* pude quedar mucho más tranquilo con mi conciencia. Me lancé de lleno a discutir con él cada detalle. La comunicación era fluida, directa. No existen cartas porque cada encuentro (en Portugal o España) era como un manantial inagotable de ideas nuevas y de planes para el futuro. En una reunión en casa de Annabelle, su hada madrina y factor que ha permanecido bastante en el anonimato en todos estos proyectos, se perfilaron nuevos detalles. Jesús estaba radiante, cada vez más convencido de que trabajábamos para el futuro.

Recuerdo que coincidimos en calificar a *Encuentro en la Red* como una bola de nieve, que después de lanzada no cesaría de crecer. Cada lector que encontrase artículos interesantes en ese portal se lo comunicaría a otro. Se trataría de una publicación con varias facetas, incluyendo desde música hasta deportes. Los artículos y análisis debían transmitir interpretaciones de las noticias, también se podrían promover debates. El entusiasmo ya era desbordante: internet sería una nueva herramienta de lucha contra el sistema totalitario cubano.

Sin yo saber que él se había marchado sin despedirse, el mismo día que apareció muerto en su apartamento estaba hablando con uno de sus hijos para planificar una visita a Madrid y sostener con Jesús una nueva conversación, de esas que manteníamos hasta altas horas de la noche. Aquel día había llamado varias veces por teléfono a su apartamento y nadie respondía. En horas de la noche, me llamó su hijo Pablo, para darme la triste noticia.

Jesús tenía un arte especial para plantear los problemas, tanto los de índole práctica, como acerca del futuro, cuando pudiésemos publicar en Cuba un diario independiente en papel. Siempre me colocaba en situaciones difíciles, haciendo preguntas acerca de los más peliagudos asuntos internacionales. Cuando me parecía que estaba convencido de mis argumentos, de pronto me sorprendía con nuevas interrogantes. Era el aglutinador por excelencia de una nueva generación de jóvenes intelectuales y periodistas. El servía como vínculo con la vieja guardia.

Jesús siempre insistía en que se debía preparar nuestro relevo, que ya se perfila tanto en la revista como en la publicación en internet. Tenía un arte especial, para transmitir su entusiasmo a los colaboradores.

El día que murió, la fiel y dulce Elvira lo estaba esperando en La Coruña, para pasar un fin de semana, en un hotel frente al mar.

Hablé recientemente con ella por teléfono y me transmitió la imagen que yo también prefiero conservar de Jesús Díaz: «¿Sabes, Miguel? Él no se ha marchado. Esta allí en aquel hotel. Le gustó tanto que se quedó allí, escribiendo nuevas novelas. El hotel está junto al mar, y del otro lado del océano él sabía que estaban Cuba y sus grandes ilusiones».

Lo que retengo

«Nyerere, Nyerere, venimo' a recibirte
y no sabemo' quién tú ere'».

Felipe González

PARTICIPÁBAMOS EN UN SEMINARIO DE LA INTERNACIONAL Socialista que organizaba yo como Presidente de la Comisión Progreso Global, encargada de analizar el fenómeno de la globalización y explorar respuestas desde la óptica progresista. La cita era en México D.F. y Jesús había sido invitado porque íbamos a centrar nuestro análisis en las posibilidades y los riesgos de América Latina y el «mundo hispano».

En su condición de máximo responsable de la *Asociación Encuentro de la Cultura Cubana*, «debía» hablarnos de su país. Una ocasión que no podía eludir por su indudable interés como espacio de relaciones, pero que le incomodaba por contenidos que le resultaban extraños.

Hablar de Cuba y el cambio tecnológico provocado por la revolución de la información, lo consideraba fuera de sus posibilidades, aunque le preocupaba que ¡también! ese desafío del futuro se escapara a Cuba, por las limitaciones de su régimen, por la ausencia de libertades. Su país se había quedado fuera de la corriente democratizadora del continente en las décadas finales del siglo xx y esa era su principal preocupación.

En su condición de creador y trasterrado, pensaba que el tema del seminario era extraño a su dedicación y tendría poco que aportar. Su respeto a los demás parecía barrera infranqueable para su intervención.

Por fortuna decidió ser fiel a sí mismo y habló de Cuba y de sus gentes, de sus aspiraciones y de la identidad de sus paisanos.

Así nos llevó, a través del relato de la visita a La Habana de Julius Nyerere y su recibimiento «masivamente organizado» en el aeropuerto, a la condición humana esencial de ese gran pueblo. Era esa época curiosa de los 60, de la guerra fría y la política de bloques, de los «no alineados» sobrecargados de alineamiento.

Merece la pena recuperar la literalidad de ese relato cargado de humor y fuerza cinematográfica para incluirlo

en el homenaje a Jesús. Yo no me siento capaz de reproducirlo, a pesar de haberlo comentado mil veces, recreándolo en mi memoria cada vez que se habla del carácter de los cubanos, de su biológica incompatibilidad con la rigidez religiosa de los sistemas comunistas.

El escenario es el aeropuerto de La Habana. Una multitud, encuadrada en una «espontánea» manifestación de entusiasmo ante la llegada del líder africano, lo espera con banderitas y letreros de bienvenida. En un extremo de la pista están situadas las autoridades, que acudirán ceremoniosamente a los primeros saludos protocolarios tan pronto Nyerere y su delegación pisan suelo cubano. En el extremo de enfrente, encabezando la zona popular, un conjunto de músicos afrocubanos, armados de tambores y otros instrumentos, espera la señal para empezar a tocar. Pero el jefe se adelanta a la señal y un grito ronco, casi selvático, rasga el silencio: «Nyerere, Nyerereeee, venimo' a saludarte y no sabemo' quien tu eree». Los tambores rompen a tocar y la multitud corea una y otra vez la frase que les dio su jefe: «Nyerere, Nyerereeee, venimo' a saludarte y no sabemo' quien tu eree».

El mandatario, entusiasmado por los gritos rítmicos de la multitud que corea su nombre, se siente reconocido y rompe entusiasta el protocolo, para acercarse a esa masa humana que canta y baila, sin saber a quién saludan, y sin que Nyerere entienda otra cosa de ese entusiasmo popular que su nombre repetido en el estribillo de la rumba.

Con su voz profunda, Jesús terminó su relato entonando el ritmo de su tierra.

Toda una lección sobre la condición humana previa y posterior a cualquier cambio tecnológico.

Carta

Rafael Alcides

La Habana, 2 de mayo del 2002

Querido Pablo Díaz:

Al saber de la muerte de tu padre, y no pudiendo darle el pésame a él mismo, que en este caso es la persona más afectada, llamé por teléfono a Raúl Rivero por entender o sentir que así estaría de algún modo hablando con el propio Jesús, una vez que ambos, Raúl y él, han sido como hermanos, y saber a Jesús al comienzo de la eternidad literaria de Raúl. Uno sabe que hay que morir, Pablo. Inclusive entiende que a uno mismo un día le suceda. Pero no entiende que también le tenga que suceder a los amigos. La realidad lo desmentirá cuantas veces quiera, pero el corazón seguirá diciendo que aquellos a quienes amamos pertenecen a otra raza, llegaron de otros cielos. El corazón no se equivoca, pero la realidad tiene sus mañas. Ha sido el caso, Pablo. Lamentablemente, hay que admitirlo... aunque, de todos modos, voy a pensar, voy a seguir pensando contigo, con tu hermana, con Raúl, con Manolo Díaz Martínez y tantos más, que disfrazado de pianista árabe como el personaje de su último cuento publicado, el verdadero Jesús Díaz se ha quedado por ahí, sin darse cuenta de que nos asusta, preparando el próximo número de la revista.

Mientras tanto, esta muerte aparente es algo más que un crespón de luto (invisible por ahora) en la bandera cubana. En los años que vienen otros se ocuparán de los cuentos de tu padre, de sus novelas, de sus ensayos, y hasta de sus mujeres y de las películas que le gustaban; yo en cambio lo recordaré como al buen amigo, el hombre inquieto, sin envidias, el gentil, el caballero a toda hora con la mano lista para ayudar al caído o al que todavía no existía, o había caído en el olvido, recordaré al Jesús iniciador, a aquel temprano iniciador, mentor, abanderado de toda una extensa promoción de escritores de su país, evocaré al Jesús que durante cuarenta años abrió puertas, buscó nuevos espacios, creó puentes, formidables puentes ejemplarmente democráticos en el que hasta el creador que no pensaba igual que él fue homenajeado, sometió a análisis minuciosos las ideas y las circunstancias de su tiempo, cambiante como todos, pero el suyo (el de nosotros, los de entonces) cambiante como ninguno, y como tal desgarrado, en el fondo parecido a una novela de Dostoievski. *El Caimán Barbudo* de los primeros años, *Pensamiento Crítico*, *Encuentro*, y, al final, *Encuentro en la Red*, dan cuenta de la formidable voluntad de hacer con que vivió Jesús y que anoto entre los rasgos distintivos de su persona,

testimonian su invencible entusiasmo, su pasión torrencial. Fueron empresas editoriales que acometió con el empeño de quien estuviera fundando pueblos o contribuyendo a liberarlos. Empresas que por su importancia, por su peso —trascendentes en el ámbito de la lengua algunas de ellas—, acreditan al promotor extraordinario que en él tuvo la cultura, no la cubana, la Cultura dicha con mayúsculas, la cultura como un Todo, la Cultura como patria suprema en la cual transcurre la gran aventura del hombre, empresas en definitiva que constituyen de hecho el segundo tomo de su rica, extensa y varia obra de escritor y publicista, toda la cual, primer y segundo tomo, ahora que lo pienso, y por las ostensibles razones que mencionaba, no dudo que los libreros del mañana entiendan correcto agruparla bajo un título creado por el propio Jesús para decir adiós a una época, en un libro de juventud: *Los años duros*. Y claro, quién no, tuvo errores Jesús. Los tuvo. Pero eso no lo aleja, por el contrario, lo acerca, puesto que lo humaniza. De todos modos, como todo el que vivió en días convulsos y se alejó de la muchedumbre para pensar por su cuenta, ahora en la muerte tendrá aquellas dos aceras llenas de gentes que soñaba Unamuno para su entierro, pero estoy seguro, Pablo, de que en la acera de los amigos habrá más gentes que en la de los enemigos. Por mi parte, estoy llorando.

R.A.

Fiel a sí mismo

Régis Debray

«**E**S MEDIA NOCHE EN EL SIGLO», DIJO VICTOR SERGE, EL COMPAÑERO DE Trotski, cuando la noche estalinista se extendió poco a poco sobre el Este de Europa. Habría debido decir «medianoche en el milenio». Era la esperanza cristiana del Milenio la que agonizaba entonces en una religión secular descarriada. La historia camina siempre más lentamente de lo que desearíamos.

Jesús ha muerto al principio de otro siglo en el que puede adivinarse el comienzo de un nuevo amanecer. Es bien triste para él, y para nosotros, pues él fue uno de los más brillantes, uno de los más consecuentes en trabajar por este amanecer. Ya no es medianoche, ahora son las cinco de la mañana.

Lo que ilumina nuestro día de hoy es que no se pueda combatir nunca más un mal con su doble contrario. Un capitalismo inhumano con un socialismo inhumano. La terrible dialéctica del Imperio único y del Partido único, que se sustentan el uno al otro. Jesús estaba entre aquellos que querían salir de ese círculo vicioso a través de la democracia.

Pero no una democracia cobarde y pusilánime, donde el dinero lo devore todo. Es por esto que Jesús, el patriota, ha permanecido fiel a su juventud revolucionaria, a su exigencia de justicia para todos, hasta el último día de su vida. Sin sectarismo, sin espíritu de venganza, sin mezquindades.

Un Imperio único pretende hoy adueñarse de todas las conciencias humanas: los Estados Unidos de América. Y las democracias europeas inclinan la cabeza. Es triste. Pero el Imperio sale ganando cuando aquellos que se le oponen son totalitarios o integristas, pues entre la modernidad y la Edad Media los hombres libres, evidentemente, escogen vivir de acuerdo con su tiempo. Esto también es triste.

Mi amigo Jesús Díaz rehusó esta siniestra complicidad entre falsos enemigos con una alegría y una decisión contagiosas. Me inclino con emoción ante su memoria, convencido de que la historia le dará pronto la razón. Que otros amigos recojan la antorcha para que *Encuentro* continúe con el mismo coraje y la misma lucidez.

Jesús en dos momentos

DE ENTRE LOS MUCHOS MOMENTOS EN QUE LA VIDA NOS acercó, escojo dos. En el primero lo veo retratado en la prensa cubana, seguramente algún día de febrero de 1966. Acaba de ganar el premio Casa de las Américas en el género de cuentos con su primer libro, *Los años duros*, En las fotos, a pesar de su seriedad, se ve muy joven, aun más que yo, incluso cuando sonrío. Y es precisamente esa visible diferencia de edades lo que hará que me apresure a terminar el manuscrito, también de cuentos, que he estado escribiendo con cierta morosidad; es su rostro de veinticinco años lo que me hace comprender que para uno iniciarse en la carrera de escritor es más tarde de lo que pienso. Pasados unos meses y con esas curiosas simetrías en que reincide la vida, es ese mismo rostro, ahora a título de ser el de uno de los jurados del concurso Casa de las Américas, el que me felicita y me pide un cuento de mi premiado *Tute de reyes*, para publicarlo en la revista que entonces dirige, *El Caimán Barbudo*.

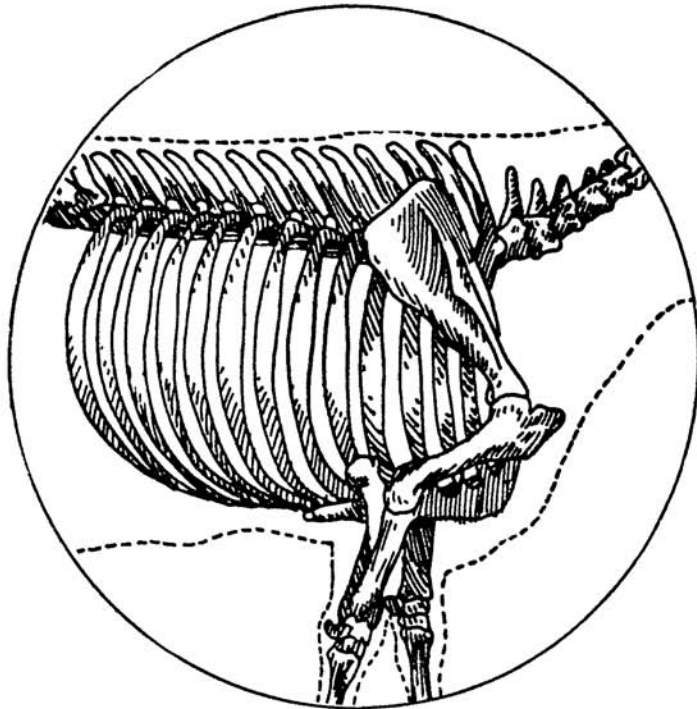
El segundo momento que me viene a la mente corresponde a una noche de noviembre de 1999. El simposio sobre la presencia de Cuba en la historia de los Estados Unidos, organizado por él y celebrado en la Universidad de Nueva York, había terminado exitosamente. Acabábamos de cenar y, al entrar en el hotel, nos quedamos junto a la puerta giratoria para comentar una vez más la calidad general de los trabajos leídos. Sin duda contribuirían a darle peso al próximo número de *Encuentro*. Fue entonces cuando me anunció que muy pronto la revista tendría además una publicación electrónica. Más aún, dada la vasta red de colaboradores con que ya contaba, creía que era factible salir al ciberespacio con un número semanal que fuera adelantando ciertos materiales de la edición impresa y, al mismo tiempo, publicara y comentara lo que ocurría en el mundo que pudiera tener especial interés para los cubanos, dentro y fuera de la isla. Naturalmente, no se abandonaría la línea cultural abierta a todas las

Antonio Benítez Rojo

voces y opiniones que con tanto éxito se había seguido. Pero todavía más —dialogábamos mientras encendíamos bajo el frío un cigarrillo tras otro—, ¿por qué no pensar que la frecuencia de publicación podía acelerarse, digamos dos veces por semana, tres, incluso cuatro, y así las cosas, por qué no imaginar que nuestro *Encuentro* electrónico podía salir diariamente, esto es, llegar a ser nada más y nada menos que el primer diario verdaderamente libre de Cuba? ¿Y qué título tendría? ¿Qué tal *Encuentro en la Red*? Y así empezaría a desarrollarse una idea que ya hace más de un año que se hizo realidad.

Recuerdo que esa noche pensé mucho en Jesús. Pensé que de todos los escritores cubanos, tanto de su generación como las de aquéllas que la precedían, era el más profundamente interesado en la política, opinión que aún sostengo. Desde sus cuentos de *Los años duros* hasta *Siberiana* —que era entonces su última novela—, pasando por su obra cinematográfica y sus numerosos ensayos, artículos de prensa y entrevistas, no había hecho otra cosa que escribir y hablar de política. No me refiero aquí a esos comentarios, tan frecuentes entre nosotros los cubanos, que van dirigidos contra el gobierno de Fidel Castro con mayor o menor vehemencia o, hechos desde Cuba, se lamentan de prohibiciones o escaseces. Me refiero a la política en tanto ciencia, en tanto arte de dominar o conspirar, en tanto estrategia de poder o de resistencia a éste. En ese sentido vi claro esa noche que, si bien el amor de Jesús por la literatura era genuino, no lo era menos su vocación por la política. De una y de otra había hecho una sola profesión, distinguiéndose en ella como el que más. *Encuentro* era sencillamente el complemento más visiblemente político de su obra, aquello que por su directa forma y contenido cabía mejor en el género periodístico que en el narrativo. Pero sobre todo se me hizo evidente el destino final de *Encuentro en la Red*: llegado el momento de los grandes cambios en Cuba, su aparato de redacción estaría listo para transformarse y lanzar a la calle —como lo hizo el periódico *Revolución* a la caída de Batista— el diario impreso que abriría el paso a los nuevos tiempos, los de la Nueva Constitución. Sólo que esta vez el diario no estaría al servicio de las ambiciones de un grupo de aventureros sino de un pueblo, de una cultura. En todo eso pensé aquella noche de noviembre. Me dormí con la convicción de que entre las personas que juzgaba más capaces de dirigir la futura prensa cubana —ejercicio necesariamente complejo dada la situación— estaba en primera línea Jesús Díaz.

Atrapados entre estos dos momentos en que he recordado a Jesús hay treinta y tres años de amistad zanjados por largas separaciones. Ciertamente, la distancia que impone el Atlántico —él en Madrid y yo en un pueblo de Nueva Inglaterra— fue disminuyendo entre nosotros, si no en lo material al menos en lo afectivo. Pienso que ambos llegamos a sentir por el otro esa profunda comprensión que, más allá de las palabras, une a gente ya madura que ha pasado por trances semejantes. Paradójicamente, en nuestro caso el escritor más joven desapareció primero. Pero ahí está su obra, y sobre todo su *Encuentro*, el lugar donde nos ha dado cita.



Una postura políticamente congruente

Jorge Castañeda

RECUERDO CON MUCHO AFECTO UN ALMUERZO CON JESÚS EN CASA DE Annabelle Rodríguez, hace ya algunos años, en el cual estuvo presente Régis Debray. Hablamos del padre de Annabelle y a lo largo de toda la conversación destacó la impresionante memoria histórica de Jesús y su postura política congruente, en ocasiones estridente y apasionada, pero finalmente valiente. Cuánta falta le hacen hoy a América Latina individuos como Jesús Díaz.

Breve testimonio de un agradecido amigo de la periferia

NUNCA TUVE RELACIONES PERSONALES INTENSAS CON Jesús. En Cuba fuimos presentados, nos vimos algunas veces, tuvimos algunos amigos comunes y cada uno sabía quién era el otro. Pero nada más en el ámbito personal. De los años cubanos de Jesús siempre le estaré reconocido por lo que representó como promotor de un pensamiento socialista crítico, abierto y dialogante, así como por su empeño en relacionar diversas formas en la expresión de la cultura cubana emergente. Ni una cosa ni la otra fueron moneda frecuente en La Habana de aquellas décadas. Creo que a Jesús lo podemos al menos relacionar con los mejores proyectos dinamizadores de esa cultura emergente. Y digo «al menos relacionar» porque en algunas situaciones fue algo más que alguien relacionado con dichos proyectos, sino que fue realmente el fermento, el promotor.

De aquellos años le admiraré siempre que, a mi entender y hasta donde estas cosas se saben, cuando a Jesús se le cerraba una posibilidad de expresión, él sabía encontrar otra y abrir la puerta. Y así fue hasta el día en que supimos que no regresaba de la Alemania que celebraba la recuperación de la unidad perdida después de la II Guerra Mundial y destruía aquel odioso muro que nunca debió haberse levantado.

Paradójicamente, a partir de entonces, lo vi con más frecuencia y cercanía: en España —muchas veces— y en ocasionales viajes a los Estados Unidos. De la etapa de Jesús en Madrid nunca tendremos palabras suficientes para valorar con justeza lo que ha significado la revista *Encuentro*, en la que he tenido el honor de ver publicados algunos trabajos; el último, después de la muerte de Jesús, acerca de la Constitución de 1940, texto legal que él sabía yo admiro, sin dejar de encontrarle limitaciones. Me atrevo

Mons. Carlos Manuel de Céspedes

a decir que *Encuentro* ha sido la publicación cultural cubana de mayor peso específico, en el género que le es propio, en los últimos decenios. Y lo opino teniendo en cuenta tanto las publicaciones de la Isla, como las de la diáspora. No todas las ambiciones de Jesús con relación a *Encuentro* se han podido realizar, pero así sucede con todos los proyectos grandes.

De esta última etapa de encuentros con Jesús, recuerdo con un gusto muy particular, si se quiere más personal, mi participación, hace ya algunos años, en un panel que él dirigió, en una de las universidades de New York, acerca de la cultura cubana en los Estados Unidos. Me correspondió hablar de los inicios, con la presencia del Padre Félix Varela en esa ciudad desde 1823 hasta, prácticamente, su muerte en San Agustín de la Florida, en febrero de 1853.

Nos encontramos por última vez en Madrid, el viernes 5 de abril pasado. Yo estaba participando en un simposio en la Universidad Complutense y asistí, en la Casa de América, a la presentación de la primera edición española de *El Ingenio*, de Manuel Moreno Fragnals, autor y libro imprescindibles para quien desee conocerle la entraña a nuestro país. Jesús dirigía el panel de presentación. Después, participó en la cena formal de clausura del simposio de la Complutense en un restaurán cercano. Allí conversamos de sus proyectos. Quedó en enviarme a Cuba su última novela, *Las cuatro fugas de Manuel*—que recibí después de su muerte— y nos despedimos hasta que yo volviera a Madrid este verano. Ese encuentro no pudo tener lugar. Dios dispuso otra cosa. Espero que, junto a Él y en la plenitud de Él, nos encontraremos algún día tantos amigos que hemos compartido sueños análogos con relación a Cuba y a los cubanos.

Jesús Díaz, el memorioso

UNA DE LAS OBSESIONES CENTRALES DE JESÚS DÍAZ FUE el ejercicio de la memoria. La primera vez que hablé con él, en una comida en La Habana Vieja, dijo algunas vaguedades sobre la necesidad del arte revolucionario, y no se demoró en algo mas bien demagógico y prefirió enlistar sus entusiasmos filmicos y literarios de la temporada. Más tarde, en una cena en México, ya enfrentado a la dictadura cubana, me refirió, conmovido y divertido, las dificultades de la disidencia dentro y fuera de la isla y me describió cómo el gozo creativo de la literatura le garantizaba también la salud mental. «De no escribir me hubiese vuelto loco». Luego, me dijo de memoria unas páginas de su novela en turno y me sorprendí poderosamente. Había encontrado muchísimos memorizadores de sus propios versos pero Jesús era el primero en aplicar la retentiva a fragmentos de su narrativa. Lo vi casi como un Montagg, el personaje de *Fahrenheit 451* que, ante la censura, la destrucción posible de los textos y los avatares del exilio, usaba como archivo el recuerdo puntual (Hay un proceso semejante en la experiencia carcelaria de Reinaldo Arenas).

Otra vez, en un coloquio en Berlín, habló de José Lezama Lima, ya entonces un gran símbolo de la continuidad de la literatura («los cotos de mayor realeza») en medio del oprobio autoritario. Y citó un texto largo de Lezama, imitando detalladamente la entonación, la voz asmática, las pausas del autor de «Para llegar a Montego Bay». Y en Miami, en una mesa redonda sobre la vida intelectual en Cuba, polemizó ardorosamente con algunos representantes del oficialismo castrista, antiguos amigos suyos. Por momentos, el debate se me volvía inalcanzable porque el tiempo parecía detenido en los ires y venires de un puñado de intelectuales que, en su lucha obcecada contra la burocracia, observaban melancólicos las deserciones en el camino.

En un vuelo de Madrid a México, hablamos de la experiencia triste de los sidatorios en Cuba, y de las crueldades

Carlos Monsiváis

y las imposturas en torno al asunto. Típicamente, Jesús precisaba, recordaba cifras, explicaba la conversión de una realidad trágica en propaganda. Y mi último diálogo con Jesús fue al cabo de la presentación de *Encuentro* en el Palacio de Bellas Artes de la Ciudad de México. Desbordante de proyectos como era habitual, me refirió la campaña en su contra promovida desde La Habana y no exhibió ni amargura ni frustración, sólo ironía. «Les obligan a ladrarme, porque ya morder les queda grande», comentó, y acto seguido elogió a un grupo de narradores de las generaciones siguientes a la suya, Abilio Estévez entre ellos. A momentos, Jesús hacía las veces de historia de la cultura cubana, de Virgilio Piñera a Chano Pozo, una cultura «entre Félix Varela y Kid Chocolate, entre José María Heredia y José Raúl Capablanca, entre Cirilo Villaverde y Mario Bauzá, entre José Martí y Celia Cruz».

Y todo el tiempo, la preocupación política. En Jesús, la crítica al castrismo era la búsqueda de la liberación nacional y el ejercicio de libertades, no tanto el deseo de proseguir anímicamente en las atmósferas de la isla (esto no requería de estrategias, correspondía a su respiración vital) sino el método de no cederle la propiedad de Cuba a la dictadura, concentrada en el nombre de Fidel. Si la afirmación parece muy exagerada, recuérdese que la pasión política de Jesús, como la de tantos, admitía y exigía conjeturas extremas.

Lamento muchísimo su muerte. Interrumpe un diálogo construido sobre las persistencias (del aprecio, de los temas, de las causas), pero deja abierta la puerta de la memoria, la que Jesús ejerció a fondo, la que le permitió movilizarse siempre atendido a lo esencial, la que renovó en cada instante su lucha por las libertades y la reconciliación.

Jesús Díaz continúa porque su obra y su causa siguen abiertas.

La autonomía moral

S a v e r i o T u t i n o

CUANDO LA MEMORIA RESUCITA, DESPUÉS DE MUCHOS AÑOS, A UN AMIGO que acaba de desaparecer, quisiera ofrecer un relato de él más cabal y verdadero que en el pasado. Pero aún cuando, como en el caso de Jesús Díaz, mi estima integral queda confirmada, a raíz del largo tiempo transcurrido desde nuestros encuentros, pueden verificarse circunstancias que impiden reproducir todos los detalles necesarios para esbozar la figura en la plena dimensión de sus movimientos reales.

Así que hoy simplemente retomo de él, en mi recuerdo, aquella compleja identidad que tan bien se refleja en el protagonista de su primera novela, *Las iniciales de la tierra*. Este libro resume la generosidad con la cual Jesús vivió hasta el final la experiencia de la época castrista —entre revolución y conservación del poder—, dando a los demás todo lo que la revolución podía acoger como experiencia popular, sin traicionarse a sí mismo como persona libre.

Este es el regalo de Jesús: la impronta que nos deja de sus capacidades intelectuales coincide con la autonomía moral de su empeño social. No todos logran cumplir una empresa tan difícil, por lo que yo siempre le agradeceré haberme enseñado que es posible seguir así hasta el final.

Un hombre casi renacentista

R a f a e l D e z c a l l a r

JESÚS DÍAZ HA DEJADO UNA HUELLA MUY HONDA EN TODOS LOS LUGARES POR donde ha pasado. La Habana, Moscú, Berlín, Madrid. Tenía una personalidad fuerte, que arrastraba a los demás a hacer cosas que sin él hubieran sido imposibles. Yo le conocí en Madrid, donde a poco de llegar fundó *Encuentro de la Cultura Cubana*. Jesús —escritor, director de cine, promotor de revistas y de cultura— era un hombre casi renacentista en un siglo tan poco renacentista como éste, aparentemente convencido de que ninguna época anterior tiene nada que enseñarle. *Encuentro* no era la primera revista que fundaba, pero sí será probablemente aquella por la que más se le recuerde, más incluso que por el célebre *Caimán Barbudo* de los primeros tiempos de la Revolución. Será también la que acabe teniendo probablemente una influencia mayor sobre el destino de Cuba, de su querida Cuba. Porque con ella, Jesús y el grupo de amigos que la fundaron han creado efectivamente un punto de encuentro para los cubanos de dentro y de fuera, un lugar donde hallar lo que todos buscan, donde contar lo que desean que otros sepan.

Jesús nunca pasaba desapercibido allí donde estuviera, en una reunión, en una ciudad. Tampoco pasa desapercibida ahora su ausencia. Será una ausencia grande, como su corazón, como su inteligencia, como su vida.

Los días de Jesús

NO LO CONOCÍ BIEN. NOS VIMOS LA PRIMERA VEZ UNA madrugada de 1978, cuando alguno del Grupo Areíto regresábamos al Hotel Riviera, después de una noche de parranda. Estábamos en Cuba para participar en el «Diálogo». Jesús había hecho un documental sobre la visita de algunos de nosotros el año anterior, cuando fueron a Cuba como miembros de la Brigada Antonio Maceo, y los conocía. Mi ingenuidad no había llegado a tanto y no estuve en ésa. Esa noche fue nuestro primer encuentro. Pero yo había incluido su libro de cuentos *Los años duros* en un curso de la Universidad de Cornell sobre la narrativa cubana. Jesús, a su vez, habría de publicar, en el libro colectivo con el que el Grupo Areíto ganó un premio Casa de las Américas en la categoría «testimonio,» un cuento mío. *Contra viento y marea* se llamó el libro, con título que a mí se me había ocurrido. Los textos, por motivos de seguridad —la nuestra en Estados Unidos— aparecieron sin firma. Recuerdo aquella noche, bajando por la Avenida de los Presidentes, de la que habían desaparecido las estatuas de los mismos, excepto, en algunos casos, los enormes zapatonos de piedra, que habían sobrevivido el asalto de los iconoclastas. Jesús hablaba con entusiasmo del texto de Lezama en que éste decía que si los norteamericanos invadían, él se subiría a los tejados para defender la patria. Nos reíamos a carcajadas pensando que habría hecho falta una grúa para subir al corpulento poeta a las azoteas. Jesús daba la impresión de ser un hombre contento.

No lo volví a ver hasta que surgió *Encuentro* y me invitó a colaborar. Tengo que admitir que la imagen que tenía de él era la de un ideólogo, defensor a ultranza del régimen. Pero un buen día me entero, sorprendido, de que se había exiliado en Europa —es decir, que se había quedado en Alemania tras publicar un texto crítico del régimen porque la reacción de los comisarios insulares había sido furibunda, hasta con poco veladas amenazas de muerte. Claro, no era la primera desertión de escritores que al parecer apoyaban al régimen. César Leante y Antonio Benítez Rojo se le habían anticipado a Jesús. Pero, de

Roberto González Echevarría

todos ellos, el más «comprometido» había sido él, por lo que su decisión era más significativa y la reacción gubernamental más predecible.

No sé si Jesús habrá dejado textos detallando todo este proceso. Es probable que no, dada su muerte repentina, cuando todavía era joven, y sin (que yo sepa) enfermedad que la anunciara. Es muy probable que sí haya confiado en amigos íntimos, que son los llamados a reconstruir su sin duda dolorosa decisión, y el esfuerzo extraordinario que hizo para rehacer su vida y lograr, con *Encuentro* su más notorio y duradero éxito. Estimo que la revista es un hito en la historia de la cultura cubana. Todos me dicen que su impacto en la isla misma ha sido enorme —la reacción del régimen da testimonio de su importancia, y es el mayor elogio que pudo haber recibido Jesús. Como en el caso de Reinaldo Arenas y otros, la ira de los comisarios es una especie de premio literario al revés —el más genuino, sincero y legítimo que otorga el régimen. El pánico cunde cuando una publicación como *Encuentro*, abierta a todos, quiebra el muro protector tras el cual se parapetan los mediocres. En un mercado cultural libre, ¿dónde publicarían sus libros los que viven al amparo de instituciones públicas en que el mérito se mide única y exclusivamente en términos de la lealtad y la sumisión? ¿Qué editorial, salvo las sufragadas por el erario público cubano, se arriesgaría a sacar libros que ni regalados tienen lectores? La represión cultural en Cuba no es política en el sentido común de la palabra, sino que existe para proteger a los burócratas de críticas y juicios no tamizados por la fidelidad. Por eso la negativa de permisos para asistir a congresos culturales en el extranjero, donde los cautivos de la isla podrían comprobar que, fuera de Cuba, sus dirigentes culturales son muy poco reconocidos.

Jesús pudo batirse en buena lid en ese mercado abierto y llegar a establecerse. Sus novelas fueron publicadas por grandes editoriales y traducidas a varios idiomas. Sé que Jesús estaba sentido, y esto hizo nuestro re-encuentro en *Encuentro* a veces torpe, porque yo no me había ocupado de su obra; sé, me daba cuenta, que él detestaba la obra de Severo Sarduy, que yo admiro y sobre la cual he escrito no poco. Compartíamos a Borges, a Lezama, a Carpentier —la enfermedad de la pelota—, pero nuestros valores literarios y formación cultural eran muy distintos, casi diría que antagónicos. Esto no fue óbice para que me siguiera invitando a colaborar en la revista. Estoy convencido de que Jesús quería que *Encuentro* fuera lo más amplia posible en sus inclusiones. Los escritores residentes en Cuba que no publicaron en ella no lo hicieron por decisión propia. Cuando le propuse a mi querido amigo Miguel Barnet que fuera él quien me hiciera las preguntas para una entrevista mía que Jesús iba a publicar, se negó. Jesús no tenía la más mínima objeción a publicar a Barnet en *Encuentro*, y yo quería instigar el diálogo y la contaminación. Pero no fue posible. Todo esto me consta porque lo viví —lo «vide», como dice Montejo en la memorable primera frase de *Biografía de un cimarrón*.

Jesús parecía un individuo volcado hacia el exterior, hacia la realidad circundante más que hacia su interior. Pero esto no quiere decir que fuera así. Pienso que grandes luchas se habrán librado en su conciencia, y que tremendos

terrores lo habrán asaltado al verse desamparado, en tierra extraña, repudiado por antiguos colaboradores y correligionarios y sin medios de subsistencia. Es muy probable que los desgarradores cambios que sufrió en sus últimos años y el proceso de adaptarse a circunstancias vitales tan distintas; que la nostalgia por la patria y los amigos dejados atrás y la luchas por sacar adelante la revista hayan erosionado su cuerpo hasta que éste se rindió a la muerte, único descanso seguro. Agitados fueron los días de Jesús, que repose en paz. Su legado a la cultura cubana es garantía de inmortalidad y de que su sacrificio no fue en vano.



Carta

Guillermo Rodríguez Rivera

Ciudad de La Habana, 25 de junio de 2002

Querida Annabelle:

Tú sabes cómo he sentido la muerte de Jesús desde que la supe. Es una amistad de casi cuarenta años que resistió las circunstancias más adversas y diversas.

Conocí a Jesús Díaz cuando fue mi profesor de filosofía marxista en la Escuela de Letras de la Universidad de la Habana, allá por 1964. Las cercanías de nuestras edades y de nuestros intereses hizo que pronto el contacto entre profesor y alumno fuera amistad, y cuando al año siguiente, Jesús pasó a dirigir la página de asuntos culturales del diario *Juventud Rebelde*, me pidió colaboración casi inmediatamente. Ese mismo año ganó un concurso de cuentos con uno que fue entonces polémico, como anunciando el signo que ya iba a tener siempre Jesús en nuestra cultura.

En febrero de 1966 ya no fue un único cuento sino un libro suyo, el que ganó el Premio Casa de las Américas. *Los años duros* se convirtió en la piedra fundacional de una nueva tendencia en la cuentística cubana: la de la épica de los años iniciales de la Revolución Cubana, que pronto acogería títulos como *Condenados de Condado*, de Norberto Fuentes, y *La guerra tuvo seis nombres* y *Los pasos en la hierba*, de Eduardo Heras León. Como ves, lo fue también de una manera diferente de narrar. Sin ese primer libro no se explicaría la primera novela de Jesús: *Las iniciales de la tierra*, que necesitó —acaso para su bien—, más de diez años de espera para ser editada.

Todavía en Cuba Jesús escribió otra novela, acaso la más perfecta de todas las suyas, *Las palabras perdidas*. La llevaba completamente escrita cuando se fue en 1991 a Alemania, a una suerte de beca literaria de la que ya no regresaría.

Las palabras... eran el espíritu, aunque no fueran exactamente la letra, de la principal aventura literaria que corrimos juntos: la de la fundación y edición por casi dos años del mensual cultural *El Caimán Barbudo*, del que me convertí en jefe de redacción mientras Jesús lo dirigía. Allí, en la revista y en la novela, nos acompañaría otro poeta, Luis Rogelio Noguerras, que ya sería el hermano hasta y más allá de su absurda muerte en julio de 1985, de la que nunca fuimos capaces de consolarnos.

En otros sitios Jesús y yo hemos recordado y debatido sobre aquellos grandes años del *Caimán* y los mucho más recientes de la revista *Encuentro* en la que, por obra de esa resistente amistad con Jesús, colaboré desde su primer número. No creo que sea preciso volver aquí sobre ninguno de los dos temas.

A *Encuentro* le debo la oportunidad de haber prolongado un poco mi amistad con Jesús después de su salida de Cuba y, además, el haber desarrollado la incipiente que nació entre tú y yo allá por 1994. Para mí, es muchísimo. Y ya es demasiado deberle a una revista.

Yo pienso que Jesús ha escrito algunos textos que son, por esencia, de todos los cubanos. Creo que los de la Isla tenemos el deber de preservarlos y difundirlos porque lo que deviene patrimonio cultural, pertenece al ámbito de lo que no se puede olvidar.

Yo tengo, por otra parte, el recuerdo que me tocará acarrear mientras dure mi vida. Siempre creí que viviría menos que Jesús y que Wichy. No ha sido así y me ha correspondido quedarme solo. No tienes idea de cómo les echo de menos. A ellos, y al tiempo en que trabajábamos y soñábamos juntos. Debes saber que, en cualquier caso, mi amistad por ti no cederá un ápice.

Un abrazo de

G.R.R.

El lugar imposible

EL 12 DE MARZO DE 1986, JESÚS ESCRIBÍA EN UNA CARTA: «...no me quiero poner dramático, pero ocurre que hace seis meses mi mejor amigo tuvo la pésima ocurrencia de morirse. Era un poeta, un mujeriego, un humanista y, bueno, me dejó bastante solo. A cada rato me sorprende hablando con él, pero el muy jodedor no responde...». El jodedor, entonces, era Wichi Noguerras... y el jodedor, ahora, es Jesús Díaz.

Yo tampoco quisiera ponerme dramático, pero es muy posible que estas líneas reconozcan como último sentido la necesidad de que la letra escrita me convenza de que yo tampoco habré de obtener respuesta, y desvanecer así la pueril ilusión de que en cualquier momento irrumpirá su réplica entusiasta, o humorística, o aguda, o cálida, o indignada, o sarcástica, o inquisitiva, o feroz, o melancólica.

En enero de 1986, en la cafetería del hotel Nueva Granada de Bogotá iniciamos con Jesús un diálogo vehemente, caudaloso y hasta caótico.

Por cierto que sería imposible determinar las razones por las cuales se estableciera entre nosotros, casi de inmediato, una intensa corriente de fraternidad y confianza. Pero algo debe haber influido el hecho de que ambos nos encontráramos desmontando —amarga y dolorosamente— el imaginario político que, cual segunda columna vertebral, nos había sostenido desde la adolescencia, organizándonos el mundo y dotándolo de sentido.

El diálogo continuó sin interrupciones —cara a cara, por teléfono o por correo— en La Habana, Buenos Aires, Berlín, Las Palmas, Umbértide, Galway, Valencia y Madrid. Sería un delito de lesa apología y solemnidad —que Jesús no hubiese tolerado— si sostuviera que ese diálogo transcurrió sin sobresaltos ni enfrentamientos. Es casi un lugar común afirmar que Jesús no era un interlocutor complaciente... y a mí, según parece, no me son ajenas algunas vehemencias.

La omnívora y comprometida curiosidad de Jesús Díaz, su deseo de hurgar en todo asunto que ofreciera la posibilidad siquiera de entrever alguna pista acerca de la experiencia que nos constituye como humanos, nos arreaba de

un asunto a otro vertiginosamente y casi sin establecer jerarquías: los avatares de un amor... y las políticas de Robert Mugabe en Zimbawe; un poema de Wichi Noguerras... y un partido de fútbol; un bolero cantado por Omara Portuondo... y el asesinato de Olof Palme en Suecia; la gradación alcohólica del vodka siberiano ... y la caída del muro de Berlín.

Ese arrebatado ejercicio, que, por lo demás, no se privaba de opiniones contundentes ni de juicios conclusivos, podría haberse calificado de omnipotente... si no fuera porque un sistema de coordenadas atravesaba siempre, explícita o implícitamente, esta caótica diversidad: la literatura... y Cuba.

No está a mi alcance interpretar el profundo discurrir de nuestro querido amigo en ambos campos. Puedo, en cambio, testificar acerca de su lucidez respecto de las tensiones que fatalmente se establecían entre las tiránicas demandas de la literatura, y las no menos tiránicas del compromiso político-cultural, de su esfuerzo por evadir las retóricas establecidas a derecha e izquierda, de su obstinado empeño por impedir que el inevitable escepticismo deviniera en resignación.

Puedo atestiguar, también, acerca de las desgarradoras vísperas de la manifestación pública, sin eufemismos ni auto-complacencias, de su toma de posición ante la situación de Cuba. Al respecto, puedo asimismo aseverar que su énfasis crítico acerca de las catástrofes de los llamados socialismos reales —de las que nunca excluyó a su propia persona— jamás supuso la sumisión al orden dominante como si se tratara de un destino. Aun en los momentos de mayor depresión e incertidumbre, Jesús no dejó de postular la necesidad de un espacio de libertad, autonomía y fraternidad, un horizonte en fuga perpetua que, alguna vez, convinimos en denominar el lugar imposible.

Responso y diatriba

Alberto Lauro

A Jesús Díaz, in memoriam

*Recuerdas ahora cómo me regañabas
—te creías mi hermano mayor—
diciendo que no dilapidara
mi vida en frivolidades:
fiestas de gigolós y modelos,
cenas con políticos y millonarios,
misas en ermitas y catedrales.
Que me dejara de coleccionar —decías—
como si fueran postales, hijas de dictadores,
bailarines, diseñadores de ropa,
coreógrafos, trovadores, pintores, mendigos,
escritores de éxito, periodistas
de lengua viperina, científicos,
cocineros, magos actores, tahiúres,
cantantes de flamenco, de son,
de rock, de jazz y de boleros.
Siempre te respondía que no eras mi madre.*

*Sé que tenías razón.
En un rincón de mi cuarto,
dentro de una maleta que cambia
de casa cada seis meses,
están mis versos que por pudor o cobardía
no me atrevo ni quiero publicar.*

*Pero cuando iba a dejar de ir a recepciones,
hoteles de lujo, fondas de mala muerte,
antros en los que corre la música,
la lujuria, el alcohol y las drogas
—allí soy recibido por ricos, miserables y camareros
como Dolly Levy en su restaurante preferido;
cuando iba a dejar de visitar prostitutas*

*[de alto standing que me cuentan sus vidas,
monasterios, embajadas, obispados,*

*ministerios, aristócratas, vedettes,
poetas que nunca publicaron;
cuando iba a obedecerte, te vas.
Sin explicaciones. Sin despedidas.*

*Ahora me toca regañarte
como si tu madre fuera yo.
Lo que has hecho no está bien.
En casa no te lo enseñaron.
No Jesús. No.
Esas cosas no se hacen.*

El amigo habanero

EL PRIMER ENCUENTRO CON JESÚS DÍAZ SE PRODUJO EN una feria de libros, no sé si en Frankfurt o en el Liber; venía acompañado por el director de la oficina cubana de derechos de autor, creo recordar que era Jorge Timossi. La verdad es que fue uno de esos encuentros con aire entre profesional y oficial y sólo me quedé con un rostro que no olvidaría y una extraña sensación de calidez en medio de aquel ajeteo.

El segundo encuentro —creo que, entre medias, nos llegamos a ver en la sede de Alfaguara; quizá fuera entonces cuando me entregara sus dos libros primeros, que aún conservo— fue en La Habana. Entonces di con un compañero de caminata estupendo e hicimos un recorrido largo y moroso, visitando lugares tan disímiles como la Universidad (en un patio un grupo musical ensayaba una canción con el estribillo «caimán no come caimán»), la casa de Lezama, los mil rincones de La Habana vieja, El Vedado y hasta la plaza donde Fidel reunía a las masas para arengarlas interminablemente; en fin... horas de paseo habanero. Y de aquel viaje recuerdo sobre todo discusiones que me llevaron a la convicción de estar hablando con el poseedor de una de las miradas más inteligentes e independientes que yo había encontrado acerca de la situación de Cuba, por sí misma y en el contexto latinoamericano. Y no era sólo mi opinión.

La vez siguiente, Jesús Díaz ha dejado Cuba, lo que quienes ya éramos sus amigos por aquí estábamos esperando que sucediera en cualquier momento. Es la época de una primera busca de ubicación en España precedida por su estancia en Berlín como profesor de cinematografía. Hubo una posibilidad acá, cuando la Escuela de Letras podía ayudarlo mínimamente y en el mundo del cine surgían las primeras posibilidades. Para entonces yo había editado en Alfaguara *La iniciales de la tierra*, que tengo por un libro admirable, un ejercicio de lucidez eminentemente literario y eminentemente honesto. El autor de esta novela era el mismo tipo inteligente e independiente que me admiró en La Habana, sólo que ahora estaba en precario y

estigmatizado tanto por un bando de cubanos como por el otro. Sólo él conoce el coraje que hay que tener para buscarse un sitio y reencontrarse con la gente en una situación como esa, pero lo hizo.

Y después las cosas iban, en la amistad y en la vida, como si fuera madrileño. No lo era, aunque tenía esa capacidad de adaptarse a los sitios para disfrutar de las cosas y de adaptarse a la gente para entenderse con ella. Era habanero y yo que recorrí La Habana con él creo que sé cómo y cuánto. Por eso cuando su muerte nos cogió de vacaciones dos hechos me conmovieron: el uno, que murió plácidamente sin inquietar a nadie; el otro: que a pesar de un Madrid vacío, dos o tres alumnos, su agente y su editor actual y, claro, la familia, los compatriotas: Soledad y algunas presencias en el crematorio de la ciudad abandonada. Cualquiera diría que se trataba de una emotiva y precaria escena final de la historia de un exilio. Imagino la escena que él hubiera querido filmar.

Era un novelista excelente, entregado, consciente, sumamente honesto consigo mismo y con la literatura, como lo fue con su país. Sus amigos lo queríamos como amigo entrañable y hombre valeroso. Murió lejos de La Habana, es cierto, pero sus novelas volverán a Cuba por él.

Cenizas y caimanes

Raúl Rivero

NO SÉ SI JESÚS LLEGÓ A UN ACUERDO CON DIOS A ÚLTIMA hora, pero me siento tranquilo, porque cuando tenga yo que atravesar los resplandores, hallaré un espacio para publicar mis poemas y mis crónicas.

¿Qué otra cosa podrá estar haciendo en aquellas noches tersas y en las mañanas algodonosas del más allá, sino una novela contra los santurrones y una revista literaria, de pensamiento, de ensoñaciones, de encontronazos y reflexión?

Sí: estoy seguro. Habrá un sitio decente y polémico porque eso pasó cuando llegué a La Habana —joven y *abzurdo*— en los años 70 y volvió a pasar en los 90 en pleno viaje hacia la libertad.

Allá en el verano de 1966 está Jesús, alto y nervioso, en un entepiso del local del *Diario de la Marina*, con su lenguaje de asere ilustrado, en la angustia del cierre de un número de *El Caimán Barbudo*.

Allá está, en el lienzo arbitrario que es la memoria, cerca de su poeta preferido Luis Rogelio Nogueras, que como jefe de redacción, le seguía la rima con unas rebeldías de salón, le organizaba trampas, lo sacaba de paso y lo quería.

Por aquel universo que borraron camina el flaco Díaz. En la calle K se mete en una tângana filosófica, en Coppelía habla de cine y literatura, en la cafetería del Habana Libre discute de pelota y cita a una mujer y le regala un libro.

En ese momento no sabíamos que Jesús podía ser una de las víctimas perfectas de la sociedad que tratábamos de ayudar a construir.

Lo supimos luego. Él era talentoso e inteligente, lúcido y apasionado y, lo que es peor, tenía valor personal para defender sus puntos de vista.

Por eso, a pesar de usar todos los entorchados y condecoraciones, lo vigilaban con *lipas coreanas* y un comando mixto de cabos interinos y matonesas se mantenía al tanto de sus viajes a Lawton y a París.

De todos los cercos que tiende el totalitarismo, el más difícil de romper es el interno. Nunca hablé con él personalmente sobre ese proceso suyo, —sólo por las siempre congestionadas líneas de ETECSA— por lo que no conozco

la anécdota ni el dolor, pero puedo adivinar la intensidad y el drama de la decisión de irse con sus hijos a vivir en Europa.

El asunto es que allí fundó y abrió para todos otra revista. Una noche llamó a mi casa y me contó el proyecto y me contó su vida. Me dio noticias de lo que estaba escribiendo y de algunas cosas que quería hacer.

De los jóvenes que fuimos, hablamos también, como de paso, apresuradamente, para entristecernos y reírnos y evocarnos vitales y gratos en nuestra única juventud.

De pronto, en medio de la soledad del síndrome del fantasma en el socialismo, que hace invisible al que no aplaude y enceguece al que no quiere ver, Jesús apareció para brindarme un sitio en otra revista cubana.

Volvió para abrirme las páginas de *Encuentro* y para que nuestra amistad tuviera ahora la alegría y el poder de la soberanía individual.

No soy un loco que quiera reestructurar la Compañía de Jesús. Soy su amigo que recuerda y deja la reseña de los defectos del autor de *Los años duros* al comando que lo atacó siempre, nutrido hoy con una fuerza de tarea de azafatas y bomberos.

No sé si por fin se arregló con Dios. De todos modos él siempre crea unos ámbitos para encontrarnos. Jesús, estoy aquí.

El círculo cerrado

L u i s S u ñ é n

JESÚS DÍAZ ESTABA EN SU MEJOR MOMENTO LITERARIO. DABA LA SENSACIÓN de que había estabilizado su ánimo, pensado su escritura, aquilatado su desarrollo con la pericia de quien se conoce y sabe también hacia dónde se dirige. Como si se fuera cerrando poco a poco ese círculo, tenso y tenaz, que empezara con esa formidable novela que es *Las iniciales de la tierra* y que tuvo su última entrega, sin que lo supiéramos al celebrarlo, con *Las cuatro fugas de Manuel*, un libro en el que Jesús había puesto tantas cosas. Lo malo es que el círculo se ha cerrado antes de tiempo, que hemos perdido a Jesús Díaz cuando más falta nos hacía tenerle aquí, a sus lectores, a sus compatriotas que viven en España, a su familia, a sus amigos. El destino es cruel a veces, y Jesús no va a ver cosas que le hubiera gustado contemplar. Seguramente las vería desde la certeza de quien presentía el futuro porque ayudaba a construirlo. Pero, sobre todo, seguiría convirtiendo la realidad en novelas, también con la sorpresa de quien conservaba esa capacidad de asombro que es propia de los escritores de ficción y de quienes conservan un hilo que les une con la infancia, con el principio de todos los deseos.



Jesús en contacto directo

Nicolás Quintana

TODO COMENZÓ CON UNA LLAMADA TELEFÓNICA DE JOSÉ Iraola el 29 de enero de 2000, quien me comunicó que él estaba en contacto con la revista *Encuentro*, que se editaba en Madrid, y le habían pedido coordinar una entrevista conmigo en Miami a la cual asistirían Jesús Díaz, su Director, y Annabelle Rodríguez, su Directora Ejecutiva. Estuve de acuerdo y el 16 de marzo Annabelle me llamó para comunicarme que ya estaban en Miami y deseaban reunirse el día 21 en el restaurante Le Festival para almorzar. Allí fue que conocí a Jesús el cual, ni corto ni perezoso, me dijo que deseaban dedicar el No.18 de la revista a un *dossier* sobre la literatura cubana en Miami e incluir un homenaje a Nicolás Quintana.

En ese primer contacto Jesús me esbozó el alto mensaje ético de la revista y anunció la cercana introducción en la red cibernética de un diario independiente de la cultura cubana titulado: *Encuentro en la Red*, cuyo contenido explicó con gran entusiasmo. Inmediatamente pude apreciar dos cualidades que desbordaban en el personaje que yo tenía delante: una total entrega orientada a lograr objetivos y una extraordinaria energía aplicada para alcanzarlos. Ya yo conocía su obra literaria que considero de primer orden. Lo *leí* como un ser estupendo, muy creativo y sorpresivamente ejecutivo. Entre nosotros se estableció casi instantáneamente una clara comunicación intelectual y espiritual... ambos sabíamos y sentíamos que «(...) no hay camino, se hace camino al andar», como bien nos dijo el poeta. Me encantaba participar de esa aventura creativa que me di cuenta *Encuentro* era... estábamos en la misma onda.

Como parte del homenaje la revista publicó mi ensayo «*Cuba en su arquitectura y urbanismo*», así como la entrevista que me realizara Rafael Fornés, donde yo le abro el corazón al lector narrándole, en forma íntima, algunas de mis vivencias. Publicaron además, escritos sobre mí de gentes

a las cuales respeto y quiero mucho. Durante el proceso de elaboración del N° 18 sostuve un contacto de cerca y continuo con Jesús y pude apreciar otras cualidades de su personalidad: su honestidad intelectual, su firmeza de carácter y su respeto al talento de los demás, siempre y cuando dicho talento fuera real, libre de pretensiones y abierto a sugerencias. Entre nosotros no hubo problemas nunca, caminamos juntos hacia el objetivo con la alegría de *descubrirnos* cada vez más a medida que el tiempo pasaba... nos retroalimentábamos el uno del otro en la búsqueda apasionada de excelencia en el hacer.

Una vez listo ese número de la revista, su presentación en Miami, con motivo de la Feria del Libro del 2000, fue otro momento que ha dejado un recuerdo inolvidable en mí. Jesús me ofreció la oportunidad de conocer y alternar de ese momento en adelante con un grupo de jóvenes creadores —Ramón Alejandro, Rafael Rojas, Soren Triff, Emilio Ichikawa, Alfredo Triff, Orlando González Esteva, Enrique Patterson, Antonio José Ponte y otros— que yo, concentrado intensamente en mi actuar arquitectónico, aún no había contactado.

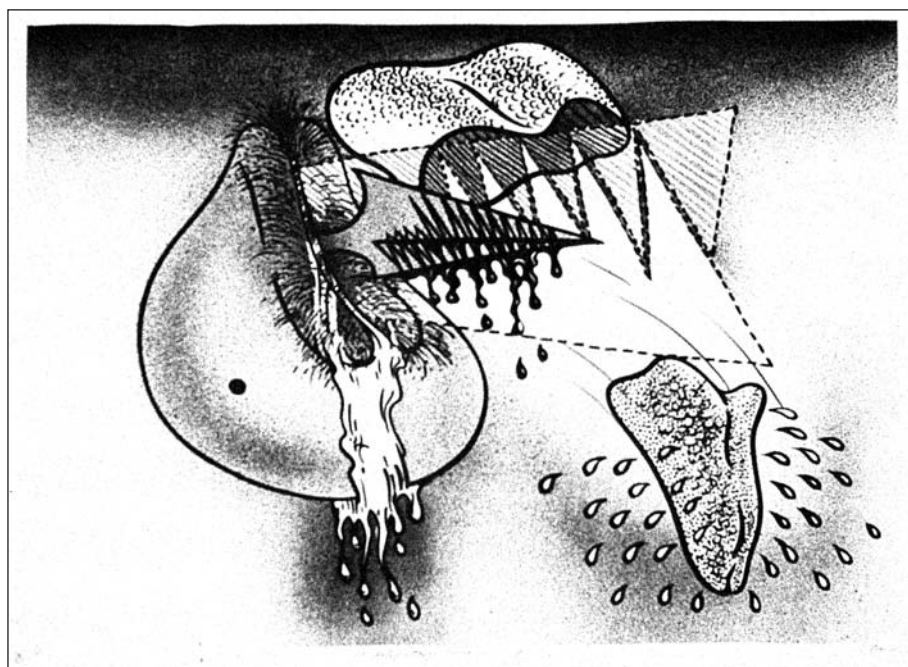
Más adelante, cuando se me encomendara una edición especial de la revista *Herencia* donde desarrollar la metáfora preferida mía, la del Río de la Cultura Cubana, fue ese grupo de creadores a los que recurrí durante la búsqueda de talento que hube de realizar. *Herencia* salió en el verano del 2001 con las colaboraciones de todos ellos, luego de haber trabajado apasionadamente en su elaboración. A Jesús le debo el haberme abierto el camino hacia el manantial de meditaciones, ideas y visiones variadas al futuro que fueron sus colaboraciones; entre ellas —desde luego— la de él. Con la revista ya publicada me embargó la angustia propia de todo editor debutante mientras espera la crítica a su trabajo. El 12 de junio llegó un mensaje de Jesús Díaz que decía: «¡Lo de *Herencia* es una maravilla, como todo lo que tocas!» ¡Así de generoso era mi amigo!

El 30 de octubre de 2001 comienza lo que sería el último trabajo en contacto directo entre nosotros al recibir un mensaje donde Jesús me informaba sobre la publicación de un número especial de *Encuentro* dedicado a la República para salir en mayo de 2002. En el mensaje me decía: «(...) quisiéramos tener una imagen viva de lo que fueron aquellos años para ti (...) un acercamiento personal (...) el objetivo es rescatar para las nuevas generaciones de cubanos el color, el sabor y las posibilidades que abrió aquella época (...) será el rostro humano de nuestro homenaje a lo que pese a todo fue el mejor momento de la cultura cubana». Acepté inmediatamente.

El 14 de enero de 2002 envié mi trabajo y comenzó la labor de Jesús de revisión. El 30 de enero recibí un mensaje donde me dice: «Estás, sin duda, en el camino de lo hablado, a punto de conseguir un testimonio memorable, por lo que te voy a pedir un favor, un gran favor, permíteme editarlo yo (...) terminada mi edición te la mandaré para que me la apruebas» Mi respuesta fue: «Se supone que yo sé mucho de arquitectura y urbanismo, pero en eso de escribir soy un verdadero y eterno principiante. Como decíamos en la patria

de aquellos tiempos: «distancia y categoría», y tu categoría yo la respeto. Desde luego que puedes editar mi trabajo... sólo mejorará». El 14 de marzo recibí mi trabajo y aprobé la excelente labor de edición.

El artículo se titula: «*Yo estaba allí*» y constituye mi despedida de Jesús Díaz, un amigo fraternal. A él se lo dedico ahora que ya no lo tenemos físicamente alrededor nuestro, pero el paradigma de su energía, su incansable bregar en búsqueda de excelencia, su capacidad de convocatoria, su alto sentido de amistad y, sobre todo, esa honradez básica que lo hizo capaz de reconocer errores y actuar creativa y justamente para corregirlos lo tendremos siempre presente para continuar su obra más querida... la revista *Encuentro de la cultura cubana*.



Una perspectiva muy personal

A s t r i d B ö h r i n g e r

JESÚS DÍAZ PARA MÍ HA SIDO MÁS QUE EL CRÍTICO LITERARIO, MÁS QUE EL cineasta, más que el escritor de prestigio bien ganado. Ha sido, en primer lugar, el amigo, a pesar de la distancia geográfica. Nuestra amistad nació hace unos trece años cuando ya había aparecido su novela *Las iniciales de la tierra* y se estaba preparando su traducción al alemán. El traductor era mi marido, Willy Böhringer, que, fiel a una ética de trabajo que ponía el esmero y la escrupulosidad por encima de todo, buscó el contacto con el autor para aclarar sus dudas, con el resultado de que le fueron abiertas todas las puertas, incluida la de la casa de Jesús en La Habana. Jesús se tomó el tiempo necesario para contestar todas las preguntas de su traductor alemán, y no lo hizo sólo porque espontáneamente hubiera surgido una simpatía mutua sino también desde la conciencia de que este apoyo suyo serviría para afianzar la calidad de la traducción.

Así, aquel viaje a La Habana en el ya lejano septiembre de 1989, fue el comienzo de una relación profesional y, al mismo tiempo, amistosa. Cuando pienso en Jesús me acuerdo sobre todo de aquellas cálidas noches habaneras pasadas en un ambiente familiar y relajado, bebiendo ron y bailando hasta bien entrada la noche. Pero también me acuerdo de los muchos encuentros que siguieron: Viena, Berlín, Saarbrücken... Siguieron también las traducciones hasta que aquel fecundo trabajo en común se vio truncado con la muerte repentina de mi marido en 1997, tan repentina e inesperada como la de Jesús, sólo que debida a un accidente.

Algunos años más tarde, la editorial alemana de Jesús me ofreció traducir su novela *Siberiana*. Acepté con mucho gusto porque este proyecto me permitiría reforzar el contacto con Jesús y, al mismo tiempo, continuar el trabajo de mi marido. Jesús me prestó la misma ayuda que le había prestado a mi antecesor y, además, me honró con la frase: «... siento la presencia de Willy a través de tus preguntas, es la misma seriedad, la misma precisión...» Los dos estábamos contentos de este nuevo acercamiento que veíamos como la base de una colaboración continuada todavía por mucho tiempo. La muerte, que nunca forma parte de nuestros planes, ha truncado la fecundidad intelectual de este hombre como ha arrasado su avasallador encanto. Lo echaré de menos.

A la mayor brevedad posible

José Lorenzo Fuentes

LA ÚLTIMA CARTA DE JESÚS DÍAZ QUE RECIBÍ ESTABA fechada el 8 de febrero y empezaba diciendo: «El Fondo de Cultura Económica me ha encargado la elaboración de una antología de cuentos del exilio que habrá de presentarse en la Feria del Libro de Guadalajara en el mes de noviembre de este año. Tu nombre no puede faltar, por supuesto. El problema está en que debo entregar la antología completamente terminada en un mes a partir de la fecha». Escasamente tres meses más tarde desplegué el periódico mientras desayunaba y me encontré con la foto de Jesús en primera plana. Pensé con vertiginosa rapidez: «Qué bueno. Debe haber obtenido un importante premio literario». Pero no, en la parte superior de la foto se daba la noticia de su muerte. Devoré con impaciencia la información, todavía negándome a darle crédito, y me enteré de que lo habían encontrado muerto en su cama una mañana no mucho más diferente que las otras de Madrid.

Pasar del sueño a la muerte es un privilegio. Todos en algún momento, en que la idea de la desaparición física nos ha rondado, hemos deseado despedirnos del mundo en esa forma, sin el previo ingreso a un hospital, sin mirar desde la cama el entrecejo fruncido de un médico que acaba de dar con el diagnóstico sombrío e inapelable. Recordé el resto de la carta de Jesús: «Te ruego, por favor, que me envíes por e-mail a la mayor brevedad posible los dos cuentos tuyos publicados en el exilio que más te gusten». Me detuve en esas cinco palabras: *a la mayor brevedad posible*. ¿Se refería Jesús a las exigencias de la editorial, o estaba presintiendo su muerte próxima?

Ahora, con detenimiento, pienso que no, que acaso su carta con esas cinco palabras no era un indicio de estar sospechando su muerte tan cercana, por la sencilla razón de que para Jesús era una costumbre productiva realizarlo todo a la mayor brevedad posible. De otro modo no le

hubiera sido posible sacarle tanto provecho a los días que le adjudicó el destino. ¿Cómo escribir tantos cuentos, tantos artículos periodísticos, tantas novelas caudalosas, y al mismo tiempo dirigir una revista, solicitar colaboraciones, escribirle a los amigos dispersos, atender a las solicitudes de la familia, concebir un guión de cine, revisar los textos que saldrían en cada número de *Encuentro*, cómo hacerlo todo sin tener como divisa esas cinco palabras: *a la mayor brevedad posible?*

Los versados en parasicología, los que opinan que este mundo ilusorio es sólo el tránsito hacia otro más real, afirman que el único gran pecado que puede conducirnos directamente a la condenación eterna es no haber aprovechado el tiempo que se nos concedió. Ninguna mojigatería es una vía de acceso a la dicha celestial por mucho que retumben los golpes de pecho: sólo se nos exige dedicarle toda la pasión posible a la vocación o la destreza que Alguien colocó en nuestras manos en el momento de nacer.

Jesús lo sabía, y por eso ahora, desde la inmortalidad, nos hace un guiño cómplice, que es una invitación a trabajar.



Jesús Díaz y Le Flore

CADA VEZ QUE JESÚS DÍAZ ME ANUNCIABA SU VISITA A París encontrábamos el tiempo necesario para cumplir el rito de la amistad: tomar una taza de café en Le Flore, legendario local frecuentado por dos cumbres de la literatura francesa: Jean-Paul Sartre y Simone de Beauvoir. El «Flore» sigue siendo el mismo: nada ha cambiado en su interior y la mesa destinada a Sartre (al fondo hacia la derecha) es aquella sobre la cual el filósofo escribía sus artículos para *Temps Modernes*. En homenaje a Sartre y su amiga Simone, los dos nombres aparecen ahora indicando la plaza situada frente a la iglesia de Saint-Germain-dès-Près.

Esa celebridad literaria atrae actualmente a los turistas japoneses que no cesan de fotografiar los dos cafés. «Flore» y «Les Deux Magots» mantienen una leyenda que prefiero no destruir: aquella de que *todos* los escritores en Francia redactan sus obras en los cafés de París. Y esa leyenda amable nos conducía a Jesús Díaz y a este servidor a rendir homenaje a nuestros colegas franceses de una época de oro (la posguerra) durante la cual los combates literarios entre Sartre y Camus contaban tanto en la vida cultural francesa como los matches de fútbol hoy día.

En su paso por París hace algunos meses, Jesús y yo cumplimos, una vez más, nuestro rito de costumbre: una peregrinación al «Flore» que nos ubicaba fuera del espacio y del tiempo. La conversación seguía su curso como un largo río tranquilo. El silencio formaba parte, también, de nuestro diálogo: símbolo de una verdadera amistad que no necesita la palabra para transmitir afecto y respeto mutuo.

La mirada aguda del escritor se paseaba de un punto al otro de la plaza observando los monumentos históricos, las tiendas de lujo, la gente que deambulaba frente a las terrazas del «Flore» y «Les Deux Magots».

Cuando el diálogo se restablecía, el tema único era aquel de la literatura en general. Dejábamos en suspenso

las preocupaciones de la vida cotidiana, el largo viaje bajo el signo del exilio, las dificultades del oficio, las penas del corazón...

«Somos privilegiados, me decía Jesús. Míranos aquí, sentados al sol en la terraza de este lugar con el cual yo soñaba en mi época de adolescencia. Al lado de todo esto...»

«Todo esto» que él me indicaba con un gesto largo era la plaza, la iglesia, la librería La Hune, las «boutiques de luxe» (Cartier, Emporio Armani..), el bulevar...

Pasado y presente, ausencia y presencia, proyectos futuros y trabajos de ayer, todo se reunía en un sitio mágico, una especie de limbo que nos protegía de las durezas de la realidad. Las agujas del reloj se detenían para permitirnos tomar una «tacita de café» en paz, más allá de los males y la miseria que son la regla general del mundo actual.

El *somos privilegiados* de Jesús significaba, para mí: «somos felices aquí, en este instante de gracia donde todo funciona bajo el signo de la amistad».

Dos escritores venidos de una isla lejana que apreciaban en su justo valor un mismo sentimiento fraternal guiado por el simple hecho de existir.

Esa es la imagen que siempre guardaré de Jesús: un hombre sereno cuya sonrisa expresaba la alegría de vivir.

Gladiador infatigable

Aurelio de la Vega

EN UNA NOCHE DE ABRIL DEL 2001 CONOCÍ PERSONALMENTE, por fin, a Jesús Díaz. Fue en Miami, esa capital curiosa y multicolor de los cubanos fuera de Cuba. En un convivio en unos jardines de Coral Gables, que reunía a varios panelistas convocados para estudiar facetas diversas de Heberto Padilla y para evocar aspectos de épocas anteriores, descubrí a un hombre recio y cordial a un tiempo, serio y ocurrente alternativamente, que miraba de frente y defendía agudamente sus opiniones. Sabía de Jesús a los dos años de aparecer *Encuentro*, esa espléndida creación suya en la que la cultura cubana, comprometida o no, se convertía en la única posibilidad de salvación para una Cuba futura, libre de algarabías totalitarias y nacionalismos de ron y tumbadoras. *Encuentro* se había transformado en la más seria y contundente publicación de temas cubanos de amplia perspectiva: una especie de *Orígenes* sin capillismos ni censuras estéticas. Jesús había logrado el milagro de la supervivencia, contra poderosos enemigos visibles e invisibles, y manejaba sólidamente la magia del conocimiento frente a críticas de todo talante —maliciosas o inocentes, tontas o muy inteligentes— que brotaban de los que entendían poco o entendían mucho, estos últimos esgrimiendo una agenda dirigida y bien financiada. Cuando llegó el quinto aniversario de *Encuentro* hubo alegrados de la efemérides y boquiabiertos ante tal cumpleaños. A través de *Encuentro* supe mucho de la valentía de Jesús Díaz, y me admiré ante su confesión de que se había equivocado por años, época cuando aún creía que la revolución verdeolivo, pese a su rojo marxista, podía quizás ser salvable. Públicamente, Jesús daba cuenta de su error. Aquello me pareció francamente conmovedor, contrastando con el silencio cómodo de tantos artistas, intelectuales, escritores y profesionales del largo exilio cubano, o con esa amable postura de ausencia total de responsabilidad y de autocrítica que muchos exhiben.

Al día siguiente de nuestro encuentro personal Jesús se me creció aún más: lo oí hablar por vez primera con pausado ritmo, repleto éste de matices poéticos. En la Universidad

de Miami, durante uno de los paneles programados, leyó una ponencia de Orlando Jiménez Leal, otro de los que incurrió en la ira del Amo de la Finca Cuba, y de quien por largo término estuvo distanciado Jesús, por estar ambos en bandos opuestos por un tiempo. El autor del informe, ausente, tuvo un lector noble, concluyéndose así otra separación para aplaudir conjuntamente la presente causa común.

Cuando al terminar el simposio Jesús me pidió el trabajo que yo había leído para publicarlo en *Encuentro* comprendí que el no haberlo conocido en sus años de acción en Cuba, de la que yo faltaba ya a partir de 1957, no cambiaba su deseo de tender puentes entre dos generaciones. Su invitación, que acepté tras un examen de perspectiva, confirmaba su afán de revisar la historia cubana republicana, tan distorsionada por la maquinaria gubernamental castrista que ya a esa altura de tiempo había puesto a Jesús —temible enemigo— en la mirilla oficial para desprestigiarlo y anularlo.

Los que conocieron a Jesús Díaz como gladiador infatigable por una causa final en que creyó, los que sólo recuerdan su batallar en los asuntos político-culturales del exilio cubano, no saben, o no quieren saber, que Jesús fue uno de los más brillantes novelistas que tuvo Cuba, tras Labrador Ruíz y Lezama, en la segunda mitad del siglo xx. Su entrega total a la cruzada de *Encuentro* parcialmente frenó un talento excepcional, el cual, sin embargo, logró ganarle partida al tiempo de cada día para dejarnos novelas espléndidas. Diez meses antes de morir, Jesús me había enviado amablemente dos de sus novelas con generosas dedicatorias: *Las palabras perdidas*, escrita con tanta belleza literaria que casi hace olvidar el importante mensaje que encierra, y *Siberiana*, con sus implacables descripciones del invierno ruso nórdico y las condiciones subhumanas de vida en el *otro paraíso*, el soviético en este caso, que nos lleva de la mano a un final de enorme hermosura narrativa y humana.

La obra doble de Jesús —su hermandad intelectual que llevó a *Encuentro* a la posición cimera que ocupa, y su enternecedora creatividad ensayística y novelística— ya entró en el terreno de la inmortalidad histórica. De su vida y obra, tan ricas, puede afirmarse que no fueron en vano. Y mientras los que lo conocieron en vida recuerden su voz, su sonrisa, sus ojos penetrantes, su abrazo, estará viva su presencia, más acá de su sobrecogedora estatura creativa, ya eterna.

Ahora vienen a mi memoria aquellos versos de Dylan Thomas:

La luz irrumpe cuando el sol no brilla;
Donde el mar no corre, las aguas del corazón
Empujan sus mareas.

Leyéndolos, en alta voz, me despidió suavemente de Jesús.

Desde Galicia

*No, lo que se fue no está, nunca está muerto
se emboza casi apenas en olvido
y aguarda allí mientras te ve despierto.*

ELISEO DIEGO

Elvira Varela

—**S**ALGO EN EL AVIÓN DE LAS 16:10. PERO TU HAZ LO QUE Stengas que hacer. Yo te espero como siempre en la cafetería, leyendo el *ABC*.

Era una de sus máximas; no comprarlo nunca. Le gustaba ironizar con que lo leía sólo cuando venía a Galicia, porque lo regalaban en el avión. Así lo sorprendía las más de las veces cuando no podía pasar a recogerlo a la hora de llegada del vuelo; en la cafetería del fondo del aeropuerto, tomando un café y leyendo el *ABC*. Ese día pasé a buscarlo casi tres cuartos de hora más tarde. La pantalla confirmaba que el vuelo había llegado en el horario previsto. La cafetería es minúscula; se ve de un vistazo. Estaba casi vacía. Dos hombres en la barra y nadie más.

¿Dónde se habría metido? En el baño quizás. Me paré un momento enfrente de la puerta, convencida de que asomaría de un momento a otro. Pasado un tiempo razonable recorrí la terminal: la nave central, la otra cafetería, las tiendas... Trataba de mantener la calma, de contenerme para no desatar la alarma antes de tiempo. Todo tendrá una explicación —pensaba—, cualquiera puede perder un avión. No funcionaba. Él tenía por norma llegar con mucho tiempo de antelación. La única vez que perdió un vuelo fue porque nos salíamos tanto del mundo en nuestros encuentros que no nos enteramos ni de que ese fin de semana habían cambiado la hora.

Mi teléfono seguía mudo. Si no me llama es que está aquí —pensaba mientras iba de un lugar a otro buscándolo. Tenía una mañana ocupada —recordé—, seguro que algo se complicó y llegó tarde. Busqué en la pantalla el siguiente vuelo de Madrid. Estaba a punto de llegar a juzgar por la hora de salida, la única que figuraba en la pantalla. ¡Claro! —pensé— perdió su vuelo y no le dio ni

tiempo de llamarme antes de embarcar en éste. Me dispuse a esperar. Me entretuve pensando en cómo nos divertiríamos luego contándonos cómo había vivido cada uno este imprevisto. Como tantas veces, acabaríamos deformándolo hasta el límite para buscarle alguna punta graciosa o dramática, o ridícula, o qué se yo. ¡Nos gustaban tanto esos juegos! *Hacer literatura* —le decía yo a eso. Estos pensamientos rebajaron mi impaciencia, pero la calma duró poco. Seguí an sin poner en pantalla la hora de llegada y tampoco anunciaban si traía retraso, mientras las casillas siguientes se iban llenando de datos.

—No, los jueves no hay ese vuelo. Figura en pantalla porque es diario, menos los jueves, —me advirtieron en información.

Quise confirmar si había viajado en el anterior, pero me remitieron a otro mostrador.

—Lo siento, no nos está permitido dar ese tipo de información, —me dijo la chica de Iberia.

Sentía como la angustia subía de nivel. Las alarmas estaban a punto de saltar. ¿Conozco a alguien que tenga acceso a esa información? ¿Voy sin más a hablar con los colegas de prensa aunque no los conozca de nada? Mejor hablo con Celsa, ella sí que trabaja a veces por estos lares.

—Non, no coñezo a ninguén —me dijo.

Igual que yo, quería apostar porque todo se aclararía de un momento a otro. Me animó a ir directamente a no sé qué departamento que estaba en no sé qué esquina. Yo decía que sí, con tan poca convicción que ya no grababa los datos. Algo me decía que no tenía sentido llegar a los cauces oficiales. Cambié el rumbo y, al fin, hice sonar la alarma.

—Hola, Annabelle.

—¡Elvira! ¡Que alegría oírte! ¿Cómo estás?

Me costaba hablar y más todavía cortar tal entusiasmo, pero sólo cabía ir al grano.

—No te preocupes. Te llamo en cuanto sepa algo.

Busqué cambio; volví a llamar a Celsa desde una cabina, para preservar la poca batería que le quedaba al móvil. Le estaba contando el cambio de rumbo y aprovechando su complicidad para aguantar la espera cuando llamó Annabelle. No quiero ni imaginar lo que le costó llamarme..., hablarme..., decirme...

—Elvira, está aquí. Se quedó *dormido*.

Recuerdo como empecé a gritar *¡no!* una y mil veces. Pensé en Claudia; sentí su orfandad, la mía, la de tanta gente. Annabelle aplazaba su dolor para ocuparse del mío; mullía la voz para compensar la impotencia de no poder abrazarme.

—¡Ay, mi niña!, no te quedes ahí sola, vente a casa. ¿Qué vas a hacer?

El auricular colgaba de la cabina. Había dejado a Celsa abandonada en la otra línea. No sé hasta dónde se mantuvo la comunicación, ni cuánto había logrado sobreentender por el eco de mi voz. Nos llamamos de nuevo.

—Pero ¿cómo foi..., que pasou..., e Claudia...? ¿Qué vas a facer agora? Vaite para a casa ou a algún sitio onde te sintas ben. Vou en canto poida,... Non apagues o móbil...

No quería ir a ninguna parte. Preferí seguir esperándolo para no desesperar. Acabé derivando hacia la oficina de Iberia.

—¿Cuál es el próximo vuelo para Madrid?

—No hay ya hasta mañana por la mañana. A las seis o a las nueve. ¿Cuál prefieres?

—No se, lo voy a pensar.

—Cerramos a las nueve, —me advirtió el chico con una amabilidad discreta que iba más allá de la cortesía profesional.

Faltaban diez minutos. Con su ayuda tácita resolví rápido y compré el billete. Seguí deambulando; dejándome ir de aquí para allá, del llanto a la *literatura*.

—¿Qué historia es esta, Viejo? Me pierdo. ¿De verdad que no has cogido el avión?

El nunca cambiaría de planes sin avisar. Tuvo que volar. Llegué a verlo en su asiento, aparentemente vacío —ventanilla, ¡que raro en el!—, entrando y saliendo sin necesidad de pedirle permiso al viajero de al lado. Estaba sonriente, juguetón, experimentando la diferencia entre ser un viajero convencional, como había sido siempre, o uno de otra dimensión como el que empezaba a ser ahora. De entrada me pareció que le gustaba, celebraba que el asiento delantero no le encajonara las rodillas. Pero le dolió que la azafata no le ofreciera la prensa ni un mísero café. Estaba registrando cada detalle, cada sensación, como siempre, para contármelo. Tenía que estar a punto de llegar, si es que no estaba ya allí. Acababan de anunciar otro vuelo.

Alguno tenía que ser el suyo. No podía aceptar que ninguno lo sería. El mundo no tendría ningún sentido si no podíamos mantener nuestros encuentros para ponerlo en orden. Yo los había suspendido hacía un tiempo, hasta que la onda expansiva del 11 de septiembre nos sacudió el pasado y el presente.

—¡Hola! ¿Lo estás viendo? Me decía, yo estuve ahí con Elvira. Tengo que llamarla. Si se va a acabar el mundo con quien tengo que hablar es con ella. Ya sé que no era lo convenido; perdona, lo hice sin pensar.

—No seas tonto. ¿Quién dijo que no se podía llamar?

Para nosotros también fue un antes y un después. Desde entonces estábamos reajustando los tiempos y las formas. En Portugal intentamos acompasar el paso una vez más, siete años después. Igual que entonces, partíamos hacia rumbos aparentemente opuestos y a la vez pretendíamos encontrar alguna forma de avanzar juntos; cuando menos de no perder el contacto. No había nada establecido. Tocaba inventar o descubrir. En esas andábamos. Me había

dicho que esta vez traía mucho material. Parece que en las últimas *excavaciones* había descubierto algo sobre Rafaelito, el niño de Luyanó y también algunos cabos sueltos de mi infancia que llegaban hasta hoy de no sé de qué manera. Los cuentos de Canarias, los mil y un proyectos, la próxima novela, nosotros... ¿Se había ido con el plano del tesoro? ¡Imposible! Él nunca me haría eso. Tenía que haber una explicación. Tenía que llegar en el próximo avión. ¿En éste quizá?

No dejé de mirar a la puerta de salida hasta que la masa de los que llegaban y los que esperaban se fue disolviendo y despejando la zona. El lugar vacío me provocó extrañeza. Se había hecho de noche. ¿Qué hacía allí? El sentimiento se me echó encima. ¡Dios, qué desamparo! No tengo ni idea del tiempo que estuve andando como una penitente autómatas invocándolo sin cesar.

—Colibrí, colibrí, colibrí, colibrí...

Tenía varias maneras de expresar otro de sus principios básicos: no pesar sobre nadie. La más informal era «cada uno cargue con su pesado», una pintada que vio alguna vez en La Bodeguita del Medio. Entre nosotros era «colibrí», el pájaro que nunca se posa; come volando, vive volando, ama volando...

Cerró la cafetería. La penumbra creció. Sonó el teléfono. Eran Celsa y Marcos.

—¿Ónde estás?

—No aeropuerto.

—Estamos chegando a Santiago. Recollémoste aí.

Me acompañaron hasta que acepté irme de allí. Respetaron mi silencio, mi deseo de irme a casa sola, mi empeño de no llevarme al aeropuerto por la mañana.

Fui a Madrid sabiendo que él no estaría allí. Me acompañé a la coreografía del ritual, al desconcierto y el desamparo de los otros. Mis amigos de Galicia llamaban regularmente. Querían acompañarme y acompañarse. Ellos no tenían un ritual en el que ampararse. A media tarde estuve a punto de perder pie. Me angustió sentir que perdía su tacto y su voz. Tuve que salir a tomar el aire. El cielo estaba lleno de nubes grises. Me senté en la acera exterior del tanatorio. Me acurrugué sobre las rodillas para recomponerme, para reencontrarlo. Me sacó del ensimismamiento una ventisca repentina que limpió el cielo en un momento. Sentí el placer del aire en la cara. Recordé que a él le gustaba decir que yo le había descubierto ese placer. Fue un guiño reconfortante. Sonó el teléfono. Mis amigos volvían a llamar.

—Estamos todos xuntos. ¿Qué quieres que fagamos? ¿Quieres que vaiamos a algún sitio?

—Si, á Praia do Vilar. El debe estar alí; tiñamos reservado hotel para esta fin de semana.

¡Qué tonta! ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Él seguía el plan previsto. ¿A que venía esa angustia?

—Si, mi amor, me volví tonta. No sé qué me pasó.

Saqué mi cuaderno para hacer constar mi torpeza y su revelación. Sentí como el sol me abrazaba por la espalda mientras escribía. Me abrazaba. Su magia ya no me abandonó más. Nunca más.

Al atardecer mis amigos volvieron a llamar.

—Sí, está aquí. Estamos todos aquí. Terías que ver que maravilla de posta de sol te estás perdendo. Hai unhas olas fantásticas. Escoita.

Me apoyé en lo que había más a mano. Cerré los ojos y sentí el vaivén del mar. El mundo se mecía a la par. Mi apoyo resultó ser el mástil de las banderas del tanatorio. Había elegido el amparo perfecto para acompañar mi bamboleo. Otro guiño del mago. Fueron continuos a partir de entonces.

El ritual siguió aunque ya no tenía sentido. Por fortuna fue discreto. Medio Madrid se había ido de puente. Todo quedaba entre nosotros; una ocasión más para el encuentro.

Me gustó poder contárselo con calma a Pablo, a Claudia, a Annabelle. Unos días después sentí que tenía que decírselo a Natalia. Quizá habría dado crédito a las noticias del periódico. Le mandé un correo.

Hola Natalia: Sé que estás triste porque crees que Jesús se ha ido. No te preocupes, sólo se ha mudado. Se vino a Galicia, porque ni aún ahora le está permitido volver a Cuba. Él podría perfectamente burlar los controles e instalarse, como deseaba, en algún lugar hermoso al borde de su Caribe habanero, pero sería como aceptar lo inaceptable y sabes que él nunca haría algo así. Su lucha continúa; nadie tiene el derecho de privarnos de poder pisar la tierra que sentimos como nuestra, de poder respirar el aire que sentimos como nuestro, de convivir con la gente que sentimos como nuestra gente y de descansar junto al mar que sentimos como nuestro mar. Mientras eso no sea posible en Cuba ha decidido instalarse en este confín. Él sabe que desde aquí La Habana está sólo un paso más allá del horizonte.

Pensé incluso en hacer una nota *Desde Galicia* para *Encuentro en la Red*, pero por una mezcla de pereza y timidez lo fui dejando. Ahora que *Encuentro* se dispone a revisar con calma aquella mudanza inesperada me pareció que era una buena ocasión para hacerlo por si todavía queda alguien confundido por las noticias de aquellos días.

(Continuará)

Sigüeiro. Julio, 2002

En la prensa internacional



” Cuentan sus amigos que a Jesús Díaz le encantaba hacer el chiste de un perro de la entonces Alemania oriental que cruzó el muro y se jactaba de que en el lado que había abandonado tenía de todo. ¿Y entonces, qué has venido a hacer aquí? —le preguntaba el coro de perros—. «He venido a ladrar un poquito». (...)

Jesús Díaz tenía vocación y experiencia fundadora y la certeza de que un proyecto democrático para Cuba tenía necesariamente que unir voces de todas las orillas. A eso se dedicó en el último decenio de su vida. El resultado de su trabajo fue la revista *Encuentro de la cultura cubana*, que se convirtió desde sus inicios en uno de los espacios construidos desde el exilio para pensar y repensar a Cuba. (...)

Díaz abogaba por el levantamiento del embargo de EE UU contra la isla, era favorable al diálogo y a la reconciliación, criticaba la ley Helms-Burton, pero al mismo tiempo criticaba la falta de libertades en la isla. No era complaciente ni con La Habana, ni con Washington. En resumen, una voz molesta.

El País

España [4-mayo-2002]

” *Tributo a Jesús Díaz en La Habana*

El polémico cantautor cubano Pedro Luis Ferrer pidió a los asistentes a su más reciente concierto en La Habana que hicieran un minuto de silencio en memoria del escritor Jesús Díaz, fallecido a comienzos de este mes en el exilio a los 61 años.

Ante unas 1,000 personas mayoritariamente jóvenes, Ferrer se atrevió a recordar a Díaz, novelista y cineasta, quien fuera director de

la revista *Encuentro de la cultura cubana*. El escritor había sido convertido en blanco de ataques oficiales de la jerarquía castrista.

Ferrer, cuyas canciones críticas no promueven los medios de difusión en la isla, salió al escenario leyendo poemas sobre la democracia y la libertad, y solicitó al público silencio «por un intelectual cubano, que era una gran persona».

La primera reacción del público fue aplaudir cuando se mencionó el nombre y a continuación se rindió el homenaje.

El Nuevo Herald

Miami [24-mayo-2002]

” Era el cronista de la Cuba socialista (...)

En su primera novela *Las iniciales de la tierra*, Díaz evoca, en un lenguaje lleno de imágenes, los primeros años de la revolución. El libro fue celebrado por los críticos como la «novela de formación latinoamericana». Su última novela traducida al alemán es la sátira *Dime algo sobre Cuba*. En ella Díaz acompaña con mucho humor a un Don Quijote cubano por el mundo de la cotidianidad socialista.

Sueddeutsche Zeitung

Alemania [4-mayo-2002]

” (...) Jesús Díaz dirigía (...) la revista

Encuentro de la cultura cubana y su versión digital *Encuentro en la Red* «espacio plural que tiene el privilegio de ser la revista cubana más vilipendiada —en público— y más leída —en privado— dentro los confines de la isla», según escribe en este mismo medio Luis Manuel García. No en vano, tanto estas publicaciones como la propia figura de Jesús Díaz fueron un nexo de unión entre

los escritores cubanos del interior y del exilio. «Lo principal es que los cubanos aprendamos a expresar nuestras discrepancias en paz —escribió Díaz—. Nunca he negado que apoyé la revolución cubana, pero ese apoyo fue muchas veces crítico».

JUAN CARLOS MERINO

La Vanguardia
España [4-mayo-2002]

“ (...) Sin embargo Díaz fue un hombre de la revolución a la que se había sumado incluso antes del triunfo de Castro. Ayudó a promover reformas en el sector cultural y universitario, fundó y dirigió la por entonces más importante revista cultural de Cuba, *El Caimán Barbudo*. Muchas veces se le citaba a Díaz como ejemplo de la libertad intelectual durante los primeros años del régimen castrista. Pero los tiempos de la absoluta libertad cultural y artística pronto acabaron y cuando Jesús Díaz presentó su primera novela *Las iniciales de la tierra*, el libro no se publicó «por falta de papel». Díaz y sus lectores tuvieron que esperar diez años hasta la publicación.

«En el fondo debería dar las gracias a la ‘democracia cubana’, hizo mejorar mi libro. Tuve mucho tiempo para trabajarlo, incluso para reescribirlo», diría Díaz años más tarde con la serenidad de alguien que —como muchos cubanos— había aprendido a tener paciencia después de tanto esperar. En la última versión de la novela, el análisis social era más agudo, la crítica a la política más consecuente y la expresión más precisa. El libro es un directo ajuste de cuentas con el régimen comunista cubano, es una sátira sobre la palabrería revolucionaria, el dogmatismo maoísta, el oportunismo de los funcionarios del partido y la burocracia descahellada. No es una negativa total al régimen, más bien reproduce la postura de muchos cubanos que en los años 80 seguían creyendo en las metas de la revolución, pero tenían

serias dudas sobre la política y el comportamiento de sus representantes oficiales.

WALTER HAUBRICH

Frankfurter Allgemeine Zeitung
Alemania [4-mayo-2002]

“ (...) Ha habido muchos intentos de difamar a Jesús Díaz. Como traidor, tráfuga, revisionista, contrarrevolucionario. Por otra parte corría la voz que fuese un *agent provocateur* del servicio secreto cubano. No se le perdonaba que defendiera la reconciliación con tanto fervor como antes las metas de la revolución. Su fuerza motriz era el sentimiento de responsabilidad y el miedo a una posible matanza. «Hay demasiados culpables en Cuba», dice en su tercera novela *La piel y la máscara*. «Alguien debe empezar a perdonar». Para los tiempos después de Castro, Jesús no optaba por cargos políticos. Pero yo sé que hubiera sido de los primeros en volver a la Cuba libre. Allí habría seguido como director de *Encuentro*, respetando su voluntad de ser testigo de los sucesos, no juez.

ERICH HACKL

Die Presse
Austria

“ (...) Viviendo y trabajando con todas sus fibras para hacer perdurar, por encima del tiempo y de las vicisitudes políticas de su isla natal, una cierta cultura pujante y frondosa, Jesús Díaz había creído, durante su juventud, en la revolución. Las decepciones llegaron más tarde (...)

Jesús Díaz no había perdido la esperanza. Soñaba con retornar a Cuba algún día y fundar allí un periódico libre y ardiente. Como él.

ARMELLE HELIOT

Le Figaro
Francia [6-mayo-2002]

“ (...) Ahora que acaba de morir Jesús Díaz, que ya estaba exiliado y que fue quien aquella noche se levantó del asiento al ver

entrar en el Chicote la figura de Manuel Díaz Martínez; los dos se sentaron luego en silencio, como si fuera demasiado prolongado lo que tuvieran que contarse, y recuerdo que en algún momento se miraron otra vez y otra vez se abrazaron, en una especie de lucha interior por hacer del silencio la conversación más honda, la más larga.

Qué historia. La de aquella noche parecía una reconciliación que dejaba atrás heridas distintas, que cada uno vivió a su manera a lo largo de los años y que convirtieron la historia de ellos dos, poeta y novelista, ciudadanos, en símbolo de una diáspora que ha segado la ilusión, la esperanza y la vida de multitud de cubanos a los que ha sido, y es, imposible ese abrazo.

En aquel entonces, Jesús Díaz aún no había tenido la idea de su *Encuentro*, la revista en la que ha querido concentrar su energía civil de los últimos años, tratando, con fortuna a veces, de propiciar una reconciliación que ni siquiera los años que pasen hará completa.

Los que estábamos en el escenario de aquel abrazo podemos contar cómo fue, pero no podemos descifrar del todo, es demasiado grande, la metáfora que encerraba. Cuba es una tierra que fue una ilusión, y luego hizo lo que hacen con los hombres las dictaduras: sucesivamente fue una tierra de expulsión, propició rupturas, incomprendiones y desdichas, hizo que su propio exilio fuera la consecuencia feroz de un infierno; ha cortado de raíz la convivencia entre unos y otros, y ha quebrado amistades y sembrado abismos insalvables. Cuando se producía un encuentro —como aquel entre Manuel Díaz Martínez y Jesús Díaz— parecía que al menos una herida ingente se estaba cerrando.

JUAN CRUZ

El País

Madrid [5-mayo-2002]

☞ (...) Como a todos los cubanos, a él le tocó una época muy difícil: de joven se

ilusionó con la Revolución, pero fue decepcionándose hasta verse obligado a exiliarse. Siempre fue muy valiente, cuando estaba dentro y ya desde fuera, porque siempre fue muy fiel a sus ideas y sus convicciones. Él nunca se traicionó, los que traicionaron la Revolución fueron otros. Sus ideales de libertad y de verdad los llevó por bandera hasta el final.

JESÚS MUNÁRRIZ

La Razón

España [4-mayo-2002]

☞ Los periódicos que han reseñado el fallecimiento del escritor y cineasta cubano, Jesús Díaz, hablan de una muerte súbita, producida mientras dormía en su casa, en Madrid, la madrugada del 2 de mayo. Pero yo sé que no es así. Aunque prematura e inesperada, la muerte de Jesús Díaz (La Habana, octubre de 1941) comenzó en 1991, cuando salió de Cuba rumbo al exilio. Tengo delante de mí, mientras escribo, una fotografía suya tomada hace muchos años en una calle habanera cercada por automóviles antiguos: la imagen lo capta muy serio, algo incómodo por la prolongada pose ante una fotografía sin talento. Sin embargo, allí, con su cabello todavía oscuro y sin esa sonrisa que después reproducirían los suplementos literarios europeos que consignaron sus éxitos como novelista, estaba un hombre vivo, absolutamente bello y plantado en su ciudad como un rey. La Habana puede ser una enfermedad, que se padece mientras se la habita porque su gradual deterioro aflige muy profundamente el corazón de quienes la aman, que se agrava cuando es preciso abandonarla y puede matar si se tiene la certeza de que no se podrá regresar a ella..., no mientras viva el dictador.

Y Jesús Díaz, nacido en Luyanó (el mismo barrio de «Bigote de Gato») era un habanero cabal. Era un blanco (medio catirón) que hablaba con el acento de los mulatos de su

país, musicalidad que había adquirido en su temprano deambular por su barrio natal. Y así mismo escribía. En una reciente entrevista que concedió a propósito de su último libro, *Las fugas de Manuel*, novela sin ficción que narra la historia de un joven compatriota suyo a quien encontró en Berlín después de azarosa peripecia y a quien terminaría adoptando como hijo, dijo que lo peor del exilio para un escritor es «la falta de relación directa con los lectores inmediatos y con la variante específica de la lengua en la que trabaja».

Editor desde Madrid de la revista *Encuentro*, que logró unir las voces de todas las orillas de Cuba, declaró hace poco: «Sólo deseo que tengamos un país donde podamos vivir todos y una revista donde podamos discutir democrática y civilizadamente nuestros muchos desacuerdos».

Era, lo que se llama, un hombre precioso.

MILAGROS SOCORRO

El Nacional

Caracas [9-mayo-2002]

☞ El escritor, periodista y cineasta cubano Jesús Díaz, fundador y director de la revista *Encuentro de la cultura cubana* y una de las figuras insoslayables de la literatura de la isla, falleció la madrugada del jueves en Madrid a la edad de 60 años. (...)

«La muerte es injusta», dijo desde Tenerife el cineasta Rolando Díaz, hermano de Jesús. «El tenía un sueño: que los cubanos pudiéramos algún día entendernos quitando de en medio las miserias humanas; quería que las ideas políticas dejaran de ser una separación tan brutal como para impedirnos entendernos, porque era un convencido de que la esencia de la cubanía está por encima de todas estas mezquindades».

«No sólo fue un novelista importante dentro de la literatura cubana, sino el más hábil animador de la cultura cubana tan pronto como llegó al exilio», dijo el columnista

Carlos Alberto Montaner. «*Encuentro* marca una etapa muy importante en la expresión de la *intelligentsia* cubana en el exterior. Hizo una cosa muy amplia, y consiguió incorporar a mucha gente residente en la isla que tuvo el valor de publicar en una revista profundamente odiada por el régimen». (...)

El Nuevo Herald

Miami [3 y 4-mayo-2002]

☞ (...) En Berlín, la ciudad «donde el invierno puede extenderse durante diez meses al año», (...) Díaz pasó un año con una beca del Programa Aléman de Intercambio Académico. Allí recibió en 1992 un mensaje lleno de amenazas del ministro cubano de cultura Hart, en respuesta a unas afirmaciones críticas de Díaz sobre la política cubana. Jesús Díaz se merecería la pena de muerte por ser un traidor y debería cambiar su nombre por el de Judas. A consecuencia de estos sucesos, Díaz permaneció varios años en Berlín, impartiendo cursos en la Academia Alemana de Cine y Televisión. Fue este el «Escándalo Biermann» cubano.

Berliner Zeitung

Alemania [4-5-mayo-2002]

☞ Jesús Díaz vivió una odisea. Un viaje donde su Ítaca era la supervivencia en tiempos donde todo alrededor se desmoronaba. De La Habana a Berlín. La travesía a Madrid. La literatura siempre presente, su pasión por el cine que le ayudó a sobrevivir, siempre, con Cuba muy adentro, tanto como el dolor de la lejanía. «El exilio no se lo deseo a nadie en sitio alguno». Esa era la frase que, en los últimos tiempos, repetía a cada ocasión. Cuba, de la revolución al exilio, fue siempre el germen del que nació su literatura. «La política es una sombra maldita que persigue a los escritores cubanos. A veces creo que hubiera preferido ser un escritor costarricense para que la política no invadiera

tanto». Aunque más que la política, le invadió la realidad. Único destino de ese género que cultivó magistralmente y que a lo Truman Capote definía como «narrativa sin ficción».

JUAN CARLOS RODRÍGUEZ

La Razón

España [4-mayo-2002]

“ (...) Crítico acérrimo tanto del régimen de Fidel Castro como de la política norteamericana hacia Cuba, Díaz (...) era desde 1996 el principal dinamizador de la notable revista *Encuentro de la cultura cubana*

Público

Portugal [5-mayo-2002]

“ (...) Desde los volúmenes de cuentos, las principales criaturas y paisajes en sus libros son los de su isla, personajes y trasfondo tratados con un sentimiento de pertenencia y que aún en la grave confrontación de situaciones sociales y relaciones humanas son descritos con apego. (...) Hay que destacar la diferencia entre el ardor de sus ataques políticos y la maestría con que conducía sus novelas, en las que los elementos del tema se dirigen a la condición humana en general, no al momento como punto trascendente sino como posibilidad literaria de identificación universal. (...) En él no se dio el caso del hombre que divide el tiempo en dos trabajos, sino el de dos hombres que trabajan a la vez. Hasta que un día su corazón, que tanto colaboraba con sus libros y sus amigos, le dijo que no más, que él ya había consumido muchos años por adelantado.

LUIS FAYAD

El Tiempo de Bogotá

Colombia [9-junio-2002]

“ (...) De libro en libro, este novelista sutil y refinado (...) ha examinado desde todos

los ángulos el sueño derrumbado de su juventud revolucionaria y las secuelas de un ideal extraviado.

Una frase de su novela *La piel y la máscara* resume muy bien las razones por las que se dedicó a observar con obstinación los engranajes del sistema que abandonó : « No es que quiera hablar de política, sucede simplemente que no puedo evitarlo. Hace treinta y cinco años que la política, como el mar, rodea a Cuba por todas partes, la lame y la penetra.»

RAPHAËLLE RÉROLLE

Le Monde

Francia [6-mayo-2002]

“ (...) Su obra y su revista trimestral, *Encuentro de la cultura cubana*, (...) constituyen uno de los símbolos más constructivos del exilio: abierta a escritores e intelectuales de dentro y de fuera, la revista ha ayudado a cauterizar el desgarramiento cubano. (...) La prematura desaparición de Jesús Díaz entristece a todos los que sueñan con una reconciliación cubana sustentada sobre la cultura de su pueblo más que sobre los intereses económicos de algunos.

PHILIPPE LANÇON

Libération

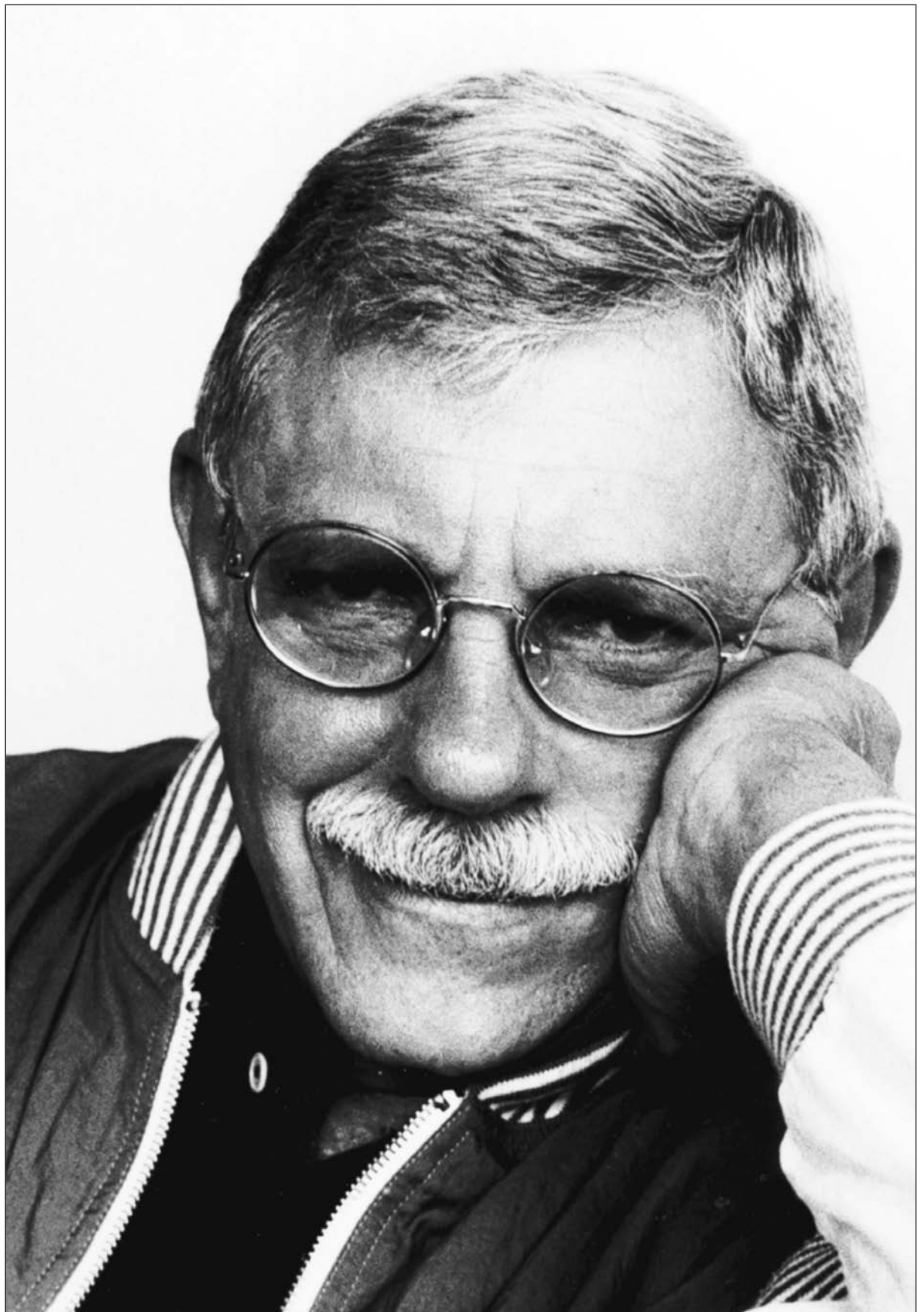
Francia [4-mayo-2002]

“ (...) La experiencia del exilio radicalizó su sentido de la crítica política. Oficialmente vilipendiada en Cuba, *Encuentro* se ha convertido en lectura esencial para los intelectuales cubanos tanto de la isla como de la diáspora. El exilio también alimentó la imaginación de Jesús y constituyó el tema de su última novela, *Las cuatro fugas de Manuel*, publicada en España a principios de este año.

MICHAEL CHANAN

The Guardian

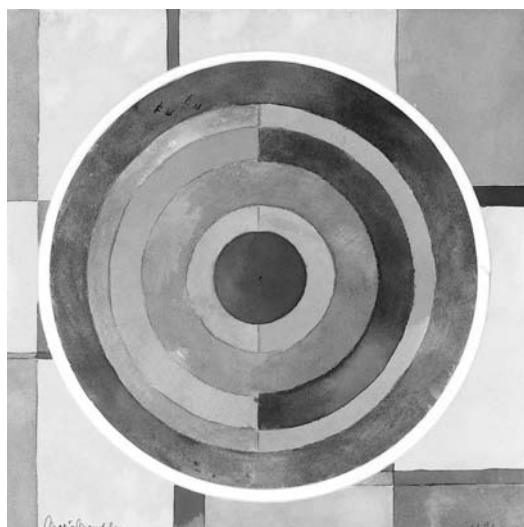
Gran Bretaña [17-mayo-2002]



Segundo CD-ROM de Revista de Libros

Con el contenido completo de los números 25 al 48

REVISTA DE libros



enero 1999 - diciembre 2000

Puedes conseguirlo gratis:

- Si renuevas tu suscripción.
- Si te suscribes por primera vez.
- Si regalas una suscripción a un amigo.

www.revistadelibros.com

Si estás interesado en recibir un número de promoción, envíanos tus datos a:

promocion@revistadelibros.com

o por correo:

Revista de libros c/ Rafael Calvo, 42 2º esc. izda. 28010-Madrid

Los perros

Pablo Díaz Espí

para mi padre, su cuento

ERNESTO ABRIÓ LOS OJOS Y CONTEMPLÓ LAS RUINAS LISAS Y AMARILLAS DEL teatro Amadeo Roldán. Los andamios parecían invadir el edificio. Le daban el aspecto de una araña que después de muerta es devorada por un centenar de hormigas. Ernesto imaginó que antes del fuego debían haber acudido allí muchos espectadores. Ahora la cal de las paredes se había esparcido por el vecindario, y sentados en el soportal sólo había cuatro negros sin camisa y con las cabezas cubiertas por gorros de papel.

La noche anterior había caminado varias veces a lo largo del malecón, intentando extraer algunos recuerdos de la bruma con que la amnesia los había cubierto en su memoria. Al final se había quedado dormido en el parque frente al teatro, y sus recuerdos seguían tan lisos y amarillos como las ruinas.

—¡Eh! ¿Me dice la hora? —le preguntó a un hombre que caminaba junto a la fuente.

El hombre se detuvo, sorprendido, y luego continuó, murmurando. Ernesto quiso levantarse y exigirle una respuesta, pero le pareció imposible poderse separar del banco donde aquella atmósfera lo adosaba. Había algo oculto, respirable, que se metía en el cuerpo de las gentes haciéndoles bajar los ojos y reconcentrarse en sí mismas.

Ya llevaba dos días en la ciudad y todavía no había visto a ningún conocido; aunque, a decir verdad, había decidido encontrarse primero con las esquinas y los árboles de su infancia, cosas inofensivas e inmóviles que la amnesia aún le permitía recordar a retazos... Ciertas columnas altas y delgadas como palmas, el portal de una bodega, los parques de la Avenida de los Presidentes... Sólo esas cosas habían resistido intactas el paso del tiempo. Quizás a través de ellas; pensó, él pudiese rescatar amistades perdidas en la niebla de su memoria. ¿No le había recordado el Estadio Latinoamericano las tardes junto a los negros de la calle Maloja; las discusiones sobre lo que sucedería en la serie nacional de béisbol? Y el antiguo cuartel de policía ubicado tras las gradas del jardín derecho del terreno, un edificio sórdido de paredes grises y pintorreteadas, ¿no había cursado él allí la escuela primaria? Ernesto recordó que, en el patio, desde encima del tanque del agua, podía atisbarse el baño de

las hembras. Una tarde él se había encaramado y visto a una maestra: mientras orinaba, la mujer estrujó una hoja de libreta, luego se puso de pie, con la saya enrollada en los tobillos, y se frotó la hoja por la mancha oscura que le resalta-
ba entre los muslos blancos. Ernesto había olvidado aquella imagen, y sólo los
muros de la escuela fueron capaces de atraerla nuevamente a su memoria.

Aguantó la respiración y miró en derredor, como un animal que oliese un
peligro invisible. Había esperado que sus olvidos fueran sólo momentáneos,
pero el domingo, como a propósito, se le venía encima con una fuerza que
parecía aplastar a todos; revelarles el horror de una pesadilla en que habían
estado sumidos sin darse cuenta. «Bah, es idea mía»; dijo, y se estiró en el
banco intentando romper la inercia. Iría a ver a Tania. En definitiva, esto era
lo que más le interesaba. En otro tiempo habían vivido prácticamente juntos,
amándose como sólo se es capaz de hacerlo a los quince años. Tania no estaba
entre las más bonitas de la escuela, pero sí entre las más atrevidas. Juntos
experimentaron por primera vez la sensación que produce el contacto con
otro cuerpo desnudo, y especularon tanto sobre el futuro que hasta llegaron a
creerse capaces de manejarlo. Después habían empezado a salir mal en los
exámenes, a faltar a clases, y él, Ernesto, fue enviado al servicio militar. Lo
mandaron a la guerra de Angola, un disparate que lo trastocó todo, y Tania,
de forma indirecta, se convirtió en una de las víctimas de la contienda. Al
desembarcar de vuelta Ernesto sintió unas ganas desesperadas de verla, mas
luego pensó que era mejor terminar con los médicos y los salones blancos
donde le examinarían, y sólo entonces —¡Al fin libre!— darle la sorpresa.

Se pasó las manos por la cabeza. Los planes que ideaba tendían a desvanecerse
a la hora en que su cuerpo debía ejecutarlos. Tenía el pelo corto y una
barba dura y dispareja, como de espinas. Sus párpados reflejaban cansancio,
pero las pupilas mantenían cierta chispa de desconfianza. Tres años era
mucho tiempo, incluso más de lo que él y Tania habían estado juntos. «Nin-
gún hombre se puede sentir seguro cuando ha estado tres años separado de
su mujer»; se dijo. Había cavilado sobre el asunto a lo largo de los dos días
que llevaba en la ciudad, hasta que la noche anterior, en el malecón, resolvió
que sólo el encuentro lo sacaría de la incertidumbre.

Logró separarse del banco imaginando la cara de Tania al verle..., los
besos, las caricias que tanto había evocado él cuando trataba de consolarse en
la lejanía y aún llevaba memoria dentro para recordar algún gemido, alguna
noche específica.

Los negros seguían en el soportal: cuatro manchas oscuras resaltando
sobre una fachada descolorida. De pronto, explotaron en una carcajada.
Ernesto miró en derredor y no encontró nada cómico. ¿De qué se reían? ¿Por
qué los negros sin camisa y con sombreritos de papel siempre se estaban rien-
do? Convencido de que aunque no lo mirasen era la causa de la risa, echó a
andar y confirmó el estado anormal de las cosas. Hasta el sol parecía quemar
más de lo acostumbrado. Las enredaderas que crecían sobre las columnas del
parque estaban agostadas, los rayos que las traspasaban volvían a levantarse
del cemento creando charcos de agua imaginaria en la lejanía. Atravesó el

parque, llegó a la calle desierta y sintió una ráfaga de aire proveniente del mar. Recordó. La madrugada anterior la brisa le había penetrado hasta los pulmones, enaltecíéndole mientras recorría la distancia entre la bahía y el río Almendares. Durante el paseo se le había ido uniendo gente. No se dio cuenta cuándo ni a partir de qué punto; las siluetas fueron recortándose en la oscuridad y echaron a caminar a su lado, como si también disfrutaran del frescor del amanecer. Entonces él se sintió más seguro de sí, pues antes le había parecido extraño que nadie percibiera la belleza embriagadora de la noche. Al principio, mientras escuchaba a pedazos las conversaciones de los diferentes grupos, la corriente lo guió por calles oscuras y desconocidas.

Y entonces los perros habían empezado a molestar.

La peregrinación los fue despertando hasta que todos se pusieron a ladrar. Ernesto se preguntó quién era y qué hacía toda esa gente caminando por La Habana a esa hora, entre murmullos y gritos que proferían los que se quedaban rezagados. Poco a poco, los gritos se fueron confundiendo con los ladridos hasta que le fue imposible diferenciarlos. Desesperado, se dio vuelta y buscó las calles contrarias a las que tomaba la multitud. Logró encontrar un callejón vacío y, por algún motivo, intuyó que la gente se dirigía a la Plaza de la Revolución.

El cansancio le provocaba calambres en las piernas cuando se topó con el parque. El oscuro espacio brotó de golpe entre las casas y él pensó en recuperar la tranquilidad. Se dejó caer en un banco, subió las piernas y metió la cabeza entre ellas. Todavía por un rato, los perros siguieron ladrando cada vez que algún solitario hacía chirriar las rejas que separaban los jardines de las aceras. Agotado, con el aire de mar se fue quedando dormido.

Volvió a fijarse en las ruinas del teatro. Uno de los negros bajaba por los andamios con una carretilla llena de escombros mientras los otros le tiraban piedrecitas y reían a carcajadas. Ernesto los observó desde la esquina donde gracias a la brisa había recordado la noche anterior. Le pareció que era la noche, unida a esa mañana de domingo, las que provocaban la atmósfera de lentitud. ¿Adónde iría toda esa gente al amanecer? ¿Por qué nadie respondía a sus preguntas? ¿Encontraría también a Tania del otro lado del prisma que deformaba la realidad? Las preocupaciones se abalanzaron sobre él cuando cruzó la calle.

Había vivido mucho tiempo en el monte, entre escaramuzas y combates, y se había acostumbrado al peso de las mochilas y del fusil. Caminaba tambaleándose, hasta el punto de que la acera le resultó demasiado estrecha. Pensó que la anormalidad de un cúmulo de detalles semejantes a la estrechez de la acera sería el precio a pagar por haber vuelto a una ciudad donde no había explosiones ni nadie que le impartiera órdenes. «Y todos esos detalles se acentuarán hoy» —murmuró—. «Que la calma del domingo alcanza incluso a los perros.» Miró al cielo y se dio ánimos calculando que con el tiempo se acostumbraría a los domingos y al ancho de las aceras. «Por ahora es como estar fuera de mi elemento» —dijo—. «Sólo tengo que sentarme en cada parque que me

tropiece y ponerme a ensartar recuerdos.» No importaba que éstos fueran inventados; el objetivo era encontrar el valor que la vida había perdido al volverse tan lisa y amarilla de repente. ¿Qué le interesaba si aquel cuartel de policía era o no una escuela? En definitiva la Revolución había convertido muchos cuarteles en centros de enseñanza y eso era lo que él no había olvidado.

En la Avenida de los Presidentes parecían haber prohibido el tráfico. Varias personas andaban por el centro de la calle como si tal cosa fuera normal. Ernesto las observó un rato, luego cruzó y siguió su camino. Desde su llegada, solamente un loco le había mirado a los ojos. Eso hacía que a cada momento se le activara el mecanismo de preguntas y respuestas que había desarrollado en Angola, para protegerse de la soledad y la nostalgia. ¿Acaso era él quien no andaba bien? La pregunta le retumbó en la cabeza como una explosión. Debió consolarse pensando que, de ser así, los médicos no le habrían dejado tranquilo tras los exámenes. Incluso la amnesia, según le dijeron, a medida que rehiciera su vida iría desapareciendo.

En ese instante, como por ensalmo, memorizó algo. Casi vio ante sí el camión cargado de reclutas y sargentos. Venían de un sitio donde habían combatido durante semanas, llamado Cuito Cuanavale. Viajaban llenos de fango hacia el puerto desde donde regresarían a Cuba, y el destino, hasta ese día, se había portado relativamente bien con ellos. Incluso el negro Sosa, que tiritaba de fiebre bajo las colchas, unía su voz entrecortada al coro:

Ay, que me vengo cayendo
ay, de la juma que tengo,
para motorista que me vengo cayendo...

U'Reilly entornaba los ojos y decía que con veintiún años podía empezar lo todo de nuevo. A fin de cuentas, en un par de semanas cruzarían el Atlántico y llegarían a casa. El camión saltaba por el camino, los cuentos se interrumpían unos con otros y se evitaba mencionar los nombres de los fallecidos... Era en ese instante cuando un banco de niebla gris, sucia, se esparcía por la memoria de Ernesto; como si alguien, una mano invisible, abriese con violencia un paréntesis en el tiempo. Ernesto no recordaba más que el estruendo que le desbarató los tímpanos y las diminutas piedras que se convirtieron de repente en todo el universo de su vista; el sabor del polvo desértico en la lengua y una humedad pegajosa esparciéndosele entre el uniforme y la piel. Ahí comenzaban el olvido, los estados de inconciencia, la sensación de ahogo monstruosa y nauseabunda que por miedo le había ocultado a los médicos.

Los exámenes ocurrieron tras el desembarco. Tuvieron lugar en unas salas frías y unos pasillos tan enormes que los reclutas se comportaron como sonámbulos. Les habían desnudado, hecho pruebas, y ellos, con el desespero de terminar, no hicieron mucho caso de nada. «Luego volverán»; les dijeron los médicos tras sus batas blancas, y él no podría explicarlo, pero cuando salió fue como si hubiese dejado allí una parte de sí mismo.

Sumido en los bosquejos que se formaban en su mente, llegó a la zona de La Rampa. El viento batía con violencia y el salitre del mar se incrustaba en las paredes y los troncos de los árboles. En días de ciclón el mar inundaba las calles. Entonces se podía andar en bote por entre los edificios, y se corría el riesgo de ahogarse en los alcantarillados. Tania vivía allí, en el edificio más alto de La Habana. ¿Qué le importaba a él todo lo demás ante la posibilidad de ver cumplido el deseo que llevaba metido en el pecho desde hacía tres años? Elevó la vista y contempló la torre de pisos grises que parecía inclinarse hacia adelante. Avanzó hacia la entrada y dos perros echados junto al portero comenzaron a gruñirle. Eran flacos, lampiños, y se alteraron aún más cuando el eco reprodujo los ladridos.

Ernesto volvió a acordarse del camión y la mina, de los ladridos que escuchó semiconsciente en el suelo, rodeado por la sangre y las vísceras de los compañeros muertos, a quienes devoraban los perros jíbaros sin intimidarse ante los gritos desesperados de los heridos. La imagen le hizo detenerse ante los odiosos perros; preguntarse por qué ladraban con esa furia, por qué se había equivocado el destino, por qué aquella manada hambrienta desgarrando la carne chamuscada hasta que llegaron los otros camiones y alguien disparara una ráfaga..., hasta que el portero los acalló dando con una lata en el piso.

El vestíbulo del edificio era más pequeño de lo que él había imaginado por culpa de la falta de memoria. Un par de muchachas conversaban en un rincón mientras la recepcionista discutía con un viejo. Le explicaba que no había electricidad y que por tanto no se podían utilizar los elevadores. El señor protestó y la recepcionista alzó la voz.

—¡Tá prohibió subir por la escalera sin ante tener un pase firmao, y yo no voy a firmar pase hasta que no venga la lú!

El viejo salió, diciendo que la luz nunca iba a venir, y Ernesto se sentó junto a la recepción, lo más lejos posible de la puerta y de los perros. Buscó una libreta en su bolsillo y comprobó que Tania vivía en el piso diecisiete. Frente a él las muchachas rieron y se sintió incómodo. Se fijó en el traje carmelita de botones grandes y ridículos que llevaba puesto. Tras la llegada le habían dado ropa idéntica a todos, y la única talla disponible era mucho más grande que la que él usaba. En realidad las muchachas no le habían mirado ni una vez, pero el traje de paño carmelita llamaba terriblemente la atención bajo el sol del domingo. Era anticuado, y Ernesto se molestó consigo mismo.

Decidió esperar y fijar su atención en otra cosa. A pesar de poder ver a Tania en pocos instantes no se sintió contento. Allí mismo se había sentado él, años atrás, horas antes de la partida. La voráGINE estaba por comenzar y él llevaba una fe ciega en que algún día todo lo que dejaba volvería a pertenecerle. Entonces se preguntó por qué, ya de vuelta, tenía que imponerse esa fe mediante el mecanismo de preguntas y respuestas. ¿Por qué dudaba de todo y de todos? ¿Por qué nadie, a pesar de su traje de paño carmelita, se fijaba en él? Pensó en la ingenua visión que tuvo antes de partir: sí, le enviaban a la guerra, regresaría como un héroe. Pero y de qué servía todo eso ahora, si nadie lo miraba. Ahora volvía a ser igual a todos y quizá incluso

menos, pues seguramente él no podría reír como reían los negros con sombreritos de papel.

En la libreta que aún sostenía entre las manos había nombres y direcciones de personas que ya no volvería a visitar. Algunas trabajarían en el campo, otras cumplirían importantes tareas, muchas se habrían exiliado. De pronto, Ernesto sintió nostalgia. ¿Pero se podía sentir nostalgia del sitio en que uno estaba? ¿Era éso? ¿Era el miedo a tener que ver ese sitio con los ojos que tenían incrustadas, en las córneas, las diminutas piedras del desierto? A su lado descubrió un teléfono. La idea de llamar y decir que estaba abajo le pasó veloz por la cabeza; sólo la abandonó al pensar que era mejor llegar sin aviso, sorprender como lo venía soñando desde hacía tanto tiempo.

Un hombre entró al vestíbulo. Avanzó hasta la recepción y preguntó si se había ido la luz.

—Se fue —afirmó la recepcionista.

El hombre era uno de éstos que hablan gritando mientras miran hacia los lados.

—¿Y a qué hora es el discurso? —volvió a preguntar.

—El discurso es después del entierro, que debe empezal en media hora —respondió la mujer.

—Allá arriba eso tá que arde, Flor —dijo el hombre—. Son miles, y más los muertos, ni se diga.

Ernesto se sintió sofocado. Había escuchado el diálogo sin interés; sólo poco a poco, las palabras habían ido adquiriendo sentido a medida que salían, borboteantes, de las bocas de la recepcionista y del hombre.

—Pobrecito esos muchachos, por suerte se ganó la guerra y no murieron por gusto —comentó la tal Flor mirándose las uñas.

—De eso e de lo que yo no estoy tan seguro —acotó el hombre, buscando complicidad—. A veces me da por no entender qué tuvieron que ir a buscar toda esa gente a Angola y Etiopía. ¡Nada más y nada menos que ir a pelear a *África!*

De repente, Ernesto captó de qué hablaban, y la sensación de ahogo empezó a invadirlo.

—Ay chico, pero si ése ha sido uno de los gestos más bonitos de la Revolución —dijo ella con asombro.

—Sí, lo era. Hasta que hoy la gente se ha dao cuenta y cada pueblito va a tener que llevar su muerto pal cementerio.

El corazón le latió con fuerza. Serían los funerales de los compañeros fallecidos en la guerra, y él había llegado hasta el límite de olvidar que más tarde, precisamente en ese domingo liso y amarillo, los iban a enterrar a todos.

En eso volvieron a ladrar los perros. Las aspas del ventilador de techo giraron y una bocanada de aire caliente inundó la habitación. Se encendieron un par de luces y la recepcionista llamó para firmar los pases. Las dos muchachas emitieron unos griticos de alegría y corrieron hacia el buró. Ernesto se sintió

confundido. Las palabras del diálogo abarcaban todo el espacio en su memoria. Se puso de pie, pero en el buró no se ocuparon de él. Le pareció flotar en una atmósfera estancada y, como un autómatas, siguió al hombre y a las muchachas hacia el elevador. A su espalda se cerraron las puertas. Los otros simulaban no verle y el elevador le produjo un palpito de claustrofobia. No soportó más la indiferencia y agitó las manos.

—Oigan, caballero, no jodan, yo soy un héroe de la guerra —masculló, pero no le hicieron caso.

Las muchachas conversaban con el hombre y tuvo que agacharse, apoyando la espalda en las paredes lisas y amarillas como el domingo y las ruinas del Amadeo Roldán. «Si al menos se burlaran»; pensó. Después, cuando alzó la vista y comprobó que los otros habían salido, se sintió mejor.

En el piso diecisiete buscó el pasillo de los apartamentos con números pares. Entonces recordó las apuestas y sonrió. Perteneían a las cosas de antes de la guerra. Jugaba con Tania en las noches, antes de separarse: ¿Quién era capaz de desnudarse en la oscuridad de las escaleras? ¿Hasta dónde se atrevían a llegar, acompañados por los ruidos de los apartamentos? Tania se sentaba en un escalón y abría las piernas. El, apoyado más abajo, besaba aquellos labios que tanto había evocado en la lejanía. Sí, necesitaba de Tania para atrapar el resto de esas imágenes. ¿Cómo era posible que tanta muerte se hubiera interpuesto entre éstas y el presente? ¿Cómo podía ser? ¿Sería tan sencillo ese tránsito entre la vida y la muerte, tan impalpable? En la guerra muchos habían caído a su lado, pero siempre de a pocos. Uno aquí, otro allá, como las hojas de los árboles. Siempre hubo tiempo de rumiar un responso, de imponer un poco de solemnidad en el tránsito. Mas la última vez todos cantaban una guarachita y de pronto, ¡PUM!, como si el destino se hubiera equivocado.

Dio unos pasos y contempló el pasillo. Era claro y largo. A un lado tenía las puertas de los apartamentos y al otro las ventanas, desde donde se divisaban un par de calles más y el mar. El Atlántico parecía estático con todos sus azules mirando La Habana. El viento batía con fuerza por sobre las azoteas llenas de trastos y ropas colgadas. Se colaba por un vidrio roto y, recordó él, nunca había logrado acallar la sinfonía de televisores que brotaba de los apartamentos... Telenovelas, juegos de béisbol, noticieros... ¿Qué importaba todo ante la posibilidad de cumplir el deseo que llevaba en el pecho? Pegó un oído a la primera puerta y escuchó una música militar sonando bajo las palabras pautadas y paternas de un discurso.

En ese instante, una descarga de salvas retumbó sobre las azoteas y se perdió en las alturas de La Habana Vieja. Ernesto se estremeció. Conocía demasiado bien ese sonido y cerró los ojos, esperando. ¿Por qué precisamente en esos momentos, cuando se hallaba tan próximo a cumplir su deseo, tenía que empezar el entierro de los compañeros? ¿Por qué volvía a equivocarse el destino de esa manera? Ante la puerta de Tania hubo algo que lo abstraigo de la realidad unos segundos. El timbre; se acordaba del timbre. Seguía siendo el mismo rectángulo de metal incrustado en la pared que un día dejó corroído por el salitre. Acercó un oído a la mirilla y percibió que también allí dentro la

banda de música militar sonaba en el televisor. Sintió miedo del encuentro, de que ni siquiera Tania le mirase a los ojos. Las imágenes del día empezaban a trocársele en la cabeza sin que pudiera fijar ninguna claramente. Intuyó que necesitaba de alguien que no fueran los médicos para atrapar esas imágenes y prensarlas en la memoria.

Esa idea le impulsó a dar unos tímidos golpes en la puerta. Quizás fuera su sensibilidad trastornada, pero tras la madera le pareció oír unos gemidos, un llanto monótono y resignado como el que había escuchado en el desierto mientras intentaba levantar su cuerpo inservible y pesado como el plomo. Otra descarga de salvas se alzó sobre la ciudad y él tocó más fuerte. Entonces algo vino corriendo del otro lado y se puso a arañar la madera.

Y otra vez habían empezado a ladrar.

Ernesto se quedó inmóvil. El maldito perro lo olía y no se callaba. Incluso él era capaz de oler el tufo que brotaba bajo su traje de paño carmelita. Alzó el puño y no se decidió a tocar. Del otro lado seguían gruñendo, olisqueando, al tiempo que un sudor frío le humedecía las manos. Una tercera descarga retumbó en el aire y en el apartamento vecino empezaron a reproducirse los ladridos. ¿Por qué nadie abría la puerta? ¿Por qué ladraban los perros con tanta insistencia? ¿Por qué observaban aquellos dos sus moribundos movimientos, como esperando? Se dio cuenta de que no podría llegar en esas condiciones ante Tania. Los padres empezarían a gritar, a hacerle preguntas, y entonces tendría que responderse a sí mismo cosas que ciertamente no sabía. ¿Por qué acudían a su memoria las ruinas de un teatro? ¿Estaría vivo realmente? El mareo volvió a invadirlo cuando husmeó un ligerísimo olor a pólvora estancado en el aire.

Se le ocurrió bajar y llamar por teléfono; avisar antes y así evitar la alteración de los perros. Echó a correr mientras el recuerdo de los muertos le inundaba la memoria, fustigándole. En el elevador las paredes lisas y amarillas volvieron a atormentarlo. Tuvo que agacharse nuevamente e intentó rescatar alguna imagen, mas sólo la imagen de los muertos acudía. También había vuelto el vértigo nauseabundo que por miedo le había ocultado a los médicos. Desde el suelo intentó apretar los botones del elevador, pero no los vio o no había. Era como si lo bajasen a la fuerza en un ataúd descolorido y nadie oyera sus gritos.

El descenso se detuvo y le pareció que había llegado al fondo, pues de repente se vio solo, acompañado apenas por el olor putrefacto que despedía su cuerpo bajo el traje de paño carmelita. No recordaba nada. ¿Quién era? ¿Por qué estaba en ese lugar tan oscuro, como el fondo de la espiral en donde desde hacía años había empezado a caer? Todo sucedió tan rápido que no había entendido. Iba a echarse a llorar. Luego pensó que, al menos allí, los perros de arriba no le perseguirían.

El viejito del cementerio

Josefina de Diego

SONRÍE, COMO SI NADA. PASEA ENTRE LAS TUMBAS, LAS LIMPIA, LES QUITA EL polvo y las hojas secas. Le gusta conversar y los ojos se le iluminan cuando habla de Galicia. «España toda es muy linda», afirma, mientras retira unas flores, mustias ya de tanto sol. «Aquí hay muchos españoles», me comenta y no me atrevo a preguntarle si se refiere al cementerio o a la isla. «Sí», le respondo, «mi abuelo era asturiano y está aquí» y señalo con la cabeza hacia un lugar impreciso. El viejito parece entender, perfectamente, la ambigüedad de mi gesto. En un pestañazo me cuenta toda su vida. Vino a Cuba a los doce años y ya tiene ochenta. Nunca regresó a Galicia pero la visita todas las noches, en sueños. «Esta es mi casa», me dice con una sonrisa, y un escalofrío recorre todo mi cuerpo.

Le encargo que cuide las tumbas de mis abuelos y de mi padre. «No se preocupe», casi murmura y, con una agilidad extraña, se pierde entre los sepulcros.

La fiesta del cazador

Lourdes Arencibia

EN LA FACHADA DE LA TABERNA DE UN INSUFICIENTE CASERÍO LEVANTADO CON desgano al borde del camino, el letrero anunciaba: Bálsamo de Alcobendas. No sé qué hacía en aquel sitio, ni lo que marcaba, ni por qué había elegido yo aquel lugar para pasar la noche, pero el instinto me advertía que no estaba allí por gusto. Tampoco el anuncio.

—«Ganó un concurso de carteles»— me dijo, al rescate de una historia olvidada, como quien agarra un papel al aire, un hombrecito desdentado, poseedor de un chaleco sin botones, de una sola ceja que no le permitía jamás mostrar su faz definitiva, y del convencimiento de que la presencia del letrero había colocado alto alguna vez el listón de aquel sitio que, por demás, carecía de paisaje propio.

Se me antojó que la metáfora visual del tal bálsamo, inexistente y a la vez perfectamente real, era capaz de neutralizar la opacidad del momento en que la sempiterna y humana dualidad de signos de vida o muerte se traducía, de cara al simbólico paso, en un simple «o te quedas o te largas».

—«Amigo, ésta es su noche para el disparate, deje en casa el amarillo, pase y échese un trago», chillaba el hombrecillo con aplomo de animador de circo, «que en este lugar se ha hecho justicia»—

«El lenguaje nunca es inocente, menos en boca tan desdentada», pensé y conjuré como pude la incertidumbre que suele retrasar las decisiones como prisa por insinuarse.

La ruta podía haber sido otra, pero ¡total! Estaba a un tiro de piedra de la ciudad y arriba, la luna convertida en blanco perfecto, no ponía inconvenientes para suscribir la tregua de las pistolas y encabezar la lista de los convocados a la audacia.

—«¿Qué es eso de Bálsamo de Alcobendas?»— pregunté al hombrecillo por ser cortés, con el convencimiento de que a las masas no hay que contrariarlas.

—«Ya ve, eso nunca se ha sabido, lo que sí puedo decirle es que el letrero que pintó Lucindo el día que se quiso hacer pasar felonía por accidente, ha marcado el lugar donde los del pueblo hicimos sencillamente lo que teníamos que hacer: tanto peor si el ajusticiado no alcanzó más capilla ardiente que la tierra cavada y ese cartel que usted ve ahí que además, ganó premio en un concurso.

¡Salió servido!

El de una sola ceja fingía hablarle a un desconocido, pero en realidad lo hacía consigo mismo. Muchas veces se había repetido aquella historia como si de veras se pudiera caminar con la muerte.

Adentro, la mujer de la saya de campana mal prendida a la cintura con un alfiler de los llamado «de criandera», arrastraba el dobladillo descosido por las banquetas del bar... y esperaba, disimulando su reverso de sombras. Esperaba fugarse un día a nuevos templos y alterar el relato del mundo con un destello de necesidad en la mirada como quien pretende después de todo desafiar lo cotidiano y buscar viejas fórmulas para dignificar el infortunio y paliar el desprestigio ancestral de la miseria.

Con las primeras luces que encendían el fuego de un verano impenitente, aguardó en vano a que el hijo de Venancio le trajera la cántara de leche para preparar el desayuno de los hombres que partían al campo sin acordarse de los martes, Venancio va a la ciudad a ver a la querida y no ordeña. Quiero decir, a la vaca ésta de aquí... Esperó entonces por el carretón que llevaría a Lucindo a casa del pintor a preparar los carteles del concurso y luego a la escuelita de la loma y con ansiedad de camello esperó también a que echaran a andar la turbina de atrás para lavarse un poco y de paso tirarle un par de cubos a las baldosas del bar que quedarían igual de sucias. Pero era de noche, Lucindo había ido y vuelto y ahí había puesto el cartel que hizo sobre el mostrador para que ella lo viera. Quedó bonito. Aguarda un momento... Había oído de lejos el silbato del tren y a lo mejor a algún pasajero con apremio la noche le pone dientes y se queda y viene y entra y le provocan sus ancas de yegua de trote y su sobaco ardiente y beberse el absintio escondido entre sus piernas. Esperó... un punto por detrás de una rutina que no confesaba su nombre. Cuando sintió que el hombre empujaba el portón, se levantó arrastrando el dobladillo descosido de su saya de campana mal prendida a la cintura y fue a quitar del mostrador el cartel de Lucindo que decía: Bálsamo de Alcobendas. No tuvo tiempo de esconderlo debajo de la pesada tapa de roble... Esta vez esperó demasiado... hasta para pedir auxilio.

La mujer de la saya de campana había cedido al fin a la impaciencia del dolor y yacía en el piso desmayada. Todo había ocurrido tan rápidamente que ni siquiera pudo contar lo sucedido a la guardia rural, a Lucindo y a los demás. El hombre creyó seguramente que estaba ocultando el dinero de la taberna debajo de la tapa de roble, dijeron los del pueblo. En el forcejeo, se la dejó caer sobre las manos, gemía Lucindo. Mira cómo se le han puesto de negras, mascullaba el desdentado. Parece como si le hubiera caído encima el árbol completo, decía la comadre. Se le ven negras porque hay poca luz, mintió el hijo de Venancio. Aguanta un poco madre, que hay que esperar que venga la carreta para llevarte a la casa de socorro. La mujer de la campana no podía escuchar el nuevo plazo. Tendría que esperar el resto de la vida antes de sujetarse de nuevo la saya a la cintura. Afuera, sin embargo, ya las cuentas habían quedado saldadas.

Quando el hombrecillo del chaleco sin botones y una sola ceja terminó su relato y decidí marcharme, amanecía. Antes de irme, saqué la cámara del bolso, ajusté el flash y tomé una foto del letrero y del lugar con el propósito de engrosar mi catálogo de rutinas y esperas. Durante largo rato permanecí contemplándome las manos. ¿Había dicho «saldadas»...?

Las polluelas

Guillermo Vidal

UNA MAÑANA ADRIA TRAJÓ MEDIA DOCENA DE POLLOS AMERICANOS Y LUEGO más, y como a la semana daban gusto colorados y bobalicones mirando por la tela metálica, después hubo necesidad de agrandar el cuartucho y era una especie de cuarto salvaje.

Olía a pienso húmedo y a mierda de pollo americano. Al principio sólo nos asomábamos pero luego nos permitieron entrar y nos cagábamos de lo lindo.

Con lo que nos gusta el olor a pienso húmedo y a cagada de pollo.

La comida extraerla de los sacos del fondo y regársela ti ti ti ti ti.

Pero los pollos americanos son medio zoquetes y tienes que agitarlos para que vayan hasta el lugar de la caseta donde les echas el pienso. Entonces ellos comen tranquilamente y hasta se dejan acariciar y sólo gritan asustados si los cargas.

A las polluelas americanas tentarlas por si están de poner y tienen el culo caliente cantidad y a uno le entran ganas. Una vez tuvimos todas las ganas porque acabábamos de ver a María Julia en chores de mezclilla y ella ni nos miró, pero nosotros fuimos hasta el cuarto de los pollos americanos con una farruquera pinta. A las polluelas americanas tú les pasas la mano por el cogote y las acaricias y les miras los ojos bobalicones y el pico abierto, jadeando.

Todo el tiempo en María Julia sin que se te escape nada. Luego vas haciendo perro cráneo en el que María Julia te dice que le quites el chor de mezclilla. Todo eso tocando suave la polluela americana recién escogida.

María Julia termina de quitarse todo y está como loca queriendo.

Darse cuenta si no se asoma Adria y poner un muchacho de los más chiquitos a que vele.

Sentarse cómodo cada uno con su polluela, no hagan mucho ruido.

Entonces supones que María Julia te secretea cochinas a viaje y el olor de ella es más fuerte que el de la polluela.

Las polluelas americanas casi siempre crían piojillos y luego qué les pasa muchachos y esa rasquiña.

Los piojillos son cabrones, joden como loco. Los piojillos son de madre.

A esa hora quién va a fijarse más o menos. Lo importante es coger una polluela gorda y que sea en verdad una polluela y no un pollo.

María Julia tan satona acariciándote.

Si es un pollo te mira con un odio y grita y se muere de rabia. Piensa si fueras un pollo y se equivocan qué condenación.

Pero nosotros que somos conocedores vamos y las pescamos al tiro.

María Julia tiene los ojos pardos.

Las polluelas también tienen los ojos pardos pero no son María Julia. Ni hablan cosas lindas ni dicen cochinadas.

Cierra los ojos. Los cierro.

Piensa en María Julia. Pienso.

Ella te está diciendo puercadas. Ya.

Toda encuerota y el pelo largo hasta los senos. Ya tienes la polluela en posición anotadora.

Bárbaro.

Ya estamos haciendo puercadas raca raca fuiqui fuiqui.

A las polluelas americanas no llevarlas recio porque con este calor y ellas que no están acostumbradas quedan más zoquetas y no quieren levantarse.

Las pones entre el pienso despachurradas y no quieren levantarse.

Se les ve clarito el botón de rosa y no se levantan y boquean y les pones agua y ni quieren.

María Julia es una basura y ni nos miró, ah. Ni está tan buena, vaya.

El chor de mezclilla le quedaba fu.

Y en definitiva ella ni nos ha mirado.

Si la polluela no se levanta trata de reanimarla urgente.

Si de todos modos queda pataleando di que le están dando el mal a los pollos americanos, que eso andan diciendo.

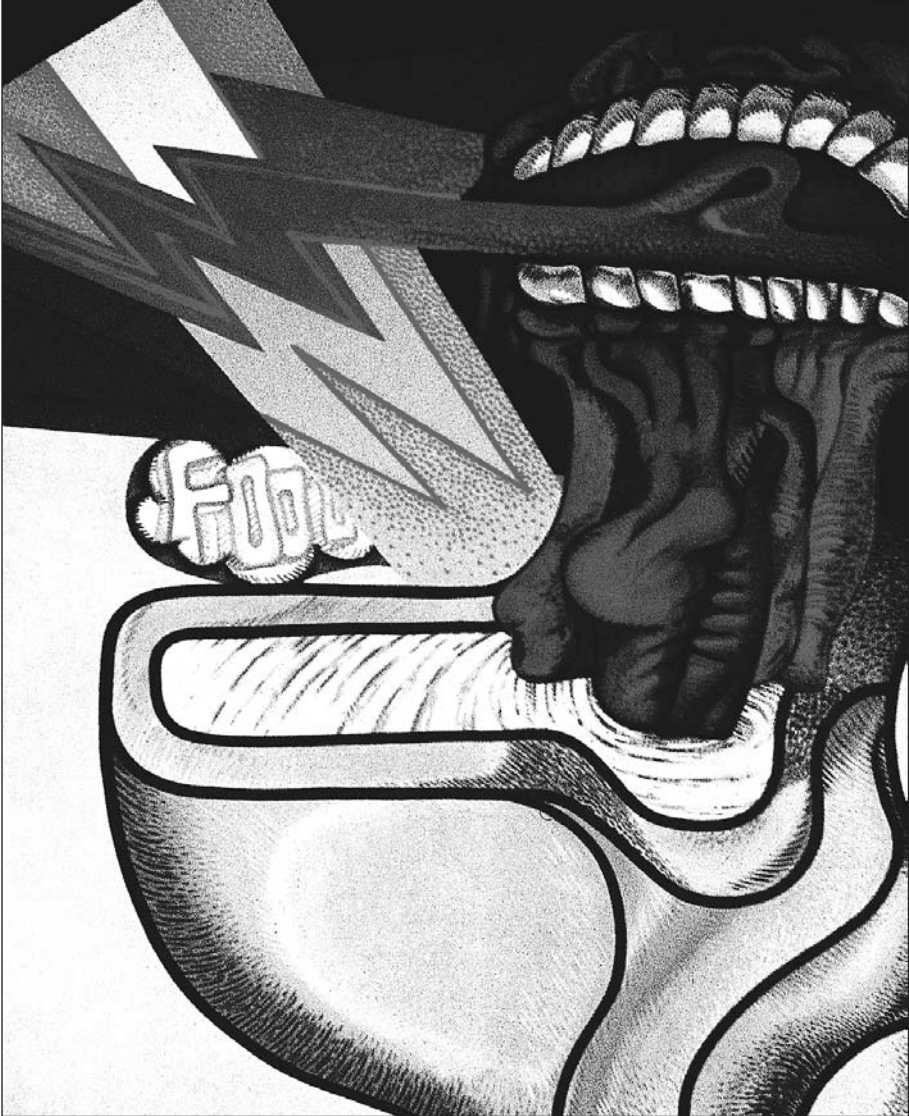
María Julia que se vaya a la porra si no la queremos. No la queremos hasta mañana.

Las polluelas americanas siguen poniéndose patulecas.

María Julia sigue allí no la podemos dejar de mirar.

Van quedando sólo los pollos porque el mal es de polluelas, le contamos a Adria y ella está por creerlo porque en el otro barrio pasa lo mismo.

No dejar a los grandotes porque esos las dejan listas en el primer round. Ellos nos echan la culpa y ahorita quedan sólo los pollos.



Epílogo*

*Acaban de avisarme que he muerto.
Lo anunció entre líneas la prensa oficial.*

RAÚL RIVERO

*Los de tu edad sólo veían cuánto te demorabas
en responder a los insultos con insultos.*

ANTONIO JOSÉ PONTE

Eliseo Alberto

EL VIERNES 7 DE JULIO DEL 2000 LLEGUÉ AL AEROPUERTO internacional José Martí de Rancho Boyeros, La Habana, en vuelo regular de Cubana de Aviación; iba solo, asustado y convencido de que después de varios años de ausencia obligatoria la ciudad no iba a ser la que había dejado a principios de marzo de 1994, fecha en que enterramos a mi padre en la pequeña tumba de la familia, allá en un jardincillo del Cementerio Colón. Yo tampoco era el mismo, por supuesto. Entre un verano y otro había publicado tres libros (*Informe contra mí mismo* y las novelas *Caracol Beach* y *La fábula de José*), setecientas páginas escritas con la urgencia de un naufrago que embotella mensajes desde un islote remoto: «No me olviden». Mi hija María José y yo, mientras tanto, nos habíamos mudado de casa cuatro, cinco, seis o siete veces, saltando de colonia en colonia hasta encontrar nido en un paraíso llamado La Casa del Árbol, en los bosques periféricos de Ciudad México, donde por fin pudimos vivir tranquilos varios inviernos. En el camino había perdido la contable inocencia que me quedaba. Al dejar la cabina del avión, el calor me produjo frío: los huesos se me helaron en un disloque térmico que sólo el susto de algún amor incomprendido puede explicar de una manera convincente. «Hija, si me

* Fragmentos del epílogo de la nueva edición de *Informe contra mí mismo*.

equivocué, y si vuelvo a equivocarme, fue y será de todo corazón», apunté en un cuadernillo escolar que María José me había regalado en la despedida: «Lleva un diario, papá: te alcanzo en una semana». Los oficiales de migración acuñaron mi pasaporte de exiliado, sin desconfianza. Recordé entonces a un amigo que había hecho un viaje relámpago a México con el encargo de anunciarme la buena nueva de que, después de analizar los pro y los contra, iban a autorizarme una excursión a La Habana de carácter estrictamente personal; así entendido, no tendría mayores problemas durante la estancia, pues allá muchos sabían que yo no era hombre de andar creando problemas por reclamo de vanidad ni urgencia de falso protagonismo. No sin razón pensaban que si la aventura salía bien (como sucedió), podría resultar un valioso antecedente para que otros escritores del exilio siguieran esa discreta ruta de aproximación, con lo cual ganaríamos los de afuera y los de adentro: «Te haré un guateque en mi terraza», prometió. El día antes de mi partida, un diplomático de la oficina cultural de la embajada llamó por teléfono para desearme lo mejor y comentar, al vuelo, que podía llevar ejemplares de mis libros en la maleta, una bonita manera de decir que no temiera situaciones embarazosas en la aduana. La isla me olió a lágrima. Mi primo José María Vitier y su esposa Silvia Rodríguez, prima por derecho propio, me estaban esperando en el vestíbulo de la terminal aérea y a puro beso me quitaron el recelo que me atormentó durante la travesía. Los tres nos apretamos las tripas para restarle importancia al encuentro, pues nos encantan los boleros felices que cuentan historias tristes y al menor descuido nos habríamos puesto a reír entre pucheros. Se cerraba así el amargo paréntesis que se había abierto la mañana que supe de mi destierro oficial, en el Consulado de Cuba en Ciudad México, y que sólo empezó a despejarse la tarde que en la oficina del embajador visaron mi pasaporte y ratificaron la noticia de que podía regresar a casa como turista y por veinte días, según autorizan las leyes migratorias cubanas a compatriotas exiliados, si bien nos va.

El 7 de marzo de 1997, Sealtiel Alatraste —por entonces director editorial de Alfaguara en México— me había entregado el primer ejemplar de *Informe contra mí mismo* envuelto en papel celofán, y sentí que me quemaba las manos. «¿Un trago?», propuso Sealtiel para bajar el susto. Acepté. Dos años antes, mi amigo Rafael Rojas me había sugerido que escribiera una «historia de la emoción en Cuba» para discutirla en uno de los encuentros quincenales que él organizaba en una salita de la editorial Siglo XXI, en la calle Cerro del Agua, colonia Copilco, a los que asistíamos cuatro o cinco locos con la esperanza y también la caridad de quien no quiere perder la fe en lo que cree. Creíamos en nosotros. Recuerdo aquellas mañanas irreverentes bajo un ligero velo de clandestinidad. El encanto de lo prohibido es, de veras, perturbador. La sagaz Cecilia Bobes, erudita y memoriosa, asegura que los asistentes nos vestíamos con elegancia para darle a la cita la categoría de gala: «Nunca te había visto aquellas camisas de lino tan bien planchadas». Cuidábamos las formalidades. A la presentación del conferencista seguía la lectura de la ponencia, que daba paso a una sesión de preguntas y respuestas —al término de la cual nos fugábamos de

parranda, corriendo a la cantina. Los seres humanos nos dividimos en dos bandos: los que apenas miran y los que saben ver. Rafael pertenece al segundo grupo. A un historiador atento, como él, le interesa por igual el águila entre las nubes que el alacrán bajo la piedra, la pisada y el traspíe, la altura o el abismo. «De acuerdo, Rafa, no te prometo nada pero veré qué me sale», dije. Cuando me dispuse a cumplir el encargo, sin más documentación que la memoria, algo se me rompió adentro, cerca del hígado, y ya no pude parar sino hasta unos diecisiete meses después. Los amigos no me dejarán mentir. Cada vez que llegaban a casa (un pequeño departamento en la colonia Los Reyes Coyoacán), les leía fragmentos a boca de jarro, ¡pumbata!, y gracias a sus precisos reparos pude ir reacomodando los recuerdos, dolor a dolor y alegría tras alegría. De ahí nacen los capítulos-inventarios que los editores madrileños aceptaron publicar con la condición que aclarara en algún subtítulo que eran disparates «para cubanos», porque sólo un lector cómplice entendería por qué y para qué ensartaba aquella interminable relación de consignas revolucionarias (en orden cronológico) que a más de uno dejó sordo, ni por qué ni a santo de quién mencionaba unos ciento veinte sitios de La Habana (acorde a preferencias generacionales) en una larga letanía de suspiros, ni mucho menos por qué incluía nueve páginas de nombres de escritores, artistas y personalidades de la cultura que fijaron residencia en el extranjero por la misma fecha en que lo habíamos hecho María José y yo. Durante una comelata de fin de semana, ante un ajiaco humeante, uno de mis amigos me cuestionó «¿estás haciendo un exorcismo o un harakiri?», a lo que respondí, conoedor de su sabiduría yoruba: «No, es un despojo». El manuscrito comenzó a reproducirse fuera del primer círculo de conocidos, fotocopiado en La Habana, Bogotá, Barcelona, Miami; pronto me fueron llegando cartas críticas, inteligentes, desgarradoras, algunas de las cuales incluí en la versión definitiva del libro —y que mezcladas y anónimas integran a juicio mío sus páginas más emotivas. Ya terminado decidí publicarlo. ¿Por qué?, me he preguntado muchas veces en la intimidad, y otras tantas, en público, he dicho explicaciones emergentes o contradictorias, pero la verdad sigue siendo la que estaba contenida en la primera respuesta que di a mi hija cuando me cuestionó el hecho de haberlo editado aun sabiendo que esa determinación también le costaría demasiado caro a ella, que ninguna culpa tiene ni tenía: «Lo hice... por Cuba y por ti, que son para mí la misma cosa». Dos buenos amigos, Rosalba Garza y Rodrigo Castaño, seductores natos y vecinos en Los Reyes Coyoacán, organizaron un almuerzo-celada para que me encontrara con Sealtiel Alatríste, a quien yo no conocía, y le entregara el manuscrito en un auténtico asalto a mano armada. «Pensé que Rosalba quería venderme un cuadro», ha dicho Sealtiel: «pero no: me colocaron una bomba en el portafolio». Antes del mes, llamó por teléfono: «Lo publicamos en México y en España. Suerte, Lichi: vas a necesitarla.» Una tabasqueña que quiero mucho suele recomendarme que piense bien lo que pido a Dios no vaya a ser que en una de esas lo conceda. Pablo Rulfo, misterioso como su padre Juan, el mexicano de los llanos en llamas, me solicitó que le facilitara imágenes de la isla para diseñar la

portada, y en mis archivos no encontré nada mejor que una banderita cubana de papel, ennegrecida por el moho de la humedad, que me acompaña desde mis desfiles de juventud como recordatorio de aquellos maremotos pasionales.

Poco después de la salida del libro, dos funcionarios de la cancillería cubana me citaron en el Consulado, aledaño a la Embajada, para anunciarme que por acuerdo de los ministerios de Cultura, de Relaciones Exteriores y del Interior, se veían en la obligación de cancelarme el permiso de estancia en el extranjero. La negativa incluía la imposibilidad de regresar a casa y la cancelación de mis derechos ciudadanos fundamentales. En consecuencia, debía disponerme a cruzar el puente que me llevaría hasta el limbo del exilio, con la etiqueta de «quedado». Nadie sabe quién inventó el antipático término, pero tanto en La Habana como en Miami tiene un carácter despectivo. Un «quedado», para el exilio riguroso, es una persona poco confiable por el hecho de haber vivido (suponen que) a gusto bajo el gobierno de Fidel Castro, hasta que al resentido le apretaron las clavijas y «saltó el charco», haciéndose pasar por víctima. El calibre de un opositor al comunismo viene dado por la fecha de su desertión, a partir de una tabla de valores que tiene su nivel máximo de credibilidad en la migración de los años 60 y va devaluándose hasta el día de hoy, donde no cabe ni el beneficio de la duda. Qué torpeza. Para La Habana, «quedado» es simplemente sinónimo de apátrida, indeseable, escoria: a los revolucionarios ortodoxos no se les dan los matices. A partir de esa advertencia la patria sería para mí una pila de recuerdos maltratados por los olvidos, un mapa del puerto de La Habana, mi banderita tricolor (mariposa apuntalada entre cuatro tachuelas cabezonas), un álbum de fotos y esos platos de frijoles negros, ropa vieja y yuca frita que cada domingo cocinaba, y aún cocino, para los amigos cubanos y mexicanos. Había empezado ese lento fallecer en la lejanía de calles extrañas, entre atardeceres lánguidos, bajo los neones de los anuncios que publicitaban otra forma de entender la vida, pero mordido por los colmillos de la nostalgia —la peor de las dentelladas humanas. Desde que entregué el libro a la editorial esperaba el golpe. De riposta. En la nuca. Sin embargo, ¿quién está preparado para que lo hagan sentir un vendepatria y menos por el escuálido delito de soñar que uno puede ser un hombre libre? «Sólo errante puedo estar con todos los que amo», escribió Octavio Smith, y ese verso precioso se convirtió en mi Estrella Polar. Por esas mágicas compensaciones de la naturaleza, o de la poesía, la luna del Distrito Federal era idéntica a la de Arroyo Naranjo, luna muy luna. ¡Vaya descubrimiento!, exclamará algún lector, pero les aseguro que darse cuenta que el mundo no es tan diferente, que el cielo no se acaba, resultó un paliativo. Yo me dejaba convencer por esas mentiras para armar el consuelo de que no era tanto lo que me negaban, siendo casi todo lo perdido. Gracias a mi determinación de regresar a casa sin medir las consecuencias políticas de semejante salto al vacío, por una parte, y por otra a la visión de algunos dirigentes de la cultura que, a diferencia de censores cegatos, estaban y están dispuestos a establecer normas de convivencia o de acercamiento basadas en la tolerancia, mi castigo resultó benigno si lo comparo con el de otros intelectuales a los que por el mismo

delito (proclamar lo que piensan en voz alta) se les había aplicado un riguroso desprecio, hasta conseguir que murieran en la más honda soledad. Poetas y prosistas imprescindibles, nuestros, de todos, se nos fueron y se nos van allá en Miami, Alabama, París o Madrid, fusilados por los infartos de la roña y los odiosos cánceres de la politiquería. Aquí los evoco, con devoción, por las muchas verdades que aún les faltan por decirnos a Lydia, Novás Calvo, Gastón, Sarduy, Labrador, Moreno Friginals, Arenas, Ariza, Rosales, Florit, Heberto, Granado o Jesús. «En el día de hoy está el error/ que alguien habrá de condenar mañana», escribió Padilla.

La mayoría de los cubanos ha perdido entrenamiento para la polémica: después de cuatro décadas de zafarranchos reales o imaginarios, de torcidos fundamentalismos doctrinarios, muchos de nosotros hemos acabado por preferir la descalificación al debate, el desespero a la paciencia, la bronca a la excusa, la guerra a la paz. No me arrepentía de la decisión de firmar de puño y letra este *Informe* en defensa de los que no queremos tener la razón, y sabía que mi mundo quedaba definitivamente partido en dos: una mitad en La Habana y la otra en el resto del Globo. Del lado distante permanecían mi madre, mis hermanos, la familia, mis perdidos amores, mis refugios secretos, mis tentaciones, la ciudad, las noches y los días de esos cuarenta y seis años intensos y rebeldes, más aquella pequeña tumba del cementerio donde descansan los restos de mi padre. «Soy responsable de la escritura del libro no de sus lecturas: del grito, no del eco», dije en única entrevista que por esos días me hizo un periodista cubano con la incumplida promesa de que el diálogo se publicaría en La Habana. «En toda esta historia, en la que parece inevitable estar a favor o en contra, ¿en qué lugar te colocas?», me preguntaba al final del cuestionario. Decidí responder a quemarropa: «A favor del derecho a estar en contra». Gonzalo Celorio, Juan Villoro, Rafael Rojas y lo que quedaba de mí presentamos el libro en El hijo del cuervo, un bar bohemio de Coyoacán donde esa noche fresca no cabía un ángel más; sus palabras de aliento consiguieron el milagro de que, aun rendido plenamente a la tristeza, me sintiera a salvo. *Informe* tuvo rápida resonancia entre mis compatriotas, y hasta el cerro de El Desierto de los Leones llegaban de rebote los murmullos de la crítica, ya entonces polarizada en juicios claramente contrapuestos: los que se reconocían en mis recuerdos y aceptaban con dolor mis verdades, aunque no las compartieran al pie de la letra, y los que me satanizaban por el mismo motivo y me extirpaban de sus afectos. Yo era un enemigo. Un enemigo inesperado.

Los dos funcionarios de la cancillería fueron amables a la vez de contundentes: tampoco había qué negociar. Esa semana, apenas cuarenta y ocho horas atrás, me había visto en una cafetería de la colonia Polanco con un diplomático cubano acreditado en México, viejo condiscípulo, y al final del cauteloso desayuno me preguntó: «¿Por qué no me diste a leer el manuscrito, carajo?». Yo le acababa de mostrar el ejemplar que me habían adelantado en Alguazara, ya sin papel celofán. Respondí la verdad. Nos habíamos conocido en las aulas universitarias, a finales de la década de los 60, y siempre escuché elogios sobre su aguda inteligencia. No le había dado a leer el texto porque, a

título de aquella camaradería estudiantil, él se hubiera visto en la obligación de pedirme que no lo publicara y lo más probable es que me habría convencido. La situación resultaba incómoda. En la isla existe un gran aprecio, cariño, hacia mi familia. Los Diego, los García-Marruz y los Vitier sostienen una de las columnas esenciales de la cultura nacional, y así ha sido por varias generaciones, desde finales del siglo XIX hasta el arranque del XXI, y siempre con reconocido prestigio y probada cubanía. Al parecer, no sólo había traicionado la Revolución sino también a mi estirpe. La raíz. La sangre. En algún momento de la plática, que acompañamos con café para hacerla grata, uno de los funcionarios me advirtió que no podría regresar a Cuba en mucho tiempo, «lo siento», salvo en caso de emergencia (la muerte de un familiar, por ejemplo), y me alertó de que aún en esa situación límite los trámites demorarían varias semanas, si no meses, porque la solicitud debía ser aprobada en La Habana por autoridades de los tres organismos antes mencionados. «Así es el juego de pelota», dijo el segundo funcionario y pensé que al aplicar una frase popular intentaba restarle pesadez al noveno episodio de la conversación. Además de someterme a las regulaciones que desde la isla se imponen a los exiliados (las más rigurosas que conozco), me consideraban un caso especial (¿mis apellidos?), aunque nunca supe ni pregunté cuáles ventajas o inconvenientes implicaba esa singularidad. Ya me iba de la oficina desplomado, cuando volví sobre mis pasos, tomé aire y les dije que de inmediato exigía iniciar los trámites para volver «por razones de vida o muerte». El estupor de los funcionarios fue idéntico a mi asombro, al escucharme decir con mi natural tendencia al dramatismo que «sin mi isla y los míos se me rompería el corazón». Avancé hacia la salida con la remota esperanza de que alguno de ellos aclarase que la escena era un equívoco, una pesada broma. Esa mínima ilusión se mantuvo latiendo hasta que salí del edificio consular y en medio de la avenida Presidente Masarik estuve a un pelo de ser atropellado por un taxi ecológico: «¡Híjole, pendejo, chinga tu madre!», gritó el chofer. Sonreí. Setenta y dos horas después me entregaron el nuevo pasaporte, documento que oficializaba una nueva condición ciudadana: la de gusano. «A lo hecho, pecho», dije bajito. Entonces me vino a la mente una frase que mamá había dicho una tarde insoportablemente gris, bajo la mata de mangos que crecía en el patio de mi casa y que una ventolera se encargó de desenterrar a mediados de los 70: «Lichi, Lichi, Lichi, los amantes no piden permiso para pasar: entran por los balcones, escalando las paredes como rateros». Cuando llegué a La Casa del Árbol mi hija estaba estudiando sus cuadernos de geografía, tumbada en el sofá de la sala, y me preguntó cómo me había ido. «Todo saldrá bien, es cuestión de tiempo», dije y le expliqué qué diablos era Cuba, tema de su tarea escolar: «Tu tierra es una isla rodeada de sustos por todas partes. Huele a fruta».

«Bienvenido, primo», me dijeron José María y Silvia en el aeropuerto, más eufóricos que yo —si es posible semejante contentura. Se me doblaron las rodillas: mis seis pies de estatura se tambalearon de mala manera. Por contradictorio que parezca, sentirme indefenso, débil, lacio, me llenó de ánimo. Nunca me han simpatizado los valientes y ni en sueños me he visto arremetiendo

contra nadie, ni siquiera a la sombra de un molino de viento. «Andando», dije por alarde y salimos afuera. A la calle. El aire, espeso por los vapores de la humedad ambiente, entonces olió a mango. Estaba en casa. Luego de dejar las maletas en mi antiguo cuarto y darle a mamá el saco de besos que le debía, le pedí a Fefé que me acompañara a visitar a papá. El sol relumbraba en el mármol de su tumba.

CUADERNO DE MARÍA. DIARIO. VIERNES 7. Vine a verle, papá. Ya hacía mucho que deseaba visitarlo a solas. Le cuento: he visto el mar deshecho en olas. Atiéndame, caramba. No lo escucho... Usted duerme, claro. Todo está oscuro. Debieran encender esas bombillas... Mire allá: dos fantasmas con sombrillas escalan juguetones por el muro. Okei. Lo espero. Duérmase. Qué cosa. Mejor le canto una canción de cuna. Es broma. Ah, y si despierta no se ría al ver que en su sepulcro hay una rosa. Lo extraño. Es tarde ya. Salió la luna. Quería besarlo, ¿no?...

Será otro día.

DOMINGO 9. ¿Qué olor me asalta, acaso el de la abuela cuando abría las puertas del armario y entonces un aroma a escapulario apagaba la llama de la vela? ¿A qué huelen los viejos?... ¿A santuario?

En un roto cuaderno de la escuela Berta guardaba (un ejemplo) esta esquela: «de amor, ha muerto ayer, en el acuario, un travieso delfín llamado Pablo». Oía Radio Nacional de Francia —a pesar de ser sorda: ¡curiosa era! Sé que mi abuela me escucha si le hablo. Lo sé cuando respiro esa fragancia que destilan las cruces de madera...

LUNES 10. Si me obligan me robaré La Habana. La romperé, verás, con un martillo. Traeré de contrabando en el bolsillo, la noche, nuestro mar y tu ventana.

Si me obligan me robaré el pasado. Me llevaré mi calle y sus portales, tu juventud, un verso, las postales de esa isleta que el odio me ha negado.

Si me obligan me robaré La Habana piedra por piedra, amor, pena por pena. Mi vida rompo, guardo los pedazos. Escapo antes de que sea de mañana.

Me verás dando tumbos por la arena como quien lleva a su mujer en brazos.

MARTES 11. Desesperado te busco y no te hallo en ninguno de nuestros escondites. No hagas trampas: por más que tú lo evites te escucho respirar cuando me callo. Si sufres, ¡ay!, mi amor, de amor estallo. No soy menos que tú, sólo más viejo. Mis manos de tus manos son reflejo. En tu batalla, a tu lado, hoy batallo.

Estás dentro de mí, ¡de qué me quejo! No perderte jamás —eso deseo. Cada noche, con qué ilusión, te llamo. Mientras vea tu miedo en cada espejo responderé por ti, niño Eliseo. Desesperado te busco.

—Yo te amo.

(Nota: Esta mañana hablé por teléfono con María José. Dice que tiene las maletas hechas. Viene con Rosita, una elefante holandesa, de peluche, que su tía Fefé le regalara cuando María era pequeña. Es su amuleto de buena suerte para los viajes. La oí contenta).

JUEVES 13. Mi abuela Josefina nos visita. A veces siento que su sombra al piano toca algo de Saumell. No necesita más que trece pulseras en la mano.

Rosendo, mi padrino, nos recita versitos de relajo, tarambano. Papá aplaude. No faltan a la cita ni Octavio ni Agustín, siempre temprano. Felipe oye que hay fiesta: resucita. Sergio, todo tenor, al frente pasa. ¡Zarzuelas, habaneras, sevillanas!

Tía Fina llega, sofocada:

—Yita, corre, muchacha, ven: han vuelto a casa.

Llorando bailan, solas, las hermanas.

VIERNES 14. A la infancia, Fefita, se regresa por un puente de niebla, centenario. Mamá toma las fotos: Ana y Mario con sus hijas —son Lourdes y Teresa.

Tu imagen, mi jimagua, guardo impresa. Fuiste feliz al menos un segundo.

—Coño, viejo, viste: se quemó *El Mundo* —dice Mario.

Papá golpea la mesa.

La vida es un retablo. La memoria nos llama. Vamos, Fefé. Cada loco con su tema.

Mario lo dijo al irse:

—No confundan los sueños con la historia.

La niebla se disuelve poco a poco.

La infancia es mal lugar para morir.

SÁBADO 15. Me persiguen... ¿Será que me persigo? Alguien escapa. ¡Atájalo! Lo atajo. Lo mismo cuestarriba o cuestabajo, cómplice hoy no seré de mi enemigo. Me vienen a buscar. ¿Por qué me escondo? Encenderé la luz. Quito el postigo. No quiero claudicar. Cuento contigo. Ábreme el corazón. Sólo en el fondo de ti me salvo. Ten mi abrazo. Ligo el que dicen que fui al que pienso he sido. ¿De qué me acusan? No soy miserable ni fiscal ni abogado ni testigo. No me arrepiento. Asumo lo vivido. Sólo de ti quisiera ser culpable.

LUNES 17. Hoy quiero, Rapi, andar por tu «paisaje», la Calle 23, aquellos bares... ¿Por qué regreso siempre a esos lugares si para entrar me cobran el peaje? La Habana sigue igual: ¡loca y salvaje! (perdón: por poco digo rencorosa). Nada reclamo y ve cómo me acosa la ciudad... Sólo traje lo que traje: una hija, cuatro libros, un pasado.

Tú que fuiste un eterno enamorado y presumes por único equipaje tu torpe corazón, querido hermano, dime «todo está bien». Dame la mano. Lloro conmigo, al regresar del viaje.

(Nota: *María José llegó esta mañana. Voló sola. Ya sabe*).

¡POBRES escritores del exilio: olvidados, malgeniosos, secos como bacalao, recalentando en el fogón una taza de arroz y una plasta de machuquillo de plátano! Cuánta fidelidad les debemos. Ni lejos se rinden: ni muertos se cansan de cargar la patria como un bulto pesado, pesadísimo. A pesar de considerarme un pésimo estratega, me atrevo a proponer una alianza primera, antecedente necesario para una futura reconciliación nacional: el reencuentro de los poetas en ese horizonte que nos divide hasta el sol de hoy, atestado de balsas a la deriva, guardacostas y naufragios. Que ellos vayan por delante, arponeros de tiburones, subidos a caballo sobre los lomos resbalosos de los delfines,

en lo que comienza la fiesta de un país unificado en su diversidad, democrático, perfectamente imperfecto, bien distinto al que hemos padecido en estos cien años de libertades al filo de la navaja. «Yo vivo en Cuba. Siempre/ he vivido en Cuba. Esos años de vagar/ por el mundo de que tanto han hablado,/son mis mentiras, mis falsificaciones./ Porque yo siempre he estado en Cuba./ Y es cierto/ que hubo días de la Revolución/ en que la Isla pudo estallar entre las olas...», dijo Heberto Padilla. A lo que Gastón Baquero habría respondido, luego de detener completamente el balance de su sillón de palo: «Yo viví en un mundo y cerca de personas que no volveré a ver. No es, compréndanlo, que no quiero volver a ustedes, es que no quiero volver al pasado (...) Yo no vivo, floto. Ya no vivo en España/ vivo en una isla./ Una isla/ llamada soledad». De tarde en tarde, desde sus escondites académicos en Nueva York o Chicago, Eugenio Florit escribía cartas a mi padre y jamás faltaba una línea, una minúscula posdata entintada en lágrima —como ésta: «¡No suelte mi recuerdo, por Dios! Que me hace falta sentirme junto a ustedes. (...) Vivo del recuerdo de mi ayer perdido, partido, que me regresa para darme un poco de tristeza». Apoyo a Jesús Díaz, mi buen y difunto amigo, ahora desacreditado por figurones extremistas de derecha y de izquierda que ni siquiera han tenido la gentileza de leerlo: «La disyuntiva es clara, o somos capaces de ganar esta nueva pelea cubana contra los demonios, lo que significa llegar en paz al momento en que podamos emplear juntos y en la misma dirección la fuerza extraordinaria de un pueblo capaz de hazañas tales como derrocar a ejércitos formidables en el corazón de África, y al mismo tiempo hacer florecer una gran ciudad en el marco de una cultura extraña, o esa misma fuerza descomunal empleada de modo fraticida terminará por destruirnos».

¡No soltemos los recuerdos! [...] Heberto Padilla y Jesús Díaz, dos de nuestros escritores más batalladores, fallecieron dormidos, en el exilio y por la misma causa (ataque al corazón), y ese simétrico final prueba que La Pelona se equivoca a menudo porque ambos merecían morir en Cuba y discutiendo, incluso entre ellos. El lunes 25 de septiembre del 2000, tres alumnos de la Universidad Estatal de Alabama encontraron a Padilla sentado en el sofá de su cuarto, sin vida. El poeta acababa de aceptar un contrato de cuatro años como director de la prestigiosa cátedra *Elena Díaz-Verson*, especializada en la enseñanza de la literatura latinoamericana. Aseguran amigos cercanos que de un tiempo a esta parte le faltaba el aire. Se veía ansioso. Limpiaba una y otra vez los espejuelos miopes. Su rostro de niño grande se había acartonado. «Envejeció de claridad», dijo la escritora cubana Nivaria Tejera, amiga suya, y permítanme citarla aunque se me ponga la carne de gallina: «Cervantes acabó manco y encarcelado. Quevedo encerrado en una torre; Maiakovsky perseguido, levantándose la tapa de los sesos; Lorca fusilado; Artaud huesudo y desorbitado en su furibundez; Rimbaud engrangrenado; Apollinaire trepanado y el pacífico Esenin cercado por la hebilla oval del pantalón, su lengua de fuego colgándole bien libre...». Heberto murió descorazonado —se dice fácil. La última vez que intenté verlo fue a principios de 1994, cuando supe que andaba por México. Una revista de gran circulación le había encargado

una serie de artículos sobre el alzamiento guerrillero del Frente Zapatista de Liberación Nacional y Padilla no dudó en sacarle punta a su viejo lápiz de reportero e irse con una mochila a San Cristóbal de las Casas, Chiapas, para volver a respirar si era posible el olor a pólvora de su destronada juventud. El dato me hizo pensar que seguía siendo un rebelde, un incansable fiscal de la injusticia. No pude encontrarlo: recorría la ciudad de rama en rama. Tuve que quedarme con un raquítico y solitario recuerdo suyo, el de la mañana que entré en librería La Polilla, vecina del Instituto Preuniversitario de La Víbora donde yo estudiaba, y con el dinero de la merienda compré un ejemplar de *Fuera del juego*, el libro premiado y proscrito por la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Mi plan resultaba audaz: primero, leerlo verso a verso, en calma, a gusto, y luego regalarlo a una muchacha de ojos tan negros que en la noche más negra se distinguían. Aquel libro era mi rosa blanca, una original manera de decirle cuánto la deseaba. Iba a llover. Nubes cursis. Acababa de pagar el importe del libro en la caja registradora, cuando sentí una presencia cómplice: la de Padilla. Lo admiraba por su libro *El justo tiempo humano*, tan recomendado por mi padre, y me sabía de memoria un lamento poético que Miriam Acevedo cantaba en El Gato Tuerto, con acompañamiento de guitarra de mi primo Sergio Vitier y letra de Padilla: «Estaba la pájara pinta. Estaba la pájara triste. Estaba la pájara muerta». Por esos días, los Diego nos acabábamos de mudar al barrio del Vedado y creo que compartíamos el mismo supermercado (17 y K) porque alguna vez me crucé con Heberto en el pasillo de los licores. No sé qué haría en esa enana librería de La Víbora, quizás comprobar si su libro estaba en la mesa de novedades, como habían prometido las mismas autoridades que en breve lo meterían en la cárcel para conseguir a golpe de terror su estalinista arrepentimiento. Sin decir «hola» le extendí el poemario en claro gesto de quien pide un autógrafo más que una dedicatoria. El poeta rió al estampar las iniciales de su firma, al pie de unas palabras corteses: **HP**. Y se fue. Rompió a llover. «A aquel hombre le pidieron su tiempo/ para que lo juntara al tiempo de la Historia./ Le pidieron las manos/ porque para una época difícil/ nada hay mejor que un par de buenas manos». El libro era una lección de dignidad. Puedo imaginar al poeta en su estudio, bolígrafo en mano, escribiendo sus versos como un farero que en una carta abierta explica por qué ha decidido apuntar el rayo de la linterna contra la ciudad y no hacia el mar. El peligro de una tormenta política también se arremolinaba en tierra firme, entre nosotros, y no sólo detrás del horizonte como decían las consignas en las plazas. El sujeto de la denuncia en *Fuera del juego* no era tanto la Revolución que a raíz de la victoria había despertado ilusiones de paz y igualdad. No. Los cuestionados aquí eran los dirigentes (del partido, de las fuerzas armadas o de la burocracia) que incapaces de compartir el poder con sus críticos, vencidos por el licor de la prepotencia, aprovechaban la situación para amurallar el país de cabo a rabo e imponer un régimen de convivencia basado en normas estrechas; la «respuesta revolucionaria» fue condenar a los que se atrevieron a decir que por culpa de esas bardas acabaríamos por desconocer un mandato de obligatorio cumplimiento en cualquier

proceso que se tenga por íntegro: no se construye un mundo mejor si los deberes se priorizan a los derechos. A corto plazo, el escenario de la guerra sería de intramuros. Los cubanos nos quedamos sin muchas alternativas: fortalecer la muralla, destruirla o sencillamente ignorarla. Para decirlo rápido y mal: el problema no era tanto de «principios» como de «finales». Ningún escritor del patio, hasta *Fuera del juego*, se había atrevido a tanto, y menos por los canales que la política cultural de la Revolución estableció como idóneos: concursar libremente en un premio nacional de literatura. ¡Cómo le habrá costado caro semejante audacia, por no decir ingenuidad (¿vanidad?), que nunca pudo arrancarse el tatuaje de cobarde, habiendo sido, como fue, el más valiente de los poetas cubanos del siglo xx! «Di la verdad./ Di al menos tu verdad./ Y después/ deja que cualquier cosa ocurra: que te rompan la página querida,/ que te tumben a pedradas la puerta,/ que la gente se amon-tone delante de tu cuerpo/ como si fueras un prodigio o un muerto». Por mucho tiempo conservé entre mis tesoros aquel ejemplar de *La Polilla*, manoseado, roto, la carátula sudorosa (alguien le arrancó un par de páginas) hasta que terminé extraviándolo en alguna de mis cuatro, cinco, seis o siete mudadas recientes. De haber visto a Padilla en México, durante su viaje a San Cristóbal de las Casas, le hubiera contado que mi enamorada no me hizo caso; al graduarse del instituto se casó con un patán de ojos azules, cero grasa en el abdomen, a quien le dio dos hijos antes de terminar de dentista en un policlínico de Arroyo Apolo —y todo para decirle que hay historias que uno sabe cómo empiezan pero no cuándo se olvidan.

Los mejores enemigos de Jesús Díaz tienen que reconocer que él era un excelente enemigo. Digan lo que digan los leñadores que picotean árboles caídos, Jesús murió revolucionario, en el sentido cabal de la palabra. Cuando creyó justo defender un proyecto que proponía construir una sociedad socialista en Cuba, lo hizo de frente y con pasión, signo rector de su carácter. No le asustaba la posibilidad de equivocarse porque sabía dar disculpas, que no es lo mismo que pedir perdón. En las buenas, pero en especial en las malas, prefería avanzar a marcha forzada, en la dirección elegida por su inteligencia y su profunda cultura; después de su desencanto, en verdad tajante y argumentado, pidió de nuevo un turno para hablar en la cola de los descreídos, igual que proponía en el guión de una película que alguna vez le escribiera a Manuel Octavio Gómez, y no midió la trascendencia de sus incendiarias denuncias como tampoco, repito, había limitado su entusiasmo durante aquellos años duros cuando estampó sus *iniciales en la tierra* para que no se *perdieran las palabras* en el *polvo rojo* de la *lejanía*. «Esta ciudad nació en la sal del puerto/ y allí creció caliente, deschavada,/ el sexo abierto al mar,/ el clítoris guiando a los marinos/ como un faro de luz en la bahía/ y dentro el Barrio Chino, Tropicana,/ Floridita, Alí Bar, los Aires Libres,/ orquestas de mujeres musicando/ un chachachá bailado por marcianos». Así comienza el único poema que Jesús reconoció suyo, dedicado a La Habana. Su ciudad-personaje es una mañosa prostituta, violada por sus hijos bastardos, que se va encuerando piedra a piedra hasta quedar en puros huesos descrita: «Dicen que fue

candela,/ que encendía el rumbón con la cintura,/ que alguna vez, la pobre, estuvo viva». A Jesús le gustaban esos «versos de borracho», evidencia de que los novelistas de raza «tenemos, mi socio, nuestras debilidades». Cuando leyó *Informe contra mí mismo* me dijo que cancelaría sus proyectos literarios para escribir sus memorias a la carrera. Le aconsejé que tuviera mesura, «porque eres tan vanidoso que no dudarás en titularlas *Vida de Jesús*». Estalló en una carcajada. «No es mala idea, mi socio», me dijo: «¿Pero qué tal *Jesús* a secas?». Con su repentina muerte la cultura cubana se quedó sin un narrador brillante, el exilio sin un explorador en su vanguardia y la isla sin un buen hijo; los que más perdieron, sin embargo, fueron los revolucionarios de verdad que viven en Cuba porque en un abrir y cerrar de ojos se vieron sin uno de sus críticos más lúcidos y tenaces. Algunos políticos pobres de espíritu no quieren entender que sus relativas verdades se debilitan si únicamente escuchan a los canchanchanes o a los lamebotas, pues si algo ensordece a los predicadores en las tribunas de la ideología son los ecos que empastan los sermones en el centro de una plaza amurallada. La última de las revistas que fundó, *Encuentro de la cultura cubana*, heredera natural del primer *Caimán Barbudo* y la polémica *Pensamiento Crítico*, se recordará por mucho tiempo como la única que consiguió abrir un espacio para el cruce de opiniones contrapuestas, dichas por igual desde Miami, Madrid, Estocolmo, México o La Habana. Si un escéptico me solicitara una prueba que avale la trascendencia de *Encuentro* en estos años, no elegiría ninguno de sus números de antología (*Cuba a la luz de otras transiciones*, por ejemplo) ni recordaría los homenajes que los directivos de la revista dedicaron a intelectuales cubanos de primera línea sin distinción de ideología ni lugar de residencia (concho, qué bello libro podría editarse con dichos textos); pienso que un argumento definitivo sería la devastadora campaña que instituciones culturales de la isla han orquestado para desprestigiar a Jesús Díaz, a sus colaboradores y a la propia publicación, a la que no han temido de acusar de súbdita del imperialismo norteamericano —aun a riesgo de hacer el ridículo. El cerco ha resultado implacable. Desde el exilio, escritores de sectores recalcitrantes suman oprobios en la misma dirección, por lo que la sospechosa coincidencia, consumada en los polos de la venganza, demuestra que *Encuentro* acertó a tocar yagas de nuestra maltrecha nación: la historia secreta y negada de los presos políticos en la isla, los sucesos y consecuencias del éxodo de Mariel, las cicatrices de las guerras cubanas en África, los complejos procesos democráticos en países de la caduca Europa del Este, las relaciones entre los pueblos y gobiernos de Cuba y Estados Unidos vistas desde las muchas razones que nos unen y no sólo de las otras tantas injusticias que nos separan. Tuve el privilegio de estar presente en la cena que Jesús y sus entusiastas colaboradores dieron en una fonda cantonesa, cerca de la Casa de América de Madrid, para que los compatriotas que habíamos asistido a un frustrado cónclave de narradores (*La Isla Entera*, Universidad Complutense, 1996) supiéramos cara a cara de sus planes de editar la revista —una hazaña que otros habían intentado antes, sin éxito. A la mesa nos sentamos escritores del exilio y de la isla, de paso por la ciudad, y todos fuimos escuchados, uno a

uno, maripositas van y maripositas vienen: por un momento, parecía que nos encontrábamos en algún pulman de El Mandarín, el emblemático restaurante chino del Vedado. Los comensales de mi derecha pensaron que se trataba de una locura; los de la izquierda, de un arrebato. Tal vez lo fuese. Y lo siga siendo, tras veinticinco números. Jesús no se dio por vencido, ni siquiera cuando el mesero trajo la cuenta y tuvimos que hacer una colecta para completar la propina. Cumplió su palabra. Nada lo detenía. Cada vez que llegaba a Madrid lo visitaba. La tarde se nos iba sobre patines. Hablábamos de Cuba. Y de Cuba. Y al final de Cuba. Como los dos fumábamos cigarrillos de picadura negra, el aire se viciaba bocanada tras bocanada, hasta que se hinchaba una nube de nicotina que debíamos abrir con las manos. De pronto la estancia se convertía en una escafandra y nos transportábamos hasta Marianao o La Víbora o El Cerro o Palatino o Altahabana o Aldabó sin necesidad de visas ni sellos migratorios: a puro ron llegábamos. Anoheció. Yo, que tantas cervezas le acepté en los kioscos meados de los carnavales, sobre el muro de El Gato Tuerto o en el parqueo de la funeraria de Calzada y K, sé lo que digo: Jesús tenía una secreta vocación de guapachoso, por lo que forzaba su voz sobre la mía para cantar rancias tonadas del cancionero revolucionario, con algunas variantes de su cosecha. «Se acabó la diversión: llegó Quien Tú Sabes y mandó a parar». La isla flotaba en una pompa de jabón, igual que esos preservativos que a falta de globos se inflan (y se desinflan) en las fiestas infantiles. «Cuba, qué linda es Cuba, quien la cuestiona la quiere más». Al aclarar la mañana, el espejismo se rompía, se rajaba, y los dos nos mirábamos a los ojos, preguntándonos sin palabras qué coño hacíamos allí, donde no había «nada grande que hacer». Jesús murió del corazón, en su cama, el jueves 2 de mayo de 2002. La noticia no se publicó en Cuba, mas no pasó inadvertida. Dieciséis días después, el sábado 18, los trovadores Carlos Varela, Polito Ibáñez y Pedro Luis Ferrer dieron un concierto a sala llena en el teatro Amadeo Roldán de La Habana. Ante el micrófono, sereno, Pedro Luis hizo una pausa y pidió un minuto de silencio en honor de un amigo muerto en Madrid: «Jesús Díaz», dijo con nombre y apellido. Desde la platea, una voz de mujer gritó la palabra traidor. Los espectadores se pusieron en pie pero no respetaron el plazo pedido porque antes del segundo cuarenta comenzaron a aplaudir, en cerrada ovación. Pedro Luis estrenó entonces, sobre las palmadas, una de sus guajiras pegajosas: *Democracia*, se titula. Como los presentes no conocían el montuno, lo inventaron a la cañona: «¡Democracia, democracia, democracia!», coreaban emocionados. Si los fantasmas se divierten, y espero que sí, el de Jesús disfrutó de lo lindo la velada: el autor de *Las palabras perdidas* aún no debe haber ascendido a los infiernos ni al purgatorio ni a los cielos, porque eran tantas sus ganas de volver a Marianao, La Víbora, El Cerro, Palatino, Altahabana o Albabó que en uno de esos barrios tiene que andar todavía dando guerra, cuando menos hasta que pase algo por lo que realmente valga la pena desaparecer del mapa. Cosa que dudo, mi socio.

DIARIO. MARTES 18. Hoy quisiera ir al bar «El Elegante» si mi tío Felipe toca el piano. Brindaré por los muertos: ¡Emiliano, Eddy, Rolando, Paco —¡tan

campante! Triste, solo, borracho y delirante los veo pasar detrás de las vidrieras: Titón entra al cine. Wichi Nogueras tiene cita de amor —como un diamante atraviesa el cristal: ¡de aquí a La Nada!

Los muertos son los dioses de la vida. Hoy quisiera abrazarme a un contrabajo. Pitan los barcos. Ya es de madrugada. Esa sombra es papá: no anda perdida. Yo le presto mi cuerpo, ¡qué carajo!

(Nota: María José no para la pata: se ha reencontrado con sus «viejos» amigos de la cuadra.

Me dice que lee Informe al acostarse).

JUEVES 20. Carlos Varela canta. Pichi lanza piedras contra ese mar, desde su casa. Elsita me pregunta, ¿qué te pasa?... Sergio, mi primo, entre la niebla avanza. Wendy dice que tanta calma cansa. Juan Carlos dora al horno una merluza. Senel, en paz, la vida desmenuza. José toca su nueva contradanza...

Camino con Abilio por La Habana. Olga, Aramis, las niñas y Marcelo me ofrecen un banquete de esperanza... Duermo en el viejo cuarto de mi hermana. Bella Esther va camino de su cielo.

Mi hija me ruega:

—Por favor, ¡descansa!

VIERNES 21. Huele a semen de noche el barrio chino. Cuatro putas usadas se pasean por la calle. Dos tipos las desean. Lleva el chulo camisa azul, de lino. Una señora grita a su vecino de balcón a balcón. Su voz se apaga: ¡cómo sangra la noche por la llaga del loco y la borracha y su asesino! Espías, camajanes, atorrantes se ofrecen a buen precio como amantes.

—Chinito tú, chinita yo, ¡mi chino!

La noche es una vieja puta enferma. La basura se mezcla con la esperma.

—Si no vino a templar, ¿para qué vino?

SÁBADO 22. («*La patria es ara, no pedestal*», José Martí). Hace años presu-
mía: o todo o nada, comparaba qué tuve a lo que tengo. Ya nunca me pregun-
to, ¿voy o vengo?

¡Ah!, soberbia: bandera abandonada. El tiempo esgrime su navaja. Cada paso me anima, del rencor me aleja... La esperanza jamás se pone vieja. Hace tiempo, por ti, guardé la espada. Porque lo pides abriré la reja aunque a mi viejo corazón le duele. Puedo volver. Lo sé. Rompo esa puerta.

—Es por tu bien —María me aconseja.

El aire del jardín a Cuba huele. No es ara la patria. La patria es huerta.

(Nota: Mañana vuelvo a México. María José se queda otra semana en casa).

El DOMINGO 23 de julio del 2000 tomé el avión de regreso a México. No pretendo convertir este *Epílogo* en un catálogo más o menos arisco de los sucesos que estremecieron las dos orillas de Cuba de un siglo a otro, desde la visita de su santidad Juan Pablo II («que Cuba se abra al mundo»), las encarcelaciones de los autores del documento *La Patria es de todos*, la muerte de Jorge Mas Canosa y el caso del niño náufrago Elián González, pasando por el desfallecimiento de Fidel Castro en una tribuna de La Habana, la ruptura de la Fundación Cubano-Americana y los consejos del Rey Juan Carlos de España («que

Cuba se abra a Cuba»), hasta llegar al honorable discurso de James Carter en el Aula Magna de la Universidad de La Habana, los once mil doscientos firmantes del Proyecto Varela y la última reforma constitucional que consigna expresamente «la voluntad del pueblo» de que el régimen económico, político y social consagrado en la Constitución de la República es intocable o inamovible. Otros compatriotas han dejado testimonio de esos episodios. Yo no estuve en la isla, tampoco en Miami, y no quiero traicionar la brújula rectora de estas memorias: hablar de lo vivido. En todo caso, mis opiniones al respecto están publicadas en los periódicos, fecha tras fecha, y a ellas remito si alguien quiere conocer mis frases de rabia, mis iras recurrentes y mis desilusiones más frescas. Me quedé en México, asilo de mis sueños, primavera en la mañana, verano al mediodía, a la tarde otoño, invierno de noche. Tierra generosa que se deja poseer por emigrados. Que amamanta. ¡Ah!, las fiestas patronales de Los Reyes Coyoacán donde disparan voladores a la Virgen, callecitas empedradas de San Ángel, ardillas de El Desierto de los Leones, ese olor a pan de Tlalpan, los cacharros de cocina tintineando con los temblores de la tierra, ¡los Pumas de la Universidad! Los amigos que encontré acá me apapacharon, verbo perfecto para conjugar los humanos sinónimos del infinitivo amar. Si no me ahogué, si no me rendí a la humillante melancolía, se los juro, fue por ellos, ese ejército de mexicanos maravillosos, colombianos burlamuertes, venezolanos buscavidas, nicaragüenses cantores, españoles relocos y argentinos milongueros que me echaron una mano cuándo más fatiga tenía. [...]

El tiempo se fue volando. La Habana había cambiado, sí, pero algo de mi querida ciudad de juventud perduraba bajo aquel orden de vida que, a raíz de los delirios del Período Especial, se fue acomodando como pudo hasta conseguir que la isla no se hundiera ni en el abandono ni en la bancarota. Visité Arroyo Naranjo. Hice equilibrios sobre los rieles del tren, frente a las ruinas de la estación de Yansó, *erre con erre cigarro*, pasadizo de mi infancia, *erre con erre barril*, bajo el puente de Cambó, *rápidos corren los carros por la línea del ferrocarril*. Voces. Rapi y Fefé, criaturitas, subían la espiral de un árbol gigante, recuerdos redimidos. Mamá seguía cantando a Agustín Lara en las mañanas, después del desayuno. Los tíos Cintio y Fina la visitaban un día sí y otro no, y la raptaban los domingos para disfrutar de sus linduras en privado. Por primera vez en muchos años logramos tomarnos una foto del familión, en la finca de José María y Silvia, en Bauta: la imagen salió movida porque el lente nos fusiló muertos de la risa. Los vecinos del barrio me saludaron sin tanto brete, *búscate a otro que te aguante ese paquete*. «asere, qué bueno encontrarte. Este sábado es mi cumpleaños y voy a hacer un motivito. Llégale». Vi a los amigos de siempre, hermosos como siempre. Tenían planes, proyectos, ganas. Almorzamos en los frescos comedores de sus casas, borrachos de alegría. Comimos en paladares sotaneros o de azotea, merendamos en los reconstruidos cafés del casco histórico de La Habana Vieja. Tragué luz. Respiré salitre. Nos amamos. Raúl Rivero leyó poemas de amor en la sala de su pequeño departamento de paredes blancas y vacías: fue duro decirle chao. Un miércoles cualquiera

logré un sueño que me frecuentaba en la vigilia del exilio: que me atardciera encima posado sobre una de las colinas de Santa María del Mar, en las playas del este. Allí quisiera construir mi casa. La noche desplegó su tapete de sombras claras, desdibujando el paisaje —y en él, la lomita y a mí. *Luna que se quiebra sobre las tinieblas...* Sentí un fuerte olor a quesadilla de flor de calabaza. Tacos al pastor. Agua de Jamaica. Moles poblanos. *Vieja luna que en la noche va...* Había llegado el momento de irme. Me iba. Me voy. Me fui. Me vuelvo a ir. Mamá y Fefé quedaron en la ventana, diciendo adiós. El viento roncaba. Roncaba el clarinete. Clarinete que sí: volvería. *Pasajeros del vuelo tal, favor de presentarse, etc.* María José me acompañó al aeropuerto. Se quedaba en Cuba una semana más. Al despedirnos me dio una carta y dijo que la leyera en el avión. Eso hice: «Anoche teminé *Informe*. No quería que te fueras sin decírtelo. Sabes que me considero chilanga: en México he vivido diez años y acabo de cumplir dieciséis. Aprendí a sumar y restar en aquella escuelita de Tlalpan, «Herminio Almendros», que tú elegiste para mí porque Herminio Almendros había sido amigo de abuelo Eliseo. Leo tu vida. (...) Me siento orgullosa de ser cubana y de ser tu hija, María». ¿Llovía o lloraba? Entonces abrí el cuaderno y escribí un final definitivo para este *Informe...* porque ya no quiero que me siga desgusando la nostalgia: Yo pude de tristeza haberme muerto, ¿por qué volví a mi casa? ¡Qué sé yo! Me habían advertido que en el puerto sólo flota lo que antes naufragó... Tantos recuerdos viejos, ¡cómo no! Pregúntale a mi sombra: fue testigo. Mi patria no es mi patria, se acabó. No sé cómo decirlo ni qué digo. Que el dolor no me impida ser sincero. Exígeme otra vez que no me calle. La vieja casa ya no era la que era y apenas aguacero, el aguacero. Mi sombra huyó por una bocacalle. Entiérrala en La Habana cuando muera.

FIN

Ciudad México. 2 de julio de 2002
(Cumpleaños 82 de papá)
 Colonia Polanco. México, DF

Poesía

Lourdes Gil

Fata Morgana

A Jesús Díaz

*Si lo que dijo Kafka fuera cierto
—que algunos han logrado sobrevivir el canto de las sirenas
pero que nadie ha sobrevivido a su silencio—
entonces debo estar agradecida a las deidades que nos rigen.*

*Pues a pesar de haber abandonado tierra firme
de haber zafado las cuerdas del almácigo en el puerto
para lanzarme en pos de los clamores de sus voces
(remolinos ubicuos que ensordecen en la noche
y no parecen brotar de sus gargantas)
a pesar
de haber perseguido los blancos brazos espectrales
de Loreleis desmelenadas en lo alto de las rocas
entre marinos vendavales
a pesar
de haber flotado a la deriva en la negrura del océano
haber visto apagarse el resplandor del coro
y cómo cesaba el aleteo de sus manos.*

He sobrevivido al canto de tu amor:

*Y quizás (como afirmara Kafka)
no habría sobrevivido
al silencio del cielo
al del mar sin magias y sin aves
sin destino.*

El secreto de Onegin

Para Martha Padilla

«Ya nada es posible salvo estos gladiolos sobre el mármol»

JESÚS DÍAZ

*En un momento
saldré al sordo sonido de la lluvia entre el follaje verde
y las pulpas ocultas.
Desde la tierra húmeda donde respira la semilla
Pushkin
prisionero del Cáucaso
ausculta conmigo la dimensión del mal.
Ha terminado la ordalía.
No existe otra realidad
más que esta reescritura perpetua
innumerable
las arias de Bocelli
diluyendo el dolor feroz de las Cantigas.
Ha terminado el aquelarre a la luz de la luna
sin más blasón que Onegin
sin más arma que el cielo
—llámese razón el cielo
llámese Verdad.*

*Creí
que el zarpazo con que intentaron silenciar
las hojuelas de miel de nuestras voces
era otro estruendo de la llaga circular
que casi nos consume.
La vieja llaga viva de tu culpa
tu eterna culpa trepanada de tristeza.
Creí que el tosco manto de impiedad
tendido a nuestro pies
era una trampa más del crimen dostoiévsko
que siempre rehuiste.
El castigo de diosa desairada
Revolución melena iracunda de Medusa*

*reclamándote
despojándote de lo que un día te diera a manos llenas.*

*Yo estoy viva
y pulcramente inmune a los venenos.
Tú no vendiste tu memoria.
De repente
las ruinas de tu mundo predecible
te causaron horror.*

*Rompiste las cadenas
en un vuelo preñado de belleza y desamparo.
Pero no fue tu deus ex machina
que estallen el rojo polvo inexpiable
al misterio inasible y quebradizo
del regreso.
Fue mi connubio con la Muerte
mi vía crucis por esa ruta fluvial que no se agota
el río de Petersburgo desbordado
aquel invierno
en que juntos leímos El jinete de bronce.*

*En un momento más saldré
al aguacero que desbanda los hechizos
las huestes que tú mismo invocaste.
La tierra está empapándose
sin huellas.
Atrás queda el fierro de conjuros
al que tu amor quiso condenarme.
Sólo un momento más de cáustica miseria
un instante mínimo
de rituales prohibidos.
Entonces la calma el resplandor.
Entonces un díptico de asombros
de gladiolos posibles.
Entonces Onegin bajo el agua
aterido de lluvia
Onegin pájaro insondable
escritura secreta
sobre mi piel Onegin
donde antes estuvo tu romanza.*

Regina María

*Tal parece
que todos los diálogos de los poetas se han fraguado
en la angostura de tu azotea.
Las confidencias
en pareados asonantes y vigiladas por el sol
se amontonan en los aleros de la calle Ánimas.
Su iridiscencia se esparce en la tristeza
de esta ciudad
erguida en el riesgo inevitable.
Es nuestro lugar imprescindible:
la provincia
de los dioses que tocan flautas bífidas
y guardan bajo la lengua verbo y eucaristía.
Donde se lee a la hora de los apagones.
Donde se escribe entre garras y entre orejas.
El misterioso nido de ciclones, según Dulce María.
La tierra inflamada,
que como Ovidio en el Mar Negro
amamos como a la muerte.
Donde un Homero ciego adivina
los dedos de rosa de la aurora en las tinieblas.
Tú y las tejas como guardianes del poema.
Tú y la humildad desaforada
de esa insistencia en el geranio azul del verso
y el furor de los que nada esperan.
Para los que habitamos paisajes extranjeros
y sucumbimos
a la discordia enmascarada y al alarde seductor
para nosotros
la poesía es otra suerte de asidero:
carreta tráfuga
espigón suicida página ilegible.
Nuestras rajadas vestiduras no encuentran más albergue
que la negación de lo que somos.
Tú, sin embargo, has trazado
la coherencia estelar de las palabra.*

*La ocasión para recordar el pleonasmo de Lezama
y su alucinado decir que «nuestra isla
comenzó su historia dentro de la poesía»,
situándola bajo el signo de Heródoto,
arrancándonos de la cólera de Dios.
De las alabanzas sordas
y la cuerda de las adivinaciones.
De los ídolos que hemos sabido conservar
de la delación y de la imagen,
de las antiguas prohibiciones de la carne.
Tú permaneces en tu azotea,
como la última creyente en las viejas utopías.*

El Extravío

a Juana

*Vengo de Tordesillas
me extravié al escapar
el peligro me acecha en todas partes
veo en sueños
las espuelas que se clavan al relincho
tras los árboles
se oyen gritos soeces en la oscuridad
jadeo entre mis ropas desgarradas
era un ovillo sobre el fango
nada me cubre ahora
permanecí oculta durante muchos años
y finalmente he entrado a la ciudad
los que me traicionaron
no me pudieron encontrar
soy la reina que no harán enloquecer
madre ni padre hermano o hijos
menos que nadie mi marido
el de los ojos lánguidamente hermosos
muerto o vivo
soy la escabullida de la historia
la eterna fugitiva
la pieza que ha de faltar en el relato
el personaje que no habrán de apresar.*

Finisterre

*Quería preguntarte
 si existen túneles entre las estrellas
 si en tu noche total hay lapsos que engullen los relámpagos
 si ves tábanos de luz.
 Quería decirte que amanece
 aunque te has ido
 y que el asta violeta de Amaltea
 hiera mi lengua embadurnándola
 de mosto, sal caliente, hambre de dos.
 Quería preguntarte, sobre todo,
 si te alcanzó el diluvio de las piedras
 el caos febril, la despedida,
 la locura de Pound que ambos supimos era falsa.
 Quería saber si tus oídos
 abren su vuelo ante la curvatura del espacio
 si alguna música te llega (Bach más que nada)
 si te perturba el anillamiento de las aves.
 Quería preguntarte tantas cosas.
 Si sabes que el amor imita tus delirios
 trastorna el orden de la vida, sus deleites
 y en vano enciende cábalas y pozos y simientes.
 Quería, finalmente, preguntarte
 cómo haces
 para que siempre seduzcan verbo y poesía
 si desde donde ahora en libertad padeces
 ves cómo se desliza tu barro incandescente
 por las cálidas combas de mis manos.*

DOSSIER

Europa del Este

La historia mundial, en la última década, ha estado marcada por un acontecimiento decisivo: el derrumbe del comunismo en Europa del Este y el difícil tránsito a la democracia y el mercado de las sociedades exsoviéticas. De 1992 a la fecha se han acumulado visiones contradictorias sobre ese proceso: desde aquellas que describen la transición como un purgatorio social, en el que predomina la nostalgia del antiguo régimen, hasta las que, cándidamente, retratan el poscomunismo como el mejor de los mundos posibles.

La revista *Encuentro de la cultura cubana*, consciente de ese capítulo cubano de la Era Soviética que hoy muchos pretenden olvidar, ha abierto sus páginas al debate sobre Europa del Este. En el número 6/7, de otoño-invierno de 1997, publicamos estudios de Grzegorz Ekiert, Jean-Francois Fogel, Vesna Pusic y Tibor Papp sobre las complejas transiciones poscomunistas. Cinco años después, en la presente entrega, actualizamos y extendemos esa importante discusión con este conjunto de ensayos seleccionados en colaboración con la prestigiosa revista *Social Research*, que edita la New School University en Nueva York. Agradecemos especialmente la valiosa asesoría de Arien Mack y Elzbieta Matyna en la selección de estos materiales.

Lo gris es hermoso

Una carta a Ira Katznelson¹

Adam Michnik

III

El comunismo era como un congelador. En su interior, un variado mundo de tensiones y valores, emociones y conflictos, quedaba cubierto por una espesa capa de hielo. El proceso de descongelación fue gradual; de manera que, al principio, vimos flores hermosas, pero después vino la putrefacción. Primero apareció la grandilocuencia de la pacífica caída del Muro de Berlín y de la Revolución de terciopelo checa. Más tarde, llegaron la ola de odio xenófobo que se adueñó de Alemania entre 1992 y 1993 y el desmembramiento de Checoslovaquia. Primero llegó el memorable «Otoño de las naciones» de 1989. La libertad regresó a Europa Central y ésta volvió a la historia. Lo hizo no sólo como mensajera de la libertad y la tolerancia, también del odio y de la intolerancia, de signo tanto étnico como religioso. Hubo conflictos que cobraron vida una vez más y que resultan difíciles de entender para quienes consideran que toda esa zona no era más que el bloque soviético; pero los habitantes de esas tierras los comprendieron perfectamente. Los entendían porque ese mundo compuesto de muchas naciones y culturas había experimentado la profunda ambigüedad que conlleva el derecho de los países a tener una existencia soberana: el derecho de una nación solía poner en peligro el de otra, y eso producía limpiezas étnicas. Grillparzer, un gran escritor austriaco del siglo XIX, ya advirtió, de forma profética, contra los peligros de una vía que lleva «desde el humanismo a la brutalidad, a través de la nacionalidad».

IV

Querida Ira,

Supongo que, para el público estadounidense, estas divagaciones sobre el pensamiento democrático en Europa Central deben resultar un tanto exóticas. Dicho pensamiento fue sometido a una doble prueba: la de la cautividad y la de la libertad. De ahí que, sin duda, ciertas afirmaciones parezcan confusas, mientras que otras se juzguen completamente banales. Sin embargo, creo que este pensamiento nació de una misma inspiración: un sueño apasionado sobre la libertad y el orden democrático.

¹ Ira Katznelson: *Liberalism's Crooked Circle. Letters to Adam Michnik*, Princeton University Press, Princeton, N. J., 1996.

Democracia no es exactamente lo mismo que libertad. La democracia es la libertad consagrada por el Estado de derecho. Por sí misma, la libertad, sin los límites impuestos por la ley y la tradición, es una vía hacia la anarquía y el caos, que se rige por el poder del más fuerte. Para mi generación, el camino hacia la libertad comenzó en 1968. En ese año fue cuando decenas de miles de estudiantes abarrotaron las calles para protestar contra el orden establecido mediante manifestaciones. ¿Había algún denominador común entre las revueltas estudiantiles de Berkeley, París y Berlín Occidental, y las de las calles de Varsovia y Praga? A primera vista, unos y otros parecían fenómenos completamente diferentes: los estudiantes de Berkeley y de París rechazaban el orden de la democracia burguesa; los de Praga y Varsovia luchaban por la libertad que garantizaba esa misma democracia. Además, a los de Berkeley y París les fascinaba el proyecto comunista y la retórica revolucionaria de Mao Tsé Tung, de la que ya habían tenido ración suficiente los universitarios de Varsovia y Praga.

No obstante, creo que también había ciertos hilos conductores comunes: el espíritu antiautoritario y la convicción de que «ser realista supone pedir lo imposible». Finalmente, había una necesidad de rebelarse, enraizada en la convicción de que «mientras el mundo sea como es, no merece la pena morir tranquilamente en la propia cama». Ese mundo que «es como es» ... significaba un mundo injusto.

Esta es la cuestión. En la raíz de la revuelta de 1968 se hallaba la necesidad de justicia: la necesidad de acceder a la libertad y al pan, a la verdad y al poder. Había algo maravillosamente estimulante en dicha revuelta, algo que no sólo transformó la conciencia colectiva de una generación. Pero también había algo alarmante: universidades víctimas del vandalismo, bibliotecas destrozadas, lemas bárbaros que sustituían a la reflexión intelectual, y, finalmente, violencia, terrorismo y asesinatos por razones políticas. Todo eso pertenece también al legado de 1968.

En aquel momento nos definíamos como socialistas y personas de izquierda. ¿Por qué hoy en día esa fórmula suscita una protesta en mi interior? ¿Por qué no quiero dar mi apoyo a ninguna de las grandes ideologías? Creo que aquí es donde se originan muchas de las discusiones que mantengo con mis amigos estadounidenses. Sin embargo, es posible que a menudo esta discrepancia tenga más que ver con el lenguaje que con las ideas. Una vez le pregunté a Jürgen Habermas ¿qué nos queda de esa fe idealista en el socialismo orientado hacia la libertad que teníamos en los 60? Su respuesta fue: «la democracia radical». Como esta fórmula me resulta cercana, intentaré descifrarla a mi manera.

V

El sistema de democracia parlamentaria y economía de mercado ha tenido acérrimos enemigos desde sus comienzos. Démosles las denominaciones simbólicas de «conservadores» y «socialistas». Para los primeros, el orden democrático era la negación de la tradición: la derrota del espíritu cristiano a

manos de un nihilismo voraz; la victoria total del relativismo frente a un mundo de valores comprobados y absolutos. Para los segundos, los socialistas, era un sistema que generaba, enmascaraba y perpetuaba la desigualdad y la injusticia. El conservador veía en el hombre a un ser salvaje que no podía ser domesticado mediante apelaciones a la razón. Sólo unas instituciones fuertes podían lograr ese objetivo. Por su parte, el socialista creía que el hombre era un ser bueno, al que unas condiciones sociales inhumanas obligaban a comportarse como animales. Tanto el conservador como el socialista rechazaban un orden de libertad que se basaba en la libre concurrencia de las fuerzas políticas y económicas, en el dominio específico de la propiedad y el dinero.

El conservador sostenía que este orden libera una codicia animal en el hombre, mientras que el socialista tenía la opinión de que para tal orden se requiere, prácticamente, una agresividad propia de las bestias. Así es como se fundaron las dos grandes utopías: una retrospectiva y otra prospectiva; una utopía conservadora, basada en una armonía jerárquica, y una utopía socialista, cuya armonía era el igualitarismo. Se pueden debatir las relaciones de ambas utopías con los dos totalitarismos del siglo xx. Cabe preguntarse si el bolchevismo se aprovechó de la idea socialista o si ésta le proporcionó sus argumentos intelectuales y políticos. También podemos intentar analizar si el fascismo utilizó los razonamientos antiliberales de los conservadores y su sueño de retornar a un mundo de valores preindustriales, o si los conservadores vieron en el fascismo una forma de defenderse de la destrucción propiciada por la democracia liberal. Pero no hay duda de que existieron esa clase de conexiones, aunque se pueden encontrar conservadores en la oposición antifascista y socialistas entre los más persistentes adversarios del bolchevismo. La consumación de ambas utopías antiliberales se manifestó a través de sistemas totalitarios. Viví en uno de ellos durante cuarenta años, pero aprendí a desconfiar de los dos.

VI

¿Por qué nos rebelamos contra el comunismo? ¿Por qué preferimos convertirnos en una pequeña y reprimida minoría, en vez de unirnos a esa mayoría que vivía y se labraba una carrera en el mundo de la dictadura totalitaria?

Rechazamos el comunismo por muy diversas razones: era una mentira y nosotros buscábamos la verdad; significaba sumisión y nosotros deseábamos autenticidad; era esclavización, miedo y censura, y nosotros queríamos libertad; era un ataque constante a la tradición y a la identidad nacional que considerábamos nuestra; suponía la desigualdad social y la injusticia, y nosotros creíamos en la igualdad y la justicia; era una economía grotescamente ineficiente y nosotros buscábamos la racionalidad, la eficacia y la prosperidad; conllevaba la supresión de la religión y, para nosotros, la libertad de conciencia era un derecho humano fundamental.

En consecuencia, rechazamos el comunismo por razones igualmente estimables para un conservador, un socialista y un liberal. De este modo, surgió una peculiar coalición de ideas, que Leszek Kolakowski señaló en un artículo

bien conocido, titulado «Cómo ser un socialista conservador-liberal». No obstante, antes de venirse abajo, la coalición había marcado el debate público con un tono específico de absolutismo moral.

Ese absolutismo moral de la oposición anticomunista nos obligó a creer que el comunismo es algo intrínsecamente perverso, el imperio del mal, y que resistirse a esa doctrina y a sus partidarios es algo naturalmente bueno, noble y hermoso. La oposición democrática demonizó a los comunistas y se convirtió a sí misma en un ángel. Sé de lo que estoy escribiendo porque, hasta cierto punto, ese absolutismo moral fue también mi experiencia. No me arrepiento de ella, y tampoco pienso que tenga que avergonzarme. Hacer frente al mundo de la dictadura totalitaria suponía poner en peligro, o incluso sacrificar, no sólo la seguridad de uno mismo sino la de los propios amigos y familiares. Había que creer que «La vida humana es un juego serio», tal como escribió un historiador de la Iglesia en el período comunista. Cada día había que tomar una decisión que podía tener graves consecuencias. Esas decisiones no surgían de debates académicos, sino que eran hechos morales por los que frecuentemente se pagaba con la cárcel o con la ruina de una carrera. Entre los disidentes activos, esa situación creaba un clima favorable para arduas y exigentes valoraciones. Uno propugnaba valores humanistas, pero vivía según otros de carácter heroico, guiándose por el principio fundamental de lealtad a la propia identidad y a los amigos de la oposición democrática; lealtad a valores que eran traicionados y ridiculizados; lealtad a la nación, a la Iglesia y a la tradición. «El lado débil» —escribió Bogdan Cywinski— «siempre estaba sitiado». Los testigos más notables de la resistencia en esos años —Solzhenitsyn, Havel, Herbert— defendían valores absolutos. Herbert escribió: «no permitas que tu hermano el Desprecio te abandone para irse con los cobardes informadores y verdugos: ellos ganarán»²

Y al final fuimos nosotros los que ganamos. Pero, ¡ay de los absolutistas morales que salen victoriosos de las luchas políticas, aunque sólo sea por poco tiempo!

VII

El absolutismo moral concede una gran fuerza a los individuos y grupos que luchan contra la dictadura, pero debilita a quienes se mueven en un mundo en el que los procedimientos democráticos están levantándose entre los escombros de dictaduras totalitarias. Ahí ya no queda sitio ni para utopías que aspiran a un mundo justo, armonioso y perfecto, ni para absolutismos morales; unas y otros amenazan el orden democrático, porque éste es siempre imperfecto. Es el mundo de libertades (pecaminoso, corrupto y frágil) que llegó después de que se derrumbara el mundo del determinismo totalitario (por fortuna, también imperfecto).

² Zbigniew Herbert, «The Envoy of Mr. Cogito», en *Mr. Cogito*, The Ecco Press, N. J., 1993, p. 61. Traducido del polaco al inglés por John y Bogdana Carpenter.

Ese mundo no sólo forzó el fin de la coalición de ideas antitotalitarias, sino que también puso de manifiesto su naturaleza contradictoria. El igualitarismo se vio enfrentado a los principios del liberalismo económico; el conservadurismo cuestionó el espíritu de tolerancia liberal. Se plantearon dilemas que el socialista, el conservador y el liberal resolvían de formas diferentes. Señalemos algunos: la forma de abordar el pasado comunista; los rasgos del mercado; los principios fundamentales del Estado, o el lugar de la Iglesia y de los valores religiosos en la nueva realidad.

Para el socialista, lo esencial será dotar de rostro humano a una codiciosa economía de mercado, así como defender a los sectores más pobres de la población, el carácter laico del Estado y la tolerancia hacia personas de diferentes credos y nacionalidades.

El conservador retomaría la continuidad de los símbolos nacionales; lucharía por una reformulación cristiana de la constitución y de las instituciones; prevendría de los peligros del liberalismo y del relativismo, y exigiría mayor severidad con los integrantes del antiguo régimen.

El liberal dirá: primero la economía; es decir, el crecimiento económico, unas normas de mercado claras, un sistema fiscal estable, privatizaciones y una divisa convertible. Defenderá celosamente la idea de un Estado tolerante, en relación con la Iglesia, las minorías nacionales, los países vecinos y el pasado. El problema es que cada uno de esos tres actores formulará sus ideas en un contexto recién estrenado: el de una ideología nueva, populista y todavía sin nombre. Hay algo de fascismo en ella, y también de comunismo; un poco de igualitarismo, y algo de clericalismo. Todos esos lemas irán acompañados de una crítica radical de la ideología de la Ilustración y del lenguaje inflexible del absolutismo moral. Al mismo tiempo, aparecerá una cierta nostalgia que sorprenderá tanto al socialista, como al liberal y al conservador. Nostalgia de la seguridad de «los viejos tiempos comunistas», como cuando se decía, «el Estado hacía que pagaba a las personas y el pueblo hacía que trabajaba».

Para comprender los dilemas de las nuevas democracias poscomunistas hay que conocer este contexto. La cuestión de cómo abordar el pasado comunista ha dividido a los participantes en el debate entre portavoces de la justicia y defensores de la reconciliación. Los primeros exigían el castigo sistemático de los culpables. Los segundos proponían un proceso de reconciliación nacional invocando desafíos futuros. En ocasiones, ambas actitudes adoptaron formas grotescas: la primera llegó a exigir que se discriminara a los miembros del aparato comunista; la segunda se comportó como si hubiera olvidado la propia existencia de la dictadura pasada. La fórmula de la que yo era partidario —«Sí a la amnistía; no a la amnesia»— resultó ser demasiado difícil para los integrantes de la oposición democrática.

La polémica sobre los rasgos de la economía de mercado adoptó los tintes de un conflicto social en el que confluyeron los argumentos de socialistas y conservadores para criticar las políticas de transformación liberal. Situaciones como el desempleo, los contrastes sociales y la frustración de los trabajadores hicieron que aminorara el ritmo de las reformas. La polémica sobre el tipo de

Estado —si había de basarse en la nacionalidad o en la ciudadanía— se convirtió en algo fundamental, sobre todo en países plurinacionales que acababan de recuperar su independencia después de un largo período de sometimiento.

Los conservadores partidarios del principio de nacionalidad hacían hincapié en la necesidad de reconstruir el tejido étnico destruido durante los años de ataque oficial al nacionalismo; los partidarios del principio de ciudadanía defendían los preceptos fundamentales de la democracia frente a una invasión de patriotería intolerante. Para terminar, vamos con la Iglesia. Después de años de represión, ésta reafirmó su derecho a un espacio en el debate público. En aquellas comunidades donde la identidad nacional se ha visto frecuentemente acompañada de un componente religioso, parece existir una tendencia natural a dotar a los nuevos Estados de identidad religiosa. La Iglesia solicitó constituciones y códigos penales que estuvieran en consonancia con normas morales religiosas. El debate en torno a la despenalización del aborto constituyó un ejemplo clásico del argumento relativo a los fundamentos axiológicos del Estado. ¿Acaso el hecho de aceptar el aborto supone refrendar el asesinato de niños no nacidos? ¿La criminalización del aborto constituye un ataque al derecho fundamental de la mujer a decidir su propia maternidad? Cada uno de estos argumentos llevaba aparejadas tensiones emocionales extremas: se hacían apelaciones constantes a cuestiones morales y se utilizaba un lenguaje de propaganda bélica. Se estaban enfrentando dos sistemas de valores opuestos: el pragmático —con frecuencia saturado de corrupción y del cinismo de los miembros del antiguo régimen— y el patriotismo crónico del mundo de los valores conservadores, que en el pasado reciente se había resistido al comunismo. El antiguo heroísmo de ese universo que había soportado la represión mostró su otro rostro: el intolerante y fanático que ahora se oponía a ideas nuevas y modernizadoras. Este giro de los acontecimientos ha sido algo natural en el mundo de las democracias poscomunistas.

VIII

Ninguna de estas polémicas resulta fatal para la democracia, que, después de todo, se basa en un debate permanente. Sí sería fatal que los conflictos se intensificaran y que los bandos radicalizaran sus posturas hasta llegar a un punto en el que fueran incapaces de hacer concesiones. En ese momento sería fácil socavar los procedimientos del Estado democrático, porque los movimientos extremistas —al margen de que se cobijen bajo banderas negras o rojas— se sirven gustosamente de los procedimientos e instituciones de la democracia con el fin de destruirla. Entretanto, la democracia no es ni negra ni roja. Es gris, sólo se establece con dificultades, y cuando mejor se reconoce su calidad y su sabor es en el momento en que cede ante el avance de ideas radicales rojas o negras. La democracia no es infalible, porque en sus debates todos son iguales. Esto explica que sea susceptible de manipulación y que pueda verse impotente frente a la corrupción. También explica que, con frecuencia, elija la banalidad y no la excelencia, la astucia y no la nobleza, las promesas vacías y no la auténtica capacidad. La democracia se basa en una

continua articulación de intereses particulares, en una búsqueda diligente de acuerdos entre ellos, en un mercado de pasiones, emociones, odios y esperanzas; se basa en la eterna imperfección, en una mezcla de pecado, santidad y tejemanejes. Esta es la razón por la que a quienes buscan un Estado moral y una sociedad completamente justa no les guste la democracia. Sin embargo, éste es el único sistema que, al tener la capacidad de cuestionarse a sí mismo, también la tiene de corregir sus propios errores. Las dictaduras, rojas o negras, destruyen la capacidad creadora del ser humano, matan el gusto por la vida y, al final, la propia existencia. Sólo una democracia gris, con sus derechos humanos y las instituciones representantes de la sociedad civil, puede sustituir las armas por argumentos. El parlamentarismo se convirtió en una alternativa a las guerras civiles, a pesar de que un conservador discutiera con un liberal y con un socialdemócrata sobre si ese sistema procedía del sentido común o de la sabiduría que aporta la desgracia.

IX

El sujeto de la democracia es la persona, no las ideas. Y esta es la razón por la que, en el marco de las instituciones democráticas, los ciudadanos pueden encontrarse y colaborar, cualquiera que sea su credo, nacionalidad o ideología. Hoy en día, el liberalismo, el conservadurismo o el socialismo, es decir, las formulaciones ideológicas clásicas, no dominan el debate público sobre los impuestos, la reforma fiscal o los seguros. Sin embargo, en cada uno de esos debates se necesita la presencia de una atención socialista a los más pobres, una defensa conservadora de la tradición y una reflexión liberal sobre la eficiencia y el crecimiento. En la política democrática se necesitan todos esos valores. Son los que dan color y diversidad a nuestras vidas; son los que nos proporcionan la capacidad de elegir; gracias a sus mutuas contradicciones podemos permitirnos la incoherencia, la experimentación, y los cambios de opinión y de gobierno. Para oponerse al denominado «liberalismo democrático corrupto», el fanatismo de los inquisidores ideológicos ofrece una y otra vez nuevos proyectos de «tierra prometida». Fundamentalistas de variado pelaje condenan el relativismo moral de la democracia, como si el Estado tuviera que ser el guardián de la virtud moral. Sin embargo, los partidarios de la democracia gris no le concedemos ese derecho. Queremos que las virtudes humanas sean custodiadas por la conciencia humana. Por eso decimos que «lo gris es hermoso».

Fragmento del texto publicado originalmente
en la revista *Dissent*, Primavera 1997, vol. 44, N° 2 pp. 14-19

(Traducido por Jesús Cuéllar)

La sociedad civil, el pluralismo y el futuro de Europa Central y Oriental

Vladimir Tismaneanu

El concepto de sociedad civil es uno de los que con más frecuencia se utilizan a la hora de interpretar la decadencia y súbito derrumbamiento del antiguo bloque soviético (Di Palma, 1991). En los últimos tiempos, la corriente mayoritaria de la ciencia política occidental ha adoptado dicho concepto y lo ha convertido en sinónimo de militancia de base —«redes de compromiso cívico» (Putnam, 1993)— y de diversas organizaciones no gubernamentales. Dicho en pocas palabras, los límites conceptuales se han ampliado hasta el punto de que cada vez resulta más difícil captar la relación entre lo que ahora denominamos sociedad civil y lo que los disidentes de Europa Oriental entendían por dicho concepto. Sobre este mismo asunto se podría escribir un instructivo ensayo: las aventuras semánticas del concepto de sociedad civil en el período posterior al derrumbamiento del leninismo y al final de la Guerra Fría.

A principios de los 80 y en los 90, el concepto había alcanzado una especie de hegemonía epistemológica, a pesar de su carácter escurridizo, o quizá a causa del mismo. La propia idea del resurgimiento de movimientos e iniciativas desde abajo, libres de condicionantes burocráticos y rígidamente institucionalizados, era como un capricho. Sociedad civil era el nombre que recibía un impulso antiautoritario y anticonformista, que surgía del redescubrimiento de los derechos humanos y de la posibilidad de una política no maquiavélica (Sharlet, 1989). Para muchos disidentes, militar en la sociedad civil equivalía a un renacimiento del negativismo dentro de un sistema que parecía haber asfixiado cualquier opción trascendente. Cuando escribí *Reinventing Politics*, mi principal argumento era que la idea de sociedad civil había sido lo que había incitado a los hombres y mujeres de las revoluciones de 1989 a cuestionar el monismo (absolutismo) del orden leninista.¹ En este sentido, mi enfoque estaba próximo a las posiciones alentadas por pensadores como Bronislaw Geremek, Miklos Haraszti, Václav Havel, Janos Kis, Jacek Kuron, George Konrad y Adam Michnik en Europa Oriental, y Andrew Arato, Timothy Garton

¹ Véase Tismaneanu (1992). Para el análisis de la sociedad civil a principios de los años noventa, véase Seligman (1992); Cohen y Arato (1994).

Ash, Mary Kaldor, John Keane, David Ost y Jacques Rupnik en Occidente (sólo he mencionado algunas de las contribuciones más notables al debate sobre Europa Oriental, la antipolítica y la sociedad civil). Algunos críticos plantearon objeciones a mi enfoque «teleológico», señalando que los militantes de la sociedad civil en la Europa Oriental posterior a 1989 eran débiles, no fuertes. Otros insistieron en que las causas de las revoluciones habían sido principalmente materiales (económicas, sociales), no morales y culturales. Cualquiera que sea la consideración que se de a la debilidad en la Europa poscomunista, sigue siendo un importante punto de partida para comprender los significados de 1989. Fue la militancia cívica independiente lo que supuso el principal desafío para los regímenes leninistas establecidos y neotradicionalistas.² Después de todo, no sólo la expresión «sociedad civil» fue utilizada de forma diferente por Hegel y Rousseau, sino que se vio reducida a una estricta interpretación económica en la *Contribución a la cuestión judía*, de Marx. La sociedad civil significaba una cosa para Antonio Gramsci y otra para los seguidores de la tradición ilustrada escocesa (el concepto llegó a Europa Oriental más a través de Gramsci que del pensamiento «burgués» tradicional). Sin embargo, ahora debemos tomar la definición predominante; es decir, el significado estratégico-funcional propuesto por los propios pensadores de Europa Oriental y los militantes cívicos. Nuestro redescubrimiento del concepto se infiere de la reinención que hicieron estos actores de la sociedad civil o, en palabras del filósofo católico checo Václav Benda, de una «polis paralela» como realidad históricamente factible.

En su forma más sencilla, la sociedad civil representa para el sistema posttotalitario la configuración de un desafío colectivo *desde abajo*: el despertar gradual de unas fuerzas profundamente arraigadas, que durante mucho tiempo se han visto frenadas por la presión intimidatoria de la maquinaria burocrático-autoritaria estatal. La sociedad civil es la respuesta —lo que Václav Havel denominó metafóricamente la fuerza de la vida— al abrazo insensibilizador de la mentira institucionalizada. Como tal, la sociedad civil simbolizaba un mito político, en el sentido utilizado por Georges Sorel: una fuerza galvanizadora que inspira un nuevo despertar social y riega la imaginación de la sociedad. En Europa Central, al menos durante los años ochenta, el mito político de la sociedad civil contribuyó a la constitución de una esfera pública emergente y a la reformulación estratégica de las principales opciones de la oposición. Hay que recordar que el concepto sólo cobró importancia después del agotamiento de la estrategia de «reformas desde arriba» que produjo la violenta eliminación de la Primavera de Praga y la decadencia de la búsqueda neomarxista de un «socialismo con rostro humano».

² Sobre la dinámica del activismo cívico en la Europa Oriental posterior a 1989, véase Howard (2002), que ofrece una convincente interpretación de las principales causas de la debilidad de la sociedad civil en estos países, entre ellas la generalizada desconfianza que despertaban las instituciones y asociaciones políticas. Para una juiciosa aproximación a los persistentes legados de 1989, véase Isaac (1998).

La sociedad civil supone una alternativa a la degradación de la política en aquellos regímenes en los que las acciones humanas se juzgan de acuerdo con preceptos ideológicos formulados por una élite que se elige a sí misma. La sociedad civil es la alternativa al dominio de la existencia humana por parte de la razón burocrática instrumental. En muchos sentidos, es una forma antipolítica de acción política, porque tiene lugar, u ocurre, fuera de las estructuras oficiales o debajo de ellas. Como búsqueda de la verdad, cuestiona la lógica de la conformidad por su oportunismo a la hora de aprobar el «buen comportamiento».

Ese desafío colectivo no puede saltar a la palestra, no puede cobrar forma, en un sistema completamente totalitario. Después de todo, la razón de ser del totalitarismo, si hemos de ceñirnos a la interpretación clásica del fenómeno realizada por Carl Friedrich y Zbigniew Brzezinski, o por Hannah Arendt, ha sido la de acabar con cualquier núcleo real o potencial de pensamiento o acción independiente.

La propia idea de una cultura cívica basada en el libre albedrío del individuo tenía que sustituir a la concepción que propugnaba que el sistema era inmutable y su ideología infalible. No importaba que los sujetos estuvieran o no convencidos de que la pretensión ideológica estaba justificada; lo importante era su comportamiento, el hecho de que se vieran impelidos a actuar como piezas obedientes y altamente conformistas dentro del engranaje. La sumisión al statu quo y la servidumbre voluntaria fueron normas de conducta consagradas por los sistemas posttotalitarios como condición para alcanzar la normalidad. En esas circunstancias, desafiar el statu quo era aceptar deliberadamente una situación de marginalidad. La sociedad civil comenzó con la pretensión de reunir a la «periferia» disidente y a estratos menos comprometidos políticamente, que constituían la «zona gris» existente entre el poder y la oposición.

EL PODER DE LOS SIN PODER

El éxito de la estrategia de la sociedad civil no puede explicarse sin mencionar que desde el principio ésta reconoció el papel que tenían las categorías «carentes de poder» en la lucha por la liberación mental y política. Con el beneficio que concede la perspectiva, podemos decir que fue la idea de conceder el poder a los que carecían de él lo que dio una nueva dirección al pensamiento político, llevándolo más allá de las fronteras del Pacto de Varsovia. Para luchar por un tipo de política diferente, enraizado en valores de transparencia, tolerancia y verdad, ha sido necesario renunciar al contraproducente sentimiento de indefensión y convertir la impotencia en una ventaja política y epistemológica. Esto es lo que intentó Václav Havel, desde su carta a Gustav Husak (del 8 de abril de 1975) hasta los grandes ensayos sobre antipolítica que escribió en los años 80. Milan Simecka, otro disidente checo, planteó un enfoque similar:

La única cualificación que la gente necesita para percibir con mayor claridad los peligros de la política de la «gran mentira» es la de no tener poder. No hay

que ser filósofo, escritor, académico o sacerdote. Entre peones, agricultores y artesanos carentes de poder me he topado con lúcidos pensadores. En líneas generales, las personas sin poder no son muy dadas a la escritura; se limitan al debate verbal y, en consecuencia, en los años posteriores no queda nada que demuestre hasta qué punto tenían mucha más razón que los políticos. Los sin poder suelen saber mejor quiénes son proclives a caer en la codicia o en el deseo de venganza cuando ocupan puestos de poder. En política, tienen una idea más fiable de qué caminos están sembrados de peligros y de cuáles suelen conducir a la violencia y el derramamiento de sangre, y se dan cuenta de que las guerras «fáciles» que los políticos prometen ganar tienden a acabar en catastróficas derrotas. En la mayoría de los casos, quienes carecen de poder ni siquiera logran compensaciones: cuando por fin, después de mucho tiempo, se cumplen sus pronósticos, están muertos o chochos, y sacuden la cabeza con pesar, mientras se llevan la taza de té a los labios con mano temblorosa (Simecka, 1986: 269-270).

Para que la sociedad civil surgiera como contrapoder (o, dicho de otro modo, como movimiento antisistema) habían de cumplirse ciertas condiciones: en primer lugar, la confianza en sí mismas de las élites dominantes tenía que estar completamente erosionada y, en relación con este hecho, el ardor ideológico debía haberse visto atenuado por una voluntad de dominio oportunista que sólo quisiera el poder en sí mismo (el impulso «heroico-romántico» del primer bolchevismo, incluso en la degenerada encarnación estalinista de Europa Oriental, tenía que haber sido sustituido por una filosofía cínica y pragmática de supervivencia burocrática). También era preciso que estas asediadas élites aceptaran que el viejo paradigma social y económico estaba claramente obsoleto y que, para conservar el sistema, se necesitaban desesperadamente ciertas reformas; la formación de núcleos de militancia paralelos, alentados por este repliegue del grupo dominante hacia políticas que, en vez de ser abierta y sistemáticamente ofensivas, eran reactivas; la reapropiación gradual del espacio público por parte de esos núcleos y su lenta pero deliberada rehabilitación de la política hasta convertirla en un asunto humano respetable y honorable; la articulación, también a cargo de esos grupos independientes, de un programa político, social y cultural capaz de expresar las quejas de la «mayoría silenciosa», y, por último, la creación de una nueva idea de solidaridad dentro de las comunidades informales que configuraban la floreciente sociedad civil. En otras palabras, una vez que el sistema totalitario muestra síntomas de esclerosis, una vez que su capacidad represiva está palpable y considerablemente debilitada, la sociedad puede restaurar su dignidad (vemos que así está ocurriendo en China, donde los dirigentes del Partido Comunista intentan sistemáticamente neutralizar cualquier forma de militancia de la sociedad civil, entre ellas las iniciativas religiosas y las de autonomía cultural).

El disentimiento individual deja de asimilarse automáticamente a una búsqueda quijotesca. El impulso primario de esta fenomenología de la resistencia

social es moral. En palabras del filósofo disidente Jan Patočka, los individuos descubren que existen valores «por los que merece la pena sufrir». Él o ella superan la sensación de impotencia inducida por el sistema y encuentran en la acción colectiva una fuente de esperanza y de fuerza. Para comprender este impulso hacia la autoemancipación social, debemos recordar un sabio comentario de Edmund Burke: «Cuando los hombres malos se aúnan, los buenos deben asociarse; de lo contrario, caerán, uno a uno, víctimas de una lucha despreciable en la que no habrán combatido». Las transformaciones revolucionarias que tuvieron lugar en Europa Central y Oriental no fueron ni una bendición milagrosa ni una concesión voluntaria hecha por los grupos reformistas de la burocracia constituyente del Estado-partido.

El súbito derrumbamiento del orden existente se debió sobre todo a que se ahondó el abismo que había entre las estructuras oficiales y las no oficiales: las primeras, cada vez más anquilosadas, y las segundas, disfrutando de una autoridad moral que había de validarse públicamente cuando la crisis llegó a una situación explosiva. En palabras de Václav Havel: «el intento de reforma política no fue la causa del nuevo despertar de la sociedad, sino el resultado final de dicho despertar» (1990: 42). No es sorprendente que el ascenso de la sociedad civil tuviera lugar en nombre de la moral: la crisis más profunda de esos regímenes se sitúa en ese ámbito.

Por Alexis de Tocqueville, Benjamin Constant y John Stuart Mill sabemos que la sociedad civil no puede existir si no hay libertad económica. La base principal de los derechos individuales es el reconocimiento del derecho al ejercicio autónomo de las propias potencialidades económicas y el respeto a la propiedad privada. Si no se garantiza la existencia de una economía de mercado segura, no puede existir una auténtica sociedad civil. Como señaló Daniel Bell en una ocasión, el pluralismo es la contrapartida política del liberalismo económico.

En Europa Oriental, en las condiciones del sistema posttotalitario (o, dicho de otro modo, en un orden leninista menos radical), la vía de la reconstrucción de la sociedad civil subrayaba el predominio de la política moral. Esta estrategia se basaba en una convicción, anterior a 1989, según la cual los regímenes sólo harían ciertas concesiones a los movimientos ciudadanos y obstruirían cualquier revisión radical del sistema económico. El gran experimento de las sociedades posttotalitarias de Europa Central y Oriental fue el de intentar volver a crear, en primer lugar, al hombre político y, después, como resultado del hundimiento de esos regímenes, iniciar la reconstrucción del *homo economicus*.

LA REINVENCIÓN DE LA POLÍTICA

La primera fase de esta empresa de renacimiento o, mejor dicho, de reinvencción de la política, consistió en la aparición de movimientos que no se oponían directamente al orden establecido ni a sus fundamentos. Como señaló Havel, «en el sistema posttotalitario, el contexto de los movimientos

que van asumiendo poco a poco importancia política no suele consistir en acontecimientos abiertamente políticos, sino en confrontaciones entre diferentes fuerzas o conceptos que se originan en otro lugar, en ese área mucho más amplia de lo «prepolítico», donde el hecho de «vivir una mentira» se enfrenta al de «vivir la verdad», es decir, donde las demandas del sistema posttotalitario entran en conflicto con los auténticos objetivos vitales» (Havel, 1990: 43).

Según Miklos Haraszti, la desintegración de los regímenes comunistas se produce en tres fases. A la primera se le denomina posestalinismo. En ese momento, el Estado-partido se liberaliza: reduce la opresión hasta el nivel «necesario»; permite cierto grado de consumo y quizás algún tipo de descentralización económica. En cultura e ideología, aunque los regímenes continúan manteniendo cierto control, aflojan la mano y toleran cierta experimentación, e incluso coquetean ligeramente con ideas heterodoxas. «En esta época, la sociedad se contenta con utilizar la apertura que brinda el régimen» (Haraszti, 1990: 85). La oposición sigue aislada y los movimientos que surgen en este estadio para centrarse en un único problema intentan apartarse de cualquier propuesta que pretenda negarle toda legitimidad al régimen. Los ejemplos evidentes son el movimiento de protesta polaco hasta 1976, año en el que se constituyeron los comités de defensa de los trabajadores (KOR); el movimiento por la paz húngaro, y la primera fase del movimiento pacifista y ecologista de Alemania del Este.

Según la perspicaz interpretación de Haraszti, la sociedad civil, en sentido estricto, no aparece hasta la segunda fase, que puede denominarse posttotalitaria. Algunos países del Bloque del Este, como Hungría, Polonia y Checoslovaquia, llegaron a este estadio en la segunda mitad de los años 80, gracias (entre otras razones) a la fuerza decreciente del aparato gobernante y al hecho de que la Unión Soviética alentaba, o al menos toleraba, los intentos de reforma. Lo más destacado de esta fase es el derrumbamiento de la ideología del partido único: la pérdida completa de su aureola y la difusión por toda la sociedad de un desencanto respecto a la mitología oficial. El régimen sólo puede tener actuaciones vacías y rituales, en las que tanto los actores como los espectadores están convencidos de que el espectáculo carece por completo de sentido. Pensemos en la magistral ilustración de este momento que proporciona Havel en su parábola del verdulero que muestra una pancarta con el lema «¡Trabajadores del mundo, uníos!» Durante esta fase es cuando el sujeto puede convertirse en ciudadano por sí mismo, y no como parte de una colectividad.

En estas condiciones, el primer gesto de independencia es individual. La dirección fundamental es moral: negarse a las demandas del régimen y rechazar sus recompensas, renunciando a la paralizante psicología del consentimiento y decidiendo que se puede vivir en la verdad. Una vez que la ideología ha caído en el descrédito, una vez que está claro que, como señaló el filósofo polaco Leszek Kolakowski, «el alma inmortal del comunismo es una mentira», es posible actuar como miembro potencial de una emergente «clase ciudadana

nacional».³ Ahora se puede elegir entre pertenecer a lo que Ken Jowitt denominó justamente una «sociedad carroñera» o adoptar una actitud diferente, que quizá conduzca a una situación peligrosa, pero que, sin embargo, genera la mercancía más escasa en el «socialismo real»: la autoestima. Si nos retrotraemos a la taxonomía de Haraszti podemos señalar que este orden posttotalitario «ya no es un sistema en el auténtico sentido de la palabra; en cualquier caso, no es más que un sistema en decadencia, puesto que consiste en un conjunto de elementos claramente heterogéneos y ya no puede reproducirse» (1990: 85).

En estas circunstancias, el problema es superar los objetivos definidos por el partido e intentar acabar con una serie de tabúes que ya se mantienen de forma muy precaria. La mística de épocas anteriores se ha evaporado. Los regímenes se hacen autoritarios en el sentido descrito por el politólogo Juan Linz: están dirigidos por una burocracia que ha perdido su religión. No obstante, la economía sigue rigiéndose por criterios «religiosos», de acuerdo con valores que han perdido toda credibilidad. El umbral que fijaba lo que se podía interpretar, en función de la aceptación del régimen, ha quedado eliminado:

La democratización sustituye a la liberalización como problema político principal y, aunque la política la dicta la voluntad y el ritmo del Estado-partido, la presión de la opinión pública hace que se produzca la democratización. El régimen está a la defensiva. Se intenta oficialmente situar la economía sobre cimientos pragmáticos y, en consecuencia, se libra una batalla contra las viejas estructuras, incluso dentro del aparato de poder. La vida social se caracteriza por batallas legales y de otra índole: por conflictos situados en áreas como la democratización de la vida cotidiana, el individualismo, el pluralismo, los principios de la representación popular y los derechos de las minorías. Se disipa el miedo a las acciones de uno mismo y grandes grupos de población asumen la capacidad de aceptar abiertamente los conflictos y también la de admitir las propias limitaciones en relación con ellos (Haraszti, 1990: 85).

Este estadio es el que caracteriza la revolución autolimitada polaca durante la primera experiencia legal de Solidaridad (entre agosto de 1980 y diciembre de 1981), cuando se seguían respetando las reglas básicas del juego, a pesar de que la sociedad se había embarcado en una estrategia de autoafirmación.

La élite gobernante comienza a registrar deserciones, o incluso drásticos cambios de postura (individuales o colectivos): en el congreso de 1980 del Partido Comunista de Polonia se discutió su propia democratización y la aceptación de estructuras horizontales que sustituyeran al tradicional ordenamiento

³ Concepto weberiano utilizado por Ken Jowitt (1992: 293-294) para explicar el ascenso de Solidaridad.

vertical leninista; la descomposición del Partido Obrero Unificado Polaco entre 1988 y 1989 y la decisión de cambiarle el nombre; la ruptura de Imre Pozsgay y de algunos de sus aliados con Karoly Grosz en los años posteriores, y el anuncio de crear un partido socialdemócrata que entrara en una amplia política de alianzas; así como el hecho de que el Partido de la Unión Socialista de Alemania del Este abandonara a Erich Honecker y su fundamentalismo neoestalinista, y que emprendiera, con Hans Modrow y Gregor Gysi, la búsqueda de una nueva identidad. Estas transformaciones no pueden rechazarse calificándolas de meros artificios estratégicos comunistas («un paso atrás, dos adelante», según la danza leninista), puesto que reflejan la completa confusión de las élites frente a la escalada de desobediencia civil y el derrumbamiento de sus tradicionales fuentes de autoridad y de control.

Cuando escribió su contribución al volumen antes mencionado (Tismaneanu, 1990), Haraszti llamó hipótesis al poscomunismo. Escuchemos el pronóstico que hizo en 1988 y comparémoslo con lo que realmente ocurrió en Europa Central y Oriental durante el año revolucionario de 1989: «El tercer estadio es el poscomunismo: sólo una hipótesis que, sin embargo, es inevitable. Una vez que ha perdido su lógica, el Estado de partido único debe derrumbarse sobre su propia macroestructura. Surge la verdadera democracia, que se asienta en formas, energías, experiencias y pluralizaciones a las que ya había dado forma la sociedad civil». Haraszti concluye que «Es un asunto secundario si este proceso es algo ordenado como el de la España de Juan Carlos o si tiene lugar mediante una serie de conmociones revolucionarias más o menos grandes. Tampoco tiene importancia si esa transición ocurre en el contexto de una reorganización europea, o antes de ella y de forma más apresurada. Lo que importa es que si no evoluciona la sociedad civil en las fases anteriores la transición no puede tener éxito».⁴

¿Qué significa una transición fracasada? ¿Una restauración del antiguo régimen? ¿El desarrollo de formas políticas o híbridas elaboraciones que combinen lo peor de los sistemas precomunista y comunista? ¿La aparición de formas peculiares de autoritarismo populista, entre ellas conflictos civiles permanentes que se conviertan en una prolongada guerra civil? ¿Un estado de decadencia continuo o incluso el establecimiento de una dictadura militar?⁵ La verdad es que incluso en países como Rumanía y Bulgaria, en los que la sociedad civil había sido amordazada, la transición a la democracia ha permitido la aceleración de procesos que en otros países tardaron muchos años en tener lugar. En estos casos, la dificultad radica en que escasean las asociaciones independientes e incluso los individuos con credenciales prerrevolucionarias similares a los de los miembros de Carta 77, el movimiento disidente checo.

⁴ Agnes Heller y Ferenc Feher hicieron argumentaciones similares en la conferencia internacional titulada «Poder y oposición en la Europa poscomunista», Timisoara, Rumanía, marzo de 1991.

⁵ Para conocer los dilemas políticos poscomunistas, véase Michnik (1998). Me ocupé de los debates identitarios después de 1989 y del papel de las mitologías políticas en la constitución de nuevos discursos de resentimiento en Tismaneanu (1998).

Los dos procesos —la aparición de la sociedad civil y la transición a un sistema multipartidista— suelen solaparse. Su simultaneidad explica las convulsiones de las transiciones de Rumanía, Bulgaria e incluso Serbia, si éstas se comparan con procesos similares en Hungría, Checoslovaquia, Polonia y Eslovenia.

UNA CONCLUSIÓN MÍNIMA

A lo largo de la historia, la sociedad civil se había desarrollado más en el centro que en el sureste de Europa. El problema puede analizarse en el contexto de las diferentes tradiciones culturales, económicas y políticas: cabría incluso preguntarse si es posible la democracia en los países ortodoxos del Este. Está claro que la tradición de autonomía institucional y de Estado legítimo que caracteriza a Europa Central permitió que en los países de esa zona la salida del totalitarismo tomara una dirección mucho más cívica que en sociedades más marcadas por el componente étnico (como Bulgaria, Rumanía o Serbia). También es significativo que los países con legados comunistas nacionales pudieran moverse hacia el pluralismo con más rapidez y decisión que los estalinistas.⁶ No obstante, en todos esos países, el legado moral y político del totalitarismo —la colonización de la conciencia— sigue siendo un gran obstáculo para la consecución de los objetivos revolucionarios.

Las revoluciones de 1989 en Europa Central y Oriental no podrían haber optado por la vía no violenta si antes no se hubiera desarrollado la sociedad civil. Las características de ésta han dejado su impronta en la naturaleza de las propias revoluciones: fueron anticomunistas (antitotalitarias), anti-ideológicas y antipolíticas (es decir, despreciaban la autoridad y la jerarquía o, al menos, sospechaban de ellas). Al enfrentarse a la realidad de gobernar, los antiguos grupos opositores, ahora convertidos en «partidos» en el poder, han sufrido dolorosas tensiones entre sus obligaciones institucionales (condicionantes) y sus aprensiones morales. El ejemplo más evidente fue el de Nuevo Foro en la antigua Alemania del Este, pero se podían apreciar reacciones antipolíticas similares en la Federación de Jóvenes Demócratas y en la Alianza de Demócratas Libres de Hungría, así como en el movimiento de la Alianza Cívica de Rumanía.

La aceptación del realismo político en la etapa posrevolucionaria ha obligado a esos movimientos a moderarse, cuando no a renunciar por completo a sus ilusiones universalistas y «panhumanistas» iniciales. La etnicidad y la furia social han resultado ser importantes fuerzas impulsoras, que pueden movilizar a las masas tanto o incluso más que la ideología de los derechos humanos (Keane, 1998). En consecuencia, el futuro del pluralismo en las sociedades poscomunistas está ligado a la consolidación de iniciativas de la sociedad civil que eviten el deslizamiento hacia la tiranía o la anarquía. Esto supone un

⁶ Para un agudo examen de los problemas del poscomunismo en Rumanía, véase Judt (2001). Para un análisis detallado de la transición rumana, véase Tismaneanu y Kligman (2000).

énfasis en el componente civil de dichos movimientos, diferente, e incluso opuesto, a otras formas de militancia autónomas que ponen en cuestión los valores de tolerancia, confianza y diálogo. Dicho en pocas palabras, después de más de una década de poscomunismo, la sociedad civil sigue íntimamente vinculada al respeto y la dignidad, a una constelación de esfuerzos conducentes a la consecución de más libertad y mayor inclusión para el ser humano, así como a la limitación de los instintos controladores y coactivos de diversos movimientos y grupos, tanto estatales como antiestatales.⁷

El paisaje poscomunista sigue poblado de espectros ideológicos premodernos, entre ellos el colectivismo tribal, el clericalismo y los populismos etnocéntricos. Frente a las elaboraciones intelectuales de la democracia proliferan el cinismo y el desprecio. Lo que el politólogo M. Stephen Fish denomina una «crisis de rendimiento de cuentas institucional» es algo característico de gran parte de la zona (Fish, 1999). Aunque la memoria histórica se invoque incessantemente en los debates públicos, las narraciones de tono autocompasivo y de glorificación de uno mismo se imponen a los exámenes lúcidos del pasado. Las revoluciones de 1989, que se desataron en nombre de un «retorno a Europa» y del «renacimiento de la sociedad civil», liberaron pasiones y compromisos de carácter democrático, *así como* energías y resentimientos de índole aislacionista, xenófoba, antiliberal y antioccidental. Con frecuencia, élités nuevas y no tan nuevas han utilizado la tan alabada privatización como una cortina de humo con la que ocultar el saqueo de los recursos existentes y el establecimiento de hegemonías económicas personales (sobre todo, aunque no únicamente, en convivencia con el capital extranjero). El justificado anhelo de aceptar el pasado comunista y precomunista a menudo ha descarrilado, convirtiéndose en flagrante demagogia y en nuevas formas de maniqueísmo histórico. Dicho de otro modo, lo que define el escenario poscomunista es la incertidumbre, la confusión y las continuas luchas entre fuerzas democráticas y etnocráticas.

No hay por qué lamentar esta situación. En realidad, el final de las ilusiones, entre ellas las relacionadas con la gloriosa resurrección de la sociedad civil, es un síndrome posrevolucionario habitual. A lo largo de la historia, después de cualquier convulsión social de envergadura, sentimientos como el de turbación, el de creerse traicionado y el de desaliento suelen sustituir a la euforia y la alegría. Como sabiamente señala el sociólogo político Ralf Dahrendorf:

La revolución de 1989, como otras revoluciones anteriores, ha logrado derrocar un antiguo régimen que no volverá. Dicha revolución, como otras precedentes, tenía que decepcionar a los que participaron en ella con desmesuradas esperanzas de alcanzar un mundo nuevo de discursos no condicionados, igualdad y

⁷ Véase Antohi y Tismaneanu (2000), sobre todo las aportaciones de Valerie Bunce, Karen Dawisha, Agnes Heller, Adam Michnik, Martin Palous y Katherine Verdery.

democracia fundamental... Los países pueden superar obstáculos, pero la verdad es que las revoluciones no son muy útiles cuando se trata de sentar los principios de las libertades.⁸

Texto original publicado en la revista *Social Research*
Vol. 68, N° 4 (Invierno, 2001) pp. 977-991.

(Traducido por Jesús Cuéllar)

Bibliografía

- Antohi, Sorin y Vladimir Tismaneanu, eds. *Between Past and Future: The Revolutions of 1989 and Their Aftermath*, Budapest: Central European University Press, 2000.
- Cohen, Jean L. y Andrew Arato. *Civil Society and Political Theory*. Cambridge: MIT Press, 1994 [edición en español: *Sociedad civil y teoría política*, México: Fondo de Cultura Económica, 2000].
- Dahrendorf, Ralf. *After 1989: Morals, Revolutions, and Civil Society*. Nueva York: St. Martin's Press, 1997.
- Di Palma, Giuseppe. «Legitimation from the Top to Civil Society: Politico-Cultural Change in Eastern Europe». *World Politics* 44: 1 (octubre de 1991): 49-80.
- Fish, M. Stephen. Presentación en la mesa redonda titulada «Leninism's Demise, Liberalism' Future». Reunión de la American Political Science Association, Atlanta, septiembre de 1999.
- Haraszti, Miklos. «The Beginnings of Civil Society: The Independent Peace Movements and the Danube Movement in Hungary». In *Search of Civil Society: Independent Peace Movements in the Soviet Bloc*. Ed. Vladimir Tismaneanu. Londres y Nueva York: Routledge, 1990.
- Havel, Václav. «The Power of the Powerless». *The Power of the Powerless*. Eds. Václav Havel, et al., Armonk, N. Y.: M. E. Sharpe, 1990 [edición en español: *El poder de los sin poder*, Barcelona: Encuentro, 1990].
- Howard, Marc Morje. *The Weakness of Civil Society in Post-Communist Europe*. Cambridge y Nueva York: Cambridge University Press, en prensa, 2002.
- Isaac, Jeffrey. *Democracy in Dark Times*. Ithaca y Nueva York: Cornell University Press, 1998.
- Jowitt, Ken. *New World Disorder: The Leninist Extinction*. Berkeley y Los Ángeles: University of California Press, 1992.
- Judt, Tony. «Romania: Botton of the Heap». *New York Review of Books* (1 de noviembre de 2001): 41-45.
- Keane, John. *Civil Society: Old Images, New Visions*. Stanford: Stanford University Press, 1998.
- Michnik, Adam. *Letters from Freedom*. Berkeley: University of California Press, 1998.
- Putnam, Robert. *Making Democracy Work: Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press, 1993.
- Seligman, Adam. *The Idea of Civil Society*. Nueva York: Free Press, 1992.
- Sharlet, Robert. «Human Rights and Civil Society in Eastern Europe». *Central and Eastern Europe: The Opening Curtain?* Ed. William E. Griffith. Boulder: Westview Press, 1989: 156-177.
- Simecka, Milan. «The Sorrowful Satisfaction of the Powerless». *Václav Havel or Living in Truth*. Ed. Jan Vladislav. Londres y Boston: Faber and Faber, 1986.
- Tismaneanu, Vladimir. In *Search of Civil Society: Independent Peace Movements in the Soviet Bloc*. Nueva York: Routledge, 1990.
— *Reinventing Politics: Eastern Europe from Stalin to Havel*. Nueva York: Free Press, 1992. Edición en rústica actualizada con nuevo epílogo, 1993.
— *Fantasies of Salvation: Democracy, Nationalism, and Myth in Post-Communist Europe*. Princeton: Princeton University Press, 1998.
— «The First Post-Communist Decade». *Romanian Journal of Society and Politics* 1:1 (verano de 2001): 5-15.
- Tismaneanu, Vladimir y Gail Kligman. «Romania's First Post-Communist Decade: From Iliescu to Iliescu». *East European Constitutional Review* (verano de 2000): 78-83.

⁸ Véase Dahrendorf (1997: 12-13). Véase también Jowitt (1992), y Tismaneanu (2001).

Armando la democracia a finales del siglo

La Mesa Redonda polaca y otras mesas

Elzbieta Matynia

1. LA TRANSICIÓN NEGOCIADA COMO GÉNERO POLÍTICO

Las conversaciones de la Mesa Redonda polaca comenzaron el 6 de febrero de 1989 y terminaron el 5 de abril, cuando, para la mayoría de las personas, el sistema comunista que regía en todo el bloque soviético aún parecía tener fuerza. Está claro que, visualmente, esas conversaciones fueron mucho menos espectaculares y telegénicas que todos los gozosos martillazos que recibió el Muro de Berlín medio año después. Sin embargo, desde la perspectiva que proporcionan diez años, no sólo hay que conceder un importante lugar a dicha Mesa Redonda en la serie de acontecimientos que abrió la caja de Pandora en el bloque oriental, sino que quizá sea aún más importante el hecho de que esas conversaciones formen parte de un reducido número de casos en el que, durante el último cuarto de siglo, la gente ha concebido y puesto a prueba una nueva fórmula para producir cambios políticos profundos sin violencia o utilización de la fuerza.

Es una fórmula de diálogo institucionalizado entre quienes ostentan el poder en las dictaduras y unos movimientos sociales que —a pesar de ser todavía ilegales y con frecuencia estar representados por personas que acaban de salir de la cárcel o volver del exilio, y a las que se califica de enemigos del Estado— el régimen reconoce ya, con mayor o menor renuencia, como los únicos capaces de proporcionar credibilidad al diálogo propuesto y a un posible acuerdo.

En Polonia había tenido lugar una prolongada guerra civil «fría», que comenzó con la imposición de la ley marcial en diciembre de 1981, la ilegalización del sindicato Solidaridad, el establecimiento de campos de internamiento y la creación inmediata, por parte de dicho sindicato, de estructuras clandestinas cuyo fin era ayudar a la sociedad a resistir el «estado de guerra» impuesto oficialmente. El auténtico propósito del diálogo institucionalizado en Polonia fue superar el punto muerto de esta guerra civil «fría» y firmar la paz partiendo de un nuevo acuerdo político entre la sociedad y el régimen. En 1989, ocho años después de la toma de medidas drásticas, el precio estimado de dicho acuerdo se cifraba en una serie de compromisos y concesiones por ambas partes.

Adam Michnik, creador en los años 70 y primeros 80 del concepto de *revolución que se autolimita*, ha señalado que en Polonia este gran avance conlleva una transformación esencial en la que se abandona «la lógica de la revolución por la lógica de la negociación».

Es evidente que la fórmula que surgió de este cambio paradigmático y la que facilitó una transición negociada en Polonia —también antes en España en 1975, en Chile en 1988 y, posteriormente, en Sudáfrica en 1993— rebasa las fronteras geográficas y va más allá de las diversas circunstancias históricas y políticas que produjeron clases tan diferentes de dictadura. En consecuencia, es natural que también variara su tipología (después de todo, lo único que tenían en común España, Chile, Polonia y Sudáfrica era una dictadura de uno u otro signo, o, en términos más generales, el carácter antidemocrático de sus regímenes; pero, aparte de eso, esas dictaduras eran bastantes diferentes unas de otras). Además, como esta fórmula, aplicable a diversas circunstancias, ha incrementado el escueto repertorio de mecanismos y métodos políticos con los que hasta ahora contaba el mundo para poner fin a la opresión por medios no violentos, bien podría resultar que fuera el legado más esperanzador de un siglo, por otra parte, bastante oscuro.

Los principios básicos de la fórmula arrancan de la idea de diálogo. Aquí, tal como ha indicado Habermas al escribir sobre los nuevos movimientos sociales, la negociación no es esa anticuada forma de regateo que practican normalmente sindicatos y partidos políticos. El aprendizaje mutuo, la conciliación y el compromiso —carente, sin embargo, de la pura y simple conformidad— son los motores que empujan este tipo de «negociación dialogada». El auténtico objetivo no es la velocidad del cambio sino su dirección, y ésta siempre tiene como fin el pluralismo, la ampliación de las reformas cívicas y la capacitación de los «sujetos» para que dejen de sentirse objetos, reconquisten una auténtica subjetividad y se conviertan en agentes de sus propias vidas.

Antes de hacer un estudio anatómico de cómo se abordó en Polonia la transición negociada —la Mesa Redonda—, me gustaría hacer algunas observaciones generales sobre las siguientes cuestiones.

¿Cuáles son los requisitos —si es que los hay—, las condiciones previas, para iniciar el proceso que conduce a la negociación de una transición? ¿Qué es lo que hace falta para que se resquebraje una dictadura y para que esté dispuesta a participar en una Mesa Redonda o en cualquier otro mecanismo que pueda facilitar un diálogo con una sociedad dejada de lado y con sus proscritas estructuras? ¿Qué puede convencer a los oprimidos —de hecho, a esas personas, conocidas por su indomable tenacidad, que, con frecuencia, hasta ayer eran presos políticos— para que se sienten ante una misma mesa con sus opresores?

Antes que nada, en tales casos, el antiguo régimen suele estar ya debilitándose. Hace tiempo que han desaparecido sus motivaciones ideológicas esenciales; se encuentra desorientado, y le cuesta pagar las facturas y enfrentarse al descontento social. En España, el fascismo comenzó a deteriorarse en la década de los sesenta; el comunismo polaco se puso en evidencia definitivamente

en 1981 cuando impuso la ley marcial. Ese tipo de régimen ya no puede solventar las crisis. En la vida pública, las instituciones existentes son incapaces de generar estabilidad (y no digamos creatividad) en los ámbitos económico, político y cultural. Tales regímenes siguen teniendo a su disposición una fuerza considerable, de manera que pueden mantenerse en el poder; pero poco más.

Por otra parte, para que sea posible una transición negociada, es muy probable que también el otro bando —es decir, la propia sociedad, sus movimientos y sus dirigentes— haya de mostrar signos de debilidad y de apreciable cansancio. No sólo se trata del coste de la cárcel, el exilio y la creciente sensación de que el tiempo se agota, también del hecho de darse cuenta de que hasta las más espectaculares actividades de la oposición están perdiendo el apoyo masivo. Un ensayista polaco observó con amargura que Solidaridad era víctima de su propia estrategia, que le había llevado a funcionar como una sociedad alternativa que ya no necesitaba al régimen. Como tal, se las arreglaba para seguir adelante, pero a costa, entre otras cosas, de perder un alto grado de eficacia al lidiar con él (Wolicki, 1989).

Fue precisamente esta clase de equilibrio de debilidades entre ambos bandos lo que hizo que la Mesa Redonda polaca fuera no sólo posible sino realmente inevitable. Adam Michnik lo expresó de la siguiente manera: «las negociaciones son posibles cuando la resistencia de la oposición democrática es lo suficientemente fuerte como para evitar que la dictadura la destruya por completo, y cuando ésta tiene la suficiente fuerza como para evitar que la oposición la derribe de un día para otro. La debilidad de ambos bandos se convierte en una oportunidad para la nación». (Michnik, 1999).

Por lo que respecta a esa situación en la que los opresores y los oprimidos se sientan ante la misma mesa, Michnik escribe que «el camino de la negociación produce muchas desilusiones, amarguras y una sensación de injusticia y de frustración. Pero no produce víctimas. Sólo se decepcionan los que, después de todo, están vivos». (Michnik, 1999).

Los requisitos habituales para embarcarse en un diálogo de esta índole son la liberación de los prisioneros políticos (Michnik o Mandela); estipular que las negociaciones incluirán la legalización de las organizaciones ilegales (Solidaridad, el Congreso Nacional Africano o, en España, el Partido Comunista), y garantizar la libertad de expresión y de información.

El inicio de un diálogo puede recibir la ayuda adicional de un tercer grupo o fuerza externa, que sirva como promotor, custodio o intermediario en el proceso. Paradójicamente, tanto en España como en Portugal, esos «terceros» que mostraron una considerable iniciativa a la hora de facilitar esta vía experimental fueron instituciones antiguas, cuando no premodernas, como la monarquía y la Iglesia católica, en las que la legitimidad no procede del pueblo, sino de la divinidad. No obstante, quizá no haya que sorprenderse de ello, ya que precisamente eran dichas fuerzas las que habían pagado un precio más elevado en la época de la revolución...

Además, en el caso polaco se contó con el apoyo de un factor internacional inusualmente favorable, que, en realidad, era el único que tenía importancia

para las sociedades dependientes del bloque comunista: la situación en la Unión Soviética. Las políticas de *perestroika* y *glasnost* de Gorbachov tuvieron su eco en Polonia, donde la confianza que tenía en sí mismo el núcleo duro del Partido Comunista sufrió una grave sacudida. Después de todo, la declaración de la ley marcial en diciembre de 1981 se había justificado y explicado a partir de la amenaza de intervención soviética, que, evidentemente, había fortalecido a los partidarios de esa línea dura. Ahora, la *perestroika* y la *glasnost* desorientaban a los gobernantes polacos, desarmaban al aparato del Partido, minimizaban la posibilidad de chantaje por parte del régimen y animaban a la oposición.

Como cabía esperar, la reacción de Checoslovaquia y la República Democrática Alemana ante el desarrollo de la Mesa Redonda fue extremadamente virulenta. Paradójicamente, quienes más comprendieron el trabajo de las conversaciones fueron los rusos, quienes —según el historiador Bronislaw Geremek, curtido disidente y una de las principales figuras de la Mesa Redonda— consideraron que era un experimento que podía valer la pena repetir en Rusia (Geremek y Zakowski, 1990).

2. TEATRALIDAD DE LA MESA REDONDA POLACA

Aunque el desarrollo de la Mesa Redonda polaca no fuera tan telegénico como el festival que tuvo lugar encima del Muro de Berlín, no dejó de ser —a pesar de su duración (59 días)— un *intenso drama político con 452 actores* (una serie de equipos negociadores en representación de ambos bandos), que se desarrolló (a veces simultáneamente) en *tres escenarios circulares en los que tres conjuntos diferentes* debatían sobre problemas económicos y de política social, pluralismo sindical y reformas políticas. El emplazamiento —o *teatro*— donde tuvieron lugar los acontecimientos dramáticos era un impresionante edificio conocido con el nombre de Palacio del Regente, que entonces albergaba las oficinas del Consejo de Ministros, y que hoy es la residencia del Presidente de la República de Polonia.

El *decorado principal* de este drama —y de ahí su título— era, evidentemente, una mesa de enormes dimensiones y un hueco central, que se extendía como una rueda sin radios; a su alrededor podían sentarse 58 personas y se componía de 14 piezas, preparadas especialmente para la ocasión por una ebanistería de Henrykow. El mueble, que tenía ocho metros de diámetro, fue ensamblado en la sala de columnas del palacio y sólo «actuó» en dos ocasiones: en la sesión plenaria inaugural de las conversaciones de la Mesa Redonda y en la ceremonia de clausura.

Aunque continuaré utilizando la analogía teatral para este caso, porque, en mi opinión, nos ayuda a captar los principales rasgos de un fenómeno realmente interactivo, tengo que señalar que en Varsovia, a principios de 1989, la palabra que dominaba, en sus muchas variedades y tamaños, no sólo el escenario político sino el lenguaje de la opinión pública, no era «teatro» sino «mesa».

Parecía que la única palabra merecedora de atención era la de mesa; un auténtico archipiélago de mesas o, quizás, para ser más exactos, una cuidada jerarquía de mesas apilables, con la más grande arriba y, justo debajo, tres

algo más pequeñas, ante las que había que tratar tres temas polémicos: la política, la economía, y el pluralismo sindical y el de las asociaciones profesionales. A su vez, esas tres mesas dedicadas a cuestiones generales generaban otras diez de menor tamaño —«submesas» en polaco, aunque se podría caer en la tentación de llamarlas mesitas de café o plegables—, creadas para abordar cuestiones concretas relativas a reformas legislativas y del sistema judicial, medios de comunicación, autogobierno local, asociaciones, educación, educación superior, ciencia y tecnología, juventud, política de vivienda, agricultura y política social para el campo, minería, salud, y, finalmente, ecología. Toda esta jerarquía de mesas estaba compuesta por 452 negociadores, expertos y asesores. Además, para momentos de crisis en los que las negociaciones llegaban a un punto muerto, existía incluso una mesa supletoria especial en un pequeño refugio cercano a Varsovia, una finca estatal situada en un pueblo llamado Magdalenka.

3. OBERTURA DRAMÁTICA

Esta enorme producción titulada La Mesa Redonda se anunció mediante *una obertura* que duró al menos cuatro años y que señaló, en ambos bandos, la creciente conciencia de que era realmente necesaria e inevitable una gran transformación. Así se puede leer en «Polonia cinco años después de agosto», un informe publicado en 1985 por los dirigentes de Solidaridad, o en otro documento inédito encargado en 1986 por el Ministro del Interior, el general Kiszczak, y elaborado por altos funcionarios del Partido, capaces y de confianza: Stanislaw Ciosek, Jerzy Urban y el general Pozoga. Las conclusiones de este equipo (no muy diferentes de las alcanzadas por los dirigentes de Solidaridad) indicaban que el régimen tendría que compartir el poder y que debía comenzar a hablar con la oposición tan pronto como fuera posible. La recomendación de compartir el poder no significaba que se fuera a abolir el régimen, ni tampoco que se tolerara la contrarrevolución o el revisionismo. Aquí es preciso hacer una aclaración, quizá innecesaria: el uso que hacía este informe (y el que hago yo mismo) de la palabra «oposición» podría resultar engañoso en la actualidad. Siempre que se utilizaba ese término se hacía para designar no a la «oposición» como elemento normal de un ordenamiento democrático, sino a un grupo de personas cuyas actividades se consideraban completamente ilegales.

El informe del Partido no se elaboró mucho después de que una editorial de emigrados polacos de Londres publicara un libro que Michnik había escrito en prisión en 1985, titulado «Así están las cosas... Algunos pensamientos sobre los pactos». Con una enorme capacidad de anticipación, el autor trazaba lo que después se convertiría en un punto de partida aceptado para establecer la agenda de la Mesa Redonda. No puedo saber si fue así por pura coincidencia o si en realidad los líderes del Partido estaban haciendo caso de las indicaciones de Michnik:

Somos completamente conscientes de que dentro de las reglas de juego totalitarias es imposible disponer de la clase de elecciones que demostrarían que los

comunistas en el poder no cuentan con el apoyo de la sociedad. Pero el camino hacia el acuerdo no debería cerrarse para siempre. La salida podría ser una solución que permitiera a la sociedad participar realmente en la elección de un 30% de los escaños del Parlamento, como mínimo. Pero si los candidatos de la sociedad para ese 30% de los escaños tuvieran que figurar en las mismas listas que personas como Siwak o Urban [*funcionarios del Partido que despertaban muchos odios*], sólo se conseguiría que los auténticos candidatos perdieran su credibilidad. La verdadera vía hacia el compromiso reside en la ampliación de las esferas de autonomía y no en comprar votos y nombres para lograr unos cuantos escaños en el Parlamento (Michnik, 1985, p. 138).

Lo sorprendente es que aquí Michnik previera una de las principales polémicas de las conversaciones de la Mesa Redonda, es decir, la insistencia del gobierno en poner a todos los candidatos en la misma lista y la exigencia de Solidaridad en conseguir listas separadas.

En 1988, la larga obertura del drama de la Mesa Redonda se convirtió en un alegro. En primer lugar, se publicó por sorpresa en una revista mensual una entrevista con Geremek, cuyo nombre había estado censurado durante mucho tiempo en los medios de comunicación oficiales. En ella mencionaba la necesidad de que hubiera un «pacto anticrisis» que condujera a una institucionalización del pluralismo. Después, en mayo y agosto, se produjeron dos oleadas de huelgas claramente políticas. Aunque los líderes de Solidaridad no consideraron que éstas hubieran tenido éxito, evidentemente llevaron al general Kiszczak, eminencia gris del Partido, a aparecer en la televisión nacional ofreciendo una vaga oferta de encuentro con la oposición, e incluso a pronunciar las palabras mágicas: «Mesa Redonda».

La primera reunión con Walesa tuvo lugar en una finca estatal de Varsovia el 31 de agosto, octavo aniversario de la firma de los acuerdos de los astilleros de Gdansk, y duró tres horas. A la conversación entre Walesa y Kiszczak asistieron otras dos personas, ambos secretarios, uno del Comité Central, Stanislaw Ciosek, y otro del Episcopado, el obispo Jerzy Dabrowski. Walesa lo narra de una forma así de prosaica:

El general Kiszczak pone sobre la mesa unas estrictas condiciones: la nueva legalización de Solidaridad sólo será posible después de que hayan finalizado las conversaciones de la Mesa Redonda con la firma de unos acuerdos nacionales; las huelgas actuales han de terminar en el plazo de 18 horas; tomaremos las siguientes decisiones respecto a la Mesa Redonda dentro de dos semanas y, entretanto, elaboraremos listas preliminares de negociadores y asesores. Por supuesto, no me gustó nada todo aquello, pero yo no podía hacer mucho más. Una docena de fábricas en huelga no es lo mismo que las cientos de ellas que paralizamos en agosto de 1980. Además, el general dijo directamente que los miembros más intransigentes de su partido estaban intentando torpedear cualquier oferta de negociación que se hiciera a la oposición (Walesa, 1991, p. 95).

A principios de septiembre de 1988, Walesa consiguió el visto bueno de la Comisión Nacional de Solidaridad para participar en las conversaciones. Así se lanzaba el trabajo de preproducción de la Mesa Redonda, a cargo de dos productores principales: el general Kiszczak, que tenía la confianza plena del jefe del Consejo de Estado, el general Wojciech Jaruzelski —que también era Primer Secretario del Partido— y Lech Walesa, electricista de astilleros, quien, según todas las fuentes, fue el que tomó todas las decisiones definitivas durante las conversaciones, con un infalible instinto político; aunque, al igual que Kiszczak, no participara directamente en el proceso negociador.

Walesa invitó a unas noventa personas (que más tarde llegaron a ser 138) a debatir la agenda de las negociaciones y la composición del equipo negociador de Solidaridad. Fue una especie de gran reunión de especialistas que, a falta de una entidad jurídica con la que identificarse, se dieron el nombre de «Comité de ciudadanos con Lech Walesa». Pocos días después, durante la reunión con el equipo gubernamental en Magdalenka, se acordó una fecha a mediados de octubre para las conversaciones de la Mesa Redonda, y se encargó a una fábrica de muebles la gran pieza circular que iba a ocupar el centro del drama y que fue ensamblada en un palacio de Jablonna, cerca de Varsovia, donde al principio se proyectó que tendrían lugar las conversaciones.

En ese momento fue cuando la obertura adquirió tintes aún más dramáticos, como consecuencia de las grandes transformaciones que estaban teniendo lugar *entre bastidores*. En primer lugar, cayó el gobierno del primer ministro Messner, y éste fue sustituido por Mieczyslaw F. Rakowski, un ambicioso comunista moderado, también conocido por su labor como director de *Polityka* —un semanario gubernamental relativamente bien informado— que tenía sus propios planes para resolver la crisis. Las conversaciones de la Mesa Redonda quedaron en suspenso y Rakowski anunció que sólo sería su gobierno el que llevaría la voz cantante en la introducción de unas reformas políticas y económicas que tendrían el espíritu de la *perestroika* de Gorbachov. Ofreció casi todo menos la legalización de Solidaridad: bastaba con un sindicato oficial. Poco después, en una reunión celebrada en la fábrica de tractores Ursus, un antiguo baluarte de Solidaridad, el primer ministro Rakowski tomó su primera gran decisión política: cerrar los astilleros de Gdansk. Aunque la decisión se amparara en razones económicas, se interpretó como un golpe de carácter político a la cuna del movimiento creado por Solidaridad, hogar de Walesa y su base natural en cuanto a apoyos.

No obstante, al mismo tiempo, siguieron haciéndose preparativos técnicos y organizativos para la Mesa Redonda —con esto me refiero a conversaciones sobre conversaciones—, hasta que se planteó la participación de Adam Michnik y de Jacek Kuron, a cuya presencia se negaba el gobierno. Eran los dos disidentes más atrevidos, prisioneros políticos durante años, a los que desde hacía mucho tiempo la prensa oficial venía calificando de peligrosos criminales, demonizándolos por considerarlos enemigos principales del orden público. En consecuencia, para muchos polacos, sobre todo de las zonas rurales, Michnik y Kuron eran algo parecido a lo que había sido Malcolm X para el

«estadounidense medio». Sin embargo, Walesa se negó a aceptar que no estuvieran en las conversaciones. De manera que la mesa que aguardaba en el palacio de Jablonna fue desmantelada el 24 de noviembre, y parecía que la obertura no iba a preludiar el alzamiento de ningún telón.

Sólo una semana después, el 30 de noviembre, se produjo un viraje sorprendente y decisivo durante un debate, retransmitido en directo a todo el país, entre el jefe de los sindicatos oficiales y Lech Walesa. La idea de celebrar dicho debate la había tenido el propio Miodowicz, un hombre presuntuoso en busca de más visibilidad y más poder, que había declarado en una reunión del Comité Central que «haría mermelada de Walesa». Pero las expectativas de que este electricista sin formación, que por primera vez estaba solo ante las cámaras, se pusiera en ridículo delante de millones de televidentes, se desvanecieron por completo. Con sus ideas lúcidas, bien templadas y de peso, Walesa impresionó enormemente y batió con facilidad a un hombre que no sólo era un burócrata del Partido, sino que hablaba como tal. La famosa frase de Walesa, «Europa va en coche y nosotros intentamos alcanzarla con una bicicleta», desarmó a la audiencia. Estaba claro que era un líder; incluso el Partido tenía que admitirlo. De repente, el proceso que conducía a la Mesa Redonda estaba nuevamente en marcha.

El 18 de diciembre, en una reunión fundamental de los 138 miembros del «Comité de Ciudadanos con Lech Walesa», se crearon tres comisiones para ocuparse de cuestiones económicas, políticas y asuntos relativos al pluralismo sindical, además de otros 15 comités destinados a los subgrupos temáticos de la Mesa Redonda.

No hace falta decir que entre la oposición aún seguía reinando el escepticismo y que se repetían frecuentemente argumentos conocidos como que «los comunistas nunca renuncian a nada, sobre todo por sí solos», o que «para ellos es una cuestión de principios no cumplir sus promesas». Pero Geremek respondía diciendo que, en efecto, «ya sabemos que no estamos hablando con un interlocutor fiable». Las tensiones internas fueron exageradas por algunos de los que no habían sido invitados a la Mesa, quienes difundieron rumores sobre la existencia de acuerdos sucios entre las dos élites.

4. EL GUIÓN, LOS PRINCIPALES ACTORES, LA ESTRATEGIA INTERPRETATIVA Y LOS PRIMEROS ENSAYOS

La teatralidad de la Mesa Redonda era completamente moderna. De hecho, era diferente a cualquier forma dramática tradicional representada entre *Las guerras de Troya* y *Madre Coraje*. En el teatro griego, tanto los actores como el público conocían la conclusión de la tragedia, ya que siempre se basaba en mitos o historias bien conocidos. En el caso de Brecht, la obra la conocían, como mínimo los actores y el director. Pero la Mesa Redonda se parecía más a las piezas de creación colectiva que representaban en los años sesenta y setenta grupos experimentales como el *Living Theater*, y en las que las funciones se basaban más en esbozos de guión y en el «desarrollo» de los personajes durante los ensayos. El resto se improvisaba o «se escribía en escena», y solía

verse influido por los debates y noticias del momento, e incluso por el público. Para ese tipo de representación se necesitaba una enorme disciplina, una formación constante, investigación, estudiar el nuevo lenguaje y buscar formas novedosas de fomentar la interacción.

Finalmente, el 27 de enero de 1989, los dos equipos de actores llegaron a un acuerdo sobre la base del guión para la Mesa Redonda. Había que desarrollar tres cuestiones principales. En primer lugar, los cambios en el ordenamiento político del Estado y la innovación en las elecciones parlamentarias que se avecinaban. En segundo lugar, las formas de facilitar el pluralismo sindical, entre ellas la legalización de Solidaridad, y, en tercer lugar, las reformas económicas. Los principios iniciales incluían un acuerdo tácito para no desatar abiertamente conflictos sobre el pasado y para que los cambios propuestos se realizaran de manera gradual. Entre otras cuestiones específicas que se mencionaron figuraba ese 30% aproximado de escaños que debía elegirse mediante elecciones realmente libres.

La oposición se dio cuenta con rapidez de que el sindicato Solidaridad sería legalizado si aceptaba un plan de elecciones sólo parcialmente democráticas. Ése era el precio político que tenía que pagar Solidaridad para existir oficialmente.

Y esa es la razón por la que la Mesa Política pronto se convirtió en el escenario principal del drama de la Mesa Redonda. El profesor Bronislaw Geremek, medievalista y jefe del equipo de Solidaridad en la Mesa Política, decidió que, a la larga, la mejor estrategia para ellos era no precipitarse. En la reunión inaugural de su Mesa, Geremek recordó a sus colegas la diferencia fundamental que había entre las prioridades de ambos bandos: el gobierno quería obtener cierto grado de legitimidad con sus esfuerzos reformadores, mientras que Solidaridad estaba intentando crear las condiciones para que se produjera un cambio de todo el sistema (Gebert, 1990, p. 35). En vez de legitimar cambios concretos, Solidaridad pretendía poner en marcha un proceso democratizador.

Entre los actores principales del equipo político de Solidaridad (después de una larga batalla con el gobierno), se encontraban Jacek Kuron y Adam Michnik, junto a intelectuales independientes como Marcin Krol y Krzysztof Kozłowski; intelectuales de origen obrero muy admirados, como Zbigniew Bujak y Bogdan Lis; así como el profesor Jerzy Reguński, la jurista constitucional Janina Zakrzewska y Jarosław Kaczyński (cuyo hermano gemelo estaba presente en la Mesa sobre Pluralismo).

El bando gubernamental lo dirigía Janusz Reykowski, un respetado profesor de psicología, y se componía de los líderes con más talento del Partido —y, en general, de los más jóvenes—, así como de sus actores más sólidos desde el punto de vista intelectual, como eran Aleksander Kwasniewski y Leszek Miller, dos destacados sociólogos; los profesores Hieronim Kubiak y Jerzy J. Wiatr, y Sylwester Zawadzki, profesor de derecho.

La mesa para la negociación del pluralismo sindical y de las asociaciones profesionales estaba presidida por Tadeusz Mazowiecki, del lado de Solidaridad,

y Aleksander Kwasniewski, del gubernamental (el hecho de que éste último estuviera en dos mesas clave indicaba que ya era una estrella en ascenso dentro del Partido). La Mesa de Economía y Política Social estaba presidida por economistas muy conocidos, el profesor Witold Trzeciakowski, en nombre de Solidaridad, y Wladyslaw Baka, en nombre del gobierno.

Resulta decepcionante que sólo hubiera cinco mujeres negociando en las tres mesas principales. En la Mesa Política estaban Janina Zakrzewska, por Solidaridad, y Zofia Czaja, por el gobierno; mientras que en la Económica se encontraban Helena Goralska, Grazyna Staniszewska e Irena Wojcicka, las tres de Solidaridad. De manera que las mujeres sólo representaron poco más del 1% del reparto de la Mesa Redonda.

Es significativo que, durante las reuniones anteriores a la Mesa propiamente dicha, los representantes de Solidaridad ya hubieran comenzado a percibir, con cierta sorpresa, que el bando gubernamental o del Partido no mencionaba en absoluto la ideología comunista y que su argumentación era absolutamente pragmática (Geremek y Zakowski, 1990, p. 113).

5. LA REPRESENTACIÓN

Un entremés

El seis de febrero, la televisión nacional retransmitió la primera sesión plenaria de la auténtica Mesa Redonda, presidida por el general Kiszczak, quien habló primero y dejó claro que el consentimiento para la existencia de Solidaridad dependería de la «inviolabilidad de los principios del sistema socialista», así como del «carácter no polémico de las próximas elecciones».

Entonces los focos se dirigieron a Walesa, que pronunció su famosa frase inicial:

El grupo al que aquí represento acepta todas las propuestas y sugerencias hechas por el Sr. General... (*posteriormente*). Y se compartirá tanto la responsabilidad como la participación (Gebert, 1990, p. 14).

Las tres mesas más pequeñas y los diez grupos de trabajo de las «submesas» entrarían en escena 48 horas más tarde. Entretanto, un nuevo chiste se difundía en Varsovia: «¿Por qué tiene la mesa ocho metros de diámetro? ... ¡Porque el récord mundial de lanzamiento de escupitajo es de siete metros!

La actuación principal en la Mesa Política

En la Mesa Política, una de las grandes polémicas se cifraba en precisar hasta qué punto iba a participar la oposición en las instituciones del Estado. El gobierno ofrecía unas prontas elecciones parlamentarias, que, según el principio de cambio gradual, serían parcialmente democráticas, y sólo un tercio de los escaños (el 35%) se elegiría mediante sufragio libre. Sin embargo, no sólo el resto de los escaños (el 65%) quedaría reservado para los candidatos respaldados por el régimen, sino que, en este momento, el gobierno hizo

una propuesta no incluida en el guión de partida: crear un nuevo cargo de Presidente y concederle amplios poderes. No parecía haber dudas respecto a que esta medida dejaba todo el poder real del ejecutivo y del legislativo en manos del antiguo régimen. El bando representado por Solidaridad se opuso y dijo que no aceptaba asumir el papel de un «extra» que carece de influencia en las más importantes instituciones del poder.

El punto muerto se superó cuando Aleksander Kwasniewski, el *niño prodigio* del lado gubernamental, propuso la idea de que también se creara una segunda cámara en el Parlamento: un Senado en el que todos los escaños se elegirían mediante elecciones completamente libres. En consecuencia, Solidaridad se centró ahora en dar a dicho Senado, en principio ornamental, un papel importante, y en parte lo consiguió.

Los papeles más lucidos y las mejores frases

Según muchos observadores, Adam Michnik fue la personalidad más fascinante de las conversaciones de la Mesa Redonda (Gebert, 1990, p. 15). Aunque su nombre era muy conocido (entre intelectuales, miembros del Partido e, incluso, en el extranjero), hasta dichas conversaciones su cara no resultaba familiar para los espectadores de televisión ni tampoco para los miembros del bando gubernamental. No obstante, cuando hablaba, la diestra consistencia de sus argumentos y la asombrosa frescura de su lenguaje conseguían interrumpir todas las conversaciones del entorno.

Ante Polonia se extienden tres caminos: podemos tomar el descrito por Konwicki en su novela *El pequeño apocalipsis*; podemos optar por la vía iraní, o podemos seguir la española, lo cual significa llegar a un acuerdo para que nuestro país deje de ser una fuerza totalitaria para convertirse en la clase de democracia que no tiene que basarse en la amenaza de los intereses de nadie (Gebert, 1990, p. 17).

He aquí otras buenas frases: Del profesor Reykowski, jefe del equipo gubernamental: *Sólo nos preocupa que los futuros pasos que se den hacia la democracia no sean pasos hacia la desestabilización* (Walesa, 1991, p. 114); Marcin Krol, intelectual independiente: *Sólo la sociedad civil garantiza la estabilidad. Cualquier otra situación garantiza la revolución* (Gebert, p. 24); Bronislaw Geremek: *Mi problema es cómo compartir la responsabilidad de mi propio Estado cuando se me ha desposeído completamente de él* (Geremek y Zakowski, 1989); Jan Baszkiewicz, historiador especialista en la Revolución Francesa y miembro del Partido: *Polonia... pero, ¿qué Polonia, caballeros? ¿Una Polonia capitalista? Por favor, ¡hablen claro y digan si todos son partidarios de esa «solución final»!* (Gebert, p. 23). Tadeusz Mazowiecki: *No sé si Suecia es un Estado capitalista o si Camboya es socialista. Para mí, y para muchos de los que están aquí sentados, es mucho más importante la diferencia entre sistema totalitario y sistema antitotalitario* (Gebert, p. 23); Adam Michnik: *Tenemos que respetar la ley, ¡pero ustedes quieren que mantengamos el papel preponderante del Partido en los tribunales!* (Walesa, p. 114); Zbigniew Bujak,

dirigente de Solidaridad en la región de Varsovia y figura legendaria de su etapa clandestina durante la ley marcial: *Ustedes son especialistas en el estado policial, nosotros en la sociedad civil* (Walesa, p. 114), y M. Krol: *Si el gobierno considera que el problema de las elecciones es parte integrante de nuestro pacto, entonces nosotros consideramos que esa parte conlleva el acceso a la radio y la televisión* (Walesa, p. 114). Además, en realidad fue Marcin Krol, redactor jefe de *Respublica*, quien propuso que se concediera al bando liderado por Solidaridad el derecho a publicar un diario oficial propio con el que dirigirían su campaña electoral. Sugirió que el nombre del periódico fuera la «Gaceta electoral» (*Gazeta Wyborcza*).

Teatro de cámara en Magdalenka

Cuando las negociaciones alcanzaban un punto muerto —y así comenzó a ocurrir ya desde principios de marzo—, un pequeño grupo de actores clave, unos diez de cada bando, se reunía en la finca estatal de Magdalenka; pero, en esas ocasiones, estaban presentes los dos productores y responsables principales, Kiszczak y Walesa. Con esas «cumbres» bastante informales —sin periodistas, cámaras o grabadoras, y con actas mínimas— se pretendía desbloquear la situación, superar la parálisis y llevar las negociaciones a la fase siguiente. Desde Magdalenka, Kiszczak podía telefonar en poco tiempo a Jaruzelski para conseguir su visto bueno. La relativa intimidad y ausencia de ceremonias también ayudaban a eliminar muchos de los prejuicios que uno y otro bando tenían sobre su oponente.

Sin embargo, al mismo tiempo, dichas «mesas supletorias», precisamente por tener lugar en privado, en lugares bastante inaccesibles, fuera de Varsovia —es decir, «entre bastidores»— suscitaron conjeturas y rumores, y dieron pábulo a considerables elucubraciones sobre la existencia de acuerdos secretos entre las élites desplazadas a Magdalenka, y la posible firma de concesiones...

A lo largo de la Mesa Redonda, tuvieron lugar cinco reuniones en la «mesa supletoria» de Magdalenka. Allí fue donde, a cambio de un nuevo Senado, elegido mediante elecciones libres, se hizo digerible para Solidaridad la oferta, de otro modo intragable, de unos comicios basados en las cuotas del 35% y el 65% antes expuestas, que, por ley, iban unidos a una presidencia fuerte.

Gran apoteosis final

El 5 de abril a las 5 de la tarde, todo el mundo tomó asiento de nuevo por segunda vez ante la gran Mesa Redonda. Después de los discursos inaugurales de Kiszczak y Walesa, se anunció un descanso inesperado. Como se sabría más tarde, el jefe de los sindicatos oficiales, Alfred Miodowicz, a quien en Magdalenka se había encomendado que pronunciara el sexto discurso, había amenazado con abandonar la Mesa si no se le concedía la palabra como tercer orador. Finalmente, después de una interrupción de casi tres horas, durante la cual todo el país estuvo a punto de sufrir un ataque de nervios —preguntándose qué demonios estaba pasando— la ceremonia se reanudó. Miodowicz había impuesto su criterio y sería el tercero en liza, y hoy día nadie recuerda sus anodinas palabras.

Sin embargo, las de Lech Walesa, su predecesor en el estrado, marcaron tanto el inicio de una nueva era como el predominio de una novedosa transformación política y sistémica. «Somos conscientes» —dijo— «de que las conversaciones de la Mesa Redonda no han colmado todas nuestras expectativas, porque no podían hacerlo. Pero quiero subrayar que, por primera vez, hemos hablado entre nosotros utilizando la fuerza de los argumentos y no el argumento de la fuerza. Así que miramos al futuro con esperanza».

Se firmaron los acuerdos y, en algunas mesas, ¡las actas con las diferencias ocupaban más espacio que los propios pactos!

En los asuntos más polémicos relativos a la ley electoral, el acuerdo final señalaba que se elegiría libremente un Senado de 100 escaños, y que éste tendría la facultad de corregir las leyes; además, el 35% de los escaños de la cámara baja del Parlamento (compuesta por 450 personas), se cubriría a través de elecciones libres, mientras que el resto lo ocuparían el Partido Comunista y sus socios de coalición¹. Tal como Solidaridad había exigido, los candidatos de ambos bandos irían en listas separadas. Finalmente, la Asamblea Nacional —es decir, las dos cámaras del nuevo Parlamento— elegiría un Presidente.

Dos días después, el Parlamento de la República Popular de Polonia, aceptó estas grandes decisiones de la Mesa Redonda.

6. EPÍLOGO

El resultado principal de la Mesa Redonda, el pacto para las elecciones, que al principio se concibió como una fórmula para garantizar la estabilidad de un cambio lento y gradual, al final ahorró mucho tiempo. Aunque las elecciones de junio fueron realmente una prueba atroz, la lista de Solidaridad obtuvo todos los escaños del Parlamento que conformaban el 35% de libre elección. En cuanto al Senado, los candidatos del régimen no obtuvieron ni un solo escaño y, en el plazo de dos meses, los decorativos compañeros de coalición del Partido Comunista, que hasta el momento habían tenido un papel pasivo, se atrevieron a ceder sus puestos a Solidaridad, con lo que los términos del pacto de la Mesa Redonda comenzaron a perder importancia.

En septiembre de 1989, unos cinco meses después de la firma de los acuerdos, se creó un nuevo gobierno, en el que Tadeusz Mazowiecki se convirtió en el primer jefe de gobierno no comunista del bloque soviético. En julio, el nuevo Parlamento había elegido presidente al general Jaruzelski, pero durante el año y medio que ocupó el cargo nunca intentó utilizar ninguno de los enormes poderes presidenciales que su partido había negociado en la Mesa Redonda.

El 17 de diciembre se remitió al Parlamento un paquete de once leyes que modificaban sustancialmente el sistema económico y que fueron aprobadas el 1 de enero. El 29 de diciembre la República Popular de Polonia se convertía oficialmente en la República de Polonia.

¹ Los dos partidos creados durante la dictadura para dar la impresión de pluralismo eran el Partido Unido Campesino (ZSL) y el Partido Democrático (SD).

Para terminar, aludiendo al recordatorio que hizo Michnik en relación con la inevitable decepción que se produjo en ambos bandos después de los acuerdos negociados, diremos algunas palabras sobre «los que, después de todo, están vivos» ...

El sucesor del general Jaruzelski como Presidente de la República fue Lech Walesa, el electricista de Gdansk.

Bronislaw Geremek, cuyo nombre era un tabú para los medios de comunicación oficiales, fue, a finales de los 90, el Ministro de Asuntos Exteriores de Polonia, y durante un año actuó como presidente de turno de la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa (OSCE). En el verano de 2002 el gobierno polaco lo propuso como candidato al puesto de Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Derechos Humanos.

Adam Michnik, arropado por una redacción en la que figuran viejos amigos de la clandestinidad, es redactor jefe de *Gazeta Wyborcza*, la *Gaceta electoral*, o, simplemente, la *Gaceta*, como la llaman los polacos, que ahora es el diario principal y de más éxito de la zona; parece tener la tirada más grande de la prensa no sensacionalista europea, y cuyas acciones van viento en popa en la bolsa de Londres.

Zbigniew Bujak, el intelectual obrero de la fábrica de tractores Ursus, terminó un *master* del Departamento de Estudios Políticos de la Universidad de Varsovia y no hace mucho que fue nombrado Presidente de la Alta Cámara para el Control Aduanero y de Fronteras. Stanislaw Ciosek estuvo destinado como Embajador en Rusia durante casi diez años.

El general Kiszczak ha escrito sus memorias... y recibe frecuentemente citas para ir a declarar ante los tribunales polacos.

Finalmente, en otoño de 2000, Aleksander Kwasniewski, fue reelecto por segunda vez como Presidente de Polonia.

Texto publicado originalmente en la revista *East European Politics and Societies*, vol. 15, N° 2, pp. 454-471 (Primavera 2001)

(Traducido por Jesús Cuéllar)

Bibliografía

- Konstanty Gebert, *Mebel*, Londres: ANEKS, 1990.
- Bronislaw Geremek y Jacek Zakowski, *Rok 1989: Geremek odpowiada, Zakowski pyta*, Varsovia: Plejada, 1990.
- Adam Michnik, Conferencia pronunciada en el Instituto para la Democracia y la Diversidad de Cracovia el 25 de julio de 1999.
- Adam Michnik, *Takie Czasy... Rzecz o Kompromisie*, Londres: ANEKS, 1985.
- Lech Walesa, *Droga do Wolności*, Varsovia: Spotkania, 1991, p. 95
- K. Wolicki, «Cos», en Krzysztof Leski, *Rzecz o okraglym stole*, Varsovia: Plus, 1989 (edición fotocopiada).

El mundo que han perdido

Una evaluación de las transformaciones en Europa Oriental

Miguel Ángel Centeno
Tania Rands

INTRODUCCIÓN

Desde 1989, el análisis de las transiciones políticas y económicas se ha convertido en una especie de industria académica artesanal.¹ El presente artículo no proporciona otra explicación paradigmática más sobre lo que ocurrió realmente en Europa Oriental o lo que ocurrirá, sino que constituye una instantánea panorámica sobre lo mucho que ha cambiado en los últimos años. Indagamos a qué sectores les ha ido mejor y peor, e intentamos proporcionar un amplio estado de cuentas sobre el proceso reformador. Esperamos que sirva como punto de partida para una conversación acerca de los costes y beneficios de la revolución de 1989; sobre lo que nos dicen de esas sociedades y, en general, del propio carácter de las transiciones.

Es evidente que un lienzo tan extenso debe prescindir de cuestiones y casos esenciales.² Los retratos hechos con datos agregados pierden muchos de los detalles más interesantes. Por ejemplo, el progreso macroeconómico puede esconder con frecuencia miseria en el nivel micro. Además, cualquier análisis cuantitativo de Europa Oriental será víctima de lo que, siendo amables, podemos denominar incertidumbre estadística.³ De nuevo, el centrarnos en medidas y movimientos muy amplios nos ha permitido alguna libertad a la hora de extraer conclusiones provisionales sobre el sentido más general de esa transición.

¹ Para consultar algunos resúmenes de esta bibliografía, véase Centeno, 1994; Przeworski y otros, 1995, y Domanski y Heyns, 1995.

² Nuestra elección de los temas se vio en parte determinada por el tipo de información disponible, aunque también se basó en nuestra percepción de qué áreas se verían más afectadas. Nos hemos limitado a los casos europeos, ya que la situación en Asia Central y Oriental, así como en el Caribe, ha tenido una dinámica muy diferente (por no decir algo peor). Siempre que ha sido posible hemos incluido el caso de Kazajstán para proporcionar algún punto de contraste. En general, también hemos prescindido de la antigua Yugoslavia y de la República Democrática Alemana, ya que ambas representaron circunstancias y resultados únicos.

³ Salvo en los casos específicamente indicados, nuestros datos proceden de las siguientes fuentes estadísticas: *Statistical Yearbook of the Czech Republic*, 1994, 1995; *Statistical Yearbook of Hungary*, 1994, 1995; *Rocznik Statystyczny (Polish Statistical Annual)*, 1994, 1995; *Romanian Statistical Yearbook*, 1994, 1995; *Statistical Yearbook*, 1994 de la República de Bulgaria, y *Russia and Eurasia Statistical Yearbook*, 1995.

Dichas conclusiones pueden resumirse de la siguiente manera: [1] el proceso de transición ha tenido un carácter errático en el antiguo bloque comunista y se han registrado grandes diferencias en cuanto al comportamiento económico y los costes sociales. Sorprendentemente, quizá la reforma política haya sido el cambio más habitual. Llama la atención el gran número de antiguos países comunistas que ha desarrollado y conservado un marco de prácticas democráticas. [2] La transición ha hecho jirones el tejido de la sociedad civil. Según fuentes anecdóticas, los vínculos familiares y de amistad se han visto afectados por nuevas tensiones y presiones relacionadas con el mercado. Igualmente preocupantes son los datos que apuntan a la merma de los espacios públicos, que tan esenciales son para la reconstrucción de la sociedad civil. [3] En algunos países, sobre todo en la antigua Unión Soviética, los costes sociales de la transición han sido bastante elevados. No obstante, parece que la población ha ideado estrategias de supervivencia que le han permitido disfrutar de un nivel de vida parecido al que tenía anteriormente. [4] No encontramos datos que avalen la tesis de que es necesario un control autoritario para llevar a cabo reformas económicas. Parece que, en todo caso, ocurre lo contrario (*véanse los gráficos I y IV*). Sí parece importar que el Estado sea lo suficientemente fuerte como para garantizar la continuidad institucional y el mantenimiento de los servicios básicos. [5] Finalmente, la desigualdad social ha aumentado en todos los casos. Los países de Europa Oriental han quedado mucho más divididos, ya sea en razón de la clase, la etnicidad, el género o la edad. Parece haber una correlación negativa entre dicha desigualdad y la reforma, tanto política como económica.

En términos generales, hemos descubierto que la transición que sigue una vía socialdemócrata, en la que se combinan las fuerzas del mercado, las prestaciones asistenciales, la participación democrática y el imperio de la ley, supone la opción más rápida y segura para alcanzar un nuevo orden político y económico. El capitalismo necesita un Estado y la democracia precisa de justicia social.

En el resto del artículo se analizan estos cambios de manera más pormenorizada. El primer apartado se ocupa de las transformaciones políticas. Le sigue una descripción somera de las económicas, en la que se presta una especial atención a sus consecuencias sociales. El último apartado aborda algunos de los cambios culturales. La conclusión incluye algunas comparaciones con América Latina.

LA REFORMA POLÍTICA

Con el fin de calibrar hasta qué punto las revoluciones de 1989 han mejorado el entorno político de Europa Oriental, establecimos tres criterios que suelen aceptarse como requisitos imprescindibles para la existencia de democracia: la posibilidad de relevo en el gobierno, la existencia de libertad de prensa y el respeto por los derechos humanos (*Gráfico I*).

Kazajstán es el único país de nuestra muestra en el que los líderes anteriores a 1989 siguen estando en el poder. Nazarbayev ha logrado reproducir un sistema autoritario encabezado por él mismo y hay pocos indicios de que exista en

el país una oposición organizada de relevancia. En Rumanía, el Frente de Salvación Nacional dominado por la *nomenklatura* ha conservado el control y se las ha arreglado para sofocar a la mayoría de las voces opositoras. Casi todos los demás países importantes han asistido, como mínimo, a un relevo de poder o a una derrota significativa de las coaliciones gobernantes desde el comienzo de las revoluciones de 1989 (*Cuadro I*). Aunque Occidente no mire con buenos ojos una victoria de los comunistas en las próximas elecciones rusas, la posibilidad de que Yeltsin sea obligado a dejar el poder democráticamente da fe de hasta qué punto se ha transformado la situación política. Ucrania, Bielorrusia y Albania son posibles excepciones a esta pauta, puesto que sus elecciones resultan cuestionables y la influencia de sus *nomenklaturas* continúa siendo grande.

Una de las mejoras políticas más extendidas en toda Europa Oriental ha sido la creciente libertad de prensa, sobre todo el enorme incremento del acceso a los medios extranjeros y la mayor apertura a ideas del exterior. Uno de los indicadores de este hecho es la cantidad de llamadas telefónicas entre los países del Este de Europa y el resto del mundo (*Gráfico II*). El fax, el correo electrónico y la CNN constituyen importantes obstáculos potenciales para un retorno al autoritarismo.

No obstante, los procesos de liberalización y privatización de los medios de comunicación *nacionales* han sido más erráticos. Bielorrusia, Kazajstán y, quizá, Albania y Eslovaquia, presentan las trayectorias más deprimentes en cuanto a privatizaciones y tolerancia de las críticas al gobierno en la prensa. Han surgido medios de comunicación independientes, pero el Estado y una férrea censura dominan la radio, la televisión y muchos periódicos.⁴

Entre los países donde se registra una mayor libertad de expresión y un desarrollo de los medios independientes, se encuentran los bálticos, Bulgaria, Rumanía, Rusia y Ucrania. En la mayoría de ellos se han aprobado leyes prohibiendo los monopolios de prensa estatales, y el control de la radio y la televisión ha pasado a organismos parlamentarios. Aunque esté aumentando el número de emisoras de radio y de canales de televisión, casi toda la red de transmisión sigue siendo de propiedad estatal.⁵ La República Checa, Hungría y Polonia presentan los mejores indicadores en cuanto a libertad de prensa (*Deutsche Presse-Agentur*, 25 de octubre de 1995; *The Prague Post*, 15 de noviembre de 1995; MTI Econews, 8 de marzo de 1996; informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Poland Human Rights Practices 1994*, marzo de 1995).

La política posterior a 1989 presenta dos elementos claramente negativos: los derechos de las minorías y la delincuencia. En primer lugar, cada vez es

⁴ En Bielorrusia, por ejemplo, sigue existiendo un monopolio estatal sobre la prensa, la radio y la televisión (*Agence France Press*, 30 de noviembre de 1995) y, tanto en Albania como en Eslovaquia, los medios de comunicación independientes se han quejado de la existencia de impuestos agobiantes que amenazan con ponerles fuera de juego (*Deutsche Presse-Agentur*, 24 de febrero de 1996).

⁵ En Bulgaria, algunas emisoras de radio se han quejado de que sus licencias, en comparación con las de las estatales, limitan excesivamente la potencia de sus emisiones (informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Bulgaria Human Rights Practices 1994* [marzo de 1995]).

más evidente que, muy en la línea de lo previsto por Tocqueville, la democracia puede suponer la opresión de una minoría por parte de la mayoría. Los países con un comportamiento más positivo desde el punto de vista de los derechos humanos son la República Checa, la antigua Alemania del Este, Hungría, Polonia y, quizá, Ucrania (*Gráfico I*). Human Rights Watch declaró que la trayectoria de la República Checa ha mejorado considerablemente, salvo en lo relativo a la discriminación que sufre la minoría romaní —gitana— (CTK, agencia de noticias checa, 1 de febrero de 1995). En Polonia se han registrado protestas y concentraciones sin incidentes, pero la fuerza política de la Iglesia católica ha preocupado a muchos observadores (informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Poland Human Rights Practices 1994*, marzo de 1995). Ucrania ha aprobado políticas permisivas para las minorías legales, junto a instituciones para mantener los derechos étnicos, y el número de acciones antisemitas ha disminuido. No obstante, en 1994, un destacado defensor de los derechos humanos afirmó que los decretos presidenciales para acabar con la delincuencia atentan contra los derechos humanos individuales (*Current Digest of the Post-Soviet Press*, 7 de septiembre de 1994).

El principal problema en los países bálticos lo constituyen las leyes de ciudadanía que discriminan a la nutrida minoría rusa (un tercio de la población en Estonia y Letonia) (TASS, 19 de octubre de 1994; Agencia de noticias BNS, Tallin, 12 de abril de 1995). En el caso de Lituania, el Consejo de Europa descubrió violaciones de los derechos humanos más graves; se cita el uso de las detenciones ilegales y la discriminación contra las minorías religiosas (radio lituana, Vilna, 27 de abril de 1995).⁶ En Rusia continúan registrándose graves y generalizadas violaciones de los derechos humanos. Muchos han criticado a Yeltsin por conceder amplios poderes a la policía y por su política en Chechenia, aludiendo al «mayor secretismo político» y señalando que Rusia está en vías de retomar el totalitarismo y que cada vez está más militarizada (*Austin American-Statesman*, 6 de febrero de 1996, p. A4).⁷

Los demás países han tenido un comportamiento aún más cuestionable en cuanto al respeto a los derechos humanos. La discriminación de las minorías étnicas y religiosas (sobre todo de los gitanos) parece estar aumentando en Albania, Bulgaria, Kazajstán, Rumanía, Rusia, Eslovaquia y Eslovenia. Sobre el papel, todos estos países disfrutaban de una nueva libertad de expresión, pero los gobiernos de Albania, Bielorrusia, Kazajstán y Rumanía, como mínimo, han seguido impidiendo, en mayor o menor medida, que dicha libertad ampare las manifestaciones habladas y religiosas, así como el derecho a reunirse. La policía recurre excesivamente al uso de la fuerza y muchos informes apuntan

⁶ Otras fuentes mencionaron palizas a los detenidos, utilización cuestionable de la vigilancia policial y medidas contra la delincuencia que cohiben el derecho a un juicio rápido (informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Lithuania Human Rights Practices 1994* [marzo de 1995]).

⁷ Véanse también una entrevista con Sergei Kovaliov, miembro destacado de la Comisión Presidencial para los Derechos Humanos (radio NPR, 12 de octubre de 1995).

que aún pervive la práctica, habitual en la época soviética, de someter a los reclutas a brutales novatadas.

La delincuencia es uno de los obstáculos más citados cuando se analiza por qué no mejora la situación de los derechos humanos (*Gráfico III*). Al tiempo que ha desaparecido de la vida de las personas un aparato estatal opresivo, se ha producido un aumento de la criminalidad y ha surgido la amenaza de la violencia en la vida cotidiana. En muchos casos, la situación se ha visto agravada por las dificultades que han encontrado los nuevos estados para renovar el ordenamiento jurídico. Por ejemplo, en la antigua Unión Soviética parece que con frecuencia el único organismo que puede hacer cumplir contratos y servir de mediador es el crimen organizado; a veces sustituye al gobierno en la censura de la prensa. Ciertas revelaciones sobre la delincuencia organizada en medios impresos han producido la muerte de periodistas y editores, e incluso asesinatos en varios países.⁸ Al informar sobre Rusia, un periódico sugería que «... la línea que separa los asesinatos de tipo político y las actividades criminales se ha convertido en algo difícil de distinguir» (*The Atlanta Journal and Constitution*, 2 de febrero de 1995).

Aunque en muchos casos la marea criminal se iniciara realmente en los años 80, sí se ha incrementado con la independencia y la liberalización, y el auge de los delitos contra la propiedad es especialmente apreciable. El número de delitos relacionados con el alcohol y las drogas también se ha disparado considerablemente, aunque puede que éstos fueran poco denunciados en los años 80. Con pocas excepciones, el número total de delitos denunciados ha aumentado al menos en un 50% entre 1989 y 1993. Lo que más preocupa es la transformación sufrida por los delitos graves. En Rusia, por ejemplo, los relacionados con armas de fuego aumentaron en un 250% y el número de crímenes cometido por grupos organizados aumentó un 28% en un solo año (*Russia and Eurasia Facts and Figures Annual*, 1995, p. 168).

El panorama político global muestra una mejora desde los puntos de vista organizativo y de la libertad de expresión, pero los logros son cuestionables en cuanto a los derechos de las minorías. Además, los avances relativos a la institucionalización y la capacidad de aplicar leyes y políticas aún son muy insuficientes. En la mayoría de los países, los presidentes conservan más poder que los poderes judicial y legislativo, lo cual deja las políticas de protección de los derechos humanos en manos de un único individuo. Eslovaquia, por ejemplo, hizo progresos con Moravcik, pero la llegada de Meciar produjo una ofensiva contra la libertad de prensa, una falta de acceso equitativo a la televisión para realizar campañas políticas y un aumento de la discriminación para la minoría húngara (CTK, agencia de noticias checa, 1 de febrero de 1995). La mejora en el panorama de los derechos políticos dependerá en gran medida de que se logren gobiernos más representativos, sometidos a un sistema más eficiente de frenos y contrapesos. No obstante, si pensamos en la

⁸ Se han mencionado casos concretos en Polonia y Rusia.

distancia recorrida y en el entorno en el que han tenido lugar estas transformaciones, la transición ha sido notable.

LA ECONOMÍA

El progreso de las economías de Europa Oriental hacia el mercado ha sido desigual (*Gráficos IV y V*). Los países más occidentales han aventajado claramente a los demás. Es evidente que parte de la explicación puede residir en la experiencia de reformas anteriores (Polonia, Hungría o Checoslovaquia), así como en el papel que a lo largo de la historia ha tenido la propiedad privada en algunos sectores (por ejemplo, en la agricultura polaca). El caso de los países bálticos indicaría que el hecho de haber tenido experiencias anteriores con el mercado (aunque haya sido hace varias décadas) también puede tener un papel importante.

GANADORES Y PERDEDORES

Después de un drástico declive durante los primeros dos años de transición, Hungría ha conseguido volver en 1996 a los niveles de producción de mediados de los 80 (*PlanEcon Report*, XI, 45-46, 23 de enero de 1996). Hungría fue uno de los países que lideró el impulso privatizador y el gobierno tenía la intención de haber vendido todas las empresas estatales en 1997. A largo plazo, la deuda sigue siendo un problema, que se acerca al 100% del PNB. Las cifras de desempleo oficial eran relativamente bajas (el 10'2% en noviembre de 1995), pero el tamaño de la población activa ha disminuido en 700.000 personas. La economía polaca había recuperado los niveles de 1985 en 1994, y en los últimos dos años ha sido testigo de un crecimiento excepcional, sobre todo industrial (*PlanEcon Report*, XII, 3-4, 7 de febrero de 1996). La privatización está progresando. No obstante, al igual que ocurre en Hungría, existe un déficit comercial permanente y una deuda considerable. El paro ha disminuido desde la cifra récord de 1993, pero sigue siendo alto (un 14'9%). Los salarios, que se acercan a los 400 dólares al mes, eran los más elevados de Europa Oriental. La economía checa también parece haber recuperado gran parte del terreno perdido desde 1989 (*PlanEcon Report*, XI, 41-42, 15 de diciembre de 1995). Quizá el rasgo más notable de la transición checa haya sido la ausencia de un paro masivo, pero es improbable que se mantenga esta tendencia si persisten los desequilibrios comerciales. Si incluimos estimaciones del crecimiento de la economía sumergida, la economía eslovaca se sitúa realmente por encima de los niveles de 1989, y en 1995 disfrutó de un crecimiento de más del 7% (*PlanEcon Report*, XII, 9-10, 18 de abril de 1996). Se han producido muchas privatizaciones y ahora el sector privado representa el 60% del PIB. A pesar de este crecimiento, el desempleo siguió siendo elevado (casi el 15%). Todos estos países han conseguido estabilizar sus divisas y (con la excepción de Eslovaquia) han atraído considerables inversiones extranjeras.

Otros han tenido mucho menos éxito. La economía búlgara ha detenido por fin el desastroso descenso iniciado en 1989, pero su tamaño se ha reducido casi en un tercio (*PlanEcon Report*, XI, 47-48, 31 de enero de 1996). El

desempleo se situaba en torno al 15% y se esperaba que aumentara después de la privatización masiva prevista para 1996. Los salarios reales siguieron disminuyendo (un 30% desde 1992). Las únicas zonas de luz son el superávit comercial que se inició en 1994 y una deuda externa relativamente pequeña. En términos económicos, Rumanía tocó fondo en 1992 y, a pesar de un cierto crecimiento reciente, aún sigue registrando niveles de producción inferiores a los de comienzos de los 80 (*PlanEcon Report*, XII, 11-12, 23 de abril de 1996). Al igual que ha ocurrido en Bulgaria, en Rumanía han disminuido los déficits estatal y comercial, y el país disfruta de los niveles de endeudamiento más bajos de todo el antiguo bloque comunista no soviético. Al final, la privatización también está progresando. El desempleo se ha reducido ligeramente desde su punto culminante a finales de 1993, pero el gobierno calculaba que ascendería hasta el 14'2% a finales de 1995. Uno de los problemas más preocupantes es que el 72% del paro afecta a trabajadores manuales con pocas posibilidades de encontrar empleo en la nueva economía.

Desde 1989, Ucrania, Bielorrusia y Rusia siguen siendo los «casos perdidos» más alarmantes (*PlanEcon Report*, XII, 1-2, 31 de enero de 1996). La economía rusa oficial ha perdido el 40% de su producción desde 1990 y en 1995 sufrió un declive adicional del 4%. Ucrania y Bielorrusia se encuentran en una situación aún peor. Sólo entre 1993 y 1994, la economía bielorrusa se redujo a la mitad y se calculaba que el desempleo estaba situado en el 50%. En Ucrania, la economía sumergida representaba el 40% del PNB y el salario medio mensual era inferior a 15 dólares estadounidenses (Freedom House Survey Team, *Freedom in the World 1994-1995*). No obstante, en 1995 se podían apreciar ciertas mejoras, sobre todo en la industria rusa. El sector privado (que ahora representa el 70% del PIB) parecía ser la principal fuerza impulsora de este giro. Una victoria considerable fue el descenso de la inflación, que, aunque seguía siendo elevada, ya no se acercaba a los niveles de crisis anteriores (por ejemplo, un 245% de incremento mensual a principios de 1992). Las elecciones de julio de 1996 y el mantenimiento de la guerra en Chechenia podrían poner en peligro este logro. Oficialmente, el paro en Rusia se situaba en el 8'1%, pero en esta cifra no se incluye a los muchos trabajadores que se encuentran en situación de permiso forzoso y no remunerado. El sueldo medio en Rusia ascendía a 155 dólares mensuales.

LA POBREZA

Muchas de estas transformaciones económicas han sido desastrosas para ciertos sectores de la población. Por ejemplo, en 1992, las Naciones Unidas consideraban que alrededor de la mitad de los búlgaros y de los rumanos, y en torno a dos tercios de los rusos, vivían en la pobreza (United Nations Economic and Social Council, 1994, p. 27).⁹ Disminuyó el número de empleos y, en algunos casos (por ejemplo, en Bulgaria y Estonia), la reducción se cifró en un tercio (ILO, *Yearbook of Labour Statistics*, 1994, cuadro 3B). En algunos sectores (como

⁹ Una medida más perceptiva daba una cifra del 32% en Rusia (*Transition*, 1995c, p. 7).

en la agricultura checa), el número de trabajadores se ha reducido a la mitad (*Statistical Yearbook of the Czech Republic*, 1995, cuadro 10-2). En Polonia, los únicos sectores que han registrado un crecimiento del empleo son el comercio, la administración y las finanzas, mientras que la industria ha quedado diezmada (*Rocznik Statystyczny*, 1994, p. 119). En Rusia se perdieron casi un millón de puestos fabriles sólo en 1992, mientras que en Rumanía se perdió ese mismo número de empleos entre 1990 y 1992 (*Russia and Eurasia Facts and Figures Annual*, 1995, p. 171; *Romanian Statistical Yearbook*, 1994). En consecuencia, los salarios también han disminuido, salvo en Polonia y Hungría. En Rusia y Bulgaria esta reducción ha sido catastrófica (*Gráfico VI*).

El impacto social de estas transformaciones ha sido considerable, aunque menos de lo que cabría esperar. Hemos analizado tres indicadores posibles: el consumo de alimentos, las cifras sanitarias y los datos demográficos.

Aunque los alimentos parecen estar consumiendo gran parte de los ingresos en algunos países (Rumanía y Bulgaria), en otros (Polonia) su importancia relativa ha disminuido (UNICEF, Centro Internacional para el Desarrollo Infantil, *Third Monitoring Report, Income Distribution and Poverty*, anexo). Descendió el consumo de algunos alimentos, como la carne (*Gráfico VII*), pero en algunos casos esta tendencia fue acompañada de un aumento en el consumo de frutas y verduras. Es interesante constatar que el consumo de alcohol se ha reducido drásticamente en muchos de los antiguos países satélite. No hay cifras comparables para la antigua Unión Soviética, pero los datos de opinión pública mostraban que había poca gente que subsistiera sin artículos básicos (Rose, 1993). (El consumo de alcohol sigue siendo muy elevado). En 1994, el 77% de los rusos respondía que «se las arreglaba» sin gastar sus ahorros y sin pedir dinero prestado (Rose y McAllister, 1996, p. 12). Estas respuestas pueden compararse positivamente con las obtenidas en Europa Occidental. Resulta sorprendente que a los rusos, a pesar de la situación de su economía agregada, parezca irles mejor a este respecto que a otros europeos del Este (quizá porque sus expectativas son menores). Los peor parados parecían ser los búlgaros, ya que sólo un 45% de ellos respondía en 1992 que se las iba arreglando (en la mayoría de los países de Europa Oriental esta cifra se situaba entre el 60 y el 70%) (Rose y Haerpfer, 1994a, pp. 3-28, 11; 1994b).

En resumen, el hambre no parece ser un fenómeno social *masivo* en ninguno de estos países. Con esto no se pretenden negar las penurias de muchas personas ni los sufrimientos de un gran número de europeos orientales desde 1989, sino subrayar la relativa prosperidad de esos países.

No se registran cambios notables en indicadores sanitarios habituales como la mortalidad infantil y la maternal (las excepciones son Letonia y Lituania, donde el aumento de estos indicadores es alarmante), pero las tendencias a largo plazo pueden ser menos alentadoras. La distribución de las causas de defunción tampoco indica un gran cambio en la infraestructura sanitaria básica. Por ejemplo, no se ha registrado un aumento notable de las muertes relacionadas con la malnutrición. Algunas enfermedades infecciosas como el cólera (especialmente sensibles a los cambios en los indicadores de

salud pública) parecen haber vuelto a Rusia en los últimos años, pero no hemos conseguido obtener datos sistemáticos al respecto.

El resultado más espectacular de la revolución de 1989 se ha registrado en la reproducción natural de la población (*Gráfico VIII*) (Heleniak, 1995). En toda Europa Oriental, la tasa de aumento natural se ha derrumbado. Aunque dicho proceso se inició a comienzos de los años 80, desde 1989 presenta una aceleración sin precedentes. Estonia y Letonia parecen haber sido los países más afectados, pero Rusia, Bielorrusia, Ucrania y Rumanía también han asistido a un drástico giro (durante un tiempo Hungría ha tenido una tasa de natalidad neta negativa). En Polonia, el índice de crecimiento natural sigue siendo positivo, aunque se haya reducido a la mitad desde 1989. Sólo Checoslovaquia (hasta 1992) parecía mantenerse relativamente estable. En algunos países de la antigua Unión Soviética, las tasas de fertilidad totales se han reducido en un 30%, lo cual supone un ajuste sin precedentes en cuanto a su rapidez.

¿Hay que achacar esta reducción a los cambios económicos? Como en estas zonas ya estaban apareciendo graves problemas sanitarios antes de 1989, resulta difícil determinar hasta qué punto la transición es directamente responsable. Hay que tener en cuenta la posible incidencia de los daños sufridos por el medio ambiente, pero la dispersión de las tasas y el hecho de que otros países de Europa Occidental cercanos no sufran reducciones tan enormes indica que, al menos en parte, los factores sociales deben de ser responsables. En general, se están encarando los peores casos de contaminación industrial (aunque lugares como Norilsk y Nickel, en Rusia, siguen siendo infiernos contruidos por el hombre), pero esos logros pueden verse compensados por fenómenos como el aumento del número de automóviles. En líneas generales, hay una notable escasez de datos en relación con este asunto.¹⁰ La desaparición de las políticas natalistas y de protección de la infancia también puede explicar parte de la reducción. Otro de los factores puede ser el tamaño relativamente reducido de la cohorte en edad fértil situada realmente en los años en los que se concibe. Pero no siempre es así en todos los países. Creemos que los principales culpables son la incertidumbre y la pobreza que se han visto asociadas a los acontecimientos de 1989.

Tres fuerzas diferentes pueden estar produciendo tal resultado. En primer lugar, el aumento de la tasa bruta de mortalidad (que en algunos casos se acerca al 50%), a consecuencia del derrumbamiento de las redes sanitarias en algunos de estos países, así como la depresión que sufren muchas personas en las poblaciones afectadas. Por ejemplo, en Rusia, la esperanza de vida para los hombres ha pasado de 64'4 años en 1989 a 57'3 en 1994 (es interesante que la de las mujeres, aunque también haya disminuido, lo hiciera a un ritmo mucho más pausado [Sedik, 1996]). En segundo lugar, las personas parecen estar mucho menos dispuestas a establecer compromisos para toda la vida. La tasa

¹⁰ Véase United Nations, *The State of Transboundary Air Pollution*, actualización de 1992, ECE/EB.AIR/34 (1993); European Environmental Agency, *Europe's Environment*, 1995.

de matrimonios disminuyó en toda Europa Oriental durante este período (en Estonia casi se redujo a la mitad), mientras que aumentó el número de divorcios. Finalmente, incluso entre quienes mantienen relaciones, el clima económico actual desincentiva notablemente el pensar en tener hijos. Las tasas de natalidad brutas han llegado a reducirse hasta en un 40% en ciertas zonas de la antigua Unión Soviética, mientras que el número de abortos aumentó en un 50% en Rusia (United Nations, *Demographic Yearbook*, 1993 [1995]).

La transición y los sacrificios que ha impuesto han tenido un considerable impacto negativo en gran parte de la población. Esto es especialmente cierto en la antigua Unión Soviética, donde la mezcla entre la reducción de los recursos y los daños psicológicos ocasionados por la incertidumbre y la inseguridad ha tenido enormes consecuencias sanitarias. No obstante, tales transformaciones no han generado la violencia social que cabría esperar. El aumento de la criminalidad y el voto a los ex comunistas se antojan reacciones relativamente leves ante el derrumbamiento de las infraestructuras sociales básicas, al menos tal como se aprecia en la antigua Unión Soviética. ¿Cómo podemos explicar esta aparente incoherencia?

Las cifras agregadas y oficiales no logran captar la naturaleza de las economías en transición. Existen tres estrategias de supervivencia principales. En primer lugar, la gente prescinde de ciertas cosas que quizá antes considerara esenciales (por ejemplo, el entretenimiento). En los niveles de renta más bajos, estas renunciadas también pueden incluir la no sustitución de ropa gastada o de artículos del hogar rotos. En segundo lugar, la producción y el consumo de las personas se sitúan fuera de la economía monetaria, mediante prácticas como la de cultivar productos alimenticios, hacer reparaciones uno mismo o recurrir al trueque para contratar servicios. La tercera estrategia consiste en trabajar en la economía sumergida. Aunque ésta puede ser muy importante, sólo entre el 15 y el 30% de la población (según los países) participa en estas actividades (Rose, 1993, p. 424).

Una de las consecuencias inesperadas e irónicas de la transición es que ha aumentado la parte de la población que depende directamente de las ayudas estatales para sobrevivir. En la República Checa y en Polonia, el porcentaje de personas que recibe asistencia social se duplicó entre 1989 y 1994; en Hungría se triplicó y en Bulgaria se multiplicó por 23 (UNICEF, Centro Internacional para el Desarrollo Infantil, *Third Monitoring Report, Income Distribution and Poverty*, anexo). Europa Oriental conserva algunos de los programas de gasto social más generosos del mundo (medidos según el porcentaje del PIB que consumen), y hay pruebas de que esta tendencia ha *aumentado* desde 1989.¹¹ Aunque algunos autores han señalado que esto supone una debilidad esencial para las transiciones y censuran los «vestigios populistas del pasado», también se podría indicar que las transiciones han sido relativamente tranquilas

¹¹ En Polonia, el porcentaje se ha duplicado en seis años (*Transition*, 1995b, p. 7). Véase también el artículo de Jeffrey Sachs (*Transition*, 1995a, pp. 1-4).

precisamente por estas ayudas. El Estado del bienestar (aunque esté bastante raído) ha hecho posible el mercado.

LA DESIGUALDAD

No debería sorprender que la súbita aparición de mecanismos de mercado en sociedades que, al menos oficialmente, habían impuesto la igualdad, generara cada vez más divisiones socioeconómicas. El conjunto de Europa Oriental ha sido testigo de un aumento de los niveles de desigualdad, al menos por lo que respecta a las medidas oficiales de renta (*Gráfico IX*).¹²

Las diferencias entre los países son notables, puesto que parece haber una correlación positiva entre desigualdad y relativa lentitud en la implantación de reformas de mercado. Por ejemplo, los países que han registrado un aumento más espectacular de la desigualdad son Rusia y Bulgaria (si se tienen datos no sistemáticos también se podría incluir Rumanía), pero en estos países es donde menos han progresado las reformas del mercado. Entre los países más occidentales, Hungría parece contar con los niveles más altos de desigualdad, seguida de Polonia y la República Checa (Vecernik, 1995, p. 4). Aquí el orden causal no está claro y merece un estudio más detallado. ¿Acaso una transición rápida a la economía de mercado produce menos desigualdades o es una distribución más equitativa lo que sustenta la transición a ese mercado? ¿O son ambas situaciones consecuencia de legados históricos?

Uno de los signos de los tiempos que corren ha sido la profundización del abismo que separa a unas profesiones de otras. De nuevo, si observamos únicamente los salarios oficiales, está claro que quienes trabajan en el sector financiero han mejorado tremendamente su situación, mientras que otros (en comparación con la media nacional) se han mantenido en la misma posición relativa. Ahora, en todos aquellos países de los que hay datos, el personal financiero constituye (como media) un 50% más que el de cualquier otro sector económico. Al mismo tiempo, el número de empleos en este área ha aumentado exponencialmente.¹³ De este modo, Europa Oriental está experimentando su propia versión de los Estados Unidos en los años ochenta. En este sentido, una de las principales preocupaciones no es sólo la creciente desigualdad, sino el tipo de actividad que se está recompensando. Esta distribución confirma las peores sospechas que muchos albergaban: el capitalismo es ilegítimo y consiste en «comprar y vender aire».

¹² Es evidente que tales medidas calibran a la baja las desigualdades reales antes de 1989, cuando había tantas cosas que dependían de niveles de acceso y de privilegio incommensurables. No obstante, también pueden restar importancia a las desigualdades actuales, ya que, casi por definición, no incluyen las actividades de la economía sumergida. El problema se complica con el declive casi universal del porcentaje de renta que representan los salarios. Ese declive suele asociarse con la reducción de la capacidad de consumo de los asalariados. Sin embargo, también hay que señalar que el porcentaje que representa a los trabajadores por cuenta propia también ha aumentado en muchos casos. Es demasiado pronto para determinar si el desplazamiento hacia el autoempleo está produciendo una marginación de los pobres o la creación de una pequeña burguesía.

¹³ Según los datos disponibles en los anuarios estadísticos nacionales.

Está claro que la edad ha sido un factor clave a la hora de determinar el éxito relativo en la transición. Dentro de una espiral inflacionaria y sin los anteriores privilegios avalados por el Estado, puede ser algo desastroso para los pensionistas que dependen de rentas fijas. Hay datos de la UNICEF que indican que la capacidad de compra de las pensiones se ha reducido en casi todos los países. Cualquiera que haya visitado la antigua Unión Soviética y haya contemplado las colas de ancianas vendiendo una sola cabeza de ajo en el frío invierno se preguntará cuáles son las ventajas del nuevo orden. No es sorprendente que se pueda encontrar a esa misma gente en las concentraciones del Partido Comunista portando retratos de Stalin. El espectacular aumento de los intentos de suicidio entre los mayores de 50 años que se ha registrado en algunos países también indica que la desesperación rebasa las fronteras de la antigua Unión Soviética.

Al igual que ocurre en los Estados Unidos, a las mujeres y a los niños pequeños les ha tocado cargar con una parte desproporcionada de la crisis. En Rusia, las familias con algún hijo menor de 6 años tenían un 50% más de posibilidades de ser pobres que la media nacional. Era mucho más probable que los hogares monoparentales (el 90% encabezados por mujeres) fueran considerados oficialmente pobres que otros tipos de familias. Como se ha señalado en relación con los datos salariales, los sectores agrícolas también tenían más posibilidades de ser pobres (*Transition*, 1995c, p. 7). En otros países de Europa Oriental hay diferencias considerables respecto a la importancia relativa que tienen las cualidades del «mercado» (la educación, por ejemplo) en comparación con las «demográficas» (como el género) a la hora de determinar la renta. En Hungría y Polonia, los factores de mercado parecen ser los más importantes. No obstante, en total, tanto la edad como el género tuvieron un papel importante (Vecernik, 1995, p. 32).

Las mujeres también se están llevando la peor parte en cuanto al desempleo. Sus tasas de paro son siempre mayores que las de los hombres (aunque no por mucha diferencia en la República Checa) y este desfase está aumentando en la mayoría de los casos (ILO, *Yearbook of Labour Statistics*, 1994). En Ucrania se calcula que el 90% de los nuevos parados son mujeres (informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Ukraine Human Rights Practices 1994* [marzo de 1995]); en Bielorrusia, el 80% de los desempleados son mujeres (Gryaznova, 1994); en la antigua Alemania del Este, el 66% (informe del Departamento de Estado de los EE UU, *Germany Human Rights Practices 1994* [marzo de 1995]). En Rusia, las mujeres constituían el 78% de los parados registrados oficialmente a mediados de 1992 (United Nations Economic and Social Council, 1994, p. 13). Hungría supone una interesante excepción, el desempleo crece pero a un ritmo menor entre las mujeres que entre los hombres, aunque no se cree que esta tendencia vaya a continuar (Hrubos, 1994).

En muchos países, la desigualdad en razón del género es un legado del sexismo anterior a 1989 (United Nations Economic and Social Council, 1994, p. 16), pero las transformaciones también han tenido un impacto negativo. Desde 1989, por ejemplo, las mujeres han desaparecido prácticamente de sus funciones

—al margen de que fueran decorativas— en los gobiernos comunistas.¹⁴ A las mujeres también les afecta especialmente la reducción del acceso a las guarderías, puesto que existen menos instalaciones de este tipo. Esto ha supuesto un aumento espectacular de las funciones «asistenciales» realizadas por mujeres, pero con muchas menos prestaciones estatales para la infancia y la familia. El valor real de tales subvenciones ha venido disminuyendo de forma regular en casi todos los casos, salvo en Polonia (United Nations Economic and Social Council, 1994, p. 17). Las mujeres también han de enfrentarse a una retórica política que las insta a regresar al hogar, aunque muchas siguen trabajando por pura necesidad económica. No obstante, estas transformaciones han ido acompañadas de una ausencia casi total de protestas femeninas organizadas.

Uno de los grupos a los que no les ha ido del todo mal durante la transición es la *nomenklatura*. Como muchos habían pronosticado, sus integrantes ha sido capaces de utilizar el capital cultural y social derivado de sus puestos anteriores para sacar provecho en las nuevas circunstancias. Existe mucho debate sobre qué componentes de la antigua clase dominante se han convertido en la «nueva burguesía» y cuáles han sido los mecanismos precisos que han utilizado para conseguirlo.¹⁵ No obstante, los datos indican que, en general, quienes ocupaban puestos de categoría y privilegiados han logrado mantenerlos relativamente, o que su situación sólo se ha deteriorado un poco. Entre las excepciones se encuentran los que, por estar demasiado asociados con funciones del *antiguo régimen*, fueron incapaces de dar un giro con éxito, o los que carecían de contactos con los que crearse una nueva vida (por ejemplo, los profesores universitarios de marxismo-leninismo en provincias o algunos oficiales del ejército). Una de las diferencias que se ha analizado es la existente entre las «viejas élites» (los «curritos» del partido) y la «nueva tecnocracia» (los dirigentes), a la que le ha ido mucho mejor. Sospechamos que las próximas investigaciones demostrarán que existe una correlación negativa entre la distancia respecto a los medios de producción y la capacidad de transformar el «antiguo» capital en otro «nuevo». En este sentido, probablemente los gestores de empresa hayan tenido mejor suerte que los *aparatchiks* ministeriales de rango medio.

LA CULTURA

¿Qué significan todos estos cambios para los ciudadanos de estos países? Si 1989 dio el golpe de gracia a cualquier posible atractivo que pudiera tener el socialismo, quizá la década posterior signifique algo similar para la democracia y el mercado, al menos en el antiguo bloque comunista. Aunque cualquiera podía esperar que se produjera un desencanto después de la euforia revolucionaria, los

¹⁴ En la mayoría de los países comunistas, el Estado asignaba una cuota del 30% de los escaños parlamentarios a las mujeres, que ahora ha sido eliminada. En las últimas elecciones, las mujeres han obtenido menos del 15% de los escaños en todos los casos, excepto en Alemania, e incluso menos del 5% en varios países.

¹⁵ Véase Szelényi y Szelényi, 1995. Véase también el debate sobre la suerte de los cuadros chinos que aparece en «Symposium on Market Transition» (1996).

datos indican que en amplias capas de la población hay grandes dudas sobre las ventajas del cambio. En abril de 1995, el 67% de los encuestados rusos calificaba positivamente el sistema político y económico *anterior a la perestroika*, mientras que sólo el 26% tenía una impresión favorable del actual (Rose, 1995, p. 39). Los datos de comienzos de los años 90 también indican que, al menos en algunos países no soviéticos, el apoyo a ciertos aspectos del mercado y de la propiedad privada no eran en absoluto arrollador (McIntosh et al., 1994). El único país en el que el sistema actual recibía una respuesta favorable por parte de la mayoría de los encuestados era la República Checa (Rose y Haerpfer, 1994a, p. 15).

En casi todos los casos hay sectores numerosos de la población que siempre han mostrado su escepticismo hacia las ventajas de la democracia (*Gráfico X*). Es evidente que «democracia» significa cosas diferentes en cada país. No obstante, a pesar de los horrores y estupidez indiscutibles de los antiguos regímenes, en Europa Oriental hay mucha gente que, en concreto, no está contenta con el sistema político que ha venido después. Sin embargo, a pesar de estas dudas, la mayoría de la población parecía confiar hasta cierto punto en la permanencia de las instituciones parlamentarias (Rose y Haerpfer, 1994a). De hecho, puede que sea precisamente esta confianza la que haya permitido el retorno de una izquierda ahora «carente de colmillos».

También ha disminuido considerablemente el respaldo al mercado en los últimos seis años (*Gráfico XI*). Para muchos europeos del este, el capitalismo era una forma de vida relacionada con los medios de comunicación occidentales. Como la economía centralizada no lograba producir muchos productos básicos, la promesa de un consumidor satisfecho debía de ser bastante seductora. Sin embargo, la realidad comportaba una gran disciplina en la producción y recortes fiscales. El efecto que esto ha tenido en la vida de las personas es evidente en el giro espectacular que aparece en las actitudes hacia el mercado. La tensión con la que viven muchas de estas poblaciones también puede influir en dichas actitudes. Cuatro quintos de los búlgaros y de los checoslovacos, y dos tercios de los rusos señalaban que temían perder su empleo (Rose, 1993, p. 438).

Una importante causa de desencanto ha sido la percepción de que ha aumentado la desigualdad. Aunque esta crítica ya aparecía al principio de la transición, se ha disparado en todos los países (Vecernik, 1995, pp. 13-15). Hay varios factores que puede explicarla. En primer lugar, muchas personas han sufrido (o percibido) una movilidad social descendente: la perspectiva de mejorar se ha convertido en la desilusión del fracaso. En segundo lugar, los nuevos ricos se han hecho cada vez más visibles y puede que haya disminuido el placer indirecto de contemplar objetos de lujo. En tercer lugar, después del redescubrimiento de la derecha en 1989, en muchas de esas poblaciones se está produciendo un movimiento de péndulo que las devuelve a la izquierda y al apoyo a partidos que prometen retomar algunos aspectos de los «viejos / malos tiempos». Al igual que ocurre en relación con otros asuntos, la población checa es la que parecía más próxima a la norma de Europa Occidental, mientras que la de los países de la CEI es la que mostraba el resentimiento más acusado.

¿Pueden sobrevivir en ese entorno los mercados y la democracia? Uno de los signos positivos es que al menos en algunos países se mantiene la expectativa de mejorar en el futuro.¹⁶ Una vez más, la República Checa parecía tener las opiniones más optimistas, mientras que los países de la antigua Unión Soviética tenían las peores. La encuesta realizada por uno de los autores de este artículo indicaría que la interpretación global de lo que significan los cambios todavía está fluctuando, por lo menos en Rusia (Centeno y Kaple, 1994). En general, la conclusión más sorprendente es la aparente falta de coherencia ideológica y las contradicciones constantes. La gran mayoría de los encuestados, ya sea al discutir ideales económicos o políticos, no parece ser partidaria de ningún programa ideológico concreto. Aunque muestren su lealtad a una determinada idea, con frecuencia se contradicen al mostrarse a favor de ciertos aspectos de un sistema opuesto. Los rusos parecen querer un mercado sin riesgos, un capitalismo sin ricos, una igualdad con calidad y una democracia con dirigentes fuertes y rigurosos. Sospechamos que estas aparentes discrepancias ocultan una lógica política y económica que no puede definirse a través de las respuestas dadas a una única pregunta, sea la que sea. Corresponderá a investigaciones futuras definir el marco moral subyacente y documentar los cambios que conlleva. Esta transformación cultural será la que determine la suerte de la transición.

Lo más preocupante es que muchas poblaciones carecen de la confianza fundamental en las instituciones y en la sociedad que puede ser un requisito fundamental para la democracia. En ninguno de los países de Europa Oriental aparece un apoyo abrumador a parlamentos, medios de comunicación, iglesias o escuelas. Aunque muchas democracias consolidadas pueden sobrevivir a pesar de tales actitudes, esto no es posible en países que se encuentran en pleno proceso de recreación de su sistema político. Lo que queda es lo que Richard Rose denomina una «sociedad como un reloj de arena», en la que las relaciones entre la cúspide y la base sólo forman un pequeñísimo embudo y donde los contactos personales y las redes anulan las consideraciones de tipo universalista (Rose, 1995).

No obstante, quizá esté menguando el espacio social en el que se puedan desarrollar tales vínculos. Una de las características que parecen compartir todos los países del antiguo bloque soviético es el derrumbamiento de lo que se podría denominar «cultura pública». Aunque ha aumentado el número de periódicos y de libros publicados, las cifras reales de circulación y de venta han disminuido en la mayoría de los casos, y en algunos han llegado a reducirse a la mitad. La asistencia a cines, teatros y museos también ha disminuido (*Gráfico XII*). Naturalmente, estos datos no suponen juicios de valor sobre la calidad de la cultura disponible. Sin embargo, habría que recordar que también hemos asistido a la aparición de los equivalentes mercantiles de cada una de las basuras propagandísticas desaparecidas a partir de 1989. La impresión no sistemática que se podía obtener observando a los vendedores de libros callejeros de Moscú

¹⁶ Esta medida, aún más que las demás, parece ser extremadamente sensible a la redacción de las preguntas, ya que incluso el mismo investigador puede obtener resultados diferentes.

entre 1992 y 1993 indicaría que Judith Krantz vendía más que Ayn Rand, por no hablar de Solzhenitsyn. Puede que ocurra algo parecido en el cine; el relevo no lo han cogido Woody Allen o Ingmar Bergman, sino Arnold Schwarzenegger.

Al margen de cómo se evalúe la calidad de la cultura disponible antes y después de 1989, el espacio en el que se consume ha cambiado drásticamente. Aun presuponiendo que las cifras de asistencia a espectáculos y las de circulación estuvieran siempre infladas, el evidente derrumbamiento registrado en todos aquellos países de los que tenemos datos indicaría que la población ya no sale de casa para su entretenimiento. ¿Cómo se explica esto?

En el caso del cine, por ejemplo, en primer lugar debemos tener en cuenta que, anteriormente, parte de la asistencia se veía condicionada por razones políticas. Es decir, puede que muchos de los espectáculos fueran de asistencia obligada, entre otros para los miembros del partido, o que tuvieran lugar durante las horas de trabajo. En segundo lugar, el precio de las entradas ha llegado a niveles astronómicos. En Polonia y Hungría (países de los que tenemos la información más precisa), el precio de una entrada de cine (según la cotización actual del euro) aumentó en torno a un 500 y a un 900 por cien, respectivamente (Bobnak). En tercer lugar, hay muchas menos pantallas, ya que salas pequeñas antes subvencionadas por el Estado han cerrado o se dedican a negocios más lucrativos. En cuarto lugar, el aumento, percibido y real, de la criminalidad, así como los enormes cambios que ha sufrido la situación financiera actual —y la que se espera tener— han reducido la probabilidad de salir de noche. En quinto lugar, hay muchas personas que disponen de mucho menos tiempo libre, ya que necesitan hacer trabajos extra o ya no pueden faltar a su empleo tanto como estaban acostumbrados. Finalmente, la nueva oferta televisiva proporciona muchas más posibilidades de ocio en el hogar.

Este último aspecto es el que deseamos subrayar. 1989 transformó la televisión.¹⁷ No sólo las emisoras oficiales disponen de programas diferentes y más variados, sino que el aumento del número de canales privados ha incrementado notablemente la gama de opciones disponible. Por ejemplo, ahora los checos pueden elegir entre un canal nacional, tres privados y un mínimo de dos de pago. Quizá lo más importante sea que un número considerable de hogares dispone de vídeo. Entre los países donde la penetración ha sido mayor figura Polonia, con un 48%, pero incluso en Rumanía se registraba un 21% (Bobnak). Esta situación, junto a la presencia de una riada de cintas piratas a bajo precio, hizo posible que el típico hogar de Europa del Este aumentara sus posibilidades de entretenimiento sin tener que participar en el conjunto de la sociedad civil.

A pesar de las considerables ventajas que esto supone, puede que merezca la pena plantearse qué es lo que se está perdiendo. ¿Puede Europa Oriental permitirse la atomización social cuya existencia tantas veces se señala en los Estados Unidos? Especialmente preocupante resulta la posibilidad de que este aumento de la privatización del entretenimiento se combine con la desconfianza que

¹⁷ Véase Sparks y Reading, 1994.

parece estar calando en esas sociedades, y que la mezcla imposibilite la creación de una base cívica con la que constituir con éxito la democracia o el mercado.

CONCLUSIÓN

¿Qué nos dicen todas estas tendencias sobre el proceso de democratización y de desarrollo del mercado? ¿Cómo pueden compararse con otros casos? Las transiciones a la democracia y al mercado en América Latina fueron anteriores en varios años a las de Europa Oriental. Los nuevos gobiernos democráticos latinoamericanos, en gran medida como en Europa, tuvieron que imponer medidas de austeridad a la población durante las principales crisis económicas. La economía latinoamericana no creció en los años ochenta y, en la mayoría de los casos, la renta per cápita menguó realmente. El porcentaje de hogares considerados pobres o indigentes aumentó en casi todos los países y en otros (por ejemplo en Argentina) se duplicó. El aporte calórico se redujo y, aunque no disponemos de datos comparativos sistemáticos, el consumo de alimentos básicos también parece haber disminuido. Lo más sorprendente es que las desigualdades de renta aumentaron de forma considerable.¹⁸

No obstante, al comparar ambas regiones, quizá lo más extraordinario sea descubrir hasta qué punto algunos de los países de Europa Oriental han logrado capear una tormenta política y económica mucho más violenta sin incurrir en los enormes descensos del nivel de vida que se aprecian en América Latina (*Cuadro II*). Las economías de la segunda zona no sufrieron declives económicos expresados con dos dígitos y hay algunos que han llegado incluso a registrar crecimientos espectaculares en la década de 1990; no obstante, sin duda las consecuencias sociales de las crisis latinoamericanas fueron peores, porque *se concentraron mucho más en una parte de la población*. Aunque datos agregados como la esperanza de vida no reflejen el impacto social de la «década perdida» de América Latina, nadie puede negar el impacto devastador que ésta tuvo en la mitad de la población menos favorecida. Aunque, según los criterios habituales, las economías de Europa Oriental estaban mucho menos «desarrolladas» que las latinoamericanas, la miseria de Río o de Lima no se ve en Sofía, no digamos en Praga.

Las excepciones a esta pauta indican la existencia de un factor potencialmente importante que, en general, no se ha tenido en cuenta al abordar las transiciones desde un punto de vista «macro». Los países latinoamericanos que presentan niveles relativamente bajos de desigualdad (Costa Rica, Uruguay o Chile) consiguieron pasar los años más difíciles sin que se redujera drásticamente la cesta básica nutricional o la provisión de servicios sociales. Por el contrario, en los de Europa del Este que han sufrido el mayor índice de desigualdad, la transición ha supuesto sufrimientos constantes y un visible deterioro social. Rusia es el ejemplo prototípico: sigue siendo un desastre económico (lo que un conocido nuestro denominó «el rastro»), mientras los gángsteres vulneran

¹⁸ Para acceder al mejor análisis de los costes que tuvieron las nuevas políticas económicas en América Latina, véase Lustig, 1995. Véase también Altimir, 1994, y CEPAL, *Anuario estadístico de América Latina y el Caribe*, 1994.

el imperio de la ley y la esperanza de vida se derrumba. Los peores elementos de las estructuras sociales latinoamericanas parecen haberse importado *en masa*: la corrupción de unos pocos y la marginación de muchos.

La comparación entre unos y otros casos proporciona tres importantes lecciones sobre las transiciones. En primer lugar, es imposible prescindir de la historia. En Europa Oriental, décadas de políticas sociales equitativas sentaron las bases para que la crisis fuera menos dolorosa que en algunos países latinoamericanos. En conjunto, las regiones más occidentales del antiguo bloque comunista han tenido mucho más éxito a la hora de crear infraestructuras sociales, educativas y sanitarias que sus supuestos jefes de Moscú. Esos cimientos les han proporcionado una importante red de seguridad con la que proteger a los millones —literalmente— de personas que el mercado ha dejado de lado. La transición hacia una democracia y una sociedad de mercado de carácter estable será mucho menos problemática en aquellos países que hayan proporcionado unos mínimos a la sociedad.

En segundo lugar, el Estado desempeña un papel crucial que no suele tenerse en cuenta en las prisas por llegar al mercado, y que tiene poco que ver con el tipo de régimen. No apreciamos una correlación entre autoritarismo y desarrollo económico. El régimen de Meciar tiene poco que ver con el auge de las exportaciones eslovacas, y ni Iliescu ni Nazarbayev han garantizado el crecimiento económico a sus países. Lo que parece esencial para una transición es un Estado lo suficientemente fuerte como para mantener el control sobre el mercado (como árbitro, no como propietario), conservar ciertas políticas asistenciales y asegurarse de que el caos no se convierte en un miedo cotidiano.

Para terminar, podemos decir que la diversidad de experiencias y resultados, tanto entre los países como dentro de cada uno de ellos, deja claro que no estamos ante un proceso único, sino ante una situación en la que participan muchas partes y cuyas consecuencias son diversas. Como ocurre con casi todas las transformaciones históricas, las oportunidades que tienen unos han supuesto sacrificios para otros. Quizá las yuxtaposiciones también sean evidentes: ahora se dispone de más coches, pero de menos plazas en las guarderías; hay financieros espabilados que pueden ganar mucho dinero, pero lo más probable es que las trabajadoras de una fábrica ganen mucho menos.

En el plano internacional, se ha levantado un nuevo muro que, en el norte, comienza en Estonia y que, siguiendo una línea en dirección suroeste, separa a Polonia, Hungría y las repúblicas Checa y Eslovaca de los demás países. Hasta el momento, dichas naciones parecen haber logrado crear economías de mercado viables con tensiones sociales y económicas sorprendentemente reducidas. De nuevo, esto no quiere decir que minimicemos las luchas de muchas de esas sociedades, sino que, considerando el salto que se está dando, los ajustes son relativamente pequeños. Al otro lado de esta línea divisoria, la transición tiene que producir todavía una alternativa coherente. Estas economías se han reducido y sólo ahora comienzan a registrar un nuevo crecimiento. También son aquellas en las que se ha registrado un grado de desigualdad más acusado y donde la democracia sigue siendo más frágil.

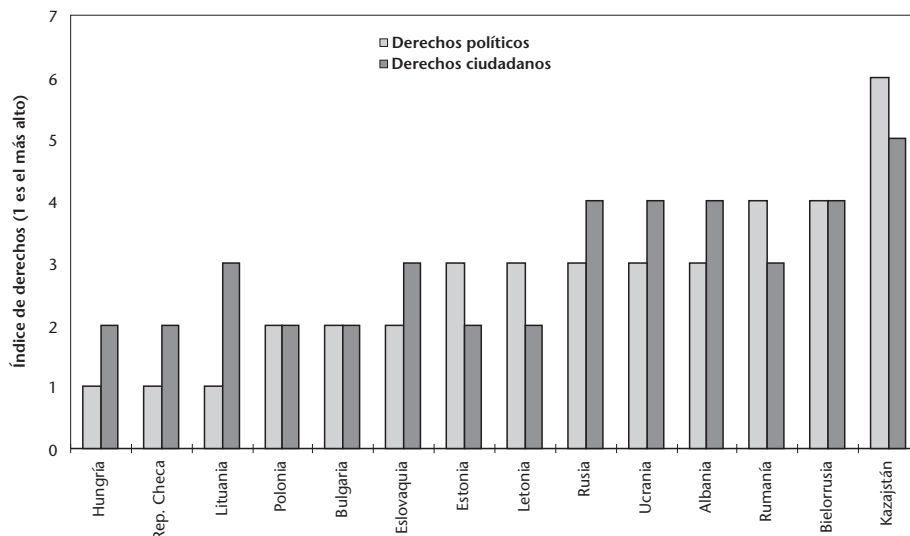
CUADRO I
RESUMEN ELECTORAL

- ▶ **ALBANIA:** el Partido Socialista de Albania, que ocupaba el gobierno, fue derrotado en las elecciones generales de 1992 y cedió el poder al Partido Democrático de Albania. Las elecciones de 1996 quedaron invalidadas por el boicot de la oposición y un fraude evidente.
- ▶ **BIELORRUSIA:** hasta 1994 estuvo regida por el parlamento elegido en 1990. El primer ministro Kebich fue derrotado por Lukashenka, candidato opositor. Las incompletas elecciones legislativas de 1995 permitieron al Consejo Supremo, dominado por los comunistas, mantener su poder más allá del plazo previsto.
- ▶ **BULGARIA:** en 1991 la coalición Unión de Fuerzas Democráticas (UFD) ganó las elecciones parlamentarias. En 1992, el ex comunista Zhelev vence en las presidenciales y, posteriormente, la UFD es sustituida por otra coalición opositora. Las elecciones generales de 1994 dan la victoria al antiguo partido comunista.
- ▶ **REPÚBLICA CHECA:** el gobierno posterior a 1989 es sustituido en las elecciones de 1992 por el Partido Cívico Democrático, dirigido por el primer ministro Klaus.
- ▶ **ESTONIA:** el primer gobierno electo es sustituido en 1992. La coalición gobernante es derrotada en las elecciones de 1995, que gana una coalición formada por conservadores y antiguos comunistas.
- ▶ **HUNGRÍA:** las primeras elecciones se celebran en 1990. El gobierno del Foro Democrático Húngaro (FDH) es derrotado en las elecciones de 1994 por los ex comunistas.
- ▶ **KAZAJSTÁN:** Nazarbayev, el único candidato, gana las elecciones presidenciales de 1991. Posteriormente, la asamblea legislativa dimite. En 1994, Nazarbayev gana con el 95% de los votos un referéndum que le permite extender su mandato hasta el 2000.
- ▶ **LETONIA:** las elecciones de 1993 dan la victoria al partido del gobierno. Las locales de 1994 ponen de manifiesto una gran oposición.
- ▶ **LITUANIA:** los *sajudies* (del Movimiento Lituano para la Reconstrucción) que ocupan el gobierno, son derrotados por los ex comunistas en las elecciones de 1992. Un antiguo comunista gana las presidenciales de 1993. Tienen que celebrarse elecciones parlamentarias en 1996.
- ▶ **POLONIA:** las elecciones presidenciales de 1990 dan la victoria a Walesa. Las legislativas de 1991 sustituyen a Solidaridad por un gobierno de coalición. Excelentes resultados de los antiguos comunistas (la Alianza Democrática de Izquierda, ADI) en las legislativas de 1993. Kwasniewski, candidato de la ADI, gana las presidenciales de 1995.
- ▶ **RUMANÍA:** Iliescu gana los comicios de 1990 (en los que se denuncian muchas irregularidades). Los de 1992 le ratifican en el poder a él y a su partido (el Frente de Salvación Democrática Nacional, FSDN).
- ▶ **RUSIA:** después de la detención de antiguos líderes parlamentarios realizada por Yeltsin, las elecciones legislativas de 1993 muestran el apoyo con que cuenta la extrema derecha y los antiguos comunistas. A mediados de 1994 en la Duma no existen coaliciones coherentes. En las elecciones de 1995 quienes más votos recaban son los ex comunistas y la derecha. El partido en el poder recibe menos del 10% de los votos. Elecciones presidenciales en 1996.
- ▶ **ESLOVAQUIA:** la coalición de Meciar gana las primeras elecciones después de 1989. En 1994 un voto de censura le aparta del poder, pero accede de nuevo a él en las elecciones celebradas a finales del mismo año.
- ▶ **UCRANIA:** en el parlamento de 1990 ocupaba un espacio considerable el bloque reformista. Kravchuk es elegido presidente en 1991, pero Kuchma le derrota en los comicios de 1994. Las elecciones parlamentarias del mismo año producen una coalición de gobierno de izquierdas.

		ECONOMÍA		SANIDAD		DESIGUALDAD DE RENTA				
		PNB p.c. 1994	Crecimiento 1990-1994	Mortalidad 1993	Mortalidad infantil 1993	Esperanza de vida 1993	20% más ricos	20% más pobres	40% más pobres	PROMEDIO ÚLTIMO AÑO/MILES DE MILLONES
AMÉRICA LATINA										
Argentina	8,060	2.45	27	24	72	51	5	14		
Bolivia	770	1.10	114	73	60	48	6	15		
Brasil	3,370	1.21	63	57	67	68	2	7		
Chile	3,560	1.63	17	16	74	60	3	10		
Colombia	1,620	1.32	44	36	69	56	4	11		
Costa Rica	2,380	1.38	16	14	76	51	4	13		
Ecuador	1,310	1.34	57	49	69	50	4	13		
México	4,010	1.56	43	35	71	46	6	16		
Paraguay	1,570	1.40	46	37	70	48	6	15		
Perú	1,890	1.89	92	63	66	48	6	15		
Uruguay	4,650	1.76	21	19	72	50	5	14		
Venezuela	2,760	1.04	24	23	72					
EUROPA DEL ESTE										
Albania	360		41	29	72					
Bulgaria	1,160	0.53	19	14	71	39	8	21		
República Checa	3,210	0.92	10	9	71					
Estonia	2,820	0.59	23	16	69					
Hungría	3,840	1.29	17	15	69	34	11	26		
Kazajstán	1,110	0.47	49	29	70					
Letonia	2,290	0.51	26	14	69					
Lituania	1,350	0.39	20	13	70					
Polonia	2,470	1.39	17	15	71	36	9	23		
Rumanía	1,230	0.70	29	23	70					
Federación Rusa	1,910	0.46	31	21	67	48	4	14		
República Eslovaca	2,230	0.72	18	12	71	22	17	36		
Ucrania	1,570	0.57	26	16	69					

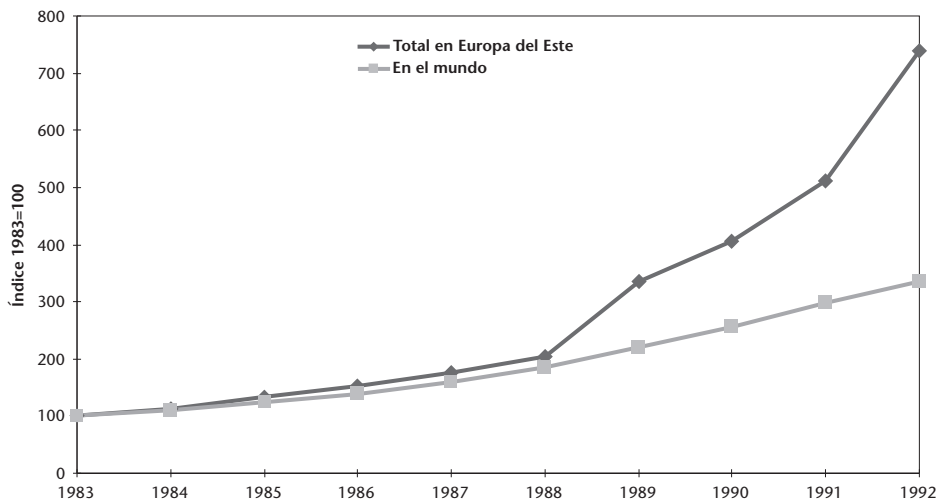
Fuente: Banco Mundial

GRÁFICO I
DERECHOS POLÍTICOS



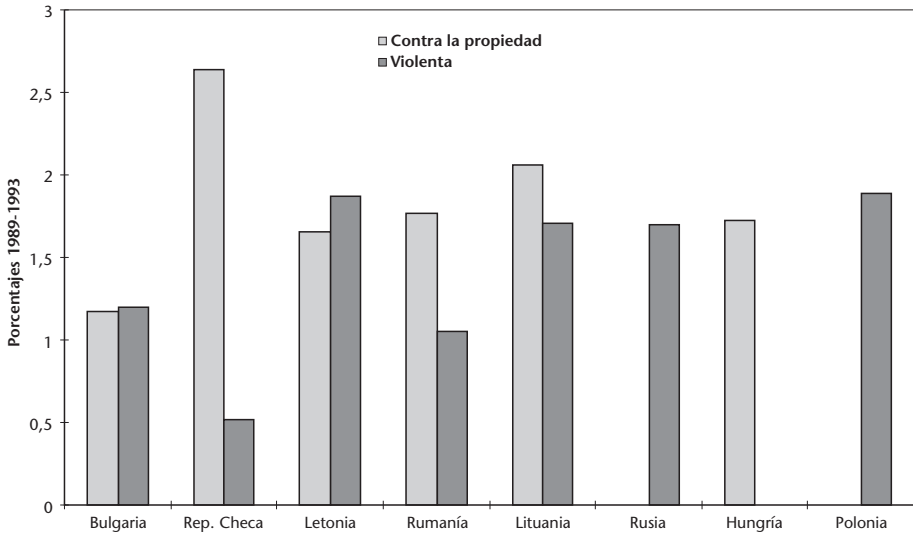
Fuente: Freedom House, *Freedom in the World 1994-1995*.

GRÁFICO II
CRECIMIENTO DE LOS CONTACTOS INTERNACIONALES
(LLAMADAS TELEFÓNICAS)



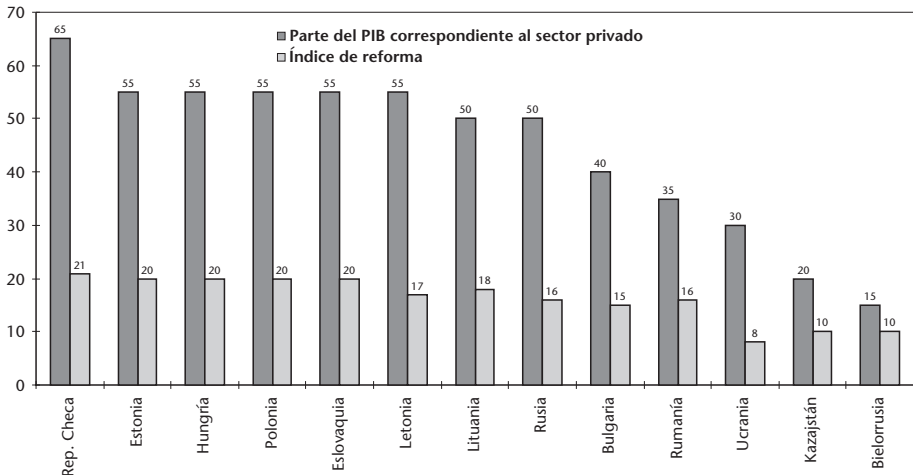
Fuente: ITU (Unión Internacional para las Telecomunicaciones), *Direction of Traffic*. Entre los países figuran Albania, Bulgaria, Checoslovaquia, Hungría, Polonia, Rumanía y la URSS.

GRÁFICO III
AUMENTO DE LA DELINCUENCIA



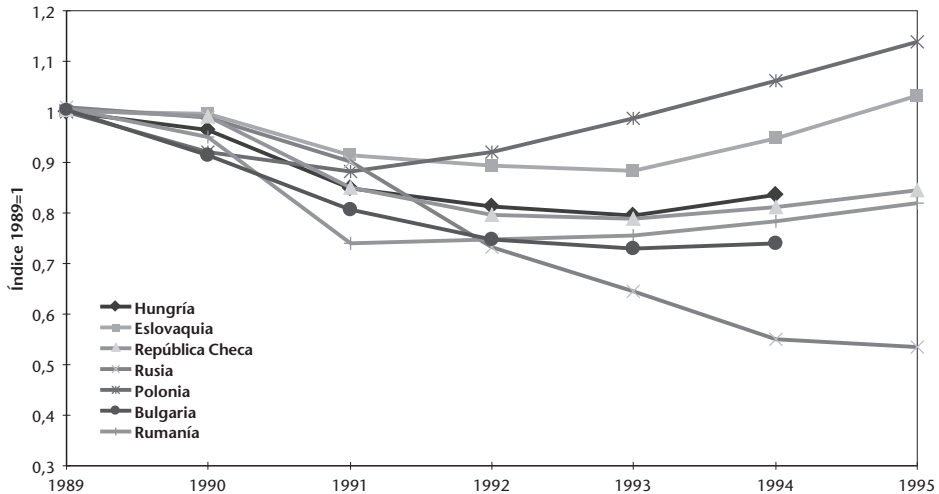
Fuente: Anuarios estadísticos y *Russia and Eurasia Facts and Figures Annual*. La cifra de Hungría se refiere a todos los delitos a partir de 1994.

GRÁFICO IV
PROGRESO EN LA TRANSICIÓN



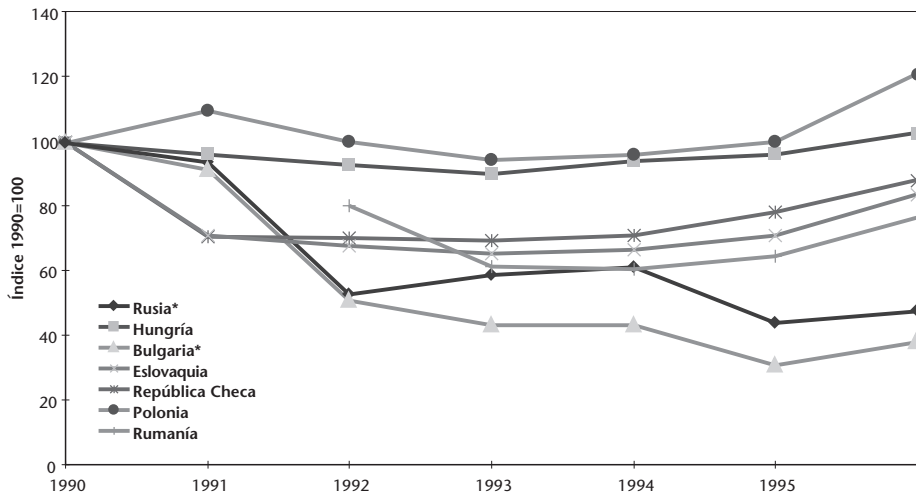
Fuente: Banco Europeo para la Reconstrucción y el Desarrollo (EBRD), 1994.

GRÁFICO V
CAMBIOS EN EL PIB



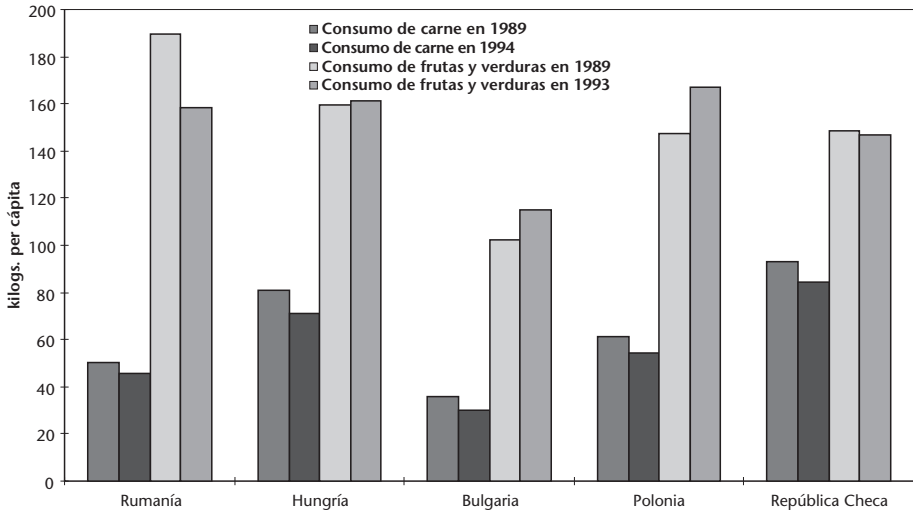
Fuente: PlanEcon.

GRÁFICO VI
SALARIOS REALES



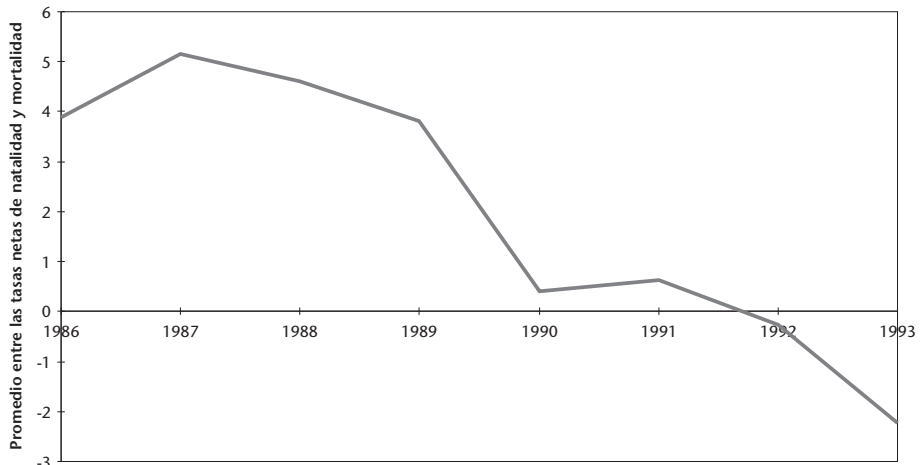
Fuente: PlanEcon.

GRÁFICO VII
CONSUMO DE ALIMENTOS



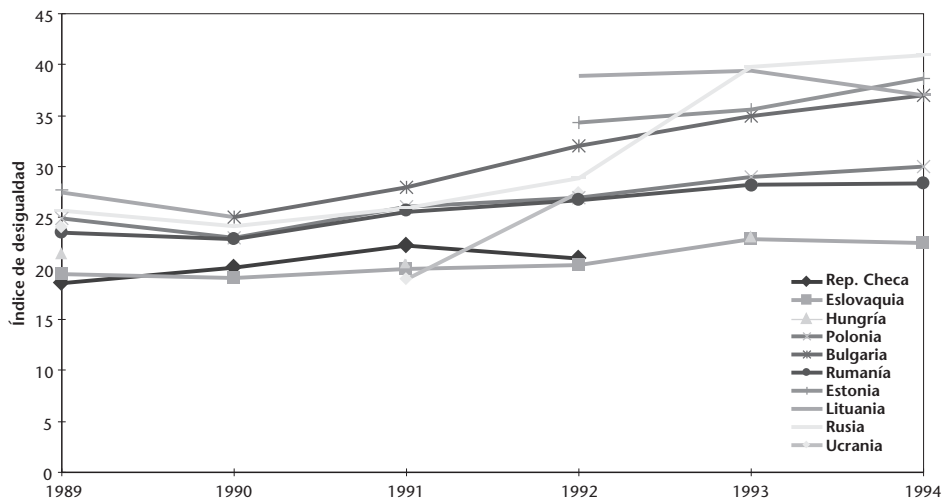
Fuente: Anuarios estadísticos.

GRÁFICO VIII
DECLIVE DEMOGRÁFICO EN EUROPA ORIENTAL



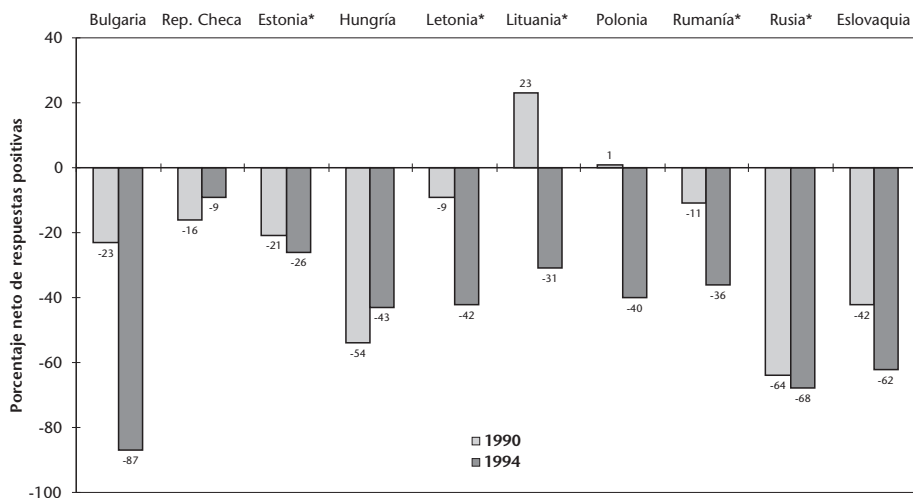
Fuente: *Europa World Year Book 1995*; *Romanian Statistical Yearbook 1994*, y *UN Demographic Yearbook 1993* (1995). El promedio incluye a las repúblicas bálticas, Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Kazajstán, Polonia, Hungría, Checoslovaquia, Rumanía y Bulgaria. No todos los años incluyen todos los países.

GRÁFICO IX
INCREMENTO DE LA DESIGUALDAD



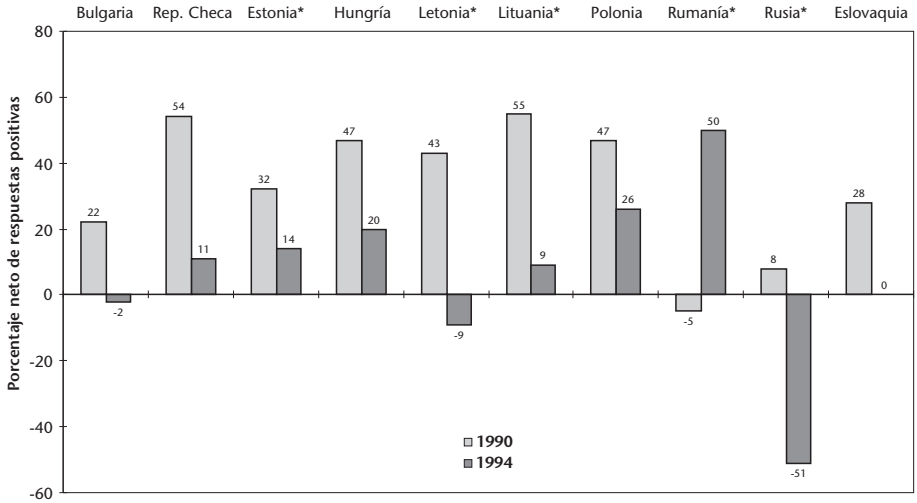
Fuente: UNICEF, Centro Internacional para el Desarrollo Infantil, *Third Monitoring Report, Income Distribution and Poverty*, anexo.

GRÁFICO X
SATISFACCIÓN CON LA DEMOCRACIA



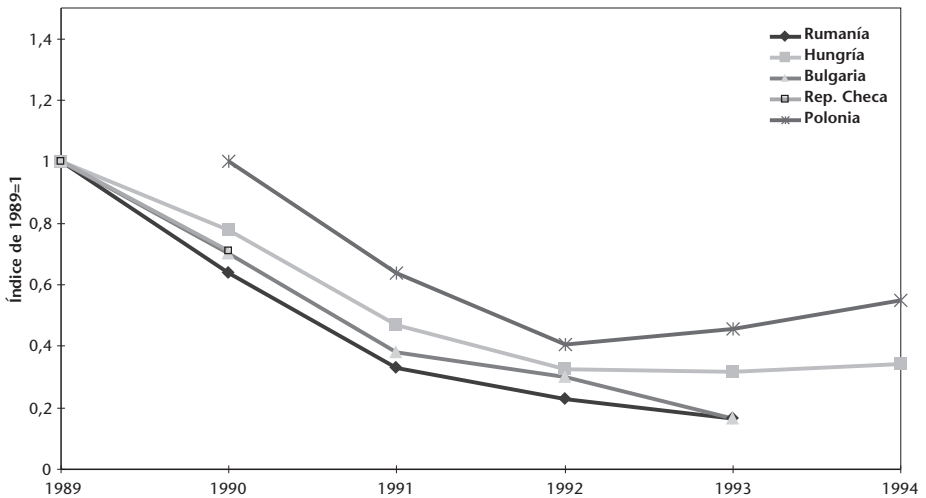
Fuente: *Central and Eastern Eurobarometer*, marzo de 1995. * indica que las series comienzan en 1991.

GRÁFICO XI
SATISFACCIÓN CON EL MERCADO



Fuente: Central and Eastern Eurobarometer, marzo de 1995. * indica que las series comienzan en 1991.

GRÁFICO XII
ASISTENCIA AL CINE



Fuente: Anuarios estadísticos.

Texto publicado originalmente en la revista
Social Research Vol. 63, N° 2 (Verano, 1996) pp. 369-402.

(Traducido por Jesús Cuéllar)

EPÍLOGO PARA «EL MUNDO QUE HAN PERDIDO»

21-6-2002

En las conclusiones de nuestro artículo de 1996, Tania Rands y yo hacíamos las siguientes observaciones sobre la «Gran Transición» de Europa Oriental: [A] la historia tiene importancia; [B] el Estado desempeña un papel fundamental a la hora de definir la transición al mercado, y [C] preveíamos un aumento de la desigualdad entre los diferentes países y dentro de cada uno de ellos. Dichas observaciones continúan siendo de relevancia en el siglo XXI. Podemos comenzar con la última tendencia, que es la más importante.

En primer lugar, en el contexto internacional, ha aumentado el desfase socio-económico entre los distintos países afectados por las revoluciones de 1989. El nuevo «muro» se extiende desde el golfo de Finlandia hasta el Adriático. En la parte occidental se encuentran las sociedades cuyas transiciones, tanto políticas como económicas, han tenido más éxito. Polonia, Hungría, la República Checa y Eslovaquia han experimentado un considerable crecimiento económico (que lidera claramente Polonia). Desde el punto de vista político, estos países han logrado celebrar múltiples elecciones y el poder ha cambiado varias veces de manos, mientras que sus ciudadanos disfrutaban de libre flujo de información. Los derechos de las minorías continúan siendo una importante excepción dentro de esta evolución positiva general, pero al resto de Europa no le ha ido mucho mejor en ese sentido.

Al este de esta nueva línea divisoria, la situación va desde el estancamiento al caos. En Bulgaria, Rumanía y en todas las antiguas república de la URSS se ha producido un deterioro económico. De los países bálticos, puede que sea Estonia el que se encuentre en mejor situación, gracias sobre todo a su relación con Finlandia, mientras que la economía ucraniana se ha desintegrado (la renta per cápita descendió a un ritmo del 10% anual durante los noventa). Al mismo tiempo, las divisas de estos países han sufrido una permanente inflación de dos dígitos (y a veces de tres). En dichos estados también se han desarrollado las transiciones más difíciles, con situaciones que van desde el derrumbamiento de la autoridad en Albania a la creación de auténticos feudos criminales en Ucrania y Kazajstán. Los derechos de las minorías rusas siguen siendo frágiles en muchos de estos países.

El nivel de vida de la población pone de manifiesto cómo han sido estas transiciones económicas y políticas. Puede que el mejor ejemplo de «occidentalización» sea el de la república ex yugoslava de Eslovenia, cuya frontera con Austria está perdiendo importancia. En la actualidad, los indicadores sociales de Polonia, Hungría, la República Checa y Eslovaquia son prácticamente equiparables a los de la Europa mediterránea. Praga se convirtió en el «París de los 90» y las capitales de estos países cuentan hoy con todos los elementos habituales en las ciudades capitalistas. Lo mismo puede decirse de algunas ciudades del «Este oriental», pero en ellas el deterioro agregado de casi todos los indicadores sociales es bastante considerable. Por ejemplo, entre países situados a uno y otro lado de la línea divisoria, las diferencias en cuanto a las probabilidades de morir al nacer o, como mínimo, antes de cumplir los 60,

llegan a duplicarse en algunos casos. La esperanza de vida de los ciudadanos ex soviéticos ha disminuido varios años.

Las actitudes internacionales hacia estos países reflejan todas esas diferencias. Está claro que Polonia, Hungría y la República Checa han sido los «niños mimados» del mercado global, tanto desde el punto de vista de los dólares como desde el de los turistas. Los tres han recibido enormes cantidades de inversión extranjera (la República Checa ha obtenido un flujo neto anual valorado en el 10% de su PNB). De los antiguos integrantes de la URSS, el petróleo de Kazajstán ha atraído fondos, mientras que la mayoría de los inversores ha evitado Ucrania, Bielorrusia y las zonas de Rusia que no sean las ciudades y las plantas de extracción de gas. A medida que unos pocos afortunados vayan consolidando su pertenencia a diversas organizaciones de «Occidente», los rasgos de esta transición de dos velocidades se irán haciendo aún más acusados.

Se puede decir que los antiguos países socialistas sí comparten ciertas tendencias. Quizá la más espectacular sea la continua caída demográfica, por la que cabe esperar que todas estas sociedades pierdan población durante la próxima década. No obstante, la esperanza de vida relativamente baja evitará que padezcan la crisis del sistema de seguridad social a la que se enfrenta Occidente, que envejece a un ritmo mucho más rápido. La aparición de la economía de mercado (o de su equivalente pirata) también ha creado enormes desigualdades en todas estas sociedades. Evidentemente, establecer comparaciones con la situación previa a 1990 resulta difícil, ya que bajo el comunismo gran parte de las manifestaciones de la desigualdad adquiriría formas no monetarias. De todas maneras, ciertos casos anecdóticos y sus equivalentes estadísticos indican que las recompensas del nuevo sistema no se han distribuido de manera igualitaria y que aumenta la distancia entre clases, sectores económicos, sexos, regiones y localidades. En esta categoría, está claro que el líder es Rusia, donde se registra un índice de Gini de 0'487 (equiparable al de América Latina). La distancia entre el financiero moscovita y el pensionista de Irkukst es inmensa y siempre está creciendo.

Un hábito igualmente preocupante que comparten todos estos países es su continua dependencia no sólo de la inversión de capital extranjero sino de la deuda. Dado el carácter caprichoso de los mercados internacionales, esta continua incapacidad para generar capital de inversión interno sigue constituyendo un grave problema. Aunque ninguno de estos países se enfrenta a una situación tan acuciante por el pago de su deuda como la de Latinoamérica, si continuaran las tendencias actuales podrían surgir dificultades de más larga duración.

La comparación con América Latina es evidente y se ha utilizado en repetidas ocasiones durante la última década. Las pautas señaladas en nuestro primer artículo se han hecho aún más acusadas. A pesar de estar dando pasos políticos y económicos mucho más difíciles que los de América Latina, la mayoría de los antiguos países socialistas ha sobrevivido a los años 90 con una situación mucho mejor. Así es según todos los indicadores posibles, desde el

nivel de vida hasta el comportamiento de la economía, pasando por la estabilidad política. Mientras que las regiones occidentales del Pacto de Varsovia se van pareciendo cada vez más a sus futuros socios en la UE, e incluso lugares como Rumanía y Bulgaria se acercan a niveles más altos, América Latina parece perder terreno o estar defendiéndose a duras penas.

Como se ha indicado anteriormente, uno de los factores más significativos a la hora de explicar tanto las diferencias entre las regiones como las que se producen dentro de ellas es la capacidad que tiene cada Estado de mantener algún tipo de orden político, económico y social. Sin la mano visible del gobierno, las transiciones a la economía de mercado degeneran fácilmente en bazares tiránicos. Más preocupante resulta el aparente peso de la historia. Es decir, a las sociedades que mejor les va en la actualidad son precisamente aquellas de entre las ex socialistas que eran más similares a Occidente antes de 1989. La acumulación de capital social y cultural sí ayuda a determinar el futuro. No obstante, es interesante señalar que quizá las décadas de dominio comunista también hayan hecho una aportación considerable al éxito de las transiciones. Al crear (al menos en muchas sociedades) un contrato social más equitativo y proporcionar a la gran mayoría de la población los artículos básicos que precisaba, puede que el comunismo creara la base necesaria para realizar con éxito una transición al capitalismo. Por su parte, América Latina parece haberse quedado empantanada para siempre en su marasmo decimonónico de castas y desorden. En algunos casos, puede que el socialismo haya sido realmente el camino más corto hacia el capitalismo.

Ser conservador en un país poscomunista

Marcin Król

ALGUNAS CONFESIONES PERSONALES

Antes que nada, debo confesar que no soy un conservador en el sentido político del término y que no me identifico con los que dicen ser políticamente conservadores en la Polonia contemporánea.

En segundo lugar, tengo que subrayar que sólo hay una tradición conservadora de mi gusto, la de Burke, Tocqueville y Oakeshott. No me agrada la que representan Maistre, Metternich, y Scrutton o Buchanan. No me siento en la obligación de explicar las diferencias; si el lector no las ve, no va a aceptar una explicación.

En tercer lugar, me gustaría referir cómo me hice conservador. En breve trataré de describirlo con detalle, pero permítaseme comenzar con algunas anécdotas de mi historia personal. (Los recuerdos son importantes porque nadie nace siendo conservador, progresista, socialista o liberal, y no es habitual que las personas se preparen para adoptar alguna de esas opciones. Las actitudes ideológicas son importantes, pero el instinto, el gusto y el temperamento también tienen papeles relevantes). Para mí, todo comenzó con un encuentro bastante breve y no muy fructífero con «el joven Marx». Tenía dieciocho años y acababa de terminar mi primer año en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Varsovia. Junto a algunos de mis colegas, había sido invitado a una conferencia anual que organizaban los estudiantes y profesores de filosofía en un hotel de las montañas. Como leía alemán, me pidieron que presentara una ponencia sobre un libro que trataba del «joven Marx» y que había escrito un tal Karl Poplitz, y así lo hice. Después de mi presentación, algunos famosos profesores de nuestro departamento (no voy a mencionar sus nombres, porque algunos de ellos son realmente célebres) comenzaron a discutir acaloradamente sobre la importancia que tenía el «joven Marx» para la comprensión de la realidad política y la consecución de «un buen socialismo». En realidad, tanto el libro como el debate eran estúpidos y, aunque yo también lo era, en aquel momento me di cuenta de que el socialismo no estaba hecho para mí.

Uno o dos años después pasé a ser miembro de algo que podría llamarse oposición. Nuestras actividades se desarrollaban en la universidad, publicábamos panfletos, nos reuníamos para debatir asuntos raros, del tipo de si en Yugoslavia había clases o solamente estratos sociales, e intentábamos ocultárselo

todo a la policía secreta. Una vez, fue a mi casa (yo aún vivía con mis padres) una chica de nuestro grupo muy poco agraciada y bastante activa, que se creía una revolucionaria de la Rusia de Nietchayve, y durante una animada charla puso las piernas sobre una mesa del siglo XIX bastante bonita que tenía mi madre. En aquel momento descubrí que las actitudes militantes no eran santo de mi devoción.

Esos eran los años inmediatamente anteriores a 1968. Después de la Guerra de los Seis Días de 1967, un colega se dirigió a mí y me reveló que otro era judío. Le pregunté por qué me decía eso y, como respuesta, me contó una historia completamente desconocida para mí en ese momento, sobre cómo los judíos habían perseguido a los polacos, hasta qué punto antes de la guerra la nación polaca había estado controlada por banqueros y médicos judíos, lo antiquísima que era la tradición católica de nuestro país, y lo mucho que necesitábamos defender nuestra identidad nacional. En la actualidad, ese antiguo colega sigue vivo y creo que es banquero. Pero en ese momento comprendí que el nacionalismo no era para mí.

Puede que al lector le haga gracia, pero aquella no era una situación agradable. En Polonia no había nada con lo que pudiera identificarme. Más tarde, en los años 70, descubrí algunos buenos lugares, uno de ellos *Tygodnik Powszechny*, un semanario católico bastante abierto de miras. En la década de los 60, esta publicación se había dedicado por completo a enfrentarse a los que se oponían a los cambios del Vaticano II, asunto en el que yo no tenía gran interés. De manera que, después de la agitación de 1968, comencé a leer a autores conservadores. También me ayudaron ciertas lecturas relacionadas con mi doctorado. Escribí sobre los jacobinos, pero descubrí que, con algunas excepciones, quienes habían rechazado la revolución eran personas mucho más simpáticas.

Y así llegó la fase final de mi aprendizaje sobre el conservadurismo. Decidí escribir, junto a mi íntimo amigo Wojciech Karpinski, una serie de artículos para *Tygodnik Powszechny* sobre pensadores políticos polacos del siglo XIX. En aquella época, en Polonia se hacía alusión con frecuencia a socialistas e izquierdistas, así que nosotros escribimos principalmente acerca de la tradición liberal y conservadora. Para nuestra sorpresa, a medida que el libro que surgió de esos artículos se fue dando bastante a conocer (ahora me parece un tanto infantil), nosotros ganamos fama de conservadores; probablemente éramos los únicos miembros de esa especie en Polonia. Fue bastante agradable.

El lector podría preguntarse por qué no me hice liberal. La respuesta es relativamente sencilla. En la Polonia de los años 60 y 70, la posición liberal o bien no existía o resultaba suicida, de manera que, en ese período, situarse en ella habría sido una insensatez. Me explicaré mejor.

ENTRE EL SOCIALISMO Y EL NACIONALISMO

Existen varias explicaciones bien conocidas para el hecho de que tanto el pensamiento como las prácticas liberales fueran bastante débiles antes de 1939 en

Polonia (y en gran parte de los demás países de Europea Central y Oriental). El factor que se menciona con más frecuencia es la fragilidad de la clase media dentro de la estructura social. No obstante, este razonamiento, en el que la causa y el efecto son realmente la misma cosa, aunque se les den nombres diferentes para crear la ilusión de que se razona, constituye un error sociológico clásico. Es fácil decir que no había clase media porque no teníamos liberalismo. En el período de preguerra, e incluso al final del siglo XIX, se daban todas las condiciones económicas y sociales necesarias para la creación de una clase media en ciertas partes de Polonia, pero esa clase no surgió. Sí la hubo entre los alemanes de Polonia, pero no entre los polacos, nuestro grupo nacional más numeroso. ¿Por qué? Porque los polacos no querían ser liberales ni tener clase media.

Cuando comparamos dos movimientos modernizadores polacos del siglo XIX nos encontramos una situación habitual. En Cracovia, un grupo de historiadores y políticos denominado «*Stanczycy*» introdujo en el pensamiento polaco conceptos como el de razón de Estado e imperio de la ley, así como la concepción de que las ideas de «Estado» y de «nación» son diferentes. Su influencia fue enorme y prácticamente todos los líderes políticos de la generación siguiente utilizaron su lenguaje político, entre ellos Josef Pilsudski y Roman Dmowski, aunque fueran conservadores radicales. Al mismo tiempo, un grupo de políticos, historiadores y escritores de Varsovia elaboraba un programa de positivismo social, que en la historia contemporánea polaca fue lo que más se acercó al liberalismo. En su opinión, la educación y la modernización eran las vías principales para acceder a la independencia. Aunque en las escuelas polacas todavía se lee a los escritores de este grupo, en la actualidad se suele considerar que sus novelas no son mucho más que emotivos esfuerzos para comprender los sentimientos de los grupos sociales más bajos. Su pensamiento político se rechaza casi por completo y apenas ha tenido influencia, porque Polonia no accedió a la independencia mediante la educación y la modernización, sino por medios militares y diplomáticos. La «nación» y el «Estado» pasaron a convertirse en las ideas importantes. Las de «ciudadano» y «sociedad civil» prácticamente no existían. Por lo tanto, debemos centrar nuestra atención en estos conceptos y en su influencia en el momento presente.

LA NACIÓN, EL ESTADO, LA SOCIEDAD Y LA TRANSICIÓN A LA DEMOCRACIA

No estoy convencido de que «nación», «Estado» y «sociedad» sean los mejores términos para describir la situación actual en Polonia y el desorden de la nueva democracia. Tengo la sensación de que son más adecuadas palabras como «memoria» y «revolución», que tienen connotaciones emocionales más cercanas. En consecuencia, hablaré sobre el proyecto que subyace en las ideas y en los acontecimientos actuales, y no del estado de la cuestión. La cuestión carece de estado; es cambiante, flexible y difusa.

En gran medida, todo depende de cómo interpretemos la «transición a la democracia» que tuvo lugar entre 1989 y 1991. Hay varias escuelas de

pensamiento sobre la materia y, aunque presentan diferencias metodológicas o históricas, todas ellas mantienen estrechas relaciones políticas. Podemos resumirlas de la siguiente manera:

1. En realidad, la transición a la democracia fue un acto mediante el cual la nación se liberó de la opresión. Queda por determinar si ésta era una exterior, interna o una mezcla de ambas. El problema que plantea la denominada *nomenklatura* hace que la decisión tenga importantes consecuencias. ¿Los miembros del Partido Comunista eran agentes de una potencia extranjera o simples oportunistas? ¿Hay que tratarlos como a traidores o como a una plaga sin importancia? Cuanto más hincapié se hace en la opresión de la nación —es decir, cuanto más nacionalista es uno— más duras son las medidas que propone. Ahora mismo, prácticamente el único capital político que posee la derecha nacionalista polaca es el supuesto odio hacia los antiguos comunistas. Es su único punto de encuentro. Y cuánto más débiles son, más gritan en demanda de venganza.

2. La transición a la democracia supone una oportunidad para construir un Estado liberal sólido e independiente. La perspectiva liberal suele subrayar la importancia de las instituciones. Lo que realmente ocurrió fue que se sustituyeron unas malas instituciones (por ejemplo, los tribunales, el parlamento, los bancos) por otras buenas. Una vez que las instituciones son buenas y funcionan, la transformación ha terminado. Es evidente que la sociedad tiene que aprender a utilizar esas buenas instituciones, pero eso ocurrirá tarde o temprano; es algo inevitable. La existencia de un Estado fuerte y eficiente es una condición imprescindible para todo lo demás. Buenos ejemplos de esta tendencia se encuentran en las actitudes de Balcerowicz y del antiguo primer ministro, Bielecki. Desde este punto de vista, la sociedad, aunque va a ser instruida, es más bien una molestia, por la irracionalidad de su comportamiento y de sus emociones.

3. La transición a la democracia supone un enorme esfuerzo para la construcción de una sociedad o, como tantas veces se ha dicho, de una sociedad civil. Para quienes tienen esta actitud, Solidaridad, las actividades clandestinas y los movimientos disidentes de los años 70 y 80 proporcionaron a Polonia un excelente punto de partida en este sentido. Polonia es la única sociedad que puede tener cimientos para el nuevo orden, de manera que hay que prestar mucha atención a la sociedad. El error del gobierno liberal no nace de las malas intenciones (la economía de mercado y todo lo demás), sino de la intención de construir el nuevo orden desde arriba y no desde abajo.

Esta idolatría de la sociedad civil resulta muy valiosa para cualquier admirador de Alexis de Tocqueville, pero la misma debilidad de la sociedad civil polaca la convierte también en algo bastante superficial y demagógico. Lo más curioso es que entre estos partidarios de la sociedad civil se encuentren antiguos comunistas.

Sin embargo, las cosas no son tan sencillas. La idea de nación no es propiedad exclusiva de la derecha y la de sociedad civil tampoco lo es de la izquierda. La importancia de la competencia política no sólo radica en el hecho de plantear objetivos opuestos. También se basa en la existencia de diferentes medios para conseguirlos, y, como sabemos muy bien en Europa por experiencias pasadas, lo trágico es que esos medios pueden resultar más reales que los valores, los ideales y, finalmente, que las ideologías.

La respuesta más evidente es que todos los medios deben utilizarse para levantar con la mayor celeridad posible la democracia política y la economía de libre mercado. Para impulsar una evolución más rápida se podrían combinar la idea nacionalista de la fuerza de la comunidad étnica, la fe liberal en el poder de las instituciones del Estado y la voluntad izquierdista de permitir que la sociedad sea dueña de sí misma. Quizá nos encontremos en una época en la que lo mejor sería proclamar una tregua entre las ideologías y actuar en función de una mezcla de todos los medios admisibles. Es probable que esta fuera la respuesta que diera el presidente Walesa, a quien le gusta decir que se debería dejar que todo el mundo trabajara a su manera por el bien del país.

Sin embargo, lo que puede ser un lema político oportuno, no tiene por qué ser la verdad ni la mejor de las soluciones posibles. Sin duda, la «nación», el «Estado» y la «sociedad» constituyen valores complementarios de los que ningún Estado actual de cuño occidental puede prescindir. Pero todo Estado ha de enfrentarse a dos problemas. En primer lugar, ¿cuáles son sus prioridades? En segundo lugar, ¿cómo puede reaccionar ante posibles tendencias radicales de carácter nacional, estatista y ético? Dicho de otro modo, ¿cómo puede defenderse del nacionalismo, el despotismo ilustrado y el anarquismo?

Una respuesta basada en el mantenimiento de un buen equilibrio es fácil y probablemente suficiente para democracias con una larga tradición, pero es demasiado simple y completamente impropio para unas «nuevas democracias» que no partían de una situación de equilibrio y armonía, sino de una época de agitación. No podemos evitar el problema de las prioridades. Yo no espero resolverlo; sólo quisiera hacer algunas puntualizaciones en torno a las posibles formas de buscar la mejor opción entre soluciones siempre inadecuadas.

Desde que Mazowiecki se convirtió en primer ministro polaco, hemos tenido gobiernos con tendencias liberales y, según demuestran constantemente los sondeos, una opinión pública abrumadoramente liberal. Por lo tanto, parece que se exagera el problema del nacionalismo o que éste no existe. También resulta excesiva la preocupación por unas tendencias izquierdistas ligeramente anarquistas. Entonces, ¿qué es lo que explica la generalizada sensación de miedo y de incertidumbre que reina en la clase política? ¿Se trata sólo de una típica exageración de los intelectuales de centro-izquierda, como señalan los nacionalistas, o es únicamente una tendencia a defender la propia postura, como afirman los socialdemócratas?

El miedo tiene una base sólida. Como indica Bielecki constantemente, en realidad, los gobiernos liberales no pueden seguir su orientación liberal. Sería maravilloso que las buenas instituciones fueran la mejor y la única solución, porque no es tan difícil implantarlas. Se tiene la sensación de que, naturalmente, esto costará algún tiempo, pero cuando tengamos esas instituciones habremos terminado el período de «transición a la democracia» y nos habremos convertido en un sistema democrático normal. Sin embargo, después de un año de las políticas eficientes y extremadamente duras de Balcerowicz, el gobierno liberal ha descubierto que las empresas estatales no pueden ser abandonadas a su suerte con la presunción de que o bien se adaptarán a la economía de mercado o bien se derrumbarán. Su resistencia ha resultado mucho más firme y sus problemas laborales mucho mayores de lo previsto.

Entonces, ¿qué puede hacer un gobierno liberal? ¿Retomar el principio despótico de que debe hacerse cargo de todas las decisiones importantes, o confiar en que el futuro de la economía de mercado llegue realmente, aunque bastante más tarde de lo esperado? La opinión pública puede adaptarse fácilmente a las soluciones despóticas, porque recuerda bien la época del «despotismo ilustrado» y también porque es sencillo depositar todo el peso de la responsabilidad sobre los hombros del gobierno. Sin embargo, éste sabe muy bien que ese camino no le lleva a ninguna parte.

Walesa entiende el ánimo de la población y, a veces, amenaza con poner el asunto en sus propias manos. Sin embargo, también entiende que ya no estamos en la época en la que la economía se dirigía a dedo. No obstante, en los últimos tiempos, la ilusión liberal de una economía de mercado que se gobierna y ajusta sola ha llevado al desastre y al caos, lo cual puede conducir al despotismo. Los polacos se encuentran en una situación extraña frente a su gobierno liberal. Casi todos creen en la prioridad que tiene el Estado, pero casi nadie cree en la eficiencia de sus instituciones. Bien pudiera ser que el siguiente paso fuera una vía de escape anarquista que nos llevara hacia organizaciones informales de tipo mafioso.

Todo ello nos conduce al interesante problema de la creación de una sociedad civil. Hay dos enfoques fundamentales: el de las asociaciones y el de las corporaciones empresariales. Evidentemente, siguiendo la tradición de Tocqueville, yo soy partidario de las asociaciones, ¿pero es ésta la mejor opción para la democracia polaca? Siendo razonables, ¿qué cabe esperar de un ciudadano medio que ha pasado gran parte de su vida en un sistema político que desalentaba la actividad individual? ¿Con qué frecuencia podemos repetir lemas sobre «el bien común»? ¿Qué grado de confianza es posible tener en el espíritu cristiano de la comunidad?

Me temo que no mucho. Puede que las organizaciones corporativas de tipo mafioso, compuestas por familiares, colegas y amigos de éstos sean una solución sensata para el problema que plantea la participación de las personas en el ámbito público. El puro y simple interés egoísta parece ser el mejor punto de partida para que se vaya comprendiendo de forma gradual el bien

común, porque, al contrario de lo que se afirma constantemente en Polonia, aquí nada es normal y, en contra de lo que indicaban las ilusiones entusiastas de pensadores como Hannah Arendt, el pueblo no tiene un interés natural en la política. Pero ¿qué decir de una sociedad civil que sea como una inmensa estructura mafiosa corporativa en la que el gobierno tenga el papel de *capo di tutti capi*? ¿Acaso es el sueño de los nacionalistas? En términos generales, ¿es un proyecto izquierdista o derechista? ¿Es la nación un sueño corporativo?

No estoy seguro. Ya sabemos con qué facilidad se abren las estructuras corporativas en una sociedad libre y cómo cambian gradualmente de forma hasta convertirse, al menos, en semiasociaciones. También sabemos que la Iglesia católica es una de las principales asociaciones corporativas y que, no obstante, su influencia es positiva. Hay que recordar que la Iglesia no es una institución liberal y que, en un país como Polonia, muchas instituciones sólo pueden existir, al menos por el momento, si carecen realmente de inclinaciones liberales. ¿Acaso esto significa que Polonia está condenada a convertirse en un país no liberal? En absoluto. Todo depende del tipo de acuerdos corporativos.

El combate que tendrá lugar durante la próxima década puede observarse ahora, aunque el lenguaje de la polémica aún sea confuso y con frecuencia una misma persona se sitúe en bandos diferentes según sea el ánimo del momento. Pronto se aclararán las cosas y veremos a la sociedad enfrentarse a la nación. Dicho de otro modo, veremos a los individuos luchando con las estructuras colectivas. De todos modos, el individuo «normal» no luchará todavía, sino que lo harán las personas que cada vez son más conscientes de cuáles son sus intereses, primero privados y después comunitarios, en un sentido más amplio (por ejemplo, las carreteras y las escuelas; éstos son los primeros que hay que comprender, porque casi todo el mundo tiene hijos y ha de desplazarse para ir a trabajar).

Para un nacionalista, esta idea tan escueta de los estrictos intereses corporativos tiene demasiado que ver con el individuo y con sus intereses fundamentales y no lo suficiente con los «ideales». Se nos dice que la gente precisa de puntos de referencia más generales; que necesita abrigar valores como la tradición, la nación y la historia de la lucha por la independencia. Estoy de acuerdo con tal aseveración, pero me temo que ese tipo de confusión entre deseos y hechos puede convertirse en una exigencia de coacción; por ejemplo, «A la gente no le interesan las fiestas y canciones patrióticas; por lo tanto, tenemos que hacer que se interesen en ellas. Los niños no quieren escuchar viejas historias sobre las innumerables insurrecciones polacas, de manera que hay que hacer que las aprendan. Pronto tendremos una sociedad muy patriótica y muy motivada».

Evidentemente, esto es ridículo. No ha habido nadie en la historia que haya conseguido convertir a los demás en idealistas y patrióticos. Me inquieta la desaparición casi total de las actitudes patrióticas tradicionales, pero también tengo la sensación de que no se puede hacer nada al respecto. No podemos

ganar la lucha por la democracia intentando imponer a la sociedad la prioridad de la nación. Quizá no tengamos la sociedad civil por la que lucharon los disidentes polacos (y otros de Europa Oriental), pero sí tenemos una sociedad libre, y eso debería bastarnos.

Por lo que respecta al problema de la nación, suelo estar de acuerdo con los que buscan una forma sosegada de aceptar este hecho mientras intentan evitar sus consecuencias desagradables e innecesarias. Sobre el segundo aspecto tenemos mucho que aprender de la Comunidad Europea. Puede que repitamos sus peores ideas. Desde las elecciones presidenciales polacas del otoño de 1990 se ha extendido la sensación de que algunos políticos son europeos y otros no; de que mostrar sentimientos patrióticos o dedicarse más a asuntos locales que universales puede conducir a la xenofobia, el patriotismo, el antisemitismo y todo lo demás. Estoy convencido de que esa forma de dividir a la sociedad —hablar de «dos Polonias», una ilustrada y otra bárbara— no sólo es falsa, sino que también es estúpida y peligrosa.

Con frecuencia, los intelectuales polacos han traicionado a su propia sociedad. Cometieron graves crímenes durante el período estalinista, pero habrán cometido otro de igual gravedad si olvidan que su labor es precisamente hacer propuestas nuevas y aportar un lenguaje novedoso a una sociedad atribulada, y no erigirse en su crítico y su juez. La sociedad no es ni buena ni mala. Está mucho mejor educada y es mucho más emprendedora de que lo nadie hubiera pensado, aunque, al mismo tiempo, no tenga mucho de lo que enorgullecerse. Hay que recordar que el Papa polaco y nuestros premios Nóbel son importantes porque proporcionan al país un orgullo del que está muy necesitado. Puede que nos sintamos un tanto incómodos al movernos entre personas que han olvidado su pasado y no conocen su futuro, pero —hay que decirlo de nuevo— son personas libres.

En los últimos tiempos se ha puesto de moda en Polonia criticar a la Iglesia del país. Estoy de acuerdo en que en los cuatro años anteriores los representantes de la Iglesia han cometido muchos errores y que el comportamiento de esa institución en nuestra cambiante sociedad conlleva problemas importantes, pero discrepo con aquellos que, de repente, consideran que la Iglesia es una reliquia del pasado. Aunque creo que Polonia no es todavía una sociedad democrática moderna, que queda mucho por hacer y que a veces muestra un sentimentalismo bastante infantil, no me agrada que haya personas que antes admiraran a esa sociedad por haber creado Solidaridad y que ahora piensen que es una reliquia del pasado.

CONSERVADURISMO Y MEMORIA NACIONAL

Si uno fuera joven, apuesto, con talento y mentalidad empresarial sería muy agradable ser liberal. Un momento, me falta una condición: sería agradable ser liberal en una sociedad amnésica, compuesta de jóvenes apuestos, con talento y con mentalidad empresarial que no necesitaran ni dinero ni valores (morales, culturales, etc.) que tuvieran raíces o fuentes en el pasado. Como

no cuento con ninguna de esas características y tampoco tengo amnesia recuerdo muchas cosas. Algunas son triviales y otras importantes, al menos para mí.

Cuando viajo por Polonia y observo una casa solariega medio destruida —paredes pintadas de blanco, un pórtico y un típico tejado del país— me imagino inmediatamente a una familia de la pequeña nobleza que envió a sus hijas a un colegio de Varsovia (si tenía suficiente dinero) y a sus hijos a una de las insurrecciones, pasando las veladas en casa rememorando glorias pasadas y bebiendo. Si la casa está siendo reconstruida, inmediatamente sé que la adquirió uno de los apuestos y dotados liberales, y que quiere alardear de ella ante sus amigos. No puedo decir que eche de menos el pasado, pero tampoco que esté contento con el presente.

Al ser historiador, cuando leo en el periódico lo que Walesa tiene que decir y observo qué tipo de debate público se está desarrollando, tampoco puedo decir que prefiera tipos de pensamiento decimonónicos. No obstante, tengo la sensación de que las tres formas modernizadoras de abordar la vida pública —nacionalismo, liberalismo y socialismo— la han corrompido casi por completo. Para mí, el estilo del discurso es tan importante como su contenido. Cuando voy a misa los domingos y escucho el polaco torpe del sermón, aunque comprendo la importancia social que tiene decir misa en los idiomas nacionales en vez de en latín, tengo la sensación de que ha desaparecido parte del misterio que tanto tiene que ver con la fe. Comprendo que la mayoría de los sacerdotes proceden del campesinado, que el polaco es un idioma difícil y que, por tanto, no se puede esperar que ellos lo dominen a la perfección; comprendo que la mayoría de la gente no percibe los malos usos gramaticales ni el estilo torpe porque ellos hablan igual. Pero estoy bastante seguro de que la liturgia tiene algo que ver con lo *sacro*, que es algo que en parte se desvanece cuando recibe un trato similar al de nuestra conducta diaria.

Cuando me encuentro a amigos que conozco desde los años 60 y nos contamos historias de la época «comunista», después de un rato comenzamos a sentirnos incómodos. ¡Qué tiempos aquellos, estábamos tan vivos! Había que tomar decisiones difíciles y enfrentarse a situaciones interesantes y delicadas; hubo momentos en los que compartimos el odio al enemigo, meditaciones de cooperación y, posteriormente, incluso algo llamado Solidaridad. Pero nuestros hijos no quieren escucharlo y nos sentimos un poco ridículos. Se supone que la vida es normal, la política atroz y la economía está aún peor. Se supone que tenemos que trabajar, no recordar.

No hago estas confesiones para conmover al lector, ni tan siquiera para permitirme cierto agradable sentimentalismo. En realidad, siento que ésta es la única manera de mostrar por qué es necesaria una actitud conservadora para oponerse a la destrucción que ocasionan las fuerzas modernizadoras del nacionalismo, el socialismo y el liberalismo en un país como Polonia. No me refiero al tipo de destrucción que se suele atribuir a estas ideologías (la xenofobia, el patrioterismo y la estupidez en el caso del nacionalismo; el activismo,

el pensamiento utópico y el progresismo en el del socialismo; el relativismo, la permisividad y el pragmatismo en el del liberalismo). Me refiero a la destrucción que crea la simple modernización, es decir, a los rasgos positivos de esas tres ideologías: en el caso del nacionalismo, la socialización de los campesinos; en el de socialismo, la igualdad; en el del liberalismo, el libre mercado como valor primordial.

La modernización es algo inevitable e incluso deseable, pero ¿debo realmente aceptarla entera? ¿Debo también aceptar que sus aspectos desagradables también son inevitables? Creo que no. No espero que toda la sociedad tenga tendencias liberales ni que se comporte con gusto y modales exquisitos. No obstante, sí se puede imponer o, al menos, enseñar cierto buen gusto. Pero, aunque el buen gusto tenga una enorme importancia, la de otras cosas es aún mayor. Tocqueville temía que la democracia fomentara la mediocridad, y tenía razón. Sin embargo, la cultura de masas y otras formas detestables de poder democrático no han destruido ni lo sublime ni lo extraordinario. Del mismo modo, aunque la modernización de un país subdesarrollado como Polonia probablemente tenga que producir un animal liberal de historial nacionalista y restos de mentalidad socialista, no tiene por qué destruir los importantes logros del pasado polaco. No necesita destruir las tradiciones nacionales positivas.

Se pueden adoptar dos actitudes en relación con la madre patria polaca. Se puede considerar que todo lo que procede del pasado es una molestia, un obstáculo, un problema innecesario que se interpone en el camino hacia una sociedad civil, liberal y democrática; tener una patria es importante, pero ésta debe componerse de un pueblo libre y renovado. El otro punto de vista, el que podría llamarse conservador, pretende rescatar todo lo que merece la pena mantener. La patria es importante, pero no se basa en el interés sino en la memoria.

LA PATRIA COMO COMUNIDAD DE LA MEMORIA Y COMO COMUNIDAD DE INTERESES

Hablamos del período 1980-1981 como si Solidaridad fuera algo de hace cien años. Los polacos saben muy bien que a veces las sociedades tienen aventuras increíbles, cuyo resultado es completamente diferente del que esperaban sus líderes o participantes. Desde el punto de vista del éxito político, los levantamientos polacos del siglo XIX carecían de sentido y de objetivos, pero tuvieron repercusiones positivas para la pervivencia de la identidad nacional. No obstante, si los líderes de los levantamientos hubieran sabido desde el principio que sus fines concretos no eran razonables, probablemente no habrían estado tan dispuestos a sacrificar la vida.

De igual importancia para la conciencia polaca fueron los debates sobre el levantamiento de Varsovia. Un año y medio después de la derrota, comenzó un debate en el que algunos intentaron demostrar que la insurrección no había sido razonable e, incluso, que había sido absurda, quizá incluso un crimen que causó la muerte de miles de jóvenes intelectuales polacos. Esta

disputa, formulada de manera trivial y torpe, entre las denominadas tendencias «romántica» y «realista» de la historia polaca, condujo finalmente a un rechazo total de la primera tradición.

Ahora la conciencia polaca constituye una combinación peculiar. Recordamos y repetimos al mismo tiempo pautas de comportamiento procedentes de la tradición romántica: la lucha por la libertad, la lealtad a las tradiciones nacionales, una actitud altruista cuando se piensa en sacrificar vidas por la nación, la idea de que la sociedad nacional constituye una unidad orgánica, el estrecho vínculo entre emociones religiosas y patriotismo, creer que los polacos tienen una relación especial con Dios, y el recuerdo nostálgico de las ocasiones en las que uno podía dedicarse por completo a la lucha o distinguir claramente entre el bien y el mal. A la vez, repetimos ideas producidas en más de cien años de críticas a esta actitud romántica o posromántica: a los polacos les importa más el impacto teatral de su comportamiento público que la eficacia del mismo; demasiada virtud significa poca razón; la de Estado es más importante que la del corazón; la ausencia de apoyo de la clase media e intelectual a las nobles tradiciones dificultó la modernización, y la tendencia al pensamiento colectivista creó individuos con identidades personales débiles e incapaces de pensar con categorías empresariales.

Sobre estos cimientos se crearon dos ideas diferentes de la nación como patria. Para la primera, como escribió Cyprian Norwid, la nación era «el deber común», y me gustaría subrayar tanto la idea de «deber» como su carácter «común». Para la segunda, era como un enorme negocio privado. Ambos conceptos de patria existieron durante la época de la República Popular de Polonia, aunque, por razones evidentes, prevaleciera la romántica, y la perspectiva no cambió hasta que se abusó del sentimiento nacional en 1968. Sin duda, Solidaridad constituyó el esfuerzo más enérgico de la historia para implantar la idea romántica de patria en la vida pública. Pero inmediatamente después de la aprobación de la ley marcial, la tendencia opuesta cobró más fuerza, incluso en las declaraciones públicas de la clandestinidad. Así llegó el desplazamiento hacia el liberalismo.

LIBERALISMO SIN MEMORIA

No pretendo extenderme sobre los matices políticos e ideológicos del liberalismo, pero, en general, éste se basaba en los libros de liberales contemporáneos como Friedrich Hayek, Milton Friedman e Isaiah Berlin, y no atacaba la tradición romántica por dos razones. En primer lugar, habría tenido que criticar las propuestas ideológicas y económicas de Solidaridad, algo que no era moralmente aceptable durante el período de la ley marcial. En segundo lugar, los liberales polacos decidieron librarse de la carga del pasado. No retomaron el debate de dos siglos de antigüedad entre las actitudes románticas y las realistas, sino que trataron de encontrar una posición que estuviera fuera del debate. ¿Es eso posible? ¿Es factible tal posición en Polonia? Por el momento, no lo sabemos, pero sí podemos analizar las consecuencias que tiene en el

ámbito público el «liberalismo sin memoria» y, sobre todo, las relacionadas con el desarrollo de la sociedad civil y de la nueva idea de patria.

Evidentemente, la teoría liberal tiene una visión propia de la sociedad civil. Su desarrollo se produce de forma espontánea; el individuo interesado en el bienestar personal coopera con otros y dicha cooperación produce una especie de contrato social que describe los derechos y deberes del individuo, así como las reglas del Estado, que sirven para evitar o resolver los posibles conflictos. Esa concepción del desarrollo de la sociedad parte del supuesto de que hay mucho tiempo —años y décadas— para ganar experiencia y evitar abordar la realidad desde una actitud «constructivista». A esto Hayek lo denominaba «orden espontáneo», y podemos ver ejemplos del mismo en varias democracias occidentales.

Desde este punto de vista, la memoria, por su carácter irracional y desordenado, constituye un peligroso enemigo. La memoria colectiva también puede proporcionar lo que, para los liberales, son ilusorios datos de la experiencia y, por tanto, crear la sensación también ilusoria de que existe un orden basado en el pasado, antimoderno y desfasado. Desde esta perspectiva liberal, la idea de patria como comunidad de la memoria es antimoderna.

Las cosas no serían tan inquietantes si los liberales pudieran sustituir la idea de patria como comunidad de la memoria por la de patria como comunidad de intereses. Sin embargo, dado el carácter de la ideología liberal, esta sustitución resulta imposible. Esa nueva concepción de la patria ha de desarrollarse de forma espontánea. No puede introducirse desde arriba como si fuera, por el ejemplo, la idea de una comunidad socialista.

¿Qué ocurrirá después de que se rechace la idea de patria como comunidad de la memoria y antes de que el orden espontáneo se convierta en realidad? Se podría dar una respuesta cínica a esta pregunta: entretanto, tenemos la *transición*. No obstante, se puede observar e incluso describir el proceso de transición desde fuera, pero no se puede vivir una transición. Ésta no puede sustituir a la vida pública. ¿Acaso podemos imaginarnos una vida pública carente de las ideas de comunidad o bien común, y sin ninguna noción de patria?

UNA SOCIEDAD SIN PATRIA

Mi respuesta es no; es imposible tener una vida pública sin una idea de patria o, si se quiere dar una contestación menos simplista, la búsqueda de una identidad colectiva siempre continuará, aunque, si no se basa en la memoria, podría terminar encontrando sustitutos que, inevitablemente, serán de peor calidad. Entre ellos, se dispone de formas de nacionalismo primitivas o de varios modelos ideológicos, como son las ideas de descomunización, de Estado religioso, de disolución total de la nación en un nuevo Estado europeo o, para terminar, de revolución, que se supone que posibilita la construcción de un nuevo orden sobre las ruinas del viejo.

Todas estas propuestas tienen algo en común (aquí sólo utilizo ejemplos de la realidad polaca; sin duda, se podrían encontrar más en otros países

poscomunistas). No conducen al desarrollo de la sociedad civil. Ésta es la razón por la que en los países poscomunistas utilizamos con tanta frecuencia palabras como «identidad» e incluso «auto-identidad». Ni el individuo ni la comunidad obtienen de esas propuestas otra cosa que no sea el sentimiento de identidad que ya poseen. Al ser así, ahora podemos observar cómo proliferan las nuevas naciones y los nuevos estados-nación, sobre todo en el territorio de la antigua Unión Soviética. Llegamos incluso a ver naciones y estados (entre ellos la nación polaca) que no cumplen los requisitos fijados en 1918 en Trianón para las nuevas entidades. Los peligrosos perfiles de estas nuevas naciones existen porque no constituyen sociedades civiles en ningún sentido del término.

Precisamente, ésta es la razón por la que Solidaridad fue algo tan especial en nuestra época, y por la que proporcionó una buena oportunidad de renovar la idea de identidad sin asumir riesgos innecesarios. Solidaridad constituyó una sociedad civil positiva en un lapso de tiempo sorprendentemente corto. Sin embargo, en Polonia, la idea de Solidaridad fracasó y, a consecuencia de ese fracaso, la idea de patria como comunidad de la memoria fue rechazada de forma consciente (o, con más frecuencia) inconsciente. Desde este punto de vista, la propuesta liberal carece de contenido, ya que podría conducir a una situación en la que la imaginación colectiva sea víctima de un conjunto azaroso de visiones ideológicas, es decir, de sueños «identitarios».

Éstas son las razones por las que nos encontramos con el sorprendente éxito de quienes pretenden la participación de la Iglesia en el proceso legislativo y de los partidarios del aborto. Éstas son las razones por las que escuchamos tantas propuestas conducentes a la descomunización que no llegan a ponerse en práctica y que con frecuencia se formulan sin calibrar en absoluto sus posibles resultados. Por esas mismas razones, los partidos políticos y agrupaciones no pueden crear programas coherentes. Carecen de ideas sensatas o prácticas sobre lo que es una comunidad. Se supone que sus propias actividades terminarán por crear una, pero tales actividades son como hojas al viento, porque se dirigen a individuos que no tienen una identidad personal dentro de una vida pública carente de memoria, de recuerdo: carente de una patria como comunidad de la memoria. Destruídos finalmente por el fracaso de Solidaridad, todos nos alejamos de los demás y somos incapaces de crear una comunidad estable, en la realidad o en la imaginación.

En consecuencia, esperamos la llegada de propuestas que nos proporcionen una sensación de comunidad sin limitar en modo alguno nuestra libertad individual. No soñamos con una quimera totalitaria, sino que esperamos, sin expresarlo, algún tipo de paternalismo. Pero éste destruiría inmediatamente los logros del liberalismo (sobre todo en el ámbito económico). No obstante, un liberalismo sin memoria y sin patria puede producir la aparición de su propio enemigo, a saber, una idea de memoria y de patria sin liberalismo.

Personalmente, creo que sólo hay una solución: el conservadurismo liberal. Esto significa un liberalismo con buen gusto, un liberalismo que cuente con la memoria de nuestro pasado nacional, un liberalismo que tenga una idea consistente de lo que es nuestra patria. Soy muy consciente de que esta salida no tiene mucha aceptación, que conjuga elementos difíciles de conjugar, pero el placer reside en la complejidad, no en la simplicidad.

Texto publicado en la revista *Social Research*,
Vol. 60, N° 3 (Otoño, 1993) pp. 589-607.

(Traducido por Jesús Cuéllar)



América Latina: entre el desvarío y la razón

Carta a León Rozitchner

*«Virgenes y santos, ángeles y querubines,
serán los ciudadanos de este nuevo paraíso...
Yo por servir a la patria debiera destruir
el romance ideal de nuestra utopía.»*

SIMÓN BOLÍVAR, 1826.

1

Antonio Sánchez

Querido León:

Queda, entre nosotros —no sólo entre tú y yo, sino entre todos quienes vivimos este último medio siglo de revoluciones bajo una cierta identidad de propósitos— una reflexión pendiente. No sólo ni primordialmente sobre el sentido de la historia que vivimos, en la que participamos y sobre cuyo decurso tuvimos alguna responsabilidad. Sino sobre un asunto muchísimo más grave, aunque fructífero, que tiene que ver con su propia fundamentación. Lo formularía en términos interrogantes: la historia vivida ¿está cancelada, resuelta y definitivamente clausurada? ¿O es, antes bien, parte de un *continuum*, que la hace modificable a medida de su propio decurso y ulterior desarrollo, así sea como iluminación de nuestras propias rectificaciones?

He tenido la ocasión de participar como extra voluntario y consciente en tres importantes procesos históricos, comunes por su originalidad: la rebelión estudiantil europea de 1968, el gobierno de la Unidad Popular en Chile, entre 1970 y 1973, y la debacle que vive todo un ciclo histórico venezolano en estos comienzos de nuevo siglo. Los dos primeros los viví lleno de entusiasmo y en la más desnuda inmediatez de fantasías e ilusiones. Este último, en

cambio, —el proceso venezolano— lo vivo en una sorprendente doble condición de protagonista y espectador. Tal vez por mi doble condición de extranjero y naturalizado, o de iluso y desilusionado. El peso de la propia historia, que se traduce a nuestra edad en una diáfana conciencia de nuestra precariedad y el escaso horizonte que aún nos va quedando, nos permite una —yo diría— casi amarga lucidez. Gramsci, tan lúcido en medio de tanto infortunio, prefirió hablar del escepticismo de la inteligencia, contraponiéndolo al optimismo de la voluntad. Viví los dos primeros procesos mencionados en el más delirante voluntarismo. El venezolano, en cambio, cuando siento el casi perverso placer de vivir la madurez, comprometido con el único papel que me es posible, el de «intelectual».

Pero es claro que aceptadas casi todas las premisas einsteinianas, y convertido en lugar común de nuestro horizonte de credulidades aquello de que el universo es finito aunque ilimitado, no sería ninguna aberración lógica imaginar que el pasado también mantiene la plasticidad de lo moldeable. Incluso y a pesar de lo que ya no tiene remedio. Aunque a la luz de los últimos avances del conocimiento cabe preguntarse cuándo algo ya acontecido deja de tener remedio. Leía recientemente que el desciframiento de todos los misterios del genoma humano es prácticamente un hecho de la biogenética comercial y un logro perfectamente imaginable de este siglo que comienza sea el desarrollo de una tecnología que desarticule la mancuerna espacio-tiempo, lo que le permitirá a nuestros bisnietos viajar a la velocidad de la luz. ¿Fantasías que ya ingresan al universo de lo posible? ¿Podrán nuestros descendientes cumplir el sueño de pasar en limpio el borrador de lo que hiciéramos nosotros, sus abuelos? En todo caso, y a los efectos políticos, ningún proceso vivido por un pueblo está cerrado y cancelado por el sólo hecho de pertenecer a su pasado. Continúa vigente como admonición, como instancia, como baldón o, incluso como motivo de orgullo y razón de vida. Es parte de la sustancia viva y en proceso de desarrollo que es el presente.

Veo asimismo que te ha provocado un cierto escándalo el recurso en uno de mis artículos sobre Chile a categorías religiosas para describir un residuo moral no decantado ni mucho menos asumido o resuelto —*aufgehoben*, diría Hegel— todavía pendiente en la sociedad chilena: remordimiento, castigo, perdón. Y tienes toda la razón. Pero es que traspasado cierto límite del enfrentamiento social y político entre los hombres, la reivindicación de ciertos impases «meta críticos» o «meta conscientes» aún permanece en la indeterminada esfera de lo religioso. Dicho de otra manera: mientras el desarrollo de la ciencia y el bestial despliegue de la manipulación tecnológica —su hija putativa— no terminen por domeñar total y absolutamente a la materia —cuestión que parece estar a punto de ocurrir, por lo menos a lo largo de este nuevo siglo— todo aquello que sobreviva de la naturaleza aún indómito a nuestros deseos y de lo cual somos víctimas fatales quedará en el insondable terreno de la religión, que seguirá siendo —querámoslo o no— nuestra «última frontera». En este, y sólo en este sentido, es a los hombres, a su acción política consciente, que corresponde rescatarlo de ese ámbito de lo indeterminado e

incorporarlo al catálogo de obligaciones cotidianas, al imperio de lo normativo, a lo espiritualmente asumido. Sólo entonces dejará de ser aspiración religiosa para convertirse en exigencia política. Y aún así: las religiones continuarán siendo el ámbito normativo de aquello que tal vez jamás obtenga explicación científica positiva. Es muy probable que el desvelamiento de los más complejos y poderosos arcanos, logrado de la mano de vertiginosos avances científicos y tecnológicos, aunque nos entregue la clave de todo lo que es y nos permita manipular la materia hasta extremos inimaginables, nos deje al borde del insondable abismo de siempre: el sentido de nuestra propia vida y de nuestros valores más trascendentes.

Y ése es el punto al que me refería cuando hablaba de ese saldo pendiente en el país de mis desvelos: la reconciliación entre los chilenos. Hermoso término: reconciliación. De raigambre religiosa, como casi todo lo que nos determina, por lo menos de este lado del planeta. Puede que dicha reconciliación sea una *contradictio in adjecto*. Y de hecho, el término alude a una ruptura originaria. *Tant pis!* No le quita un ápice de fuerza moral, de compromiso obligante. A no ser que caigamos vencidos ante la irreversibilidad de las determinaciones sociales y consideremos que las sociedades son estructuras sólidas, edificios conformados por compartimentos estancos a los que sólo cabe dinamitar con acciones de naturaleza geológica: Engels. Si lo fueran y quisiéramos ser fieles a Marx, no al del Diamat estaliniano sino al feroz crítico de Jena, habría que reconocer que en ello sobreviven determinaciones naturales perfectamente evanescentes. Es una desgracia para la realidad estar a la altura de los designios estructuralistas. Y si es cierto que no es del rinoceronte la responsabilidad moral por su coraza, las nuestras son productos de nuestra propia historia: no podemos escamotear el imperativo categórico de su transformación.

Para que no me malentendas: creo que es obligación de la política hacer espacio a lo que no por imposible queda cancelado para siempre por irreal. Y alguien en Chile —sólo lo imagino realizable desde una izquierda virtual, moderna y progresista— debiera asumir incluso reivindicaciones que suenen a reclamo místico. ¿Por qué no? Aunque mi punto de vista no tendría ningún asidero si no considera seriamente el supuesto de que una de las partes de la reconciliación no sólo no tiene el más mínimo interés en vincularse al otro, sino que en ello arriesga la pérdida de su propia identidad. Peor para ella. Desconoce el peso de su propio extravío moral y es vital empujarla a su reconocimiento. Hablo de profilaxis política y cultural. Y de la obligación política de una de las partes: es decir de una acción social que incide sobre la otra parte. Hablo de lucha política, no de psicoanálisis. Hablo de la política como transformación histórica, no como administración contable de bienes adquiridos y asegurados en el desván de las antiguallas. Y en absoluto hablo de la política como del negocio de intercambio comercial del que se regocijan aquellos izquierdistas ganados por la Realpolitik de la concertación. Hablo de una política en la que quepa un mínimo espacio de utopía. No aquella de deslumbrantes paisajes edénicos que nos sedujera hasta la perdición y fuera causal

de los daños y perjuicios que estamos relatando, sino la que resiste aún hoy en lo marginal, lo inadaptado, lo que sólo encuentra desahogo en el reino de nuestras monstruosidades: en el sueño, el extravío, el arte y la drogadicción.

2

Todo esto suena a poesía o a divagación ajena a las urgencias inmediatas de la acción política. Sobre todo en momentos de tan espantosa orfandad ideológica como la que vivimos. Aunque no dejamos de ser nosotros mismos los responsables. Pues sorprende que fuera el pensamiento que mayor escarnio hizo de las ideologías, precisamente el marxismo, y que rebajara a tal condición de enmascaramiento falaz todo esfuerzo intelectual desarrollado hasta entonces por el hombre en su denodada lucha por el dominio de la naturaleza, el que cayera víctima de su propio diagnóstico: pensamiento subordinado a las apetencias dictatoriales de una determinada élite social, en la que terminamos incorporados nosotros mismos. Si los hijos naturales de Marx o su espuria descendencia tercermundista, si Lenin o Mao, Fidel o el Che, Ho Chi Min o el Pol Pot no hubieran tomado tan a pecho el manifiesto, podríamos seguir bebiendo sin arrogancia de las fuentes de los *Fundamentos de la Crítica de la Economía Política* y tendríamos aún a qué asirnos, que no fuera este *patchwork* de incoherencias y fragmentos que aún nos mantiene a flote en medio del naufragio de este último siglo. La dialéctica del Señor y el Vasallo nos acarreo las mismas desgracias que a nuestro Santo Padre Hegel. Nadie se opone a un pensamiento globalizante de la mano de otro pensamiento globalizante sin caer bajo las desgracias de una semejante Santa Alianza. Por ello, el imperalismo colonial arrasó con el universo hegeliano de la misma manera que el despliegue del capitalismo posindustrial hizo trizas la utopía marxista. A la postre, y juzgando con la fría balanza del contable, los socialismos reales sirvieron de indóciles lacayos del capitalismo central en su esfuerzo por socializar las zonas marginales y situarlas bajo la égida del tifón de la internacionalización neocolonial. A la vuelta del tiempo, no es el Estado burgués la cima del espíritu universal. Der Geist ha terminado convertido en una flatulencia de la globalización tecnológica: la Web, perfecto enmascaramiento de la diferencia idiosincrásica entre centro y periferia.

Aún estamos demasiado adheridos a la telaraña del marxismo como para tomar distancia y observar nuestro pasado intelectual como quisieran en su tiempo los lúcidos espíritus romanos: *sine ira et studio*. Ante la debacle, quisiéramos rescatar del naufragio a lo menos una parte de los flotantes restos: rechazamos los aspectos político prácticos y reivindicamos la ferocidad crítica primigenia; echamos por la borda las consecuencias pragmáticas y rescatamos las enseñanzas más especulativas. De paso desdeñamos el reproche de idealismo, con el que en su tiempo despreciáramos los Grundrisse y los apuntes filosóficos del joven Marx. La avalancha de materialismo cibernético nos ha reconciliado con lo más filosófico de nuestro marxismo visceral y corremos a proteger del saqueo del neoliberalismo hernáncortesiano todas aquellas deslumbrantes visiones de aquel adolescente que, ya en su tiempo y siendo aún

imberbe, fuera considerado como el único mortal viviente que conocía de verdad y en profundidad al último emperador de la *prima philosophia*: Georg Wilhelm Friedrich Hegel. Pero esta misma disposición al rescate de lo que fragmentariamente creemos imperecedero, debiéramos ejercitarla frente a cualquier otra forma de tradición intelectual: desde Platón hasta Spinoza, desde Erasmo hasta Santo Tomás. Y sólo un espíritu mezquino podría negar que has sido, en este aspecto de porfiado salvaguarda, uno de los intelectuales latinoamericanos más consecuentes. Pienso en tus trabajos sobre Clausewitz, sobre Freud, sobre Spinoza, sobre Simón Rodríguez y en este bellissimo último trabajo tuyo.

Una mínima provincia del pensamiento occidental, erigida en imperio, terminó por colonizar la vida intelectual de esta última mitad del siglo latinoamericano. El maridaje entre gestualidad utópica —esa herencia que arrastramos en nuestro universo subordinado desde los tiempos en que la ilustración renacentista nos convirtiera en reservorio de todas las utopías clásicas— y pobreza colonial, perfectamente desposados por obra y gracia del marxismo soviético, han terminado por arrasar con todos los intentos por crear una vida intelectual independiente, originaria y creativa. Es cierto que hubo loables esfuerzos por desentrañar nuestra especificidad, pero ninguno de ellos supo trascender las coordenadas impuestas por «las leyes del materialismo dialéctico», asumidas como expresión de una segunda naturaleza. Con ello caímos en una perversa trampa: gastamos todos nuestros esfuerzos intelectuales en pedalear en la bicicleta fija de la religiosidad marxista, mientras el primer mundo avanzaba bajo las pragmáticas ordenanzas del más implacable desarrollo capitalista. El resultado está a la vista: la brecha entre progreso y regresión se ha hecho más flagrante, más doloroso. ¿Quién nos compensa por tanto esfuerzo perdido, si el Lloyd soviético ha sido desterrado al desván de los desvaríos? Nadie. Nos quedan como herencia un dictadorzuelo caribeño y una utopía cumplida de balseros y menesterosos ilustrados. Ni que decir del último coletazo chaveciano, que no hace más que confirmar el acierto marxiano del 18 brumario: la historia se repite, pero como farsa.

3

Pero, ¿y la aporía? Tienes razón, aunque sea de Perogrullo. En nuestros países el hiato se profundiza, la brecha entre ricos y pobres se incrementa, la pobreza se masifica y convierte en extrema miseria. Así sea en términos comparativos. Aunque nunca como para considerar que es mayor la responsabilidad moral de la democracia ante las muertes de la desnutrición causada por miserables políticas públicas que las de las dictaduras por las violaciones a los derechos humanos. No comparto, pues, la relativización que haces de los 30 mil muertos del videlismo ante los millares de muertos silentes de la injusticia social que aún impera en la Argentina. Pasar a saco por sobre las diferencias específicas entre una y otra realidad es hacer escarnio de la necesidad de pensar nuestra realidad, sin recurso a subterfugios sentimentales.

Pues presiento en tus justas objeciones a mi posible «neoliberalismo» la porfiada supervivencia de pasados esquematismos. El estado de postración de

nuestras sociedades, su ruindad cultural y su miserable incapacidad para romper el círculo vicioso de la pobreza y el subdesarrollo no es simple diagnóstico ante el que nos quepa lavarnos las manos. El truco al que recurrimos en el pasado fue el de la negación absoluta. La culpa recayó en el imperialismo norteamericano o sus lacayos nacionales. En cuanto a nosotros, las buenas conciencias marxistas del indigenismo nacional, a lavarnos las manos. A la vuelta de tanto extravío, de este laberinto de intentos emancipatorios y estos feroces castigos desde las fétidas entrepiernas del Poder —camuflado esta vez de mortífera mascarada castrense— ha quedado claro que la lógica en su abstracción tenía completa razón: toda negación absoluta es idéntica a su contrario, mera afirmación. Al culpar a saco al otro por nuestro estado de miseria y exculparnos de toda responsabilidad, postulando entrampados en nuestra mayor inocencia la superación del lamentable estado de nuestras sociedades tras una suerte de meta historia, castramos las posibilidades reales de situar la problemática en otro contexto, uno inmanente, diría yo, a nuestras propias determinaciones. Culpamos al empedrado y ocultamos no sin cierta perversa complicidad nuestra desastrosa cojera. ¿Es posible desarrollar un pensamiento crítico inmanente al sistema, capaz de potenciar sus virtualidades y hacer que el carro arranque, de una buena vez y para siempre, hacia una sociedad más justa, más productiva, más abierta y culturalmente más autosustentable? Y agregaría la pregunta crucial: ¿en la que los sujetos de toda culpa y responsabilidad seamos nosotros mismos?

Pienso que el punto de partida —un desconsolado paisaje de naufragos— es muchísimo más esperanzador para iniciar ese camino a la búsqueda del tiempo perdido que el de esas escuadras de conquistadores del reino de Jauja que éramos hace treinta años. Basta echar una mirada a las huestes intelectuales del chavismo, aquí en Caracas, para asombrarse de la estulticia, de la idiotez, de la mengua intelectual de aquellos más recalcitrantes sobrevivientes de entre los despojos del marxismo de los sesenta. Los retazos de ex guerrilleros, veteranos del PC, antiguos sindicalistas y viejos compañeros de ruta que acompañan a este esperpento de la revolución castrista llamado Hugo Chávez, dan vergüenza ajena por nuestro propio pasado. De haber triunfado «nuestra» revolución ¿serían ellos sus actuales administradores? Se parecen demasiado a la tropical *nomenklatura* cubana de hoy como para dudar de que así no fuera.

E imagino una posible objeción: un excompañero en el Centro de Estudios Socio-Económicos de Santiago durante la Unidad Popular, hoy a la vera de Lula como su asesor internacional, cuestionó mis objeciones políticas al chavismo —torpe mezcla de fidelismo trasnochado con neofascismo carapintada— acusándolas de esteticismo. Justificando el castrismo, entonces embozado, de Chávez me dijo: «el pueblo cubano es el pueblo más culto de América Latina». Mi dentista, menos preocupado por la cultura pero más cercano a la realidad, se explotó sobre su castrofilia mientras me sacaba una muela asegurándome que cuando Cuba volviera de lleno al redil del capitalismo, ofrecería la fuerza laboral más disciplinada, más educada y más culta del tercer mundo. «Le espera» —me reiteró entusiasmado por ese futuro Varadero taiwanés—

un futuro tan promisorio como el de Singapur o Seúl». Tienen razón: los inversionistas españoles gozan con esta nueva versión de Tenochtitlán, que en lugar de recibirlos con plumas de Quetzal les ofrece «Buena Vista Social Club» y mulatas hartas más placenteras que Doña Marina, la Malintzin de Hernán Cortés. Los huesos del Che estarán retorcidos allá en su plaza de Santa Clara.

Aunque justo es reconocer en esos ditirambos un hecho incontrovertible: un hilo conductor de afinidades e identidad de propósitos —aunque tal vez de modo ajeno a la voluntad de sus gestores— unifica esa supuesta antípoda llamada Fidel Castro y Augusto Pinochet. En la disciplinización de la fuerza laboral, en esa socialización obligada de las fuerzas productivas llevadas a cabo tanto en Chile como en Cuba durante el último cuarto de siglo, se ha cumplido con el mismo objetivo trascendente. No es posible llevar a cabo la incorporación de nuestras sociedades al proceso universal de socialización sin profundas transformaciones culturales, sin una cierta uniformización y militarización de la voluntad laboral. Si Chile ya pasó por el aro y comienza a ver los frutos, Cuba es el candidato siguiente. Confieso el cinismo: no es mío, es de la historia.

4

Es un hecho: el espacio de autonomía de las sociedades retrasadas respecto de aquellas que conducen bajo su arbitrio el proceso de globalización económica, política y cultural se ha reducido dramáticamente. Y aún más dramático es el hecho de la práctica desaparición de los modelos alternativos de desarrollo. Quizá en este hecho radique la tragedia implícita en el fracaso de los socialismos reales. Debemos confesar al respecto —y jamás con suficiente arrepentimiento— la tabuización que hicimos del utopismo marxista, el voluntarioso e interesado desinterés que mostramos en su momento por interrogar a fondo a Marx sobre el edenismo primitivo de su sentencia: de cada cual según sus capacidades, a cada cual según sus necesidades. ¿Quién iba a creer que sentencia tan conmovedora iba a servir de fundamento al GULAG y a los juicios de Moscú? Al dejar pendiente esa confrontación entre el ser y el deber ser, postulado en el programa político y social del marxismo revolucionario, legitimamos el hiato y justificamos cualquier arbitrariedad. Mucho más grave aún fue pasar por alto el extraño maridaje entre brutalidad fáctica leninista e idealismo utópico marxiano, como si la monstruosa operación quirúrgica que supuso el bolchevismo en Europa —no tan alejado del récord de bestialidad impuesto por el nazismo— pudiera quedar santificado por los buenos propósitos que yacían en el desván de sus intenciones. Un tufo de involuntaria hipocresía emerge de la vida intelectual de la izquierda europea en esos años, —desde Picasso hasta Sartre, desde Garaudy hasta Breton— con la frágil excepción de Gramsci y dos o tres desesperados, hundidos en las mazmorras hitlerianas o condenados en los juicios de Moscú. Posiblemente, los asesinatos de Rosa Luxemburgo y de Antonio Gramsci por la porquería fascista han impedido la puesta en práctica de importantes correctivos. Cuando el eurocomunismo y la *glasnost* pusieron el grito en el cielo, de los millones y millones

de osamentas dejadas a su paso por el leninismo soviético no quedaban ni las cenizas. Y el mal no sólo estaba consumado: el capitalismo se aprestaba a hincarle el diente al terreno desbrozado por Lenin y Stalin, cayéndole a saco como a perro sarnoso. ¿Tanta desgracia para terminar convertidos en la pata del gato de las castañas del capitalismo finisecular?

Necesitamos, pues, someter a revisión no sólo el universo teórico del que fuimos depositarios, sino un mundo de creencias, de prejuicios, de tópicos bajo cuya seducción llevamos a cabo una terrorífica operación de malversación histórica. Ni siquiera los altos designios morales que nos sirvieran de justificación a acciones a veces heroicas y desinteresadas pueden eximirnos de dar cuenta de los errores cometidos. También la bondad puede enmascarar fechorías.

5

La mirada inicial, asombrada e incrédula, sobre nuestra naturaleza y sus maravillas, así como el deslumbramiento que produjera Tenochtitlán sobre la escéptica y ya desencajada imaginación europea, nos acarreó el pecado original de la utopía. Quiso la fortuna —en este caso debemos llamarla desdicha— que aún las sociedades indígenas más desarrolladas de nuestra cultura primigenia se hallaran en un estadio todavía prelógico del pensamiento y que la inteligencia manipulativa estuviera prisionera todavía del asombro inicial ante el cosmos. El precio de tal retraso fue carísimo: aportó América las víctimas del primer genocidio realizado a escala planetaria por los responsables del inicio de la globalización. No lo pudieron tener más fácil. Estaban los aztecas, los incas, los mayas —formas superiores de la cultura en América— todavía demasiado lejos del pensamiento reduccionista, operativo, generalizador, tecnocrático y manipulativo de lo real, cuyo producto más eminente, como bien lo demostrara Adorno, fuera la inevitable simbiosis entre progreso tecnológico y regresión espiritual. El encuentro entre esa cultura judeo-cristiana del desencanto, la pérdida irreductible y el pecado original con el mágico mundo del asombro primigenio todavía prisionero de la superstición y la profunda religiosidad panteísta y pagana dominante entonces en toda la América precolombina creó un abismo sociocultural nunca superado entre colonizador y colonizado, heredado como contradicción interior del criollo. Ese hiato internalizado ha sido tan sobredeterminante, que aún hoy condiciona nuestra relación con el mundo. Una dialéctica de la admiración y el desprecio, de la envidia y la repulsión han lastrado nuestra inserción en la corriente específica de la historia universal, bajo sus rasgos dominantes. La conversión de América Latina en reservorio de la utopía universal nos acarreó al mismo tiempo la condena a la cadena perpetua del subdesarrollo. O utopía o desarrollo, o encanto o desilusión: la trampa que nos ha impedido asumir a cabalidad nuestra pertenencia al proceso histórico real continúa abierta y pronta a cerrarse sobre cualquier intento auténticamente liberador. Éste es para mí el contexto metahistórico en que es preciso situar las tensas relaciones que mantenemos entre progreso y regresión, entre infortunio y prosperidad, entre regionalismo y globalización. No deslastro al colonialismo ni al imperialismo

de su responsabilidad en el sometimiento político de nuestras sociedades y el consiguiente saqueo de sus riquezas. Pero creo esencial hurgar en nuestra incapacidad para enfrentarnos a la razón práctica de las sociedades imperiales y dar una respuesta adecuada a esa misma razón. Consumada la inevitable derrota de una alternativa que no llegó más allá de la ominosa «noche triste», quedamos prisioneros de una eterna adolescencia. Tras el horror al contagio de los valores positivos del colonizador se profundizó la porfía de lo autóctono. El temor a la soledad nos impidió asumirnos como sujetos conscientes. Ni socialización ni individuación: quedamos atrapados en la calle del medio.

El derecho al utopismo idiosincrásico nos ha permitido liberar la imaginación de las cadenas de las formalidades lógicas, es cierto. Pero en lugar de echar una mirada crítica sobre nuestras aberraciones las hemos legitimado y enaltecido bajo el engañoso esteticismo del realismo mágico. Es éste la expresión estética de la aporía interior entre racionalismo e irracionalidad que nos constituye, al mismo tiempo que su suprema legitimación. Bajo el manto de lo real maravilloso hemos excusado horribles perversiones, como el desafortado caudillismo genocida y su derecho al Poder absoluto y perpetuo. La inmunda satrapía de dictadorzuelos sin destino la hemos convertido en deslumbrante capacidad mayéutica: un patriarca que emerge de la oscuridad del analfabetismo y la superstición se ve recompensado con la estética de la desmesura. La extrapolación encuentra un maravilloso retrato metafórico: la expropiación y venta por el abusador analfabeto que se ha hecho con la cosa pública del océano que enfrentaba al palacio de su gobierno. García Márquez ha asombrado al mundo con tal operación propedéutica y todos hemos sucumbido al encantamiento de un tercermundismo tan exuberante, tan pintoresco, tan insólito y tan delirante. Que hasta sería un craso error realizar algún esfuerzo serio por superarlo. Antes chamanes que pensadores, antes prestidigitadores que científicos, antes manipuladores que estadistas: así se han inclinado nuestras preferencias real maravillosas. Provecho artístico, es cierto. Pero ni siquiera hemos sido capaces de montar una industria turística capaz de extraer la regalía a pagar por el desencantado racionalismo globalizador que de él profita. Nos hemos conformado en cambio, en un buen ejemplo de intercambio desigual entre centro y periferia, con un premio Nobel. ¿Cómo habría de ganarlo Borges, de un individualismo, de una lucidez y de una excelencia tan ajenas a lo real maravilloso propio del subdesarrollo?

Una mezcla de mala conciencia por el pecado original de la conquista y la correspondiente autocomplacencia por la supuesta sustancia mágico-maravillosa que nos constituye termina por legitimar en nosotros el rechazo frontal de las formas de socialización propia de las sociedades desarrolladas y a buscar desesperadamente nuestra particular forma de redención en aventuras que consolidan el fracaso y vuelven a legitimar el mito del eterno retorno al rechazo inicial. Más interesados en el mito que en la razón, convertimos la política en sustancia dramática. El guerrillero es una extraña simbiosis de Chamán y Prometeo, otro asombroso producto de exportación para la fatigada imaginación europea. Volvemos eternamente al inicio, nos adherimos

como borrachos al comienzo de los tiempos, más interesados en el deslumbramiento iniciático que en la aburrida administración y gestión de la cosa pública. De ahí que la política jamás se deslastre de su carga emotiva y fundacional y el mesianismo pese sobre las relaciones sociales como una losa perenne. El ejemplo de la perfecta simbiosis entre chamanismo precortesiano y pensamiento utópico europeo nos lo entrega en forma práctica la revolución cubana. El resultado: una dictadura tan longeva como el patriarca que gobierna, signada por el paternalismo y la autarquía. Sus máximos valores: autoproclamadas fantasías morales, autodeterminación e independencia nacional. Así se escamotea lo esencial: subsumción de lo particular bajo la omnimoda prepotencia de lo falsamente universal. Una dictadura implacable disfrazada de la más utópica de las democracias. No hay duda: somos el reino de lo real maravilloso. Moraleja: no podemos lograr progresos serios e incuestionables en los campos de la salud, la educación, el deporte sin sacrificar el derecho a la democracia, es decir: a la auténtica autodeterminación del sujeto. Dichos logros, antes que producto de la dialéctica consciente entre individuo y sociedad terminan siendo el presente de una voluntad autoritaria, omnimoda y paternal. Así esté disfrazada de forma superior de liderazgo socialista.

6

Si hay un campo en que nuestra impermeabilidad a los argumentos de la razón práctica se despliega con mayor desenfado, es en el de la ideología y la política. No es casual por ello que observemos a la democracia con suspicacia: ha sido el terreno que nos ha deparado los mayores fracasos. Y la razón no es insignificante: la democracia pone a prueba nuestra capacidad de individuación y la forma de insertarnos en lo social emancipado. Pues no hay lo uno sin lo otro y no seremos jamás un colectivo de individuos responsables sin haber adquirido la adultez como ciudadanos. *Ermündigung* llaman los alemanes al proceso que nos hace adultos: haber ganado el derecho a la palabra y asumir la propia voz como inalienable responsabilidad moral.

Por ello, tal vez la peor desgracia que hemos sufrido como naciones independientes haya sido la imposible asimilación del liberalismo político y económico, en tiempos en que la inevitable globalización nos obligaba a insertarnos en el proceso histórico general o a sucumbir. Es cierto: tampoco Europa lo asimiló sin pasar por el terrorífico trauma del fascismo y del estalinismo. Y también es cierto que dicho liberalismo jamás hubiera arribado a ser un constituyente de las modernas democracias europeas sin el permanente correctivo del socialismo utópico y las luchas sociales que ensombrecieron su decurso. Al precio de millones y millones de cadáveres. No nos referimos al liberalismo como una particular ideología del Poder, sino como un conjunto de ideas y creencias que hermanan indisolublemente libertad, justicia y desarrollo en un todo indisoluble que, en su acción práctica, antepone la tolerancia y la convivencia pacífica entre contrarios por sobre toda otra consideración. Situando además y al mismo tiempo al individuo —en su responsable soledad— en el centro de las decisiones sociales y movilizándolo a la sociedad, al mismo tiempo

y por medio de la concientización y la vigencia de marcos normativos, contra toda forma de discriminación y abuso. Definimos, pues, al liberalismo, como la fundamentación ideológica y práctica de toda acción contra cualquier forma de autoritarismo.

Visto en la perspectiva del desarrollo histórico, las diversas formas de liberalismo lograron imponerse sobre el estalinismo y sobre el nazismo —en todas sus vertientes— sin otra fuerza real que la capacidad del sujeto por defender el espacio de socialización conquistada. Y, *last but not least*, del sistema económico que lo constituye y determina: el capitalismo. Puede que a la conciencia de la *intelligentsia* latinoamericana, tan prisionera del pensamiento real maravilloso, ambos términos —liberalismo y capitalismo— le suenen a demonio. Tanto peor. Salvo prueba en contrario, aún el hombre no ha sido capaz de inventar formas más evolucionadas y seguras de organizar la existencia humana. A no ser que consideremos que el fracaso de los socialismos reales se debió a circunstancias excepcionales, imputables a accidentes imprevisibles en la construcción ideológica original. Desgraciadamente para todos quienes dejamos un pedazo de vida en ello, la razón es la inversa. El fracaso del socialismo real se encuentra prefigurado, *in ovo*, en las tesis originales de sus fundadores. Culpar a Stalin y a Beria y exculpar a Lenin y a Trotski será una operación cómoda a los intereses de los náufragos de la Unión Soviética, pero no resiste el más mínimo y severo análisis. Stalin y Beria son la más consecuente, legítima y fehaciente continuación del leninismo por otros medios, los requeridos para la construcción de la dictadura burocrática, y no sólo bajo las extremas condiciones de tener que hacerlo en un solo país. En cuanto al trotskismo, no dejó de ser una superchería digna de la riquísima imaginación de Jorge Luis Borges. Intentar demostrar la vigencia del socialismo amparados en la burbuja de irrealidad que protege a la isla cubana de toda contaminación, es, además de ingenuo, una tontería. Cuba vive detenida en el tiempo, como si un encantamiento la hubiera condenado al sueño eterno. Si se retiraran las inversiones del capitalismo español sobre el turismo isleño, el despertar sería macabro. Inversiones españolas, indiferencia, apatía y pasividad: la fórmula no es un invento mágico. Pero tampoco resulta viable el camino inverso: renegar del liberalismo y seguir apostando a la revolución socialista a partir de las miserables condiciones materiales y espirituales que imperan por doquier en América Latina como testimonio del ancestral fracaso de nuestra sociedad y nuestra cultura por lograr la emancipación política y económica.

Llego aquí a un punto nodal de la reflexión. Hasta hoy, no hemos contado con otros medios de diagnóstico y de elaboración de terapias que los aportados por la sociología crítica, la ciencia económica burguesa y el marxismo. Según éste, en sus versiones revolucionarias o reformistas, nadie más responsable de nuestra historia, es decir, de nuestros fracasos, que nuestra obligada y violenta inserción en la corriente expansiva del capitalismo mundial bajo las leyes y designios de su necesaria reproducción ampliada, desde la monstruosa voracidad de la acumulación primitiva de tiempos fundacionales hasta la fagocitosis parasitaria de sus formulas imperiales: colonialismo, imperialismo

industrial, neocolonialismo y globalización posindustrial. La responsabilidad por nuestro subdesarrollo recae en una entidad exógena. Sea cual sea el punto de partida del análisis marxista desarrollado durante la última mitad del siglo xx, todas las aproximaciones teóricas confluyen en un solo resultado: el subdesarrollo de las sociedades periféricas es inducido por la dinámica imperial del desarrollo del capitalismo central, al mismo tiempo que su condición necesaria. Sin capitalismo central es impensable un capitalismo periférico, colonizado y pervertido. Inversamente: sin el precio pagado por la explotación ejercida por el capitalismo imperial sobre las sociedades capitalistas periféricas, no hubiera sido posible el desarrollo de aquél. Desarrollo y subdesarrollo se insertan así en una dinámica de interdependencia que condena a ambos términos a un crecimiento exponencial de sus propias naturalezas, a la profundización de la aporía y a un alejamiento cada vez mayor de una posible superación histórica de los términos. No cabe otra forma de romper el hechizo de este círculo vicioso que a través de una ruptura esencial de los términos: socialismo e independencia económica y lucha a muerte por derrotar al capitalismo central, el famoso tigre de papel de Mao. Así, la superación real del hiato —visto el fracaso de los intentos históricos por implementar la construcción de sociedades socialistas— se ve postergado *sine die*. Nuestra acción, a la impotencia permanente. Esa es la cara de la moneda que nos ha llevado de fracaso en fracaso. Ha llegado la hora de condenarla sin atenuantes. O seguiremos prisioneros de nuestras perdidas ilusiones.

7

Razón o ilusión: la historia ha pendulado sin cesar entre ambos términos, volviéndolos antinómicos. O lo que es mucho peor, los ha condenado a convertirse en aspiraciones irreconciliables. Hegel sirvió la perfecta coartada para hacernos creer que la aparición del Estado moderno solapaba el hiato. Y en la más escandalosa de las operaciones de fagocitosis intelectual Marx la perfeccionó dotándola de una musculatura de operatividad absolutamente contraria a su corpus ideológico original. Si dicho Estado —en la argumentación marxiana— en lugar de legitimar y acorazar los intereses de la temprana burguesía industrial que lo pusiera en práctica sirviera a los intereses del proletariado y ejerciera su vocación de universalidad sin remilgos burgueses, el tren de la historia habrá alcanzado la estación final: Utopía. Era subvertir la autocomplaciente ilusión hegeliana, que creía culminado el martirizado trayecto de la historia humana con la constitución del Estado imperial prusiano. Lenin terminó de enganchar la locomotora a la escatológica aventura marxiana con el manual de instrucciones para armar el primer Estado socialista travestido de perfecta democracia proletaria y Stalin coronó la faena convirtiéndose en el más despiadado, laborioso y eficiente policía de la implacable dictadura totalitaria en que devino el errabundo sueño de la razón revolucionaria. Que al cabo de casi un siglo toda la operación Utopía haya terminado en un fiasco no nos exime de volver a enfrentarnos al mismo dilema: ¿razón o ilusión?

Después del naufragio de las utopías es imposible desconocer que la razón —en su forma la más pedestre y cotidiana del sentido común o, si lo prefieres como la llamara Bolívar desilusionado de tanta utopía en medio de su laberinto: «la razón ilustrada de los hombres sensatos»— ha terminado por convertírsenos hoy en la más desafortada ilusión. Desaparecida la supuesta metaracionalidad de todo utopismo e impuesta por la fuerza de los hechos la razón práctica del sistema, las formas residuales de la protesta, que amenazan con convertirse en marea irrefrenable de desastres colectivos, requieren con urgencia de un espacio discursivo, de un marco referencial teórico, de una razón crítica. Aunque el hiato parece haberse desplazado a un escenario global, bipolarizando a nivel planetario la contradicción entre prosperidad y miseria, temo que dicha razón haya perdido toda aspiración trascendente y toda pretensión totalizadora y se conforme con fundamentar lo que Adorno, una de las mentes más lúcidas y premonitorias de nuestro tiempo, llamara una *minima moralia*. No se trata de una reactualización del fragmentario moralismo kantiano ante la imposibilidad de sostener construcciones racionales totalizantes. Se trata de desbrozar el escabroso terreno de la política, es decir: de la acción práctica, de las emanaciones mágico-religiosas todavía subyacentes a toda pretensión utópica y apoyar la vigencia del sentido común y la sensatez presente en la experiencia histórica de nuestros pueblos. Esto implica, a nivel teórico, apoyarse en la inmanencia de las soluciones políticas ya avanzadas y no en su negación absoluta. El problema surge cuando observamos cuán distantes se encuentran los valores supuestamente inalienables creados a lo largo de los siglos, tales como la tolerancia, la equidad, la justicia, la solidaridad —valores todos reconocidos como tales por el más incuestionable razonamiento— de su objetivación normativa por un colectivo prisionero cultural y materialmente de etapas ultrapasadas del desarrollo histórico universal. Es la propia historia que al final del viaje termina mordiéndose el rabo de sus propios desafueros. ¿Cómo, cuándo y dónde romper el hechizo?

Posiblemente no exista un solo lugar en el planeta en que estas contradicciones entre la herencia del pasado y los desafíos planteados por la modernidad y la renovación —tampoco ajenos a la herencia de la tradición— no causen enfrentamientos sangrientos y no consoliden bandos irreconciliables. El conflicto árabe-israelí, que encubre usurpaciones territoriales, imposiciones imperiales y abominables fanatismos idiosincráticos, es hoy apenas una débil muestra de los atropellos históricos que hemos heredado de nuestro más inmediato pasado. Chechenia, los Balcanes, el Kurdistán, el terrorismo vasco, Cachemira, el Ulster y recientemente Afganistán, el islamismo Talibán y los integrismos ancestrales. La lista es demasiado larga como para establecer el catálogo de la infamia que los enfrentamientos nacionales todavía provocan, sin mención del verdadero y más auténtico conflicto, muchísimo más grave que el interracial, el étnico o el religioso: el que separa y enfrenta a la miseria con la prosperidad, a la ignorancia con el conocimiento, al primitivismo con la cultura, a la impotencia con el Poder. El fracaso de la utopía marxista ha

privado de discurso a quienes encontraron en ella el derecho a la palabra y una orientación práctica de articulación político-social. Perdida esa escasa razón, los movimientos emancipadores se ven hundidos en la pura emotividad y la más cruenta irracionalidad, perdiendo la piel de esa escasa legitimidad que mantenían. El vacío dejado por la ausencia de las ideologías deja los conflictos en carne viva y pone a la orden del día la más desafortunada irracionalidad, fácilmente manipulable por ambiciones autoritarias, rencores homéricos y chamanismos mesiánicos. Es la amenaza que se cierne sobre algunos de nuestros países, comenzando por el mío, Venezuela, en manos de un insólito aventurero que hace el más descarado y repudiable abuso de las emociones colectivas para echar a andar un regreso a las más oscuras y tenebrosas etapas de nuestro pasado caudillista y militar. O el de Colombia, donde una guerrilla sobreviviente del colapso del movimiento insurreccional de los años 60 y 70, se ha hecho con la mitad del país y pareciera andar en busca de una ideología y de un programa que vaya más allá de la extorsión, el secuestro y el narcotráfico que le han permitido convertirse en un verdadero ejército paralelo. Comparado con Fidel Castro o Salvador Allende, insertos en un racional discurso contestatario, Hugo Chávez es un esperpento. Y Marulanda, un campesino analfabeto dotado de una feroz capacidad de sobrevivencia, un escarnio del Che Guevara, cuya cultura política y literaria sobrepasaba a muchos de los académicos que llegaron a venerarlo.

8

Hic Rhodus, hic salta! —decían los latinos. Creo que ha llegado la hora de someter nuestros sueños a la más descarnada luz de la razón y observar nuestras utopías con indulgencia —son parte de nuestra más íntima esencia—, pero también con severidad —nos han provisto de las coartadas para volverle la espalda a la realidad. Estamos ante el umbral de esos dos principios tan contradictorios que, al entraparnos, causan, sin embargo, nuestros más hondos desasosiegos: el del placer y el de la realidad. Y el salto hacia una reformulación de nuestra mirada obliga a despojarnos del sargazo de nuestra adolescencia y a asumirnos en la terrible soledad individual. Esto implica, en el plano político, destetarnos del Estado como *Deus ex machina* de todas nuestras acciones y situar el centro de las responsabilidades públicas en el propio sujeto. Sombart subrayó con toda su genialidad el efecto determinante que el protestantismo tuvo sobre el impulso y desarrollo del capitalismo: empujar al sujeto a un enfrentamiento inmediato y personal con Dios, es decir: a la idea de trascendencia que nos fundamenta, situándolo en la inmensa soledad de su propia existencia. Lo privó, es cierto, de la protección, la seguridad y el respaldo de las mediaciones eclesiales pero le entregó, al mismo tiempo, la clave de su propia responsabilidad moral y práctica ante el mundo. No cabe otra salvación que las obras. Nosotros, por desgracia, nos hemos quedado en los amores. Y el sentimiento de pertenencia a una realidad mayor que nos circunda y sobredetermina nos ancla al universo de mitos y prejuicios de nuestro propio pasado, impidiéndonos dar el paso hacia el futuro. Todavía peor: sin que

nos cause conflictos mayores, vivimos y disfrutamos de los sistemas políticos que nos garantizan la convivencia democrática y nos reproducimos materialmente en el marco del sistema de principios económicos que nos rigen —el capitalismo—, pero lo hacemos con un desprecio olímpico por la democracia y no sin cierto asco por el capitalismo. Hasta ahora hemos resuelto la contradicción moral que esta actitud supone con una negación absoluta de la democracia y del capitalismo, no sólo bajo las formas menesterosas y perversas con que suelen dominar en nuestros países, sino de cualesquiera de ellas. Legitimamos así la negación absoluta y dotamos de credibilidad cualquier acción política que tenga por horizonte la aniquilación de ambos sistemas. O transamos en un estatismo populista y demagógico que no hace más que encubrir el hiato y postergar la resolución real de los problemas. Ni principio de realidad, ni principio de placer. El oso filatrópico termina convirtiéndose en el perro del hortelano.

No creo en otra alternativa social y política para romper el hechizo del subdesarrollo, que nos ha llevado de generación perdida en generación perdida, que la minuciosa y perseverante construcción de la democracia política —la única conocida, la «burguesa»—, cuyo desarrollo ha sido sistemático y violentamente impedido por las fuerzas más retardatarias que anidan en el lado oscuro del corazón de nuestras tinieblas. Y la construcción de un sistema económico fundado en la libre competencia, la reducción drástica de la dimensión empresarial del Estado y la conversión del mismo en estricto regulador del respeto a los marcos jurídicos y legales, así como en administrador de todo aquello que la lógica y el sentido común aconsejan dejar en manos de los entes públicos: la salud, la educación, el transporte y la defensa. El orden no es casual: la salud y la educación debieran ser los objetivos prioritarios de todo sano gobierno. El salto cultural que debemos emprender es de dimensiones colosales y obliga a concentrar la mayor parte de nuestros esfuerzos espirituales y materiales en lograrlo. ¿Cómo descuidar la salud y la educación o ponerlos a la cola de las preocupaciones invertidas en esa chatarra belicista que no ha cumplido otro propósito que financiar a los perros de la guerra, alimentar la corrupción y servir de garrote a las justas reivindicaciones populares? Como programa general luce mínimo y desangelado. Pero la importancia que supone internalizar estos principios y convertirlos en «ideas-fuerza», como las llamara Gramsci, implica una movilización espiritual enorme. Nuestros prejuicios antidemocráticos y anticapitalistas son tan hondos y acendrados, nuestro desprecio por la iniciativa privada y la justa recompensa de la rentabilidad tan olímpico, nuestra vergüenza ante el dinero y las recompensas materiales tan internalizadas que el sólo hecho de declararse partidario de la democracia, la libre empresa y la privatización —todo aquello dictado por el sentido común más elemental— nos acarrea los peores y más estúpidos epítetos, condensados ahora en la oligofrénica acusación de «neoliberalismo». Que tan absurda denominación posea tal capacidad movilizadora entre las fuerzas más retardatarias del continente —entre las que se encuentran, obviamente, los últimos mohicanos pacíficos y armados de la revolución socialista y

la derecha recalcitrante que vive del parasitismo estatal— dice suficientemente sobre las dificultades para romper el hechizo que nos tiene anclados en la miseria y el subdesarrollo.

El calendario de temas es enorme y el esfuerzo intelectual a desarrollar suficientemente arduo como para pensar que recién comenzamos. Creo que es hora de hacerlo, *sine ira et studio*. Sobre todo: sin prejuicios y posiciones tomadas. Espero que el caos en que se encuentra Venezuela y las amenazas de turbulencias totalitarias que amenazan a gran parte del continente nos permitan no sólo pensar nuestra realidad, sino contribuir a su transformación. La más aclamada tesis sobre Feuerbach sigue vigente, como en el primer día en que Marx la dictara: no basta con interpretar el mundo, hay que transformarlo. Aunque la transformación a la que apelamos esté a cien años luz de sus míticas propuestas. Manos a la obra.



PROYECTO VARELA

FUNDAMENTACIÓN

La Constitución de la República de Cuba garantiza a los ciudadanos el derecho a proponer cambios en el orden jurídico y también ofrece los procedimientos para que, mediante la consulta popular, el pueblo decida soberana y democráticamente sobre la realización de los cambios y el contenido de los mismos. Este valor de las leyes actuales, de contener en sí mismas la llave para cambiar la ley, para que éstas se ajusten a las necesidades y demandas de mejoramiento de la sociedad, se completa si el pueblo, que está legítimamente dotado para hacerlo, puede accionar esta llave.

Esta forma de acción cívica es el enlace por excelencia entre la voluntad popular y las estructuras políticas y jurídicas de la sociedad que practica la democracia. El funcionamiento de este enlace es signo de la capacidad de evolución pacífica y gradual de la sociedad, de su capacidad para transformarse y avanzar progresivamente en un desarrollo armónico e integral, en la elevación de la calidad de vida.

Por esto proponemos hacer los cambios desde la ley. La ley es siempre perfectible y debe estar en función del bien común y de la realización integral de la persona. Pero existen diversos criterios sobre los cambios que son necesarios en nuestra sociedad en las esferas políticas, sociales y económicas e inclusive opiniones encontradas sobre la pertinencia de estos cambios.

La respuesta no es sencilla y demanda de la buena voluntad y la postura responsable de todos los cubanos.

Entonces, ¿son necesarios los cambios? Resolver esta cuestión es clave. Pero la respuesta sabia y justa sólo puede darla el pueblo soberano, en una Consulta Popular, en un Referendo.

Pero, ¿por qué estas preguntas, estas propuestas? Por la respuesta a estas propuestas el pueblo se proporciona a sí mismo los instrumentos legales para, mediante el ejercicio de sus derechos, la práctica de la solidaridad y el cumplimiento de sus deberes, tener una participación más plena en las decisiones que le afectan, en la determinación del rumbo que tome nuestra nación y en la construcción de una sociedad mejor.

Con estas bases es el propio pueblo quien decide si hay cambios o no y quién realiza los cambios como protagonista y sujeto de su historia.

No estamos ofreciendo un proyecto o modelo de sociedad, sino proponiendo el primer paso para crear nuevas y mejores condiciones de derecho. Y que así, entre todos los cubanos, creen y desarrollen su propio proyecto de sociedad según su voluntad soberana, a partir de los valores espirituales de nuestra nación y las experiencias de su historia, y para responder a los desafíos que nos plantea la llegada del nuevo milenio.

Firmar esta solicitud no significa, en modo alguno, apoyar o vincularse a ninguna

asociación o agrupación y tampoco establecer compromisos con las personas que la redactaron y la proponen. Cuando un cubano firma esta solicitud de Consulta Popular está haciendo uso de los derechos que le da la Constitución actual para hacer peticiones y contribuyendo libre y solidariamente a mejorar nuestra sociedad, a la solución de los problemas que sufre nuestro pueblo y a preparar un futuro mejor para nuestros hijos, aquí, en nuestra Patria.

Las cinco propuestas se explican por sí mismas:

Los derechos a la libre expresión y libre asociación

Estos derechos y todos los Derechos Humanos existen antes de que nadie los formulara o los escribiera; usted y todos sus semejantes tienen estos derechos porque son personas, porque son humanos. Las leyes no crean estos derechos, pero deben garantizarlos. La práctica de estos derechos de asociación y expresión, concreta la participación digna y responsable del ciudadano en la sociedad. Cuando en la propuesta se aclara que la ley debe garantizar estos derechos preservando el respeto a la dignidad humana, a los Derechos Humanos y al bien común, nos anticipamos a cualquier temor infundado contra la libre expresión y la libre asociación, ya que nadie puede ejercer sus derechos atentando contra la dignidad humana y los derechos de los demás, ni tampoco contra el bien común. A su vez nadie puede decir que defiende el bien común anulando el ejercicio de estos derechos, ya que la búsqueda del bien común es trabajar por condiciones de vida en una sociedad donde las personas se realicen plenamente y esto es imposible si no se garantizan los derechos humanos.

Además de un derecho es una necesidad que en la sociedad existan organizaciones independientes, ya sean de carácter

temporal o permanente, para que los ciudadanos defiendan sus intereses, para participar en las decisiones del Estado y en todo quehacer social aportando sus esfuerzos e iniciativas en todos los campos. El pluralismo no se impone por decreto, pero debe respetarse y ser garantizado por la ley, porque es una realidad el que no todos piensan igual acerca de todo ni en lo particular, y es un derecho de las personas el asociarse y expresarse, según sus ideas e intereses, sin que nadie por sus propias ideas o por cualquier condición pueda anular este derecho en los demás. Si la ley garantizara la libre asociación y expresión, se ajustaría más a la Constitución, se reconocería el hecho de la diversidad de opiniones presentes en la sociedad, se abrirían los espacios a la crítica, se potenciaría la creatividad, el diálogo, una democracia más participativa, el ejercicio de la soberanía popular y por lo tanto se fortalecen las bases de la Independencia Nacional.

La amnistía

La existencia en nuestro país de encarcelados por motivos políticos obedece tanto a hechos en los que las personas involucradas violaron la ley, como abusos de poder, arbitrariedades y también a violaciones de la ley por parte de las autoridades. Muchos han sido detenidos por practicar Derechos Humanos que las leyes actuales no reconocen. Este paso no es una revisión, es un paso de renovación de toda la sociedad, que toma conciencia de esta necesidad. La reconciliación tampoco debe darse por decreto pero, si es deseada por nuestro pueblo y éste así lo señala en el Referendo, aprobando la Amnistía, abriría, por este acto de perdón y justicia, una nueva etapa para una comunidad que quiere superar todo lo negativo del pasado y darse a sí misma la oportunidad de renacer. Si los cubanos ahora no podemos ponernos de

acuerdo acerca del pasado, sí debemos ponernos de acuerdo sobre el futuro, para que éste sea de paz, fraternidad y libertad, por el bien de nuestros hijos.

El derecho de los cubanos a formar empresas

Con la aprobación de esta propuesta se logra una mayor participación de los ciudadanos en la tarea de satisfacer las necesidades de bienes y servicios de la población, liberándose las capacidades humanas para trabajar por la elevación del nivel y calidad de vida, la independencia de las personas y las familias y contribuir al desarrollo de la nación.

El ejercicio de este derecho dentro de las regulaciones que marque la ley en aras del bien común será un factor determinante en la superación de la inseguridad y la inestabilidad en la actividad económica de los ciudadanos y eliminará en gran medida las malversaciones, las apropiaciones indebidas y robos, la corrupción de empleados y funcionarios, los privilegios por abuso de poder, el parasitismo, la especulación y muchas de las causas de las diferencias, hasta ahora insalvables, entre el trabajador que trata de sobrevivir con un salario y aquel que por la especulación o posición de autoridad se da un nivel de vida económicamente muy superior. Esta apertura será un estímulo para dejar atrás la improductividad, las negligencias tan costosas, el desempleo en todas sus formas y la pobreza en que van hundiéndose cada vez más cubanos al quedar sin opciones o con un salario de muy poco valor real.

Esta pobreza y la falta de opciones es una de las causas del deseo de emigrar de muchos cubanos, fenómeno que trae tantos desajustes a la familia cubana. A partir de aquí la moneda, y con ello el salario de los trabajadores, comenzarían a tomar su justo valor.

La satisfacción de las necesidades de consumo del pueblo y el control y la propiedad democrática por los trabajadores de los medios de producción, no se reducen a la propiedad estatal, que es una y no la única forma de propiedad social. Las largas etapas de escasez, ineficiencia y precariedad que hemos vivido demuestran que es necesario una apertura a la participación ciudadana en la actividad económica, en la gestión y la propiedad. Esta apertura tiene que garantizar el derecho de los cubanos a formar empresas privadas tanto de propiedad individual como cooperativa, así como empresas mixtas entre trabajadores y el Estado. ¿Será esto más difícil de lograr como derecho para los cubanos, y entre cubanos, que lo que ha sido conceder a empresas extranjeras el derecho no sólo a participar sino a tener, en algunos casos, la propiedad total de una empresa, tal y como lo hace la ley que regula las inversiones extranjeras?

La ley podrá armonizar la participación de los ciudadanos, responsable y creativa, en el quehacer económico con una orientación social de la empresa privada, con el respeto al consumidor, con la humanización del trabajo, con las garantías de los derechos de los trabajadores y con la seguridad social. De esta forma el Estado podrá contar con más recursos para garantizar, sin depender de la ayuda extranjera, los servicios gratuitos de salud pública y educación y los demás servicios sociales y los brindaría, no como estructura paternalista, sino como administrador de los bienes comunes, a los que aportan todos los ciudadanos, responsablemente, ejerciendo sus derechos y practicando la solidaridad.

Una nueva ley electoral

Para comprender esta propuesta es necesario fijarse en los dos elementos claves del proceso electoral:

1. Las candidaturas o nominación de candidatos, es decir, la forma de determinar quiénes serán los ciudadanos entre los cuales los electores elegirán a sus representantes, ya sean como delegados o como diputados.
2. Las elecciones. Recomendamos el estudio de la Ley Electoral actual si no recuerda sus planteamientos, y analizar esta propuesta antes de tomar una decisión.

Según la ley actual, los candidatos a Delegados a las Asambleas Municipales del Poder Popular se nominan por votación en asambleas públicas de los electores de la circunscripción correspondiente. Sin embargo, los candidatos a Delegados a las Asambleas Provinciales y los candidatos a Diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular son nominados por cada Asamblea Municipal del Poder Popular a partir de proposiciones de la Comisión de Candidaturas Municipal correspondiente, que a su vez recibe propuestas de las Comisiones de Candidaturas Provincial y Nacional. Los electores, según la ley actual, no participan directamente en la nominación de los candidatos a Delegados a las Asambleas Provinciales, ni de los candidatos a Diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Por ejemplo, si a un municipio le corresponden cinco diputados en la Asamblea Nacional del Poder Popular en la boleta electoral aparecen solamente cinco candidatos, y cada elector puede votar por uno, por algunos, por ninguno o por los cinco. Los electores no pueden escoger sus cinco diputados de entre un número mayor de candidatos.

En las elecciones para delegados a las Asambleas Municipales, los electores de cada circunscripción eligen a su Delegado votando cada elector por un solo candidato, aquel a quien quiera escoger entre varios que aspiran a representar esa circunscripción. En las elecciones provinciales

y nacionales, como ya vimos, existe un solo candidato por cada cargo, a razón de uno por circunscripción, por lo que habrá en cada municipio igual número de candidatos a Delegados Provinciales que de circunscripciones que se determinaron en ese municipio para las elecciones provinciales e igual número de candidatos a diputados que de circunscripciones que se determinaron en ese municipio para las elecciones nacionales.

¿En qué consiste la petición que hacemos? En que los candidatos a Delegados a la Asamblea Municipal, los candidatos a Delegados a la Asamblea Provincial, y los candidatos a Diputados a la Asamblea Nacional, sean nominados, es decir, propuestos y escogidos directamente por los electores de la circunscripción correspondiente mediante sus firmas de apoyo, sin intermediarios y sólo de esta forma.

Que también puedan existir varios candidatos para cada uno de los cargos de Delegados a las Asambleas Provinciales y de Diputado a la Asamblea Nacional, de forma que los electores de cada circunscripción tengan opciones para escoger entre varios al de su preferencia, posibilidad que no ofrece la ley actual. Que los electores de cada circunscripción determinada elijan solamente a su Delegado a la Asamblea Municipal, a su delegado a la Asamblea Provincial y a su Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular y sólo a uno en cada caso, de forma que cada elegido responda ante esos electores, a los cuales representa.

Que dentro del respeto al orden y por acuerdo de los electores, éstos entre sí y los aspirantes a candidatos, los candidatos y los delegados y diputados con los electores puedan reunirse libremente y sin tutela, en asambleas democráticas y también usar los medios de comunicación que son de propiedad estatal y por tanto deben estar al

servicio de la libre expresión de los ciudadanos. Con la aprobación de esta propuesta, avanzamos en el camino de la Democracia Participativa en uno de sus pilares básicos: la participación ciudadana en la determinación de sus representantes y en las decisiones de los órganos del Poder Popular.

Fundamentación legal

«Yo quiero que la ley primera de nuestra república sea el culto de los cubanos a la dignidad humana».

Esta declaración de los ciudadanos cubanos en el preámbulo de la Constitución de la República heredada de nuestro Apóstol y colectora del amor derramado por los buenos cubanos de todos los tiempos, canta a la libertad, a la democracia, a la justicia y a la solidaridad y las decreta de forma tremenda. La ley no puede traicionar, sino consagrar estos valores del espíritu y la voluntad de nuestro pueblo.

Estos valores se proclaman en el Artículo Primero de la Constitución:

Art. 1. «Cuba es un Estado socialista de trabajadores, independiente y soberano, organizado con todos y por el bien de todos, como república unitaria y democrática para el disfrute de la libertad política, la justicia social, el bienestar individual y colectivo y la solidaridad humana.»

Este artículo define los principios y cualidades fundamentales de este Estado socialista de trabajadores, y con esta definición deben ser coherentes los demás artículos de la Constitución, y también las leyes para que se realicen estos principios y cualidades.

Esta propuesta se apoya, desde el punto de vista legal, en este artículo primero, en el conjunto de la Constitución y en la frase de José Martí proclamada en su preámbulo.

Procuramos el perfeccionamiento de las leyes cubanas para que, en lo que debe ser un proceso ascendente, estas leyes permitan lograr con más plenitud la organización de

este Estado, con todos, es decir, sin exclusiones, para el bien de todos, o sea, con igualdad en los derechos y el bienestar, en la democracia, en el disfrute real de la libertad política y la justicia social. Las leyes deben corresponder en espíritu y letra a estos enunciados de la Constitución.

No es éste el caso de una discusión académica, ni un problema de interpretación, sino de la exigencia por vías legales de derechos que tenemos como personas y que además la Constitución describe claramente, por tanto, las leyes deben transformarse para que garanticen estos derechos. Pero como el criterio más legítimo para decidir sobre todas las leyes es la voluntad del pueblo expresada democráticamente en Consulta Popular, proponemos este Referendo.

Primero es necesario que aquellos ciudadanos que, después de estudiar esta propuesta, consideren, libre y conscientemente, que deben apoyarla, firmen la solicitud dirigida a la Asamblea Nacional del Poder Popular. La Constitución vigente garantiza el derecho de cada persona a firmar esta solicitud, por lo que ningún ciudadano, funcionario o institución, pueden obstruir esta gestión o tomar represalias en su contra por este motivo. Quien lo hiciere violaría la Constitución y la ley, por lo tanto pudiera ser demandado ante las autoridades pertinentes, las cuales tienen además la obligación de proteger al ciudadano y garantizarle el ejercicio de sus derechos constitucionales.

Respetamos el derecho de las personas a no firmar esta propuesta, inclusive a no leerla, por eso sólo será entregada a personas con derecho al voto, después de explicarle su contenido y que ésta consienta en recibir estos documentos. La persona que la reciba decidirá, después de estudiarla, si la firma o si no la firma y en ambos casos debe devolverla a quien se la entregó con el fin de que todas las solicitudes firmadas puedan ser presentadas en las oficinas de la Asamblea

Nacional del Poder Popular. Esta propuesta no atenta ni contra las leyes, ni contra el Estado socialista, ni contra las decisiones del pueblo cubano, ni contra lo establecido en la Constitución. Es una petición que propone cambios a las leyes y para esto, sin violar ningún artículo, se apoya en los derechos que nos otorga la misma Constitución. Además, la propia Constitución contiene las posibilidades de ser reformada parcialmente e inclusive totalmente, y ofrece en su **Artículo 137** las vías para reformarla. Pero esta propuesta no busca cambios a la Carta Magna, sino a las leyes que garanticen los derechos que esta Carta Magna proclama.

Recomendamos el estudio de la Constitución de la República en su conjunto y además les exponemos a continuación algunos de los artículos en que se fundamenta esta propuesta:

Leer **Art. 1**

Art. 63. Todo ciudadano tiene derecho a dirigir quejas y peticiones a las autoridades y a recibir la atención o respuestas pertinentes y en plazo adecuado, conforme a la ley.

Art. 88. La iniciativa de las leyes compete: *inc. g)* a los ciudadanos. En este caso será requisito indispensable que ejerciten la iniciativa diez mil ciudadanos, por lo menos, que tengan la condición de electores.

Art. 75. Son atribuciones de la Asamblea Nacional del Poder Popular:

inc. b) aprobar, modificar o derogar las leyes y someterlas previamente a la consulta popular cuando lo estime procedente en atención a la índole de la legislación de que se trate.

inc. t) conceder amnistías.

inc. u) disponer la convocatoria de referendos en los casos previstos en la Constitución y en otros que la propia Asamblea considere procedente.

Art. 53. Se reconoce a los ciudadanos libertad de palabra y prensa conforme a los

finde de la sociedad socialista. Las condiciones materiales para su ejercicio están dadas por el hecho de que la prensa, la radio, la televisión, el cine y otros medios de difusión masiva son de propiedad estatal o social y no pueden ser objeto, en ningún caso, de propiedad privada, lo que asegura su uso al servicio exclusivo del pueblo trabajador y del interés de la sociedad.

La ley regula el ejercicio de estas libertades.

Art. 54. Los derechos de reunión, manifestación y asociación, son ejercidos por los trabajadores manuales e intelectuales, los campesinos, las mujeres, los estudiantes y demás sectores del pueblo trabajador, para lo cual disponen de los medios necesarios a tales fines. Las organizaciones de masas y sociales disponen de todas las facilidades para el desenvolvimiento de dichas actividades en las que sus miembros gozan de la más amplia libertad de palabra y opinión, basadas en el derecho irrestricto a la iniciativa y la crítica.

Art. 66. El cumplimiento estricto de la Constitución y de las leyes es deber inexcusable de todos.

Art. 9. El Estado:

inc. a) realiza la voluntad del pueblo trabajador y garantiza la libertad y la dignidad plena del hombre, el disfrute de sus derechos, el ejercicio y cumplimiento de sus deberes y el desarrollo integral de su personalidad.

Art. 41. Todos los ciudadanos gozan de iguales derechos y están sujetos a iguales deberes.

Art. 42. La discriminación por motivo de raza, color de la piel, sexo, origen nacional, creencias religiosas y cualquier otra lesiva a la dignidad humana está proscrita y es sancionada por la ley.

Las instituciones del Estado educan a todos, desde la más temprana edad, en el principio de la igualdad de los seres humanos.

Nota: Usted debe completar la lectura de los Artículos 9, 75 y 88, que por razones de espacio no hemos copiado en su totalidad. Además le recomendamos, para una mejor comprensión de los fundamentos legales de esta propuesta, el estudio de los siguientes artículos de la Constitución:

Art. 15, 16, 17, 21 y 23.

Art. 10, 41, 42, 43, 55 y 64.

Art. 68, 70, 71 y 84.

Art. 131, 132, 133, 134, 135 y 136.

También recomendamos la consulta del Código Penal, al cual pertenecen los artículos siguientes:

Capítulo 5. Delitos contra los derechos de reunión, manifestación, asociación, quejas y petición.

Art. 292.

1. Se sanciona con privación de libertad de tres meses a un año o multa e trescientas cuotas o ambas al que con infracción de las disposiciones legales: *inc. c*) impida u obstaculice que una persona dirija quejas o peticiones a las autoridades.
2. Si el delito se comete por un funcionario público con abuso de su cargo, la sanción es de privación de libertad de seis meses a dos años o multa de doscientas a quinientas cuotas.

**PROYECTO VARELA
(PETICIÓN CIUDADANA)**

Apoyados en nuestros derechos constitucionales, los que firmamos al final de este texto solicitamos a la Asamblea Nacional del Poder Popular que someta a Consulta Popular, mediante un Referendo, cada una de las cinco propuestas siguientes:

1A. Que se realicen las transformaciones necesarias a las leyes para que, preservando el bien común y el respeto a los Derechos Humanos universalmente reconocidos y a la dignidad humana, se garantice a los ciudadanos:

1.A.1. El derecho a asociarse libremente según sus intereses e ideas, de manera que puedan constituir legalmente asociaciones y organizaciones sociales, políticas, económicas, culturales, sindicales, estudiantiles, religiosas, humanitarias y de otra índole, respetándose el principio del pluralismo y la diversidad de ideas presentes en la sociedad.

1.A.2. Los derechos a la libertad de expresión y de prensa, de manera que las personas, individualmente o en grupos, puedan manifestarse y expresar sus ideas, creencias y opiniones por medio de la palabra hablada y escrita y por cualquier medio de difusión y de expresión.

1.B. Las leyes que garanticen estos derechos deberán entrar en vigor en un plazo no mayor de sesenta días después de realizado este Referendo.

2.A. Que se decrete una amnistía para todos los detenidos, sancionados y encarcelados por motivos políticos y que no hayan participado en hechos que atentaron directamente contra la vida de otras personas. Esta ley de Amnistía deberá entrar en vigor en un plazo no mayor de treinta días después de realizado este Referendo.

3.A. Que se realicen las transformaciones necesarias a las leyes para que se garantice a los ciudadanos los derechos a constituir empresas privadas, tanto individuales como cooperativas, para desempeñar actividades económicas que podrán ser productivas y de servicio y a que se puedan establecer contratos entre los trabajadores y las empresas para el funcionamiento de estas empresas, en condiciones justas, en las que ningún sujeto pueda obtener ingresos provenientes de la explotación del trabajo ajeno. Estas nuevas leyes deberán también garantizar el respeto a los derechos de los trabajadores y los ciudadanos y los intereses de la sociedad. Estas nuevas leyes deberán entrar en vigor en un plazo

no mayor de sesenta días después de realizado este Referendo.

4.A. Transformar la Ley Electoral para que en sus nuevos textos garantice:

4.A.1. La determinación de circunscripciones electorales para la elección, en cada caso, de Delegados a las Asambleas Municipales del Poder Popular, de Delegados a las Asambleas Provinciales del Poder Popular y de Diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular.

4.A.2.1. Que cada una de las circunscripciones determinadas para las elecciones municipales elija, por voto directo de sus electores, un Delegado a la Asamblea Municipal del Poder Popular. Cada elector podrá votar por un sólo candidato a Delegado.

4.A.2.2. Que cada una de las circunscripciones determinadas para las elecciones provinciales elija, por voto directo de sus electores, un Delegado a la Asamblea Provincial del Poder Popular. Cada elector podrá votar por un sólo candidato a Delegado.

4.A.2.3. Que cada una de las circunscripciones determinadas para las elecciones nacionales elija, por voto directo de sus electores, un Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular. Cada elector podrá votar por un sólo candidato a Diputado.

4.A.3. Que los ciudadanos sean nominados como candidatos a Delegados a las Asambleas Municipales y Provinciales y como candidatos a Diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular, únicamente y directamente mediante firmas de apoyo de los electores de la circunscripción que corresponda, según las condiciones que se exponen en los puntos 4.A.4, 4.A.4.1, 4.A.4.2 y 4.A.4.3 de esta petición.

4.A.4. Que las condiciones necesarias y suficientes para que un ciudadano quede nominado como candidato sean:

4.A.4.1. Cumplir con las condiciones que disponen los Artículos 131, 132 y

133 de la Constitución de la República para que un ciudadano tenga derecho al voto y a ser elegido.

4.A.4.2. La presentación ante las autoridades correspondientes, con un plazo no menor a los treinta días anteriores a las elecciones, de las firmas, apoyando su candidatura, de no menos del 5 por ciento del número de electores de la circunscripción que aspira a representar. Cada elector sólo podrá apoyar de esta forma a un aspirante a candidato a Delegado a la Asamblea Municipal del Poder Popular, a un aspirante a candidato a delegado a la Asamblea Provincial del Poder Popular y a un aspirante a candidato a Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular.

4.A.4.3. Residir en la circunscripción correspondiente si aspira a ser candidato a Delegado a la Asamblea Municipal del Poder Popular, residir en la provincia correspondiente si aspira a ser candidato a Delegado a la Asamblea Provincial del Poder Popular y residir en el país si aspira a ser candidato a Diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular. En cualquier caso, para ser candidato, deberá residir en el país al menos durante el año anterior a las elecciones.

4.A.5. Que los electores, los aspirantes a candidatos y los candidatos tengan derecho a reunirse en asambleas, sin más condiciones que el respeto al orden público, para exponer sus propuestas e ideas. Todos los candidatos tendrán derecho al uso equitativo de los medios de difusión.

4.B. La nueva Ley Electoral con los contenidos aquí expresados deberá entrar en vigor en un plazo no mayor a los sesenta días posteriores a la realización de este Referendo.

5. Que se realicen elecciones generales en un plazo comprendido entre los 270 días y los 365 posteriores a la realización de este Referendo.

Una obligación ética

Juan Antonio Blanco

I

Dada mi trayectoria política, trato siempre de evitar incurrir en las actitudes que Isaac Deutscher tipificaba como expresiones de la (mala) conciencia del ex comunista, aunque no me reconozca en esa o cualquier etiqueta. Quienes lanzan por la borda los ideales de justicia social que antes predicaron, en rencorosa venganza por los medios inaceptables con que a menudo se pretendió alcanzarla, no tienen mi simpatía. Pero ese no es el caso del Proyecto Varela que, mediante la presentación de más de las 10.000 firmas que las leyes cubanas reclaman para considerar una propuesta legislativa, ha solicitado la celebración de un referendo para cambiar *las leyes* que obstruyen derechos ciudadanos avalados en la Constitución vigente.

El Proyecto se ampara en el artículo 88 de la Constitución socialista, el cual, en su inciso G, establece que un grupo de más de 10.000 ciudadanos, empadronados en el último censo electoral, puede proponer a la Asamblea Nacional del Poder Popular una iniciativa de ley. En los últimos dos años, el Ingeniero Oswaldo Payá y sus colaboradores del Movimiento Cristiano de Liberación, lograron reunir más de 11.000 firmas y, a principios de mayo, antes de la visita del ex presidente James Carter a la Habana, presentaron el Proyecto al poder legislativo de la Isla. Carter se referiría al Proyecto en su discurso en el Aula Magna de la Universidad de La Habana (que estaba siendo transmitido en vivo a todo el país) y de esa manera torcida millones de cubanos a los que estos disidentes no habían podido hacer llegar aún su mensaje se enteraron, al menos, de su existencia.

El Proyecto Varela propone, en esencia, un referéndum nacional en el que se consulte a la población si está o no de acuerdo con las siguientes demandas: [1] amnistía general para presos políticos de conciencia; [2] apertura de la pequeña y mediana empresa privada nacional; [3] una reforma legislativa que garantice las libertades de expresión y asociación; [4] revisión y cambio de la ley electoral orientándola al pluralismo político; [5] elecciones libres en un plazo de nueve meses.

Lo que realmente nadie pudo imaginar es que la respuesta oficial sería auto-dinamitar la constitucionalidad del régimen antes que enredarse en el debate legal y político que abría el Proyecto Varela. Desde la cúspide del poder se urgió a la dirección de las organizaciones de masas del país que reclamase a la Asamblea Nacional la aprobación de una enmienda constitucional que hace «inamovibles» —hasta la eternidad— todos sus acápites, en particular aquellos referidos a la naturaleza y rasgos del régimen político, económico y social imperante en la actualidad. Los Comités de Defensa de la Revolución movilizaron —y controlaron— casa a casa el apoyo ciudadano a esta «iniciativa de la sociedad civil» apoyada luego, unánimemente, por la Asamblea Nacional. Los supuestos marxistas que controlan la cima del poder cubano decretaron de esa manera «el fin de la historia nacional»; algo que se da de narices con los principios del materialismo histórico y dialéctico que pretenden profesar. El *status quo* quedó así congelado por decreto oficial.

No es «más de lo mismo» como muchos, honradamente, pueden creer. Lo sucedido es muy grave.

II

El Proyecto Varela reviste mayor importancia que la que hoy apenas asoma a la superficie, por lo siguiente:

1. El citado Proyecto no está dirigido a cambiar la actual Constitución cubana sino algunas leyes —ciertamente no todas las que deberían transformarse— así como reglamentos y «orientaciones» vigentes que niegan sus preceptos. En otras palabras: si la Constitución de 1976 y sus enmiendas de 1992 contemplan la libertad de asociación, —por poner un ejemplo—, esta libertad queda luego legislada, reglamentada y «orientada» de forma tal, (en la Ley 54, el reglamento de la Ley 54 y las disposiciones administrativas, escritas y verbales, de los organismos del Estado), que su letra y espíritu son negadas en la práctica cotidiana. Una llamada telefónica desde el Consejo de Estado bastó en el segundo semestre de 1995 para «congelar indefinidamente» el registro legal de nuevas asociaciones civiles, demostrando que la «orientación verbal» de una jerarquía superior valía más que cualquier precepto constitucional y la ley encargada de regular su ejercicio. El Artículo 54 de la actual Constitución quedó así suspendido hasta próximo aviso por obra y gracia de un leve susurro desde la puerta del fondo del poder. Lo mismo podría decirse de la situación para ejercer el derecho a ejercitar la libertad de expresión negado por las leyes sobre «propaganda enemiga» y el Artículo 8 de la Ley 88 de 1999. La posibilidad de poseer medios de producción privados está contemplada ya en las enmiendas que se hicieron en 1992 a la Constitución de 1976, pero es sabido que la práctica cotidiana va encaminada a la asfixia deliberada del trabajador por cuenta propia y la imposibilidad de cualquier nacional residente en la Isla (salvo contadas excepciones) de invertir en empresas de mayor escala. La posibilidad de amnistiar unos 250 presos políticos (o «contrarrevolucionarios» según el discurso oficial) no es una idea disparatada ya que cuenta con un masivo antecedente de varios miles de personas, muchas de

las cuales sí habían ejercido la violencia contra el orden estatal, que fueron liberadas cuando ya regía la Constitución de 1976.

El punto que presenta mayor complicación es el de las elecciones que se solicitan. Sin embargo, podría suponerse que existiendo garantía plena para el ejercicio de los derechos de expresión, asociación y reunión se haría posible el *pluralismo*. Así podrían surgir candidatos con diferentes propuestas y programas en las boletas electorales que ninguna Constitución o Ley electoral —hasta el presente— obliga a que continúen siendo de «candidatura única». La propuesta no prejuzga la participación o no de partidos políticos en el proceso electoral ni aboga porque se introduzca la nefasta influencia del dinero en el proceso electivo que ha desnaturalizado a más de un sistema político. En dos palabras: si bien el *pluripartidismo* todavía seguiría sin tener posibilidades legales en Cuba sin haberse primero suprimido el Artículo V de la Constitución, un verdadero *pluralismo de ideas y opciones* —sin tráfico financiero de influencias políticas— podría hacerse presente en las actuales elecciones del Poder Popular. La propuesta y elección de candidatos sería a partir de entonces sobre la base del *mérito de las ideas y propuestas*, además de las virtudes personales de los aspirantes a cargos públicos, en lugar de medir los méritos sobre la base del historial *de lealtades* que hayan demostrado los propuestos hacia la ideología oficial y sus líderes a lo largo de su vida. Pero, si bien este es posiblemente el punto más difícil de aceptar para el liderazgo cubano, a lo sumo se trata de las complejidades a dilucidar y resolver que presenta apenas uno solo de los cinco aspectos de una propuesta que busca, ante todo, consenso político en torno al problema de fondo: el reconocimiento de la existencia de un conflicto entre ciertos valores refrendados por la Constitución y el conjunto de la legislación vigente que obstruye el libre ejercicio de la autodeterminación y soberanía popular.

2. Sin embargo, es pertinente precisar que la disparidad y el conflicto entre ciertos preceptos constitucionales y la legislación, reglamentos y «disposiciones administrativas» vigentes que regulan su ejercicio, no fueron descubiertos por el Movimiento de Liberación Cristiano de Oswaldo Payá ahora, —aunque es muy posible que él mismo no lo sepa— sino por la propia Asamblea Nacional de Cuba hace siete años. A inicios de 1995, una comisión de expertos de la Asamblea dio cuenta del hábito burocrático de desconocer o violentar los preceptos constitucionales desde las leyes, reglamentos y «orientaciones administrativas». Por aquellos días se le llamó incluso la atención al entonces (y actual) ministro de Educación Superior sobre sus llamamientos inconstitucionales a hacer de las carreras universitarias un privilegio exclusivo de los que muestren una clara militancia política de apoyo al gobierno («las universidades son para los revolucionarios»). Corrían los últimos meses de la breve y precaria apertura reformista de la primera mitad de la década de los 90 del pasado siglo.

En febrero de 1996 fueron derribadas avionetas de la organización de exiliados Hermanos al Rescate, cuya ruta y misión no violenta habían sido *de antemano* —hoy es sabido— informadas a La Habana por uno de sus agentes a

quien se ordenó retornar a Cuba en la víspera del incidente. La emboscada militar a las avionetas resultó ser, simultáneamente, una *deliberada* emboscada política contra las fuerzas del reformismo sistémico y un posible proceso de distensión con el presidente Clinton quien, hasta ese momento, había detenido con la amenaza de su veto la aprobación de la Ley Helms-Burton por el Congreso.

Del problema señalado por la Asamblea Nacional no se volvió a hablar como tampoco volvió a reunirse la Comisión Ad-Hoc sobre Derechos Humanos de la propia Asamblea —otra digna iniciativa de aquellos tiempos— que pretendía identificar y abordar la solución de los problemas reales de violaciones de derechos ciudadanos (o sea, aquellos que, ya se reconocía no eran ficciones de la propaganda del adversario). A esta última se le permitió constituirse para reunirse apenas una sola vez, sus actas fueron engavetadas y pasó al olvido su fugaz existencia. «Hay otros temas de mayor prioridad», fue la lacónica explicación dada a quienes impulsamos esta idea.

Los reformistas sistémicos creíamos que «otro socialismo mejor era posible». Pero ni tan siquiera la libre discusión en torno a diferentes modelos socialistas de desarrollo demostró ser viable, aunque formalmente estuviese amparada por derechos constitucionales. Lo único aceptable para las máximas autoridades de la Isla era, y es, el apoyo *incondicional* a sus criterios y decisiones. A su juicio, ellas y sólo ellas deben decidir *cuáles* asuntos pueden debatirse, *dónde* puede tener lugar tal discusión, *quienes* pueden participar en ella y *cuándo* pueden tolerar hacerlo. Esa fórmula les permite ejercer un férreo control interno sobre los discursos e iniciativas aperturistas —desde 1996 cercados dentro de limitados circuitos culturales— cuya siempre precaria existencia es entonces explotada, contando o no con la voluntad de sus promotores, para la «exportación» de imágenes positivas dirigidas a influir políticamente en el exterior. De ese modo, con independencia de la honestidad y buenos deseos de ciertos intelectuales y de algunas relevantes autoridades culturales, sus positivos —incluso valientes— esfuerzos terminan manipulados e integrados a la lógica y predominio de otras instituciones, en lo que Marcuse habría llamado estrategia de *tolerancia represiva* del sistema.

Ante el repliegue de buena parte de las fuerzas reformistas sistémicas en años recientes, no debiera ser sorprendente que aquellos que han promovido sus propias propuestas desde la ilegalidad pasaran a primer plano. El Proyecto Varela retoma algunas de las críticas y sugerencias que otros, desde la legalidad, pretendimos infructuosamente hacer antes del modo más comprometido y constructivo posible. Si bien es cierto que las fuerzas promotoras del Proyecto Varela son antisistémicas, no lo es menos que aquí han enarbolado propuestas provenientes del reformismo sistémico de la pasada década de los 90. Con ello ponían a prueba la voluntad del liderazgo cubano para respetar su propia Constitución y obligarlo, por vía legal, a abrir un debate político nacional sobre la necesidad de cambios.

3. Los seguidores del Proyecto Varela, sin embargo, no pretenden con su iniciativa —como hizo Fidel Castro al presentar pleito legal a Batista después

de su golpe de Estado— promover la vía de la violencia revolucionaria como respuesta a la innegable sed de cambios que hoy padece la nación. Sólo aspiran a dejar clara su voluntad política de dialogar públicamente la necesidad de cambios en el marco mínimo de derechos que otorga la Constitución vigente y así facilitar la libre expresión del civismo ciudadano en torno a ese asunto. A lo que aspiran es a —sin llamar a ejercer la violencia contra el status quo— hacer visible la inconformidad popular con el estado de cosas imperante para obligar a las autoridades a tomarla realmente en cuenta. Los que desalientan su gestión argumentando su inviabilidad frente a la insensibilidad del poder, no parecen proponer ninguna senda alternativa que no sea la de la resignada aceptación del actual inmovilismo. Tampoco tienen en cuenta el valor acumulativo de la lucha cívica y pacífica. A fin de cuentas, los promotores del Proyecto Varela no tienen mejores ni peores posibilidades que las que estaban a disposición de Martin Luther King Jr. cuando dio inicio al movimiento de derechos civiles. Al margen de distancias y especificidades, en uno y otro caso, los insumisos consideraban que las leyes vigentes (segregacionistas allá o totalitarias acá) negaban derechos constitucionales básicos que era necesario defender. Si el 5 de agosto de 1994 unas tres mil personas se lanzaron al malecón habanero en una masa contestataria —pero sin identidad— que se disolvió en breve, las 11.020 personas que ahora decidieron dar su nombre y apellidos, dirección y número de identidad junto a su firma, daban un paso consciente e irreversible hacia su autonomía moral. Requirieron para ello un coraje similar a aquel del que hizo acopio Rosa Parks cuando decidió no ceder su asiento en el autobús a un blanco por el simple color de su piel. Estas personas se saben marcadas definitivamente, aún si, llegado el caso, ahora decidiesen ceder, retractándose de lo hecho bajo la presión estatal. Pero la escuela de civismo y coraje que para miles de personas ha representado el Proyecto no puede ya ser revertida con esas tácticas.

4. El significado último del Proyecto Varela yace por ello en otra parte; más allá de sus posibilidades frente a un poder intolerante. Al poner sobre la mesa, al margen de la solicitud de un referéndum, una propuesta tan sucinta, clara y de amplio consenso, los promotores del Proyecto Varela han tendido puentes entre los residentes en la Isla y los miembros de la diáspora, así como entre personas de diferentes percepciones y afiliaciones ideológicas. El tema de si se llegaba a autorizar un referéndum o no, o si el gobierno cubano podía aplastar, rechazar o cooptar tal reclamo devino secundario ante el hecho de que los cinco puntos que se pretenden promover son tan claros y populares que 11.020 cubanos decidieron arriesgarse y suscribirlos. Se ha tocado la fibra de un posible consenso nacional. Si tenemos en cuenta que los partidarios de cambios en regímenes de esta naturaleza tienden a ocultar masivamente su pensamiento (los «partidos del taxi» les decían en la España franquista porque todos los afiliados formalmente a partidos de oposición podían reunirse dentro de un auto), entonces estamos ante algo nuevo. Los 11.020 ciudadanos ya no pueden ser clasificados como «grupúsculos», por lo que han sido rebautizados como «ínfima representación del electorado» por

las autoridades. Las 11.020 personas que han apostado a un movimiento cívico con el Proyecto Varela representan hoy la punta del iceberg del descontento popular respecto al status quo vigente. Las recientes manifestaciones callejeras convocadas por el gobierno carecen de la credibilidad de esas 11.020 firmas ciudadanas: mientras que los que suscriben el Proyecto Varela corren riesgos por su acción los que se sumaron a las demostraciones callejeras corrían riesgos de no hacerlo. Decenas de «mesas redondas» (previamente «cuadradas») y de «tribunas abiertas» (con listas cerradas de oradores) no alteran ese dato. Las supuestas «batallas de ideas» no son posibles en regímenes de pensamiento único.

Pese a los millones de ciudadanos obligados a exhibir su «lealtad» en una cotidianidad totalmente estatizada, no dudo que cientos de miles de personas creyesen sinceramente que eran las palabras de Bush a las que se pretendía dar respuesta sin meditar suficientemente en las consecuencias de tener que —*supuestamente* para ello— apoyar la inamovilidad jurídica del sistema. No dudo tampoco que algunos todavía se hayan impresionado con la recogida multitudinaria de firmas y los desfiles masivos. Ojalá pudiesen todos repasar el informe rendido al Buró Político por Jorge Risquet respecto al último congreso en el poder del Partido Comunista de Rumanía. En ese documento Risquet se extendía en detalles sobre la supuesta solidez del socialismo bajo el régimen de Nicolae Ceaucesku. Basaba su criterio en la eficiencia de los aparatos de seguridad del Estado que tenían profundamente penetrados a todos los grupos de oposición y el fervor que creía ver en los rumanos por su líder y el sistema socialista allí construido. «Todo bajo control», afirmaba entusiasta. Bastaron unas pocas semanas para que el viejo topo de la Historia desmontara esa complaciente lectura de la realidad. Fue precisamente en una de esas tradicionales manifestaciones pro gubernamentales desde donde surgió la rebelión que llevó a los Ceaucesku al patíbulo y al texto de Risquet a las más recónditas bóvedas del Comité Central cubano.

5. Lo que pretenden y vienen logrando los promotores del Proyecto es demostrar ante el pueblo cubano y la opinión pública internacional —incluyendo la de izquierdas— que el régimen de socialismo de Estado no ha sido ni es democratizable en primerísimo lugar debido a la falta de voluntad política de unas —muy pocas— personas para quienes sus propias leyes tienen escaso valor y ejercer el poder absoluto es una filosofía de gobierno. Lo que han demostrado ya es que, aún en las adversas circunstancias actuales, es posible perder el miedo a las consecuencias de sostener públicamente opiniones distantes o en conflicto con las oficiales. La gran contribución que han hecho en estos meses es la de demostrar que las expresiones de *autonomía moral*, como señaló Hannah Arendt, si bien poco frecuentes, siguen siendo *posibles* dentro de estados de corte totalitario. Once mil veinte ciudadanos se comportaron de manera valiente y cívica al dar su firma a los promotores del Proyecto. Rompieron el doble discurso cotidiano, «salieron del closet» y dijeron lo que pensaban. Nada borra ya lo sucedido y sus futuras implicaciones para la subjetividad de la nación.

6. Frente al Proyecto Varela también se esgrimen otros argumentos. La vieja historia de que toda disensión tiene detrás a la CIA es una mala adaptación de la acusación anticomunista, típica de la Guerra Fría, cuando detrás de cada activista de la justicia social se pretendía ver «el oro de Moscú». Evidentemente la CIA no pagó a los 11.020 suscriptores del Proyecto y cualquier residente en Cuba sabe el posible precio de apoyar semejante iniciativa: perder el empleo, la oportunidad de estudiar en la universidad, saberse cerrados los canales de promoción vertical, verse obstaculizado en el mercado laboral aún bajo extenso monopolio estatal, estar marcado por las autoridades como perenne sospechoso, incluso, ir a parar a un centro de detención e interrogatorios o a la cárcel. Haber logrado que 11.020 ciudadanos perdiesen el miedo en un país donde los verbos más conjugados son los de «resolver» y «escapar», y la filosofía de la supervivencia cotidiana es la de no buscarse problemas ni «marcarse» innecesariamente, es un desafío a las estructuras de poder que no quedará sin respuesta. Sin asegurarse la permanencia del miedo colectivo no es posible obtener la pasividad y el conformismo que proveen buena parte de la estabilidad interna al actual régimen político cubano.

Tampoco es admisible el recurrido argumento de que identificarse con la iniciativa del Proyecto Varela equivale a «hacerle el juego al imperialismo». Si bien es cierto que importantes políticos de EE UU y otros gobiernos lo han apoyado, es porque el Proyecto *abre la posibilidad de debatir cambios* en Cuba; no porque el Proyecto contenga *per se* una estrategia en favor del restablecimiento de la hegemonía estadounidense en la Isla. El Proyecto Varela pretende simplemente abrir un debate sobre la necesidad de cambios. Hacia dónde irían luego esos cambios de lograrse abrir ahora el debate es asunto que dependerá, ante todo, de las distintas corrientes de pensamiento que integran hoy al pueblo cubano radicado en la Isla. Suponer que favorecerían a las tendencias más reaccionarias es una afrenta a la inteligencia y sensibilidad de la población. Si ese fuese lamentablemente el caso, habría que reconocerlo y partir de esa realidad, cuya raíz estaría en la progresiva erosión del ideal socialista provocada por ciertas políticas concretas ejercidas en su nombre durante más de cuatro décadas. En ese sentido lo que sí le hace el juego a la reacción es la pretensión de identificar el ideal socialista con el fraude del socialismo de Estado que ahora se declara irrevocable hasta el fin de los tiempos.

Los que simpatizan con las ideas socialistas deberían siempre saber distinguir las luces de las sombras en el proceso cubano y reconocer las flagrantes contradicciones que éste presenta respecto a la ideología con la que intenta legitimarse. Sobre todo ahora que de la lógica de Karl Marx se ha pasado a la de Francis Fukuyama sin pestañear siquiera.

7. Con independencia de las diferencias ideológicas que puedan separarnos de los iniciadores del Proyecto Varela, de las divergencias que tengamos con una u otra persona o institución que decida apoyarla desde Cuba u otro país, o de los contenidos (técnicos o sustantivos) de esa iniciativa, lo cierto es que han venido realizando una contribución valiente, novedosa e invaluable a la democratización de nuestra sociedad y a la reconciliación pacífica de sus

ciudadanos que merece el respeto y reconocimiento de toda persona progresista. Los cambios que promueve el Proyecto no predeterminan la naturaleza de derechas o izquierdas del futuro gobierno, el carácter democrático participativo o meramente representativo del futuro régimen político, la organización neoliberal o social democrática de la futura economía. Lo que sí demanda el Proyecto es que se creen en el presente las condiciones legales mínimas para que la soberanía popular —que es la verdadera esencia de la soberanía nacional— pueda, apenas, comenzar a expresarse más libremente. Es por ello que puede recibir el apoyo de las más variadas fuerzas del espectro político ideológico, —comprometidas con diferentes y contradictorios proyectos de transición y cambio para la sociedad cubana—, que van desde el ala neoliberal hasta las diferentes corrientes del socialismo democrático.

8. Adicionalmente, el Proyecto Varela tiene el valor agregado de hacer esta demanda a través de los resquicios de una legalidad controlada esencialmente hasta ahora por un muy reducido grupo de personas que, después de más de cuatro décadas en el ejercicio del poder, han llegado a creerse ser ellas mismas el Estado y la nación. Ahora, promotores y suscriptores enfrentarán lo peor por su valor y civismo. Si tan solo fuese por eso, merecen todo el apoyo de quien crea que «otro mundo mejor es posible» *también* para Cuba. Como mínimo, se han hecho acreedores, frente a las nuevas amenazas que penden sobre ellos, de nuestra exigencia a favor de que se les respete su libertad y *dignidad*. Ante todo, los que desde cualquier rincón del mundo —cubanos o no— creemos en una nueva ética política con la que enfrentar los problemas de este nuevo milenio, tenemos el deber moral de hacerles saber que, sean cuales sean las diferencias, no están solos en esta hora crítica.

III

Durante su visita a Cuba, el presidente Jimmy Carter, siempre en respetuosa actitud según las propias autoridades de la Isla, sugirió que el Gobierno diese debida consideración al Proyecto Varela y publicase su texto para que todos los ciudadanos se formaran su propia opinión sobre sus méritos y defectos. El presidente cubano guardó silencio varias semanas hasta que encontró, en un discurso pronunciado por el presidente George W. Bush el pretexto buscado para rechazar —indirectamente, sin mencionarlos siquiera— al Proyecto Varela y las sugerencias de Carter.

El insólito rumbo finalmente decidido frente al Proyecto Varela —dinamitar todo vestigio de credibilidad en la Constitución vigente y decretar «el fin de la historia» en la Isla— no es «irracional», como pueden suponer algunos que confunden su solidaridad con la ya centenaria lucha por la libertad, soberanía y justicia social del pueblo cubano, con la simpatía por su gobierno. Simplemente responde a *otra* racionalidad: la del poder absoluto. Desde esa racionalidad su reacción es lógica. En nombre de una supuesta respuesta al presidente Bush, Fidel Castro amarró, finalmente, su *nomenklatura* a la proa del Titanic del socialismo de Estado cubano. De ese modo los hizo rehenes del statu quo antes de realizarse el VI Congreso del PCC. Esta vez la Constitución

de 1976 no fue simplemente modificada, sino *momificada* en una operación contraria a toda doctrina jurídica. ¿Fue sincero el apoyo de todos esos diputados y funcionarios a esta iniciativa? Clarificar que los caminos legales del cambio se clausuran para siempre no parece ser una fórmula que pueda realmente reflejar la conciencia íntima de todos los que, desde la Asamblea Nacional hasta el último rincón del país, se sintieron inescapablemente presionados a comprometerse con ella.

Lo irónico del caso es que después de todo esto no han logrado darle respuesta al Proyecto Varela que no reclamaba una enmienda de la Constitución, sino de ciertas leyes vigentes que impiden ejercer derechos constitucionales. *Todavía están obligados —por la propia Constitución que acaban de hacer inamovible— a darle curso a esa propuesta ciudadana.* Mientras que la Constitución socialista de 1976 ha sido desacreditada por una enmienda contraria a toda doctrina legal, el Proyecto Varela, con todas sus insuficiencias técnicas, ha sentado un hito en la lucha cívica y pacífica por la democratización de la sociedad cubana y el libre ejercicio de la soberanía popular. No obstante, dada la nueva «inamovilidad» del régimen constitucional, el Proyecto Varela tendrá también que considerar la posibilidad de ir más allá de sus planteamientos originales para propiciar en lo adelante el diálogo en torno a una nueva Constituyente que dé fundamento a la IV República y contribuya de ese modo a su advenimiento.

La amenaza del presidente cubano de echar por tierra los escasos, pero cruciales, acuerdos con EE UU, reflejaba demasiada ira y constituía una desproporcionada respuesta a un discurso de Bush en que nada era realmente nuevo y los adjetivos peyorativos estaban claramente dirigidos a granjearse el voto cubano-americano para la reelección de su hermano Jeb como gobernador de la Florida. Cualquiera que sea la opinión que pudiera tenerse sobre el hecho, la patética pretensión de ver en la distribución gratuita, por los diplomáticos de EE UU en Cuba, de radios con onda corta —como aquellos que podrían adquirirse en cualquier *radio shack* (tienda de radios)—una agresión *tan intolerable* a la soberanía nacional que pudiera llegar a provocar el cierre unilateral de toda relación con Washington mueve a risa. No pude sino recordar una anécdota —publicada en Cuba, por cierto— de cuando el entonces Ministro de Industrias, Ernesto Che Guevara, visitó una fábrica de ensamblaje de radios y su administrador le informó orgulloso que se había discapacitado su recepción en onda corta para impedir que se oyese la Radio Swan, predecesora de la actual Radio Martí. La respuesta del guerrillero argentino fue tajante cuando le espetó indignado al administrador que el día en que la existencia de la Revolución dependiese de que el pueblo no pudiese escuchar las estaciones de radio de sus adversarios sería mejor que los dirigentes empacasen las maletas y se marcharan del país.

IV

La transición cubana parece adentrarse, por el egoísmo de unos pocos, en un camino de incertidumbre creciente. Los que sólo prestan atención a la calma aparente de la superficie social, deben tener presente que en el subsuelo de la

sociedad cubana se vienen acumulando múltiples tensiones que pueden dar lugar a inesperados movimientos telúricos. Nadie esperaba la explosión social del 5 de agosto de 1994 en pleno centro de la capital cuando, sin embargo, no hubiese sido demasiado difícil pronosticarla de haber existido la necesaria libertad para debatir la realidad nacional.

El deterioro de la economía y su impacto sobre la cotidianidad, el agotamiento de la ciudadanía bajo un régimen que le exige la movilización permanente, no parece que podrán encontrar ya su alivio con nuevos anclajes en esquemas de cooperación y pactos de integración que más de una vez estuvieron al alcance de la mano. Una economía que declina, un deterioro social visible, una burocracia que parece ser eficiente sólo para encontrar un problema a cada solución, cerrados los caminos del cambio pacífico y gradual a través de la legislación vigente, con una potencialmente explosiva relación bilateral con la nueva Administración en EE UU y un clima internacional enrarecido y cada vez más arbitrario como resultado de las acciones del once de septiembre del pasado año, hay razones suficientes para que se generen preocupaciones sobre lo que se avecina.

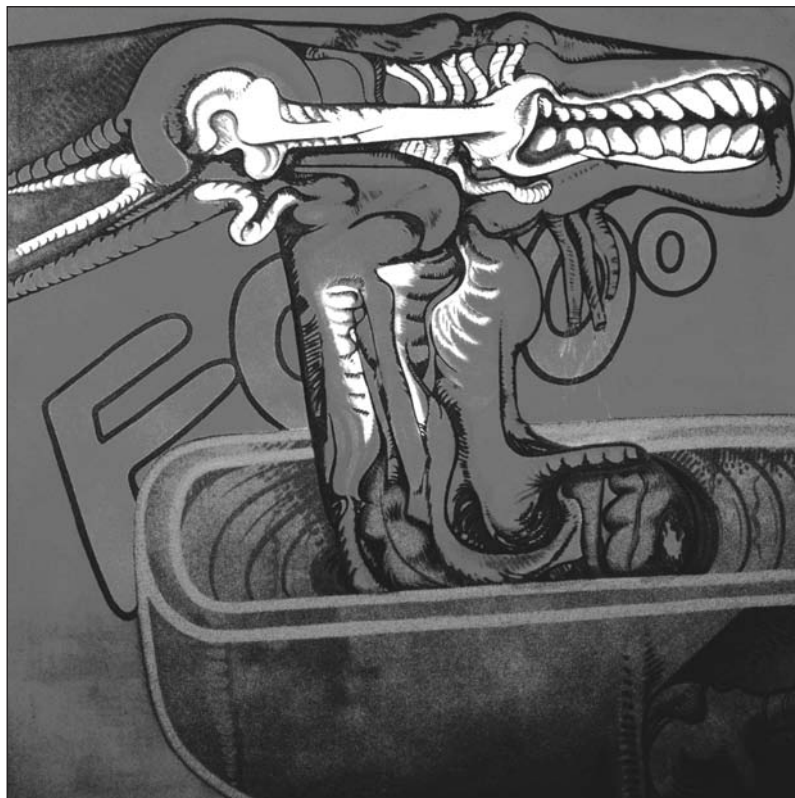
La declaración de inamovilidad de la Constitución y del régimen de socialismo de Estado no es una señal de fuerza, sino de debilidad del sistema. El programa de la contrarreforma adoptado en 1996 por el V Pleno del CC ha demostrado ser un fracaso y entrado en una fase crítica. Ante la dirigencia cubana se viene replanteando el dilema de inicios de los años 90: ¿reprimir o reformar? Pero Fidel Castro se les anticipó antes de que optaran por lo segundo en el VI Congreso del PCC. El proceso de reatrincheramiento en las instituciones y el régimen de socialismo de Estado iniciado en 1996 ha llegado al cenit. Lo ocurrido ahora es muy grave. Pero el viejo topo de la Historia también actúa en esta Isla y puede emerger por el lugar más inesperado.

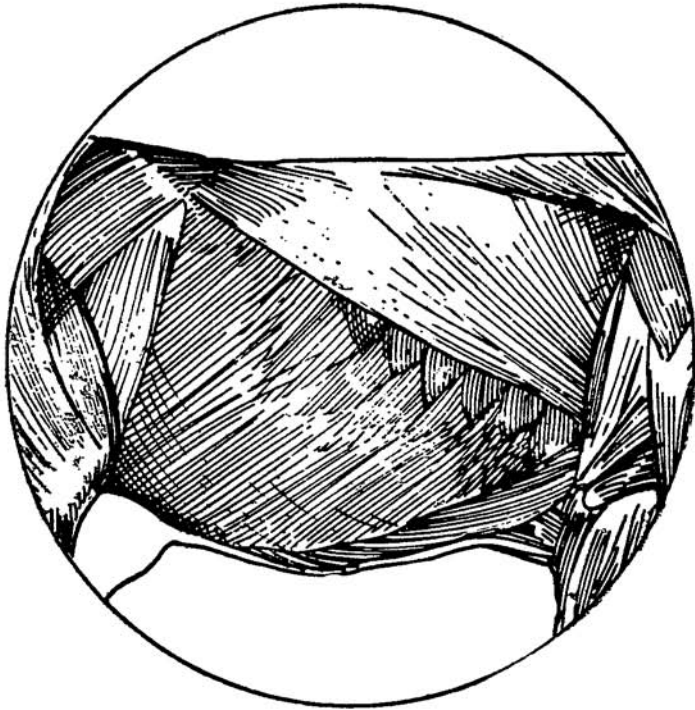
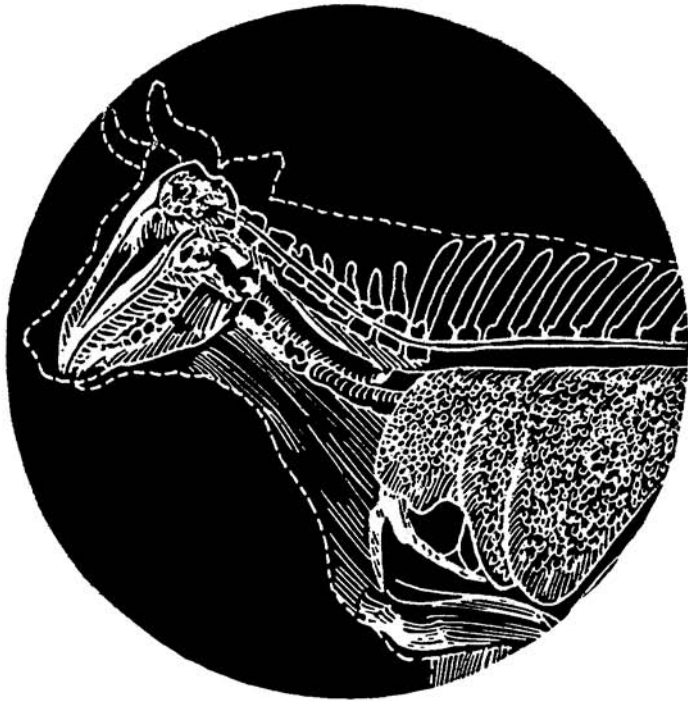
La comunidad internacional debería tomar nota de que lo que acaba de suceder en Cuba no es «más de lo mismo» y explorar posibles acciones diplomáticas que ayuden al pueblo cubano a salir —pacíficamente— del laberinto que le han impuesto sin informarle de sus opciones. Por otra parte, los que desde cualquier latitud geográfica o ideológica simpatizan con la idea de la defensa de la soberanía nacional —que presupone el acatamiento de la libre expresión de la voluntad popular por un gobierno que pretende asumir su representación— deberían movilizarse, antes de que sea demasiado tarde, para impedir que en Cuba sean aplastadas aquellas iniciativas orientadas a hacerla prevalecer de manera constructiva y pacífica.

También los que alguna vez nos limitamos a promover una democratización parcial del sistema político, deberíamos tomar definitiva nota de lo sucedido. La lección aquí es que habrá plena democracia para todos o nunca llegará a haberla para nadie. Defender la soberanía nacional cubana es hoy —ante todo— defender el derecho de *todo* el pueblo a opinar, optar y decidir su futuro en un marco de plenas libertades y derechos políticos y civiles. Y esa soberanía nacional es necesario defenderla *no solamente* frente al ingerencismo de *cualquier* potencia extranjera frente al Estado cubano, sino también

frente al régimen político que internamente pretende hoy usurpar la soberanía popular eternizándose en su pretendida representación.

Para Rosa Luxemburgo la democracia en el socialismo tenía que incluir el derecho a ejercer la oposición. Podríamos agregar que en el siglo XXI la democracia reclama *no sólo* la existencia de un Estado de Derecho, la libre expresión del pluralismo ideológico y elecciones para la alternancia administrativa del poder público, sino de una participación y socialización del poder mucho más amplia que la conocida hasta ahora en cualquier parte. Exige la unión —indivisible e interdependiente— del pleno ejercicio de los derechos políticos y civiles con los económicos, sociales y culturales. Es por ello que oponerse a la eternización del socialismo de Estado y favorecer la completa democratización de la sociedad cubana es una posición *progresista* y una necesidad impostergable. Aún más: es una obligación ética.





POLÉMICA MÉXICO-CUBA

Rafael Rojas

En la primavera de este año, México y Cuba enfrentaron una severa crisis diplomática que estuvo al borde de una ruptura de relaciones. A continuación, *Encuentro* rescata tres artículos de destacados ensayistas mexicanos: el novelista y crítico Christopher Domínguez Michael (*La sabiduría sin promesa*, 2001) y los jóvenes filósofos Jesús Silva-Herzog Márquez (*El antiguo régimen y la transición en México*, 1999) y José Antonio Aguilar (*El fin de la raza cósmica*, 2001). En estos textos se percibe el avance de una percepción crítica de la realidad cubana en la vida intelectual de México.

Castro y los huérfanos de la revolución mexicana

Christopher Domínguez Michael

MIENTRAS LOS CUBANOS ENCUENTRAN LA MANERA DE DESHACERSE DE CASTRO, SI ES que les interesa, el PRD y el PRI tendrán que aprender a vivir en un mundo donde la ternura por la Revolución cubana acabará por volverse una excentricidad, como obsoletos se volvieron tantas mitologías del siglo xx. El problema es cómo convivir con una oposición en cuya papelería se exalta la democracia parlamentaria mientras que su política exterior, en nombre del antiyanquismo, se concentra en la exaltación de un régimen de partido único donde no existe ninguna de las libertades democráticas que el PRD y el PRI reclaman para México. La nostalgia de la mayoría de la defensa ominosa y numantina de la dictadura cubana se ha convertido en el centro de la agenda nacional del PRD y del PRI. Han llegado tan lejos, sordos ante cualquier consideración jurídica o humanitaria, que sólo queda esperar que los huérfanos bícefalos de la Revolución mexicana empeñen y pierdan en esta aventura el poco capital democrático que les resta.

El episodio 2002 de la fraterna amistad entre la Revolución mexicana y la Revolución cubana comenzó, al parecer, con una provocación del Comandante en Jefe. Consciente de que el gobierno de Fox, tras algunas vacilaciones, sabría honrar su origen democrático, sumándose a las timoratas medidas que la comunidad internacional dicta rutinariamente contra su dictadura, Castro decidió huir hacia adelante. Fracasado el primer portazo a la embajada de México en La Habana, el dictador se presentó en

Monterrey como una amante despechada, estalló en lágrimas por las humillaciones a que lo somete el otrora galante régimen mexicano, y dió un segundo portazo, tras haber logrado su cometido, convertirse en la principal atracción de esa cumbre. Como es natural, el PRD y el PRI, celosos guardianes del principio de no-intervención, no tomaron nota de las intenciones un tanto intervencionistas del Comandante, quien pretendió provocar la caída del canciller Jorge Castañeda, a quien tiene por autor de su desgracia. Horas después, las turbas castristas en La Habana, azuzadas por *Juventud Rebelde*, salieron a la calle a exigirle, palabras más, palabras menos, al presidente Fox la destitución de su secretario de relaciones exteriores, como si Cuba fuese un municipio dependiente de Los Pinos y no una república soberana.

A Castro, otro de los grandes derrotados del 2 de julio del 2000, le salieron mal las cosas. El gobierno de México votó a favor de la resolución de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU que pondrá, por enésima vez, bajo vigilancia al régimen castrista. Y los dirigentes del Partido Comunista cubano tendrán que esperar una nueva oportunidad para disparar sobre la línea de flotación del gobierno mexicano, cosa que no hacían, por cierto, cuando gobernaban en México policías torturadores como Fernando Gutiérrez Barrios, íntimo amigo del Comandante.

Mientras los cubanos encuentran la manera de deshacerse de Castro, si es que les interesa, el PRD y el PRI tendrán que aprender a vivir en un mundo donde la ternura por la Revolución cubana acabará por volverse una excentricidad, como obsoletos se volvieron tantas mitologías del siglo xx. El problema es cómo convivir con una oposición en cuya papelería se exalta la democracia parlamentaria mientras que su política exterior, en nombre del antiyanquismo, se concentra en la exaltación de un régimen de partido único donde no existe ninguna de las libertades democráticas que el PRD y el PRI reclaman para México. La nostalgia de la mayoría de los priístas por sus años dorados con La Habana es comprensible; esa amistad les permitió ejercer el autoritarismo en México ante la benevola mirada de la progresía universal, y hay que decirlo, utilizar hábilmente a Cuba como un contrapeso geopolítico frente a los Estados Unidos. Para los priístas, la Cuba revolucionaria fue su casa chica.

Dada la invaluable contribución de sus fundadores a la transición en México, el caso más lamentable es el del PRD. Tras el episodio cubano de esta primavera, una vez electa la señora Rosario Robles, el PRD ha perdido, acaso para siempre, el hilo que lo conduciría a transformarse en un partidodemócrata moderno. Cansados de jugar a las elecciones internas, que tan mal les salen, los perredistas peregrinan a La Habana a desagrar a Castro y estarán mirando con placidez y miuna aquellos trópicos donde no se realizan elecciones de ningún tipo.

Los huérfanos institucionales y democráticos de la Revolución mexicana ven en la Cuba de Castro tanto al paraíso perdido como a la utopía cancelada. Pero la simpatía por el castrismo va mucho más allá del PRI y del PRD, estando asociada a esa tradición antiestadounidense tan entrañable para amplios sectores de la opinión pública mexicana. El antiyanquismo mexicano tiene profundas raíces históricas; pero casi ninguna de ellas, hay que repetirlo, es democrática ni liberal.

El odio a la sociedad abierta —y a su expresión más visible y compleja, los Estados Unidos— va asociado al culto por el caudillo providencial. Ambos elementos provienen, en América Latina, de la vieja derecha hispanófila, antiprotestante y protofascista.

Si el viejo Vasconcelos estuviese vivo le perdonaría a Castro su comunismo, una viruela epocal, por su emperrada defensa de Ariel contra Calibán. Eso deberían saberlo los panistas, pero no lo saben y aquí entra en juego el tercer efecto del reciente episodio cubano. El PAN carece por completo de una cultura política que le permita comprender el mundo contemporáneo; cada vez que sus diputados son llamados a tribuna a defender la política de Fox y Castañeda ante Cuba lo hacen con incomodidad, obligados a combatir en un terreno que desconocen y que, muy evidentemente, les importa poco. Algunos de esos diputados comparten la antigua execración nacional-católica de los Estados Unidos, y la mayoría fueron educados en una subcultura gerencial, provinciana y mojigata que de muy poco le servirá al PAN para afianzarse como un verdadero modernizador del sistema político mexicano.

Vistas así las cosas, el último sainete de Castro desnudó a las tres principales fuerzas políticas del país. Quizá México sólo estará verdaderamente preparado para la democracia el día en que condenar en la ONU al régimen castrista sea tan natural como abominar de los crímenes de Pinochet.

Tomado de la revista *Letras Libres*.

El zorro y la tortuga

José Antonio Aguilar Rivera

UNA METÁFORA SIRVE PARA DAR CUENTA DEL ENFRENTAMIENTO ENTRE EL GOBIERNO de México y la dictadura de la isla de Cuba. Se trata de la extraña relación entre el zorro y la tortuga. El zorro, como reconoció Isaiah Berlin, sabe muchas cosas. Es un animal astuto y taimado. Está alerta en todo momento; husmea al viento en busca del rastro de la presa o el enemigo. Tiene el don de la oportunidad. La tortuga, en cambio, no es muy lista. Cree a pies juntillas en el poder de su voluntad para remontar los obstáculos que encuentra a su paso. Es lenta para percatarse de las maniobras del zorro, que siempre le lleva la delantera. Su corta estatura le impide ver más allá de unos cuantos metros; tampoco puede girar la cabeza para ver el camino andado. Cree que el mundo es como se presenta ante sus ojos. No sabe que a unos cuantos metros le espera un arroyo o, peor aún, una autopista. Su debilidad es la ingenuidad. A pesar de que el apellido del presidente de México quiere decir «zorro» en inglés, en el *affaire* cubano ha representado el papel de la tortuga.

Fidel Castro, en cambio, es un viejo zorro. Veterano de mil intrigas, el anciano dictador es un maestro de la manipulación política. Nadie que haya tenido contacto con un régimen policiaco se extrañará de la práctica de grabar las conversaciones telefónicas. El único sorprendido es el presidente Fox. En su enorme ingenuidad creyó que la mejor arma para lidiar con el dictador caribeño era la franqueza, el tuteo, la amistad y la confianza campechana de la que hace gala. Fox es un bonachón despistado que se dejó embarcar por su canciller en una «aventura descocada».

La astucia del zorro ahora se muestra con claridad. Después de la absurda visita de Fox a Cuba y de su reunión con los disidentes cubanos, Castro supo que la política de México hacia Cuba podía cambiar. La tortuga, por su parte, no sabía bien hacia dónde se dirigía. Desde su inauguración Vicente Fox ha creído que él es el anfitrión de la fiesta democrática. Tanto en política interna como externa, ha creído que su papel era saludar y sonreírle a todos los invitados. La obligación del anfitrión es, después de todo, tener a todos los huéspedes contentos. Esmerado en atender a los invitados, Fox olvidó el motivo de la fiesta. Todos eran bienvenidos. Lo mismo se tomaba del brazo con el dictador Fidel Castro y lo llamaba su «amigo», que asentía sonriente a las nuevas propuestas de que México tomara un papel más activo —y conflictivo— en la promoción de los derechos humanos. Creyó que podía complacer a todos. Un buen anfitrión no le niega nada a sus invitados. Castro, más astuto, supo que alguien —si no era el cándido e indeciso presidente— acabaría por definir el rumbo de la política exterior de México. El propio Castro ha dicho que el presidente de México es un ingenuo, una víctima despistada y manipulada por su secretario de relaciones exteriores. El enemigo no es el bonachón presidente, que gusta de montar a caballo, sino el pérfido traidor Jorge Castañeda. No es la tortuga la villana de la fábula, sino su ministro, una liebre saltarina. Pero en esta ocasión el canciller no se equivoca.

A partir del incidente en la embajada en La Habana era evidente que Castro iba dos pasos adelante del gobierno mexicano. Cuando tuvo lugar en Monterrey la cumbre de la ONU sobre el financiamiento del desarrollo, Fox aún no había reparado en la incongruencia de sus acciones hacia Cuba. Sabía que Castro era un invitado problemático, pero no quería aguarle la fiesta a nadie. Todos los jefes de Estado tenían que pasarse un buen rato y convivir alegremente. Hasta Fidel podía desayunar a su lado. Fox tenía dos opciones y ambas representaban un costo político para él: o le pedía abiertamente a Castro que se fuera antes de que llegara el Presidente de los Estados Unidos y pagaba el costo de ser criticado por el PRI y el PRD (por no decir los propios cubanos) o no hacía ningún señalamiento y se arriesgaba a que Fidel le hiciera pasar un mal rato a Bush. Después de todo, México sólo era el país anfitrión de un evento organizado por la ONU. Ambas opciones tenían costos, pero Fox no quiso pagarlos. Creyó que podía ahorrárselos por completo y quedar bien con todos. Sería el anfitrión perfecto. La solución era hacer una llamada «privada» a su «amigo» Fidel Castro. Como la tortuga, que tiene un cuello corto que le impide mirar atrás, Fox no recordó o no comprendió que su reunión con los disidentes en Cuba, la toma de la embajada en La Habana y las declaraciones de su canciller sobre el «fin de las relaciones con la Revolución cubana» habían transformado las relaciones entre los dos países. Confiado, un bonachón Vicente Fox le dio un codazo pícaro al barbudo comandante y le dijo: «¡Vamos, Fidel, échame una mano!» Como la miope tortuga, Fox no previó que unas semanas después tendría lugar la votación en Ginebra sobre la situación de los derechos humanos en Cuba. Tal vez no era el mejor momento para pedirle favores a Castro. Mas lo importante en ese momento era que no se aguara la fiesta en Monterrey.

En cambio, Castro, el zorro, sabía muy bien que pronto habría ocasión de cobrarle el favor. Pero como el presidente de México había mostrado una naturaleza inconstante, decidió comprar un seguro y grabar la conversación. Capitalizó de esa manera su torpeza y sacó provecho de la posición de vulnerabilidad en la que el propio Fox se había colocado. Así, Castro se guardó un as bajo la manga. Y si Fidel no sabía dónde le dolía al gobierno mexicano, Fox se encargó de decírselo claramente. Le pidió amablemente al dictador que no hiciera declaraciones sobre incidentes desagradables, como la toma de la embajada mexicana.

La actuación del dictador en Monterrey fue fríamente calculada: nada de intempestiva tuvo la salida de Castro. Por un lado, Fidel cumplió con lo prometido a Fox: se retiró poco después de su discurso en el foro. Sin embargo, antes de irse dijo que el gobierno mexicano le había pedido irse. No reveló, por supuesto, que había sido el mismísimo presidente Fox el autor de dicha solicitud. Se reservó esa carta para más tarde. Castro sabía perfectamente que la revolucionaria oposición mexicana y sus aliados recogerían de inmediato su declaración. Era una bomba sembrada de manera premeditada. El PRI y el PRD serían sus peones en la siguiente jugada: su trabajo consistiría en poner presión sobre el gobierno para evitar que México votara a favor del respeto de los derechos humanos en Cuba. Y, a juzgar por la lamentable votación en la cámara de diputados en ese sentido, Castro calculó muy bien cómo se comportarían sus comparsas mexicanos. Por su parte, el gobierno mexicano negó no sólo que los Estados Unidos le hubieran presionado para adelantar la salida de Castro, sino también que México le hubiera pedido al jefe de Estado cubano que se fuera de manera anticipada.

No creyó que Castro fuera capaz de poner a Fox en evidencia. Es posible que Fidel creyera que la agitación producida por sus declaraciones disuadiría al gobierno de Fox de que votara a favor de la recomendación de Uruguay en Ginebra. No fue así. El voto de México le demostró a Castro que, por lo menos durante algunos años, México no sería ya un aliado de Cuba. No había ya nada que perder y, en consecuencia, Fidel decidió hacer pública la grabación. Expuso así al presidente mexicano como un mentiroso. Fox, es cierto, ya no le telefoneará a Castro ni lo tomará del brazo cuando se lo encuentre, pero con un poco de suerte el antipático canciller podría caer. Lo más grave en la actuación de Fox no es la mentira —un recurso que a veces es útil en la política entre las naciones— sino la ingenuidad. Nadie debería sorprenderse de que un dictador traicione la confianza puesta en él.

Lo notable de este embrollo es que era innecesario. Un presidente del PAN democráticamente electo no tenía por qué ser amigo del último dictador de América Latina. Ningún vínculo ideológico lo une a la Revolución cubana. Todos habrían esperado que su política exterior lo llevaría a distanciarse naturalmente de la dictadura cubana. Fox tejó la telaraña que lo atrapó. Sus traspies son muestra de una patología política recurrente. Como ocurrió con Marcos —su otro «amigo» de la selva chiapaneca— el enredo cubano es obra exclusiva de Vicente Fox. En ambos casos, un presidente ingenuo se enfrentó a dos rivales que lo superaban en mucho en habilidad. Frente a ambos hizo el ridículo porque no comprendió la dimensión estratégica del conflicto. Lo realmente preocupante del episodio cubano es que demuestra que Fox ha aprendido muy poco. La tortuga, parece, no sabe escoger a sus amigos.

Tomado del periódico *Universal*.

El castrismo mexicano

Jesús Silva-Herzog Márquez

MÉXICO TIENE POLÍTICA EXTERIOR. SU POLÍTICA INTERIOR, DOMINADA POR LAS emergencias rutinarias, no logra levantar la cabeza. El Ministerio del Interior del actual gobierno es físicamente reaccionario: apenas responde a lo que otros hacen. La sin-política del consensualismo bobo ha hecho decir recientemente al Presidente de la República que la democracia es el espacio de la conciliación, cuando es, justamente, lo contrario: el abandono de la pretensión de hermandad, el sitio en el que, por ser imposible la conciliación, decide quien tiene la mayoría respetando los derechos de cada uno. Pero la Secretaría de Gobernación sigue jugando al cultivo del fragante jardín de la democracia sin darse cuenta de que habitamos ya el polvoriento territorio democrático. Sin percatarse de que aquí lo que importa es la decisión de la mayoría, no el consenso de todos. Es la ausencia de política lo que marca la política interior del gobierno de Vicente Fox. Por eso sobresale la existencia de una política de relaciones internacionales.

Que exista una política exterior significa que hay materia para la polémica. Unos estarán de acuerdo con la visión de la cancillería, otros podrán argumentar su inconformidad. No hay duda de que hay decisiones audaces y un consciente desapego de la tradición. Pero en ese frente hay una dirección explícita que va más allá del consensualismo anodino de la Secretaría de Gobernación. Recientemente esa voluntad de decidir confrontó uno de los asuntos simbólicamente más delicados de la política exterior mexicana: Cuba. La posición del gobierno mexicano me parece impecable: desdramatizar la relación con la isla, normalizar el vínculo con el gobierno cubano, volver ordinario lo que fue, durante demasiado tiempo, excepcional. Sintetizando la urgencia de tranquilidad Benjamín Constant escribió en tiempos de la Revolución Francesa: «lo que hoy desea el pueblo es tranquilidad, lo que quiere es que la República reemplace por fin a la Revolución.» Esa búsqueda de serenidad es lo que se encuentra en la nueva posición del gobierno mexicano frente a Cuba. La expresión del canciller Castañeda recuerda incluso la fórmula constantiana: terminó el trato con la revolución cubana, empieza el trato con la República de Cuba.

La posición del gobierno mexicano es la correcta porque mantuvo la oposición frente al indefendible bloqueo de los Estados Unidos y, con el breve encuentro con la disidencia cubana, reconoció el gravísimo problema de los derechos humanos en la isla. Si el régimen cubano da trato de no personas a los disidentes, el gobierno mexicano los escucha. El gobierno de Fox, con ese gesto, escapa de la trampa del régimen priísta que respaldaba a la dictadura castrista y cerraba los ojos a la violación sistemática de los derechos humanos en Cuba para que otros guardaran silencio ante los abusos del autoritarismo mexicano y para presumir independencia frente al imperio. El gobierno mexicano sostiene, y sostiene bien, que los derechos humanos tienen validez universal. La soberanía no puede ser escudo de tiranías como la cubana.

El encuentro del Presidente con los disidentes cubanos (no son opositores porque la oposición al régimen equivale en la isla a delito de alta traición) desencadenó furias.

¿De dónde vienen estas reacciones coléricas? De dos regiones de la imaginación política. La primera es el primitivo antiyanquismo tradicional de la izquierda mexicana, la segunda es la frivolidad de quienes se encandilan con el carisma. El rencor del nacionalista y el hechizo de la simpatía. La izquierda mexicana sigue postrada ante el derrumbe de sus certezas. La utopía de la Revolución se desmoronó, el Estado no puede presentarse seriamente como la panacea. Pero hay algo que sigue marcando la identidad de los sectores más amplios de la izquierda en México: la pulsión antinorteamericana. De ahí que el enemigo del enemigo deba ser nuestro amigo. Pocos ignoran que Castro mantiene en el encierro a los críticos, que reprime brutalmente cualquier disidencia, que no tolera el menor cuestionamiento. Pocos ignoran que el régimen cubano es un sistema de partido único en donde no hay libertad para levantar la voz con independencia. Pero muchos ven todavía en el anciano que ya no es capaz de hablar razonablemente y que necesita de un traductor para ser entendido, al mayor y más exitoso enemigo de los Estados Unidos. ¿Qué importancia tienen los derechos humanos frente a la trompetilla que Castro le ha hecho a los gringos década tras décadas? Si un dictador se pitorrea de los Estados Unidos, buen dictador.

Pero también hay defensores de Castro en otros sectores. En el PAN, por ejemplo. A pesar de que los principios de ese partido sostienen un compromiso universal con los derechos humanos, hay un panista que se atreve a defender a Castro como el mediador generoso y paternal que puede conducir a Cuba a la libertad. El senador Javier Corral se encuentra entre los críticos del encuentro de Fox con los disidentes. Dijo que la conversación había opacado la visita. Por supuesto, el viaje de Fox habría brillado si lo único que el Presidente hubiera visto fuera lo que el Comandante tuviera a bien mostrarle. No es nueva esta devoción por Castro. El senador babea con Castro como lo haría una quinceañera que ha rozado la mano de su ídolo. La adolescente que llora por haber respirado el aire que expide el cantante que idolatra no podría admitir que el guapo insulta a su chofer y golpea fotógrafos. Son infundios, gritará la quinceañera: Jimmy es un amor y canta precioso y ya me mandó una carta y me puso una foto autografiada y me dijo que me mandaba besos. Ésa es la agudeza intelectual del senador panista al hablar del bienamado líder. El 19 de agosto del 2001 el senador por el PAN escribió una carta sorprendente. Le maravillaban la «lucidez increíble» y la «extenuante jornada de trabajo» del «histórico Comandante de la Revolución cubana.» A su juicio, Fidel es una figura que cohesiona a Cuba, es una autoridad moral sin mancha alguna, es el portador de una llama de esperanza, es el hombre clarividente, el héroe de la dignidad. No es, por supuesto, un dictador que reprime opositores y que tortura homosexuales; su poder no se basa en el ejército ni en la represión. Es la conciencia del pueblo cubano fincada en los «valores fundamentales de la batalla histórica por su propia identidad» (sic) lo que sostiene al muy legítimo régimen cubano. Para el perspicaz panista, la política de Castro no es una política de represión férrea sino una política de «dignidad.» «Fidel, dice Corral en un bonito homenaje a la tiranía de un seductor, es un vértice por el que transitan las posturas y, como gran árbitro, atempera, rechaza, conduce, admite y concluye.» ¿El gran árbitro? ¿El juez neutral y pacífico que escucha y propone? No me atrevo a cuestionar el candor de una quinceañera ante su ídolo.

Quizá una de las preguntas más importantes de la política es ¿por qué nos engañamos? ¿Por qué cerramos los ojos? Por nuestros odios y nuestra estupidez.

Umberto Peña: de la madurez a la excelencia

Carlos Espinosa

Presentar a estas alturas a Umberto Peña (La Habana, 1937) resulta una labor innecesaria, dado que su obra, referencia imprescindible en el panorama más vivo de las artes plásticas cubanas de las últimas cuatro décadas, ha sido sobradamente analizada y valorada por la crítica. Y sin embargo, la reproducción de algunas piezas suyas que *Encuentro de la cultura cubana* acoge en este número, va a significar, para muchos, sobre todo para los más jóvenes, un verdadero descubrimiento. Han pasado ya catorce años desde su última exposición en La Habana, y esa ausencia de las galerías no hace sino confirmar un alejamiento de la pintura y el grabado que la trayectoria artística de Peña experimentó a partir de los 70, motivado por las incomprensiones y suspicaces lecturas que se hizo de su obra y por la censura de que ésta fue objeto. Eso contrasta notoriamente con la intensa y destacada actividad desarrollada por él en la década anterior, cuando siete muestras de sus aguafuertes, litografías y dibujos fueron presentadas en México, Venezuela, Checoslovaquia, RFA, Suecia y Cuba, y cuando su trabajo se vio reconocido, entre otros galardones, con el Premio de la V Bienal de la Joven Pintura de París. Sus primeras obras fueron unas litografías en blanco y negro, en las que creó una especie de matadero particular: reses desolladas que cuelgan, en las que se conjugaban los trazos expresionistas con elementos de la *action painting*. Las manchas imprecisas de lo que Graziella Pogolotti calificó de visiones alucinadoras de sangre y creación, fueron incorporando después otras formas, algunas vagamente humanas, y poco a poco apareció esa parte interior pocas veces vista que son las vísceras e intestinos. Esa exploración en las zonas más íntimas del ser humano lo lleva a introducir nuevos elementos: servicios sanitarios, cepillos de dientes, dentaduras, cerebros. En ello está la influencia del arte pop y su revalorización de los objetos cotidianos, y de la cual proviene también se definido gusto por la línea y los colores planos. Nueva en la pintura de Peña de estos años (hablo de 1967, 1968, 1969) es además la integración del lenguaje onomatopéyico, que si bien fue reivindicado por el pop, procede originalmente del mundo del cómic, de los muñequitos, como se les llama en Cuba. La agresividad y la tensión de sus cuadros en este período se ve atemperada así por la presencia del humor, que se extiende al socarrón e irónico metalenguaje de los títulos. Para entonces, Peña concibe la pintura a partir de «un lenguaje directo, claro y a veces hasta obvio, que provoque amor, repulsión, irritación o ira en el espectador. A éste hay que meterlo en la obra, y si no quiere, a la fuerza hay que obligarlo al autoexamen y a la toma de conciencia. Hay que sacarlo de su comodidad». La siguiente y última etapa de su evolución pictórica lo lleva al terreno del grabado, y la integra medio centenar de piezas de un fuerte y provocador contenido erótico, que viene a acentuar esa personalidad plástica agresiva y feroz señalada por varios críticos. Como ha comentado Nelson Herrera Ysla, con aquellos grabados Peña llegó «hasta las puertas de un límite que en aquel entonces no era posible traspasar». Su

etapa como pintor se cerró a fines de los 80, con la retrospectiva que le dedicó el Museo Nacional. Ocho años antes, su inquietud por sondear nuevos caminos expresivos se materializó en los trapices, piezas de grandes dimensiones en las que el pincel y el lienzo fueron sustituidos por retazos de tela, aguja e hilo, y en las que, como apuntó Reynaldo González, «se llega a una magnificación fragmentada de aspectos de la realidad que rodea al artista: la flora, ese mundo bullente y sensible, con su diálogo de renuevo y su variedad». Paralelamente a su actividad como pintor, Peña empezó a trabajar como diseñador gráfico, dos facetas entre las que nunca ha establecido dicotomía: «yo pinto cuando hago diseños y hago diseños cuando pinto». En 1963 pasó a desempeñarse como director artístico de la Casa de las Américas. Durante dos décadas, por sus manos pasaron las revistas, libros, catálogos, carteles y carátulas de discos publicados por esa institución, a la que Peña dio una inconfundible personalidad visual. A pesar de que en su caso se trata de campos perfectamente delimitados, su labor como diseñador ha sabido asimilar y beneficiarse de la sensibilidad, el dominio técnico, el empleo del color y el equilibrio de los elementos del Peña pintor. A partir de esas cualidades, el artista consiguió crear un estilo propio, en el que la claridad expresiva y la renuncia a los ingredientes superfluos no le restan frescura, colorido y vitalidad a sus trabajos. En los casos de las colecciones de nueva creación, pudo disponer de mayor libertad a la hora de concebirlas y de buscar el formato adecuado. En otros, como el de Literatura Latinoamericana, en que tuvo que conservar el diseño ya existente, supo hallar soluciones imaginativas. Otro de sus hallazgos fue en la Colección Premio, que pasó a tener cada año un motivo gráfico común (el teclado de una máquina de escribir, una impresora antigua, un laberinto, un tiro al blanco), y en la cual enfrentó el difícil reto de que esas hermosas y cuidadas ediciones fueran similares y, a la vez, diferentes entre sí. Especialmente logradas son las correspondientes a 1965, 1968, 1969 y 1970, así como las de los libros para niños, para los cuales acudió a excelentes ilustradores como Muñoz Bachs, Manuel Castellanos, Zaida del Río, Manuel Bu, Justo Luis y Roberto Fabelo. Similar nivel de calidad alcanzó su labor en la revista *Casa*, en la que dejó un ejemplo modélico de lo que debe ser el diseño gráfico. Quien revise la colección que forman esos treinta y siete números diseñados por él, encontrará algunos tan antológicos como los dedicados a la nueva literatura mexicana, el Congreso Cultural de La Habana, el Encuentro de la Canción Protesta, la muerte del Che y el Encuentro con Rubén Darío. De su trabajo gráfico en los últimos años, dan cuenta los programas y carteles del Festival Internacional de Ballet de Miami, los catálogos de Cernuda Arte y los quince títulos publicados hasta la fecha por Término Editorial, en los que su diseño transita por nuevos caminos. Umberto Peña prolonga así una brillante e intensa carrera artística que lo ha llevado de la madurez a la excelencia, y que, a sus sesenta y cinco años, no deja de enriquecerse.

NOTA DEL ARTISTA

Las obras que aquí se reproducen no se ajustan a los colores, tonos y matices reales de los cuadros. Fueron escaneadas de diapositivas que debido a su antigüedad han perdido la emulsión y han transformado los colores primigenios, mostrando en muchos casos una saturación de magentas y azules, blancos con vestigio del amarillo del tiempo, y naranjas o verdes desaparecidos, etc. Por no poseer los títulos originales de algunos cuadros, éstos se reproducen sin títulos para no renombrar las obras y crear confusión en museos o colecciones respecto a los títulos que ellos tienen de las obras, así también sucede con las medidas de los mismos en su mayoría de grandes dimensiones. La técnica empleada en todas las obras fue óleo sobre tela y fueron ejecutadas entre los años 1966-69; tampoco aparecen reproducidas en un orden cronológico.

Algunas de estos cuadros o litografías se hallan en la Colección permanente del Museo Nacional de Cuba y otros en colecciones públicas o privadas en Cuba y el extranjero.



Óleo sobre tela



Óleo sobre tela



Óleo sobre tela

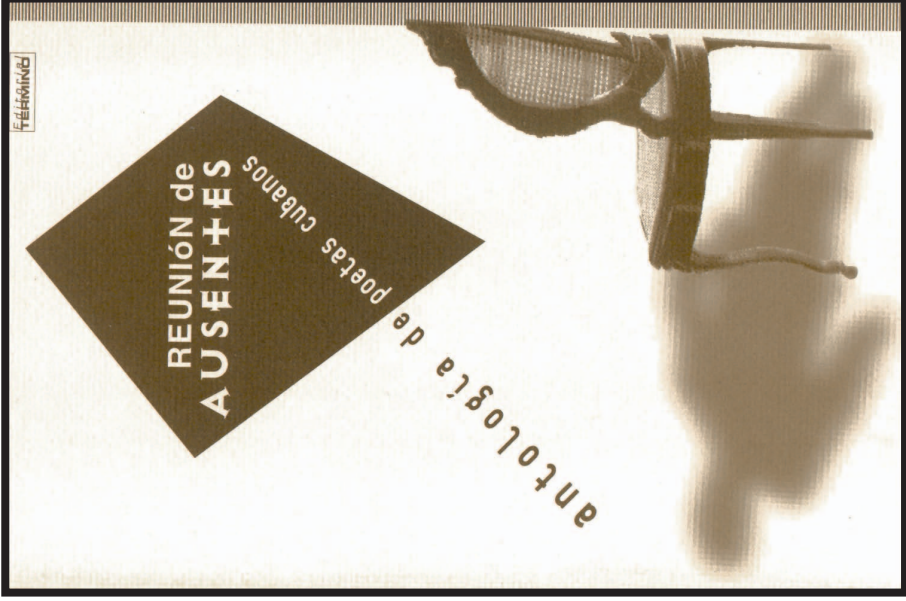
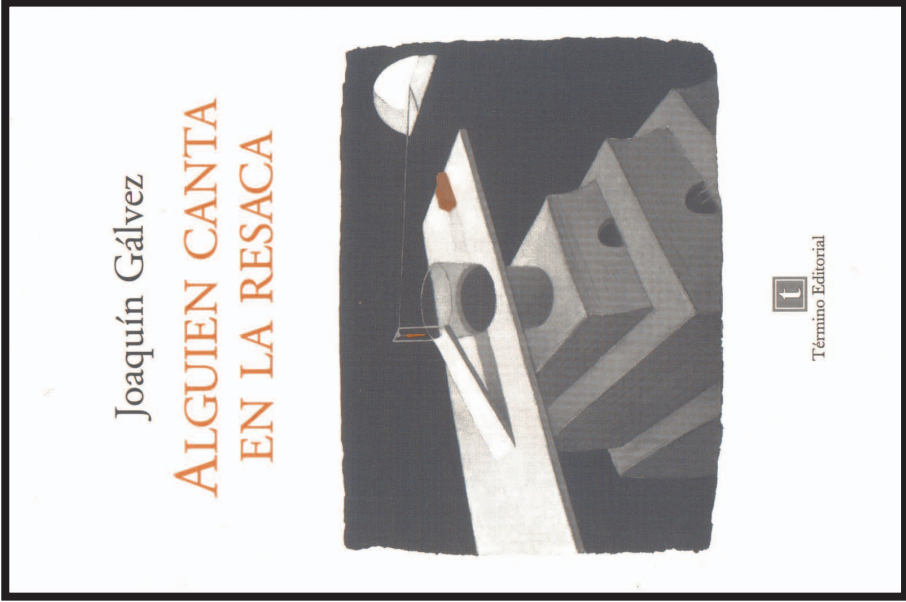


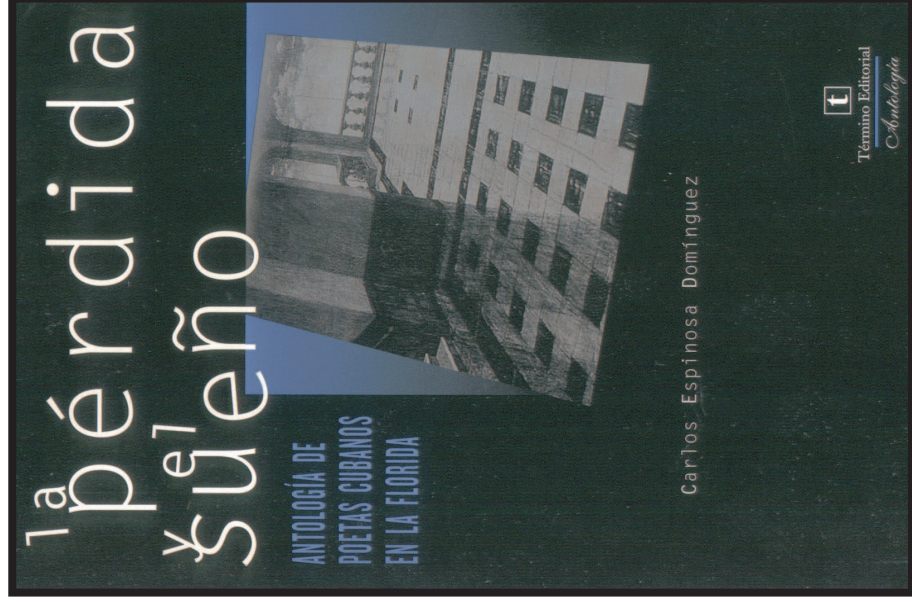
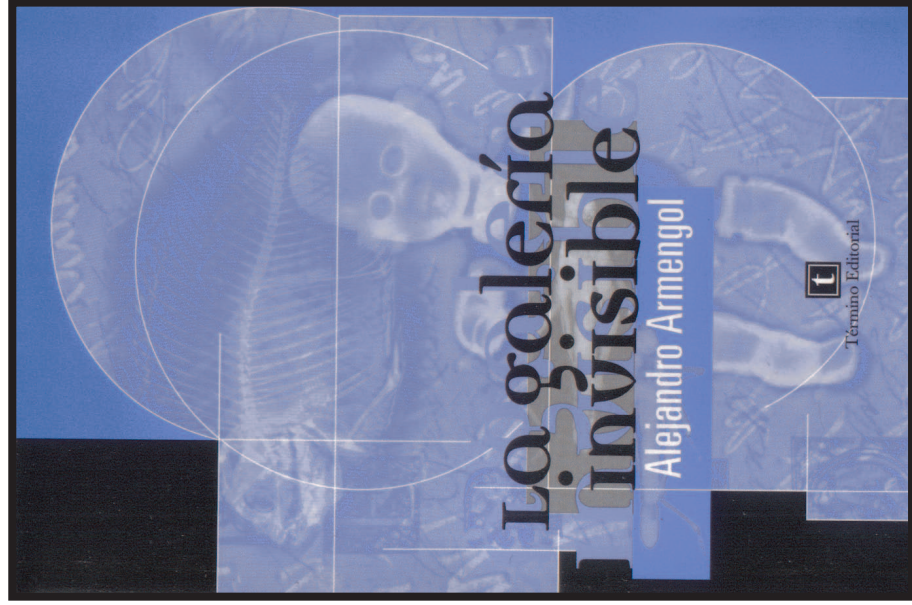
Óleo sobre tela



Cartel







La Seguridad Social*

Bajo la revolución (1958-2002)

Carmelo Mesa-Lago

I. EVOLUCIÓN HISTÓRICA¹

Bajo la Revolución, el aumento enorme del poder estatal y de su control sobre todos los sectores sociales (incluyendo los sindicatos y asociaciones de profesionales) permitió una reforma radical. En 1959-63 se unificaron todas las «cajas» de pensiones de los tres sectores; en 1963 se creó el sistema nacional de salud; en 1974 se unificó y expandió la licencia por maternidad; en 1979 se promulgó la ley de seguridad social que reguló todas las prestaciones monetarias de los trabajadores asalariados del Estado; y entre 1964 y 1983 se crearon regímenes especiales para varios grupos de trabajadores (ver el Cuadro 1 publicado en la primera parte de este trabajo).

Las medidas tomadas resolvieron la mayoría de los problemas existentes, continuaron el avance de los primeros 56 años y convirtieron a los seguros sociales en seguridad social. Por otra parte el Estado colectivizó todos los programas de seguros sociales así como las sociedades mutuales y cooperativas, convirtiéndose en el administrador único de todo el sistema. Además, continuaron las condiciones de acceso muy liberales, aumentó considerablemente el gasto y esto, unido a la abolición de la cotización del trabajador, agravó el déficit financiero e incrementó el subsidio fiscal. La generosa ayuda de la URSS (65,000 millones de dólares en 1960-1990) permitió al Estado mantener y expandir el costoso sistema de seguridad social. Pero la caída de la URSS y el bloque socialista desató

* La primera parte de este trabajo se publicó en el número anterior de *Encuentro*. Esta segunda parte analiza la evolución histórica, avances, problemas y reformas necesarias de la seguridad social bajo la Revolución.

¹ Esta sección se basa principalmente en Mesa-Lago 1960, 1985, 1997 y 2000a; Peñate Rivero 2000.

la severa crisis de los 90, la cual agravó el déficit financiero y afectó adversamente el nivel de las prestaciones.

A. Riesgos del trabajo

La rama de accidentes del trabajo y enfermedades profesionales se integró al sistema de seguridad social, por lo que dejó de haber diferencias con los riesgos no derivados del trabajo (con excepción del monto de las licencias), lo cual implica que se perdió el tratamiento favorable que tenía la protección de aquellos siniestros. La cobertura se extendió a todos los trabajadores asalariados y su ejecución, especialmente en el campo, se reforzó. Las empresas estatales y mixtas son responsables del pago de licencias (subsidios) por riesgos del trabajo con cargo a una cotización sobre los salarios que ellas administran (estas licencias son algo mayores que las pagadas por accidente o enfermedad no laboral). El Ministerio del Trabajo y Seguridad Social (MTSS) supervisa dichas licencias así como la prevención de estos riesgos y la seguridad en el trabajo. La atención de los trabajadores que sufren accidentes y enfermedades profesionales se hace por el sistema nacional de salud, el cual no discrimina por la causa de los mismos. Si el trabajador queda totalmente incapacitado o muere, él o sus familiares dependientes reciben una pensión con cargo al sistema general, el cual tampoco discrimina por la causa del riesgo. Los trabajadores por cuenta propia, familiares sin remuneración, campesinos privados y otros en el sector informal, no tienen derecho a la licencia pero reciben atención en el sistema nacional de salud.

B. Pensiones de vejez, invalidez y muerte

Entre 1959 y 1979 se reformó todo el sistema de pensiones a través de las medidas siguientes: [1] unificación de los 51 programas de pensiones, así como homologación de las condiciones de acceso de todos los trabajadores asalariados estatales (con excepciones que después se explicarán); [2] homologación de la edad de retiro con pensión «ordinaria» en 55 años para la mujer y 60 años para el hombre, ambos con 25 años de trabajo, y con pensión «extraordinaria» en 60 y 55 años de edad, respectivamente, con 15 años de trabajo; [3] fijación de pensiones mínimas y máxima, y cálculo homogéneo de la pensión para todos los asegurados (50% del salario promedio de los mejores cinco años en los últimos diez años de trabajo); [4] extensión de la cobertura a todos los trabajadores asalariados en el sector estatal (y el sector mixto desde los 90) incluyendo toda la agricultura asalariada; [5] creación de pensiones de asistencia social para las personas no aseguradas que se encuentren en estado de necesidad y no tengan familiares obligados a sostenerlos; [6] centralización de la administración en el MTSS y eliminación de la representación de trabajadores y empleadores en la administración; [7] abolición de la cotización del trabajador y fijación de un porcentaje de cotización uniforme a todas las empresas en 12%, financiamiento del déficit resultante por el Estado con cargo al presupuesto nacional; y [8] método de «reparto», o sea, no hay un fondo de reserva, el gobierno cobra todas las cotizaciones y se hace cargo del pago de todas las pensiones.

El gobierno ha excluido a varios grupos del sistema general de pensiones y les ha dado un régimen especial (mejor o peor) o no tienen protección. Cuando ha otorgado condiciones más ventajosas ha sido para otorgar privilegios a un grupo político cuyo apoyo es crucial, así los miembros de las fuerzas armadas y la seguridad interna pueden retirarse con 25 años de servicio en el sector y cualquier edad, o 50 años de edad y 25 de servicios combinados en los sectores civil y militar, de manera que si entran al servicio a los 18 años se pueden retirar a los 43 años (17 años más joven que un trabajador civil), además, la pensión es igual al salario del último mes (en vez de 50% del promedio de cinco años de salarios en el sistema general). Por lo contrario, las condiciones son peores que en el sistema general cuando el gobierno ha querido castigar una actividad privada o independiente del Estado: [1] los campesinos que poseen granjas privadas pueden optar por venderlas al Estado a cambio de una suma mensual que se les paga mientras vivan, fijada de acuerdo con el valor de la granja (un régimen similar se aplica a los miembros de cooperativas de crédito y servicios); [2] los miembros de las cooperativas de producción agropecuaria (CPA) tienen un régimen más estricto que el general, por ejemplo, la edad de retiro es 60 años para las mujeres y 65 años para los hombres (cinco años más que en el sistema general y entre 10 y 22 años más que los militares y agentes de seguridad), y la pensión es 40% del ingreso promedio (en vez de 50%)²; y [3] los trabajadores independientes (cuenta propia, cooperativistas pesqueros y carboneros) pueden afiliarse *voluntariamente* a un régimen especial. Por último, los trabajadores independientes del sector informal no tienen cobertura de pensiones.

C. Maternidad y enfermedad

La licencia pagada por maternidad continúa siendo igual al salario, pero se extendió de seis a doce semanas después del parto. Si después de los doce meses de licencia la trabajadora no puede reintegrarse a su empleo por no tener quien le cuide a la prole, se le concede una pensión equivalente a 60% del salario hasta que el hijo cumpla seis meses. Además se otorgan seis días de licencia pagada para recibir asistencia médica anterior al parto o durante el primer año de vida del hijo. La atención de salud a la madre y a la prole se hace a través del sistema nacional de salud.

En lugar de crear un seguro de enfermedad como en el resto de América Latina, se estableció un sistema nacional de salud (SNS), como es típico en el Caribe anglófono. Es totalmente público, administrado por el Ministerio de Salud Pública (MINSAP), financiado enteramente con cargo al presupuesto estatal, de cobertura universal y gratuita para todos los residentes (los extranjeros pueden atenderse pagando los servicios). El trabajador no paga cotización sobre su salario ni tampoco una cuota por el uso de ciertos servicios (los

² Por lo contrario, los miembros de las Unidades Básicas de Producción Cooperativa (UBPC) están integrados al sistema general de trabajadores asalariados estatales.

pacientes no hospitalizados tienen que pagar las medicinas). Todas las sociedades mutuales, cooperativas e instalaciones privadas fueron confiscadas por el Estado en el decenio de los 60 e integradas al SNS. Está prohibida la práctica privada de la medicina, a pesar de que se autoriza el trabajo por cuenta propia en 157 actividades; un proyecto de ley de 1995 que permitía el ejercicio por cuenta propia a todos los profesionales graduados universitarios (incluyendo a médicos, dentistas, enfermeros, etc.) no ha sido aprobado. El SNS cuenta con una red de hospitales, clínicas, puestos de salud y medicina de familia, organizada en cuatro niveles: vecindad, municipal, provincial y nacional; los servicios de salud han sido extendidos a virtualmente toda la población; y el SNS atiende la enfermedad y accidente laboral y no laboral, así como la maternidad. Estas características del SNS lo hacen único en toda América Latina.

Los dos únicos grupos excluidos del sistema general son las fuerzas armadas y la seguridad interna, los cuales se atienden en una red hospitalaria separada y exclusiva que también atiende a los dirigentes y altos miembros del partido. La calidad de estos servicios es superior a los del sistema general.

D. Seguro de desempleo

El desempleo declarado se redujo hasta 1970 pero resurgió en los 70 y creció más aún durante la parte peor de la crisis de los 90. Hasta entonces, Cuba no tenía un programa de alivio al desempleo pero mantenía el salario de los trabajadores «excedentes» (innecesarios), con el propósito que fueran recalificados y reubicados. El notable incremento del desempleo declarado durante el «Período Especial» llevó a dictar varias disposiciones legales que establecieron una compensación a los trabajadores desplazados («sobrantes», «interrumpidos» o «disponibles») por el cierre de empresas o interrupción de sus actividades debido a la falta de insumos. Este programa es temporal y no equivale a un seguro de desempleo convencional, no obstante provee ayuda a los desocupados pagándoles un porcentaje de sus salarios (descendiente de 100% a 60%) por un período entre 6 y 8 meses dependiendo del tiempo de servicios prestados con anterioridad.

II. AVANCES Y PROBLEMAS BAJO LA REVOLUCIÓN

A. Avances

Durante los 43 años transcurridos bajo la Revolución, Cuba continuó su avance, transformando a los seguros sociales en un sistema de seguridad social y resolviendo la mayoría de los problemas detectados en 1958: [1] creó un sistema nacional de salud de cobertura universal y gratuita para todos los residentes; [2] unificó los 51 programas de pensiones y homologó las condiciones de acceso, extendiendo la cobertura a todos los trabajadores asalariados; [3] disminuyó considerablemente las desigualdades entre el campo y la ciudad, mediante la extensión de la cobertura de pensiones a todos los trabajadores asalariados agrícolas y la cobertura de toda la población rural por el SNS; [4] incorporó a la población de bajo ingreso y pobre a través de pensiones

asistenciales y el SNS; y [5] en los 90 introdujo una compensación a los trabajadores desplazados por la crisis.

Las dos primeras columnas del Cuadro 3 comparan los diez indicadores de seguro /seguridad social en 1958 y 1999-2000, mientras que la tercera y cuarta columnas ordenan a Cuba dentro de los países latinoamericanos en ambos años. Los resultados son: [1] el gasto agregado de pensiones aumentó de 5,6% a 6,8% del PIB y en 2000 era el segundo más alto de América Latina, después de Uruguay; [2] la razón promedio de trabajadores activos asegurados por un pensionado bajó de 14,7 a 2,7 y subió a la segunda más alta de la región, después de Uruguay (los dos primeros indicadores indican la enorme presión sobre el financiamiento y la inviabilidad a largo plazo); [3] aunque no hay estadísticas sobre cobertura de la PEA, la información existente indica que es probablemente la primera en la región (seguida de cerca por Uruguay y Costa Rica); [4] la razón de médicos por 10.000 habitantes saltó de 9,2 a 55,8, a la cabeza de América Latina y a considerable distancia de Uruguay; [5] la razón de camas hospitalarias por 1.000 habitantes aumentó ligeramente de 4,2 (sólo hospitales *públicos*) a 4,9 y se colocaba en primer lugar (sin embargo, si se usa el estimado de *todas* las camas en 1958 la razón descendió de 8,4 a 4,9, y Cuba continuó siendo primera); [6] la tasa de mortalidad general ascendió de 6,3 a 7,1, y Cuba se ordenó en el 15to lugar de la región (aunque esto se debió en gran medida al envejecimiento de la población, Argentina y Uruguay tenían tasas menores); [7] la tasa de mortalidad infantil disminuyó de 32,3 a 7,2 y Cuba mantuvo el primer lugar en la región (sólo Guadalupe tenía una tasa igual); [8] la esperanza de vida al nacer aumentó de 64 a 74,8 años y Cuba ascendió del tercer al segundo lugar de la región (después de Costa Rica); [9] el desempleo declarado se redujo de 16,4% a 5,8% de la PEA, y Cuba se colocó en cuarto lugar (Costa Rica tuvo una tasa inferior a la cubana); y [10] el subempleo (ver sección B-6) empeoró de 13,8% a 25,1% de la PEA (y no existen cifras comparables sobre este indicador en la región). Al sumar el desempleo declarado y el subempleo se arriba a 30,2% en 1958 y 30,9% en 1998-2000, un ligero deterioro, lo que indica que este problema no se ha podido resolver. (Ver Cuadro 3 página siguiente)

La comparación de los indicadores en 1958 y 1999-2000 muestra que Cuba continuó avanzando bajo la Revolución, pero este progreso no hubiera sido posible sin la posición cimera que ya ocupaba al final de la República. En los 43 años transcurridos, Cuba: [a] mejoró su ordenamiento regional en cuatro indicadores: cobertura, razones de médicos y camas (si se usan sólo las camas públicas en 1958) y esperanza de vida (posiblemente también en desempleo declarado); [b] empeoró en tres indicadores: gasto pensiones/PIB, mortalidad general y, probablemente, razón activo/pasivo, y [c] quedó igual en dos indicadores: mortalidad infantil y razón de camas (si se usan todas las camas en 1958). La posición de Argentina se deterioró en este período, mientras que Uruguay mantuvo muchos de sus niveles y Costa Rica (que se colocaba por debajo de Cuba en 1958) superó a ésta en esperanza de vida y un menor desempleo declarado (para una comparación de Cuba y Costa Rica ver Mesa-Lago 2002a).

CUADRO 3
COMPARACIÓN DE INDICADORES DE SEGURIDAD SOCIAL DE CUBA EN 1958
Y 1999-2000, Y ORDENAMIENTO DE CUBA EN AMÉRICA LATINA
EN 1958 Y 1999-2000

INDICADORES	1958	1999- 2000	ORDEN EN AMÉRICA LATINA	
			1958	1999- 2000
Gasto de pensiones en el PIB (%)	5,6	6,8	1	2
Razón trabajadores activos por un pensionado	14,7	2,7 ^c	n.d.	2
Cobertura de la PEA en pensiones (%)	62,6 ^a	a	2	1
Médicos por 10.000 habitantes	9,2	55,8	3	1
Camas hospitalarias por 1.000 habitantes	4,2 ^b	4,9	3 ^b	1
Tasa de mortalidad general (por 1.000)	6,3	7,1	1	15
Tasa de mortalidad infantil (por 1.000)	32,3	7,2	1	1
Esperanza de vida al nacer (años)	64,0 ^c	74,8	3	2
Desempleo declarado en la PEA (%)	16,4 ^d	5,8	n.d.	4
Subempleo en la PEA (%)	13,8 ^d	25,1 ^f	n.d.	n.d.

^a. Cuba nunca ha publicado estadísticas de cobertura; el año 1958 es un estimado de CERP 1964; en 2000 la cobertura era casi universal.

^b. Sólo camas en hospitales públicos, si se añaden las camas en mutuales, cooperativas y sector privado (estimadas por CERP 1964) la razón subía a 8,4 y Cuba se colocaba en primer lugar.

^c. 1960.

^d. 1956-57.

^e. 1997.

^f. «Desempleo equivalente» calculado por CEPAL para 1998.

Fuentes: Elaboración del autor. Indicadores y orden en 1958 del Cuadro 2 publicado en la primera parte de este trabajo. Indicadores y orden en 1999-2000 de CEPAL 2000a, 2000b, 2001; Mesa-Lago 2002a, 2002b; ONE 2000.

B. Problemas³

A pesar del notable avance del sistema de seguridad social cubano bajo la Revolución, ya antes del decenio del 90 el mismo enfrentaba problemas, los cuales fueron agravados por la severa crisis debida principalmente a la pérdida de la ayuda y la mayor parte del comercio con la URSS.⁴ La mayoría de estos

³ Esta sección se basa principalmente en Mesa-Lago 1985, 1986, 1993, 1997, 1999, 2001b, 2002a, 2002b.

⁴ En 1992 y especialmente en 1996, ocurrió un endurecimiento del embargo de los EE UU que pudo haber contribuido al deterioro, pero Cuba tenía relaciones económico-comerciales con el resto del mundo y los problemas fundamentales continuaban siendo el sistema económico cubano y su incapacidad para aumentar el valor de las exportaciones, unidas a la paralización desde 1996 de las tímidas reformas hacia el mercado (ver Mesa-Lago 2001b).

problemas eran diferentes a los de 1958, excepto el déficit financiero; casi todos se originaban en el sistema mismo aunque uno era exógeno: el envejecimiento de la población.

1. CONDICIONES DE ACCESO EXCESIVAMENTE LIBERALES. Tanto las condiciones para acceder a las pensiones como al sistema de salud son muy generosas. Por ejemplo, el retiro ordinario a la edad de 55 las mujeres y 60 los hombres es una de las más bajas de América Latina, mientras que la esperanza de vida es una de las dos más altas, por lo que el promedio de vida de un pensionado cubano es el más largo en toda la región, lo cual resulta extremadamente costoso. Países que tienen una esperanza de vida muy inferior a la de Cuba (Bolivia, México, Perú), tienen una edad de retiro de 65 años para ambos sexos y, países con esperanza de vida similares (Argentina, Costa Rica, Chile, Uruguay), también tienen edades superiores. La forma de calcular la pensión también es una de las más liberales. Los regímenes especiales de las fuerzas armadas y seguridad interna gozan de condiciones aún más generosas, aunque esto es cierto en todos los países de la región, excepto Costa Rica que no tiene ejército.

2. COTIZACIÓN INSUFICIENTE, SEVERO DÉFICIT FINANCIERO Y FUERTE SUBSIDIO FISCAL. La eliminación de la cotización del trabajador, la fijación de la cotización de las empresas en 14% del salario⁵ (baja a niveles regionales) y la falta de contribución al SNS, han resultado en ingresos insuficientes para financiar los gastos del sistema. Así el porcentaje de cotización salarial total en Cuba equivale a una cuarta parte del de los países cuyo nivel de seguridad social es comparable (Argentina, Uruguay, Costa Rica). Por otra parte el gasto de pensiones era 6,8% del PIB en 2000, y el gasto total de seguridad social (incluyendo salud y asistencia social pero excluyendo el subsidio a los desempleados) era del 13%, ambos se encontraban entre los dos más altos de la región. Siendo los ingresos muy inferiores a los gastos, el resultado ha sido un déficit que llegó a 9% del PIB en 2000 y, como no hay fondos de reserva, debe ser financiado por el Estado con cargo al presupuesto. El subsidio estatal ese año cubrió 68% del gasto mientras que la cotización del 14% financió sólo el 32% del gasto. Para que dicha cotización pudiese financiar todo el gasto tendría que haber sido de 44% del salario en 2000 y continuar aumentando en años sucesivos. La crisis agravó estos problemas pues mientras el PIB cayó 35% en 1989-93, los gastos de seguridad social continuaron creciendo, por lo que la brecha se agravó, haciendo la carga fiscal intolerable.

3. AGRAVACIÓN DEL PROBLEMA FINANCIERO POR EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN. La caída en la tasa de crecimiento de la población (por causa del descenso de la tasa de fecundidad y de la emigración) ha resultado en la tasa más baja de toda la región: 0.36% en 1999 (ONE 2000). Este factor,

⁵ 12% para pensiones y 2% para financiar las licencias por riesgos de trabajo, enfermedad y maternidad.

combinado con el aumento de la esperanza de vida, ha generado un rápido envejecimiento de la población; así se proyecta que para 2025 Cuba tendrá la población más envejecida de América Latina. El problema se agrava por las tempranas edades de retiro y empeorará en 2015-25 cuando la generación del «*baby boom*» nacida en los 60 llegue a la edad de jubilación. Ya vimos en el Cuadro 2 que la razón de trabajadores activos por un pensionado era de 2.7 en 1997, pero la misma continuará bajando e incrementando la presión financiera sobre el sistema de pensiones. Además, el envejecimiento provoca un fuerte aumento en el costo de la salud, pues al haber una proporción mayor de ancianos y vivir estos más años, la atención médico-hospitalaria-farmacéutica se hace por un mayor período y es agravada por enfermedades cuyo tratamiento es costosísimo, como tumores degenerativos y padecimientos cardiovasculares.

4. CAÍDA DEL VALOR REAL DE LAS PENSIONES Y DE LA RED DE PROTECCIÓN A LOS PENSIONADOS. Hasta principios de los 90, la inflación en Cuba había estado controlada (excepto en 1981), debido al control estricto de los precios por el Estado, por lo que el valor de las pensiones—aunque modesto—se mantuvo. Además los pensionados se beneficiaban de una red de protección mínima creada por la Revolución: el racionamiento aseguraba un suministro, aunque básico y magro, de alimentos y vestido a precios subsidiados; la atención a la salud era de calidad y gratuita, el transporte y las tarifas de servicios públicos eran muy baratos. Pero la crisis cambió esa situación favorable. La inflación aumentó de 4,9% a 26,7% en 1990-94, por lo que la pensión real promedio cayó de 56 a 14 pesos mensuales y, aunque subió algo después, aún era de 32 pesos en 1998, o sea, disminuyó 43% en el período. Con la dolarización, el peso se devaluó de 7 a 95 por un dólar; al cambio oficial en dólares en 1998 (21 por uno), la pensión mensual promedio equivalía a 1,54 dólares (menos de un euro) en 1998. Las cuotas de racionamiento ahora sólo cubren diez días al mes, mientras que los precios en los mercados agropecuarios, el mercado negro y las tiendas en dólares son tan altos que están fuera del alcance de la gran mayoría de los pensionados. El deterioro del transporte, la escasez de medicinas y el aumento de ciertas enfermedades contagiosas han afectado más severamente a los pensionados que al resto de la población.

5. DISMINUCIÓN DE LA COBERTURA DE PENSIONES. En 1989-99 el sector laboral no estatal aumentó de 4,8% a 22% (ONE 2000). A medida que el empleo asalariado estatal ha disminuido y ha crecido el empleo por cuenta propia, los trabajadores familiares sin remuneración (por ejemplo, en los paladares), el sector informal y los campesinos independientes, también se ha reducido la cobertura ya que estos grupos o no están protegidos o su afiliación es voluntaria y muy costosa. Por ejemplo, los trabajadores por cuenta propia que deseen afiliarse deben pagar 10% de su ingreso declarado, mientras que los asalariados estatales no pagan cotización.

6. ASIGNACIÓN NO BALANCEADA DE RECURSOS EN SALUD. Cuba tiene la tasa de mortalidad infantil más baja de la región, comparable a la de los países desarrollados. A medida que desciende dicha tasa se hace más difícil y costoso reducirla, pero el gobierno ha seguido invirtiendo en este empeño. Por ejemplo, se utiliza el sonograma y pruebas para determinar si el feto tiene problemas congénitos que amenacen su supervivencia, en cuyo caso se informa a la madre de la situación y se le ofrece el aborto como alternativa. A pesar de que la razón de médicos por 10.000 habitantes aventaja con creces a todos los países latinoamericanos, se siguen invirtiendo recursos en graduar más médicos. Las camas hospitalarias proporcionalmente son las más altas de la región, pero su ocupación descendió de 80,4% a 70,9% en 1980-97. Por otra parte ocurrió un serio deterioro de la infraestructura de agua potable y alcantarillado, así en 1997 menos del 60% de la red de agua potable y sólo el 40% de los servicios de alcantarillado estaban en buen estado. Este deterioro a su vez ha incidido en el aumento de enfermedades relacionadas, tales como las diarreas agudas en los niños y la hepatitis; por otra parte, la sífilis y la gonorrea han aumentado debido al crecimiento de la prostitución y escasez de preservativos (ONE 2000). En vez de invertir recursos escasos en reducir aún más la mortalidad infantil y entrenar más médicos (acciones sin duda beneficiosas pero muy costosas), esos fondos deberían haberse utilizado en mejorar la infraestructura sanitaria, prevenir las enfermedades venéreas, etc.

7. EXCEDENTE DE MANO DE OBRA. El desempleo declarado en Cuba se redujo gradualmente de 11,8% de la PEA en 1960 a 1,3% según el censo de 1970; sin embargo, la introducción de algunas reformas en el decenio del 70 generó un aumento a 5,5% según el censo de 1981; la severa crisis económica y las tímidas reformas de mercado en los 90 provocaron un incremento a 7,9% en 1995. En todos estos años el subempleo fue creciendo aunque no existían estadísticas ni estimados; en 1998 la CEPAL realizó cálculos de «desempleo equivalente» o subempleo, que en 1993 llegó al 35,2% de la PEA. En 1995 el gobierno anunció que serían despedidos entre 500.000 y 800.000 trabajadores estatales innecesarios, pero previamente se aumentaría el empleo en el sector no estatal para evitar el aumento del desempleo declarado. Pero no se despidió a dichos trabajadores y, desde 1996, virtualmente se paralizó la reforma hacia el mercado y la extensión del empleo no estatal (desde 1997 se reporta una disminución en el desempleo declarado). Esta reversión ha sido causada por el temor del gobierno al crecimiento del sector privado que representa un reto y amenaza, pero debe haber causado una caída en la productividad laboral (en 1998 estaba 20% por debajo de 1989). Aunque en 1998 la CEPAL discontinuó la publicación de la serie sobre desempleo equivalente, éste debe haber crecido. Por otra parte, el costo del subsidio de desempleo tomó entre 7% y 12% del PIB en 1996, el último año sobre el que se tienen estimados (CEPAL 2000). Si se suma este costo al resto de

la seguridad social (13%), la carga total es entre 20% y 25% del PIB, la más alta de la región y una de las mayores en el mundo.

C. *Propuestas de reformas*⁶

En 1994-2000 se trabajó en un borrador de anteproyecto de ley de reforma de las pensiones cuyos aspectos principales son: [1] aumento gradual de la edad de retiro del sistema general en cinco años (de 55/60 a 60/65) en un período de 18 años; [2] restablecimiento de la cotización del trabajador (la Ley tributaria No. 73 de 1994 estipuló dicha cotización pero no ha sido implantada), y [3] incremento de la pensión mínima y ajuste de las pensiones al costo de vida. Aunque estas medidas son positivas, serían insuficientes para resolver el déficit financiero, por lo que habría que: aumentar las edades de retiro en un período más corto, incrementar la cotización de las empresas, homologar al sistema general los regímenes privilegiados de las fuerzas armadas y la seguridad interna, y crear un fondo de reserva que podría ser invertido y generaría una renta adicional. Por otra parte, dichas medidas no tocan otros problemas identificados como la caída en la cobertura y el deterioro de la red de protección mínima a los pensionados (sobre los modelos de reforma de pensiones en América Latina, sus ventajas e inconvenientes ver Mesa-Lago 2001a).

No hay ningún proyecto de reforma del SNS. Si bien la salud debe ser mantenida como un servicio público, universal y gratuito para la población pobre y de bajos ingresos, para conseguir su viabilidad es imprescindible reducir sus costos, aumentar su eficiencia y generar recursos no fiscales, a cuyo efecto se requeriría: [1] una reasignación más racional y balanceada de los recursos; [2] el incremento de la eficiencia hospitalaria y la introducción de cuotas de ingreso en la carrera de medicina para reducir el excedente de médicos y los costos de entrenamiento; [3] la autorización del ejercicio por cuenta propia de la medicina y carreras conexas, a fin de reducir los costos del SNS y permitir a la población con recursos el acceso a una atención más rápida y cómoda, y [4] el establecimiento de una cuota de uso para ciertas atenciones de salud, la cual sería pagada sólo por el sector que tiene ingresos suficientes (los pobres y sector de bajo ingreso no pagarían dichas cuotas).

El problema del excedente de mano de obra es el más peliagudo financiera y políticamente. Debido a la magnitud del problema y su alto costo, no es aconsejable (al menos a mediano plazo) la creación de un seguro de desempleo convencional. La meta fundamental debería ser la creación de empleo productivo, principalmente en el sector no estatal, pero ella enfrenta la resistencia ideológico-política de la dirigencia. Serían aconsejables las medidas siguientes: [1] eliminación de las actuales fuertes restricciones a la creación de empleo no estatal (cuenta propia, trabajadores familiares sin remuneración,

⁶ Esta sección se basa en Mesa-Lago 1993, 1997, 2002a, 2002b.

etc.) y autorización a los profesionales a prestar servicios por cuenta propia; [2] creación de un programa efectivo y eficiente de reentrenamiento de la fuerza laboral para adaptarla a los cambios en la demanda de empleo; y [3] mantenimiento de una ayuda temporal a los desempleados con estímulos para enrolarse programas de reentrenamiento.

III. CONCLUSIÓN

Durante la Revolución, Cuba resolvió la mayoría de los problemas que existían en 1958, transformó a los seguros sociales en seguridad social y continuó el proceso de avance en este campo: unificó todos los programas de pensiones y homologó sus condiciones de acceso (pero excluyendo a las fuerzas armadas y la seguridad interna que tienen un régimen separado privilegiado) y extendió la cobertura a toda la fuerza laboral asalariada estatal; introdujo pensiones de asistencia social para el sector no cubierto en estado de necesidad; creó un sistema nacional de salud gratuito y con cobertura universal (las fueras armadas y la seguridad interna también tienen hospitales propios y superiores); disminuyó las desigualdades entre la ciudad y el campo e introdujo una ayuda a los desocupados por la crisis en el decenio del 90. Este progreso hubiese sido imposible sin el avance ya alcanzado a fines de la República. Una comparación de diez indicadores de seguro/seguridad social y el ordenamiento regional de Cuba en 1958 y 1999-2000 muestra que: mejoró en cuatro de ellos (cobertura, médicos por 10.000 habitantes, esperanza de vida y probablemente desempleo declarado), empeoró en tres (la carga de las pensiones en el PIB, la razón activo/pasivo y la mortalidad general) y quedó igual en mortalidad infantil (en la razón de camas puede haber mejorado o continuado igual, según el criterio que se use). La suma del desempleo declarado con el subempleo indica un ligero deterioro, prueba de que este problema no ha sido resuelto.

A pesar de su avance notable, la seguridad social cubana enfrenta hoy severos problemas (aunque diversos a los de 1958), los cuales han sido agravados por la crisis del decenio del 90: condiciones de acceso excesivamente liberales que hacen insostenible el costo del sistema; cotización salarial insuficiente, severo déficit financiero y fuerte subsidio fiscal, empeorados por el envejecimiento de la población que harán de Cuba el país más envejecido de la región en el futuro inmediato; caída notable del valor real de las pensiones y de la red de protección de los pensionados; disminución de la cobertura de pensiones según se expande el sector laboral no estatal; asignación sesgada de los recursos de salud (por ejemplo, continuada inversión innecesaria en reducir la mortalidad infantil pero abandono de la infraestructura de agua potable y alcantarillado), y excedente de mano de obra y alto costo del subsidio de desempleo. Se viene discutiendo una reforma del programa de pensiones, pero algunas de las medidas propuestas son insuficientes para resolver los problemas y de difícil implantación por razones político-sociales. Por otra parte, no hay siquiera un debate sobre la necesidad de reformar el sistema de salud a fin de controlar sus costos y mejorar

su eficiencia, ni tampoco sobre cómo resolver el persistente problema del subempleo.

El debate nacional y abierto de la reforma es esencial para que la población se percate de los problemas existentes y comprenda la necesidad de los cambios, a fin de que la seguridad social cubana resuelva los problemas que enfrenta y continúe avanzando en el siglo XXI como lo hizo durante el siglo XX.

Bibliografía

- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL). 2000a. *Balance Preliminar de las economías de América Latina y el Caribe 2000* (Santiago).
- 2000b. *La economía cubana: reformas estructurales y desempeño en los 90* (México: Fondo de Cultura Económica, 2da. Edición).
- 1976, 2001. *Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe 1975, 2000* (Santiago).
- Cuban Economic Research Project (CERP), elaborado por Roberto E. Hernández y Carmelo Mesa-Lago. 1964. *Social Security in Cuba* (Miami: University of Miami).
- 1965. *A Study on Cuba* (Miami: University of Miami Press).
- Mesa-Lago, Carmelo. 1960. *Planificación de la seguridad social: Análisis especial de la problemática cubana* (La Habana: Editorial Librería Martí).
- 1972. *The Labor Force, Employment and Underemployment in Cuba: 1989-1970* (Beverly Hills: Sage Publications).
- 1978. *Social Security in Latin America: Pressure Groups, Stratification and Inequality* (Pittsburgh: University of Pittsburgh Press).
- 1985. *El desarrollo de la seguridad social en América Latina* (Santiago de Chile: CEPAL).
- 1986. *La crisis de la seguridad social y la atención de la salud: Experiencias y lecciones latinoamericanas* (México: Fondo de Cultura Económica).
- 1993. «The Social Safety Net in the Two Cuban Transitions», en *Transition in Cuba: New Challenges for U.S. Policy* (Miami: Florida International University, Cuban Research Institute).
- 1997. «La seguridad social y la pobreza en Cuba», en *La seguridad social en América Latina: Seis experiencias diferentes* (Buenos Aires: CIEDLA): 51-110.
- 1999. «Desarrollo social, reforma del Estado y de la seguridad social, al umbral del siglo XXI», *Revista de la CLAD: Reforma y democracia* (Caracas) 15 (octubre):7-72.
- 2001a. «La reforma estructural de las pensiones de seguridad social en América Latina: Modelos, características, resultados y lecciones», *Revista Internacional de Seguridad Social* (Ginebra) 54: 4 (octubre-diciembre): 77-103.
- 2001b. «The Cuban Economy in 1999-2001: Evaluation of Performance and Debate on the Future», en *Cuba in Transition* (Washington D.C.: ASCE, vol. 11).
- 2002a. *Buscando un modelo económico en América Latina ¿mercado, socialista o mixto? Chile, Cuba y Costa Rica* (Caracas: Nueva Sociedad).
- 2002b. «Las pensiones de seguridad social en Cuba: Diagnóstico y sugerencias de reforma.» 4th Conference on Cuba and Cuban American Studies, CRI, Florida International University, 6-9 marzo.
- Mesa-Lago, Carmelo y Fabio Bertranou. 1998. *Manual de Economía de la Seguridad Social en América Latina* (Montevideo: CLAEH).
- Naciones Unidas (ONU). 1961, 1966. *Demographic Yearbook, 1961, 1966* (New York).
- Oficina Nacional de Estadísticas. 2000. *Anuario Estadístico de Cuba 1999* (La Habana).
- Peñate Rivero, Orlando. 2000. «La alternativa cubana», en *La reforma de los sistemas de pensiones en América Latina: La alternativa cubana*, Luis Gutiérrez Urdaneta y O. Peñate, eds. (La Habana: Editorial de Ciencias Sociales).
- Unión Panamericana (UP). 1960, 1961, 1963. *América en Cifras 1960, 1961, 1963* (Washington D.C.).

El soliloquio del enciclopedista

DIANA ÁLVAREZ AMELL

Carlos Espinosa Domínguez
El peregrino en comarca ajena. Panorama crítico de la literatura cubana en el exilio.
Society of Spanish and
Spanish-American Studies
Colorado, 2001, 384 pp

EL PEREGRINO EN COMARCA AJENA ES LA HISTORIA de la literatura escrita fuera de Cuba en las últimas cuatro décadas. Pasar sus páginas, hojearlas una a una, es comprobar una larga nómina de títulos publicados que si bien son de méritos variados —interesantes, discretos, mediocres sin paliativos y, en algunas instancias, valiosos— los encubre en muchos casos el desconocimiento general. Aunque no siempre, los libros que resume Carlos Espinosa están escritos en el español tenaz del exilio y, también con señaladas excepciones, excluidos del circuito de difusión de libros en español.

La indiferencia mostrada hacia una literatura que cuenta con varios autores de un reconocimiento que desde el principio del éxodo traspasó la frontera del idioma —Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Reinaldo Arenas, Heberto Padilla—, no es ajena a los controles del mercado del libro. Aunque quejarse de los silencios y las omisiones suena a rezongos de mal deportista, cabe observar que, al parecer, por estimarse no rentable lo políticamente incorrecto, el escritor exiliado tuvo una acogida gélida hasta que en la última década se le ha ido recibiendo a regañadientes en las editoriales que publican libros en español. Los escritores mencionados, cuyas obras principales son de una calidad literaria indudable, se habían dado a conocer cuando todavía vivían o no se habían desvinculado de Cuba.

Como resultado, para hacer el recuento veraz de la producción cultural cubana, habrá que desarrollar la actitud de investigador con cruce de explorador que ha adoptado Espinosa. Su libro es un primer intento, que recoge lo bueno y lo malo de la literatura con un tesón superior a lo común. Entre tantos títulos, algunos conocidos sólo entre contados amigos y correligionarios del gremio, quedarán enterrados textos de una calidad literaria que justifica el olvido piadoso por parte del lector. La profusión de títulos de poesía que recopila Espinosa haría flaquear a un ánimo menos recio que el suyo, a quien podría recriminársele el compartir la proclividad —a veces más autocomplaciente que literaria— de los cubanos por la poesía. El propio título de este libro, parece estar inspirado en el de Octavio Paz, *El peregrino en su patria*.

Algunas novelas publicadas en los últimos diez años por autores de origen cubano que viven fuera de Cuba, han circulado en varios países hispanohablantes, lo que las hace unas versiones pálidas de los *bestsellers*. Otras, escritas en inglés o francés, han aparecido bajo el sello de editoriales prestigiosas de Estados Unidos y Francia. También estos novelistas, ellos y ellas, figuran en la historia de Espinosa, aunque no siempre pasen su buen visto crítico.

La historia literaria que narra Espinosa se conforma según un criterio estético que da la espalda a la ideología política, lo que lleva en ocasiones a unas yuxtaposiciones sorprendentes. Un autor célebre como Reinaldo Arenas, cuya oposición política marcó su ahora legendaria existencia, le sigue al pasar la página a la casi desconocida Lourdes Casal, inhumada en un panteón heroico en La Habana luego de haber renunciado a su condición de exiliada, pero cuya literatura gana ciertos elogios por parte de Espinosa. Caso omiso hecho a toda la gama de adhesiones políticas, desde las más sensatas hasta las más extravagantes, que hayan expresado los escritores cubanos fuera de Cuba, Espinosa impone criterios literarios, a los que se suma la norma generosa de la inclusión.

Es una norma que, a la larga, provoca una tensión en la narrativa de Espinosa por dos motivos. Los criterios que emite con tanta firmeza no parecen dejar margen para discrepar. Este principio de autoridad crítica condiciona los indudables logros investigativos de su historia literaria, oscilante entre el ensayo y la enciclopedia. Habría aumentado la utilidad de este libro una organización más clara con subdivisiones dentro de los capítulos que auxiliara la consulta futura, ya que la extensa narración expositiva no se presta fácilmente a la búsqueda de una referencia en particular. Espinosa, en su encomiable proyecto de incorporar toda la producción literaria para presentar una visión general, no resiste la tentación de ejercer la crítica literaria dilatada. Esta ambigüedad metodológica entre el ensayo crítico y la enciclopedia no se resuelve y entorpece la consulta bibliográfica.

Espinosa ejerce además la crítica literaria con una franqueza inusitada cuando se tiene en cuenta que el amiguismo es uno de los lastres sintomáticos del género en español. Las opiniones que expresa con tanta aparente soltura son a veces pasmosas por darse en el reducido espacio cultural de los cubanos fuera de Cuba, en donde escritores, críticos y lectores acabamos codeándonos en una familiaridad más promiscua que propicia para el análisis impasible de los méritos literarios de un texto. La valentía con que se desenvuelve Espinosa tiene su contrapartida en la posible arbitrariedad de sus gustos literarios personales cuando se pronuncia sin rodeos sobre las virtudes y los defectos de la literatura que comenta.

No obstante lo anterior, esta historia literaria se basa en el reconocimiento inteligente que el concepto de una literatura nacional, extramuros por añadidura, no se limita a apuntar hacia la luz de sus estrellas, sino que se sostiene en la articulación de un discurso coherente que razone el conjunto, aunque según señala en la introducción, no se disciplinan estilos ni escuelas literarias entre los escritores exiliados que han vivido en distintas partes del mundo. Ausentes una estilística o una temática en común, los textos literarios que recoge Espinosa se aglutinan

en torno a la identidad marginal que comparten, lo que arrastra como correlatos la falta de protección de editoriales nacionales y el vacío de quedar desasidos de sus primeros lectores naturales, los propios cubanos.

Si el exilio fue el *big bang* que lanzó como añicos a los artistas no dóciles de la cultura nacional cubana, Espinosa recoge meticulosamente las partículas dispersas para colocarlas en el mosaico literario que va componiendo. El crítico ha asumido el aislamiento de esta literatura extraterritorial no historizada para imponer un orden que propone al lector una historia heterodoxa, en donde los autores cubanos exiliados de reconocimiento internacional se insertan en un panorama literario cuya unidad quedaba inédita hasta la publicación de este libro. Junto a los textos de los escritores muy conocidos, se someten al juicio crítico de Espinosa aquellos que han tenido escásima —y no es superfluo el superlativo—, divulgación. No parecen ser las luminarias de esta literatura las que sostienen el interés democrático de este crítico, sino los textos de todos los escritores que va ubicando como partes de un rompecabezas, como él mismo lo llama, luego de haber realizado una investigación concienzuda y apasionada. Pocas veces es tan merecido el título de investigador en la disciplina de los estudios literarios como en éste en el que Espinosa ha seguido con una persistencia ejemplar la pista de libros y manuscritos casi inhallables para registrarlos, analizarlos e incorporarlos a su historia.

La historia literaria es ya un concepto que necesita de una explicación en la crítica actual. Más aún, cuando analiza los textos según promociones y generaciones, Espinosa maneja categorías difíciles para la crítica contemporánea, en donde éstas no suelen aparecer si antes no se han ofrecido múltiples aclaraciones. Impertérrito, valiéndose de un vocabulario crítico añejo, el crítico reconoce desde un principio las limitaciones de su trabajo y confiesa su incomodidad por ser el primero en historiar.

Su modestia personal al señalar las deficiencias propias de la historia que presenta, en la que se excluye el género del teatro, no debe empañar ni el valor de su empresa

intelectual ni la actitud desafiante que entraña un acto de confianza en la capacidad para recordar y reordenar la historia. Armada de datos fehacientes, esta historia literaria recupera para la cultura nacional un legado que ha trabajado a la sombra del exilio, vilipendiado por la eficaz por incesante maquinaria publicitaria oficial que domina por ahora la cultura, como todos los otros aspectos de la vida, en Cuba. Espinosa empieza en cero su labor de construcción, mientras restituye episodios a la cultura cubana. Rescata al admirable y casi ignorado Calvert Casey, además de otros que fueron arrinconados como Lydia Cabrera, Enrique Labrador Ruiz y Lino Novás Calvo. Recuenta lo que pasó, dónde acabaron y qué han escrito quienes eran los jóvenes poetas que, agrupados en torno a la editorial El Puente del poeta José Mario, fueron censurados por esteticistas decadentes y excluidos de publicar en los años 60 en Cuba. Relata la actividad literaria de Mariel, otro grupo de los años 80, cuyo representante estelar fue Arenas.

Espinosa reintegra lo que se ha intentado expulsar o neutralizar de la cultura nacional, autores que no fueron acogidos tampoco en las editoriales internacionales, que mostraron por décadas marcada displicencia para incluir autores cubanos del exilio, lo que afectó sobre todo a aquellos escritores que, por la edad o por la censura, no se habían hecho de un nombre literario antes de salir de Cuba. Espinosa los incluye y los comenta. El poema «Baladita del crack», que aparece en *Caverna fiel*, de Reinaldo García Ramos, poeta tanto del grupo El Puente como de Mariel, y *Boarding Home*, la breve novela en español de Guillermo Rosales, otro fugado por el Mariel, que trata sobre la indignancia, la demencia y las fisuras en el exilio cubano de Miami, no encontraron resonancia editorial luego de su publicación. Estos libros pasan de manera preindustrial de mano a mano, son recomendados en conversaciones entre amistades y mencionados en alguna reseña, pero no aparecen en las antologías que fabrican las editoriales para dar una noción del estado actual de la literatura en español, a pesar del creciente interés en la literatura hispana en Estados Unidos por

parte de las editoriales y las instituciones académicas. En cuanto a la actividad literaria de tantos otros escritores que se citan en el libro de Espinosa, ha sido el *blackout*; una reducida presentación entre conocidos en una pequeña librería de Miami o Nueva York y aquí no ha pasado nada.

Espinosa, con la fe solitaria del enciclopedista, ni se conforma ni se rinde y comienza entonces a contarnos la historia. ■

Un cementerio de bolsillo

JORGE FERRER

Antonio José Ponte
Contrabando de sombras
Mondadori, Barcelona, 2002, 158 pp.

DE LOS CEMENTERIOS COMO ISLOTES DE paz en el corazón de las ciudades, enclaves del último reposo, apenas queda la arquitectura en esta novela de Antonio José Ponte, su primer tiento en el género. Confirmando que las sucesivas metástasis urbanas han ido privando a los cementerios de su ser extramuros, revocando aquella costumbre de darse un paseo hasta ellos, como el que va a salmodiar sus *memento mori* camino a los vecinos que la muerte expulsó del espacio de la ciudad, en *Contrabando de sombras* el *locus* de la muerte es una genuina *polis* díscola y vivaz, un extraño espacio donde los vivos van a expiar sus culpas, a ejercitar su memoria o a reproducir, mediante brutales afanes, la vida de la otra ciudad, la grande, que ha conseguido difuminar los límites entre vivos y muertos. Confundirlos. Esa indistinción atraviesa el libro, como paginando la historia con unos alborotados R.I.P. de papel y testimonio.

Uno se imagina un entorno bucólico y agraciado con la mudez de la muerte, cuando asiste al diálogo inicial entre Vladimir y Renán, que transcurre en un balcón abierto al cementerio. Admira desde la altura de ese

décimo piso el paisaje museístico de la necrópolis, donde los ángeles hacen ademán de cerrarse los labios con sus dedos de mármol. No lo encontrará: este cementerio ha sido tomado por figuras de una morbidez adelantada: saqueadores de tumbas, orgiásticos homosexuales, jaurías endemoniadas. Perdido dentro de la ciudad, el cementerio la parodia y reproduce, con la misma contundencia que una pústula delata y resuelve un vicio metabólico.

Ponte parece pasarse por el paisaje de una ciudad fantasmagórica y podrida e ir coleccionando los desechos; y anotándolos. Como esos pordioseros que arrastran toda suerte de basuras para amueblar sus galpones pestilentes, convirtiéndolos en réplicas grotescas del mundo exterior. Los diálogos, en ese entorno mórbido, parecen actas notariales debidas a un taquígrafo apostado entre los nichos. Construidos con una pericia caligramática, armados de frases cortas y eficaces apuntes severos con la adjetivación, son destellos de vida en el territorio de la muerte. Un uso verdaderamente magistral del diálogo, que salva a unos personajes tan predecibles como las autopsias que se practican a los suicidas más temerarios.

Contrabando de sombras narra la progresiva afición de Vladimir Varela Quintana a visitar el cementerio. Una afición que se tornará dependencia, cuando descubra allí al joven César, suerte de *sosias* de Miranda, un condiscípulo con quien Vladimir se inició en el amor homosexual, y de cuya muerte en un internado fue cómplice. Tampoco César está libre de culpas, si bien en su caso se trata de cobrarlas: Lourdes, una abogada amiga de Vladimir, y a la que éste pide interceda por el joven, detenido durante una redada policial, es la responsable de que su padre fuera a la cárcel, y se suicidara después, por haberla herido defendiéndose de la agresión de una turba de aquellas que se paseaban por La Habana durante los incidentes del Mariel. Expiar esas culpas, administrar el perdón, aprender a trasegar con un pasado culpable, sea propio o ajeno: tales son los ejercicios a los que se entrega Vladimir.

Ponte parece dispuesto a ayudarlo. *Ma non troppo*. Le regala un sueño recurrente en

el que unos acusados de «amujeramiento» son conducidos a un cayo para ser inmolados en un auto de fe, lo dota de un pasado de escritor inédito que alguna vez firmó una carta reivindicando libertades para los intelectuales jóvenes —en una puesta en escena salpicada de alusiones a Foucault y claramente evocadora del *affaire Paideia*—, y lo pone a escribir un prólogo para un libro de fotos pagado por un turista extranjero. Con la aparición del tal fotógrafo, siempre acompañado de una procax mulatica, la novela comienza a internarse por esos peligrosos, y a duras penas rentables en términos literarios, territorios de La Habana «vista para ser escrita... hoy». Toda una galería de personajes y eventos ya vistos, una indisimulada pulsión testimonial, un aire de crónica del desastre que amenaza con llevarse lejos los fuegos fatuos del cementerio, sin darles tiempo a asustarnos. A nosotros o a Vladimir. Una abogada que se dedica a celebrar matrimonios entre extranjeros y cubanas, mientras le echa de vez en cuando un vistazo a su «carné del partido» —Lourdes—, una madre que prepara a su hijo para que se marche al exilio con su padre —Susan—, un instructor de gimnasia en una «beca», una pareja «atípica» de instructores de la policía política, músicos que gastan dólares bebiendo cerveza, el entorno de la jinetera, conductores de bici-taxis... Un paisaje —paisaje, más bien— difícilmente apto para entregarse a fecundas disquisiciones sobre la culpa. Siendo culpables todos, no queda más que irse a pasear al cementerio, claro.

El lector agradecerá esta crónica de un país en el que, se nos dice, «hemos llegado a un punto en que la diferencia entre estar suelto y estar detenido reside únicamente en la cantidad de belleza que nos pasa por delante». Disfrutará este libro, que no teníamos hasta que Ponte lo escribió. Y, en estos asuntos, lo que pudiera parecer una obviedad, dista mucho de serlo. Uno se pregunta, ante la infatuada y sobrevalorada literatura que vamos ganando desde que se le ha abierto un mercado, si no precisamente lucrativo, sí vivo y aceitado, a los libros escritos en Cuba —extraño valor ese del asiento de la máquina de escribir; un valor propio de una

anormalidad literaria, amiga de su anormalidad política correlativa—, qué hacer con cada nuevo libro que nos llega. ¿Cuánto le debe a una contingencia que se resiste tanto a la literatura como a su redención?

Y *Contrabando de sombras* no es ajeno a esos vicios de los cronistas de Indias del poscastrismo incipiente. Y es una lástima haber intentado que en esta novela, armada con mañas de gran literatura y escrita con primor, cupiera todo el país. Tanto país. Quizás sea el atractivo de la podredumbre, al que tanto cuesta resistirse. La misma atracción que desvía a Vladimir del camino que redima a su memoria de las culpas de todos. ■

Reconquistas de un lector

RAFAEL ROJAS

Gonzalo Celorio
Ensayo de contraconquista
Editorial Tusquets
México, 2001, 302 pp.

CADA DÍA SON MÁS LOS POETAS Y NOVELISTAS que se inhiben de ejercer la crítica. Pareciera que dos instituciones se han conabulado en la tarea de arrinconar las valoraciones literarias en el ámbito sombrío de los conceptos o en la superficie banal de las imágenes. Esas dos instituciones son la Academia y el Mercado. La primera consigue disolver las irradiaciones del arte en el magma de la teoría. El segundo asegura que el texto literario aprenda, desde que nace, a regatear su precio en la ciudad.

Cuando la crítica moderna surgió, en páginas de Hazlitt y Sainte Beuve, de Baude- laire y Wilde, era una certeza, y hasta un lujo, asumirla como un género más del arte literario. El verdadero escritor era, entonces, como quería Borges, una criatura lectora antes que un ser escribiente, un «hombre de libros» que tomaba la pluma sólo para dejar

testimonio de sus lecturas, para agradecer sus alimentos espirituales. Hoy, aquellos roles complementarios del letrado moderno se han escindido dramáticamente: los escritores exitosos no leen y los lectores finos no escriben. En México, por suerte, hay excepciones: Sergio Pitol entre los novelistas; José Emilio Pacheco entre los poetas.

Gonzalo Celorio pertenece a la noble estirpe de los artistas lectores. Narrador probado, en novelas como *Amor propio* y *Y retiemble en sus centros la tierra*, Celorio nunca ha dejado de visitar la crítica. Y lo ha hecho, siempre, recurriendo a la escritura que mejor atempera la firmeza de todo juicio: el ensayo. Desde Montaigne, sabemos que este tipo de prosa se distingue por entrelazar la valoración con el testimonio, el entendimiento con la evocación. El buen ensayo, como pensaban Reyes y Paz, es aquel en que la inteligencia se plasma permeable a los tropismos del yo, a la historia sentimental de alguna lectura.

Los ensayos reunidos en este libro de Gonzalo Celorio deberían ser considerados como piezas emblemáticas del género. Cuando Celorio diserta sobre la variada inscripción del barroco en Carpentier y Lezama; cuando percibe el despillarro verbal de Sarduy y Arenas; cuando describe los usos de la paronomasia en Cabrera Infante o la presencia de ciertos dispositivos surrealistas en Villaurrutia; en fin, cuando constata la organizada irreverencia de Cortázar o el provincianismo desestabilizador de López Velarde, nos entrega, también, fragmentos de su autobiografía intelectual, episodios de una vida entre libros, pautas de una memoria poética que repasa sus lecturas entrañables.

La convivencia entre juicio y recuerdo, entre opinión y memoria, es recurrente en *Ensayo de contraconquista*. El texto sobre *Informe contra mí mismo*, por ejemplo, hilvana el análisis a través de una larga y evocadora divagación sobre las tías habaneras del autor. Personajes que parecen salidos del cuento «Estatuas sepultadas» de Antonio Benítez Rojo o de la novela *Tuyo es el reino* de Abilio Estévez. Dos mujeres enclaustradas en un caserón del Vedado, tras el triunfo de la Revolución cubana, y reducidas a la administración de sus únicos bienes: sus recuerdos.

Los textos sobre Carpentier, Fuentes, Villaurrutia, Reyes, López Velarde y O'Gorman también incorporan, entre juicio e interpretación, entre analogía y hermenéutica, algún pasaje reminiscente que descubre el legado sentimental del autor. Pero es en el artículo dedicado a Julio Cortázar donde esta hibridez de la prosa ensayística se manifiesta a plenitud. En este notable ensayo —el mejor que he leído en los últimos años sobre el gran escritor argentino— Celorio intercala agudas reflexiones en torno a los límites de la ficción narrativa en páginas enternecedoras sobre la importancia de *Rayuela* en la iniciación erótica y literaria de su generación, esto es, la generación de quienes empezaron a moldear intelectualmente sus vidas frente al espectáculo del 68.

El título de este libro proviene de uno de sus ensayos más elaborados: «El barroco en el Nuevo Mundo, arte de contraconquista». Allí Celorio retoma la idea lezamiana de que así como el barroco en el Siglo de Oro español fue infiltrado por las poéticas de la Contrarreforma, en América adopta un tono liberador, que lo impulsa como cultura de la contraconquista. El tema, tan caro al Lezama de *La expresión americana*, del efecto sorprendente que provoca la desordenada alimentación espiritual en América, podría atribuirse, como *leitmotiv*, a todo el libro de Gonzalo Celorio. Estos ensayos son, en buena medida, las rebeliones de un lector que, alguna vez, vivió recluido en la Academia, y ahora se reconquista para la literatura.

Aunque abundan los homenajes a maestros y amigos, este *Ensayo de contraconquista* no es reverencial ni adocenado. Celorio confiesa su debilidad por Carpentier, con quien alguna vez discurrió, en la cafetería de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, sobre la cantidad de lámparas que hay en el Altar de la Confesión en San Pedro. Su adhesión crítica al principio de lo «real maravilloso», en tanto réplica americana al surrealismo y proyección de un imaginario sembrado en la naturaleza y la historia, se percibe en un texto breve y enjundioso como «Aproximaciones a la literatura fantástica», que fuera motivado por la lectura de *Los juegos fantásticos* de Flora Bottom Burlá. Sin embargo,

Celorio reconoce que, a pesar de sus baños de pureza americana, Carpentier «sólo pudo ver a través de los anteojos de la cultura europea. Su referente era, fundamentalmente, la cultura europea, y América, por tanto, una parodia de Europa». Estas palabras todavía sonarán sacrílegas a tanto carpenteriano ortodoxo que persiste en afirmar una supuesta esencia «maravillosa», «mágica» o «sobrenatural» en la realidad latinoamericana.

En otro momento, Celorio se atreve a polemizar, nada más y nada menos, que con Octavio Paz. Al autor le parece inadecuada la afirmación frecuente de Paz acerca de la ausencia de tradición ilustrada y crítica en América Latina. Pero para enfrentarse al argumento no improvisa con soberbia, como los bachilleres de Cervantes, sino que recurre a otra autoridad, Edmundo O'Gorman, quien, en *La invención de América*, sostenía que el proceso de la civilización latinoamericana entablaba un diálogo de lámparas y espejos con Europa, y no era reductible a una mera sombra incompleta del Viejo Mundo. En la escenificación de un debate entre Paz y O'Gorman, Gonzalo Celorio muestra su habilidad para el contrapunto, otra técnica barroca. A lo largo del libro se sucederán varias vidas paralelas, varios careos imaginarios, como los de Reyes y Borges, Villaurrutia y Pellicer, Fuentes y Cortázar.

Hemos dicho que los homenajes son reiterados en este *Ensayo de contraconquista*. Por si fuera poco, el último capítulo, titulado generosamente «El alumno», recoge textos ocasionales que conformarían eso que Lezama llamó una «glorieta de la amistad». Hay, sin embargo, un homenaje implícito, escriturario, que le otorga a esta prosa una candidez y una generosidad distintivas. Me refiero al homenaje al arte literario del ensayo. En su hermosa «Periferia de Alfonso Reyes», Celorio cuenta la historia de un joven poeta que un día se descubre adulto, siente que ha rebasado la «línea de la sombra», de la que hablaba Joseph Conrad, y se pregunta cuál fue el milagro, a qué se debió aquella inusitada maduración. Entonces el joven poeta, que fue Gonzalo Celorio, descubre que la causa de su crecimiento ha sido la lectura de *El destlinde*, de Alfonso Reyes. ■

Un problema conceptual

JUAN ESPÍNDOLA

GERARDO MALDONADO

Rafael Hernández

Mirar a Cuba. Ensayos sobre cultura y sociedad civil

Fondo de Cultura Económica
México, 2002, 194 pp.

HAY UN VICIO CURIOSO EN EL MUNDO moderno que consiste en encontrar a la democracia en todos lugares, donde la hay y donde no se asoma por ningún lado. Un empeño cuyas manifestaciones terminan por ser obsesivas, desmesuradas, hilarantes y emotivas. Es el caso del libro *Mirar a Cuba*. Según Rafael Hernández, una mirada desengañada a Cuba revelaría un hecho casi imperceptible para todos, pero indudable: la transición cubana a la democracia. Una democracia, sin embargo, que subordina los mecanismos electorales y los partidos políticos —artificios burgueses en retórica marxista— a la voluntad afirmada por el pueblo, pero traducida por el Estado. Una democracia que significa no el acto de elegir, sino el arrastre popular que tienen las decisiones de gobierno —un argumento de resonancias rousseauianas. Una democracia que relativiza la alternancia y la pluralidad políticas en aras de la continuidad del gran proyecto del orden social. Una democracia que postula su autonomía y la afirma en su oposición e independencia frente la política de los Estados Unidos.

Mirar a Cuba es una defensa al proceso de cambio «democrático» que vive el régimen de Fidel Castro. Este trabajo, escrito en una prosa clara y con una secuencia argumentativa impecable, es una verdadera originalidad. La construcción de esta apología, no obstante, se apoya en un andamiaje conceptual francamente endeble. Por ejemplo, el concepto de sociedad civil, que es uno de los cruciales para la argumentación de Hernández, se utiliza de manera particularmente

imprecisa. En primer lugar, todo lo que no es Estado es inmediatamente sociedad civil; por lo tanto, caben en el mismo saco los grupos de derechos humanos, los movimientos universitarios y las organizaciones de disidentes. Incluso las asociaciones religiosas, cuyos objetivos no están en este mundo, sino en el más allá, y que, por tanto, pertenecerían más bien al ámbito de la sociedad eclesiástica.

En segundo lugar, para Hernández la sociedad cubana participa activamente en política y gobierno, y este solo hecho la convierte en una sociedad civil. La cuestión es que en Cuba la participación únicamente se puede desarrollar a través de las instituciones del Estado; mientras que en una auténtica sociedad civil, dicha participación también transcurre al margen del aparato estatal. Recordemos, como decía Edward Shils, que no todas las sociedades son sociedades civiles. La lectura de Hernández no podía ser otra, puesto que deriva de una interpretación selectiva de la Constitución cubana de 1992: en el libro hace desfilar artículos sobre la reforma al sistema de mecanismos estatales de participación, pero soslaya —porque le resultan incómodos— los artículos 53 y 54 que colocan fuera de la ley a quienes pretendan expresarse o asociarse al margen de las corporaciones del Estado.

El problema argumentativo no sólo se refiera al concepto de sociedad civil, sino también al de democracia. De acuerdo con Hernández, hay una continuada identificación del sistema con el interés de la población, lo que le acredita su apoyo popular. El postulado resulta bastante problemático, por supuesto, pues el autor no dice una sola palabra sobre el método para determinar esa «continuada identificación» y el correspondiente «apoyo popular». En un sistema político donde existen una pluralidad de partidos y un entramado electoral, no cabe la menor duda sobre el «apoyo popular» con que cuenta el régimen: se traduce en el recuento de los votos. Pero en un régimen que relativiza los mecanismos electorales, las fuentes de su legitimidad son ambiguas. Se nos puede argüir que un plebiscito —de dudosa naturaleza— y una multitudinaria manifestación podrían parecer muestras del

respaldo del «pueblo» al gobierno. No obstante, entre la manipulación llana y esas prácticas cabe un alfiler. Al igual que Carl Schmitt, la democracia que defiende Hernández no es «liberal», sino «pura», donde hay una identidad entre gobernantes y gobernados sin necesidad de «mediaciones» representativas. Y las consecuencias de la doctrina schmitteriana ya las conocemos.

Rafael Hernández tiene razón al denunciar la mala prensa de los intelectuales cubanos dentro de Cuba: «pusilánimes [...] burócratas, meros reproductores del discurso oficial» (p. 26), según los tiene el lugar común. Pero el acierto no le da credenciales para fustigar a los intelectuales cubanos fuera de Cuba. Detrás, qué duda cabe, hay un desprecio velado hacia los disidentes. De hecho, para él, no hay disidentes sino «migrantes». Quienes se marchan hoy día de Cuba no lo hacen por motivos políticos: «[s]alen, en general, por motivos familiares y por acceder a un mercado de consumo más elevado, el de los Estados Unidos» (p. 37); es decir, no hay opositores políticos, sólo capitalistas. Como si pudiera separarse nítidamente la inconformidad política de la insatisfacción económica.

El problema conceptual no acaba con la idea de democracia o los disidentes. Según el razonamiento de Hernández, la centralización de las decisiones; la entronización de la unidad partidista; el anquilosamiento de la clase política —en especial de Castro—; el enorme peso en el tema de la defensa y la seguridad nacional; la «menor tolerancia, flexibilidad y tratamiento político ante expresiones de disenso» (p. 123); y otros males que conocemos en Cuba, son todas consecuencias directas del bloqueo comercial impuesto a la isla por los Estados Unidos: el origen de casi todos los males. Aclaremos: la unidad nacional frente a una potencia extranjera es una cosa, otra muy distinta es pedir unanimidad política en torno a cada tema. Luego entonces, y en contra de lo que piensa Hernández, es posible concebir unidad (con respecto a la amenaza estadounidense) y pluralismo (tratándose de los asuntos del gobierno interno).

La interpretación del embargo en el libro es tan clara como hace cuarenta años y

durante toda la Guerra Fría: es la respuesta de los Estados Unidos ante la amenaza soviética en la región. Lo curioso es que, a principios del siglo XXI, la potencia mundial parezca preocupada por el riesgo comunista que la pequeña isla pueda representar. Sin duda, la política exterior angloamericana mantiene el embargo hacia Cuba, pero no por las razones que aducen muchos como Rafael Hernández. En la actualidad, la vigencia del embargo está sostenida, entre otras cosas, en el apoyo de Washington hacia los grupos disidentes cubanos que hacen, desde hace varias décadas, una actividad de cabildeo para mantenerlo y con ello presionar un cambio en la isla.

Hay otros contrasentidos conceptuales en el trabajo. Pensar que el Partido Comunista Cubano pueda «convertirse realmente en el partido de la nación cubana» (p. 44) es una contradicción cuando menos en los términos, pues por definición un partido es «parte» de una totalidad, que en este caso es la nación, no la totalidad en sí. Decir que existe el pluralismo político en un régimen que controla los medios masivos de comunicación y que proscribía a los partidos políticos de oposición es un malabarismo en las nociones, ya que donde sólo hay mecanismos oficiales para la circulación y manifestación de las ideas difícilmente habrá pluralidad.

Como dijimos anteriormente, el libro es una apología al proceso de cambio interno en Cuba arropada en un pretendido análisis crítico de la realidad cubana; sin embargo, no llega más allá de ser la simple apología. La labor de Fidel Castro al mando del Estado cubano no es puesta en tela de duda ni una sola vez. La figura del comandante, en cambio, está muy cerca de la sacralización: «hay pocos líderes vivos con la capacidad política de Fidel Castro» (p. 31); «Quien puede conducir este proceso [de transición] de la manera menos costosa, con el menor trauma para el cuerpo y con la mayor estabilidad para el país, es Fidel Castro» (p. 32); «se asume que la autoridad ostentada por Fidel no la tendrá nadie previsible hoy en Cuba, así como tampoco su capacidad de convencer a la población y ser respetado» (p. 191). Lo bueno, según el libro, no está

en pensar una Cuba «posFidel», sino una Cuba «posembargo». Hace falta recordarle a Hernández, como a muchos en caso, que la verdadera crítica, el estricto análisis podrá siempre ubicarse tan cerca o tan lejos del sistema como se prefiera, pero nunca podrá comprometerse con él. ■

Tras el sonido y la furia: ecos del *boom*

LOURDES GIL

Roberto González Echevarría
*La voz de los maestros. Escritura y autoridad
en la literatura latinoamericana moderna*
Editorial Verbum
Madrid, 2001, 272 pp.

HAY LIBROS QUE CONSIGUEN APRESAR UN momento irrepetible en el arte y en la historia, como puede hacerlo una cámara cinematográfica. Desde esa ecuación arte / historicidad, los cineastas italianos de la posguerra fijaron la desmesura tremendista de su época en un cine que todavía nos conmueve: *Stromboli*, *La strada*, *Arroz amargo*.

Pero la crítica literaria no dispone de la plasticidad visual del cine. Depende de la letra impresa y por tanto, de ese proceso más lento de asimilación por parte del público que es la lectura. El crítico debe valerse de recursos muy distintos para retener y proyectar con palabras las últimas irradiaciones de un período en su cenit, al borde mismo de su decadencia. Como precedente, basta remitirnos a las conferencias impecables de Port-Royal, a la vitalidad de estilo y a la sagacidad analítica de un Sainte-Beuve, a quien aún leemos con deleite. Los gustos y modas literarias —las teorizaciones sobre todo— van y vienen. Pero es la actitud acuciante, diríase que reverencial, del crítico ante las complejidades de la escritura y ante el hecho literario mismo, lo que se impone y salva las

distancias de ese ilusorio e inexorable compás que marca el tiempo. Es en virtud de esta visión extemporánea, cuyo lente óptico penetra los resquicios del presente y a la vez disuelve sus límites y logra dominar una simultaneidad de espacios, lo que hace posible homologar a un director de cine italiano de la década de los 50 y a un crítico francés del siglo XIX.

Desafortunadamente, porque atravesamos esa crisis en la crítica que tanto lamentaba Octavio Paz, ésta no se aventura más allá de una frívola experimentación de teorías leídas sin rigor y penosamente interpretadas. De vez en cuando, sin embargo, aparece un libro que viene a confirmar que el genuino pensamiento crítico, el análisis recreativo que se emplaza entre la intuición artística y el método racional, no es un arte perdido. *La voz de los maestros*, sólido en el tiempo como los *Retratos* de Sainte-Beuve (fue publicado originalmente en inglés en 1985 y ahora lo traduce su autor), es un texto de apresamientos múltiples e invocaciones añejas. Se lee a veces con fruición, a veces con asombro. O con exasperación: es un libro de travesías y encrucijadas literarias que subyacen una dentro de otra; de puentes colgantes en los vacíos abismales de nuestra crítica. Un libro, también, que convierte al lector en un viajero de la memoria. No una memoria lejana, ya que el recorrido fundamental se da dentro del tramo meteórico del *boom*. Un *boom* —hay que decirlo— muy Roberto González Echevarría, muy aprehendido desde la referencialidad del Caribe, desde una perspectiva quizá en exceso etnocéntrica, cubana, pero desde la más fina destilación de nuestra sensibilidad.

Cabe aquí como paréntesis la anotación de que, finalmente, hay que conformarse con llamar *boom* a aquel momento cuando las letras hispanoamericanas se inscribieron fugazmente al discurso canónico de occidente. El monosílabo casi antiliterario ha persistido, a pesar del desagrado que produjo en escritores como Carlos Fuentes, quien declaró en una entrevista para la revista *Románica* en 1977 que «ese horrible nombre me recuerda una pésima película de Clark Gable que se llamaba *Boom Town*». El comentario de algún

Antología de la poesía cubana

José Lezama Lima

Presentamos esta nueva edición de una obra canónica de las letras cubanas, seleccionada y documentada por José Lezama Lima. Publicada originalmente en 1965, en tres volúmenes y sin que se volviese a reimprimir, se convirtió de inmediato, tanto por la amplia selección como por el valor de sus comentarios, en obra de referencia imprescindible a fin de conocer la lírica cubana.

La edición, a cargo de los profesores Ángel Esteban y Álvaro Salvador (Universidad de Granada), ha respetado escrupulosamente el proyecto de Lezama Lima, que abarca hasta el siglo XIX. Sólo una variante se ha introducido: se ha incluido en un Anexo del volumen I, fragmentos de la *Florida*, extenso poema épico de Fray Alonso de Escobedo (1598-1600), relativos a la isla de Cuba, su naturaleza y sus habitantes, un texto no tenido en cuenta hasta ahora por la bibliografía cubana. Si todas las historias y antologías de la literatura cubana comienzan con el *Especulo de Paciencia* (1608), como hace Lezama, hemos adelantado en algo la cronología.

VOL. I. Siglos XVII y XVIII

336 páginas 20,00 € ISBN: 84-7962-232-6

VOL. II. Siglo XIX (1)

493 páginas 30,00 € ISBN: 84-7962-233-4

VOL. III. Siglo XIX (2)

576 páginas 30,00 € ISBN: 84-7962-234-5

A la edición de Lezama Lima se ha incorporado un cuarto volumen (siglo XX), seleccionado y presentado por Ángel Esteban y Álvaro Salvador, que permite al lector completar una visión de la poesía cubana hasta nuestros días.

VOL. IV. Siglo XX

Ángel Esteban y Álvaro Salvador

484 páginas 30,00 € ISBN: 84-7962-235-0

OBRA COMPLETA

100,00 € ISBN: 84-7962-236-9

Equilaz, 6, 2.º Dcha. • 28010 Madrid

Teléfono: 91 446 88 41

Fax: 91 594 45 59

e-mail: verbum@telefonica.net

Otras Novedades:

La voz de los maestros: Escritura y autoridad en la literatura latinoamericana contemporánea

Roberto González Echevarría

El más autorizado latinoamericanista de EE UU entrega una lectura original y polémica de autores como S. Sarduy, J. Cortázar, G. Cabrera Infante, C. Fuentes, A. Carpentier, R. Gallegos, G. García Márquez, J.E. Rodó, Roa Bastos y D.F. Sarmiento, entre otros.

Un seguidor de Montaigne mira La Habana / Las comidas profundas

Antonio José Ponte

El autor segrega su propia ideación de La Habana, una ciudad escurridiza y escéptica; a partir de la mesa criolla y sus referentes culturalistas, Ponte concibe un texto igualmente sorprendente.

Cuba en su imagen: Historia e identidad en la literatura cubana

Adriana Méndez Rodenas

Literatura y sociedad en la Cuba de los dos últimos siglos, con especial énfasis en el papel de la mujer y el negro, a lo largo de doce ensayos que guardan una coherente unidad de propósito: la búsqueda y la afirmación de una identidad.

El teatro del absurdo en Cuba (1948-1968)

Ricardo Lobato Morchón

Un análisis pormenorizado de la producción dramática de Virgilio Piñera y sus seguidores. El texto se adentra en el estudio de las interferencias entre el poder político y la libertad de creación a partir de 1959.

El reformismo español en Cuba

Enrique Pérez Cisneros

El autor de *El 98 cubano* realiza aquí un estudio riguroso de las reformas que España emprendió en Cuba entre 1878 y 1898. El último y fallido esfuerzo de España por impedir la intervención norteamericana y evitar la guerra.

Poesía y prosa. Antología

José Lezama Lima

Una cuidadosa selección de la poesía y la prosa del autor de *Paradiso*. Una fiesta del lenguaje de quien ha logrado la audacia de una expresión siempre reveladora y sorprendente. Edición a cargo de Iván González Cruz.

Mi música en otra parte

Nivia Montenegro

Conciencia lúcida que aborda la historia y la memoria personal en versos ágiles y tensos, con precisión y pudor. Una intimidad arrinconada en el precipicio de la nostalgia.

La Isla rota

Iraida Iturralde

"Un texto que formula una abrumadora crónica de la realidad cubana actual, sin concesiones a la gastada retórica de las ideologías". José Olivio Jiménez.

modo captaba la naturaleza efímera, el estrellato tipo Hollywood del *boom*. Hoy, ya aplacado el furor y cada vez más olvidados, los libros de los «maestros» han regresado a sus acostumbrados nichos en las Facultades de Letras. Sólo el propio Fuentes, García Márquez y Vargas Llosa parecen haber sobrevivido a los dictámenes de la moda y a la vertiginosidad globalizante en que vivimos, que se apropia hasta de la literatura.

Mucha tinta se ha vertido sobre el mítico *boom*, pero *La voz de los maestros* no es «un libro más» sobre el tema. Un vistazo al índice permite un atisbo de su singularidad, pues si en algunos de los títulos a los diez textos críticos aparecen reflejadas las modalidades del momento (el matiz retórico de simétricos esquemas lingüísticos, tales como «La dictadura de la retórica / la retórica de la dictadura»), se advierten también otros más subversivos. El «Meta-final»/«Meta-End» incluye la traducción que hace González Echevarría de ese acertijo circular que es la escritura de Guillermo Cabrera Infante. Finaliza con unas glosas y notas numeradas, donde el crítico asume cabalmente el rol de traductor, de transcriptor de fonologías y de códigos.

Hay que señalar que los diez ensayos no siguen la división ordenatoria en capítulos que correspondería a la evolución de una teoría y, por lo tanto, a una organicidad. Su secuencia, más cabalista que temática o cronológica, podría incluso resultar inquietante: hallar a Cortázar encabezado por *Terra nostra* y escoltado por *Biografía de un cimarrón*. Por añadidura, el lenguaje y el estilo cambian de un texto al otro, lo que sugiere que fueron escritos en épocas distintas.

No obstante, estos elementos conspiran inútilmente en su contra. En otro libro serían factores incisivos, pero *La voz de los maestros* permanece ileso gracias a la lógica ecléctica, desbordante, del autor. El proceso analítico de González Echevarría es siempre centrípeto, orientado hacia la especificidad, y presenta un verdadero reto para al lector. Este sólo descubre los giros transgresivos y vericuetos focaltianos de su exposición mediante sucesivas y cuidadosas lecturas. Irrevocablemente, González Echevarría concilia los saltos de la rayuela, textualizándolos

en torno a una misma hipótesis. Esta se halla en el ensayo «El extraño caso de la estatua parlante: *Ariel* y la retórica magisterial del ensayo latinoamericano», donde el autor plantea su búsqueda como «la función del concepto de la cultura en la elaboración de la literatura». Más adelante afirma que, en América Latina, «cultura y literatura se configuran mutuamente... dentro de un proceso de formación ideológica». La propuesta básica de González Echevarría, clave teórica de *La voz de los maestros*, parte de ese proceso ideológico de la literatura latinoamericana, concebido como autolegitimación por una clase social en el siglo XIX y perpetuado hasta el presente. La búsqueda de esa elaboración de la identidad —tanto la individual como la nacional— en el discurso literario de nuestros países, aparece sintetizada en cada ensayo de *La voz de los maestros*. Como el hilo de Ariadne, configura una vía que orienta al lector, que sincroniza obras tan inconexas como la de Roa Bastos y la de Sarduy; la de Rómulo Gallegos y la de Fernando Ortiz. Cuando casi al final leemos que «la literatura es la crítica y la filosofía de América Latina», entendemos que para González Echevarría la literatura es la esencia del ser americano, su origen y su mitología. Que al constituir el escritor la conciencia escrita, el pensamiento vivo de América Latina, su estudio admite todas las aproximaciones posibles y no un método determinado.

El eclecticismo de Roberto González Echevarría es bien conocido. Durante décadas ha desempeñado un papel protagónico en el campo de la crítica literaria en el seno de la sociedad norteamericana y desde su cátedra en Yale, la universidad que fuera el foco de vanguardia para la difusión del estructuralismo en Estados Unidos. Ha sabido traspasar los claustros universitarios y las revistas especializadas, como muestran su ya indispensable libro sobre el béisbol en Cuba y su investidura, junto a varios Premios Nobel, en la Academia Norteamericana de Artes y Ciencias.

Sin duda, la naturaleza transgresiva del crítico no es sino la expresión de una voluntad iconoclasta, algo poco frecuente en el rígido ámbito académico de Estados Unidos.

De su tránsito entre el quehacer puramente intelectual y sus actividades extraliterarias González Echevarría ha realizado pequeños «milagros»: sorprendentes e inesperadas epifanías. Uno de ellos ocurrió durante la visita de Alejo Carpentier a la Universidad de Yale, dos años antes de morir. La hazaña de Roberto no consistiría solamente en propiciar este memorable e histórico simposio, donde Carpentier se cruzaría en los pasillos —verdaderos *pasos perdidos*— con Cabrera Infante y Eloísa Lezama. Como anfitrión de la recepción en honor a Carpentier, Roberto amenizó la velada con discos de Celia Cruz y de Benny Moré, haciendo estremecer el empanelado de caoba de uno de los salones más sobrios, distinguidos y venerables de Yale con música y baile cubanos, probablemente por primera y única vez. Por mi parte, era la primera vez que veía a Roberto y la única que vi a Carpentier. ■

Con todas y para el bien de todos

ADRIANA MÉNDEZ RODENAS

Ileana Fuentes
Cuba sin caudillos. Un enfoque feminista para el siglo XXI
Linden Lane Press, 1994.

EN LA RIRE DE LA LEDUSA, LA TEÓRICA FRANCESA Hélène Cixous proclama que «[l]as mujeres deben entrar a la historia por su propio movimiento.» El libro de Ileana Fuentes podría leerse como puesta en práctica de este famoso dictamen, ya que una de sus frases más célebres describe «como los Machos, con *M* mayúscula, entran en la Historia: con la *toga viril*» (104). Valiéndose de una táctica que el teórico Homi Bhabha ha denominado la función performativa del discurso, Ileana Fuentes desmonta en este compacto libro los presupuestos fundantes del nacionalismo

cubano, como también el prolongado ejercicio del poder posrevolucionario.

Escrito a manera de un contradiscurso del nacionalismo cubano, *Cuba sin caudillos* de Ileana Fuentes hace entrar a la historia tanto a las mujeres del pasado —desde la legendaria Mariana Grajales en lucha por la Independencia— hasta las heroínas del presente —las activistas de derechos humanos, las jineteras, y las afrocubanas. En hermoso gesto de solidaridad, el libro está dedicado a las mujeres cubanas de la isla y del exilio, de todas las edades, razas, y creencias, cuyas vivencias y vicisitudes se afirman en el bello poema preliminar que sirve de letanía/homenaje a lo femenino. Como indica su título, *Cuba sin caudillos* se atreve a pensar la historia de Cuba desde el otro lado de la barrera anatómica, al idear un país democrático fundado en el derecho civil, la igualdad y el intercambio entre conciudadanos, sin perpetuar las jerarquías otorgadas por el dominio del sexo, el privilegio de la raza o la lealtad política. Sin titubeos ni nudos teóricos, pero con una sólida base en el pensamiento feminista actual, que adapta de Michel Foucault la articulación entre género, discurso, y poder, Ileana Fuentes se atreve a proclamar un nuevo país, una república postsocialista y enraizadamente democrática en la cual la mujer obtenga su plena participación como ciudadana en sus variados roles o papel social.

La premisa más sobresaliente del libro de Fuentes no es únicamente el abogar por una Cuba democrática —anhelo compartido por ciudadanos de la Cuba insular y extraterritorial— sino el lúcido análisis que atribuye la falta de democracia y el exceso de poder a dos causas fundamentales: la exclusión milenaria de la mujer cubana de la esfera pública, y, paralelamente, la desvalorización del sujeto femenino a objeto de deseo y explotación comercial. Esta premisa se argumenta en tres secciones o apartados: la primera, «Hacia la democracia por las vías del feminismo,» arremete una severa crítica a la historiografía patriarcal, responsable de articular una imagen de la historia de Cuba como panteón de próceres, presidentes, combatientes, y mártires; la segunda, «La deconstrucción del poder,» contempla el aporte de

mujeres y hombres que, en la historia reciente, se han atrevido a resistir la omnipotencia del poder por medio de diferentes estrategias y recursos, desde la poesía hasta el extremo del suicidio. La tercera y última parte, «Frente al patriarcado,» resume la historia de dos poetas/mujeres que han abogado a favor de los derechos humanos en Cuba —María Elena Cruz Varela y Tania Díaz Castro— junto a la de otras activistas de este movimiento. *Cuba sin caudillos* cierra con el documento en inglés presentado en 1993 a la comisión de Derechos Humanos de las Naciones Unidas, escrito que denuncia tanto la situación de las presas políticas como la de la mujer en la Cuba castrista.

La primera parte de *Cuba sin caudillos* contiene un incisivo análisis de los discursos nacionales. Aquí se presenta la otra cara de la historia del «patriarcado tropical» (47), poniendo en práctica el postulado de Cixous. Fuentes demuestra cómo el discurso nacional se emite desde un enunciado monológico que se arroga el poder de representar a toda la nación, lo que la autora aptamente caracteriza como «el incuestionable yo patriarcal» (4). De ahí pasa revista a los componentes del nacionalismo posrevolucionario, desde las consignas oficiales hasta el código machista imperante (lo que Bhabha denomina el discurso pedagógico), para reinventar un discurso alternativo, lo que se podría considerar un discurso posnacional, desde los márgenes, con los retazos de un traje de mujer.

En este mismo apartado, la autora critica igualmente a la historiografía cubana, al mostrar cómo historiadores de todas las épocas incurren en el mismo error metodológico: el prescindir de la presencia vital de la mujer y de su participación en la historia cubana. Refiriéndose a la historiografía de la etapa republicana, Fuentes nota que en estos libros aparecen una que otra mujer extranjera, pero nunca se «menciona ni los nombres ni la labor de las cubanas que en todos los campos —desde el cultural hasta el político— han contribuido al desarrollo y enriquecimiento de la nación cubana» (36). En este sentido, la obra de Fuentes ofrece un contrapunto útil a la historiografía reciente

que revisa la historia cubana con el afán de desmontar los mitos nacionales. Si en *Isla sin fin*, de Rafael Rojas, el absolutismo de estado actual se vincula al pensamiento patricio del siglo XIX, Fuentes caracteriza este legado como «el patriarcado colonial» (8), y ofrece, a la vez, una causa más directa y puntual al fenómeno del caudillismo en la política cubana: la falta de participación de la mujer en la esfera pública (26). En una secuela a este libro, habría que comprobar si, entrado el nuevo siglo, se sigue excluyendo de la interpretación histórica la contribución de las mujeres al discurso nacional, desde las fundadoras del siglo XIX hasta las artistas, escritoras, y poetas de nuestros días. La insistencia en la necesidad imperiosa de restaurar el lugar protagónico de la mujer en la historia de Cuba es uno de los méritos mayores de este libro.

Asimismo, Fuentes señala otro motivo importante que explica la falta de un pensamiento femenino en la historia de Cuba: el hecho de que, aún después de cuarenta años de transición al socialismo, no haya surgido un vigoroso movimiento feminista en Cuba. Como bien demuestra la autora, el feminismo entendido tanto como filosofía liberadora y como activismo político es necesario para derrumbar los presupuestos sexistas que han limitado tradicionalmente a las mujeres (24). A juicio de la autora, organizaciones estatales como la Federación de Mujeres Cubanas no han cumplido este objetivo, hecho que se comprueba por el bajo porcentaje de mujeres en los escalones más altos del partido en el poder (22-23). Paralelamente, la misma desproporción se nota en las organizaciones políticas del exilio (36). El aporte más útil del libro de Fuentes consiste, entonces, en señalar que tanto los poderes en la isla como las organizaciones del exilio comparten el mismo criterio exclusivista.

Este vacío a nivel de la praxis política se compensa, en parte, por el hecho de que el libro de Fuentes empalma con una creciente e importantísima tradición feminista en los estudios cubanos, tradición que rescata la presencia femenina desde diversas disciplinas y ángulos, en una paciente labor de rescate

realizada por cubana-americanas de la generación una-y-media, a la que pertenece Ileana Fuentes, junto con académicas norteamericanas y europeas. Herederas de «la tierra sin nosotras,» para evocar el ensayo de la poeta Lourdes Gil, que alude al peso de nuestra ausencia de la isla, esta tradición alternativa afirma la voz de la mujer en campos tan diversos como las ciencias políticas, la sociología, la historia, la antropología, el ensayo literario, las artes plásticas, la literatura y el testimonio, para nombrar los campos más destacados de este nuevo arte y pensamiento feminista. Pensamiento que pocas veces aflora en estudios recientes que abordan la encrucijada actual de nuestro país, pero que el libro de Fuentes exige ser tomado en cuenta.

Como parte de este llamado de atención, *Cuba sin caudillos* plantea las bases de un humanismo feminista que abraza tanto uno como a otro sexo, y que defienda el derecho del hombre a solidarizarse con valores contrarios a los que han erigido lo masculino en género dominante. Fuentes replantea «ese sol del mundo moral» desde otra postura que la de Cintio Vitier, al declarar que sólo el ánimo de «exorcisar el machismo de la siquis nacional» (37) podría garantizar la democracia en Cuba. El tono de urgencia de *Cuba sin caudillos* se podría equilibrar con un análisis más conciso de los mecanismos del control patriarcal, incluyendo los discursos nacionales y la historiografía antes mencionados. No obstante, este mismo tono es un recurso eficaz para despertar de un largo letargo a una comunidad nacional no solamente escindida, sino poco acostumbrada a afrontar los rezagos de la discriminación sexual. En este libro, la energía y el compromiso vital de las mujeres se adelantan como única salida a una historia y cultura política cifrada por el conflicto, la no-tolerancia, líderes protagónicos, y la falta de valores civiles.

La visión utópica de una democracia motivada por valores femeninos se concreta con una propuesta básica acerca del futuro de Cuba, un futuro soñado «con todas y para el bien de todos» (énfasis de la autora; 46), revisión consciente del legado martiano que proyecta el ideario de nación hacia el presente actual. Como fin de una lúcida denuncia de

la explotación milenaria a la que se ha sometido las mujeres de descendencia africana, Fuentes propone «una presidenta para Cuba» que provenga de esta misma etnia y raza (62). Tomando en cuenta los nexos entre cultura y política, el hecho de que este año Nancy Morejón haya ganado el Premio Nacional de Literatura podría anticipar esta proyección al futuro. Como para contrarrestar el peso de la herencia masculinista, Fuentes argumenta asimismo por una presidenta-mujer, proponiendo como candidata ideal a la poeta disidente Tania Díaz Castro (109). El *potens* histórico ideado por Fuentes encuentra su paralelo en la literatura cubana-americana, ya que en *The Return of Félix Nogara* (2000), la reciente novela de Pablo Medina, surge la figura de una presidenta mujer entre los escombros del sistema actual. Más realista quizá, en esta novela las intrigas del poder no escapan, sin embargo, la identidad genérica, idea que merecería mayor amplitud en este estudio.

El punto culminante de *Cuba sin caudillos* viene en la tercera parte, donde se elabora el concepto de una «erótica de la nación.» Los estudios cubanos de aliento feminista han examinado esta temática desde dos vertientes, contemplados también en este libro: la fascinación por el poder fálico centrada en la figura del Máximo Líder y el culto a «la mulata exótica» (90). Fuentes amplía la «erótica de la nación» a la anatomía de la resistencia, concretada en su atrevida propuesta de intercambiar el órgano genital en el que, según el imaginario popular cubano, se concentra la valentía: «*cubanos con los ovarios...* Hay que incorporar lo femenino al concepto de *lo cubano* y desmasculinizar nuestro discurso nacional» (65) Conforme el gesto performativo que subyace todo el libro, esta propuesta se lleva a práctica mediante la lúcida lectura de tres poetas de la resistencia, enfocada en Heberto Padilla, María Elena Cruz Varela y Tania Díaz Castro.

No es por azar que el subtítulo de este libro rece: «Un enfoque feminista para el siglo XXI,» ya que es precisamente en el momento actual que *Cuba sin caudillos* cobra su vigencia. Frente a posibles dudas y temores acerca de la transición hacia una Cuba

democrática, Fuentes se mantiene firme en su afán de (re)inventar una nación en la que todos los cubanos tengan voz y voto. En este nuevo «soñar en cubano,» se inscribe el proceso de reconciliación aún por venir, primero como una solidaridad de género, demostrada en la «Carta abierta a las mujeres cubanas», y, un paso más allá, en el gesto de afirmación dirigido a la comunidad insular («estamos con ese pueblo» 27). Este lenguaje inclusivo, «con todas y para el bien de todos», marca la pauta de una nueva era: la del fin del exilio y el principio de una nueva nación. ■

El renacer de un comandante

MIGUEL RIVERO

Huber Matos
Cómo llegó la noche
Tusquets Editores
Madrid, 2002, 589 pp.

CUANDO HUBER MATOS SE ENCONTRÓ EN Londres con el escritor e historiador Hugh Thomas, en 1980, éste le recomendó que escribiese sus memorias. Había pasado apenas un año después de su liberación de las mazmorras castristas y posiblemente Matos vivía aún bajo las alucinaciones de aquel largo calvario. Fue necesario esperar más de veinte años para que ese objetivo se cumpliera. En marzo de 2002 salió la primera edición de *Cómo llegó la noche*, un libro revelador de las interioridades del movimiento revolucionario, durante la lucha en la Sierra Maestra y los primeros meses decisivos de la Revolución Cubana, cuando ese nombre se podía escribir en mayúsculas, porque era sinónimo de las esperanzas de libertad para el pueblo cubano.

Matos fue condenado a veinte años de cárcel, que cumplió integralmente. Su delito: revelar las preocupaciones por el rumbo

comunista que podía tomar la Revolución cubana. Cuando Matos le informó de su renuncia al entonces primer ministro, Fidel Castro Ruz, en carta del 19 de octubre de 1959, le dice: «todo el que haya tenido la franqueza de hablar contigo del problema comunista debe irse antes de que lo quiten». Su grave pecado fue alertar exactamente acerca de lo que ya se estaba «cocinando» entre algunos dirigentes revolucionarios. Lo que podría haber sido un proceso nacionalista, democrático y ejemplar para América Latina, fue conducido hacia la órbita comunista, precisamente, y no por casualidad, el mejor sistema para mantener un poder absoluto. Matos fue un visionario que habló clara y directamente de sus preocupaciones y eso le costó veinte años de cárcel, en las condiciones más duras, denigrantes e infrahumanas que alguien pueda imaginar.

La obra de cerca de 600 páginas se divide en tres etapas: la lucha insurreccional, el breve período de los primeros meses de 1959 cuando Matos es uno de los dirigentes de la Revolución y el testimonio descarnado de la vida en la cárcel y la persecución contra sus familiares.

Son 48 relatos, algunos entrelazados entre sí, otros más independientes. Las memorias comienzan con un breve recuento, que titula «De las cavernas a la luz», que recoge sus impresiones de cuando fue liberado, y al cual Matos pone punto final con una frase: «He sobrevivido sin renunciar a mis ideales, resuelto a seguir adelante hasta que Cuba sea libre o la muerte me separe de la lucha». Como en un *flash back*, Matos entonces pasa a la lucha insurreccional, a la cual dedica 25 de estos relatos. El período después del triunfo revolucionario, hasta el momento del juicio, se resume en 7; mientras que el largo calvario en varias de las cárceles del régimen ocupa 15 de los relatos más conmovedores del libro, que dejan en el lector ese amargo sabor en la boca, que es la conjunción de la rabia y la impotencia ante tantas crueldades.

En primera persona, con una prosa sobria y directa, Matos nos lleva no sólo a conocer su vida, sino a adentrarnos en una etapa de la cual los cubanos que vivimos en la Isla largos años, después del triunfo revolucionario,

sólo recibimos testimonios edulcorados. Hugh Tomas lo califica en el prólogo como «un libro lleno de fuerza y conmovedor». Si algo hay que lamentar, es que Huber Matos no nos haya entregado esta obra mucho antes. A lo mejor habría servido para abrir los ojos a muchos de los que todavía en la década de los 80 creían en los buenos propósitos de Fidel Castro.

En lo que se refiere a la etapa insurreccional y la lucha en Sierra Maestra, la obra de Matos sirve para quebrar el mito acerca de la aureola heroica de un Castro que nos ha sido presentado como el más arriesgado de los guerrilleros, siempre al frente de sus hombres en los momentos de mayor peligro. Uno de los episodios, cuando el 8 de abril de 1958 se preparaba el ataque contra el cuartel del central San Ramón, en la provincia de Oriente, es presentado así por Matos, quien se encontraba dirigiendo la operación: «*Minutos antes de comenzar la operación, veo que en una camioneta conducida por uno de los hombres de la escolta de Fidel llega éste con Celia Sánchez y Haydeé Santa-*

*maría. Nos saludamos rápidamente porque no hay tiempo para mayores formalidades. Consigo escuchar a las dos mujeres insistiendo, casi rogando a Fidel, que desista de participar en la acción que se avecina...Se marcha en el vehículo, mientras se escucha su voz, entre las de Celia y Haydeé, todavía en la discusión acerca de si debe o no el comandante exponer su vida como un rebelde más». La hija rebelde de Castro, Alina Fernández, ha relatado que cuando se encontró con Geraldine Chaplin le comentó que las dos eran descendientes de grandes actores. No caben dudas de que esta escena forma parte de una obra teatral. De seguro, el Comandante en Jefe sabía de antemano que las dos mujeres se oponían a que arriesgase su «preciosa» vida en aquella acción. Pero, quiso montar el *show*, un estilo que nunca ha abandonado.*

Otro de los testimonios de esta faceta desconocida de Castro en la lucha de Sierra Maestra lo describe Matos en el relato 14 de su libro, titulado «El coronel Sánchez Mosquera». En el mismo ofrece una descripción detallada acerca del pánico que sentía el



EDICIONES UNIVERSAL, con su filial, Librería & Distribuidora Universal, es una empresa que desde 1965 se dedica a la distribución y edición de libros en español en general y especialmente de autores y temas cubanos. Juan Manuel Salvat, su esposa e hijos, dirigen esta empresa que ha publicado más de 900 títulos de temas históricos, literarios y de aprendizaje.

Solicite nuestros catálogos gratis e información sobre los temas o autores que prefiera.

SERVIMOS PEDIDOS A TODAS PARTES DEL MUNDO

EDICIONES UNIVERSAL

(EDITORES - DISTRIBUIDORES - LIBREROS)

3090 S.W. 8 Street
Miami, FL 33135. USA.

Tel: (305) 642-3234
Fax:: (305) 642-7978

e-mail: ediciones@kampung.net

<http://www.ediciones.com>

Comandante cuando se acercaban los aviones de la dictadura. Comenta que Castro se metió en una cueva cuando se acercaron los aviones, mientras que Matos se quedó fuera, observando las maniobras, aunque éste le ordenó que también ocupara un lugar en el improvisado refugio antiáereo. Esto ocurrió cerca del campamento de La Plata, lugar de la Comandancia. El autor comenta en sus memorias: *«Comprendo que queda desairado ante los demás, poniendo en evidencia su temor. Él es el jefe y dos cosas le molestan: que no le obedezca y que involuntariamente deteriore su imagen»*.

La obra revela un aspecto poco o nada conocido de la lucha revolucionaria en las montañas: la tolerancia de Fidel Castro a la siembra de marihuana en la zona rebelde y la libertad para que la droga fuese transportada hacia los centros urbanos. En el relato titulado «Arroyones», Matos comenta que es la tercera vez que se encuentra con personas dedicadas al cultivo de la marihuana. ¡Es casi como una premonición del «caso Ochoa» y el tráfico de drogas que se registró ya con Castro en el poder, más de treinta años después!

Huber Matos fue quien llevó a la Sierra Maestra un avión cargado con armas y municiones. Precisamente, llegó pocas semanas antes de que el ejército de la dictadura lanzara la mayor ofensiva contra el territorio rebelde. Quizá, algún día, historiadores imparciales juzgarán con objetividad este hecho. Aunque Matos no lo menciona, habría que preguntarse si aquellos destacados guerrilleros hubieran podido resistir los ataques del ejército de Batista, si antes no hubiesen recibido esas armas y municiones.

A los cuatro meses y nueve días de llegar a la Sierra Maestra, Huber Matos ya había sido nombrado comandante y Castro le dio la tarea de iniciar la ofensiva contra el ejército de Batista en los alrededores de Santiago de Cuba, mientras las columnas de Camilo Cienfuegos y Ernesto Che Guevara se dirigían a la parte occidental de la Isla. Siempre se ha insistido por parte de los historiadores oficiales del régimen (y no existen razones para no creerles que así sea), acerca de que ganarse los grados en Sierra Maestra no era tarea fácil. Todo indica que el arrojito de Matos fue decisivo para llegar a comandante en tan

corto período de tiempo. Aunque en algunos momentos del relato, el lector puede pensar que Matos exagera un poco acerca de su participación personal en la lucha, estos son hechos incuestionables de sus méritos. Su independencia de criterios, su falta de subordinación total al Máximo Líder, lo deben haber marcado. Muy probablemente, incluso antes del triunfo revolucionario, ya en la mente de Fidel Castro debía aparecer Huber Matos como un elemento conflictivo.

En su libro, él no esconde su condena al trato que Castro reserva a sus subordinados. Entre los que le han rodeado, tanto en la etapa insurreccional como el largo período en el poder, sobran los testimonios acerca de los terribles «berrinches» del Comandante en Jefe. Algunos de los episodios relatados en esta obra son elocuentes: *«Una de las cosas que más desfavorablemente me han impresionado son sus desahogos (se refiere a Castro) contra René Rodríguez, su ayudante personal. Ignoro si las cosas que le dice son merecidas o no. Lo cierto es que los insultos más crudos del idioma castellano los dedica nuestro Comandante a su asistente»*.

A fines de agosto de 1958, Matos mantiene un intercambio de notas con Castro, para pedirle que le devuelvan un fusil ametrallador que había mandado a reparar. Recibe insultos del Comandante y le escribe a Castro en estos términos: *«En vez de desahogar de modo injusto su molestia contra mí, pienso que usted haría mejor en sacar provecho de las lecciones que los fundadores de nuestra patria nos han dado...Yo no he incurrido en ningún desacato. No le he desconocido como jefe. Rechazo la forma irrespetuosa en que me ha tratado. Estoy en desacuerdo con los procedimientos que usted utiliza con sus subalternos»*

Muy probablemente, incluso si Huber Matos no hubiese expuesto a Castro sus preocupaciones por el rumbo hacia el comunismo, en realidad sus actitudes en Sierra Maestra ya le hacían acreedor de un trato frío por parte del Líder Máximo que, es de sobra conocido, no le gusta que le contradigan, ni mucho menos que cuestionen sus procedimientos. En realidad, el maestro Matos (esta era su profesión), a pesar de su brillante carrera como guerrillero, todo indica que habría tenido muy poco futuro en Cuba, con Castro en el poder.

Otro de los episodios es elocuente. Matos revela que con el grado de capitán recibió instrucciones de que el comandante René Ramos Latour y sus hombres se colocaran bajo sus órdenes. Su interpretación en las memorias: «Probablemente es un intento suyo para humillar a este hombre y, por extensión, a todos los santiagueros vinculados a Frank País».

Este comentario es importante, porque precisamente René Ramos Latour (conocido como «Daniel» en la lucha clandestina) fue quien sustituyó a Frank País en la lucha en el llano, cuando éste último fue asesinado, al salir de una ferretería en Santiago de Cuba, que servía como punto de enlace para los suministros destinados a Sierra Maestra. Ha sido reconocido, hasta por las versiones históricas oficiales, que «Daniel» tuvo discusiones en Sierra Maestra con Ernesto Che Guevara y mostró su desacuerdo con las teorías marxistas-leninistas. Por otro lado, Frank País siempre defendió el criterio de que debía existir una Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio y no la subordinación ciega e incondicional a los dictados de Castro.

Después del triunfo de la Revolución, Huber Matos fue nombrado jefe militar de la provincia de Camagüey y las revelaciones acerca de este período reflejan los cambios de rumbo que se van produciendo.

Matos cuenta que el 13 de marzo de 1959 tuvo una conversación con Fidel Castro, más o menos en los siguientes términos: «¿Tu has descartado la idea de que los trabajadores perciban una participación de las utilidades de la empresa, tal como expones en tu discurso «La historia me absolverá»?»

Asegura que Castro le respondió: «No se puede hacer, Huber. Si posibilitamos que los trabajadores tengan independencia económica, eso conducirá en los hechos a la independencia política».

Un aspecto importante en esta obra es que el ex comandante de la Columna 9 asegura que compartió sus preocupaciones acerca de la influencia de los comunistas con Camilo Cienfuegos, en aquella época Jefe del Ejército y una de las figuras legendarias y de mayor popularidad entre la población. En uno de los relatos revela que el 1 de mayo de 1959, en el Gran Hotel de Camagüey, «estando a solas Camilo y yo, compartimos

la preocupación: en nuestra opinión el Che y Raúl están tratando de desviar el curso del proceso hacia el marxismo. Nos ponemos de acuerdo en un esfuerzo común: alertar a cierta gente para que no caiga bajo el influjo insidioso de la quinta columna marxista que ellos controlan».

En este período, Huber Matos es uno de los que retoma la tesis de Frank País acerca de que es necesario crear un Consejo Revolucionario que sea el encargado de discutir los proyectos fundamentales, y confiesa en su libro: «Fidel presta oído sordo cada vez que se le plantea el tema. He conversado el asunto con otros compañeros del liderazgo del ejército y del Movimiento 26 de Julio. Casi todos apoyan la idea. A la postre nada puede hacerse en ese sentido por la actitud esquiva de nuestro jefe y por su evidente inclinación al autoritarismo».

De una manera responsable, porque evidentemente no dispone de pruebas para demostrarlo, Matos no especula acerca de la misteriosa desaparición de Camilo Cienfuegos en un supuesto accidente de aviación, pero va dejando pistas que llevan a sospechar de que no se trató de un hecho casual.

Ya cuando se encuentra preso, y después de haber sido acusado de sedición, aunque se entregó sin disparar un tiro y su pecado había consistido en renunciar al cargo que ocupaba, comenta que recibió dos recados de Camilo: «El portador llega hasta el calabozo sin dar sospechas de que se trata de un emisario. Camilo dice encontrarse en una situación muy difícil y me responsabiliza en cierta forma de la actual situación de ambos. Me exhorta a evitar de cualquier manera el juicio, planteándome que él puede preparar un escape. Me pide que ignore la «mierda» que él hable de mí, pues es pura palabrería impuesta por las circunstancias». El segundo recado, según este libro de memorias, lo recibió el 27 de octubre. Tres días después, el gobierno dio a conocer la nota oficial acerca de que Cienfuegos había desaparecido, cuando viajaba en su avión desde Camagüey hacia La Habana. El hecho se había producido el día 28 de octubre, en horas de la noche.

Hay un pasaje revelador que se produce en las primeras horas de la detención de Huber Matos. Relata que lo dejaron solo en una habitación, acompañado por un soldado rebelde, armado con una pistola. Simuló que

se estaba quedando dormido y sintió cómo el otro hombre se le acercaba y éste quedó sorprendido cuando le habló. Matos consiguió permanecer despierto durante toda la noche y, al día siguiente, pidió a su esposa que denunciase que podrían simular un suicidio. Todavía existían diarios independientes en Cuba que publicaron esta información y, probablemente, ésto le salvó la vida. En realidad, la historia de la revolución (ya con minúsculas) está plagada de suicidios.

Los relatos de los años de cárcel son desgarradores. El objetivo, a toda costa, es doblegar la voluntad del prisionero, hacerlo desistir de sus ideas. Primero, Matos y muchos otros presos políticos resistieron las exigencias de que debían usar uniformes de presos comunes. Fueron largas batallas de huelgas de hambre, palizas, recibir comida en mal estado, suspensión de las visitas. Para que se tenga una idea, bastaría mencionar este hecho: Matos estuvo desde el 23 de febrero de 1970 hasta el 15 de mayo de 1977 sin recibir ninguna visita de sus familiares. ¡Más de siete años!

Cuando se leen estos pasajes vienen a la mente las «duras» condiciones que tuvieron que soportar Fidel Castro y sus seguidores en Isla de Pinos, después del asalto al Cuartel Moncada. Vestidos de civil, con una academia para dar clases, recibiendo visitas y paquetes con comida de todo tipo. Incluso, el período en el cual Castro tuvo que estar preso en solitario, le dieron una amplia habitación, donde instaló una cocina, y él mismo ha relatado cómo se preparaba los espagueti, o recibía los bombones que le mandaba Natty Revuelta, junto con los inseparables tabacos habanos y todo tipo de libros.

El sistema carcelario que Fidel Castro reservó para sus ex colegas guerrilleros fue que, incluso cuando les dejaban recibir algunos libros, primero les arrancaban varias páginas, para que no pudiesen disfrutar de toda la lectura.

En condiciones tan inhumanas, hacinados en estrechas galeras, muchos perdían la razón. Matos describe una de estas situaciones: «Para poder asearme, debo caminar por un pasillo bastante oscuro que comunica con la galera 17...Allí dos acompañantes cuidan a Rafael Domínguez Socorro, quien ha perdido la razón. En

la madrugada del 14 de febrero de 1969, me llevo una sorpresa muy desagradable. Mientras me lavo la boca, veo en la oscuridad, a pocos pasos de donde estoy, un cuerpo colgando. Me acerco y compruebo que es el compañero Domínguez».

Las huelgas de hambre eran el único medio del que los presos disponían para tratar de arrancar algunos compromisos y que fuesen respetados sus derechos mínimos. Matos participó en varias de estas huelgas hasta que, por ejemplo, ganaron la batalla de no tener que usar los uniformes de los presos comunes.

Uno de los que compartió aquellos días de cárcel con el ex comandante de la columna 9 fue Pedro Luis Boitel, candidato del Movimiento 26 de Julio a la presidencia de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU) en las elecciones después del triunfo revolucionario.

Matos opina que Boitel se dejó provocar por los carceleros e inició una huelga de hambre en un momento inoportuno, ya que estaba muy debilitado por acciones anteriores de este tipo. El desenlace lo describe con palabras simples, pero con la carga emotiva que caracteriza estas memorias: «*Llegamos así al 23 de mayo de 1972, fecha en la cual Boitel tiene sobre sus esqueléticas espaldas varias semanas de ayuno. La dirección del penal no reacciona ante nuestros reclamos. Veinte y cuatro horas después insistimos, hasta con amenazas, consiguiendo que se lo lleven para darle atención médica. Una semana después, corre la noticia por la prisión de que en la madrugada del 25 de mayo el cadáver de Boitel fue llevado al cementerio y sepultado. Luego se lo comunicaron a su familia».*

Este libro de memorias de Huber Matos no será una pieza clásica de literatura, pero representa, sin duda alguna, un manantial importante de consulta acerca de un período clave en la historia de Cuba: desde la lucha en Sierra Maestra hasta el momento en el cual se produce la traición a los ideales del Movimiento 26 de Julio. En los pasajes finales, Matos considera que todo lo que él ha sufrido resulta insignificante, si se compara con lo que ha pasado la patria. Vale la pena reproducir algunos párrafos, que casi representan sus conclusiones: «*¡Cuanto daño le ha hecho a Cuba esta gavilla de bribones capitaneados por Fidel Castro! Él es el gran culpable.*

Son incontables sus crímenes. Pero el peor ha sido la traición. No una traición, sino muchas:

Convocó al pueblo de Cuba a la lucha contra un dictador para restablecer la democracia, y luego de que miles de jóvenes perdieron su vida en ese afán, pisoteó esos sacrificios estableciendo otra dictadura mucho más férrea y ultrajante que la anterior. Nuestro país se ha convertido en el feudo de su perversidad y sus caprichos.

Llevó a morir a miles de compatriotas en guerras completamente ajenas a nuestra nación, en un negocio mercenario con Moscú que le garantizó la permanencia en el poder.

Ha obligado al pueblo a vivir con una máscara. Acabó con la fe de millones de buenos ciudadanos, enseñándolos a vivir con miedo y con odio, obligando al hermano a delatar a su hermano y el hijo a su padre. Ha tratado de matar a Dios en la mente y el corazón de los cubanos; todo en nombre de un falso evangelio, de una nueva inquisición que esclaviza a los pueblos».

Sin duda alguna, para comprender estos 43 años de pesadilla castrista, ésta es una obra que resulta esencial, que nos relata de forma abierta y descarnada cómo llegó la noche. Ojalá que su demora en salir de la pluma de Huber Matos sea el síntoma de que se acerca la alborada. ■

El crepúsculo de la música de hoy

TONY ÉVORA

Robin D. Moore
Música y mestizaje. Revolución artística y cambio social en La Habana. 1920-1940
Editorial Colibrí
Madrid, 2002, 362 pp.

POCAS VECES HE TENIDO LA OPORTUNIDAD de comentar una obra tan acuciosa y comprometida como este último título de la Editorial Colibrí. Originalmente publicada en 1997 por la University of Pittsburgh

Press como *Nationalizing Blackness*, su aparición en castellano tuvo mucho que ver inicialmente con el apoyo del respetado musicólogo Cristóbal Díaz Ayala, uno de los principales informantes de Moore, quien actualmente es profesor adjunto de historia de la música en el Esther Boyer College of Music, Temple University, Filadelfia. Varias becas de una fundación norteamericana le permitieron al autor completar su trabajo de campo en Cuba entre 1992-95, recogiendo material y entrevistándose en diversos viajes con investigadores de la música popular como Leonardo Acosta, Rogelio Martínez Furé y Victoria Eli Rodríguez, entre otros, así como un buen número de músicos entre los que se encontraron Antonio Arcaño, René Álvarez, Senén Suárez y Reynaldo Hierrezuelo.

Sin duda que la aparición de esta edición servirá a los que no vivimos en la isla para pensar de nuevo nuestro legado artístico-cultural. Lástima que los que residen en la tierra del son se lo pierdan. Sus siete capítulos cubren: Los afrocubanos y la cultura nacional / Bufos en La Habana: la música y el baile en el teatro vernáculo / Las comparsas y el carnaval en la nueva República: cuatro décadas de controversia cultural / Échale salsita: el son y la revolución musical / El auge del «afrocubanismo» / La fiebre de la rumba. El arte afrocubano, parte de la cultura popular internacional y finalmente, La vanguardia minorista: modernismo y afrocubanismo.

Estima el investigador norteamericano que los debates acerca de la cultura de las minorías en las sociedades divididas en etnias y razas se originan en las opiniones existentes sobre si tales prácticas se ajustan al concepto de identidad colectiva establecido. De hecho, la expresión de las minorías se entiende (y funciona) como una forma de resistencia simbólica, como un desafío a la cultura impuesta por la mayoría.

De ahí que analizando la obra de Fernando Ortiz (1881-1969), Moore insiste en que la mayoría de sus trabajos abundan en implicaciones ideológicas problemáticas; ve su trayectoria intelectual como una metáfora de toda la nación en su esfuerzo por reubicar su

identidad colectiva en relación a la cultura negra y aceptar la expresión afrocubana como cubana.

En su Prólogo al libro de Moore, Díaz Ayala lo define como «el otro» que estudia una cultura muy diferente a la suya, aunque se trata de un «otro» muy calificado, que procede de una sociedad pluralista en que la que caben todas las opiniones. Afirma el musicólogo, afincado en Puerto Rico desde 1960, que «esto tiene la ventaja de una objetividad que lógicamente no puede tener el que pertenece a esa cultura, sobre todo si la misma, como es el caso de la cubana, está polarizada en mayor o menor grado y cada uno de nosotros, de adentro y de afuera, metabolizamos la realidad a través del conjunto de nuestras propias vivencias». Nos aclara que Moore habla, lee y escribe el español bien, por lo que no es el caso de la usual barrera idiomática con la que algunos «otros» pretenden estudiar culturas ajenas.

Para Moore, la sociedad cubana y la norteamericana están obsesionadas con las diferencias raciales y con el concepto de raza. Por eso considera que la historia de la música cubana es también la historia de la de su país. Las críticas que hace en esta obra sobre la forma en que han sido y son tratados negros y mulatos en Cuba, podrían ser aplicadas a Estados Unidos. Cito: «En un sentido general, nuestros países tienen un pasado demográfico común. Ambos estuvieron habitados por poblaciones indígenas brutalmente explotadas por colonizadores europeos. Ambos importaron cientos de miles de esclavos provenientes de África Occidental, cuyos descendientes son aún los miembros menos privilegiados de sus respectivas sociedades. Ambos países han demostrado un marcado interés por las formas expresivas de la cultura negra marginal durante siglos y en años recientes han adoptado la música y la danza negras como expresión nacional. Cubanos y norteamericanos también comparten la desacertada tendencia de apropiarse de la cultura negra callejera sin antes hacer algo por eliminar la desigualdad social existente entre blancos y negros. Como me comentara Cristóbal Díaz Ayala, ‘nosotros

compramos el producto, pero aborrecemos al productor. ¡Que viva el jazz, el Rhythm & Blues, la conga, la mulata, los tostones, pero abajo el negro!»

Sus diversas visitas a Cuba le permitieron observar que en la última década, la expresión religiosa de origen africano se practica más que en tiempos anteriores. Lo que no llega a decir Moore es que esta búsqueda tiene mucho que ver con la desesperación del pueblo durante el Período Especial. Le sorprendió ver a iniciados religiosos caminar por las calles llevando la vestimenta sagrada, o escuchar a grupos nuevos como Mezcla y Síntesis popularizando temas bailables en los que fusionan los toques de tambores batá y los cantos de santería con sintetizadores, guitarras eléctricas y máquinas de ritmo. Agrega: «El nuevo resplandor de la santería se aprecia en los números que hacen referencia en sus letras a los orichas y a las ceremonias religiosas asociados a ellos: *Santa palabra*, de NG la Banda, *Soy todo*, de los Van Van, *La reina de Ifé*, de Pachito Alonso, etc. El tema *Viejo Lázaro*, de Dan Den, es otro ejemplo de este tipo de composición que merece mención aparte. La letra está dedicada a Babalú Ayé; es un tributo a su poder divino donde se le sugiere al público en qué situaciones deben pedirle ayuda. *Viejo Lázaro* termina con un montuno que tiene como coro un dicho popular cubano: ‘El que no tiene de congo, tiene de carabalí’. Estos cambios en la orientación cultural y demográfica en Cuba parecen estar relacionados con discos como *Fear of a black planet* (Temor a un planeta negro), de Public Enemy, y de su confrontación con la incertidumbre racial en Estados Unidos».

Desconozco si Robin D. Moore sabe echar un pie, pero puedo asegurar que ha producido un libro valioso e informativo, que no se limita al estudio de importantes géneros musicales surgidos durante el complejo período 1920-1940. Ha abordado hábilmente tanto las cuestiones teóricas —el discurso musical y las ideas— como la presentación de un análisis profundo sobre la atención manifestada por la nación hacia la cultura afrocubana desde alrededor de 1925. Y lo ha logrado de forma amena y juiciosa.

Robin D. Moore

Música y mestizaje

Revolución artística y cambio social en La Habana. 1920-1940



EDITORIAL
Colibrí

Llena un gran vacío en el estudio de la historiografía de la cultura cubana. Robin Moore pinta un cuadro admirable de un período cuya cultura popular fue espectacular y única, y sin embargo poco estudiada, poco comprendida, y sin documentación sistemática.

Peter Manuel

John Jay College

Haga su pedido a

Editorial Colibrí

Apartado Postal 50897 • Madrid, España

Telf. / fax: 91 560 49 11

e-mail: info@editorialcolibri.com

www.editorialcolibri.com

Títulos publicados

Rafael Rojas

El arte de la espera

Rafael Fermoselle

Política y color en Cuba
La guerrita de 1912

Marifeli Pérez-Stable

La revolución cubana

Roberto González Echevarría

La prole de Celestina

Julián Orbón

En la esencia de los estilos

José M. Hernández

Política y militarismo en la independencia de Cuba
(1868-1933)

Gustavo Pérez Firmat

Vidas en vilo

Rafael Rojas

José Martí: la invención de Cuba

Marta Bizcarrondo

Antonio Elorza

Cuba / España. El dilema autonomista
(1878-1898)

Octavio di Leo

El descubrimiento de África en Cuba y Brasil (1889-1969)

Alejandro de la Fuente

Una nación para todos

Robin D. Moore

Música y mestizaje

De próxima aparición

Enrico Mario Santí

Fernando Ortiz:
contrapunteo y transculturación

Lynn K. Stoner

De la casa a la calle

Hay que felicitar a Víctor Batista de Editorial Colibrí por la elección de este ensayo, que completa una trilogía estupenda junto a otros dos títulos de reciente publicación: *Una nación para todos. Raza, desigualdad y política, 1900-2000*, de Alejandro de la Fuente, y *El descubrimiento de África en Cuba y Brasil, 1889-1969*, de Octavio di Leo. ■

Al cielo prometidos

CARLOS BARBÁCHANO

Reynaldo González

Al cielo sometidos

Premio Italo Calvino 2000

Ediciones Unión, La Habana 2001

Impreso en Colombia, 367 pp.

EN VÍPERAS DEL V CENTENARIO DE LA LLEGADA de los españoles al Continente Americano, Reynaldo González pergeñó su aportación personal a uno de los pocos acontecimientos que cambió la vida en este nuestro maltrecho planeta. Lejos de los fastos y las grandes palabras, optó por la intrahistoria, concepto divulgado por Unamuno que puso en práctica la literatura española moderna desde *La Celestina*, *El Lazarillo* o *La Lozana Andaluza*, tan evocados en esta novela.

A través de las azarosas vidas de dos desposeídos de la fortuna, de dos ladronzuelos de poca monta —Antonio el de Ávila y Antonio el de Extremadura—, un omnipresente pero casi siempre encubierto narrador nos introduce en la convulsa España de finales de siglo xv, situándonos en los meses que precedieron a la salida de las tres carabelas colombinas. Reto para el mercader aventurero que luego sería almirante, huida para muchos de los expedicionarios que pudieron apuntarse a ese viaje a lo desconocido, entre ellos los dos Antonio, la llegada a las Indias Occidentales supondría para la mayoría de

ellos el descubrimiento del Paraíso. En ese preciso momento comienza la novela de Reynaldo González, con el desembarco de los Antonio en aquellas islas vírgenes donde sus habitantes «no se privan ni sufren de pecar, no les avergüenza lo que desean y procuran». Sometidos al sombrío cielo cívico y moral de una España recién unificada bajo el yugo del poder político y de la intransigencia religiosa, nuestros dos antihéroes lloran de gozo al ver y palpar la libertad, materializada en la desnudez de los buenos salvajes que los acogen como a esperados dioses.

La novela se abre con la llegada de ese pórtico de la gloria y, tras una larga sucesión de retratos retrospectivos de una serie de apasionantes personajes, se cierra reubicándonos en ese paraíso ahora mancillado por los españoles al hacernos entrar en una suerte de ábside presidido por la muerte feliz de Antonio el de Extremadura, única escapatoria en un mundo en el que no tiene cabida, y la fuga de Antonio el de Ávila que se interna en la espesura de la selva mientras se aleja de una cultura represiva e inmisericorde.

El eje de este tenso relato está formado por las aventuras de los dos Antonio y, sobre todo, por las confesiones de tres excepcionales figuras femeninas que van apareciendo a la manera cervantina: la bella prostituta Esmeralda, Isabel la Católica (rediviva por el personaje de Hidalgo, que se convierte en narrador de los avatares de la reina y de un Cristóbal Colón que intenta vender su misión ante la Corte) y, por último, Remigia, madre priora del convento de la carne próximo a Palos, donde los esforzados varones de la región alivian sus insatisfechos apetitos. Porque al relato picaresco se une el erótico, que alcanza su mayor vuelo en momentos de difícil olvido, como el «banquete» que se dan Esmeralda y el Hidalgo o la tremenda escena del ultraje colectivo a la mujer del encubierto caballero culminada por el remate del portentoso enano en una recreación del mito de la bella y la bestia, escena narrativamente interrumpida por el regreso de Remigia quien atinadamente nos conduce en su interior monólogo a reflexiones como ésta: «La mezcla de cosas tan contrarias ¿no eran

parte de esas verdades rectas que Dios escribe con renglones torcidos?», que tan bien se ajustan al tono del relato.

Recreación de la picaresca y de la novela erótica, muy particularmente de la obra de Francisco Delicado, *Al cielo sometidos* recrea en muchos momentos la gran literatura mística española, reduciéndola al plano manifiestamente carnal que encierra su poderoso erotismo por medio de constantes alusiones a los grandes poemas de San Juan de la Cruz que mezcla con guiños lezamianos y constantes alusiones metaliterarias de los Siglos de Oro y de este siglo de siglas. En otras ocasiones se nos recrea con agudeza y tino momentos claves de la historia, como las audiencias de la reina al astuto genovés o el discurso políticamente correcto («Donde las armas conquistan, la lengua sustenta») de un Nebrija que necesita lavarse de supuestas impurezas, o bien se otorga movimiento a reconstrucciones plásticas propias del romanticismo nacionalista, como la famosa entrega de las llaves de Granada por Boabdil el Chico a sus Católicas Majestades.

Lástima que en una recreación novelística tan cuidada y bien documentada se deslicen algunos anacronismos, a lo mejor pretendidos, que en determinadas ocasiones nos alejan de la deseable verosimilitud del relato. Aldonza Abuela, por ejemplo, traslada en el tiempo a Góngora al recordar que «un cordobés más ríspido que un erizo me cantó con sapienza: ande yo caliente y riase la gente», o a Quevedo, «tan feo como yo pero más versado (...), narigudo y cegato y pícaro, con parla de cortesano y resabios de carretonero». Así como algunas erratas que habrá que subsanar en posteriores ediciones, como las surreales «naranjas y toronjas de Palencia» o el «Nemeroso» por «Nemeroso» Salicio que reúne en un solo y entrañable personaje los dos gentiles pastores de Garcilaso de la Vega. Pecata minuta en una obra de amplio y logrado esfuerzo documental. Me sumo, por otra parte, al homenaje al «muy apreciado cortesano César López de Núñez».

Canto a la libertad de los que no teniendo nada necesitan tenerse a sí mismos («sin libertad, hasta el aire que se respira duele»),

Al cielo sometidos termina cuando la vida ignota se presenta ante Antonio el de Ávila en un final abierto y emocionante que pide continuación mientras «sus pasos ganaban impulso en los de Antonio el de Extremadura, que corría con él, en él, desde el pálpito de la sangre le señalaba el camino». ■

Voy a hacerte Emperatriz de Lavapiés

FERNANDO VILLAVERDE

Oscar Hijuelos
La emperatriz de mis sueños
(*Empress of the splendid season*)
Traducción de Jaime Zulaika
Plaza & Janés Editores
Barcelona, 2001, 312 pp.

EN UNA RECIENTE Y MEDIOCRE PELÍCULA canadiense de cuyo nombre no podría acordarme aunque quisiera, la protagonista, hablando de un enamorado italiano que le cocina elaborados platos, menciona como posible explicación de su afán algún lazo de este cocinero con «el hijo de Julia». Esto dice ella en los subtítulos en castellano de la copia distribuida en España o, por lo menos, en Barcelona. Es falso. Lo que realmente dice el personaje es que este particular cortejo pudiera tener su origen en Julia Child, la gurú norteamericana de la cocina. Cuyo apellido puede traducirse como niño o hijo. El público no angloparlante queda a partir de ahí equívocamente prendido de la trama, esperando el escabroso triángulo que nunca aparece y que deja picado de curiosidad hasta al traductor de los insinuantes subtítulos.

Pierdo líneas en la anécdota antes de llegar al libro porque enlaza bien con el desconcerto que se siente desde el primer instante al enfrentar la traducción de esta novela de Oscar Hijuelos, *La emperatriz de mis sueños*, que aparece en español a los dos años

de su publicación en inglés. Desconcierto que crece con agobio de avalancha según se va comprobando que el traductor, Jaime Zulaika, no sólo no conoce la geografía de ese teatro neoyorquino donde va a ocurrir la trama sino lo que es peor y patente, un hondo desconocimiento del habla cotidiana estadounidense; esa habla que en todas partes, pero más en ese continental conglomerado de culturas que son los Estados Unidos, se modifica con celeridad casi diaria.

Decir que la desazón surge desde el inicio no es exagerar: en la primera página del libro, la 11 en esta edición, se da la dirección de una esquina como la calle 125 y Broadway El, aunque en nada corresponde esto último a una calle sino designa al tren elevado que pasa por Broadway. Y si bien esto pudiera parecer una nadería, no lo es. Al situar cerca de allí la vivienda de la protagonista, Hijuelos quiere destacar que ésta vive en un vecindario obrero, pobre; en Nueva York, como en numerosas grandes ciudades, la zona por donde pasa un tren elevado es por lo general pobre, marginal casi.

Este despiste con una designación local es sólo el primero de los problemas. Otros, más asombrosos, aparecen pronto: en la tercera página (aquí la 13), Zulaika nos comunica, haciéndonos creer que estamos ante una novela de edipianas perversiones, que Lydia, la protagonista, una cubana emigrada a Nueva York, saca a pasear a su hijo por Manhattan con «calzoncillos hasta las corvas». Disparate sin duda divertido, pues lo que aparece en el original en inglés es «knee pants», pantalones hasta las rodillas o, mejor, pantalones cortos, prenda mucho más inocente y recatada, con la que Hijuelos intenta también indicar algo más que un modo de vestir: presenta lo que considera son las diferencias entre una cultura como la cubana, que con mirada algo condescendiente y generalizada ve de corte matriarcal y maternal, y la norteamericana, más desenvuelta y en la que los muchachos tienden a vestir como quieren, descuidadamente si lo desean.

Andando la lectura, el problema crece, y en algún caso el desliz lo elabora el traductor con la colaboración del propio autor. Uno de los breves fragmentos en que se divide cada

una de las secciones del libro se titula «La mujer de la limpieza hispánica». Se anticipan discusiones entre la empleada y sus patronos, quizás el empeño de ella de limpiar con trapo el piso y de ellos de que lo haga como «una mujer de la limpieza anglosajona», o sea con aspiradora. Pero pese a las suposiciones a que induce esta mala ubicación del calificativo, no es a la limpieza a lo que se refiere aquí lo de hispánica sino a la mujer, la sirvienta, o asistente, como los correctos tiempos que corren han enseñado a decir. Por añadidura, en el español de uso común en Estados Unidos los nacidos en Latinoamérica son «latinos» o «hispanos», e hispánico queda para designaciones más generales, como «cultura hispánica». Pero hay que decir que en este caso Hijuelos contribuye su parte de confusión. En el original inglés llama a esta mujer «The Spanish cleaning lady». De no haber cambiado mucho las cosas, como yo mismo reconcí al principio que puede ocurrir, en Estados Unidos el adjetivo «Spanish» designa a lo español de España, para distinguirlo de lo «Hispanic» o «Latin», lo hispanoamericano. Que Hijuelos confunda esto resulta bastante pasmoso.

Como remate, y prometo entrarle al libro sin tardanza, tampoco Zulaika se luce en cuestiones de cultura general y regala algo hilarante cuando escribe que los muchachos del barrio donde vive la protagonista acostumbaban a reunirse en las aceras para cantar «una cappella», cosa que él supone al parecer un ritmo particular, algo así como una guaracha o un merengue. Claro que lo narrado en inglés es que los jóvenes se reunían para cantar «a cappella». Poco musical, Zulaika.

Sin embargo, ninguno de estos traspieses son lo peor de la traducción. Quede para después. No sólo hay que hablar ya de la novela misma sino que ese defecto aún sin mencionar es tan definitivo como para merecer el colofón de cualquier comentario, y lo merecerá en éste.

Un texto lastrado por semejante traducción crea tal distorsión que leer la novela de Hijuelos es como observar tierra a través de un catalejo o escuchar una sinfonía por onda corta con mucha estática. Ardua es la

lectura, aunque poco a poco vaya logrando el lector interpretar un texto que va conociendo como por referencia.

Visible resulta por ejemplo una bienvenida decisión fundamental de Hijuelos. El estrepitoso farrago político que rodea desde hace décadas todo lo cubano dificulta narrar sin adentrarse en arquetipos, como si la vida de hasta el último de los cubanos estuviese regida en sus más mínimos rincones por la fuerza de lo político y fuera de ello no cupiesen sentimientos ni azares, una vida personal. Hijuelos abandona este camino de lo histórico y traza decidido el relato familiar e íntimo de personajes que, no es que quiera abstraer de su circunstancia sino por el contrario, busca meter decididamente en ella. En lugar de aherrojarlos con un pasado los libera de lleno en su presente, consciente de que poco espacio tiene para trajines políticos la azarosa vida cotidiana de una familia pobre de Manhattan. No entran esas complicaciones en su universo, hecho de supervivencia, el cuidado de la familia y el adelanto económico, que centran sus vidas con exclusión en buena medida de lo demás. El eje de la narración, definido por la cita de Milton usada como exégesis, es la soledad que genera el haber dejado el país propio atrás, pero desde el principio subraya Hijuelos su intención de evitar un sustrato histórico al basar la emigración de la cubana Lydia en un conflicto familiar nacido de una aventura sexual. El autor sabe hasta qué punto Nueva York envuelve y absorbe a la gente, dejándoles del pasado apenas el espacio justo para gozar el consuelo de las viejas costumbres, la música, el idioma, las comidas.

Es en el paso que parecería inmediato, los episodios que vive esa familia a caballo entre dos mundos, donde se pierde el libro, lo cual defrauda doblemente al saberse que Hijuelos procede de una familia cubana. Da la impresión de que esa cubanía le sirviese de poco a la hora de relatar situaciones personales y familiares con una visión más entera y penetrante que las miradas de los ajenos. Una escena tras otra parecen nacer, más que de la propia experiencia, de la lectura de artículos de periódicos y sus ideas más generales y generalizantes, de acumular estadísticas

sobre la emigración caribeña a Nueva York, de los múltiples clichés nacidos de la sinceridad o demagogia de los políticos, datos elementales y nada aceptables en la personal interpretación de unas vidas que se espera de un novelista.

El choque del emigrante con la nueva cultura y su atrincheramiento en lo traído de su país son amplias realidades, propias de personajes con escasa instrucción y pocos recursos como son los suyos, pero no es posible seguir renqueando con eso de los niños que no quieren hablarle a padres que consideran anticuados, o la pérdida de posición social y el recelo ante la mirada de exclusión leída en los otros, o la frustración ante un entorno que despierta desolaciones y extrañezas. Todo esto, visto como él lo ve a vuelo de pájaro, está más que trillado y al toparse el lector con esta profusión de lugares comunes de tan fácil identificación, se diría en ocasiones que Hijuelos elabora su narración a partir del concepto de la teleserie y su sucesión de situaciones con personajes de trazo muy simple, aptas para entretener a un poco exigente espectador que digiere pero no a quien espera una obra de carácter más singular.

Yendo al detalle, que con frecuencia revela asuntos de más hondura, delata Hijuelos escaso interés en informarse bien cuando identifica instituciones tan conocidas de todo cubano y hasta innumerables extranjeros como la revista *Bohemia* o el bar Floridita, anteponiéndoles el artículo con certidumbre mal aconsejada y volviéndolos La Bohemia o La Florida. Con una tónica descriptiva que remite al estilo de la comedia musical y que resulta alejado de su general tono realista, escribe, para describir la habanera calle Obispo en el año 1941, que la protagonista se encontró en ella con «una multitud de marineros, canoties, mercachifles, turistas y espías».

Más allá de estos folclorismos de maraca con andaluza pintada, abunda el texto en incoherencias de los personajes, que a veces se diría han sido alterados con el solo fin de servir al autor como resortes de los acontecimientos. Lydia es a veces de un puritanismo de pueblo estricto y en otras «el sexo era algo que ella juzgaba una salvación». Su hija, en una página adolescente con el rostro

llo de acné y más gorda de la cuenta, se vuelve de buenas a primeras, en una frase de vuelos publicitarios, una jovencita cuyo «cuerpo se rellena en los sitios adecuados», y luego se transforma, más por antojo literario que proceso coherente, de adolescente rebelde en madre modelo. El hijo, Rico, pasa de las reflexiones maduras a poses de reserva casi de autista. Y hay sorpresas menores, como cuando Lydia descubre al esposo Raúl dormido ante la televisión en blanco y negro y con cariño le quita «las gafas oscuras». Es de creer que la gente del trópico usa gafas oscuras hasta cuando duerme.

Con todo, un curioso podría leer esta novela con algunos destellos de satisfacción. Cuando Hijueros olvida el origen de sus personajes y se dedica a la pura narración, alejado de convenciones costumbristas, alcanza pasajes logrados. Puede que si descartase esa proclamada cubanía y se dedicase a contar a partir de sus puras experiencias neoyorquinas sacaría adelante historias menos lastradas por estereotipos. Pero un problema clave provoca que su libro, en esta edición de Plaza & Janés, sencillamente no pueda leerse. Y aquí viene ese colofón sobre la traducción de que hablé hace unos párrafos.

No es aceptable que personajes cubanos, rodeados de otros caribeños, sean vertidos del inglés al castellano por alguien cuyo vocabulario y manejo del idioma se circunscriben a una jerga castellana que no parece capaz de trasponer el Jarama. Como si la novela de un canadiense de habla inglesa sobre canadienses de habla francesa fuese traducida al francés por un parisién que utilizase los giros y el argot del Barrio Latino, un completo despropósito.

Es despojada con ello la novela de todo ápice de veracidad, no se le deja un solo resquicio de realidad. El texto original en inglés tiene buen número de palabras o frases en español que son reproducidos en la traducción en cursiva. Pero pese a que dos veces pone Hijueros «nenes» para referirse a los niños, palabra usada por los boricuas que se filtra a muchos hispanos de Nueva York, el traductor Zulaika prefiere siempre «críos». Se lee así la novela entera como si transcurriese en un barrio popular de España, esfumán-

dose su contexto, quedando en un espacio lingüístico inexistente. Y cosas como ésa de los críos no son las peores. Porque cuando los cubanos comen «bollos de desayuno» no es de dulces precisamente de lo que se trata. Mejor dejarlo ahí.

Inaceptable es que una editorial publique sin sonrojo semejante traducción. Cuando de personajes de Hispanoamérica se trata, no se les puede robar así su habla impunemente. La realidad final es una: quien desee leer esta novela de Hijueros deberá esperar, si quiere hacerlo en serio, a que se publique una nueva versión en castellano. ■

Pensar en Cuba

VICENTE ECHERRI

Emilio Ichikawa
Contra el sacrificio, del camarada al buen vecino
Ediciones Universal
Miami, 2002.

FUE EL RECIÉN FALLECIDO JESÚS DÍAZ QUIEN primero me habló de Emilio Ichikawa, por el tiempo en que éste publicaba su primer trabajo en *Encuentro* y aún vivía y enseñaba en La Habana. Confieso que ese apellido, tan japonés, me hizo imaginar, gratuitamente, a un tipo ascético y grave, practicante de las artes marciales y de la meditación zen que encontraba en la disciplina mental de sus antepasados orientales un asidero para enfrentarse al castrismo del período especial. Era un estereotipo que me gustaba, por desafiante, por exótico (si yo mismo, sin una gota de sangre inglesa, había inventado la Sociedad de Amigos de Gran Bretaña en la Cuba de los años 60, ¿como no podría un japonés certificado, o al menos un auténtico pichón de japonés, labrarse un nicho de extranjería en la Cuba de los 90?).

Pero Emilio Ichikawa no respondía para nada a los supuestos de mi imaginación: no

era asceta, no era grave y no era casi nada japonés. En verdad, Cuba, lo cubano —como ambiente territorial, como fiesta de los sentidos, como expresión verbal, como experiencia gozada y padecida, como agónica reflexión— era todo el ámbito de su vida, una insularidad que, opuesta a esa otra de donde alguna vez emigrara su padre, parecería predestinada a la decadencia: una tierra donde el sol se ponía.

Atrapado en esa realidad, que se fue enrareciendo y emponzoñando según el experimento castrista se afincaba y se hacía orgánico en la vida cubana, Emilio Ichikawa, con una curiosidad —llamémosle innata— por el conocimiento, se esforzaba en entenderla partiendo de los supuestos que le daban, de las herramientas de que disponía; intentaba conciliar su experiencia del mundo con las exigencias de la razón. No es de extrañar su entusiasmo y su temprana vocación por la filosofía.

Contra el sacrificio, del camarada al buen vecino es, de alguna manera, la destilación última —o penúltima, aclararía él— de esa sociedad enferma que se le impone por todas partes y de la cual no puede ni quiere evadirse y a la cual, por el contrario, se empeña en enfrentar, en dilucidar, para sosiego de su entendimiento, con la misma pasión y por la misma razón con que Edipo se empeña en descifrar los enigmas de la Esfinge: porque la vida le va en ello. Este es un libro, en consecuencia, que sigue los rumbos de este duelo vital, de esta indagación torturada que se nos presenta como una suerte de jornada, de ruta, con sus correspondientes atajos, trampas y planos superpuestos, sin que lleguen a constituir un laberinto. Se trata, a mi ver, de un juego (ya hemos dicho que el autor no es grave), pero un juego en el sentido más serio de este término; de una atrevida metáfora, de una provocación y de una autopsia, todo en un uno. Intentaré ser más explícito.

La decadencia de la sociedad cubana actual es ya un lugar común, resulta escandalosamente obvia, se muestra en las casas desportilladas y en el desplome de la moral pública, en el acomodo de todo un pueblo a las condiciones de una vida degradada, a su pacto permanente con lo que bien se llama la

«cultura de la miseria»; una sociedad donde la corrupción se manifiesta en todas sus variaciones y agrade todos los estamentos. Sin embargo, este miasma, este gigantesco pantano, no es estéril; es también un cultivo de fermentos, de ideas. En opinión del autor, se trata de una sociedad donde han declinado ciertos valores o ciertos discursos que, en nuestro contexto particular, alguien podría atreverse a llamar «clásicos», para dar paso a una etapa de descomposición donde se ven suplantados por otros valores. Es en este punto de la reflexión que el autor nos propone su metáfora, o tal vez un paralelismo metafórico en el que, con inaudito descaro, compara el hundimiento de la Cuba actual con el Mediterráneo de la época helenística —esos tres siglos que median entre Alejandro y César—; y las actitudes básicas del cubano de hoy, reducidas a un credo de tres erres (reír, rezar y remar) le sirven para sustentar la presencia —aunque sea en el plano de los valores prácticos— de las tres corrientes de pensamiento que sobresalieron en esos trescientos y tantos años que anteceden a Cristo: el epicureísmo, el estoicismo, el escepticismo.

A falta de un *corpus* teórico que justifique esta afirmación, Ichikawa se convierte en hermeneuta de una conducta social, a saber: los cubanos de hoy son estoicos, epicúreos y escépticos sin saberlo. Ésas son las respuestas que un pueblo agobiado por el diseño totalitario de una ideología racionalista (en el sentido antiguo y también de la Ilustración) encuentra para sobrevivir. El autor identifica al racionalismo —concretamente al racionalismo alemán— como último responsable, en el plano ideológico, de las cosmovisiones totalizadoras que alcanzan una siniestra concreción en los totalitarismos del siglo xx; en tanto encuentra el antídoto en el empirismo inglés que tan útil ha sido a la democracia moderna. En este punto no se olvida de mencionar los seguidores que este pensamiento tuvo entre los cubanos, en particular a José de la Luz y Caballero y su sabia renuencia a enseñar en Cuba el racionalismo alemán.

Este último apunte funciona como eslabón que justifica, o al menos intenta justificar, el largo segmento didáctico del libro, ni más ni menos que una brevísima historia de

la filosofía —en términos occidentales, desde luego— que sirven para tender un puente entre el «decadente» pensamiento helenístico y la tradición cubana que él nos propone como su imagen especular o reite-ración paródica, antes de desembocar en una conclusión que más parece sociológica que filosófica, puesto que en ella se describe no tanto el pensamiento como la conducta, la situación moral de un pueblo.

A mi ver, en esta descripción abierta está el mensaje último de un libro que es, de suyo, una provocación en más de un sentido. Muchos cubanos creen que el impacto del castrismo en la vida de nuestro país es de tal naturaleza, nos descoyunta de tal manera, que la nación, y el pensamiento que la formula, o que intenta formularla desde el siglo XIX, queda interrumpido por la sacudida. Otros vamos más lejos hasta el extremo de proponer que en Cuba tuvo lugar una catástrofe cósmica que, con la posible excepción de la decadencia corporal de la gente y de las cosas, indujo una parálisis general semejante a la que explica el mito de la bella durmiente. Conozco algunos de mi generación que comparten conmigo este criterio o, más bien, que lo padecen. Me lo ilustran como nada las palabras de una amiga querida, que aún vive en La Habana, y que me dijo no hace mucho: «yo espero aún que todo esto se acabe ('todo esto' es el castrismo y sus 43 años de existencia) para volver en septiembre a la escuela de las monjas con mis 12 años de entonces». Niñez petrificada que, si bien no logra detener las arrugas y otros signos de envejecimiento, bien puede traducirse en una palabra terrible: inmadurez.

Emilio Ichikawa nos viene a traer la provocadora noticia de que el pensamiento en Cuba, entendido como reflexión intelectual, no ha dejado de existir en estos años de nuestra inmadurez, aunque se destaque como escisión, aberración, frustración y búsqueda respecto a la tradición que le antecede. Los que nacieron y se formaron en la Cuba castrista y, además, tenían vocación de pensar, no tuvieron más remedio que hacerlo con los recursos a su alcance: es decir, con el castrismo, desde el castrismo, a pesar o en contra del castrismo. Los referentes —aún para ser negados—

estaban dados por la gestión totalitaria que se le impuso a toda la sociedad cubana con las desastrosas consecuencias que conocemos y que tan buen comentarista y exégeta encuentran también en Ichikawa; y eso es así por condición sustantiva de los seres humanos, de ese hombre que, como afirmara Alejo Carpentier al final de *El reino de este mundo*, «es capaz de amar en medio de las plagas».

Llegados al centenario de nuestra malograda república, sigo encontrando pertinentes las palabras con que comienza el conocido apotegma de José de la Luz y Caballero: «Mientras se piense en Cuba...». Siempre me ha parecido más grande y conmovedora esta esperanzada premisa que el resto de la frase en elogio del Padre Varela que aprendimos desde la niñez. «Mientras se piense en Cuba...»; pues bien, en Cuba aún se piensa. Este libro de Emilio Ichikawa es una buena prueba. ■

La Voz, la Salida, la Redención

ILEANA FUENTES

Madeline Cámara
Vocación de Casandra
Editorial Peter Lang Publishing
New York 2001, 131 pp

«Una fácil accesibilidad a la Salida es enemiga de la Voz, debido a que, en comparación con la Salida, la Voz tiene un costo en términos de esfuerzo y tiempo. Además, para que sea efectiva, la Voz exige con frecuencia una acción de grupo y se halla, por lo tanto, sujeta a las bien conocidas dificultades de la organización, la representación y el parasitismo del aprovechado.»

ALBERT HIRSCHMAN

ESTE PLANTEAMIENTO DE HIRSCHMAN SOBRE la disyuntiva entre emigración y resistencia dentro de la crisis mundial del socialismo sirve de marco para entender el por qué de

este acertadísimo libro de la académica cubana Madeline Cámara sobre la obra poética de María Elena Cruz Varela (1953) y específicamente sus poemarios *Afuera está lloviendo* (1989) y *El ángel agotado* (1991). Confiesa Cámara en su Prefacio:

«Durante todos estos años me he dedicado a leer todo tipo de estudios sobre la difícil situación discursiva del exiliado....[De Gayatri Spivack y Edward Said] he tratado de aprender las estrategias posibles para hablar por el Otro con legitimidad y eficacia en las condiciones del exilio, y las limitaciones que impone este duro oficio. Creo que al escribir este libro lo he cumplido.... [he logrado] que mediante mi interpretación crítica, y con el apoyo de un instrumental teórico, se valorara en los medios académicos esta poesía de María Elena Cruz Varela».

(Por los muchos años que trabajé en la Academia norteamericana, sé cuán difícil es semejante tarea. Sudé en seco con este mismo tema en 1992 durante un seminario de posgrado en la Universidad de Rutgers sobre mujer y poder político, que dirigía la más reconocida política feminista brasilera del momento, en funciones de profesora invitada. Abordar el tema del discurso poético-político de Cruz Varela —mi *Cassandra tropical* presa en Cuba en aquel momento, y por cuya libertad hacíamos campaña—, y el de Tania Díaz Castro en mi trabajo de curso fue como una declaración de guerra en ese recinto universitario. Casi me cuesta la nota poner de cabeza los planteamientos de aquella discípula de Foucault, rabiosamente renuente a admitir que en el paraíso de Fidel Castro dos indefensas poetisas fueran objeto de «la orden a desaparecer» que tan claramente enunciara el pensador francés. Por eso celebré tanto la decisión de Madeline de hacer su tesis sobre la poesía de María Elena, aunque siempre con el temor de que se la rechazaran. Por suerte, la verdad se impuso. He aquí la prueba irrefutable.)

El subtítulo de la tesis —*Poesía femenina cubana subversiva en María Elena Cruz Varela*— nos da una pista del recorrido que la autora hará de la poesía cubana escrita por mujeres

con el fin de insertar a Cruz Varela dentro de una trayectoria literaria nacional más amplia que la tradición de «poesía abiertamente contestataria [que] tiene sus antecedentes en el siglo XIX». La clave está en los términos «femenina» y «subversiva».

Este libro es obligatorio no sólo por su objetivo principal —que sin duda Cámara ha fraguado—, sino por el panorama cronológico que la autora hace de la poesía cubana escrita por mujeres, desde la Avellaneda (1814) hasta Cira Andrés (1954), pasando por todas las generaciones, estilos, ideológicas y militancias. La autora también inserta la poesía de Cruz Varela en la tradición de poesía social latinoamericana, y regresa al ámbito cubano para ubicar a la poeta dentro de la producción literaria de la generación de los ochenta. Señala que en Cruz Varela —y en otras poetisas de esa generación— se da la rara influencia de poetisas más jóvenes —como Damaris Calderón (1966)—, violándose la tradicional influencia de los mayores en la obra de los nuevos. No obstante, Cámara también apunta los grandes paralelismos entre Cruz Varela y dos figuras importantes —si bien poco conocidas—, de la literatura cubana del siglo XX, sus precursoras por muchos años: Serafina Núñez (1913) y Georgina Herrera (1936).

Cámara muestra que la obra de Cruz Varela también tiene gran afinidad con la de varias escritoras cubanas en exilio —de quienes Cruz Varela, que no saldrá de Cuba hasta 1993, está desvinculada generacional y geográficamente—, especialmente en aquella poesía que trasiega en la reescritura de los mitos: Juana Rosa Pita y el mito de Penélope; Magaly Alabau con Electra y Clitemnestra; Belkis Cuza con Virginia Wolf, Safo y Sor Juana; y especialmente con Isel Rivero en su recreación de los mitos del ángel.

Aunque su lectura «parte de una orientación ideológica feminista que se propone política», en su tesis, Cámara no ha puesto mucho énfasis en lo que bien podría identificarse como una modalidad nueva en la poesía femenina cubana, ejercida también por otra poeta cubana, Tania Díaz Castro (1939) autora de *Todos me van a tener que oír* (1970): la poesía abiertamente contestataria,

no en lo social, sino en lo político, una poesía femenina específicamente de denuncia ante el poder totalitario del régimen de Fidel Castro, que sigue los pasos de otro gigante de las letras cubanas del siglo xx, Heberto Padilla. Cabe añadir que el enfoque de Cámara inserta el discurso de denuncia de Cruz Varela dentro de lo que ella describe como «estrategias propias del discurso femenino [que] puede desplazarse desde el espacio privado al público, desde el mundo doméstico hasta las esferas de lo político.»

Y si bien la obra de Cruz Varela no es feminista de corte radical —Cruz Varela siempre ha afirmado públicamente que no es feminista—, Cámara resalta que su enfoque crítico del caudillo y del poder autoritario lo es, como también su mirada hacia la cotidianidad de las mujeres —de la suya propia— muy semejante al método de otras escritoras de su generación, y hasta más jóvenes, tales como Reina María Rodríguez (1952); Marilyn Bobes (1955); y Cira Andrés.

Antes de llegar al meollo de su tesis —el discurso contestatario de María Elena-Cassandra—, Cámara hace un gran viaje de exploración de la poesía de Cruz Varela, anotando las diversas influencias que ella advierte en su obra, y agrupando en tres categorías temáticas los poemas que conforman los dos libros que ocupan su estudio: el amor, el autoconocimiento y la convocación. Y explica:

«Hablar por el Otro, en la específica circunstancia en que se escribe esta poesía, es tan importante como hablar al Otro. Por lo tanto, los poemas de convocación no son más políticos que los de autoconocimiento o los de amor. Los tres grupos conforman una secuencia cuya eficacia como discurso subversivo se basa en su carácter de ciclo, no de progresión lineal.»

Cámara recurre a los planteamientos de la crítica feminista chilena, Nancy Richard; de los norteamericanos Elaine Showalter, Harold Bloom, Gilbert y Gubar, Elizabeth Abel, Nancy Chodorow, y otros; a los tres puntales del feminismo literario francés, Helene Cixous, Luce Irigaray y Julia Kristeva; a los estudios que hemos realizado algunos cubanos de la diáspora, entre otros, Jesús

Barquet, Uva de Aragón, Elías Miguel Muñoz, Rafael Rojas, Adriana Méndez Rodena. Cámara es generosamente didáctica, y el lector lego en materia de teoría literaria y feminista es el gran beneficiado de la explicación que ella brinda sobre el espacio teórico que escogió para desempeñar su trabajo: el posfeminismo, también llamado posicionismo o feminismo posestructuralista.

«Según el posicionismo, lo subversivo de un mensaje no sólo debe buscarse en su codificación y su transmisión, sino que también implica la producción de un nuevo lugar de enunciación, así como condiciones de recepción emancipadoras. Obviamente, esto atribuye una mayor politización a la escritura femenina, especialmente útil para leer lo producido por las escritoras en países periféricos, contexto en el que ubico a Cruz Varela... [cuya] poesía se nos presenta como una voz de mujer que asume la responsabilidad de hablar por el Otro marginado.»

Resumiendo el caudal de influencias universales y cubanas que informan la obra de Cruz Varela, Cámara afirma:

«He mostrado los poemas de Cruz Varela en su más desnuda y detallada anatomía textual, así como envueltos en los procesos de censura y de sobreinterpretación política que los han acompañado; la he leído dentro de la tradición de poesía femenina en Cuba y también en intercambio con poetas fuertes como César Vallejo, Paul Claudel y Rainer María Rilke, y bajo la influencia de las escrituras bíblicas.»

Vocación de Cassandra es un libro de consulta de rigor para todo estudioso de la temática cubana en general, del campo literario latinoamericano, del pensamiento político y contestatario en Cuba, de la historia de la mujer en general y de las cubanas en particular, de la historia de la revolución, de la censura cultural. No es sólo un triunfo personal de Madeline Cámara, sino un triunfo colectivo de los exiliados a quienes, al decir de la española María Zambrano —a quien Cámara cita— se nos ha permitido «la vida, toda la vida y el mundo, pero sin un lugar en él».

Cámara advierte al principio de su texto:

«Escribí mi tesis en los momentos en que sentía que tenía que justificar mi exilio ante aquellos que confían en el papel del intelectual frente a las crisis históricas. Con semejante tribunal, mi Salida de Cuba sólo podía validarse con el ejercicio de la Voz. Si yo hablaba por Cruz Varela y ella por los Otros, vicariamente yo me sentía redimida».

Vuelo al concepto de Salida y Voz de que habla Hirschman. Cámara y Cruz Varela sí han creado un lugar —dentro del mutuo exilio, pero con otro alcance— desde donde impedir la consolidación del olvido, del no-reconocimiento, de la «orden a desaparecer» *foucaultiana* que conlleva tanto el haber enunciado la Voz como el haber optado por la Salida. Ese lugar nace de la voluntad de estas dos mujeres. Ese lugar es este libro. Este es el sitio de la redención.

Vocación de Casandra es un tomo de amena lectura, en el que se analizan además los documentos abiertamente políticos que llevaron a Cruz Varela a la cárcel en 1991, y se incluyen diversos escritos periodísticos de la poeta, y una entrevista posterior que arroja luz sobre su exilio en España. Para una Segunda Edición, animo a los editores (Tamara Álvarez-Detrell y Michael G. Paulson, de la Colección *Caribbean Studies*) a reparar lo que considero la única falla de esta primera: las valiosísimas citas de las fuentes de la autora, que son muchas y de altísimo calibre, deben traducirse al español. Esta edición ha asumido que su lector sería al menos bilingüe, ya que casi todas las citas aparecen en el inglés original, y algunas hasta en francés. Es obligatoria esa traducción para que el lector cubano —su audiencia natural— e iberoamericano que sólo hable español pueda gozar del beneficio de tan excelentes referencias. Sin eso, el marco teórico imprescindible para apreciar este trabajo a fondo queda tronchado.

Madeline Cámara ofrece en este tomo un «pantallazo» bastante extenso de la producción literaria de las cubanas, que según ella exhibe «una continuidad y enriquecida tradición de subversividad que abarca varias

formas de expresión, desde lo femenino como fuerza natural y cultura liberadora del goce del sujeto, hasta el feminismo como instrumento de emancipación social del género, y de oposición política dentro de circunstancias políticas concretas». Precisamente por eso, sería una labor encomiable y de un valor incalculable que la respetada académica de la Universidad de San Diego, California, diera el próximo paso: la preparación de una antología crítica de *toda* la poesía femenina cubana subversiva. ■

La Compañía de Jesús o «La Compañía del Azúcar»

ENRIQUE COLLAZO

Mercedes García Rodríguez
Misticismo y Capitales
Editorial Ciencias Sociales
La Habana, 2000, 208 pp.

COMO RESULTADO DE UNA SERIA Y SISTEMÁTICA labor de investigación histórica, la autora nos presenta ésta, su primera obra. En ella se ocupa de examinar la gestión económica de la orden de los Jesuitas en Cuba en las décadas centrales del siglo XVIII. En ello reside la extraña singularidad de este estudio, y quizá por lo mismo encierra una relevante importancia, pues representa una pieza clave en el largo e intrincado proceso de génesis de la economía azucarera y la cultura insular, asociado, claro está, a la conformación de las mentalidades; su trascendencia y actualidad.

A lo largo de la obra la autora resalta el papel de las órdenes religiosas como agentes movilizados de los grandes núcleos humanos de la época, sin embargo, en este caso desdén su labor pedagógica, doctrinal o incluso política, para orientar prioritariamente su

atención a la implicación directa de la Compañía de Jesús en el negocio azucarero en la Cuba del setecientos.

Una de las conclusiones a que llega la autora en su estudio es que las órdenes religiosas, en particular la de los Jesuitas, —*Dios mediante*— y gracias a su implicación en la explotación azucarera, devinieron en prototipos de organizaciones empresariales, contribuyendo de este modo a la acumulación de capitales en la Isla. En el libro se pone de manifiesto de qué forma los Jesuitas administraron el ingenio azucarero Río Blanco, el cual se encontraba entre los de mayor volumen de producción en la región habanera y cómo se efectuaba la explotación de la mano de obra esclava por los religiosos —*A Dios rogando y con el mazo dando*—. De este modo la autora realiza una sensible contribución al estudio del tránsito tecnológico y productivo desde la manufactura más rudimentaria de mediados del siglo XVIII, hacia la típica plantación azucarera del primer tercio del siglo XIX.

Esta obra de investigación se enmarca dentro del género de la microhistoria, y en la misma la autora hace gala de su excelente oficio, al combinar fuentes documentales de diversa procedencia, tanto cubanas como extranjeras, así como por la incorporación de 24 tablas estadísticas que ilustran fehacientemente las operaciones de carácter económico y la explotación de mano de obra esclava en que se involucraron los discípulos de Ignacio de Loyola en Cuba.

Con este estudio se pone en evidencia una vez más que Cuba fue la única colonia del entorno caribeño que, a partir de sus propios fondos de capital, fue capaz de convertirse en una próspera economía de plantación, imponiéndole a la metrópoli su compás de desarrollo. Curiosamente, la autora hace una observación muy aguda referida a la naturaleza retardataria del capitalismo español del setecientos cuando caracteriza a los individuos que dirigían aquellas empresas como «*hombres con gustos y costumbres de corte feudal, pero con un pensamiento de cierta racionalidad económica, que buscaba el máximo de beneficios con el mínimo de gastos, partiendo de un primitivo control de sus finanzas y de una organización elemental de la fuerza de trabajo*

para la producción...». Pues bien, para alguien que viva y trabaje en España desde hace años, y haya estudiado a fondo el desarrollo del capitalismo en este país, la afirmación de la autora mantiene una asombrosa vigencia con respecto a la mentalidad con que sigue operando buena parte del empresariado español.

Nuestra enhorabuena a la autora, por esta, su ópera prima. ■

Olmo baila una cueca

CARLOS ALBERTO AGUILERA

Rolando Sánchez Mejías
Historias de Olmo
Ediciones Siruela
Madrid, 2001, 98 pp.

SI LA RAZÓN OCCIDENTAL, SIEMPRE TAN linealmente cartesiana, ha operado esencialmente por conceptos: «un ladrillo debe ir detrás de otro ladrillo hasta que tengamos listo el muro...» escribía el francés en una de sus cartas; *Historias de Olmo* de RSM viene a ser la confirmación de esta regla. No porque se inscriba en el debate sobre mentalidades que ha ocupado a la filosofía y a la literatura moderna en los últimos 150 años, sino porque intenta salir de él y además construir una boutade: hacer sonreír *impensando*.

Para esto, Olmo, un «acromegálico»: especie de bobo de Abela con von Gunten de Walser, trastabillea constantemente ante la pregunta por el ser, se *abrochadesabrocha* los zapatos, se sienta en el café Zurich a ver como sus semejantes resbalan (Gordolobo, Tonino, el-marroquí-del-almacén...), o se encoge de hombros y mete las manos en sus bolsillos.

Y es que ante tanto libro sesudo, tanta cacharrería conceptual, RSM ha optado por uno de los pocos caminos dentro de la narrativa que aún parecen curiosos-interesantes: el de la caricatura y mostración del horror

por todas partes, el de la reflexión política y la escritura como salidas a la construcción de una «patria ridícula», enferma.

Cuando en 1947 Gombrowicz escribía el prólogo a *Ferdydurke*, todo un tratado sobre la «patria ridícula» (ese nacionalismo polaco que tienen los polacos en su polaco corazón...) como aliada del envejecimiento y la cultura, dejaba en claro dos de las actitudes que mejor han definido al escritor de Rabelais a nuestros días: forma e inmadurez; conceptos que han necesitado ser rebautizados constantemente por la crítica pero que siempre apuntan hacia una lógica de clausura de lo establecido (literatura, canon, historia) y hacia lo patético que significa continuar escribiendo desde la-ilusión-sublime-de-algo, desde el acuario o heridita particular.

¿Acaso lo mejor que puede sucederle a un escritor no es convertirse perversamente en otra cosa, ser leído como una especie de Gregorio Samsa: sin patas, sin padre, sin carapacho, moviéndose entre zonas como un talibán enloquecido?

Creo que sí y de alguna manera ésta es la impresión que ofrece un libro como *Historias de Olmo*, donde la escritura en algunos casos se contrae al mínimo: un Olmo no es un Olmo no es un Olmo... y esos personajes bien diseñados con gafitas montadas al aire y psicologismos baratos —a lo Elsa Triolet pero más cerca de los de Carpentier— no aparecen nunca.

Sus personajes, los de RSM y los de toda una franja de la literatura contemporánea, hay que entenderlos más como cafeteras que no cuelan que como Raskolnikovs atormentados, más como marionetas que como el desarrollo-progresivo-de-un-ente-que-piensa. Son bocas, piernas que saltan, digestiones que se atraviesan. Están ahí para flotar y construir nada, para pasear por un museo de cucarachas muertas... Y esto lo hacen como si a su alrededor algo hubiera cambiado, como si masticar una manzana fuera un gesto fotografiable, histórico.

Escribe Kundera: «... la necesidad moderna no es la ignorancia, sino el *no-pensamiento de las ideas preconcebidas*. El descubrimiento flaubertiano es para el porvenir del mundo más importante que las más turbadoras ideas de Marx o Freud.» Siguiendo con esta lógica, ¿no podríamos afirmar entonces que toda la literatura contemporánea es un cuerpo a cuerpo con estas ideas, una disputa casi cómica entre ficción de escritor y ficción de estado?

Por lo que cuenta el mismo checo: no. La literatura, sus paradigmas, son muchos más serviles de lo que usualmente reconocemos, y parece ser que una de las causas del enquistamiento de la narrativa que se produce día a día en español, junto a los mecanismos de estafa y autobombo que genera el mercado, es precisamente una mala delimitación entre lengua pública y necesidad privada: mapitas individuales/ideas preconcebidas, un mal corte entre YoMismo y simulacro del otro. Otro que como rasteó Flaubert irá vulgarizando todos los huecos donde lo íntimo devenga público (procesos de Ley contra procesos anticanon); otro que está más cerca del estereotipo que de una posición creativa, «peligrosa».

Si a estas alturas un libro como *Historias de Olmo* parece efectivo, más allá de cierta maquinalidad y repetición de soluciones, es porque continúa dentro del aún no superado debate por los límites de la ficción: Bernhard, Ror Wolf, Piñera, Macedonio, Saer, Beckett..., y porque el relato que se levanta detrás de estos relatos ya no es pastoral o *pachanguero*, a la manera que se banaliza la literatura más reciente en Cuba, sino que se sitúa más cerca del concepto y el *horror* burla al animalito humano que del apuntalamiento de una identidad u ortopedia nacional, y esto, sin dudas, lo hace contrahecho y político. Al fin y al cabo, como ha graznado el mismo Olmo, en literatura como en otras cosas a veces hay que adoptar «posiciones radicales.» ■

Cartas a encuentro

✉ Acabo de abrir la página de *Encuentro en la Red* con la remota esperanza de haber oído mal el mensaje que una voz amiga dejó en el contestador, pero veo con dolor que la noticia de la inesperada muerte de Jesús Díaz me ha llegado después de haberle dado la vuelta al mundo.

Jesús representa para mí el ansia unificadora de mi generación, la generación que una vez soñó y en medio del sueño se cayó de la cama. Ya es tarde para agradecerle las veces que su conversación, su literatura y su porte de criollo eterno me hizo olvidar el exilio que llevo dentro desde hace cuarenta años.

ISABEL HEREDIA (San Francisco)

✉ Un par de encuentros en Madrid hace tres años llenos de su amistad, me hacían esperar volver a verlo. No podrá ser ya. Para quienes lo vimos tan pocas veces, nos quedan sus libros y su revista, nuestra revista. Espero que sigamos ésta del mismo modo que si Jesús la continuara.

ANTONIO JOSÉ PONTE (La Habana)

✉ Sólo ahora siento con toda su gravedad y fatalidad la pérdida de Jesús. En el diálogo interior que llevo conmigo mismo sobre su inesperada muerte se citan muchos sentimientos... Sus arrebatos prometeicos, como relámpagos de un ciclón cubano. Su grandeza, tan importante en un panorama de mediocridad omnipresente. Su aventura con *Encuentro* y sus desencuentros por causa de ella... Lo vamos a echar de menos. Tuvo una muerte dulce, él, que era un guerrero. Nos deja aquí sin sus iniciales y lejos de la tierra que lo esperaba. Pero el encuentro con él nos une.

IÓN DE LA RIVA (Barcelona)

✉ He perdido no sólo a un gran amigo sino también un apoyo: en la presentación de *Las cuatro fugas de Manuel*, en febrero, Jesús habló del «punto imposible», que nosotros seguimos considerando como meta vital, la comunión de la lucha con la ética, la memoria con la felicidad. Precisamente en esa tarea tan solitaria su presencia ha sido fundamental en algunos momentos importantes, como en el debate de Zürich, y el hecho de que lo ha recordado me llena de gratitud y orgullo.

Ando, con la terrible noticia, aún medio atontado, como después de despertar de un mal sueño y, me temo, lo sé, que será imposible recuperar lo que el fallecimiento de Jesús nos quitó.

ERICK HACKL (Viena)

☒ Acabo de conocer, con consternación y tristeza, el fallecimiento del gran Jesús Díaz. Desde que lo conocí (...) he sentido gran afecto por su persona y profundo respeto y admiración por su integridad intelectual y política, y por su magnífica obra literaria. Jesús rezumaba vida, inteligencia y coraje, amén de ese ingenio y esa simpatía que los cubanos tenéis en exceso como don de Dios. Es una gran pérdida para sus amigos y para las letras y la libertad de Cuba.

RAFAEL SPOTTORNO, Secretario General, Casa de S.M. El Rey (Madrid)

☒ Jesús para mí fue como un hermano mayor, solamente en unos días que compartimos juntos en Nueva York cuando nos conocimos. El cubano por excelencia, el amigo, el escritor, el cuentista, el jodador y sobre todo el dedicado de cabeza a nuestra cultura cubana. Es una gran pérdida para todos los cubanos y aún más los que tuvimos el privilegio de conocerlo y, en mi caso solamente por unos días, lo impactante de su persona. Nunca lo olvidaré.

LUIS CRUZ AZACETA (Louisiana)

☒ A pesar de haberle visto sólo una vez, era una persona a quien no podré olvidar nunca porque me pareció muy especial, idealista y caballeroso, y sentí una enorme empatía con él.

DIEGO HIDALGO Presidente de FRIDE (Madrid)

☒ Lamento muchísimo la pérdida de Jesús. (...) Espero que la revista continúe adelante como hasta ahora. Me siento orgulloso de aparecer en la lista de colaboradores.

PEDRO JUAN GUTIÉRREZ (La Habana)

☒ Nunca tuve la oportunidad de sentarme a conversar con él y hablar de tantas cosas que tendríamos en común... me entristeció muchísimo, era un hombre muy valioso que, sin conocerlo, admiraba.

RICARDO PORRO (París)

☒ Enterado tardíamente tan triste noticia, les enví un abrazo muy fuerte y todo mi sentimiento.

FERNANDO VILLALONGA Presidente de la Fundación Telefónica (Madrid)

☒ Jesús era la pieza fundamental de la intelectualidad cubana en el exilio. Sus hazañas dibujaron un nuevo horizonte literario y político para todos nosotros. Su desaparición abre un vacío que no creo pueda ser llenado. El proyecto de *Encuentro* es capital en nuestra civilización y debemos hacer todo lo posible no sólo por perpetuarlo sino por extender sus horizontes al máximo.

ILAN STAVANS (Massachussets)

✉ Todavía con la conmoción les quiero hacer llegar mi abrazo fuerte en estos tristes días. Me encontraba fuera de Madrid con *Las cuatro fugas de Manuel* entre mis cosas más domésticas, entre mis cosas queridas (...) en trance de recomposición gracias a las palabras amadas, gracias a páginas como las de Jesús. Su coherencia y entusiasmo, pese a los cataclismos, tiene mi corazón de su parte y su obra la estrella de lo perdurable por entre el aire español que se ha nutrido de su mirada dialogante.

FANNY RUBIO (Madrid)

✉ La triste noticia me ha causado un gran impacto y una pena enorme; hoy hemos perdido un gran escritor, un infatigable luchador y, sobre todo, una gran persona.

TRINIDAD JIMÉNEZ (Madrid)

✉ Conocí personalmente a Jesús (...) a mi llegada a España en 1996, en el momento que se preparaba el nacimiento de *Encuentro*, revista que ha venido cumpliendo una esencial labor por la cultura, el diálogo y la necesaria armonía de los cubanos. (...) A pesar de la más difícil circunstancia hay que seguir adelante. La hora cubana, y la época, lo requiere más que nunca.

IVÁN GONZÁLEZ CRUZ (Valencia)

✉ La muerte de Jesús me ha dejado por muchas razones consternada. Sé que para todos es una pérdida, para mí que acababa de conocerlo fue como si súbitamente me apagaran una luz recién encendida.

SOLEDAD LOAEZA (México D.F.)

✉ Aún estoy en estado de shock con lo de Jesús. No lo puedo creer y me cuesta, mental y emocionalmente, aceptar esta gran pérdida. Jesús es irremplazable. La orfandad que siento estoy segura la comparten muchos cubanos, escritores, intelectuales, artistas.

LOURDES GIL (New Jersey)

✉ Vuelvo a Madrid y me encuentro con el terrible escopetazo, que me duele en el alma por muchas y fuertes razones. Grande era mi afecto personal por Jesús, cuya obra literaria seguí y admiré: pensaba escribirle sobre *Las cuatro fugas...*, que tan amablemente me dedicó y con tanto placer leí.

Para los que amamos a Cuba, *Encuentro* nos conforta y nos da esperanza. La labor de Jesús fue tan ímproba y tan acertada que parece imposible que nadie le pueda suceder en ella. Pero el mayor homenaje que puede hacerse a su memoria es mantener viva y en alza la tarea de concentrar, sin trabas ideológicas, el talento cubano que salvará a una patria que para algunos españoles es también nuestra.

JUAN DURÁN-LORIGA, Embajador de España (Madrid)

✉ No terminé de llegar a comprender y asumir tu gran ausencia y vacío que dejaste entre nosotros, tus amigos de Zürich.

Como librera, siempre has estado presente con tus libros, y yo tan contenta cuando he recomendado a profesores de español *Dime algo sobre Cuba* y luego llegaban los pedidos.

Tan contenta cuando recibí tu e-mail hace poco, pidiéndome una guía de Zürich y un mapa, ya que estabas escribiendo una nueva novela que se iniciaba en Zürich de aquellos días de tanta tormenta y luz que cambiaron tu vida, del exilio y las pérdidas.

Te recordaré siempre con tu sonrisa y alegría cubanas cuando nos contabas chistes en casa después de alguna lectura en Zürich, por un momento tu nostalgia y tristeza de no poder regresar a tu patria se sublimaba.

El día miércoles 22 de Mayo, reuniré a amigos tuyos en mi pequeña librería, de algún modo estarás presente, un pequeño homenaje a un buen amigo y gran escritor cubano.

Con el respeto y modestia esta librera.

MARÍA MARIOTTI, Librería El Cóndor (Zürich)

✉ Me llegó la noticia de que Jesús falleció. ¿Es cierto? Si así lo es, qué tragedia, qué tristeza.

JORGE I. DOMÍNGUEZ (Massachussets)

✉ (...) mi enorme pesar por la muerte de tan querido y recordado amigo. Siempre tenemos presente su solidaridad brindada cuando mi padre, Roque Dalton, fue asesinado. Compartimos lágrimas entonces. (...) Jesús era un gran intelectual, reconocido a nivel internacional; su obra dice todo en cuanto a su honestidad y crítica audaz.

JUAN JOSÉ DALTON (San Salvador)

✉ Me parece que es un auténtico desastre para la fenomenal labor que estáis llevando desde esa revista, aunque confío en que se pueda seguir adelante con el legado de Jesús.

JORGE DE ORUETA (Madrid)

✉ Hoy en la mañana, la realidad de la noticia, difundida ya por todo el mundo gracias al prestigio y respeto ganado por Jesús, realmente me anonada. El simple hecho de su muerte nos coloca ante una nueva meta en nuestra lucha porque Cultura sea un espacio de unidad para los cubanos y para una nación tan dividida como la nuestra: ahora, más que antes, los proyectos a los cuales Jesús dio vida y aliento, deben continuar y fortalecerse. De algún modo, esto significa que la vida nos da una señal: es nuestro turno, cumplan ustedes ahora en homenaje a quien llegó tan lejos. Espero que seamos capaces de cumplir con esa encomienda tan vital para los intelectuales cubanos, estén donde estén, en éste o en cualquiera de los mundos posibles.

AMIR VALLE OJEDA (La Habana)

☒ Todos estamos muy choqueados por la noticia. (...) nos pasamos todo el fin de semana recordando a nuestro amigo Jesús. Estuve con Cuenca, Echerri, Del Risco, Arístides y otros. Nos dolió mucho y hay gente muy fuerte que ha llorado.

EMILIO ICHIKAWA (Lexington)

☒ Lamento mucho el fallecimiento del escritor cubano Jesús Díaz. Creo que es una pérdida real para el concierto de la literatura cubana en su totalidad indivisa, indivisible. Recuerdo que, cuando yo preparaba mi antología *Aire de luz*, libro polémico y complejo, Jesús aceptó entusiasmado la idea de aparecer en ella y me dio algunos consejos importantes que siempre le agradeceré.

ALBERTO GARRANDÉS (La Habana)

☒ Me ha conmovido mucho la muerte de nuestro hermano Jesús Díaz. Lamento tanto que nunca nos pudimos encontrar en Madrid, como habíamos planeado hace tiempo e íbamos a hacer este verano. Con su muerte, la causa de la libertad de Cuba pierde uno de nuestros mayores, y mejores, líderes.

ENRICO MARIO SANTÍ (Lexington)

☒ Lamentamos enormemente tan grave pérdida, y queremos enviaros unas palabras como prueba de nuestro respeto y admiración por su persona. Confiamos en que (...) sabréis continuar la tarea que él comenzó.

BELÉN MARTÍNEZ CARBONELL, Asesora,
y FERNANDO VALENZUELA, Director General Adjunto,
Comisión Europea (Bruselas)

☒ Quiero en estos momentos sumarme desde acá a la consternación de ustedes por la pérdida de un gran hombre. Era uno de los indispensables, de los pocos indispensables. Cuenten conmigo en todo lo que pueda ayudar para que *Encuentro* siga su marcha; es el mejor tributo que podemos rendirle a nuestro Jesús, es el que más va a agradecer, lo sé.

ANDRÉS JORGE (México D.F.)

☒ Ayer tarde abrí el periódico frente al Mediterráneo y me encontraba con la terrible noticia. No me lo podía creer; pero allí estaba, la foto de Jesús, risueño y bronceado, y el texto que hablaba de su súbita muerte. Imagino cómo estarán, como se sentirán; y quiero enviaros estas líneas a toda la familia de *Encuentro*, llenas de dolor y solidaridad con y por vuestro trabajo, que tan acertadamente conducía.

CARLOS BARBÁCHANO (Madrid)

☒ Los que estuvimos junto a él en *Encuentro*, vimos empinarse a este proyecto como un pilar de la cultura cubana, gracias sobre todo a la pasión, la entrega y el valor

personal de Jesús. Coincidimos o discrepamos, pero no dejamos de compartirlo como un espacio valiosísimo, como un taller inapreciable para nuestros sueños de reconciliación, democracia y unidad entre todos los cubanos de cara al futuro.

IVETTE LEYVA
y WILFREDO CANCIO ISLA (Miami)

✉ La noticia de la muerte de Jesús ha sido realmente dolorosa. Es tanto lo que estaba contribuyendo con su trabajo literario y la revista *Encuentro* a nuestra cultura y nuestro país que pienso deja un vacío mayor. Lo siento así, pues aprendí a admirar el esfuerzo que realizaba, junto a ustedes, por construir un futuro más amigable y feliz para Cuba.

JUAN MANUEL SALVAT (Miami)

✉ Siento un gran dolor por múltiples razones. Fue un gran cubano en toda la extensión de la palabra. Uno de los más insignes escritores de su generación. Un hombre que pensaba en Cuba en grande, que estaba ávido por saber todo lo que palpita en su isla lejana físicamente y cercana en el corazón. (...) en *Encuentro* hay una obra que debe seguir viviendo para bien de nuestra cultura y para bien de nuestro pueblo. No la dejemos morir, que Jesús viva en ella.

MAURICIO DE MIRANDA (Cali, Colombia)

✉ Me ha dolido mucho, como las injusticias, ver segada la vida de alguien tan productivo, en plena madurez. (...) mi respeto por su talento, su voluntad de trabajo, su compromiso con Cuba.

MADÉLINE CÁMARA (California)

✉ Acabo de recibir la noticia del fallecimiento de Jesús, no puedo creérmelo todavía. Lo veo y recuerdo como el martes pasado en la noche discutiendo sobre el futuro mejor para Cuba, entre amigos.

Siento un golpe doble ya que antes de despedirnos me hacía partícipe con tremenda ilusión de sus ideas para homenajear a Bedoya, gran amigo que despedimos juntos ese día.

Seguir con *Encuentro* es el mejor homenaje que creo podéis hacerle a Jesús, propagar sus ideas de promotor de Cultura Cubana donde quiera que esté, será mi modesto homenaje.

JUAN LUIS MORALES (París)

✉ Mis palabras ojalá puedan acompañarlos un poco, saben cuánto lo apreciaba, y cuán duro es saber que ya no estará entre nosotros.

MAGALY ESPINOSA (La Habana)

☒ Acabamos de enterarnos de la muerte de nuestro querido Jesús, y creo que no es fácil expresar la sensación que nos ha creado la noticia, difícil de creer (...) Yo me siento muy triste, me parece estar aún (...) escuchando sus historias con esa poderosa voz que tenía. (...) por favor, dedíquenle una flor a nuestro nombre.

MARTA MARÍA PÉREZ BRAVO
y FLAVIO GARCÍANDÍA (México D.F.)

☒ Rolando:

No sé escribir nada cuando ocurren cosas así.

Supe lo de Jesús esa misma noche muy tarde por mi hermana Trini, que estaba conmovida y triste y sorprendida (...) Quiero recordar a Jesús vivo, como mi amigo de siempre, como nuestro hermano de siempre. Espero por el día que las cenizas de nuestro hermano regresen al mar de Cuba. Allí estaré. Allí estaremos. Un abrazo.

FERNANDO PÉREZ (La Habana)

☒ Cuba ha perdido un hijo especial..., la cultura y el pensamiento insular sufren un golpe durísimo. La batalla de las ideas pierde un militante irremplazable...

MARÍA CRISTINA HERRERA (Miami)

☒ Estamos consternados. ¡Qué pena más grande! (...) Terrible ver su último libro y su última dedicatoria, ahora más valiosa que nunca.

NANCY JULIEN, PETER LANDELIUS
y ENRIQUE O'FARRILL (Estocolmo)

☒ Deseamos manifestarles nuestra más profunda solidaridad por todo lo que deben estar pasando en estos momentos. La noticia nos ha sorprendido y afectado en lo más hondo. A todos nos conmovía Jesús. Era un hombre amable, gentil, bondadoso, que conseguía inspirar a la gente. Su desaparición constituye una tragedia no sólo a nivel personal. El mundo y Cuba han perdido una poderosa y compasiva voz de la razón, una fuerza democrática e intelectual que con sus ideas y energía logró unirnos y ayudarnos a ver Cuba desde otra perspectiva.

El viernes fue ciertamente un día muy triste. Todos sentiremos su pérdida.

CHRIS SABATINI, CARL GERSHMAN, BARBARA HAIG, SHANNON CULBERTSON
National Endowment for Democracy (New York)

☒ Nos ha sacudido violentamente la noticia del súbito deceso de Jesús Díaz. Sentimos profundamente la pérdida del escritor brillante, del amigo cordialísimo y del cubano esforzado que quiso hacer lo mejor por el destino de su patria. Realmente quedan a veces vacíos que no se puede ni pensar en llenar.

FARA REY, ROBERTO SIMEÓN, JORGE VALL
y todos los compañeros del Partido Social-Revolucionario Democrático de Cuba (Miami)

✉ Desolado por la terrible noticia (...) de la pérdida de un amigo al que quería, disfrutaba de su compañía, de su revista y de sus libros. Era un ejemplo para todos nosotros de la vitalidad y la dignidad de los cubanos.

IGNACIO RUPÉREZ (Madrid)

✉ Aunque le conocimos brevemente, Jesús despertó en nosotros el sentimiento de cariño y respeto que provocan los hombres buenos y dedicados afanosamente a su tarea.

EL EQUIPO FRIDE (Madrid)

✉ No tengo palabras para decirles lo que siento; quisiera poder expresarles la tristeza y el dolor que esta noticia nos ha causado a mí y a mi esposo, quien, como yo, es un gran admirador de Jesús Díaz, como ser humano, como novelista, como editor y genio de *Encuentro de la cultura cubana*, y finalmente como cubano que amó profundamente su tierra.

MARIELA A. GUTIÉRREZ (Ontario)

✉ Mi más profundo pésame por tan sensible pérdida, con un fuerte abrazo,

ALBERTO CARNERO FERNÁNDEZ
Director General de Política Exterior para Iberoamérica (Madrid)

✉ Mi dolor y tristeza frente a tan terrible pérdida. Estoy con ustedes en estos momentos de pena y dolor que los embarga. Reciban abrazos de solidaridad y amor de

CARLOS OLIVARES BARÓ (México D.F.)

✉ Mis condolencias y consternación por la muerte inesperada de Jesús Díaz, un escritor importante y un luchador por la tolerancia y el entendimiento.

DANIEL IGLESIAS KENNEDY (Toledo)

✉ Qué pena tan grande para su familia, amigos, la cultura, Cuba, *Encuentro*. No puedo creer que el hombre que vimos hace unas semanas en Madrid lleno de vigor y humor ya no esté entre nosotros.

CARMELO MESA-LAGO y HELENA (Miami)

✉ Por esos misteriosos caminos que transitan las malas noticias, acabo de enterarme, en este día de lluvia y nostalgia gris, que Jesús Díaz ha muerto. Llega otra vez

la muerte, como invocada por alguien, por un secreto Dios enfermizo e inquieto. Y ahí estamos, otra vez, intentando explicarnos el porqué de la pérdida, de tantas pérdidas.

ADRIANA LÓPEZ LABOURDETTE (Berna)

☒ *Encuentro* es un gran proyecto que debe seguir y estoy completamente a su disposición para lo que haga falta.

EMILIO GARCÍA MONTIEL (México D.F.)

☒ Nos hemos quedado huérfanos, los amigos y colaboradores de la revista. Podemos sentirnos muy contentos con la obra lograda por él, que llegó a ser más grande de lo que el propio Jesús imaginara en aquellos momentos cuando aún se trataba de un proyecto.

Creo que el mejor homenaje a Jesús Díaz sería la continuación de su obra con *Encuentro de la cultura cubana*. Esta revista magnífica debe seguir desarrollando la comunicación, el diálogo, el debate entre los cubanos y cubanófilos dentro y fuera de la isla.

MONIKA KRAUSE-FUCHS (Gluecksburg)

☒ Un abrazo a todos y compartir con ustedes la lamentable pérdida de Jesús, figura imprescindible de nuestra literatura, gran promotor, y líder indiscutible de una importante corriente del pensamiento de nuestro exilio.

FABIO MURRIETA (Cádiz, España)

☒ Es una gran pérdida no sólo para la cultura cubana, también lo es para la novelística de lengua española. *Encuentro* es un testimonio de lo mejor de Jesús: un espacio abierto, democrático donde se discute, se plantea y se defiende la cubanidad y la problemática cubana. Su anticastrismo, siempre de izquierda, social-demócrata, es un ejemplo a seguir en el exilio cubano.

ALEJANDRO ANREUS (New Jersey)

☒ Le debíamos mucho a Jesús y ahora le debemos más: continuar sus sueños y proyectos... Al menos aquellos que sean posible realizar sin su presencia. Los otros, los más personales y literarios sólo nos queda meterlos en grandes alforjas de la nostalgia, y sumarlos a la energía del homenaje que le debemos.

JOEL FRANZ ROSELL (Buenos Aires)

☒ Estoy muy conmovida después de haberme enterado del fallecimiento de Jesús Díaz, que tuve la oportunidad de conocer en los años 60 en La Habana, pero sobre

todo a través de su obra y de la creación de la revista *Encuentro*. Para mí, *Las iniciales de la tierra* es una obra mayor de la literatura cubana y representa de una forma extraordinaria lo que su generación ha vivido al principio de la revolución.

CHRISTINE MATTSON (Túnez)

✉ A nombre de la Coordinadora Socialdemócrata Cubana, les envío nuestro más sentido pésame por la muerte de Jesús. A nombre de los expresos políticos cubanos, agradecerles por lo que hizo Jesús por el presidio político cubano en su dossier de la revista *Encuentro* N° 20. También brindarles nuestra ayuda al proyecto *Encuentro* en lo que ustedes necesiten.

EDUARDO OJEDA CAMARAZA, Presidente (Miami)

✉ Lamento con ustedes la colosal pérdida de Jesús Díaz. Toca a todos el esfuerzo por mantener y enriquecer su legado con la integridad que hizo posible *Encuentro*.

ROBERTO JIMÉNEZ (Miami)

✉ Estoy segura de que aunque su ausencia se hará notar en corazones e intelectos, el proyecto saldrá adelante.

ANA TOMÉ, Directora del Centro Cultural Español (La Habana)

✉ No tengo palabras... Sólo espero que *Encuentro* siga, esta vez honrando su memoria.

MARIO ROBERTO MORALES (Ciudad de Guatemala)

Presentación y homenaje

El pasado 22 de mayo se presentó en la Casa de América de Madrid el número 24 de *Encuentro* (Primavera 2002), un monográfico dedicado al análisis del periodo republicano que comprende desde 1902 hasta 1959. Esta entrega, que recoge ensayos y testimonios prácticamente de todas las disciplinas (historia, economía, medicina, sociología, música, relaciones internacionales, literatura, política, artes plásticas, humor), así como un dossier sobre El Estado de Derecho y una muestra de 17 pintores representativos de ese periodo, fue comentada por una mesa integrada por María Asunción Ansorena, Directora General de Casa de América, Ignacio Sotelo, profesor de Ciencias Políticas en la Universidad Libre de Berlín, Alberto Recarte, economista y ex-Consejero Comercial de la Embajada de España en Cuba, así como por los nuevos co-directores de *Encuentro*, el poeta Manuel Díaz Martínez y el historiador Rafael Rojas.

El acto, celebrado poco después del fallecimiento de nuestro fundador, el escritor y cineasta Jesús Díaz, devino postrer homenaje hacia quien fuera, en palabras de Rafael Rojas «el intelectual público más importante de esta nueva etapa de la historia de Cuba, caracterizada por la construcción de una democracia sobre las ruinas de una revolución», gracias a su decisión de «abandonar el estéril oficio del desencanto y trascender hacia la fundación, ...por la vía moral de una edificio perdurable». Para Rojas, quienes recibimos el legado de Jesús Díaz «la más seria, plural e independiente empresa de la intelectualidad cubana, residen en la isla o en la diáspora» estamos obligados a llevarlo al último escenario previsto por el autor de *Las palabras perdidas*: la democracia cubana. ●

Inauguran Biblioteca Independiente en memoria de Jesús Díaz

El pasado mes de junio, quedó inaugurada en La Habana la Biblioteca Jesús Díaz, perteneciente al Proyecto de Bibliotecas Independientes.

En la apertura estuvo presente Gisela Delgado Sablón, directora del citado Proyecto, además de bibliotecarios, artistas y reporteros alternativos. Ubicada en la calle Francos número 10, apartamento 53, 4to piso, entre Carlos III y Estrella, en el municipio de Centro Habana, su bibliografía estará a disposición del pueblo cubano sin distinción de sexo, edad, raza o ideología. ●

Cuba mexicana

Los libros *Cuba mexicana. Historia de una aneja imposible*, del historiador y ensayista cubano Rafael Rojas, y *La Revolución cubana en la diplomacia, prensa y clubes de México, 1895-1898*, de Leticia Bobadilla González, fueron presentados por la Secretaría de Relaciones Exteriores de México a través de la Dirección General del Acervo Histórico Diplomático, el pasado marzo en la capital azteca. Comentaron ambas obras Agustín Sánchez Andrés, Laura Muñoz y Salvador Morales. ●

Encuentro en São Paulo

La presentación del número 23 de la revista *Encuentro de la cultura cubana*, a cargo del escritor e investigador cubano Carlos Espinosa Domínguez, tuvo lugar el pasado 21 de mayo en la Universidad de Sao Paulo, Brasil. Como parte del programa de la Jornada Cubana 2002, la ensayista Idalia Morejón Arnaiz expuso su trabajo *Las transformaciones de la norma poética en Cuba*, y Francisco Zaragoza su ensayo *Las palabras perdidas. La narrativa cubana en el contexto de la Revolución*. Particular interés revistió la conferencia de Espinosa Domínguez *Una literatura de geografías plurales*. ●

Roberto González Echevarría recibe Doctorado Honoris Causa en Columbia

El profesor emérito de la Universidad de Yale y director de su Departamento de Estudios Hispanoamericanos, Roberto González

Echevarría, recibió en la ciudad de Nueva York la distinción Doctor Honoris Causa de la Universidad de Columbia, una de las más antiguas y prestigiosas de Estados Unidos. El Doctorado Honoris Causa es el segundo gran reconocimiento que recibe González Echevarría. Hace tres años fue investido como miembro de la Academia de Artes y Ciencias de los Estados Unidos, en una ceremonia donde compartió honores con el reputado director Steven Spielberg. Asimismo, es el primer cubano en acceder como miembro pleno a la Academia. Antes que a González Echevarría, la Universidad de Columbia había otorgado reconocimientos similares a sólo dos cubanos: el investigador Fernando Ortiz y el ex campeón mundial de ajedrez José Raúl Capablanca. ●

Cintio Vitier obtiene el Juan Rulfo

El poeta y ensayista cubano Cintio Vitier fue galardonado este mes de julio con el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe «Juan Rulfo», que deberá recoger a finales de año en México. En su comunicado, el jurado de la Duodécima Emisión del Premio —integrado por Julio Ortega, Beatriz Espejo, Ambrosio Fornet, Noé Jitrik, José Miguel Oviedo y Vicente Quirarte— informó que decidió por unanimidad premiar la obra del autor de *Lo cubano en la poesía*, considerando que Vitier «es un auténtico humanista cuya trayectoria intelectual lo convierte en uno de los más notables exponentes de la creación y el pensamiento latinoamericanos del siglo xx». Católico confeso, Cintio Vitier fue, durante varios años, relegado por las autoridades políticas y culturales cubanas. ●

Díaz Ayala completa extraordinaria donación musical

El coleccionista, escritor y especialista en música cubana Cristóbal Díaz Ayala, que el pasado año donó una de las colecciones de grabaciones musicales más completas del mundo a la Florida International University, ha completado esta donación con la de la discografía que recientemente terminó. La misma cataloga la música producida entre 1925 y 1960 por músicos cubanos y extranjeros dentro y fuera de

Cuba. En total, comprende unos 2.800 intérpretes, 60.000 canciones y unas 1.000 fotos que serán añadidas próximamente. El primer volumen de esta discografía (1898-1925) fue publicado en 1994. Valorada en cerca de un millón de dólares, la colección que Díaz Ayala entregó a la Universidad en 2001 incluye 25.000 LPs, 14.500 discos de 78 rpm, 4.500 casetes que contienen entrevistas radiales con compositores y músicos, 4.000 partituras, 3.000 libros y miles de CD, fotos, videocasetes y documentos. ●

Concurso literario independiente «El Heraldo»

La tercera versión del concurso literario El Heraldo, auspiciado por el Proyecto de Bibliotecas Independientes cubanas, dio a conocer sus resultados. El jurado, integrado por Raúl Rivero, Víctor Domínguez y Hugo Araña, otorgó a *Dos puentes sobre el río*, de Eduardo González Bonachea, *Los dados de Dios*, de Ricardo González Alfonso e *Ignorancia*, de Nely Castaño, los tres primeros lugares en la categoría de Cuento. Adela Soto Álvarez ganó en Poesía con *Días anímicos y anémicos*, seguida por Iván Suárez Merlí, autor de *Los días del payaso*, y de Rigoberto Díaz Cutiño, con el poemario *Terriblemente a pie*. El concurso contó con la participación de más de 350 obras, llegadas desde los más diversos puntos del país. ●

Centenario en Madrid

El centenario de la República de Cuba fue celebrado en los pasados meses de abril y mayo en Madrid por la Fundación Hispano Cubana y el Comité Cubano pro Derechos Humanos (España), con una serie de conferencias centradas en la problemática nacional. Inaugurada por Carlos Alberto Montaner y su disertación *El pensamiento político cubano durante la República. La importancia de los partidos políticos*, la serie incluyó conferencias de sobresalientes personalidades de la cultura isleña y peninsular: Antonio Elorza, Ileana de la Fuente, Eusebio Mujal, Ricardo Bofill, Leonel Antonio de la Cuesta, Pío Serrano, Alberto Recarte, Cesar Menéndez y Leopoldo Fornés. ●

Kant en La Habana

El seminario 'Kant, ¿y el retorno de lo real?', tuvo lugar entre mayo y junio pasados en La Habana. Coordinado por la Dra. Magali Espinosa Delgado —*Kant: el espejo por donde se deslizan las formas del arte*—, contó con la presencia de destacados investigadores y críticos cubanos, entre los que se encontraban Víctor Fowler —*Hipertexto: la tecnología como sueño*—, Rufo Caballero —*Kant cósmico: del éxtasis hiperreal a la estrategia del rescate*— y Elvia Rosa Castro —*El mundo como ilusión y apariencia*—. ●

Primer Salón de Arte Cubano sobre Papel en Nueva York

En ocasión del Centenario de la Independencia de la Isla de Cuba, la Galería de Arte SONO presentó el primer Salón de Arte Cubano sobre Papel, el pasado mayo en Nueva York. La muestra es una prueba más del esfuerzo continuado de Sergio Bofill, dueño de la galería, por promover la cultura cubana en Estados Unidos. Más de 30 artistas cubanos, representativos de tres generaciones del exilio, participaron en el Salón —cubriendo una amplia gama de estilos y tendencias artísticas. Esta actividad tendrá lugar todos los años en la SONO y cuenta con el apoyo del Centro Cultural Cubano de Nueva York y de su presidenta, Iraida Iturralde. ●

La gracia de un libro

Te basta mi gracia, cuaderno del Cardenal Jaime L. Ortega Alamino, editado por Ediciones Palabra, fue presentado el pasado 16 de mayo en la sala de prensa de la Conferencia Episcopal Española, en Madrid. A la presentación asistieron destacadas personalidades religiosas y de la intelectualidad cubana e ibérica. ●

Miami: Festival de «Cine Sumergido» de la Isla

El Ciclo de Cine Cubano, bajo el auspicio de la Serie de Artes Escénicas Cultura del Lobo, del Miami-Dade Community College, presentó

el Festival de Cine Sumergido Cubano en mayo pasado, en el auditorium del Recinto Wolfson. De «Cine Sumergido» denomina el crítico Juan Antonio García Borrero a cierta zona de la producción cinematográfica alternativa, realizada por jóvenes artistas cubanos que han eludido las instituciones culturales oficiales de la Isla. El evento fue inaugurado con la obra del director Humberto Padrón (La Habana, 1967) y su galardonado *Vídeo de familia*. ●

Homenaje a Cundo Bermúdez

La galería Cernuda Arte (Coral Gables, Miami) inauguró el pasado mayo una exposición en homenaje al pintor Cundo Bermúdez, 65 años después de que el entonces novel artista se presentara por primera vez al público. La muestra incluyó obras pertenecientes a contemporáneos del artista, integrantes de la vanguardia plástica cubana. Se presentaron, entre otras, piezas de Víctor Manuel, Eduardo Abela, Antonio Gattorno, Carlos Enríquez, Fidelio Ponce, Wifredo Lam, Amelia Peláez, Mario Carreño, Jorge Arche, Mariano Rodríguez, José Mijares, René Portocarrero, Raúl Milián, Alfredo Lozano, Roberto Diago, Mirta Cerra, Servando Cabrera Moreno, Antonia Eiriz, Acosta León y Agustín Fernández. ●

Celebran octavo aniversario de *Vital*

Dagoberto Valdés Hernández, director de la revista *Vital*, afirmó en Pinar del Río que «nada es incambiable, nada es eterno...», sólo Dios», durante la celebración del octavo aniversario de esa publicación cultural católica. El director del Centro de Formación Cívica y Religiosa de Pinar del Río aseguró que la revista cumple ocho años «cuando aparentemente se cierran puertas, y por eso, para levantar la esperanza, quiere celebrarlo abriendo más las ventanas para la libertad de la luz», en referencia al carácter «irrevocable» atribuido por el gobierno de Fidel Castro al socialismo cubano. También en dicha oportunidad se dieron a conocer los galardones literarios *Vital 2002*. El Gran Premio correspondió a Amaury Francisco Gutiérrez por su *Diario de un intruso*. ●

Padura de nuevo al podio

El escritor y periodista cubano Leonardo Padura conquistó el Premio de América Insular y de la Guyana correspondiente al año 2002, por la edición de su novela *Pasado perfecto*. El premio concedido a Padura fue otorgado mediante veredicto en la ciudad de Point a Pitre, y se entrega cada dos años en la isla de Guadalupe por la fundación creada por el desaparecido Amaide Huguys des Pointes, que preside su viuda, Marie Abraham. ●

Las memorias de Huber Matos en México

El pasado julio se presentó en la Casa Lam de la Ciudad de México el libro *Cómo llegó la noche*, del Comandante de la Revolución Huber Matos. Los historiadores Jean Meyer y Rafael Rojas y los escritores Carlos Monsiváis y Diego García Elío comentaron el libro de Matos, quien obtuvo el Premio Comillas (2002) que otorga la editorial Tusquets. La ceremonia, que contó con la presencia del autor, su esposa y uno de sus hijos, fue brevemente interrumpida por un llamado «Grupo de Solidaridad con Cuba», el cual, alentado por la embajada cubana en ese país azteca, irrumpió en el salón gritando y enarbolando pancartas que reiteraban el mismo calificativo de «traidor» por el que Matos fue condenado a 20 años de prisión en la Isla. El propio Huber Matos logró despejar el show recordándole a los castristas mexicanos la célebre frase de Benito Juárez: «El respeto al derecho ajeno es la paz». ●

Exposición de Baruj Salinas

El 2 de mayo de 2002 se inauguró una exposición del pintor Baruj Salinas en la Universidad de Central Connecticut patrocinada por el Centro de Estudios del Caribe y Latinoamérica. El pintor cubano, nacido en La Habana en 1938 y exiliado desde 1959, ha residido en diversas ciudades y sus trabajos se encuentran expuestos en importantes museos de Europa y América. A propósito de esta exposición, el poeta y escritor Carlos M. Luis ha señalado: «... el éxito del arte de Baruj depende, en última instancia, de la dirección que ha tomado el artista a la hora

de darle vida a sus imágenes. Los intervalos de silencio, impuestos por los fondos blancos, desempeñan también un papel importante en sus piezas. En sus lienzos, la presencia de sus diseños y la ausencia de los espacios en blanco logran abrir y expandir nuestra capacidad de ver.» ●

El Libro del Centenario

Ha sido publicado en Miami, en su versión en español, el libro *1902-2002: Centenario de la República Cubana* (Ediciones Universal), editado por William Navarrete y Javier de Castro Mori, fundadores de la Asociación del Centenario de la República Cubana. El volumen —cuya primera edición se presentó en París en 1999— cuenta con 550 páginas en las que aparecen 28 ensayos correspondientes a temas económicos, políticos, sociales y culturales, escritos por 27 especialistas residentes fuera de la Isla. ●

El baño de Lucrecia

Salió a la luz el nuevo disco de la cantante cubana Lucrecia, radicada en Barcelona. En *Agua*, la intérprete imprime un giro radical a su carrera discográfica. En sus cinco placas anteriores la sonera había hecho gala de su poderosa y bien timbrada voz, amén de su fuerza en el escenario y su formidable capacidad interpretativa, que la ha llevado a atreverse con casi todos los géneros tradicionales de Cuba. En ésta —grabada con la firma DroEastWest, de la Warner—, Lucrecia aborda exitosamente nuevos géneros como el acid-jazz y el tecno. ●

América Latina en la encrucijada

Con motivo de la celebración del I Congreso Latinoamericano de Ciencias Políticas, la Casa de América de Madrid acogió a los coordinadores de la Sección de Relaciones Internacionales para que presentaran sus respectivas conclusiones acerca de las claves de la agenda latinoamericana en el contexto internacional actual, bajo el rótulo de «América Latina en la encrucijada». Participaron, entre otros, el economista cubano Francisco León (CEPAL, Chile) —«Relaciones europeo-latinoamericana

nas y caribeñas y cambio global»— y Francisco Rojas (FLACSO, Chile), con «Intersección en el sistema internacional en el siglo XXI». ●

Sosabravo en Miami

El pintor cubano Alfredo Sosabravo, residente en la Isla, se dejó caer por Miami el pasado mes de marzo para presentar la más reciente muestra de su obra pictórica. Fue en la galería Cernuda Arte, en Ponce de León, Coral Gables. Sólo fueron expuestos óleos previamente adquiridos por Ramón Cernuda, quien declaró a la prensa que es «perfectamente legal comprar arte y literatura en Cuba y distribuirla en EE UU». ●

El Nuevo Herald gana Ortega y Gasset

El diario *El Nuevo Herald* de Miami recibió el premio Ortega y Gasset de Periodismo 2002, uno de los más prestigiosos en idioma castellano, por su excelencia en la práctica periodística. Es la primera vez que este reconocimiento, patrocinado por el diario español *El País*, es otorgado a un rotativo en Estados Unidos. *El Nuevo Herald*, que celebrará en noviembre de este año su 25 aniversario, comenzó en 1976 como una sección del diario *The Miami Herald*, publicado en idioma inglés. ●

La Alonso: bailarina y embajadora

La bailarina y coreógrafa Alicia Alonso fue nombrada embajadora de buena voluntad de la UNESCO «por su extraordinario aporte al desarrollo, preservación y difusión de la danza clásica» y por su aporte al «hermanamiento de los pueblos y culturas del mundo». El director de la UNESCO, Koichiro Matsuura, estimó que «Alicia Alonso ha sabido unir sus raíces cubanas con culturas y tradiciones distintas para ofrecernos extraordinarias creaciones y ha contribuido al desarrollo artístico de la danza en el continente americano como en el resto del mundo». Como embajadora de buena voluntad, Alicia Alonso se ocuparía principalmente de los programas de educación de base así como de la protección del patrimonio material e inmaterial, informó la institución. ●

Robinson Crusoe en Baracoa

El actor francés Pierre Richard interpretará el papel de Robinson Crusoe en una coproducción franco-cubana cuyo rodaje se iniciará próximamente en la Isla. El telefilme, dirigido por el realizador Thierry Chabert, será rodado principalmente en las playas de Baracoa, pero también en la capital, dijo Richard. La película será coproducida por la compañía francesa de producción televisiva GMT y por el Instituto Cubano de Arte e Industria Cinematográficos (ICAIC). En la misma participarán actores franceses y cubanos. ●

Poesía cubana en Rotterdam

El Encuentro 33 del prestigioso festival «Poetry International», celebrado en Rotterdam del 15 al 21 de junio, contó con la presencia, por primera vez, de un grupo de poetas cubanos. Junto a nombres como los de Frieda Huges (Gran Bretaña), Franco Loi (Italia), Lutz Seiler (Alemania), Umar Bin Hassan (USA) y Xiao Kaiyu (China), entre otros, los cubanos Antonio José Ponte, Omar Pérez y Damaris Calderón, dieron cuenta de las disímiles tendencias en que se articula la poesía cubana actual. Entre otras actividades, los poetas participaron en un homenaje a Cesare Pavese y leyeron textos que vinculaban la relación entre música y poesía. Asimismo, una importante sesión del programa consistió en un Encuentro Cubano, efectuado el 20 de junio y dedicado exclusivamente a estos tres poetas. Desde ahora, el ávido lector de la tierra de Van Gogh podrá encontrar estas (otras) voces cubanas traducidas al inglés y al holandés. ●

Balseros

En marzo pasado se estrenó en Madrid el documental *Balseros* (España, 2002), dirigido por los periodistas catalanes Carles Bosch y Josep María Doménech, con guión del propio Bosh y David Trueba. Según la crítica cubana Yanet Pérez Moreno, «si algo parece objetable a los ojos de muchos espectadores que han asistido a la presentación del documental es su perspectiva parcializada. Desde

el elenco de personajes, que no logra aprehender en toda su magnitud la diversidad de quienes emigraron por las costas cubanas a raíz de los sucesos de agosto de 1994 —el mal conocido «maleconazo»— hasta el argumento de una trama que ‘olvida’ ciertos resquicios de la realidad, también válidos si de testimoniar se trata». ●

Vieja Trova Santiaguera: balcón y despedida

Los septuagenarios músicos de la Vieja Trova Santiaguera se despidieron de los escenarios con una gira europea que iniciaron en España el 25 de abril pasado, para promover su último CD, *El balcón del adiós*. El disco, sexto y último de la agrupación, incluye temas clásicos como *Moliendo café*, *Suavecito* o *La espinita*, y otros como *La meticulosa*, *Longina* o *Una rosa de Francia*. ●

Cuba Fest 2002

El festival de la cultura cubana Cuba Fest 2002 tuvo lugar durante los pasados meses de marzo, abril y mayo en Santa Mónica College, California, EE UU. Incluyó una exhibición de pintura, recitales de danzas nacionales, lecturas de poemas cubano-americanos, presentación de filmes —*Fresa y chocolate*, *Azúcar amarga*—, de fotografías, muestras arquitectónicas y música clásica. Esta última faceta del festival contó con la *Obertura a una farsa seria*, del maestro Aurelio de la Vega, que fuera estrenada en La Habana en 1951. ●

Compay Segundo condecorado

Francisco Repilado, *Compay Segundo*, participó en República Dominicana —como figura estelar— del Quinto Festival Caribeño del Son (Festison), que tuvo lugar entre el 21 y el 25 de junio pasado en la ciudad de Santo Domingo. Compay Segundo fue recibido en el aeropuerto Las Américas por representantes del Ministerio de Cultura y los organizadores del Festison, y recibió más tarde la condecoración de Huésped Distinguido de la capital dominicana, que le entregara el alcalde Johnny Ventura. ●

Casa de América presenta vídeos cubanos

La Terraza de Casa de América, en Madrid, inició su programación de julio con una selección de vídeos cubanos presentados en la muestra *Copyright*, recientemente realizada en el Centro Cultural de España en La Habana, y que aglutina la producción en vídeo realizada dentro del campo de las artes plásticas en Cuba durante una década. Se presentaron obras de Raúl Cordero, Felipe Dulzaidés, Juan Carlos Alom, Tony Labat y otros. ●

A cien años de la República

La New York University in Madrid y el Instituto Internacional en España celebraron el pasado abril en Madrid el simposio *Cuba 1902-2002: cien años de república*, en el cual intervinieron el poeta y escritor Pío Serrano, Ottmar Ette, catedrático de literaturas románicas de la Universidad de Potsdam, y Tony Évora, musicólogo y artista gráfico, con *Cien años de historia de Cuba*, *Cuba, isla de islas* y *El danzón iza la bandera: cómo se celebró el 20 de mayo de 1902 en Cuba*, respectivamente. ●

De Rumanía para Cuba

La Conferencia *Lessons for Cuba of Transition in Romania (Lecciones para Cuba de la transición en Rumanía)* y la presentación del Premio Anual para la Libertad Pedro Luis Boitel, tuvieron lugar el pasado 15 de agosto en la Casa Bacardí del Instituto de Estudios Cubanos y Cubanoamericanos de la Universidad de Miami. El relevante intelectual rumano y activista de derechos humanos, Gabriel Andreescu, tuvo a su cargo la presentación, en tanto Orlando Gutiérrez, Investigador del Instituto de Estudios Cubanos y Cubanoamericanos de la Universidad de Miami, y Secretario Nacional del Directorio Democrático Cubano, moderó el evento. ●

Música de nuestra América

Bajo este ambicioso título, desde mayo de 2001 el musicólogo cubano Tony Évora ha estado presentando diversas facetas de la riqueza musical hispanoamericana en el anfiteatro de la Casa de América de Madrid.

Combinando música y danza en vivo con videos y discos de la mediateca de la Casa y de otras colecciones, sus charlas ha tenido gran éxito de público y de crítica. Durante el otoño de 2002 se ofrecerán los siguientes temas: Orquestas legendarias, Espectáculo especial, El charango del altiplano, Voces que enternecieron, 88 teclas americanas, Celebrando a Chabuca Granda, Guarachas cubanas y Aguinaldos venezolanos. Más información en el 91 595 48 00. El próximo libro de Tony Évora se titula *Música cubana: los últimos 50 años*, y aparecerá publicado este otoño por Alianza Editorial con un CD con 22 números representativos. ●

Reflexiones sobre un siglo

Los Cursos de Verano de la Universidad Complutense en El Escorial ofrecieron la semana del 2 al 6 de septiembre una amplia panorámica sobre el tema «1902-2002. Cuba, reflexiones sobre un siglo». Bajo la dirección de nuestra Vicepresidenta, la Dra. Beatriz Bernal, profesora titular de Historia del Derecho de dicha Universidad, los ponentes trataron temas como la historiografía, la democracia posible, la diversidad cultural y religiosa, la sanidad, la educación, el bienestar social, el devenir económico, el proceso constitucional, el estado de derecho, y las opciones de la Cuba futura. Ante una nutrida concurrencia, disertaron importantes intelectuales cubanos como el Vicario de La Habana, Monseñor Carlos Manuel de Céspedes, el ensayista Rafael Rojas, el poeta y académico Manuel Díaz Martínez, el profesor Rogelio de la Torre, los doctores Antonio Guedes y Marta Frayde, el economista Manuel García Díaz, el editor Víctor Batista y la Dra. Beatriz Bernal. También se leyó la ponencia enviada por Carlos Alberto Montaner, imposibilitado de asistir. Entre los españoles, el curso contó con ponentes de la talla del historiador y ensayista Antonio Elorza, el catedrático José Sánchez Arcilla y Rafael Dezcallar, Subdirector General de Naciones Unidas del Ministerio de Asuntos Exteriores de España, quien aseguró a la Agencia EFE que «Cuba está anormalmente empobrecida ya que su situación nunca fue comparable con el resto de los países de la región», y que «la revolución es un proyecto

agotado, ya que pocas personas apuestan porque la situación actual pueda continuar». ●

In memoriam

Fallece el arquitecto Francisco Bedoya

El arquitecto cubano Francisco Bedoya (1959-2002), cuyo trabajo en la *Guía de arquitectura de La Habana* —realizada en España por Eduardo Luis Rodríguez y María Elena Martín—, le consagró como «el nuevo Mialhe de la isla», falleció a finales de abril de este año en la capital española. Participe de los proyectos del Centro Comercial de Varadero, de la renovación urbana del malecón habanero y del Centro Internacional de Congresos para Tokio, el arquitecto se refugió a principios de los 90 en España, donde sus dibujos fueron el cuerpo principal de la publicación sobre el Plan de Restauración Integral de Alcalá de Henares, y realizó un importante plan de desarrollo regional urbano en todo el sur de la provincia de Madrid. Su proyecto de edificios de comercios y viviendas de la calle Reina, que presentó para el concurso convocado por la UNAICC en 1989, en La Habana, había obtenido el primer premio. ●

Muere «La Señora Sentimiento»

Elena Burke, una de las principales voces de la canción cubana de todos los tiempos, falleció el pasado mes de junio en La Habana a los 74 años de edad. La cantante padecía desde hacía años el Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (SIDA), lo cual la alejó de los escenarios y mantuvo postrada en sus últimas apariciones públicas. La Burke, cuyo verdadero nombre era Romana Burgues, nació el 28 de febrero de 1928 y debutó en la radio en 1941. Fue una de las principales exponentes del filin, junto a César Portillo de la Luz, José Antonio Méndez y, posteriormente, Pablo Milanés. ●

Fallece Sabá Cabrera Infante en Miami

El cineasta Alberto Sabá Cabrera Infante, hermano del escritor Guillermo Cabrera Infante y una de las primeras víctimas de la censura cultural en Cuba, falleció en Miami

a la edad de 69 años. El cineasta fue autor, junto con Orlando Jiménez Leal, del ya célebre documental *PM*, una cinta sobre la vida nocturna de La Habana, que provocó en 1961 el conocido veredicto de Fidel Castro en sus *Palabras a los intelectuales*: «Dentro de la revolución, todo. Contra la revolución, nada». El filme fue prohibido por considerársele «material nocivo». ●

Muere en Madrid el investigador
Carlos Miguel Suárez Radillo

El investigador cubano Carlos Miguel Suárez Radillo, uno de los mayores expertos en teatro hispanoamericano, murió el pasado mes de abril en Madrid a los 83 años de edad. El escritor e investigador, quien residía en la capital española desde los años 50, dedicó su vida a dar a conocer obras teatrales hispanoamericanas y a autores como el venezolano César Rengifo o el peruano Enrique Solari. También contribuyó a divulgar el teatro español contemporáneo en Estados Unidos y fue autor de cerca de una veintena de libros, como *Por qué me enamoré de Madrid*, *Teatro contemporáneo hispanoamericano* o *El teatro barroco hispanoamericano*. ●

Murió en París el pintor Jesús de Armas

El pintor cubano exiliado en Francia, Jesús de Armas, murió en París. Nacido en La Habana en 1934, Jesús de Armas llegó a la capital gala en 1991, invitado por el Ministerio de Cultura para una exposición en la Casa de América Latina, y decidió pedir asilo político, «el cual jamás le fue concedido», según el escritor Jacobo Machover. Tras su deceso, Machover subrayó la importancia de la obra del pintor, sobre todo su reivindicación «del sustrato de los indios taínos» en la cultura cubana y antillana. ●

.....

Libros recibidos

■ CARPENTIER, ALEJO; *Écue-Yamba-Ó*; Alianza Editorial; Madrid, 2002, 210 pp. Edición de bolsillo de este clásico de la literatura cubana.

Como es público y notorio, en ésta, la primera novela de Alejo Carpentier, se advierten indicios, leves adelantos de lo que luego sería la estética de lo real maravilloso, todo ello entrecruzado con métodos e insinuaciones naturalistas y del vanguardismo —o surrealismo— francés. El relato de la vida del protagonista, Menegildo Cue, refleja el ámbito de los trabajadores negros en los ingenios azucareros cubanos de principios del siglo xx. El autor nació en La Habana, en 1904, hijo de francés y cubana. Murió en 1980, en París, donde se desempeñaba como embajador del régimen cubano.

■ CASA DE AMÉRICA, MEMORIA DE ACTIVIDADES 2001; Madrid, España, 2002, 166 pp. Suerte de libro-recuento en vasto formato que contiene, como se indica en el título, la memoria anual de la acogedora institución madrileña. Para no perderse.

■ CASTELLANOS, JORGE; *Invenición poética de la nación cubana*; Ediciones Universal, Miami, EE UU, 2002, 235 pp. Un texto que forman dos ensayos íntimamente ligados entre sí —*Invenición poética de la nación cubana* y *Defensa poética de la nación cubana*—, y cuya tesis central hace de los bardos criollos una suerte de institución patriótica, guardiana (y aun creadora) del espíritu nacional. Como asegura el autor nada más comenzar el libro, «los poetas pusieron a disposición del pueblo su formidable instrumento de comunicación y propaganda. Y el pueblo correspondió leyéndolos con devoción». Jorge Castellanos nació en Guantánamo, en 1915. Enseñó en la Universidad de Oriente, Santiago de Cuba, y en Marygrove College de Detroit, Michigan. Actualmente radica en EE UU.

■ CLAVIJO PÉREZ, ELENA; *Un jardín de rosas violáceas*; Editorial Betania, Madrid, España, 2001, 48 pp. Desde 1971 Elena Clavijo reside en España y articula estos poemas voluptuosos, subidos de tono e implacables, en los que la carne sirve de invariable soporte a las alegorías de la escritura. 14 poemas —que siguen un guión en *crescendo*— unidos por una conciencia compositora que emana de los sentidos, del deseo siempre a flor de piel. La autora nació en La Habana, en 1958. Éste es su primer poemario.

■ CONSUEGRA, PEDRO; *Sonetario máximo*; edición de autor, Madrid, España, 2002, 291 pp.

Este es un poemario refrescante, correcto, a ratos distinguido. Los amantes del soneto estarán encantados con él, toda vez que su música, su pericia, su delicada e interminable floración, lo tornan insustituible a los ojos del gremio. No perderse su último cuerpo —*Sonetos obscenos*—, en el que mucho se agradecen cuartetas como esta: «Claro está que los ínclitos nipones/ microfálicos son, como los chinos/ y en cuestión de cilindros o pepinos/ no pueden competir con los teutones». Pedro Consuegra nació en Camajuani, Cuba.

■ FUENTES, JOSÉ LORENZO; *La piedra de María Ramos*; Editorial Abraxas, Miami, EE UU, 2002, 98 pp. Edición en rústica de una noveleta impecablemente construida, en la mejor tradición del realismo-maravilloso latinoamericano. María Ramos, la protagonista de la historia (o su fantasma bellísimo y promiscuo), pone patas arriba el pequeño pueblo de El Toro —que a ratos recuerda al Maccondo garciamarquiano—, en el que va dejando, «de generación en generación, un rastro comparable al de la hierba pisoteada por el viento». José Lorenzo Fuentes merecería mayor difusión dentro del concierto de la literatura en castellano. El autor nació en Santa Clara, en 1928. Actualmente reside en La Florida, EE UU.

■ FUENTES, NORBERTO; *Condenados de Condamo*; Seix Barral Biblioteca Breve, Barcelona, España, 2000, 190 pp. En torno al enfrentamiento militar que en los primeros años de la década del 60 mantuvo el ejército de Fidel Castro con las guerrillas insurgentes de El Escambray. En la pieza número 18 del volumen —aquí se dice «pieza» para evitar los términos «relato» o «cuento»— aparece un breve exergo de Saint Exupéry: «Los vencidos deben callarse». Semejante máxima marca la visión del autor y toda la filosofía de una literatura y de un libro que, consecuentemente, es un canto a la victoria, a los vencedores, no importa en qué bando éstos se encuentren. Un clásico de la cuentística cubana y en lengua española. Norberto Fuentes se radicó en la década de los 90 en los EE UU, luego de ser perseguido y detenido por el régimen cubano a raíz del caso Ochoa-De la Guardia.

■ FUENTES, ILEANA y MENDOZA RIVERO, DESSY; *¡Dengue! La epidemia secreta de Fidel Castro*;

Center For A Free Cuba, Washington, D.C., 2001, 173 pp. El origen de este libro puede ser situado en la tarde del 25 de junio de 1997, cuando el Dr. Dessy Mendoza Rivero es detenido por la policía política poco después de que denunciara la existencia de una epidemia de dengue en Santiago de Cuba. En *¡Dengue! La epidemia secreta de Fidel Castro*, los autores ponen sobre el tapete un escándalo médico y epidemiológico que, como sucede casi siempre cuando se trata de la Isla y su mito revolucionario, permanecía y permanece silenciado en los medios de difusión masiva internacionales. El libro también toca el tema de las cárceles cubanas, el sistema de *apartheid* médico y turístico implementado por el régimen, la crisis de Guantánamo en 1994, entre otros. Dessy Mendoza nació en Santiago de Cuba, en 1954; en noviembre de 1998, excarcelado, abandonó la Isla. Ileana Fuentes nació en La Habana en 1948. Actualmente reside en los EE UU.

■ GONZÁLEZ, MIRZA L.; *Astillas, fugas, eclipses*; Editorial Betania, Madrid, España, 2001, 102 pp. En este cuaderno de cuentos confluyen el costumbrismo y la novedad formal y de contenido para arrojar al rostro del lector historias que difícilmente éste será capaz de eludir. Son doce relatos en los que, como explica Fabio Murrieta en el prólogo, la tensión lingüística se va renovando de principio a fin, evitando que el texto decaiga. Una ópera prima —en tanto ficción— edificante. Mirza L. González, que nació en Güines, La Habana, reside en Chicago desde 1962. Es investigadora, ensayista y profesora de notable experiencia.

■ JORGE, ANDRÉS; *Voyeurs*; Editorial Alfaguara, México D. F., 2001, 290 pp. Homenaje al arte de mirar a escondidas, en *Voyeurs* «un pintor observa furtivamente a su vecina con la esperanza de verla nadar desnuda en la alberca y pintarla» —pintado a su vez por el esposo de ésta—, y «en otro lugar del mundo y en otro tiempo (...) un balsero cubano rescatado por un buque en su última travesía, se unirá a una singular tripulación que se divierte contando historias en largas jornadas nocturnas». Un libro construido por piezas, que transcurre milimétrico, a la manera de un castillo de naipes que se resiste a derrumbarse. Andrés Jorge nació en

San Juan y Martínez, Cuba, en 1960. Desde 1991 reside en México.

■ LINARES BRITO, ALBERTO; *Gastón Baquero, primeros textos (1936-1945)*; Publicaciones del Ateneo de La Laguna, Canarias, España, 2001, 110 pp. Como se indica en el título, se trata de una recopilación de lo publicado por Gastón Baquero —poesía, ensayo y traducción— durante el mencionado período. Enmarcados por una edición refinada, precedidos por un prólogo inquietante, los textos aquí reunidos rezuman la gracia e inocencia de quien estaba dispuesto a entrar —por la puerta ancha— en la historia de la literatura contemporánea.

■ MEDINA, PABLO; *Puntos de apoyo*; Editorial Betania, Madrid, España, 80 pp. 64 breves poemas, o haikús, que se suceden bajo una cuerda temática invariable: la existencial. Se trata de un poemario en el que la sorpresa ronda cada verso, cada espacio sucesivo, en tanto subyace una sensación de pérdida, o de carencia, que a ratos amilana al lector: «cuando te quise te quise / de mar abierto / con la esperanza del solitario / en mi desnudez (diastólica) / en mi pensamiento de papalote...». El autor nació en La Habana. Actualmente enseña Literatura y Creación Literaria en New School University, Nueva York.

■ PADURA, LEONARDO; *La novela de mi vida*; Ediciones Unión, La Habana, 2002, 420 pp. Como advierte el autor en el prólogo a este libro, el mismo no puede leerse como testimonio, sino como ficción, a pesar de los hechos históricos verificables y la documentación personal de José María Heredia, protagonista de su vida y esta novela. Pero no sólo se trata de una biografía novelada del poeta cubano: la obra también engloba los últimos días de la existencia del hijo de éste en tiempos de la dictadura machadista y las experiencias de un grupo de amigos en las tres décadas que cierran el pasado siglo. Según el crítico Jorge Luis Arcos, *La novela de mi vida* es uno de los textos más ambiciosos y complejos de la literatura cubana. Leonardo Padura nació en La Habana, en 1955, y actualmente reside en Cuba. *La novela de mi vida* obtuvo el Premio Internacional de Novela Casa Teatro 2001, en República Dominicana.

■ KOZER, JOSÉ; *No buscan reflejarse. Antología Poética*; Editorial Letras Cubanas, La Habana,

2001, 210 pp. Dice Jorge Luis Arcos, en el prólogo a esta recopilación, que «tampoco necesitaba la poesía de José Kozser su énfasis explícito en lo cubano para ostentar cubanía, y mucho menos relevancia o calidad poéticas», y cita a Gustavo Pérez Firmat, quien asegura que «la poesía de Kozser, en la cual confluyen su herencia hebrea, su nacimiento y crianza en Cuba y su larga estancia en Nueva York, se escribe desde un no-lugar». Esto es: la escritura de este judío-habanero de la Víbora trasciende el subterfugio de las «raíces» para adentrarse en el territorio libre de la poesía como quien inaugura casa y halla por fin patria. Ya no es para nadie un descubrimiento que el autor se ha convertido en un clásico de la lírica cubana contemporánea. José Kozser nació en La Habana, en 1940. En 1960, junto a su familia, se radicó en Nueva York.

■ SALCEDO, JORGE; *Naufragio y sedición en la isla de Juana*; Editorial Betania, Madrid, España, 2001, 128 pp. *Naufragio y sedición en la isla de Juana* resume los poemas escritos por Jorge Salcedo entre 1987 y 1995. Se trata de una poesía reaccionaria —como especifica el propio autor—, de unos versos en los que las palabras reaccionan ante la hipocresía generalizada serena y justamente, definitivamente implacables: «Hemos sido llamados ‘conservadores’, ‘reaccionarios’, ‘gusanos’ desde la adolescencia, y a fuerza de ello descubrimos las propiedades benéficas de conservar, de reaccionar, de resucitar incluso dentro de un cuerpo putrefacto». Muy recomendable. Salcedo nació en La Habana, en 1968. En la actualidad radica en Massachusetts, EE UU.

■ TAMARGO, ELENA; *Habana tú*; Ediciones Dos Aguas; México, 2000, 45 pp. Las ilustraciones de Roney Fundora y los versos de Elena Tamargo se entrecruzan y retroalimentan en este cuaderno, en el que la experiencia del exilio y la memoria de la Isla se juntan para materializar su rara calidad poética. Pero «materializar» suena aquí a palabra prestada. «Mar de mi patio, mar atormentado / lo que me duele / es que mis días / se vuelvan más y más de tierra», dice la autora en la página 17 de *Habana tú*, y no hay razón de suficiente peso que la contradiga. Elena Tamargo nació en La Habana. Actualmente reside en México.

■ AMANECER (número 41 de 2002, 32 pp.). Revista en rústica de la Diócesis de Santa Clara. Publicación de hondo contenido religioso destinada a los fieles del catolicismo cubano; este número contiene una interesante entrevista de Yoel Prado al estudioso de la vida y obra martiana Yamil Díaz Gómez, en la que se desvelan algunas zonas no demasiado frecuentadas del Martí físico, humano, corporal. También amplios artículos que tratan sobre la separación de la familia en Cuba y la homosexualidad. Directora: Laura María Fernández. Dirección: Obispado de Santa Clara, Apartado 31, Santa Clara 50100, Villa Clara.

■ ATENEO (número 18 de 2002, 52 pp.). Revista de literatura y arte venezolano, de interesante contenido. Este número dedica su dossier al narrador venezolano Jorge Volpi, autor de la reputada novela *En busca de Klingsor*. Director: Emilcen Rivero. Dirección: Ateneo de los Teques, Avenida La Hoyada, Los Teques, Miranda, Venezuela.

■ BOLETÍN DEL COMITÉ CUBANO PRO DERECHOS HUMANOS (ESPAÑA) (números 38-39 de 2002, 56 pp.). Publicación fundamentalmente dedicada a denunciar las violaciones de derechos humanos en la Cuba de Fidel Castro. En esta edición destaca la entrevista realizada por Hermann Tertsch al presidente checo Vaclav Havel: «Uno de los peores legados del comunismo es la falta de moral». Directora: Dra. Marta Frayde. Dirección: Apartado de Correos 54011, 28008 Madrid.

■ CIEN AÑOS (números 26, 27 y 28 de 2002, 30 pp.). Boletín noticioso de la Asociación del Centenario de la República Cubana, fundada en Francia en 1999. Valdría la pena leer el número 26 de esta publicación aunque sólo fuera por el editorial del semanario *L'Express* que reproduce, y en el que el editor se pregunta por qué el gobierno galo aceptó ser el invitado de honor a la XI Feria Internacional del Libro de La Habana: «...uno puede indignarse —dice— con el bloqueo que Estados Unidos impone a Cuba, porque el pueblo lo padece más que sus amos. Se puede combatir, también, la mundialización neoliberal. Se puede, igualmente, estar inquieto

por el torno compresor cultural norteamericano. Pero hacerlo sentándose con una cucharita a la mesa de Castro revela una increíble decadencia de la dignidad francesa». Por contraposición, en el número 28 aparece una llamativa disertación de Víctor Hugo a favor de los independentistas cubanos. Consejo de Redacción encabezado por Javier de Castro Mori. Dirección: 9 rue Biot, 75017 París.

■ DISIDENTE (números 174 y 175 de 2002, 20 pp. c/u). Boletín bimensual que reseña la actividad disidente dentro de Cuba y en el exilio. El número 175 notifica la muerte del presidente de la Asociación Encuentro de la Cultura Cubana, Jesús Díaz, a través de la «Crónica de un reencuentro entre exiliados», de Juan Cruz. Director: Ángel Padilla Piña. Dirección: P.O. Box 360889, San Juan, Puerto Rico 00936-0889.

■ ESPACIOS (número 2 de 2002, 60 pp.). Revista trimestral publicada por el Equipo Promotor de la Participación Social del Laico (EPAS). La rusticidad de esta publicación queda ampliamente saldada por su contenido. En este número sobresalen por su interés los trabajos «No a la vulgaridad y a la grosería», de Juan Lázaro Besada, que aborda críticamente los textos de ciertas canciones populares en Cuba; «Algo está pasando», de Francisco Almagro, sobre las relaciones políticas entre EE UU y el régimen cubano; y «¿Economía solidaria en Cuba?», de Orlando Freire Santana, que aborda el tema de los cuentapropistas y la economía nacional. Director: Joaquín Bello. Dirección: Casa Laical, Teniente Rey entre Bernaza y Villegas, La Habana Vieja, Cuba.

■ FISURA (número 1, primavera de 2002, 48 pp.). Revista trimestral de literatura y arte editada en Nueva York. Este número inicial destaca por su sobrio y fresco diseño; el cuento «Las federadas» —«Mi mujer es miembro efectivo de la Federación de Mujeres Cubanas, trabajadora gastronómica, uniformada, medias negras y, contra cualquier objeción o escrúpulo, siempre tiene hambre»—, de Francisco García González, es digno de mención. Directora: Lisset Martínez Herryman.

■ HISTORIA CONSTITUCIONAL (número 3, junio 2002). Revista electrónica de historia constitucional publicada por la Universidad

LETRA

INTERNACIONAL

72

EL CAMINO A BABEL. UN PENSAMIENTO ALTERNATIVO. Ian Buruma, George Steiner, Ernst H. Gombrich, Henri Cartier-Bresson, Naomi Klein, Andoni Alonso, Rogelio Blanco, Raúl F. Vítóres, Ilia Galán, Patxi Lanceros, Daniel Innerarity, Rosa Pereda, Juan Cueto, Sergio Pitol, Noni Benegas, Josefina Aldecoa

73

LA GUERRA DEL MUNDO. ESCRITORAS Y MERCADO LITERARIO. Susan Sontag, Abdelwahab Meddeb, Jesús de Garay, Alejandro Gándara, Christine Henseler, Laura Freixas, Enrique Murillo, Almudena Grandes, A. García Ortega, Begoña Huertas, Juan Ángel Juristo, Victoria Combalá

74

EL VAIVÉN DE LA HISTORIA. DOS MUNDOS. José M. Ridaó, Ignacio Gómez de Liaño, V.S. Naipaul Victoria Camps, Eliot Weinberger, Roberto Blatt, G. Martín Muñoz, Sami Nair, Edgar Morin, José A. Marina, Félix de Azúa, Gabriel Jackson, Barbara Probst Solomon, Rafael Argullol, Tariq Alí

75

COMPROMISO Y CONOCIMIENTO. EN DEFENSA DE JACINT VERDAGUER. Pierre Bourdieu, Miguel Ángel Quemain, Robert Darton, Fernando Escalante Gonzalbo, José Joaquín Brunner, Santos Juliá, J. A. González Sainz, Narcís Garolera, María del Mar Arnús, Jaime Siles, Francesc Roca, Antoni Marí, Jacint Verdaguer

Suscripción 4 números:

	correo ordinario	correo aéreo
España:	21.64 €	
Europa:	27.16 €	36.06 €
América:		37.87 €
Resto del Mundo		40.45 €

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Suscripciones:

Monte Esquinza 30, 2.º dcha. – 28010 Madrid – Tel.: 913 104 696

Fax: 913 194 585 – www.arce.es/Letra.html – e-mail: editorial@fpabloiglesias.es

de Oviedo. El número contiene el ensayo «Vae Victis!, o la biografía política del autonomismo cubano (1878-1898)», de Antonio-Filiu Franco Pérez, de recomendable lectura. Director: Joaquín Varela Suanzes. Dirección: Área de Derecho Constitucional. Departamento de Derecho Público. Campus de «El Cristo». Oviedo. España.

■ LA ESTAFETA DEL VIENTO (primer número, primavera-verano 2002, 102 pp.). Revista de poesía de la Casa de América. Este nuevo esfuerzo editorial reúne poemas de Juan Gelman, Gioconda Belli, Mario Benedetti, Álvaro Mutis y Roberto Fernández Retamar. Directores: Luis García Montero y Jesús García Sánchez. Dirección: Paseo de Recoletos 2, 28001 Madrid, España.

■ LA GACETA DE CUBA (números 5 de 2001 y 1 de 2002, 64 pp. c/u). Revista de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba (UNEAC). El número 5 de 2001 contiene un ensayo aconsejable: «La narrativa cubana entre la utopía y el desencanto», de Jorge Fornet. El primero de 2002 publica una entrevista, algo patética, a Santiago Feliú, en la que el cantautor se declara a favor de la despenalización de ciertas drogas, pero, al unísono, un castrista de pura cepa: casi como decir que defiende el cuello de la víctima tanto como el derecho a decapitar del verdugo. Director: Norberto Codina. Dirección: Calle 17, 354, entre G y H, El Vedado, La Habana, 10400.

■ LINDEN LANE MAGAZINE (números 2, 3 y 4 de 2001, 32 pp.). Magacín cultural cubano editado en Texas. En este número aparece un homenaje a Heberto Padilla que contiene varios textos, y poesía inédita, del autor de *Fuera del juego*. También puede disfrutarse un extenso y magnífico poema de Raúl Rivero, y trabajos de Juan Benemelis, Vicente Echerri, William Navarrete, entre otros. En el editorial, Belkis Cuza Malé asegura que «podremos encontrar al verdadero Heberto Padilla no como a 'un nudo en la madera de sus contemporáneos', como se pensó a sí mismo pensando en Wellington, sino con la alegría del último espejismo que ya ha curado el sol». Directora: Belkis Cuza Malé. Dirección: P.O. Box 331964, Fort Worth, Texas 76163. EE.UU.

■ MURAL (números 4 y 5 de 2002, 16 pp. c/u). Boletín noticioso sobre la actualidad cultural que edita la Casa de América. Ambos

ejemplares contienen, básicamente, detalles de los programas desarrollados cada mes por la prestigiosa institución madrileña. Directora: María Asunción Ansorena. Dirección: Paseo de Recoletos 2, 28001 Madrid, España.

■ NEXOS (número de abril de 2002, 112 pp.). Revista mexicana de análisis político. Esta edición se hace eco de la dramática situación que atraviesa la nación cubana a través de un anexo especial dedicado a la Isla: trabajos de Jesús Díaz, Rafael Rojas, Antonio José Ponte, Marifeli Pérez-Stable y Carlos Fuentes, entre otros, dan fe de ello. En su artículo «Cuba: quien la defiende, ¿la quiere más?», José Hernández y Leticia Juárez deslizan una interesante encuesta que revela la percepción de los mexicanos con respecto a la situación político-social en la mayor de las Antillas: los mexicanos están bastante claros. Director: Luis Miguel Aguilar. Dirección: Mazatlán 119, Colonia Condesa, delegación Cuauhtémoc, 06140 México D.F.

■ PAPELES DEL NUEVO MUNDO (número 17-18, diciembre de 2001, 84 pp.). Gaceta cultural en rústica que, editada en México, incorpora colaboraciones de mucha calidad y prestigio. En este número conviven textos de Pedro Juan Gutiérrez y María Elena Cruz Varela, Antón Arrufat e Iván Portela, entre otros, para dotar a la publicación de una frescura y variedad inobjetable. «Necrología para un tirano», el artículo que abre este número —su autor es Ernesto Fundora—, analiza, a partir del último desmayo de Fidel Castro, los pormenores, circunstancias y consecuencias de la hipotética muerte del gobernante cubano. Director: Carlos Olivares Baró. Dirección: Apartado Postal 113-022, 03301 México D.F.

■ QUÓRUM (invierno 201-2002, 184 pp.). Revista iberoamericana del pensamiento, editada cuatrimestralmente por el Servicio de Publicaciones de la Universidad de Alcalá. El número trae a colación el tema «Los riesgos en Centroamérica. Globalización y desarrollo», con artículos de Jorge Sapoznikov, Mario Lungo y otros. Directores: Virgilio Zapatero y Manuel Guedán. Dirección: Escritorios 4, 28801 Alcalá de Henares, Madrid, España.

■ SINALEFA (número 2 de 2002, 36 pp.). Revista internacional de arte y literatura. Esta edición de *Sinalefa* contiene textos de Matías

Revista de Occidente



N.º 256

Septiembre 2002

CLAUDE LÉVI-STRAUSS

ROGELIO RUBIO • FRANÇOISE HÉRITIER

JUAN ARANZADI • TOMÁS POLLÁN

UN SIGLO DE ECONOMÍA ESPAÑOLA

JUAN VELARDE FUERTES

CRISIS Y RESURRECCIÓN DE ARGENTINA

ENTREVISTA CON VICTOR BULMER-THOMAS

Montes-Huidobro —que abre la revista reflexionando sobre el advenimiento de la República de Cuba—, Belkis Cuza Malé, Antonio Benítez Rojo, entre otros. El artículo del autor de *El mar de las lentejas* (Reflexiones después de ver *Guys and Dolls*) resulta particularmente recomendable. Director: Rafael Borda. Dirección: P. O. Box 023617, Brooklyn, Nueva York 11202. EE UU.

■ TEMAS (números 27 y 28, 110 y 133 pp., 2002). Publicación trimestral dedicada a la teoría y el análisis de los problemas de la cultura, la ideología y la sociedad contemporánea, que cuenta con el apoyo del Fondo para el Desarrollo de la Cultura y la Educación. Con un nuevo diseño gráfico, en el número 27, dedicado al cine cubano, destacan los ensayos de Ambrosio Fornet y Juan Antonio García Borrero; también «El sublime encanto de la nostalgia tropical», del profesor cubanoamericano Román de la Campa, y el interesante estudio «Paradiso: la lucha de Eros y Thanatos», de Margarita Mateo. El número 28, por su parte, aborda el tema de la identidad y el multiculturalismo, y en él se distinguen los textos de Rufo Caballero y Víctor Fowler, además del ensayo «En busca de un tiempo de fábulas», de Lourdes Arencibia Rodríguez, tal vez el más completo estudio sobre Reinaldo Arenas publicado en la Isla. Director: Rafael Hernández. Dirección: Edificio ICAIC, quinto piso, 23 y 12, El Vedado, Ciudad de La Habana. CP 10400, Cuba.

.....

Convocatorias

ENSAYO

■ DON BALÓN. Dotación de 30.050 €, en concepto de derechos de autor y de explotación de la obra. Tema: Deporte. Extensión mínima de 180 folios. No podrán optar autores premiados en anteriores ediciones. Derecho en exclusiva de publicar aquellas obras presentadas que consideren de interés, previo acuerdo con el autor. Colabora Editorial Temas de Hoy. Convoca Editorial Don Balón, Avda. Diagonal 435, 1r - 2ª. 08007 Barcelona. Teléfono 93 209 20 00. Cierra el 10 de noviembre.

■ JOVELLANOS. Premio internacional de ensayo. Dotado de 18.030 € en concepto de anticipo de derechos de autor por la edición de la obra y diploma. El tema es libre, pero se considerarán de especial interés los trabajos dedicados a la problemática social actual, en cualquiera de sus aspectos. Extensión máxima de 300 folios. Las obras podrán presentarse en disquetes informáticos. Se acompañará breve extracto del contenido de la obra con extensión no superior a 2 folios. Si el original fuera en lengua extranjera el autor adjuntará una traducción completa al castellano. Originales firmados o bajo seudónimo. Convoca Ediciones Nobel. Calle Ventura Rodríguez, 4 - 1º. 33004 Oviedo (Asturias). Cierra el 15 de noviembre.

■ CIRCULO DE EMPRESARIOS. Dotado con 30.050 €. Para autores de nacionalidad española. Extensión mínima de 30 folios y máxima de 100. En la extensión no se considerarán los apéndices y cuadros estadísticos incorporados a los trabajos. Originales por octuplicado. Convoca Círculo de Empresarios. Calle Serrano, 1 - 4º. 28001 Madrid. Teléfono 91 577 84 71 - 578 14 72. Cierra el 15 de diciembre.

■ DESNIVEL. Dotado de 6.010 €. Tema: Literatura de montaña, viajes y aventuras. Obras narrativa o ensayísticas inéditas, escritas originalmente en castellano. Extensión mínima de 100 folios. Obras firmadas o bajo seudónimo. Convoca Ediciones Desnivel. Calle San Victorino, 8. 28025 Madrid. Teléfono 91 360 22 69 / 42. Pág. Web: www.desnivel.es. Cierra el 15 de diciembre.

■ PREMIO NACIONAL DE LITERATURA, ENSAYO. Dotado con 15.025 €. El premio distingue la mejor obra de un autor español editada en su primera edición en el año anterior a la convocatoria. Propuesta de candidatos por el jurado. Confirmar fecha de presentación. Convoca el Ministerio de Educación y Cultura. Plaza de Rey, 1. 28071 Madrid. Teléfono 91 701 70 00. Cierra el 15 de diciembre.

INVESTIGACIÓN

■ ELIO ANTONIO DE NEBRIJA. Dotado de 24.040 € y edición de una obra inédita. Pueden ser presentados como candidatos al premio las instituciones extranjeras y los hispanistas extranjeros (de habla materna no

española), con una amplia dedicación al estudio, difusión, defensa e investigación de la cultura hispánica. Convoca la Universidad de Salamanca. Servicio de Cursos Internacionales. Patio de Escuelas Menores, s/n. 37008 Salamanca. Teléfono 923 29 44 18. Cierra el 30 de noviembre.

■ **SGAE DE TEATRO.** Dotado de 45.075 €, repartido en cuatro categorías y la publicación de todas las obras premiadas. Tema: Mercado cultural y su entorno. Las investigaciones deben de enmarcarse en algunas de las siguientes disciplinas: sociología, economía y ciencias empresariales, ciencias de la información, comunicación y marketing. Convoca Sociedad General de Autores y Editores, Fundación Autor. Calle Fernando Sexto, 4. 28004 Madrid. Teléfono 91 349 95 50. Cierra el 5 de noviembre.

■ **MENÉNDEZ PIDAL.** Dotado de 6.010 €. Tema: Lingüística española. Estudio inédito sobre lingüística española. Pueden ser obras de uno o varios autores. Presentación por triplicado. Convoca la Real Academia Española, Secretaría. Calle Felipe IV, 4. 28071 Madrid. Teléfono 91 420 14 78. Cierra el 22 de diciembre.

■ **PREMIO NACIONAL DE HISTORIA DE ESPAÑA.** Dotado con 15.025 €. El premio distingue la mejor obra de un autor español publicada en su primera edición en el año anterior a la convocatoria. Propuesta de candidatos por el Jurado. Confirmar fecha de presentación. Convoca el Ministerio de Educación y Cultura. Plaza del Rey, 1. 28071 Madrid. Teléfono 91 701 70 00. Cierra el 15 de diciembre.

LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL

■ **PREMIO NACIONAL DE LITERATURA INFANTIL Y JUVENIL.** Dotado con 15.025 €. El premio distingue la mejor obra de un autor español publicada en su primera edición en el año anterior a la convocatoria. Propuesta de candidatos por el jurado. Confirmar fecha de presentación. Convoca Ministerio de Educación y Cultura. Plaza del Rey, 1. 28071 Madrid. Teléfono 91 701 70 00. Cierra el 15 de diciembre.

NARRATIVA

■ **RAMÓN LLULL.** Dotado con 60.100 €. Podrán participar escritores que presenten

obras tanto de ficción como de no ficción. Extensión mínima de 200 folios. Declaración del autor de que no tienen comprometidos los derechos de publicación de la obra y de que no está sometida a ningún otro concurso pendiente de resolución. Los trabajos pueden presentarse firmados o bajo seudónimo. Lengua: Catalán. Convoca Editorial Planeta. Calle Córcega, 273-279. 08008 Barcelona. Teléfono 93 217 77 48. Cierra el 30 de noviembre.

■ **PREMIO NACIONAL DE LITERATURA, NARRATIVA.** Dotado con 15.025 €. El premio distingue la mejor obra de un autor español publicada en su primera edición en el año anterior a la convocatoria. Propuesta de candidatos por el jurado. Confirmar fecha de presentación. Convoca Ministerio de Educación y Cultura. Plaza del Rey, 1. 28071 Madrid. Teléfono 91 701 70 00. Cierra el 15 de diciembre.

■ **«EL OJO CRÍTICO» DE NARRATIVA.** Para destacados autores por su labor literaria en votación ejercida por los oyentes de radio. Convoca Radio Nacional de España. «El Ojo Crítico». Apartado de correos 156.200. 28080 Madrid. Fecha límite variable.

NOVELA

■ **ALFAGUARA DE NOVELA.** Dotado con 168.283 €. Extensión mínima de 200 páginas con 1.800 caracteres cada una. Se agradecerá la inclusión de disquete en formato PC. Se adjuntará declaración firmada aceptando las bases. Las obras podrán ir firmadas o con seudónimo y no se habrán presentado en ningún otro concurso. Los originales se podrán enviar a cualquiera de las sedes de Alfaguara en América o España. El premio implica la cesión de los derechos, incluidos los cinematográficos, a la editorial. El fallo será el 20 de marzo. Convoca Editorial Alfaguara. Calle Torrelaguna, 60. 28043 Madrid. Teléfono 91 744 90 60. Cierra el 15 de diciembre.

■ **ALFONSO X EL SABIO.** Dotado con 42.070 € repartidas en un primer premio y un accésit. Extensión máxima de 300 folios. Originales por duplicado. Convoca Ediciones Martínez Roca. Calle Provença 260. 08008 Barcelona. Cierra el 31 de diciembre.

■ **PRIMAVERA NOVELA.** Dotado con 200.000 € y la publicación de la obra. Extensión mínima

de 150 folios. Originales firmados o con seudónimo. Se acompañará certificación del autor garantizando que los derechos de la obra no están comprometidos y que no ha sido presentada a otro concurso pendiente de resolución. Presentación por triplicado. La editorial España se reserva la opción de publicación de los originales que estime de interés, previo acuerdo con los autores. Convoca Editorial Espasa-Calpe y Ámbito Cultural El Corte Inglés. Carretera de Irún Km. 12,200. 28049 Madrid. Teléfono 91 358 96 89. Cierra el 5 de diciembre.

■ BIENAL INTERNACIONAL DE LITERATURA DE PUERTO RICO. NOVELA. Dotado de 6.490 € y publicación para el primer premio y únicamente publicación para el segundo premio. Escritores de habla hispana residentes en España, Latinoamérica, el Caribe o Estados Unidos. Extensión 200 páginas. A ser posible, adjuntar copia en disquete de 3,5" HD en formato IBM PC. Enviar bajo sistema de plica. El fallo se hará público en junio y la entrega de premios será en noviembre durante la Feria Internacional del Libro en Puerto Rico. Convoca Universidad de Puerto Rico y la Fundación Luis Palés Matos. Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Apartado 23322. San Juan de Puerto Rico 00931-3322. Puerto Rico. Pág. Web: <http://home.coqui.net/argelma/eventos.htm>. Cierra el 31 de diciembre.

PERIODISMO

■ MADRID PLAZA MAYOR. (PRENSA INTERNACIONAL). Dotado con 15.025 €, repartidos en un primer premio y un accésit. Tema: Madrid y sus atractivos turísticos. Para el artículo, reportaje o colección de ellos, publicados en la prensa internacional durante el año de la convocatoria. Convoca Ayuntamiento de Madrid, Patronato Municipal de Turismo. Calle Mayor 69. 28013 Madrid. Teléfono 915 882 927. Pág. Web: www.munimadrid.es/congresos. Cierra el 31 de diciembre.

■ MADRID PLAZA MAYOR. (PRENSA NACIONAL). Dotado con 15.025 €, repartidos en un primer premio y un accésit. Tema: Madrid y sus atractivos turísticos. Para el artículo, reportaje o colección de ellos, publicados en la prensa nacional durante el año de la convocatoria. Convoca Ayuntamiento de Madrid, Patronato Municipal de turismo. Calle Mayor

69. 28013 Madrid. Teléfono 915 882 927. Pág. Web: www.munimadrid.es/congresos. Cierra el 31 de diciembre.

■ FAPE DE PERIODISMO. Dotado de 30.050 €. Trayectoria profesional de un periodista español. Convoca Federación de Asociaciones de Prensa de España. Plaza de Callao, 4 - 7º C. 28013 Madrid. Teléfono 91 522 19 50. Cierre variable.

POESÍA

■ FERIA DEL LIBRO DE MADRID PARQUE DEL BUEN RETIRO. Dotado con 6.010 € en concepto de anticipo por los derechos de autor. Extensión mínima de 500 versos y máxima de 1.000. Los trabajos podrán presentarse firmados por el autor o bajo plica. Convoca Comisión Organizadora de la Feria del Libro de Madrid. Calle Santiago Rusiñol, 8. 28040 Madrid. Teléfono 91 533 88 36. Cierra el 19 de noviembre.

■ PREMIO NACIONAL DE LITERATURA, POESÍA. Dotado con 15.025 €. El premio distingue la mejor obra de un autor español publicada en su primera edición en el año anterior a la convocatoria. Propuesta de candidatos por jurado. Confirmar fecha de presentación. Convoca Ministerio de Educación y Cultura. Plaza del Rey, 1. 28071 Madrid. Teléfono 91 701 70 00. Cierra el 15 de diciembre.

■ «EL OJO CRÍTICO» DE POESÍA. Para destacados autores por su labor literaria. Convoca Radio Nacional de España. «El Ojo Crítico». Apartado de correos 153.200. 28080 de Madrid. Cierre variable.

■ FRAY LUIS DE LEÓN. POESÍA. Dotado de 6.010 €. Extensión mínima de 500 versos. Trabajos convenientemente encuadrados. Presentación bajo sistema de plica. Convoca Junta de Castilla y León, Consejería de Educación y Cultura. Monasterio de nuestra Sra. de Prado. Autovía Puente Colgante, s/n. 47071 Valladolid. Cierre variable.

RELATO Y CUENTO

■ ENCARNA LEÓN. Dotado con un primer premio de 2.000 € y un segundo premio de 1.000 €. Las obras tendrán una extensión de 5 a 15 folios (letra de 12 puntos), valorándose especialmente que propicien la igualdad entre géneros. Presentación por cuadruplicado y bajo plica. Convoca Consejería de

Educación, Juventud y Mujer; Viceconsejería de la Mujer, de la Ciudad Autónoma de Melilla. Calle General Prim, 2. 52001 Melilla. Teléfono 952 681 950. Cierra el 31 de diciembre.

■ **JAÉN DE RELATOS.** Dotado con 3.005 €. Obras con una extensión de 20 a 50 páginas. Presentación por sextuplicado. Convoca el Ayuntamiento de Jaén. Plaza de Santa María, 1. 23002 Jaén. Cierra el 31 de diciembre.

■ **MADRID TOTAL.** Dotado con 5.108 € repartidos en tres premios. Tema: Madrid capital, su historia, gentes y costumbres. Los relatos tendrán una extensión máxima de 30 páginas y podrán enviarse por correo ordinario o electrónico. Convoca Grupo de Empresa Alcalá 70. Calle Alcalá, 70. 28009 Madrid. Cierra el 31 de diciembre.

TEATRO

■ **PREMIO NACIONAL DE TEATRO.** Dotado con 30.050 €. Se premiará al galardonado de una obra o actuación hecha pública, o realizada durante el año anterior a la convocatoria. Se tendrá en cuenta la calidad de la obra y su innovación a la vida teatral española. Propuesta de candidatos por entidades culturales y profesionales relacionadas con el teatro, y por el jurado. Convoca Ministerio de Educación y Cultura. Instituto Nacional de las Artes Escénicas. Plaza del Rey, 1. 28071 Madrid. Teléfono 91 701 70 00. Cierra el 1 de noviembre.

■ **BIENAL INTERNACIONAL DE LITERATURA DE PUERTO RICO. TEATRO.** Dotado de 6.490 € y publicación para el primer premio y únicamente publicación para el segundo premio. Escritores de habla hispana residentes en España, Latinoamérica, el Caribe o Estados Unidos. Extensión 200 páginas. A ser posible, adjuntar copia en disquete de 3,5" HD en formato IBM PC. Enviar bajo sistema de plica. El fallo se hará público en junio y la entrega de premios será en noviembre durante la Feria Internacional del Libro en Puerto Rico. Convoca Universidad de Puerto Rico y la Fundación Luis Palés Matos. Editorial de la Universidad de Puerto Rico. Apartado 23322. San Juan de Puerto Rico 00931-3322. Puerto Rico. Pág. Web: <http://home.coqui.net/argelma/eventos.htm>. Cierra el 31 de diciembre.

■ **PREMIO NACIONAL DE LITERATURA DRAMÁTICA.** Dotado con 15.025 €. El premio distingue la mejor obra de un autor español publicada en su primera edición en el año anterior a la convocatoria. Propuesta de candidatos por jurado. Convoca Ministerio de Educación y Cultura. Plaza del Rey, 1. 28071 Madrid. Teléfono 91 701 70 00. Cierra el 15 de diciembre.

■ **TIRSO DE MOLINA.** Dotado con 18.030 €. Autores del territorio español e iberoamericanos que no hayan recibido el premio anteriormente. Cada autor puede presentar cuantas obras desee, siempre que no hayan sido estrenadas comercialmente. Originales por quintuplicado. Las obras podrán presentarse firmadas o con seudónimo. No se admite teatro breve ni tampoco traducciones, adaptaciones o refundiciones de otros textos literarios. La AECI podrá publicar la obra. Convoca la Agencia Española de Cooperación Internacional. Servicio de Actividades Culturales. Avda. Reyes Católicos, 4. 28040. Pág. Web: www.aeci.es. Madrid. Cierre variable.

IBEROAMÉRICA

■ **JORGE LUIS BORGES. CUENTO.** Dotado con 290 € repartidos en dos premios. Máximo 8 hojas. Entregas por quintuplicado. Concurso auspiciado por la Embajada de la República Argentina y la Consejería de Educación de la Embajada de España. Convoca Latin American Alive & Spanish Arts. P.O. Box 752. Civic Square. ACT 2608. Estados Unidos. Cierra el 25 de noviembre.

■ **JORGE LUIS BORGES. POESÍA.** Dotado con 290 € repartidos en dos premios. Máximo 2 hojas. Entregas por quintuplicado. Concurso auspiciado por la Embajada de la República Argentina y la Consejería de Educación de la Embajada de España. Convoca Latin American Alive & Spanish Arts. P.O. Box 752. Civic Square. ACT 2608. Estados Unidos. Cierra el 25 de noviembre.

■ **NICOLÁS GUILLÉN.** Premio Internacional de Poesía. Dotado con 1.923 €. Poetas residentes en los países del Caribe hispano. Extensión entre 40 y 80 cuartillas. Se pueden enviar obras por correo electrónico. El fallo será el 15 de diciembre. Convoca Casa Inter-

nacional del Escritor de Bacalar. Avenida 3 s/n. Colonia Magisterial. Código Postal 77930. Bacalar, Quintana Roo. México. Cierre el 30 de noviembre.

■ **RAZÓN DE SER. INVESTIGACIÓN.** Dotado con 2.100 pesos. Para escritores cubanos residentes. Se presentarán proyectos de libros y se adjuntará asimismo currículum, objetivos y fundamentación. Los escritores premiados tendrán obligación de presentar el libro en el plazo de 2 años a partir del cobro. Convo-ca Fundación Alejo Carpentier. Calle Empe-

drado, 215. Habana 1. CP 10100. Cuba. Cierre el 31 de diciembre.

■ **RAZÓN DE SER. NARRATIVA.** Dotado con 2.100 pesos. Para escritores cubanos residentes. Se presentarán proyectos de libros y se adjuntará asimismo currículum, objetivos y fundamentación. Los escritores premiados tendrán obligación de presentar el libro en el plazo de 2 años a partir del cobro. Convo-ca Fundación Alejo Carpentier. Calle Empe-drado, 215. Habana 1. CP 10100. Cuba. Cierre el 31 de diciembre.

esta Cuba te va a sorprender

**www.
cubaencuentro
.com**

un espacio para la información y la opinión

música

humor

chat

deportes

arte

literatura

opinión

política



COLABORADORES

- José Antonio Aguilar.** Historiador, politólogo y novelista mexicano. Autor de *El fin de la raza cósmica*.
- Carlos A. Aguilera.** (La Habana, 1970). Poeta y ensayista. Co-dirige la revista *Diáspora(s)*. Reside en La Habana.
- Eliseo Alberto.** (La Habana, 1951). Narrador y ensayista. Su última novela es *Fábula de José*. Reside en México.
- Rafael Alcides.** (Barrancas, 1933) Poeta y narrador. Su último poemario publicado es *Nadie* (1993). Reside en La Habana.
- Aurelio Alonso.** Filósofo cubano. Investigador del Instituto de Filosofía de la Academia de Ciencias de Cuba. Reside en La Habana.
- Diana Álvarez.** Nacida en Cuba. Es profesora en la Universidad de Seton Hall en Estados Unidos.
- Lourdes Arencibia.** (Cienfuegos). Intérprete y traductora, Actualmente preside la Sección de Traducción Literaria de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Reside en La Habana.
- Carlos Barbáchano.** Escritor español. Fue Consejero Cultural en la Embajada de España en Cuba. Reside en Madrid.
- Antonio Benítez Rojo.** (La Habana, 1931). Narrador y ensayista. Su última novela es *Mujer en traje de batalla*. Reside en Amherst (Massachusetts).
- Juan Antonio Blanco.** Ensayista cubano. Director de Cooperación Internacional de la ONG *International Human Rights Internet*. Reside en Canadá.
- Astrid Böhringer.** Profesora en el Departamento de Hispánicas de la Universidad del Sarre, Saarbrücken (RFA). Ha traducido al alemán la novela *Siberiana* de Jesús Díaz.
- Elizabeth Burgos.** (Valencia, Venezuela). Ensayista. Autora del libro de testimonio *Me llamo Rigoberta Menchú*. Es miembro del Consejo de Redacción de *Encuentro*. Reside en París.
- Jorge Castañeda.** Escritor y diplomático mexicano. Canciller de México. Autor de *La vida en rojo*, una biografía del Che Guevara.
- Miguel Ángel Centeno.** Profesor de sociología y decano de Wilson College en la Universidad de Princeton. Su último libro se titula *Blood and Dent: War and the Nation-State in Latin America*.
- Mons. Carlos Manuel de Céspedes.** Sacerdote y escritor cubano. Ha publicado la novela *Érase una vez en La Habana*, ciudad donde reside.
- Enrique Collazo.** (La Habana, 1954). Licenciado en Historia. Ha publicado, entre otros, *Cuba: Banca y crédito 1950-1958*. Reside en Madrid.
- Régis Debray.** (París). Filósofo y ensayista, que estuvo muy vinculado al Che Guevara y a la guerrilla cubana en Bolivia. Último libro publicado, *Dieu, un itinéraire*. Reside en París.
- Rafael Dezcallar.** Escritor y diplomático español. Actualmente es Subdirector General de Naciones Unidas del Ministerio de Asuntos Exteriores de España. Reside en Madrid.
- Amalia Díaz.** Hermana del escritor Jesús Díaz y del cineasta Rolando Díaz. Reside en La Habana.
- Rolando Díaz.** Cineasta. Su última película es *Si me comprendieras* Reside en Tenerife, Canarias.
- Pablo Díaz Espí.** Escritor y guionista de cine. Director del diario digital *Encuentro en la Red*. Reside en Madrid.
- Manuel Díaz Martínez.** Poeta cubano. Co-director de *Encuentro*. Su último libro es *Antología poética* (edición bilingüe). Reside en Las Palmas de Gran Canaria.
- Josefina de Diego.** (La Habana) Economista y escritora. Ha publicado *El reino del abuelo*, 1993. Es miembro del Consejo de Redacción de *Encuentro*. Reside en La Habana.
- Christopher Domínguez.** Narrador y crítico mexicano. Su último libro fue *La sabiduría sin promesa*.
- Vicente Echerri.** Poeta, narrador y ensayista cubano. Su último libro es *Historias de la otra revolución*, 1998. Reside en Guttenberg (USA).

- Juan Espíndola.** Politólogo mexicano, graduado de El Colegio de México.
- Carlos Espinosa.** (Guisa, 1951). Crítico e investigador cubano. Su último libro es *Lo que opina el otro. Algunos apuntes sobre la crítica teatral*. Es miembro del Consejo de Redacción de *Encuentro*. Reside en Miami.
- Tony Évora.** Artista plástico y musicólogo cubano. Su última obra publicada es *El Libro del Bolero*. Reside en Madrid.
- Jorge Ferrer.** (Bauta, 1967). Escritor y traductor. Ha publicado la novela *Minimal Bildung* (Catalejo, Miami, 2001). Reside en Barcelona.
- Ambrosio Fornet.** Narrador, editor y ensayista cubano. Su último libro se titula *La cartada perpetua*. Reside en La Habana.
- Ileana Fuentes.** Ensayista cubana. Especialista en historia del feminismo. Reside en Miami.
- José Lorenzo Fuentes.** (Santa Clara, 1928). Narrador y periodista cubano; autor, entre otras, de la novela *El sol, ese enemigo*. Reside en Miami.
- Lourdes Gil.** (La Habana). Poeta y ensayista. Es profesora en la City University of New York. Su último libro es *El cerco de las transfiguraciones*. Reside en Nueva Jersey.
- Jorge Goldenberg.** Dramaturgo y guionista argentino. Entre sus obras se encuentra *Krinsky*. Reside en Buenos Aires.
- Felipe González.** Político español. Fue Presidente de Gobierno, por el Partido Socialista Obrero Español desde 1982 hasta 1996. Actualmente preside la Fundación Progreso Global. Reside en Madrid.
- Roberto González Echevarría.** (Sagua La Grande). Crítico literario y profesor de la Universidad de Yale. Ha publicado, entre otros libros, *La prole de Celestina*. (Ed. Colibrí, 1999).
- Gustavo Guerrero.** Crítico venezolano. Poeta. Consejero Editorial de la Editorial Gallimard. Profesor de literatura hispánica. Su último libro es *Teorías de la lírica* (2002). Reside en París.
- José María Guelbenzu.** Novelista y crítico español. Ha publicado, entre otras, la novela *El río de la luna*. Reside en Madrid.
- Marcin Król.** Profesor del Instituto de Ciencias Sociales Aplicadas de la Universidad de Varsovia y editor de la revista *Res Pública*.
- Alberto Lauro.** Poeta cubano. Es autor de *Cuaderno de Antínoo* y otros poemarios. Reside en Madrid.
- Gerardo Maldonado.** Politólogo mexicano, graduado de El Colegio de México.
- Eduardo Manet.** (Santiago de Cuba). Novelista y dramaturgo. Fundador y director del Conjunto Dramático Nacional de Cuba. Su última novela es *Maestro!* Reside en París.
- Elzbieta Matynia.** Ensayista polaca. Profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología de la New School University de Nueva York, donde dirige el Centro Transregional de Estudios Democráticos.
- Adriana Méndez.** Escritora cubana. Su libro, *Gender and Nationalism in Colonial Cuba*, estudia los relatos de viaje de la Condesa de Merlín (1998). Es profesora de literatura hispanoamericana en la Universidad de Iowa.
- Carmelo Mesa-Lago.** Economista. Este año publica su libro *Buscando un modelo económico para América Latina: Mercado, socialista o mixto. Chile, Cuba y Costa Rica*. Reside en Miami.
- Adam Michnik.** (Varsovia, 1946). Diputado, periodista y director de la *Gazeta Wyborcza*.
- Carlos Monsiváis.** Ensayista y crítico mexicano. Su último libro es *Aires de familia* (Cultura y sociedad en América Latina). Reside en Ciudad México.
- Iván de la Nuez.** (La Habana, 1964). Ensayista y Director del Centro de Exposiciones del Palau de la Virreina. Su último libro publicado es la antología *Cuba y el día después*. Reside en Barcelona.
- Joaquín Ordoqui García.** (La Habana, 1953). Escritor y ensayista. Escribe la sección de Música de *Encuentro en la red*. Reside en Madrid.
- Julio Ortega.** (Perú, 1942). Profesor de literatura latinoamericana en la Universidad de Brown. Autor de *Relato de la Utopía* (Barcelona, La Gaya Ciencia, 1973).
- Paulo A. Paranaguá.** (Río de Janeiro, 1948). Crítico e historiador del cine latinoamericano. Reside en París.

- Umberto Peña.** (La Habana 1937). Pintor, grabador y diseñador gráfico. Sus obras figuran en el Museo Nacional de Cuba, y en colecciones privadas en Cuba y el extranjero. Actualmente reside en Miami.
- Jorge A. Pomar.** (Cárdenas, 1948). Germanista, editor y crítico literario. Colaborador de la *Voz de Alemania*, país donde reside.
- Nicolás Quintana.** Profesor de la Escuela de Arquitectura de la Universidad Internacional de la Florida. *Encuentro* le dedicó un Homenaje en el número 18 (Otoño de 2000). Reside en Miami.
- Tania Rands.** Estudiante posgraduada en el Departamento de Sociología en Princeton. Su tesis trata sobre la educación en la ex-Unión Soviética.
- Miguel Rivero.** (Villa Clara, 1939). Periodista. Fue corresponsal de Prensa Latina en Vietnam, Francia y Gran Bretaña. Reside en Lisboa.
- Raúl Rivero.** (Morón, 1945). Poeta y periodista. Dirige la agencia de prensa independiente CubaPress. Reside en La Habana.
- Guillermo Rodríguez Rivera.** (1943). Poeta y ensayista. Es profesor en la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana. En 1999 Ediciones Unión publicó la segunda edición de su monografía *La otra imagen*, en torno al lenguaje tropológico.
- Rafael Rojas.** Historiador y ensayista cubano. Co-director de *Encuentro*. Su último libro es *Cuba mexicana. Historia de una aneación imposible*. Reside en México.
- Antonio Sánchez.** Investigador e historiador chileno. Reside en Caracas, Venezuela.
- J. Silva-Herzog Márquez.** Ensayista y político mexicano. Autor de *El antiguo régimen y la transición*.
- Andreas Simmen.** Exjefe de Redacción del *WochenZeitung* de Suiza. Actual Director de Publicaciones de la Editorial Rotpunkt. Reside en Zürich.
- Luis Suñén.** (Madrid, 1951). Escritor y editor. Actualmente es Director del Departamento de Edición de la editorial Espasa en Madrid, ciudad donde reside.
- Vladimir Tismaneanu.** Profesor de Gobierno y Política de la Universidad de Maryland y editor de *East European Politics & Societies*.
- Saverio Tutino.** Periodista y escritor italiano, especialista en América Latina. Fue corresponsal de *L'Unità* en París y en La Habana. Autor de *Gli anni di Cuba*.
- Elvira Varela.** Periodista y guionista. Trabaja en los Servicios Informativos de la Televisión de Galicia. Reside en Santiago de Compostela.
- Aurelio de la Vega.** (La Habana, 1925). Es compositor y profesor emérito distinguido de la Universidad Estatal de California en Northridge. Desde 1959 reside en Los Ángeles.
- Guillermo Vidal.** (Cuba, 1952). Narrador. Ha publicado, entre otros, los libros de cuentos *Los iniciados* y *Se permuta esta casa*. Reside en La Habana.
- Fernando Villaverde.** Narrador cubano. Autor de *Los labios pintados de Diderot*. Reside en Barcelona.

D I S T R I B U I D O R E S

Murcia, Albacete

DISTRIBUCIONES ALBA, S.L.
Avda. San Ginés, 147, Nave D
30169 San Ginés
Tel.: 968 88 44 27

Valencia, Castellón

ADONAY, S.L.
Ctra. de Picaña, 4
46200 Paiporta - Valencia
Tel.: 96 397 51 48 / 54 95
Fax: 96 397 58 76

Sevilla, Córdoba, Huelva, Cádiz, Ceuta, Campo de Gibraltar

CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO, S.A.
Polígono La Chaparrilla,
parcela 34-36
41016 Sevilla
Tel.: 95 440 63 66
Fax: 95 440 25 80

Granada, Almería, Jaén, Málaga,

CENTRO ANDALUZ DEL LIBRO, S.A.
Carrión-Los Negros, 19
29013 Málaga
Tel.: 95 225 10 04

Madrid

CELESTE EDICIONES
Fernando VI 8, 1º centro
28004 Madrid
Tel.: 91 310 08 96 - 91 310 05 99
Fax: 91 310 04 59
e-mail: celeste@fedecali.es

Asturias

DISTRIBUC. CIMADEVILLA
Polígono Industrial Nave 5
Roces, 33211 Gijón
Tel.: 98 516 79 30

Canarias

LEMUS DISTRIBUCIONES
Catedral, 29
38204 La Laguna
Tenerife, Canarias
Tel.: 922 25 32 44

E X P O R T A D O R E S

CELESA

Moratines, 22, 1º B
28005 Madrid
Tel.: 91 517 01 70
Fax: 91 517 34 81

PUVILL LIBROS, S.A.

Estany, 13, Nave D-1
08038 Barcelona
Tels.: 93 298 89 60
Fax: 93 298 89 61

L'ALEBRIJE

Gosol, 39
08017 Barcelona
Tel.: 93 280 06 77
Fax: 93 205 77 24

MANUEL DE CÉSPEDES ■ CARLOS MONSIVÁIS ■ SAVERIO TUTINO ■
RAFAEL DEZCALLAR ■ ROBERTO GONZÁLEZ ECHEVARRÍA ■ GUILLERMO
RODRÍGUEZ RIVERA ■ JORGE GOLDENBERG ■ ALBERTO LAURO ■
JOSÉ MARÍA GUEL BENZU ■ RAÚL RIVERO ■ LUIS SUÑÉN ■ NICOLÁS
QUINTANA ■ ASTRID BÖHRINGER ■ JOSÉ LORENZO FUENTES ■
EDUARDO MANET ■ AURELIO DE LA VEGA ■ ELVIRA VARELA

CUENTOS DE ENCUENTRO PABLO DÍAZ ESPÍ ■ JOSEFINA DE DIEGO ■
LOURDES ARENCIBIA ■ GUILLERMO VIDAL ■ EN PROCESO ELISEO
ALBERTO ■ POESÍA LOURDES GIL ■ DOSSIER EUROPA DEL ESTE ADAM
MICHNIK ■ VLADIMIR TISMANEANU ■ ELZBIETA MATYNIA ■ MIGUEL
ÁNGEL CENTENO ■ TANIA RANDS ■ MARCIN KRÓL ■ VISIÓN DE
AMÉRICA ANTONIO SÁNCHEZ ■ PROYECTO VARELA ■ JUAN ANTONIO
BLANCO ■ TEXTUAL CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL ■ JOSÉ
ANTONIO AGUILAR RIVERA ■ JESÚS SILVA-HERZOG MÁRQUEZ ■
CARMELO MESA-LAGO

